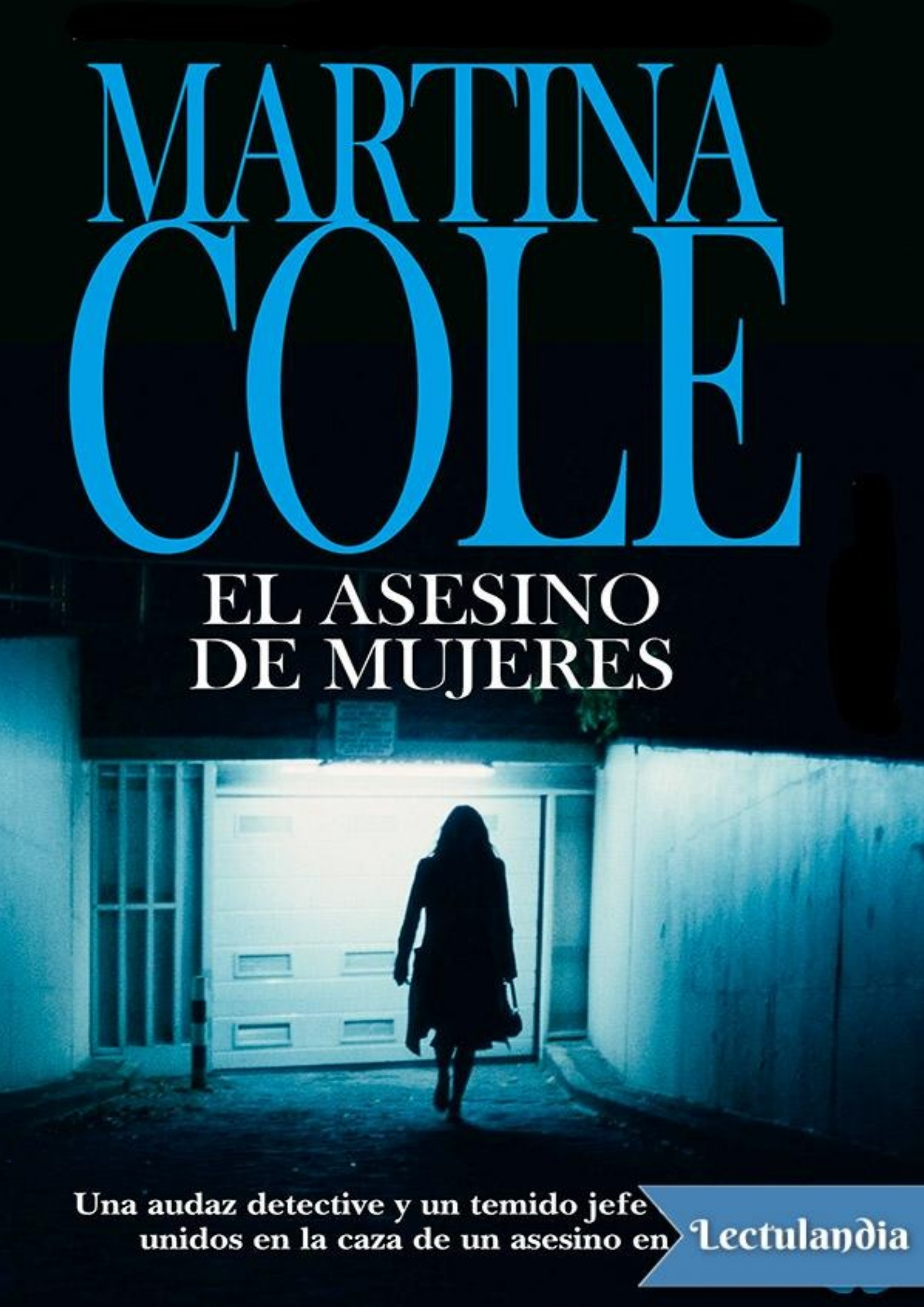


MARTINA COLE

EL ASESINO
DE MUJERES

A woman in a dark coat and bag is walking away from the camera into a brightly lit doorway at night. The scene is dimly lit with a blue tint, creating a mysterious and suspenseful atmosphere. The woman is silhouetted against the light from the doorway.

Una audaz detective y un temido jefe
unidos en la caza de un asesino en

Lectulandia

George Markham tiene una afición poco confesable. La cultiva en secreto, a puerta cerrada. Pero ahora la afición de George se está convirtiendo en una obsesión, una obsesión que estalla en una orgía de crueldad y depravación sexual. Patrick Kelly es un tipo duro, muy temido, de los bajos fondos de Londres. Solo tiene una debilidad: su hija Mandy. Cuando la ve caer víctima de un sádico violador apodado «El Destripador de Grantley», Kelly quiere venganza, con o sin ayuda de la policía.

Se encarga del caso la inspectora Kate Burrows. Su trabajo es difícil, tanto que le ha costado su matrimonio. Siente simpatía por Kelly, ella también es madre, pero esa relación cada vez más estrecha con un conocido maleante empieza a poner en peligro su carrera en la policía. Se desata una colosal caza del asesino en la que convergen las fuerzas de la ley y el orden con las del hampa londinenses. Pero Kate tiene miedo de perder todo lo que siempre le ha importado... a manos del asesino de mujeres.

Como en sus anteriores novelas, *Más cerca* y *El jefe*, Martina Cole sitúa a la mujer como centro de la trama. Mujer que debe sobrevivir en medios sórdidos y agresivos usando los mismos medios violentos del entorno. Escrita con un estilo directo y de gran agilidad, manejando con gran habilidad y conocimiento los registros lingüísticos de los bajos fondos, Martina Cole no elude ninguno de los aspectos más turbios para retratar el submundo de la delincuencia y el crimen, el de *El asesino de mujeres*.

Lectulandia

Martina Cole

El asesino de mujeres

ePub r1.0

Karras 02-06-2018

Título original: *The Ladykiller*
Martina Cole, 1993
Traducción: Fernando González Corugedo

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico este libro a Les y Christopher

Quisiera dar las gracias a mi agente Darley Anderson por su fe, su confianza y sobre todo por su amistad.

Muchas gracias al sargento Steven Bolger, del Departamento de Policía de Windermere (Florida), por toda su ayuda durante mi investigación para este libro.

Y otras cariñosas gracias a Julie, que mecanografió y mecanografió y mecanografió.

Y unas gracias especiales a mi marido y a mi hijo, que ya saben por qué.

LIBRO PRIMERO

*De todas las penas que atosigan al afligido
sin dudar la más amarga es la burla desdeñosa;
nunca el hado hiere más profundo al corazón
generoso
que cuando el insulto de un lerdo da en la diana.*

SAMUEL JOHNSON, 1709-84

Te he probado en el crisol de la desgracia.

ISAÍAS, 48, X

*La sangre es obligatoria, todas son sangrientas,
sabes.*

TOM STOPPARD, *Rosenkrantz y Guildenstern han muerto*

Prólogo

—Lo único que te pedí fue que te quitases esos zapatos llenos de barro. Por todos los santos, George, ¿eres corto o qué? ¿Es que ni siquiera te entra una cosa tan sencilla?

Elaine Markham contempló la cara sin expresión de su marido y tuvo que contener el impulso de clavarle el puño en las narices. Notaba que cada vez apretaba más los dientes, así que hizo un visible esfuerzo por relajarse. Volvió a posar los ojos en el suelo de la cocina, todo lleno de barro fresco.

Suspiró profundamente, sacó la bayeta del suelo de debajo del fregadero, cerró la puerta del armarito dando un buen golpe y empezó a llenar de agua un cubo de plástico. George Markham observaba a su esposa, la veía añadir un poco de Mister Proper al agua. Sentado en una de las sillas de la cocina, empezó a quitarse los zapatos de trabajo poniendo cuidado en que no se le cayera más barro en el suelo reluciente.

Elaine se volvió del fregadero con el cubo de agua y le chilló:

—¿No puedes hacer eso encima de un periódico? ¿Tan idiota eres que ni se te ocurre siquiera hacer algo tan sencillo como eso?

George se quedó mirando a su mujer unos instantes mientras se mordía el labio inferior.

—Perdona, Elaine —lo dijo en voz baja, desconcertado. Su tono hizo que su esposa arrugara más aún el entrecejo.

George se quitó los zapatos, fue a la puerta de la cocina y los dejó fuera. Luego cerró la puerta con cuidado y se volvió hacia su mujer:

—Dame eso, Elaine. Yo limpiaré el desastre —le dirigió una sonrisa triste que la hizo enfadar más. La respiración fatigosa. Movié la cabeza, irritada.

—No. Lo pondrías todavía peor. Por Dios, George, no me extraña que no te las arregles en el trabajo. Es un milagro que te dejen ir allí todos los días —puso el balde de agua humeante en el suelo y se arrodilló. Empezó a fregar el suelo sin dejar de rezongar.

—La verdad es que eres para sacar de quicio a cualquiera. No puedes hacer nada... *pero nada de nada*... sin joderla de alguna forma. Mira la semana pasada...

George observaba las generosas nalgas de su mujer que se movían bajo la bata mientras fregaba y hablaba. Los rollos de grasa alrededor de las caderas se estremecían de un modo alarmante al frotar con fuerza el suelo. Y en su mente se vio a sí mismo levantarse de la silla y darle una patada en las posaderas con todas sus fuerzas, mandándola a ella y al balde de agua por los aires. Una fantasía que le hizo sonreír para sus adentros.

—¿De qué te ríes? —aquello lo trajo de nuevo al presente, y con ciertas dificultades se centró en el rostro de Elaine. Lo estaba mirando con la cabeza vuelta, la sombra de ojos verde brillante y el rojo rubí de los labios destacando chillones bajo el resplandor de la luz fluorescente.

—De nada... No, nada, cariño —sonaba como confundido.

—Pues lárgate, George. Fuera de mi vista.

Siguió mirando a su mujer. Miraba los brazos recios y las manos fuertes que enjugaban el revestimiento del suelo, los dedos que estrujaban hasta que hubo desaparecido la última gota. Deseó ser él quien estrujase el cuello de Elaine. Pero en vez de eso, se fue hacia la puerta del jardín.

—¿Adónde vas ahora? —la voz de Elaine sonó aguda y quejicosa.

George se quedó mirándola.

—Todavía tengo unas cuantas cosas que hacer en la caseta.

Elaine giró los ojos hacia el techo.

—Bueno, entonces ¿para qué coño entraste, si se puede saber? Poniendo el suelo hecho un desastre, montando todo esto —abrió los brazos con un ademán de incompreensión.

—Solo quería una taza de té. Pero ya veo que estás ocupada...

Salió a toda prisa de la cocina y una vez fuera volvió a ponerse los zapatos de trabajo. Elaine se quedó unos segundos mirando la puerta cerrada. Como siempre, después de haber «dado lo suyo» a George, como llamaba a lo que había hecho, se sintió culpable. Culpable y vacía. Es que era sencillamente un inútil. Con los años aquella plácida aceptación de su modo de vida en común había llegado a ponerla de los nervios. Suspiró y siguió fregando el suelo.

Ya dentro de la caseta, George echó el cerrojo de la puerta de madera y apoyó la espalda sobre ella unos momentos, con la frente perlada de sudor frío. Se pasó la lengua por los labios, cerró los ojos y empezó a respirar profundamente.

Uno de esos días Elaine iba a llevarse un susto. Iba a abrir la boca un poco más de la cuenta. Notaba ahora los golpes del corazón en las costillas y se puso una mano encima como para sofocar el movimiento.

Se apartó de la puerta y fue al otro extremo de la caseta. Levantó un montón de revistas de jardinería que estaban sobre un viejo pupitre escolar y abrió la tapa. Dentro del pupitre había un par de sudaderas astrosas, su ropa de trabajo en el jardín. Las quitó de allí y sonrió. Debajo de aquello estaban sus libros. Libros y revistas de verdad, con mujeres de verdad en su interior. Mujeres que no regañaban, ni fastidiaban, ni pedían. Mujeres que simplemente yacían pasivamente y sonreían: les hicieras lo que les hicieras.

Cogió la de arriba del todo. En la portada había una chica joven, como de veinte años. Tenía los brazos atados a la espalda y llevaba un collar de cuero en el cuello. El cabello, largo y rubio, se desparramaba sobre los hombros y le oscurecía parcialmente los pechos. Una mano de hombre le tiraba de la cabeza hacia atrás con una masculinidad velluda que desordenaba los preciosos rizos de la muchacha. Y ella sonreía.

George se quedó un momento contemplando la ilustración. Sus dientes pequeños y regulares asomaban bajo los labios formando una leve sonrisa. Se pasó otra vez la

lengua por los labios y se sentó en la silla. Abrió la revista poco a poco, como si fuera la primera vez, porque quería saborear el placer de cada una de las imágenes.

Miró a la joven que tenía ante él, una distinta esta vez. De aspecto oriental, con unos pechos pequeñitos en punta y toda una cortina de pelo negro. Estaba a cuatro patas, con la cinta de cuero que llevaba al cuello sujeta a los pies. Comprendías que si se debatía para liberarse de aquello, acabaría por asfixiarse. Detrás de ella había un hombre. Llevaba una máscara de cuero negro y estaba a punto de hundir su pene erecto en el ano de la muchacha, que arqueaba la espalda y miraba a la cámara con una beatífica sonrisa de placer cubriéndole la cara.

George lanzó un suspiro de satisfacción. Fue mirando despacio su revista, haciendo una pausa aquí y otra allá para alejar las páginas algo más y ver las fotos desde un ángulo distinto. Notaba ya que en su interior iba creciendo esa sensación tan familiar de excitación. Introdujo una mano por el pliegue de la butaca. Tanteó unos instantes hasta que la mano dio con lo que buscaba. Sacó un cuchillo del ejército y luego, tras colocar con cuidado la revista sobre el regazo, sacó el arma de su vaina. Era un cuchillo grande, un puñal con una hoja dentada de dieciocho centímetros. Fue dándole vueltas bajo el rayo de sol que penetraba por la ventana, viéndolo relucir. Bajó la mirada hacia la chica que ocupaba las páginas centrales de la revista, que lo miraba desde abajo con una mezcla de agonía y éxtasis mientras un hombre cubierto con una capucha eyaculaba sobre su cara y el semen le corría por la cara y bajaba hasta sus pechos.

George empezó a descuartizarla con cuidado y precisión. Hizo correr el cuchillo a través del cuello para rajar el papel. Luego empezó a desgarrar los pechos y la vagina. Y ella no dejaba de mirarlo. De sonreírle. De darle ánimos. Notó ya que la erección iba creciendo, notó el sudor frío bajo los brazos y por la espalda. Empezó a dar tajos sobre la revista, a atravesar el papel con el cuchillo. Oyó el avance impetuoso en sus oídos tal y como si estuviera nadando bajo el agua, y después el oleaje garboso, casi eufórico del orgasmo que alcanzaba su cúspide.

George se recostó en la comodidad de la vieja butaca, con la respiración entrecortada y jadeante, los latidos del corazón volviendo gradualmente a la normalidad. Cerró los ojos y poco a poco los ruidos y las imágenes del día volvieron a su mente.

Pudo oír ya la podadora del vecino en el exterior de la caseta. Pudo oír a los niños de al lado jugar en el estanque. Las agudas risas infantiles se le colaban en la conciencia. Una perla de sudor salado se le metió en los ojos y parpadeó para quitársela. Movié la cabeza lentamente y se miró el regazo. Y entonces descubrió la sangre.

Parpadeó con rapidez por un instante. La muchacha estaba cubierta de sangre. El cuerpo que había apuñalado hasta destrozarlo iba poniéndose lentamente de color carmesí. Se quedó mirándolo.

Apartó la revista, y hasta el último nervio de su cuerpo vibraba del susto.

¡Se había acuchillado! Se quedó mirando el tajo en el muslo. Vertía sangre por todas partes. Se levantó de un salto, muy asustado. ¡El puñal le había perforado los vaqueros y le había atravesado la carne!

Tenía que decírselo a Elaine. Hacer que lo llevase al hospital. Se fue a la puerta de la caseta con un ataque de pánico.

Pero entonces, se acordó de las revistas.

Recogió las revistas del suelo sujetándose la herida de la pierna con la otra mano. Las arrojó dentro del pupitre infantil junto a las otras. Echó encima los jerséis y cerró la tapa. Notaba cómo le resbalaba la sangre por la pierna.

Recuperó la pila de revistas de jardinería y las lanzó encima del pupitre. La sangre estaba ya por todas partes.

Abrió el cerrojo de la parte de arriba de la puerta y salió de la caseta a la radiante luz del sol. Los ruidos del chapoteo y los gritos que venían del otro lado de la valla de alerce asaltaron sus oídos. Recorrió a toda prisa el sendero hasta la puerta de la cocina y la abrió de un empujón.

Elaine estaba preparando las verduras de la cena. Se volvió hacia él, consternada. George se quedó plantado delante de ella, cubierto de sangre.

—¡Me he cortado, Elaine! —dijo casi llorando.

—¡Oh, Dios santo, George! —agarró un paño de cocina y se lo ató alrededor de la pierna, apretándolo bien—. Vamos. Te llevaré al hospital.

George yacía en un cubículo de la sección de Accidentes y Urgencias del hospital de Grantley. Se sentía mal. Una enfermera jovencita trataba de quitarle los pantalones.

—Por favor, señor Markham. Tengo que quitárselos —tenía una voz joven y ronca.

—¡No! ¡No, no hace falta! Corte la pernera del pantalón, o lo que sea.

George y la enfermera quedaron mirándose. Y entonces alguien descorrió la cortina y ambos miraron hacia allí. La muchacha soltó un suspiro de alivio. Era Joey Denellan, el enfermero jefe.

—¿Qué sucede, enfermera? —tenía en su voz esa falsa jovialidad tan típica de los enfermeros masculinos.

—El señor Markham no me deja quitarle los pantalones.

El hombre dirigió una sonrisa a George.

—Somos un poquito tímidos, ¿eh? Bueno, no se preocupe, yo lo haré.

La enfermera se marchó y antes de que pudiera protestar el hombre ya le estaba quitando los pantalones vaqueros. George trató de agarrarlos por la cintura, pero el joven era demasiado fuerte. Se los quitó.

George tragó saliva con fuerza y apartó la mirada del rostro del enfermero.

Joey Denellan observó la herida de la pierna con ojos de experto. Profunda, pero sin afectar ninguna arteria principal. Al recorrer con la mirada al hombre que tenía ante él, se paró en seco. No tenía nada de raro que el tipo aquel se opusiera tanto a

que Jenny le quitase los pantalones. Las manchas eran muy recientes, todavía estaban pringosas. ¿Qué podría haber estado haciendo para tener un tajo tan grande en la pierna? Se encogió de hombros. Lo suyo no era averiguar los porqués.

—¿Qué clase de cuchillo era? —Joey se cuidó de mantener un tono ligero en la voz.

—Oh, una navaja suiza —la voz de George no era más que una vocecita, y al joven le dio cierta pena.

—Bien, harán falta unos cuantos puntos, pero no se preocupe. No se ha cortado nada importante. ¿Quiere que mire a ver si puedo encontrarle unos pantalones limpios?

George notó las inflexiones «de hombre a hombre» en la voz del otro. Asintió con la cabeza.

—Por favor. Es que...

—¡Vale, entonces! Estaré de vuelta dentro de un minuto. El doctor llegará enseguida, ¿de acuerdo?

—Gracias. Muchísimas gracias. Podría usted... ¿podría mantener fuera a mi esposa, por favor?

George le suplicaba con los ojos y Joey asintió lentamente.

—De acuerdo. No se preocupe.

Salió del cubículo y se dirigió a la zona de recepción.

—¿Señora Markham?

Paseó la vista por el conjunto de personas allí reunidas y no le sorprendió ver que quien se levantaba y se acercaba a él era una mujer gorda con el pelo teñido de rojo y un chándal vede brillante. De algún modo había sabido que aquella tenía que ser la esposa de aquel pobre tipo.

—¿Qué tal está? Ay, Dios mío, solo George puede cortarse así, él solo, sentado en esa puñetera caseta. La verdad, doctor...

—Enfermero. Soy enfermero.

Cuando Elaine arrancaba a hablar otra vez volvió a interrumpirla.

—Le daremos unos puntos a su marido en cuanto lo haya visto el doctor. Si desea usted tomar un café o algo, hay una máquina al final de ese pasillo —y le indicó las puertas batientes de la derecha.

Elaine sabía cuándo la mandaban callar, y en sus ojos apareció un destello acerado que solía estar reservado para George. Dio media vuelta, echó a andar hacia las puertas batientes y les dio un empujón tan fuerte que se estrellaron contra las paredes.

Joey Denellan se quedó mirándola. No era raro que al pobre cabrito se le viera tan aplastado. Estar casado con aquello debía de ser como estar casado con Atila, el rey de los hunos. Pero aun así, Joey se sentía perplejo. ¿Cómo se habría hecho el tajo en la pierna el fulano aquel? ¿Qué había dicho la mujer? En una caseta de jardín. ¿Cómo explicar lo del semen, totalmente inconfundible, en los calzoncillos? Oyó que alguien

se dirigía a él.

—Joey, accidente de tráfico en la M-25.

—¿Cuántos afectados? —se dirigió al mostrador de recepción.

—Cuatro. Tiempo de llegada estimado, siete minutos.

—OK. Llama a Accidentes.

Empezó a preparar las cosas para recibir a las víctimas del accidente de tráfico. Y George Markham desapareció de sus pensamientos.

—¿Tú vienes, George? —la voz profunda de Peter Renshaw resonó como si rebotara contra las paredes de la oficina y le diera a George en pleno rostro.

—¿Si voy adónde? —miró a Renshaw con ojos de miope.

—Al guateque, Georgie. Al puto guateque de despedida de Jonesy.

—Ah, sí. La despedida de Jonesy. Claro, claro. Sí, iré, sí.

—Así se hace. Le preparamos hasta un *striptease*, ¡de todo! Te digo una cosa, Georgie, va a ser una fiesta tremenda. ¡Tremenda!

Peter Renshaw tenía el hábito de estirar algunas palabras cortándolas en dos para reforzar bien su intención. Aquello a George le ponía de los nervios.

Renshaw era vendedor de la misma firma de ropa en la que trabajaba George. Era mucho más alto que George, y era evidente que le gustaba serlo. Peter Renshaw andaba por los treinta y pocos, y por lo que todo el mundo podía deducir, ganaba cantidad de dinero. Era el número uno de los vendedores. Por alguna extraña razón, George le caía bien y siempre se aseguraba de que lo invitaran a cualquier sarao que saliese en la agenda.

—Lo del *striptease* lo arregló el menda, Georgie. El par de domingas más grandes que hay de este lado del agua. Estoy ansioso por ver la cara que pone el viejo Jonesy.

George sonrió.

El viejo Jonesy... Howard Jones era más joven que el propio George. Andaría por los cuarenta y cinco, y George tenía cincuenta y uno. Sintió un escalofrío. Cincuenta y uno. Su vida estaba casi acabada. La voz de Peter Renshaw seguía retumbando.

—Todo está organizado. Primero, al Pig and Whistle. Por cierto, que son veinte billetes por barba. Después a una sala de fiestas nueva que se llama... ¿cómo se llama? La Rubia Platino, eso es. A ver cómo se pavonean todas las pájaras de allí. ¡Nos reiremos a gusto!

George continuó sonriendo.

—Bueno, a ti te dejaré que les metas mano. Que te marques un buen coño caliente que seguro que te mueres de ganas. ¿Nos vemos el viernes entonces?

George asintió.

—Sí. Te veo el viernes, Peter.

Se quedó mirándolo salir de la oficina. El viejo Jonesy... Supuso que a él lo llamarían el viejo Markham. Miró el reloj. Las seis menos veinticinco. Se levantó de la silla, se puso la chaqueta y se marchó hacia la salida del edificio.

Conjuntos Kortone era una empresa boyante, incluso en plena recesión. George

trabajaba en la sección de contabilidad del departamento financiero.

Salió de un pequeño pasillo y tomó las escaleras que llevaban al aparcamiento. Nunca utilizaba los ascensores. Cuando bajaba por las escaleras vio a la señorita Pearson que recogía unos papeles arrodillada en el suelo. Era joven, no tendría más de dieciocho años, y llevaba uno trabajando en Kortone. George no había hablado nunca con ella. Se había dejado tres botones desabrochados, y desde el descansillo de la escalera George alcanzaba a ver los senos apretados por los brazos extendidos para recoger los papeles.

Se quedó mirándola. Una carne cremosa, firme y provocadora. La chica lo miró, allí arriba. Él notó el fuerte maquillaje de la cara e hizo un esfuerzo para seguir bajando los peldaños. Abajo, se agachó y recuperó algunos de los papeles y se los dio a ella en silencio.

—Gracias, señor Markham.

¡Sabía su nombre! George sintió una enorme oleada de placer ante aquel mínimo detalle.

—No se merecen —se enderezó y la miró de nuevo. Entonces se abrió la puerta de arriba y les llegó la voz atronadora de Peter Renshaw.

—¡Estás ahí! Te he buscado por todas partes. Menudo zorro viejo estás hecho, George. ¡Tendría que haber pensado que estarías donde están las chicas guapas!

La señorita Pearson miró a Peter y le dirigió una gran sonrisa. George observó su cara de cerca.

—Ah, Peter —tenía la voz ronca y le faltaba el aliento—. Te estuve esperando, pero...

George era consciente de los pasos de Peter Renshaw en los escalones, de que se acercaba. Recogió a toda prisa el resto de los papeles del suelo y se los entregó a la señorita Pearson.

George se alejó de ellos, convencido de que no se darían cuenta. Tenía razón. Ninguno de los dos le dijo ni una palabra. Salió del edificio y fue hasta el coche. Un Ford Orion como del 83, matrícula A algo. Lo abrió, se sentó en el asiento del conductor y esperó.

La pareja salió por fin del edificio y se dirigió al coche de Peter, que llevaba un brazo por encima de los hombros de la muchacha y con la mano le apretaba un pecho. La señorita Pearson le apartaba la mano entre risitas.

Otra guarra. Otra puta. ¿Cómo había dicho Peter? ¿Se mueren por ello? George cerró los ojos y saboreó la imagen que sus palabras habían evocado.

Visualizó a la señorita Pearson con el cuerpo abierto para él, las piernas bien separadas atadas a las patas de una cama. Las manos atadas a la espalda y aquella cara tan maquillada sonriéndole al verlo acercarse. Lo estaba pidiendo. Lo pedía y lo suplicaba...

—Señor Markham... —los ojos de George se abrieron de golpe—. ¿Se encuentra bien? Está muy pálido.

George observó al hombre que le miraba por la ventanilla del coche. Era el encargado del aparcamiento.

—Sí, sí, gracias. —George le sonrió tímidamente—. Estoy un poco cansado, nada más.

El hombre le hizo un saludo con la mano y se enderezó.

George lo miró alejarse, el corazón le retumbaba en los oídos. Intentó recuperar la imagen en su cerebro, pero no hubo manera. Arrancó el coche, tembloroso, y partió camino del centro urbano de Grantley. Las revistas que había encargado tenían que llegar hoy. Sonrió disfrutando del sol de final de verano y de aquella sensación exquisita de gozar las expectativas.

Por su cabeza pasó un instante la noción de que su «pasatiempo» se le estaba convirtiendo en obsesión, pero apartó de plano la idea. La pierna todavía le dolía, y se la frotó distraído mientras conducía.

Era a finales de septiembre de 1989.

Capítulo Uno

Elaine Markham observó a su marido que estaba viendo la televisión. La cabeza de calva brillante se movía arriba y abajo como si fuera asintiendo a todo lo que decía el locutor de las noticias.

—Oh, ¡por todos los santos, George! ¡Para de decirle que sí a la tele!

George se giró en la butaca para verla de frente. Tenía una expresión dolida en el rostro. Elaine cerró los ojos. Notó que las manos se le convertían en puños apretados y procuró tranquilizarse.

—¿Quieres que te haga una taza de Ovaltine, querida? —le preguntó George con su voz suave.

—Sí, házmela.

George se fue a la cocina, de una limpieza imposible, se puso a preparar las bebidas de antes de dormir. Echó la leche en el cazo y después abrió uno de los armarios de la cocina y sacó las pastillas para dormir de Elaine. Trituró meticulosamente una entre dos cucharas y echó el polvo en la taza con el azúcar. Sonrió y vertió la leche humeante en la taza y la revolvió con fuerza. Después sacó otras dos píldoras para dormir y llevó la taza de Ovaltine y las pastillas a Elaine.

—Aquí tienes, querida. Te he traído también las pastillas.

—Gracias, George —dijo cogiendo de sus manos bebida y pastillas—. Mira, ya sé que a veces me quejo más de la cuenta —la voz se le desvanecía.

—No te lo he tomado nunca en cuenta, Elaine. Ya sé que a veces... bueno, supongo que te irrito, esa es la palabra, ¿no? —y sonrió con aquella sonrisa triste que hacía que a Elaine le entraran ganas de hacerlo picadillo.

Pero se metió las pastillas en la boca y se las tragó con el Ovaltine, que le quemó los labios.

George seguía sonriendo.

—Esto sabe amargo.

—Vaya, pues el mío está perfecto, querida. Puede ser del regusto de las pastillas.

—Puede que sí. Me parece que me llevaré la taza arriba —se levantó de la butaca con dificultad.

—Buenas noches, Elaine. Que duermas bien.

Se quedó mirando a su marido.

—Si durmiese bien, George, no tomaría píldoras para dormir.

—No es más que una expresión, querida. Nada más.

¿Era su imaginación o últimamente George estaba distinto? No podía señalar con precisión lo que había cambiado, pero tenía la clara impresión de que el equilibrio entre ellos iba variando lentamente. Tras mirar a su marido, en ese momento hubiera jurado sobre una pila de biblias que se estaba riendo de ella.

—Buenas noches, entonces, querida —le repitió.

Elaine trató de sonreír a su marido.

—Sí, buenas noches, George.

Salió del cuarto y él la siguió con la mirada. Mientras subía las escaleras camino de la alcoba, volvió a sentirse invadida por aquella sensación de desasosiego. Estaban a principios de diciembre, y George llevaba un par de meses «sin ser él» de alguna forma. No había nada concreto que pudiera precisar con exactitud, pero sí algunas sutiles diferencias menores. Por ejemplo, había empezado a salir a pasear por las noches. Solo estaba fuera una hora más o menos, pero...

Se quitó la bata guateada y se sentó al borde de la cama. En veintisiete años de matrimonio, George jamás había ido a pasear a ninguna parte. De hecho, era lo que más detestaba.

Se quitó las zapatillas forradas de cordero y se frotó los callos de los pies. Tenía las piernas tan gruesas como el resto del cuerpo, y desfiguradas por las varices. Se las miró y se encogió de hombros.

Se sentó apoyada en las almohadas, cogió la última novela rosa de Mills and Boon, se terminó el Ovaltine y se puso a leer mientras le hacían efecto las pastillas.

Las palabras se iban poniendo borrosas. Parpadeó para enfocar mejor. Últimamente, aquellas píldoras le afectaban cada vez más deprisa.

Acabó rindiéndose. Apagó la lámpara de la mesita de noche y se puso a dormir.

Diez minutos después, George asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y soltó un gruñido de satisfacción al oír los potentes ronquidos de su esposa.

George salió sigilosamente de la casa. Se había puesto su abrigo más grueso porque el aire de la noche era frío y húmedo. A la luz de las farolas no se lo veía diferente de cualquier otro que anduviera por la calle ya entrada la noche. Se puso la gorra de visera que había comprado hacía poco y dio comienzo a su ronda.

Con aquel nuevo pasatiempo sentía una libertad que no había experimentado en veinte años. Caminaba a todo lo largo y ancho de Grantley con sigilo y diligencia. Esta noche había decidido que andaría hasta las casas de pisos que había al otro lado de la población. Hizo una inspiración profunda e inició su caminata en solitario.

Mientras caminaba mantenía el ojo avizor por si veía cortinas abiertas y movimiento. Anduvo hasta el final de Bychester Terrace y allí torció a la derecha. La calle Peabody le llevó hasta un camino de tierra que rodeaba el perímetro de Grantley. Muy poco tráfico, apenas un coche solitario aquí y allá con alguna pareja cortejándose dentro. Se encontró delante de los pisos de Beecham Rise al cabo de quince minutos.

Se aposentó bajo un gran cerezo frente al pequeño bloque y aguardó. No vio nada de nada hasta las once y cuarto, y como de costumbre fue la mujer que vivía en el segundo piso. Eran casas de pisos de los que se denominan «de poca altura», de tres plantas solamente. George había estado allí muchas veces durante las últimas ocho semanas, y siempre era la mujer del segundo la que le proporcionaba el espectáculo. Donde él estaba plantado bajo el cerezo era un pequeño montículo, que formaba parte del plan paisajístico del ayuntamiento y que le ofrecía un mirador privilegiado,

perfecto para ver el interior del piso de la mujer. Sacó los gemelos de teatro del bolsillo y miró por ellos.

Leonora Davidson bostezó estruendosamente. Estiró las manos bien por encima de la cabeza y se levantó la tupida melena negra. Tenía un cansancio de muerte. Las horas extraordinarias la estaban matando, iba a tener que dejarlas.

Se desabrochó la blusa despacio y la dejó caer de sus hombros redondos al suelo. Se soltó el sostén y dejó caer libres los pechos, que se frotó con furor cuando empezaron a picarle. Levantó uno con la mano y se miró en el espejo del tocador. Una gruesa raya roja se marcaba sobre la carne blanda. Suspiró. Tendría que agenciarse unos sostenes decentes.

Alzó los pechos bien arriba haciendo copa con las manos, como sopesándolos. Definitivamente, había engordado. Luego se bajó la cremallera de la falda y la dejó caer al suelo. Dio un paso para salir de ella y la alejó de una patada.

Contempló su cuerpo en el espejo. No estaba mal para su edad. Un poco fondona esa temporada, pero todo el mundo perdía la batalla con la gravedad en algún momento. Metió la barriga de modo automático, y después la volvió a soltar. ¡A la mierda! Ya no tenía a nadie para admirarla, así que ¿por qué preocuparse?

Bostezó otra vez, esta con la boca más abierta, fue hasta la banqueta del tocador y se puso el camisón, una prenda de franelilla con la que por lo menos estaba bien caliente. Después de estirarse una última vez, apagó la luz y se metió en la cama.

George continuaba bajo el cerezo, extasiado. Cuando se apagó la luz del dormitorio, masculló una palabrota entre dientes y se guardó los gemelos de teatro en el bolsillo del abrigo. Estaba sudando. Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se enjugó la frente.

¡Zorra estúpida! Qué no daría él por estar ahora en aquel apartamento. ¡Por Cristo que enseñaría a aquella fulana de qué iba todo! Andar por allí en pelotas. Incitar a la gente a que la mirase. ¡Menuda guarra! En su excitación creciente, George no se percató de dos jóvenes que habían estado mirando cómo la miraba.

—¿Qué andas haciendo? —la voz le hizo pivotar de golpe sobre los talones.

—¿Cómo dices, perdona? —en la voz sonó un chirrido de sorpresa. Dos jóvenes allí plantados, uno con un chaquetón largo de cuero y pelo castaño desgredado. El otro llevaba una zamarra amplia y era de esos que George sabía que se llamaban cabezas rapadas.

—Ya me has oído, maricón. ¿Qué coño hacías mirando desnudarse a la señora Davidson? ¿Tú qué eres, un perverso?

El chico de la chaqueta de cuero dio un paso hacia él con expresión amenazadora en el rostro.

—¿Llevas dinero?

Eso lo dijo el de la cabeza rapada. George percibió un nítido olor a pegamento y a vómitos.

Se quedó mirándolos, desconcertado.

El joven de la chaqueta de cuero dio un bandazo hacia él, que retrocedió ágilmente.

—Si no os marcháis de aquí los dos me pondré a pedir auxilio.

El chico de cuero lo imitó con burla.

—Si no os marcháis de aquí los dos me pondré a pedir auxilio. Bueno, pues nosotros —apuntó a su amigo y a él mismo— también podemos llamar a la pasma, tío. Eres un puto mirón, ¿eh tío? Así que venga, danos la guita y te puedes ir. Calladito.

El cabeza rapada tuvo una arcada y George contempló con repugnancia el chorro de vómito que arrojaba la boca del muchacho. La vomitona aterrizó justo junto a sus zapatos y se los salpicó. El olor se le metió por las ventanas de la nariz, la vomitona humeaba desde el suelo en el aire de la noche gélida.

El chico de la chaqueta de cuero se rio a carcajadas de su amigo, ahora apoyado en el tronco del cerezo para sostenerse.

George rebuscó por la chaqueta y sacó dos billetes de cinco libras y se los alargó al muchacho. El de cuero los cogió y se los embutió en el bolsillo de los vaqueros.

—Venga, Trev. Vamos a zurrarle a este cabrón.

Trevor no estaba en condiciones de soltarse del árbol, de modo que el de la chaqueta de cuero se lanzó sobre George. George levantó los brazos para protegerse ante los primeros golpes que le cayeron en la cara y la cabeza. Notaba que iba siendo empujado al suelo, y saber que muy bien podría terminar cayendo sobre los vómitos del cabeza rapada era lo único que lo mantenía en pie. Sintió el ardor frío del contacto del puño del muchacho sobre su cara. Y luego cayó rodando por la ladera del montículo mientras el de la chaqueta de cuero iba dándole patadas.

—¡Eh! ¿Qué es todo ese jaleo ahí arriba?

Una voz grave de varón resonó desde el otro lado de la carretera y el muchacho miró hacia arriba en aquella dirección. Había una luz encendida en el tercer piso y un hombre corpulento con camiseta de malla asomado a la ventana y blandiendo el puño. Iban encendiéndose más luces por los apartamentos. George oyó a los chavales alejarse dando tumbos mientras él yacía sobre la tierra fría jadeando en busca de aire.

Leonora Davidson oyó los gritos y saltó de la cama. Se puso la bata y las zapatillas y se asomó a la ventana de la habitación. Vio el cuerpo caído de un hombre abajo del todo de la cuestecilla, junto a la farola. Vio también a los dos jóvenes que se alejaban corriendo. Uno de los dos, el de la chaqueta de cuero, tiraba de su amigo. Apretó los dientes. Nadie estaba a salvo en estos tiempos. Era evidente que al pobre hombre lo habían atracado. Salió del apartamento sin olvidarse de coger la llave de la puerta al pasar y corrió hacia un grupito que se había formado alrededor del herido.

—¿Qué ha pasado, Fred? —el aliento humeaba en el frío de la noche. Se estremeció.

—Los muy mariconcetes querían sangre. Atacaron a este pobre cabrón cuando pasaba por aquí.

George seguía tirado en el suelo, disfrutando en cantidad de tanta atención.

—¡Oh, pobrecito! —la voz de Leonora estaba llena de compasión—. He llamado a la policía. Llegarán dentro de un momento.

Los oídos de George se alertaron al oír la palabra «policía». Se levantó del suelo en un tiempo récord y se sacudió la ropa.

—La verdad, no hace falta la policía. Total, no los pillan nunca. Y tengo mucha prisa.

Echó a andar para alejarse del grupo de gente.

—Pero si los ha visto puede darles una descripción, digo yo —la voz de Fred sonaba zalamera.

George movió a los lados la cabeza calva. Se dio cuenta de que en algún sitio había perdido la gorra. Miró alrededor frenéticamente para buscarla.

Leonora se acercó a él.

—Se ha llevado un susto tremendo. ¿Quiere que le haga un poco de té calentito?

George no se podía creer lo que le decía. ¡Estaba invitándolo a su casa! Y si no hubiera sido por ella, no se vería metido en aquella situación. ¡Putá imbécil!

—Estoy perfectamente bien. Lo único que quiero es irme a mi casa.

Había puesto en la voz su docilidad habitual y la vio sonreírle compasiva.

Un coche de la policía giró la esquina del edificio de pisos a gran velocidad y se detuvo con un sonoro frenazo junto al grupo de curiosos. George se tapó la cara con la mano, consternado. No le faltaba más que aquello.

—Está bien, está bien. Calma todos. ¿Qué ha pasado?

Todos empezaron a hablar a la vez.

La voz poderosa del sargento Harris resonó tanto que George se preguntó si no despertaría a todos los vecinos que no estuviesen ya levantados.

El sargento Harris miró a Leonora.

—¿Qué ha pasado, guapetona?

—A este pobre hombre lo atracaron. Aquí mismo. —Señaló a George, que intentaba escabullirse.

El sargento lo miró, perplejo.

—¿Adónde va?

—Es que... la verdad, tengo que irme a casa. Mi esposa debe de estar preocupada...

Harris le sonrió. Asustado, pensó para sus adentros.

—Venga usted, caballero. Véngase a la comisaría y dejaremos esto arreglado en un santiamén.

—¡NO! —George se asombró del sonido de su propia voz—. Es que... yo... ¡Oh, déjenme en paz!

Harris lo miró impasible.

—Solo pretendemos ayudarle, señor.

—Sabe muy bien que no los van a coger. Yo solo quiero irme a casa y olvidarlo

todo.

Echó a andar tan deprisa como podía.

El grupito de gente se quedó viéndolo alejarse. El sargento Harris hizo un gesto al agente Downes, ambos se metieron en su Panda y fueron tras él.

—Suba al coche, señor. Lo menos que podemos hacer es llevarle a casa.

George entró en el coche con el alma en los pies.

—¡No me lo puedo creer! Ese pobre hombre, ¡menudo susto! ¿No crees?

—Ahí tienes razón, Leonora. ¡Pobre atontado! No se puede andar seguro por la calle en estos puñeteros tiempos...

—Esa es la verdad, Fred. Yo estoy preocupada hasta dentro de casa, tengo todas las puertas atrancadas. Se oyen tantas cosas de violaciones y violencias que se te hiela la sangre. Y entonces ves que a ese pobre viejo le pegan como si... —dejó la frase sin acabar.

El sargento Harris no paró de darle a la lengua en todo el trayecto hasta la casa de George.

—Escuche, caballero. Si cambia usted de opinión pásese sin más por la comisaría.

—Eso haré, agente. De momento, lo único que quiero es llegar a mi casa. Es esta.

El Panda se detuvo delante del domicilio de George, que fue allí a toda prisa. Una vez dentro, se quitó el abrigo y lo colgó en la barandilla y luego subió al cuarto de baño. Tenía la cara ligeramente hinchada, pero no demasiado. Soltó un suspiro de alivio.

Volvió al piso de abajo y revisó el abrigo. Estaba lleno de vómito. Maldijo para sus adentros y se dispuso a limpiarlo.

Cincuenta minutos más tarde ya no quedaba ni la más mínima prueba de su escapada. Se preparó un té y se lo llevó a la salita de estar, luego se acercó al armario emplomado donde guardaba el coñac y se sirvió una generosa ración en la taza. Se sentó en el canapé y se lo bebió agradecido.

Se sintió mejor cuando lo hubo apurado, así que se levantó del sofá, subió al cuarto de su mujer y metió la cabeza por la puerta entreabierta. Roncaba con vigor, profundamente. Sonrió para sus adentros. Tres Mogadones para noquear a la vieja pelleja, pero valía la pena.

Bajó sigilosamente y fue hasta el armario del recibidor. Lo abrió, levantó la alfombra y la dobló hacia atrás. Luego, con un destornillador que dejaba allí siempre con ese propósito, liberó una de las tablas del suelo. ¡Y allí, mirándolo desde abajo, estaba su Mandy!

Tomó el vídeo en la mano casi con amor, y a continuación volvió a poner la tabla y la alfombra como estaban. Se llevó el vídeo a la sala. Se sirvió otra ración de coñac Tres Barricas en la taza usada y se puso a ver la película. Mientras lo hacía fue notando cómo la tensión y el dolor de las últimas horas abandonaban su cuerpo. Y cuando George Markham vio a Mandy atacada sexualmente una y otra vez por una variopinta pandilla de degenerados, pudo relajarse al fin.

A su cerebro acudían visiones de la señora Davidson sopesándose los pechos con las manos. Rascándose los con furor. Contempló a Mandy introducirse el pene de un hombre en la boca rebozada de semen, y de repente la cara se le transformó en la de la señora Davidson y el hombre era él. La respiración se le iba haciendo más y más fuerte.

Por lo menos la noche había producido una cosa buena: ahora ya sabía cómo se llamaba la mujer.

Al día siguiente no fue a trabajar. Tenía la cara hinchada, y le dijo a Elaine que le había salido un flemón en una muela. Ella llamó por teléfono a la oficina de George, tal y como correspondía, y después se marchó camino de su propio trabajo.

Trabajaba en un gran supermercado del centro de Grantley. Era cajera, y lo odiaba.

Una vez solo, George tuvo una idea.

Se vistió con meticulosidad, tomó el coche y se dirigió a Londres. Mientras conducía admirando el paisaje de la campiña de Essex (incluso con aquel frío y tanta agua resultaba esplendoroso), trazó sus planes. Decidió que tras el fracaso de la noche anterior tenía que equiparse debidamente.

Sintonizó Radio Essex y fue cantando junto con los Carpenters mientras conducía. Alegre y contento, siguió su camino hacia el West End en el centro de Londres.

Entró hecho unos nervios en una tienda del Soho. Era la primera vez que iba a un *sex-shop*; siempre había encargado las revistas y vídeos por correo. Pero una vez dentro, se sintió sorprendentemente a gusto.

Tras el mostrador estaba un hombre de más o menos su misma edad que le sonreía mientras revolvía por la tienda. Lo único decepcionante era que las publicaciones y los vídeos eran blanditos. Blanditos y aburridos. Cogió una máscara de cuero y se acercó al mostrador.

—Ochenta y cinco billetes, por favor, jefe.

George contó meticulosamente el dinero. Sería el regalo de Navidad que se haría a sí mismo. Se sentía casi jovial.

—¿Le va lo del sado?

George asintió con timidez.

—Sí —sonrió con aquella sonrisa secreta que casi no mostraba los dientes—. Sí, me gusta.

—¿Qué, andaba buscando porno más duro, acaso? Porque si era eso, creo que puedo echarle una mano...

George recogió la bolsa de asas donde le había puesto la máscara y volvió a sonreír. Esta vez más abiertamente.

—Tengo por aquí unas pelis tipo sexo mortal, de verdad, por doscientos billetes el rollo.

George se quedó perplejo.

—¿Cómo que tipo sexo mortal?

El vendedor notó su desconcierto y se lo llevó a un rincón para explicárselo.

—Verá, tengo películas de palomitas que... o sea, bueno, que se llevan lo suyo, digamos. Pero nada de fingirlo, ¿entiende? Todo lo que les pasa es de verdad. Por eso estas pelis se llaman de sexo mortal, o sea, *snuff*, o *stuff*.

El hombre aquel se daba cuenta de que George todavía no estaba seguro. Suspiró. Llevaba treinta años en el negocio, de mayor y de chico. Distinguía a un pervertido nada más verlo y estaba dispuesto a jurar por la vida de su nieta que aquel tipo era uno de esos. Un pervertido de primera.

—Verá, esto se lo inventaron los yanquis. Secuestran a una palomita. La atan bien. La violan y todo lo demás, ya sabe... Y los gritos y los lamentos son de verdad, ¿entiende? Son de verdad. Auténticos. Tengo un buen lote de pelis nuevas, y le aseguro que todas son de rechupete. Hay una que cuando la corderita ya está muerta, tal cual, ahí siguen dándole por el culo. Salen como pan caliente.

A George le relucían los ojos.

—¿Y a cuánto ha dicho que van?

—Doscientos papeles, colega. Y son baratas, a ese precio, se lo puedo asegurar.

—¿Puedo pagar con tarjeta del Barclays? Es que no tengo más dinero, sabe.

—Pues claro que puede, jefe. Aquí cogemos de todo. Hasta American Express. Con que tenga cualquier otra forma de identificación, nosotros nos lo tragamos todo.

El hombre le sonrió y George correspondió a su sonrisa. Se sentía como si hubiese dado con un amigo de verdad.

—Y qué tal si le hago una llamadita de vez en cuando para ver qué tiene en *stock*, por así decir...

El vendedor le dio una palmada en el hombro.

—¡Pues claro que sí, camarada! Y le guardaré cualquier cosa que esté al límite de la raya, ¿qué me dice? —el hombre distinguía a un policía a treinta pasos y le daba palmaditas en la espalda. Aquel tipo era un perfecto zoquete.

—Oh, muchísimas gracias. Donde yo vivo... —extendió las manos en gesto de impotencia.

—Ya sé a qué se refiere. La gente no entiende a los hombres de verdad como nosotros, ¿no es eso?

El vendedor estaba ocupado en quitarle la tarjeta de las manos a George antes de que se arrepintiera.

—No, es cierto.

Se marchó al cabo de diez minutos con su máscara y su película nueva metidas ambas en una bolsa lisa de papel marrón que apretaba en la mano sudorosa.

George Markham miró a su alrededor para ver los rostros y los sonidos del Soho y se sintió como si por fin hubiera llegado al hogar.

Cuando Elaine abrió la puerta principal después de todo un día de trabajo, George ya tenía la cena en marcha y una tetera esperándola.

—Siéntate, cariño, debes de estar agotada. He preparado un buen filete con patatas fritas para los dos.

Elaine se quedó mirando a su marido como si nunca lo hubiera visto antes. Lo veía prácticamente feliz.

—Gracias, George. Tengo que decir que me alegra que te hayas molestado en cocinar. No tenía ningunas ganas de hacerlo yo.

George le dio una palmadita cariñosa bajo la barbilla a su mujer al tiempo que le ponía delante una taza de té hirviendo.

—¡Para ti todo es poco, preciosa mía!

Le dirigió una sonrisa, que Elaine le devolvió.

No cabía la menor duda de que allí pasaba algo extraño. Desde la última vez que George le había dado una palmadita bajo la barbilla habían pasado más de veinte años, en los tiempos en que todavía eran felices. Dio unos sorbitos al té e intentó alejar aquellas sospechas. Aquello fue antes de que tuvieran que mudarse. Antes de que todo empezase a ir mal.

Elaine se tomó el té mientras veía cocinar a George.

Meneó la cabeza. No cabía la menor duda: aquel hombre era feliz.

Pero ¿por qué?

Capítulo Dos

George estaba sentado en su mesa, sin ver los libros mayores que tenía enfrente. Lo único que veía era la película que había comprado en el *sex-shop* del Soho. Desde la primera vez que la vio, le había invadido una sensación de irrealidad. Había veces que hasta le asustaba, como la noche anterior, que había estado sentado junto a Elaine viendo un programa sobre osos panda gigantes. Estaba allí sentado tomándose el té y viendo la película cuando, de golpe, simplemente, se había ido. Su mente se había ido hasta la otra película. Y él estaba en la otra película. Y era la estrella. Y tenía control absoluto.

La voz de Elaine le había devuelto a la realidad. Una voz capaz de romper cristales y agriar la leche de un solo golpe. Pero su aberración le había asustado. Porque en los últimos tiempos no había modo de controlar sus propios pensamientos. Lo arrastraban a cualquier hora del día o de la noche.

Se sacudió mentalmente y se dijo que había que seguir con lo que estaba haciendo. Contempló una vez más el libro de registro de ventas que tenía delante.

—¿Tiene cinco minutos, señor Markham?

La voz de Josephine Denham irrumpió en sus pensamientos. Se giró en la silla y la vio sonreírle de pie en el marco de la puerta.

—Desde luego, señora Denham —dijo con voz suave y educada.

Josephine Denham dio media vuelta y regresó a su despacho. George Markham la ponía histérica y no sabía por qué. Era siempre muy educado. Estremecedoramente educado. Nunca pedía días libres por ninguna razón, siempre se guardaba sus cosas para sí mismo, nunca alargaba la hora del almuerzo ni intentaba darle más conversación de la cuenta como hacían otros de sus empleados varones. Era un trabajador modelo desde todos los puntos de vista. Pero, sin embargo, tenía que reconocerse para sus adentros que había algo en aquel cuerpo blando y gordezuelo y en sus ojos grises acuosos que le daban repelús. Se sentó en el despacho y observó al hombrecito que tenía enfrente.

—Siéntese, por favor.

Esperó a que George cogiese la tela de sus pantalones entre el pulgar y el índice y tirara un poquito hacia arriba antes de sentarse. Incluso aquella acción la irritaba. Vio cómo mostraba aquella curiosa sonrisita que apenas enseñaba los dientes, y se sintió todavía más incómoda. Por su parte, George miraba disimuladamente los pechos enormes de Josephine. Contemplaba las subidas y bajadas con cada respiración que tomaba.

Por lo que a él concernía, los senos de Josephine Denham merecían una medalla olímpica. La jefa vio que la sonrisa de George se ampliaba y se obligó a sonreírle también.

—Siento mucho haber tenido que llamarle, George, usted siempre ha sido un buen trabajador...

Ahí se puso más alerta. Ya no había sonrisa.

—Pero me temo que en estos tiempos difíciles —continuó ella—, con la recesión... bueno, en fin, vamos a tener que prescindir de una parte del personal. Se le pagará una indemnización por despido, por supuesto.

George tuvo la sensación de que alguien había hecho explotar su burbuja de felicidad particular.

—Entiendo. —Pero no lo entendía. No lo había entendido en absoluto. Llevaba ya quince años en esa empresa.

—¿Cuántos más tienen que irse?

Josephine Denham inspiró profundamente. Daba igual que lo supiese ahora que más tarde.

—Cinco. Jonhson, Mathers, Davids y Pelham. Sin olvidarnos de usted precisamente, por supuesto.

George se la quedó mirando, con tal falta de expresión en el rostro que parecía que se la estuviera bebiendo. La mujer se estremeció.

—Entiendo.

Así que todos los más viejos tenían que largarse. Los jóvenes, los que llamaríamos dinámicos, se quedaban. George sintió el impulso de saltar de la silla y abofetear a aquella zorra con aires de superioridad, con aquella cara pintarrajeada, el pelo rubio teñido, aquellos pechos gordos que se le bamboleaban. ¡Menuda furciaapestosa! ¡Putaguarra! Deseó verla morir de cáncer gritando de dolor. Deseó que le fueran rebanando los senos centímetro a centímetro. Deseó que...

—¿Se encuentra mal, señor Markham? —Josephine Denham estaba nerviosa. Llevaba más de cinco minutos sentado frente a ella y mirándola fijamente. Sin expresión alguna en la cara, nada. El hombre sabía, como ella lo sabía, que estaba acabado. Ninguna otra empresa lo contrataría a los cincuenta y un años. Porque simplemente no tenía lo que hay que tener. No tenía personalidad, ni carisma. George Markham no tenía nada de nada a su favor—. Lo lamento muchísimo, de verdad, George —pronunció el nombre con timidez. Nada segura de sí misma.

Él la miró antes de darse la vuelta en dirección a la puerta.

—Así será.

La voz sonó como en sordina, tanto que Josephine no pudo oírlo.

—Perdón, es que no he...

George se giró de cara a ella y sonrió de nuevo.

—He dicho que así será.

¿Se trataba de un sarcasmo? Se quedó mirándolo mientras salía del despacho arrastrando los pies, con los hombros todavía más hacia adelante y un aire de derrota mayor que cuando había entrado.

Lanzó un suspiro de alivio. Por lo menos ya se había quitado aquello de delante.

Cogió los cigarrillos y encendió uno. Por alguna razón desconocida, temblaba. Se sonrió a sí misma. ¡Imagínate, que te ponga nerviosa un mequetrefe como George

Markham!

Pero aquella incomodidad permaneció en su interior el día entero.

George volvió a su mesa y se sentó quieto y en silencio hasta la hora del almuerzo. Detrás de su exterior en calma, la mente era un torbellino. Entró en el pequeño *pub* de siempre, el Fox Revived, a las doce y cinco, y pidió un coñac grande.

La camarera tenía unos cuarenta y cinco años, pelo rubio largo y teñido y unas enormes pestañas postizas. Los pechos minúsculos y vacíos eran visibles a través del corpiño de malla fina. George la miró con repugnancia.

Otra furcia. Todas eran unas jodidas furcias. Se llevó la mano a la boca escandalizado hasta de que se le ocurriese semejante palabra.

—Es una libra noventa, por favor —la voz de la camarera tenía un deje nasal porque intentaba hablar de modo refinado.

—Muchísimas gracias, cariño. Tómate una tú, por favor.

Respondió a la tímida sonrisa de él con una bien amplia que mostraba sus grandes dientes manchados de tabaco.

George le dio un billete de cinco libras y esperó el cambio. Después, con la copa en la mano, se fue a una mesita de un rincón a beberse el *brandy*.

Elaine iba a subirse por las paredes cuando se lo dijera. Otra cosa más que tendría para usar contra él. Oh, Elaine era buena almacenando rencores. Los coleccionaba como otras mujeres coleccionan sombreros o zapatos. Todavía no le había perdonado el otro asunto. Nunca se lo mencionaba, oh no, pero él sabía muy bien que permanecía allí, entre los dos, como un fantasma silencioso. Dio un buen trago a su bebida y la aspereza del coñac barato le quemó la garganta.

No había sido culpa suya. Apenas sabía lo que pasaba. En un momento habían estado sonriendo y riendo y al siguiente la chica gritaba y gritaba. ¡Ah, aquellos gritos! Le habían atravesado completamente el cráneo para metérsele en el cerebro. Menuda zorra. Seguro que supo desde el principio lo que iba a pasar.

—¡Eh, hola, Georgie, muchacho!

Tenía a Peter Renshaw plantado delante de él radiante de buen humor y camaradería positiva. A George se le cayó el alma a los pies. Lo que le faltaba, aquel puñetero botarate de Renshaw cacareando sin parar.

—Hola, Peter. ¿Puedo invitarte a un trago?

—No. Me toca a mí, Georgie. ¡No se te ve todos los días por mi nidito de amor!

George vio cómo chasqueaba los dedos para llamar a la monstruosidad de detrás de la barra y le guiñaba un ojo.

—Vivienne, querubín mío, tráeme un *gin-tonic* con hielo y una rodaja de limón, y otra copa de lo que aquí mi buen amigo esté bebiendo. Ah, y no te olvides de ponerte una a ti, preciosa.

George observó a la mujer sonreír y pavonearse al asentir. Peter se sentó junto a George y le susurró:

—Esta ya lleva dadas unas cuantas vueltas a la noria, pero cuando anda con

ganas, sabe calentar lo que hay que calentarle a un hombre.

George arrugó la nariz con asco y Peter se echó a reír.

—Oye, Georgie, muchacho, un consejito, de hombre a hombre —le dio un golpe con los nudillos en las costillas—. No se mira la repisa de la chimenea cuando estás atizando el fuego. ¿Sabes lo que te quiero decir?

George sonrió a falta de cualquier otra cosa que hacer. Deseó que Renshaw sufriera un infarto masivo y muriera de repente si era lo que hacía falta para que se estuviera callado.

—Si tú lo dices, Peter.

—¡Pete! Pete, por Dios santo, Georgie, muchacho. Nadie me llama Peter, ni siquiera mi mamáita, que Dios la bendiga.

Vivienne trajo las bebidas a la mesa y George vio que daba una palmadita cariñosa con los dedos en el cuello de Peter al marcharse. ¡Maldita guarra, fulana asquerosa!

—¿Qué estás mirando, Georgie? ¿Te apetecería un palo rapidito con ella, eh? —Peter se echó hacia atrás en la silla y llamó a la mujer para que volviese.

George, aterrorizado por lo que Peter pretendía hacer, arrastró hacia sí la cabeza del hombre tirándole del cuello del abrigo de borrego.

—¡NO! Peter..., perdona, Pete —tranquilizó la voz—. Solo estaba pensando, nada más. Hoy he tenido alguna mala noticia.

—¿Así que te lo han dicho, entonces?

George lo miró, perplejo.

—¿Me han dicho qué? —Peter no detectó crispación en la voz de George.

—Pues que te iban a echar. Hace meses que lo sabe todo el mundo.

George estaba atónito. ¿Así que lo sabía todo el mundo? Todo el mundo menos él. Y todos habían estado mirándolo y riéndose. ¡Oh, sí! ¡Riéndose de él! ¡Riéndose de él a sus espaldas!

Peter vio que la expresión asombrada del rostro de George variaba hacia una rabia virulenta. Hasta a él le sorprendió. Pensaba que George ya lo sabía. Como todos los demás. Ahora lo sentía, y apoyó la mano sobre el brazo de George.

—Vaya, lo siento, colega. ¡Por Cristo, creí que lo sabías! De verdad que pensaba que lo sabías.

George respiró hondo.

—No, Pete. No lo sabía. De verdad que no.

La voz de George volvía a ser la de siempre. Tranquila y educada.

—Ni siquiera me lo imaginaba.

—Venga, vamos, Georgie, muchacho. La verdad es que es lo mejor que te podía pasar. O sea, quiero decir, ¿qué edad tienes? ¿Cincuenta y ocho? ¿Cincuenta y nueve?

—Tengo cincuenta y un años, Peter. Cincuenta y uno.

—¡Oh! Bueno, qué más da, de todas formas. Tendrás una pensión anticipada. Vive un poco. Estate con los críos.

—No tengo hijos, Peter. Elaine y yo nunca...

—Oh.

A Peter le estaba resultando cada vez más difícil encontrar cosas que decir. Él sí tenía una esposa, cuatro hijos y una retahíla de amantes y ligues de una noche a todo lo largo y ancho del país. Las personas como George le asombraban e intrigaban. ¿Cómo se podía vivir cincuenta y un años sin tener algún futuro en el que pensar? Se vio a sí mismo dentro de unos años, cuando ya estuviera un poco cascado para meterse en enredos y aventuras pasajeras, viviendo con su mujer y viendo crecer a sus nietos. Y con cientos de recuerdos felices de los que disfrutar a lo largo de los años del ocaso.

—Venga, Georgie, muchacho, bébete eso. ¡Piensa en la gran despedida que te daremos! Así me gusta, eso te animará. —Chasqueó otra vez los dedos a la camarera —. Ponnos otra ronda, Viv, si haces el favor.

El *pub* empezaba a llenarse y George vio a Peter saludando a amigos y conocidos. Según le presentaban a distintas personas movía la cabeza en silencio, pero su mente seguía siendo un torbellino todo el rato.

¿Qué coño iba a decir Elaine?

Elaine estaba sentada en la cantina del trabajo y revolvía con desgana su café. George no estaba bien, aunque tenía que admitir que durante estas últimas semanas vivir con él había sido mucho mejor. Se había mostrado alegre. Igual que antes de todo el problema.

Apartó de su cabeza los pensamientos desagradables. George ya había pagado su deuda con la sociedad. Borrón y cuenta nueva. Se habían montado una nueva vida, digamos. Al cabo de veinte años, tal vez fuera hora de olvidar el pasado.

—¡Ay, Elaine, odio los viernes!, ¿tú no?

Margaret Forrester se sentó en la mesa de Elaine y se quitó los zapatos.

—Estos pies míos acabarán en el *Libro Guinness de los récords* cualquier día de estos. Los pies más hinchados del mundo.

Elaine se rio de su amiga.

—¿Por qué te empeñas en llevar esos tacones? Cómprate un par de zapatos planos y cómodos.

—No. Las piernas son de lo único que presumo. No los abandonaré hasta que no tenga más remedio.

Elaine movió la cabeza a los lados.

—¿Te traigo un café? —dijo.

—Oh, sí, por favor, Elaine. Y un barreño de agua fría si tienen.

Elaine trajo el café a su amiga y se sentaron juntas a charlar.

—¿Entonces a dónde vas de vacaciones?

Elaine se encogió de hombros.

—Probablemente otra vez a Bournemouth.

—Oh, no fastidies, Elaine. Hoy en día nadie va a Bournemouth si no anda en silla

de ruedas. ¿Por qué no te vienes a España con las chicas y conmigo? Sol, arena, mar, sexo...

Margaret se marcó un bailecito sobre la silla.

—¡Qué ganas tengo de estar allí! El año pasado estuvimos en un hotel, justo delante del mar, y justo pegado había una puñetera reserva de loros. Toda la santa noche chillando, aquellos bichos. ¿Y conoces a Caroline, la de congelados? Una noche les fue tirando los zapatos de todas nosotras. De lo completamente hasta las narices que estábamos. ¡Y al día siguiente tuvimos que ir a pedir que nos los devolvieran! ¡Menuda escandalera!

Elaine sonrió.

—No sé, Margaret. George...

—¡Oh, al carajo con George! Son solo ciento veinte billetes por quince días, pensión completa. Ya sé que es en marzo y que no hace tanto calor. Pero, te lo juro, ¡vaya si lo pasamos bien! Vente, por favor.

Por primera vez en su vida Elaine sintió una oleada de placer ante la posibilidad de algo inesperado. George era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo.

Margaret puso la mano sobre el brazo de Elaine.

—¡Venga, chica! Suéltate el pelo antes de que sea demasiado tarde.

Elaine se pasó lentamente la lengua por los dientes y luego se mordió el labio. Margaret leía la indecisión en el rostro de su amiga.

—Muy bien, entonces... ¡iré! —y Elaine empezó a reírse con la emoción.

—Iremos a reservar después del trabajo. De esa forma no podrás cambiar de opinión.

—George se cogerá un buen rebote cuando se lo diga.

—¡Que se lo coja! Mi hombre también se lo cogió la primera vez, pero como yo le dije: «Solo se vive una vez».

—Esa es la verdad.

Elaine volvió a morderse el labio. Esta vez por la emoción. ¡Dos semanas enteras sin George! ¡Qué bendición...!

Elaine oyó cerrarse la puerta delantera y cuadró los hombros como en espera del comienzo de la batalla. Pero George no iba a pelear. George nunca peleaba por nada.

Le dirigiría su mirada de soldado herido, pondría cara de colegial perplejo, o de ¿qué he hecho yo para merecer esto? Siguió haciendo el puré de patatas. George entró en la cocina. Apelando a todos los recursos de que disponía, Elaine iluminó su cara con una sonrisa y miró a su marido.

—Hola, George. Siéntate, la comida está casi lista.

Vio que George alzaba la ceja derecha y se obligó a continuar con el puré. George se sentó en su sitio habitual de la mesa. Una mesa blanca de formica que habían comprado en los almacenes MFI hacía eones. Cuando las mesas de formica blanca eran algo importante para ellos.

—¿Has pasado un buen día? —estaba decidida a mostrarse cordial.

«Oh sí, Elaine —pensó George—, he tenido un día fantástico. Fui llamado al despacho de la señora Denham y nada menos que me dieron la patada en el culo y me echaron de la empresa». Se tapó la boca con el dorso de la mano. Tenía que dejar de soltar tacos para sí mismo. Un día se olvidaría y se los soltaría a Elaine.

—No ha estado mal, cariño. ¿Y tú? —era una voz baja e inexpresiva.

Elaine sirvió el puré de patatas en los platos, al lado de las chuletas de cerdo. George la observó dar forma a los montoncitos con los dedos. Luego fue poniendo los guisantes.

—La verdad es que yo he tenido un día de lo mejor, George.

George se permitió volver a enarcar una ceja. Bueno, bueno, bueno... ¡Esta sí que era de premio! ¡Elaine pasándose bien en el trabajo! De creerla a ella, llevaba por sí sola la tienda entera desde la caja.

—Eso es estupendo, querida.

Elaine servía ahora la salsa y tuvo que ahogar un impulso para no verterla sobre la calva de George.

—Eso es estupendo, querida... Eso es fantástico, querida... ¡Válgame Dios, George! Que soy tu esposa. ¡No hace falta que seas tan educado con tu propia esposa!

George veía la confusión presente en la cara de ella al mirarlo. Elaine era una mujer tan difícil. No podía ni imaginarse la reacción que tendría si le dijera que estaba hasta los huevos de ella. Que aquella voz que tenía le atravesaba la cabeza como una migraña insoportable. Que deseaba verla muerta para poder reclamar el dinero del seguro.

Elaine le puso la cena delante.

Continuaba hablando, pero George había puesto el piloto automático especial que guardaba para cuando Elaine se ponía a cotorrear sobre el trabajo.

—De todas formas, cuando me preguntaron... quiero decir, una de las chicas se había borrado, sabes... y pensé: ¿por qué no? Me encantaría ir a España.

George estaba masticando un trozo de chuleta bastante duro cuando entendió lo que Elaine decía.

—¿España? ¿Has dicho España?

Elaine percibió la incredulidad en su voz y aquello le fastidió. ¿Pero qué se pensaba? ¿Qué ella no era de las que van a España?

—Sí, he dicho España, George. Ya sabes, donde viven los españoles.

—¿Y vas a ir? ¿Tú... a España?

Elaine dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, equilibrándolos a un lado del plato.

—Pero bueno, ¿qué se supone que significa eso?

George abrió la boca para contestar, pero Elaine ya estaba en pleno torrente.

—Supongo que te piensas que España es un sitio lleno de chicas de la página tres y adonis rubios —siguió—. Bueno, pues déjame decirte una cosa, George, las chicas del trabajo se lo pasan condenadamente bien allí, amiguito. Condenadamente bien. Y

justo por una vez en mi vida —se dio golpes en el pecho con el pulgar estirado— yo voy a meterme en el mundo real. Me lo voy a pasar bien. A reírme. Todavía no soy demasiado vieja para divertirme. Vamos a hablar claro, si tuviera que esperar a que tú me llevaras a pasarlo bien, estaría muerta y enterrada.

George observaba su cara mientras la oía hablar. Tenía los rasgos retorcidos como un pañuelo enrollado y en un instante tremebundo se la imaginó en la playa en *topless*.

Entonces, se echó a reír. Rio hasta que le cayeron lágrimas de los ojos y le entró un ataque de tos. Rio mientras Elaine le daba golpes en la espalda para que no se atragantara. Finalmente, ya no tenía fuerzas para reír más y su respiración volvió poco a poco a la normalidad.

Elaine lo miraba desde arriba, perpleja.

—Perdona, Elaine. Perdona las risas. Es solo por el sorpresón que me has dado. O sea, hasta ahora nunca habías querido irte, ¿o sí? Y ahora de repente, como caído del cielo... Vete, Elaine. Vete y pásatelo bien. Ya te veo con un moreno muy favorecedor. Te sentará maravillosamente bien.

Estaba desconcertada. Pero sintió recelos y tuvo la impresión de que George se pitorreaba de ella.

Él le leyó el pensamiento y comentó:

—Me reía porque después de tantos años todavía consigues sorprenderme.

Elaine se tranquilizó.

—¿Quieres que abra una botella de vino, querida? ¿Para celebrarlo?

—Sí, George. Ábrela. Ábrela.

Volvió a sentarse a la mesa y continuó comiendo. Era demasiado dura con George, ese era el problema. Se le veía contento de que se fuera a algún sitio para divertirse, y no le reprochaba tener que quedarse unos días sin ella. Se hizo el propósito de ser más cordial, de tratar de entenderlo un poco mejor. Un momento después hacían chocar sus vasos.

—Por España, querida.

—Por España.

Terminaron de cenar en paz y George se fue a dar su paseo y dejó a Elaine terminándose la botella de vino.

George anduvo unos veinte minutos por las calles, con las manos bien metidas en los bolsillos y la cabeza embutida en el cuello subido del abrigo. Le gustaban los meses de invierno, le gustaba el anonimato que creaban las noches oscuras. Fue haciendo camino hacia la calle Motherwell andando despacio a lo largo de las hileras de casas.

¿Cómo coño iba a darle a Elaine la noticia de que iban a prescindir de sus servicios? Por lo que dedujo de lo dicho por Renshaw, estaría en la calle para febrero. Sintió un escalofrío. Esta noche la había calmado, pero eso no duraría demasiado. Cerró los ojos por un momento, ponderando la cuestión. Lo único que aquel despido

lograría sería convencerla aún más de que era un perdedor sin remedio.

Geraldine O'Leary sonrió a su imagen en el espejo. Como no estaba del todo satisfecha con su maquillaje, se puso un poco más de lápiz de labios fucsia. Abrió la boca bien abierta y lo extendió generosamente para después frotarse un labio contra otro. Volvió a sonreírse, satisfecha. Tomó el cepillo del pelo y empezó a peinarse los largos cabellos castaños, y al hacerlo sonaban chasquidos eléctricos.

Mick O'Leary observaba a su esposa desde la cama. Incluso después de doce años todavía lo excitaba. Con treinta y cuatro años, era madre de tres hijos y no parecía mucho mayor que el día que se casaron. Miró cómo se enfundaba el sostén y las braguitas. Sus miradas se cruzaron y sonrieron los dos con una sonrisa de entendimiento.

—Ojalá no tuvieras que ir esta noche, Gerry.

—No es que quiera ir, Mick. Pero si me quedo en casa, la semana que viene lo lamentaré, ya lo sabes. Quince libras son quince libras. Y las navidades estarán aquí enseguida... —la voz se le quedó como arrastrando.

Mick suspiró. Saltó de la cama y se puso los pantalones.

—Supongo que tienes razón. No irás a llevar esa blusa, ¿verdad?

Geraldine echó una mirada a la blusa que se estaba abotonando.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Se te transparenta todo el sostén.

—¡Oh, Mick! Estás loco...

—Bueno, no me gusta la idea de que los hombres anden mirando a mi esposa.

—Al bar también vienen mujeres, ¿sabes? —le hizo un mohín con los labios y él se rio.

—Pero no de tan buen ver como tú, muchacha.

Geraldine sonrió y se calzó una falda negra. Luego se subió a unos zapatos de tacón alto y se roció generosamente de perfume.

Comprobó su maquillaje por última vez y salió del dormitorio con su marido y bajaron juntos las escaleras.

Sophie, Donald y Grania, de tres, cinco y diez años respectivamente, los miraron al verlos entrar en el salón.

—Hasta luego a todos, y sed buenos con papá.

Sophie, con pijama rosa, alargó los brazos pidiendo un abrazo y Geraldine la cogió y la apretó contra el pecho sintiendo el aroma infantil de la cría.

—Usted pórtese bien, señorita —alargó la vista hacia su marido, que ya se había sentado y tenía en las manos la sección de televisión del periódico.

—No dejes que te enreden. Las ocho en punto es la hora de irnos a dormir los tres.

Grania y Donald refunfuñaron.

—Lo digo en serio. O mañana no hay dulces.

Colocó a Sophie en el sofá con sus hermanos y se puso el abrigo. Mientras se lo abrochaba, dio sus últimas órdenes.

—Queda un poco de pollo en la nevera, Mick, por si te apetece un sándwich, y también he metido unas cervezas. ¡Ah!, y antes de que se me olvide, he dejado mi pedido para Avon junto al teléfono. La chica llamará esta noche.

—Tú vete y no te preocupes, Gerry. Yo ya me ocupo de lo de aquí. Nos vemos más tarde, amor.

Se besaron en la boca.

—Ten cuidado, Gerry, y no aguantes rollos. ¿Vale?

Geraldine miró a su marido a la cara y sonrió.

—Vale. Adiós, niños.

Les dio un beso a cada uno y salió a la calle. El viento frío la golpeó en la cara al cerrar la puerta de entrada y empezar a andar el medio kilómetro largo hasta el bar de cócteles en el que trabajaba. Mientras caminaba, hacía la lista de regalos de Navidad en la cabeza. Ya tenía la mayor parte de las cosas de los dos mayores, para Grania una bici que en esos momentos estaba escondida en la caseta del jardín de su suegra, y para Donald tenía un juego de Atari. Iba dando vueltas a la idea de comprarle a Sophie un juego de cocinitas o un cochecito de muñecas cuando llegó a la esquina de Vauxhall Drive.

Por puro instinto se abrigó más apretando el abrigo contra ella. Ese trozo lo odiaba. La calle era ancha y con baches, y bordeaba un bosque por el lado izquierdo. De niña había jugado muchas veces en aquel bosque y lo conocía palmo a palmo. Sin embargo, siempre le había puesto nerviosa. Era muy oscuro y actualmente solo quedaban un par de casas habitadas. Las otras las habían derribado para hacer sitio a una nueva urbanización que no se llegó a construir. Hacía muchos años, aquello había sido el final «bueno» de la ciudad. Ahora, de un lado estaba flanqueada por el bosque y del otro por las casas municipales, y las grandes viviendas victorianas iban siendo arrasadas una tras otra.

Al andar, sus tacones resonaban sobre la acera desigual y aquel ruido la reconfortaba. Vio al fondo el final de la calle y se relajó.

«¡Menuda mema! —se motejó a sí misma—. ¡Tener miedo de las sombras!».

Aceleró el paso, las luces al final de la calle eran señales que la conducían hacia ellas.

George llevaba cosa de quince minutos parado a la entrada del bosque. Miró la esfera luminosa de su reloj. Ahí venía. Bien puntual. Eran las siete y cuarto.

Tragó saliva y flexionó los dedos ahora envueltos en unos guantes blancos de algodón.

Cuando Geraldine pasó ante él, salió de su escondite y la agarró por el pelo. Aquel pelo largo y castaño que era lo mejor que tenía.

Cuando la mujer abrió la boca para gritar, George la sujetó fuerte por debajo de la mandíbula y empezó a arrastrarla al interior del bosque. La chica iba soltando patadas para tratar de liberarse y perdió un zapato. Estaba aterrada.

George jadeaba y resoplaba. Era más grande de lo que pensaba. La arrastraba con

dificultad, y los gritos ahogados le incomodaban. Pero había hecho buena presa en su pelo y su mandíbula. La arrastró de costado con toda su fuerza y la hizo caer.

Geraldine golpeó contra el suelo con tanta fuerza que quedó sin aliento. Caída en tierra, desvanecida por un instante. Pero solo un instante. George vio cómo se rehacía y se ponía a cuatro patas, y cuando intentó enderezarse le dio una patada en la barriga con todas sus fuerzas y la lanzó otra vez al suelo dando tumbos.

Geraldine se sujetaba la barriga con las dos manos cuando vio que el hombre se arrodillaba junto a ella. Hizo acopio hasta del último gramo de fuerza que le quedaba y se echó a rodar para alejarse, mientras trataba de ponerse de pie.

George observó a la mujer mientras rodaba y chasqueó la lengua con desaprobación. Empezaba a ponerle nervioso. Cogió un trozo de madera que había por allí a mano, lo levantó por encima de su cabeza y lo descargó en el cráneo de la joven. Vio cómo se desplomaba y suspiró aliviado. Se quedó unos minutos sentado junto a ella, tranquilamente, hasta que hubo recuperado el aliento y el corazón dejó de martillarle en los oídos. Luego, sacó el pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

Se sentía más contento y miró a la mujer. Yacía de espaldas con la cabeza girada al lado contrario de él, y sonrió para sí mismo. ¡Bien! No hubiera querido ver que le miraba. Se acercó a ella y empezó a desabrocharle el abrigo. George decidió que aquel abrigo le gustaba y lo abrió con delicadeza. Luego, murmurando entre dientes, empezó a quitarle la falda. No llevaba leotardos, ¡y con aquel tiempo! Volvió a chasquear la lengua. Los brazos pesaban al quitarle la blusa y dejarla cuidadosamente junto al abrigo. Sin dejar de murmurar, echó una mirada al sujetador. En la penumbra, apenas se veía como una prenda de plástico. Jugueteeó con él con los dedos unos segundos y le pareció que los pechos de la chica le saltaban a las manos. Llevaba un sostén que se abrochaba por delante... ¡debía de saber lo que iba a pasarle! George acarició aquellos pechos. Ahora sentía una profunda ternura por aquella mujer. Luego, empleó la navaja para cortar las bragas.

Mientras iba llevando a cabo sus operaciones, notaba crecer la excitación en su interior. Y era tal su sensación de felicidad y éxtasis cuando tiró de las piernas para abrirlas, que tuvo que sofocar el grito que le había acudido a la garganta.

Esto era lo que ella quería. Esto era lo que todas querían.

Cuando George se tumbó a lo largo junto a ella, exhausto y saciado, fue cuando descubrió por qué la chica no se había movido para nada durante todo el «jueguito».

La estaca de madera, que tan a mano había estado, tenía un clavo de medio palmo. Y eso le había perforado el cráneo y penetrado hasta el cerebro.

George la miró y chasqueó la lengua una vez más.

La culpa era de ella. Totalmente de ella. Las mujeres siempre trayendo problemas. Eran tan condenadamente estúpidas... ¡Jodidas zorras estúpidas! Cerró el puño y lo aplastó con todas sus fuerzas contra aquella cara.

Mick O'Leary contemplaba a la mujer policía sin podérselo creer. Llevaba toda la

noche levantado y pensó que tal vez su mente le gastaba alguna broma.

—¿Qué ha dicho usted?

La policía no se había sentido tan mal en toda su vida. Vio a los tres niños acurrucados muy juntos en el diván. El miedo de su padre se les había contagiado. La mujer tuvo ganas de llorar.

—Su esposa fue encontrada hace una hora, señor O’Leary. Ha sido asesinada.

La agente vio cómo la cara del hombre se desmoronaba ante sus ojos y le puso un brazo por los hombros.

—¡Mi Gerry no! ¡Mi querida Gerry, no! Por favor, ¡dígame que no es verdad! ¡Por favor!

La voz de Mick O’Leary se rompió con la última palabra y se llevó las manos a la cara para tapar las lágrimas que fluían entre sus dedos como por la presa de un embalse.

—¡Papá! ¡No llores, papi!

Con sus diez años, Grania acogió a sus hermanos pequeños entre los brazos. Nunca había visto antes llorar a su padre.

—Quiero a mi mamá. ¿Cuándo vuelve a casa mi mamá?

En el mismo momento en que a Mick O’Leary le explicaban que su mundo había sido destrozado, George Markham preparaba un buen desayuno para su esposa.

Elaine entró en la cocina y el olor a huevos con beicon le hizo la boca agua.

—Oh, George, podía haberlo hecho yo.

George se rio de verdad.

—Pero yo quería hacerlo para ti, cariño. Yo te quiero, ya lo sabes, Elaine.

—¿Ah, sí, George?

Por alguna razón desconocida, que George dijera que la amaba la deprimió más que cualquier otra cosa que hubiera podido hacer.

George le sujetó la silla y ella se sentó a la mesa.

—Cómete esto, querida.

Elaine se quedó mirando los huevos, el beicon y los tomates y volvió a entrarle el apetito.

George la miró comer.

«Por eso estás tan gorda, Elaine —pensó—, porque eres una zorra glotona».

—Y ahora, querida mía, ¿qué prefieres? ¿Té o café? —el tono de voz era tan educado como siempre.

Pero George tenía un secreto. Un secreto muy importante y emocionante que no revelaría ni a un alma viviente.

También él se tomó el desayuno. Por algún motivo, esa mañana tenía un apetito devorador.

Capítulo Tres

Elaine estaba en su caja del supermercado. Todos los clientes que habían atravesado las grandes puertas de cristal durante el día tenían una sola cosa en la cabeza: la violación y el asesinato de Geraldine O'Leary. Desde que habían encontrado el cuerpo, Grantley no era más que un hervidero de noticias, opiniones y suposiciones. Mientras a su alrededor sonaban las cajas registradoras y las clientas iban guardando sus compras, Elaine charlaba con una de ellas, una mujer que conocía a la víctima.

—Solo pensar en eso me hace sentir muy raro —la mujer hizo una pausa para empujar una caja grande de cereales y encajarla en la bolsa de la compra—. Quiero decir, pobrecita Gerry, tenía tres niños preciosísimos, de los más preciosos que haya visto. Y tenía un matrimonio feliz —movió la cabeza pensativa—. ¿Y cuántos pueden decir algo así en estos tiempos que vivimos?

—En eso tiene toda la razón. Entonces, ¿quién la encontró?

La mujer se arregló la bufanda de seda. Con el calor del supermercado empezaba a darle picores en la cabeza.

—Fue un chaval joven. Uno que andaba repartiendo periódicos. Bueno, pues solía atajar desde Vauxhall Drive y se la encontró allí... ¡más muerta que mi abuela! —y volvió a menear la cabeza.

—Apuesto a que esto no va a ser más que el principio. Recuerda lo que te digo. Esto no es más que el principio.

Elaine hizo una mueca y sacó el total.

—Diecisiete libras con ochenta y cinco peniques, por favor.

La mujer abrió el bolso y sacó un billete de veinte libras.

—Esto es un puro robo a la luz del día, si quiere mi opinión. ¡Si con esto no tengo ni para hacer una comida!

Elaine le sonrió comprensiva, pero tenía la mente todavía puesta en Geraldine O'Leary. Pobre mujer, morir así. Se estremeció.

Dio el cambio a la mujer y pasó a la siguiente clienta.

Todo Grantley estaba conmocionado y asustado con aquella violación y asesinato. Todas las mujeres comprendían que muy bien podían haber sido ellas, y todas tenían miedo.

Miedo y excitación. Porque nunca antes había pasado algo así en Grantley.

La inspectora detective Kate Burrows contempló el cuerpo y torció la cara.

El sargento detective Willis la miró furtivamente y sonrió un poco al verla palidecer.

«¿Quién en su sano juicio —se preguntó—, pondría a una mujer a investigar una violación con asesinato?». Las mujeres eran demasiado emotivas para ese tipo de cosas.

Miró a Kate de arriba abajo con disimulo. La chica no estaba nada mal para su edad. Un poco escasa de pecho, para su gusto, pero tenía unas buenas piernas y ojos

bonitos. Unos ojos castaño oscuro a juego con el pelo.

Willis volvió su pensamiento a la realidad al oír hablar de nuevo al forense.

—El clavo penetró en la cabeza por aquí —y señaló la sien de Geraldine—. Por el lado izquierdo, y por ahí penetró en el cerebro. Diría que fue una muerte instantánea. Hemos encontrado restos de semen en los muslos y en los pechos, lo que no es habitual en estos casos. Dentro de la vagina solo había una cantidad pequeña.

El hombre se frotó los ojos con el índice y el pulgar de la mano derecha.

—El golpe en la cara se lo dieron cuando ya estaba muerta. Como pueden ver, le aplastó la nariz. Tiene también varias costillas rotas. Aventuraría la opinión de que le dieron varias patadas. Patadas muy fuertes, porque una de las costillas rotas se le clavó en el pulmón.

Movió la cabeza a los lados.

—Un ataque terriblemente brutal. Y muy calculado. Tiene arañazos y partículas de tierra en las rodillas. Lo que supongo es que se resistió y plantó una buena pelea.

—¿Hay piel debajo de las uñas? ¿Alguna otra cosa con la que podamos tirar adelante? —la voz de Kate sonó grave y contenida.

El hombre negó con la cabeza.

—Nada más, me temo. Por supuesto que podemos sacar el ADN del semen... —dejó las palabras en el aire y se encogió de hombros—. Tal vez puedan aparecer restos de cabello o de fibras en la ropa. Ya se lo haré saber. —El forense empezó a peinar lenta y cuidadosamente el vello púbico de Geraldine, concentrado otra vez en el trabajo. Kate se apartó del cuerpo de la mujer que se ponía gris rápidamente.

—Gracias.

Salió de la sala de autopsias con Willis tras ella. Ninguno de los dos dijo nada hasta que estuvieron de vuelta en la cantina de la comisaría de Grantley tomándose un café.

—Escucha, no te dejes impresionar por esto, cariño. Estas cosas pasan.

Kate se quedó mirando al joven, frunciendo las cejas muy concentrada. Respiró profundamente.

—¿Cómo te atreves? —replicó con voz ronca y llena de rabia; Willis se quedó cortado—. ¿Cómo te atreves a tratarme con esa condescendencia? ¿Pero quién demonios te crees que eres? ¡Esas cosas pasan! ¿Eso es lo que crees de verdad?

En la voz sonaba su incredulidad. Continuó:

—¿Te piensas que la señora Geraldine O’Leary está allí en el cielo pensando que «estas cosas pasan»? ¿Te piensas que a su marido y a sus hijos solo se les ocurre encogerse de hombros y pensar «estas cosas pasan»?

La voz empezaba a subir de tono y Willis miró alrededor sintiéndose incómodo.

—Esas cosas no es que pasen sencillamente, muchacho —y puso énfasis en la última palabra—. Ahí afuera, en alguna parte, hay un violador que mata. ¿Entiendes la enormidad de ese hecho? ¿Lo entiendes? Bien, ¿LO ENTIENDES?

Willis estaba rígido en su asiento, colorado de vergüenza. El resto de la gente que

había en el salón se había quedado en silencio y los contemplaba desde donde estaban sentados.

—Significa que en la vida normal de la mayoría de las mujeres, sonará un toque de queda en cuanto oscurezca a las cuatro y media. Significa que las mujeres que viven solas o que tienen maridos que trabajan por la noche no se sentirán a gusto quedándose en su propia casa. Significa que ni siquiera encerradas en un coche y circulando por la calle, se sentirán seguras. Significa que los padres con hijas jóvenes se pondrán enfermos de aprensión hasta que las vean llegar del colegio, del trabajo o donde quiera que hayan ido. ¡Y esta condenada lista no tiene final! ¿Cómo te atreves a estar ahí sentado y decirme que estas cosas pasan? Y una última cuestión — continuó—, ya que estamos aclarando las cosas. Yo soy inspectora detective. Soy tu jefa. Así que de aquí en adelante te dirigirás a mí en esos términos. En los seis meses que llevo aquí ha habido una falta de respeto generalizada, así que a partir del día de hoy se acabó esa actitud tan relajada.

Kate se levantó de su asiento y salió en tromba de la cantina, dejando todo un murmullo a sus espaldas.

Willis soltó un suspiro hondo y uno de sus amigos, el sargento Spencer, se acercó a la mesa.

—Así que la raposa tenía garras, ¿eh? ¡Zorra engreída! Si me hubiera hablado a mí así le meto un puñetazo en la boca.

Una voz de mujer sonó en una de las mesas vecinas:

—Muy macho, Spencer. ¿Seguro que no eres tú el violador? He oído que la víctima tenía la nariz partida.

—¡Que te aspen! —Spencer volvió junto a sus colegas y se sentó.

—Jodidas mujeres. Quienquiera que fuera el que las dejó entrar en el cuerpo, lo primero que necesita es un psiquiatra. Y en cuanto a esa Burrows... ¡una vaca creída!

—Pues la han puesto al cargo de la violación y asesinato, así que más os vale haceros a la idea.

Spencer miró a la que hablaba.

—Bueno, pues ya veremos lo bien que lo hace, ¿no te parece? A mí, personalmente, me toca la polla.

—A lo mejor ese es el problema, Spencer, que *no* te va a tocar la polla.

Todos rieron.

Spencer tomó la taza de té en la mano y con la que tenía libre le levantó el dedo corazón en plena nariz al otro hombre.

—Monta aquí, Fisher.

Fisher sonrió.

—¡Solo si me lo pides con educación! —y movió los párpados seductoramente.

Spencer se terminó el té. Jodidas mujeres. Hacía falta una violación para que enseñaran sus cartas. A él no le importaba, pero era más que probable que aquella zorra tonta de la O'Leary estuviera pidiéndolo a gritos.

Kate Burrows se sentó en su despacho e intentó tranquilizarse. Tenía que admitir que había sido dura con Willis, pero el joven le había atacado los nervios. La mayoría de los secretas del Departamento de Investigación Criminal de Grantley le atacaban los nervios. Se frotó la cara con la mano. Llevaba colocada en el lado del que sufre discriminación desde que entró en el cuerpo, era un riesgo profesional. Pero este grupo de aquí...

Dirigió su atención al informe que tenía delante. Quería dejar impreso en su cerebro hasta el último trocito de información. Quería tener más conocimientos sobre el caso que sus colegas masculinos, como en casi todos los trabajos que emprendía. Empezó a leer.

Al poco rato, alguien llamó a la puerta.

—Pase.

Se abrió la puerta y quien entró en el cuarto era Willis.

—¿Sí? —el tono era acerado.

Willis movió la cabeza asintiendo.

—El superintendente Ratchette quiere verla, señora, si no está demasiado ocupada.

—Gracias, Willis.

Mentalmente, Kate se lamió el dedo y se apuntó un tanto.

—¿Quería usted verme, señor?

El superintendente Ratchette le dirigió una sonrisa al verla entrar en el despacho.

—Siéntese, Kate. Supongo que sabe que ya tenemos encima a toda la prensa nacional...

—No lo sabía —le contestó, torciendo el gesto—, pero ya suponía que no tardarían mucho.

—Bueno, pues como siempre, ya se están convirtiendo en un incordio. Tenemos que intentar contener esto todo cuanto sea posible. Esperemos que la cosa sea un caso aislado. Es lo único que necesitábamos, sobre todo a menos de dos semanas de las navidades —la voz del superintendente Ratchette sonaba cansada y a Kate le dio un poco de pena.

—Bueno, de momento, señor, no tenemos mucho con lo que funcionar. Estamos esperando que los forenses encuentren alguna cosa. Ya he preparado el puerta a puerta, para un radio de poco más de un kilómetro. Lo habitual. Nos entrevistaremos con todos los varones entre catorce y sesenta y cinco años, comprobaremos qué coche tienen, dónde trabajan, dónde estuvieron entre las seis y media y las siete de la tarde de ese día. Ah, y antes de que se me olvide, he puesto a la sargento detective Dawkins encargada de la oficina. Es buena.

El superintendente Ratchette levantó una gruesa ceja gris.

—Supongo que todo eso habrá sentado bien, ¿no? —dijo.

—No del todo. —Kate se rio sin ganas—. ¡Dos mujeres en un caso importante! Los machos del DIC echan chispas por los ojos solo de pensarlo.

Ratchette soltó una buena carcajada. Le gustaba Kate Burrows.

—Bueno, piense lo que piense, Kate, el caso es suyo. ¿Podría mantenerme bien informado de cualquier progreso, cuando y como se produzca?

—Desde luego, señor. Pero no me gusta cómo huele esto. Geraldine O’Leary trabajaba en un bar de copas, el Rudy’s, pero por lo que he sabido, no era una mujer que provocase a los hombres, aunque fuera guapa y evidentemente los atrajera. De todos modos, ya estamos investigando a todos los parroquianos. La mayoría son gente de aquí. Anoche el marido se quedó cuidando a los niños y una mujer que se apellida Conroy le visitó sobre las siete y media para recoger un pedido de Avon y se quedó charlando hasta las ocho, cuando se presentó la madre de Geraldine O’Leary para dejar allí unos regalos de Navidad. No hay modo de que fuera el marido. Tiene una coartada a prueba de bomba.

Ratchette asintió.

—Parece que es un trabajo hecho a su medida —dijo.

Kate contuvo un bostezo. Había sido un día largo y todavía no había acabado.

—Pero tengo la impresión de que va a ser bastante duro, señor, muy duro.

George entró en su casa y agradeció el calor de la calefacción central. Venía aterido. Traía el periódico local bajo el brazo. Oyó a Elaine hacer ruidos metálicos mientras cocinaba. Se quitó el abrigo, lo colgó en el armario del recibidor y entró en la cocina sin hacer ruido.

Elaine se volvió desde el fregadero con un sobresalto.

—¡Ah, George! Me has dado un susto. No te había oído entrar.

Agitó la mano delante de la cara como si se abanicara para refrescarse.

George sonrió.

—Perdona, querida —dijo. Se sentó a la mesa y se puso a mirar el periódico. Sonrió más ampliamente. A todo lo ancho de la primera página, con grandes letras negras, había una sola palabra: ASESINATO.

Se instaló cómodamente en la silla y empezó a leer: «Esta mañana el cuerpo de una mujer fue hallado en el bosque de Grantley Woods. Había sido violada y asesinada...». Notó aquella excitación tan conocida fluir ya por sus venas. «La víctima era la señora Geraldine O’Leary, de treinta y dos años, madre de tres hijos».

¡Los pobres niños! ¡Pobres, pobres niños! Meneó la cabeza a los lados y reanudó la lectura.

Elaine le puso una taza de té al lado y él levantó la vista hacia ella.

—¿No es terrible, George? Esa pobre mujer. Esos pobres niñitos, perder a su madre así, y encima justo antes de Navidad...

George quedó sorprendido de la emoción que sonaba en la voz de Elaine.

—No hemos hablado de otra cosa en el trabajo —continuó—. Es que, quiero decir, ninguna mujer está a salvo, ¿no crees?

George chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—Tú vete con cuidado, Elaine —y le apuntó con el dedo—. Prométeme que

cogerás un taxi para volver a casa del trabajo. No quiero que tengas que estar esperando en la parada del autobús a oscuras.

Elaine se quedó mirando a su marido y luego sonrió.

—¡Oh, George! Eres un viejo tonto...

A su pesar, Elaine sintió que la preocupación de George le producía una enorme oleada de placer. ¡Volver en taxi a casa del trabajo! Bueno, pues lo haría, puesto que George decía que no era seguro estar esperando en la parada del autobús en la oscuridad.

Empezó a servir los platos de la cena.

Más tarde, por la noche, el crimen sexual apareció en las Thames News de la televisión. Elaine iba moviendo la cabeza pesarosa, pero George sonreía. Aquella sonrisa secreta suya que apenas enseñaba los dientes.

Kate llegó por fin a casa a las once y cuarto. Metió el coche en el camino de entrada y decidió que no iba ni a molestarse en guardarlo en el garaje. Estaba demasiado cansada. Se bajó, lo cerró y ahogó un enorme bostezo.

Cuando llegó ante la puerta la vio abierta y una mujer de edad indefinida la metió prácticamente de un tirón en el recibidor.

—Entra de una vez, cariñito, debes de estar helada. Te he guardado la cena en el horno para que esté caliente.

Kate se sonrió. Su madre seguía pensando que tenía dieciocho años.

—¿Dónde está Lizzy?

—Ah, está en el baño, bajará pronto. He oído lo de esos terribles sucesos de hoy. ¡Escandaloso, un escándalo, un maldito escándalo! ¿Quién fue, el marido?

Kate siguió a su madre por el salón hasta la cocina, donde estaban colocados para ella cuchillo y tenedor sobre una pequeña barra para comer. Agradeció poder sentarse en el taburete y aceptó una humeante taza de café.

—No, no fue el marido, mami.

Evelyn O'Dowd no la escuchaba, aunque eso no molestó a Kate. Su madre nunca escuchaba a nada ni a nadie.

—Casi siempre es el marido o algún otro pariente...

Evelyn abrió el horno y a Kate se le hizo la boca agua al llegarle los efluvios y el aroma tentador de un buen estofado de buey.

—Ten cuidado con el plato, nena, abrasa.

—Gracias, mami, es justo lo que necesitaba.

—He hecho pan de soda para acompañarlo.

Evelyn O'Dowd era pequeña y delgada, como un pajarito. Tenía unos ojos negros que se movían sin cesar y nunca se quedaban fijos en nada. Iba siempre vestida de negro, lo que acentuaba su delgadez. Y seguía cuidando de su hija de cuarenta años como si tuviera diez. Y a Kate le encantaba.

Le trajo un trozo de pan y se sentó frente a ella con una taza de café y su eterno cigarrillo en la mano. Le dio una chupada larga, expulsó el humo hacia el otro lado de

la barra y sonrió.

—Este será una buena estrella más en la gorra... cuando hayas terminado de resolverlo, por supuesto. Pero lo harás, de eso estoy segura —y lo dijo con una seguridad absoluta.

—Bueno, estamos haciendo todo lo que podemos, pero todavía estamos al principio, mamá.

Kate se iba tomando la comida con gran entusiasmo para máxima felicidad de su madre.

—¡Si tu padre viviera y pudiera verte, se habría vuelto a morir de felicidad!

Kate se sonrió para sus adentros. Aquellos dichos irlandeses de su madre no solo eran incomprensibles la mayoría de las veces, sino que con frecuencia resultaban divertidos, aunque a Evelyn no siempre se lo pareciera.

Declan O'Dowd había sido estibador en Londres y se había asegurado de que sus dos hijos recibieran una buena educación. El hermano mayor de Kate vivía ahora en Australia, a donde había emigrado hacía veinte años. Era ingeniero de caminos, y tenía esposa y cinco hijos a los que ni Kate ni su madre habían visto nunca en carne y hueso. Kate había hecho toda su carrera en las fuerzas de seguridad. Declan O'Dowd había muerto siendo un hombre feliz poco después de que su hija se hubiera graduado como policía en Hendon.

La madre se había ido a vivir con Kate poco después del nacimiento de su nieta Lizzy. Danny Burrows, el marido de Kate, las había abandonado cuando Lizzy solo tenía tres meses. A lo largo de los años aparecía de vez en cuando, ponía patas arriba la vida de toda la familia y luego desaparecía otra vez. Kate temía en secreto la próxima Navidad porque su ex había anunciado una de sus fugaces visitas. Lizzy adoraba a su padre, y eso hacía más difícil para Kate poder mantener las cosas en un equilibrio adecuado.

Oyó a su hija arrastrar las zapatillas camino de la cocina.

—Hola, mami. Ya he oído lo del asesinato. La abu y yo lo vimos en las noticias.

—Hola, nena, ven a darnos un beso.

Lizzy se acercó a su madre y le pasó los brazos por el cuello. Tenía dieciséis años y era una delicia. Algunas veces, a Kate la belleza de su hija le daba miedo. Lizzy tenía el moreno de los O'Dowd, como su madre y su abuela, pero también una piel blanca de porcelana y unos llamativos ojos violeta. Tenía dieciséis años, pero aparentaba veinticinco. Al contrario que su madre, tenía abundante pecho, usaba ya una 90 B y al parecer seguiría aumentando. Era tan alta como su madre, pero mucho más airosa. Pero una cosa que no había heredado de Kate era el cerebro. Era bastante lista a su manera, pero no buena estudiante, no le interesaba nada en el campo académico. Estaba trabajando en la farmacia Woods local, como reponedora de estanterías y en espera del día mágico en que la ascendieran a las cajas. Ese era el sùmmum de su ambición y Kate lo había aceptado.

—¿Qué tal te ha ido el día, cariño?

—Bastante bien, mami, lo de siempre. Con los agobios de Navidad, es que no paramos. Hoy ni siquiera pude tomarme el descanso del café. Y además el señor Williams, el gerente, me dijo que lo estaba haciendo muy bien, en efecto.

Puso un tono de lo más afectado en la última parte de la frase y Kate y Evelyn se rieron. Kate cortó un poco más de pan de soda y rebañó la salsa del plato.

—¿Quieres que te prepare un buen bañito, mami? La semana pasada traje unas sales de baño del Body Shop. Del rollo de la aromaterapia. Son de lavanda, y se supone que te hacen relajarte.

—Eso sería fantástico. Hoy he tenido un día de lo más agitado.

Lizzy salió de la cocina y Kate y su madre se sonrieron mutuamente.

—Desde luego, es una chica estupenda, Katie. Ese chico me parece que vuelve a llamarla. Creo que está enamorada.

Kate se encendió un cigarrillo de la cajetilla de su madre y apartó el plato que tenía delante.

—Bueno, es joven, y es normal que los chicos anden detrás de ella.

—Es verdad, Katie, pero estoy preocupada por ella. No creo que se dé cuenta del efecto que les causa, ¿sabes?

—Me imagino que eso forma parte de su encanto. No habrá que perderla de vista.

—Eso desde luego. Ahora fúmate ese pitillo mientras recojo todo esto. Necesitarás dormir todo lo que puedas, me parece.

Kate sonrió de nuevo. Su madre solo era feliz cuando cuidaba de otra persona. Durante los últimos dieciséis años, Kate no hubiera sabido qué hacer sin ella.

Un ratito después, subió al cuarto de baño y se metió en el agua humeante y aromática. Había estado dieciséis horas trabajando sin parar. Había visto una mujer prácticamente descuartizada en la mesa de autopsias, había dispuesto una oficina de incidencias y había organizado las pesquisas puerta a puerta por medio de treinta agentes de ambos sexos. Tenía ya al alcance de la mano información de todos y cada uno.

Sin embargo, su madre seguía haciéndola sentirse una niña. Y tras un día como aquel, era algo agradable.

George estaba en la cama con Elaine. Oía sus profundos ronquidos y sonreía en la oscuridad. Cada vez que pensaba en Geraldine O'Leary, se sentía fabuloso.

Volvió a rebobinar en su cabeza una vez más lo que había hecho. Se fue llevando a sí mismo paso a paso a través de toda la acción, congratulándose de lo listo que era.

Pero entonces, frunció el ceño.

En su cabeza aparecieron imágenes de su madre. Se pasó la mano por la cara en la oscuridad como si con aquello fuera a borrarlas. Veía a su madre tal y como había sido cuando él era niño. El pelo rojo brillante, pelirrojo natural, no teñido como el de Elaine, brillaba bajo la luz del sol. Los ojos verde mar lanzaban chispas de malicia, y George se veía a sí mismo sonriéndola. Veía también la habitación: la chimenea de hierro fundido con flores secas en el hogar, los dibujos victorianos en el papel pintado

de la pared y el Chester de cuero negro. Veía también la pipa, la bolsa y el cuenco de porcelana.

George intentó apartar esas imágenes, pero eran demasiado potentes. Continuó tumbado en la cama y las contempló.

—Ven con mamita, Georgie, muchachito —la voz sonaba como una caricia. Le alargaba los brazos al niño que tenía ante ella. Y en la distancia, Georgie podía oír el ruido del fuego antiaéreo. Estaba de pie en silencio delante de ella.

Se dirigió a él de nuevo, y esta vez la voz sonaba más dura.

—He dicho que vengas con mamita, Georgie.

El niño lanzó una mirada a la puerta y la madre se echó a reír.

—¡Venid dentro, niños! —dijo en voz bien alta.

George siguió mirando a la puerta con ojos asustados. Vio que su hermano y su hermana mayores entraban en el cuarto.

—Túmbate en el suelo, Georgie, muchachito.

El niño negó con la cabeza y empezó a dar pasos hacia atrás. Vio cómo la boca de labios pintados de rojo de su madre se retorcía en una fea mueca.

—No fastidies a tu mami, Georgie. Túmbate ahora mismo en el suelo.

El niño miró a los otros formar un semicírculo a su alrededor. Joseph, su hermano mayor, estaba tan cerca que le llegaba el olor a pastillas de goma que emanaba de él.

Cerró los ojos ante lo inevitable. Ya les había dado los caramelos antes. Y querían que aquello se acabase lo más deprisa posible. Notó en sus tripas aquella conocida sensación de agua helada cuando los hermanos mayores lo empujaron para tirarlo al suelo. Sintió un impulso de odio hacia su madre mientras le quitaban los pantalones cortos y los calzoncillos. Y notó la violencia contenida de los demás mientras lo sujetaban boca abajo sobre el suelo.

Empezó a llorar. Primero despacito, luego con violencia, dolorosamente, según la madre iba empujando el tubo de goma por su recto arriba. Intentó luchar contra ello, pero era inútil. Sintió el calor del agua jabonosa entrar por sus tripas y a continuación la sensación mareante y los retortijones al vaciarse. Hizo una mueca de dolor cuando la madre arrancó el tubo de goma de su interior. Y por fin, se había acabado.

Siguió en el suelo sin dejar de mirar la cara sonriente de la madre. El sudor le brotaba de la frente y se sintió invadido por verdaderas oleadas de náusea.

Entonces vio la cara tremendamente maquillada de su madre acercarse a la suya y sintió el frío de los labios que le chupaban la boca.

—Ahora te encuentras mejor, ¿verdad, Georgie?

Tumbado en suelo de la sala, débil y mareado, le dijo que sí con la cabeza. Impidiendo salir a las palabras.

Entonces, la madre lo cogió en sus brazos tiernamente y lo llevó a la cama. Notó la frialdad de las sábanas que olían a jabón en polvo Lux y luego la quemazón dolorosa en el trasero.

La vio sonreír una vez más.

—¿Eres el soldadito de tu mamá, a que sí?

El niño la miró a través de unas pestañas llenas de lágrimas y suspiró, y un estremecimiento cruzó todo su cuerpecito delgado.

—Soy el soldadito de mi mamá.

Luego vio que lo cogía de la cama y lo apretaba contra su generoso pecho mientras hacía llover besos por toda su cara y su cuello.

George miraba todo aquello tal y como si fuera una película. Cerró los ojos para terminar con la visión. Pero su madre simplemente no estaba dispuesta a marcharse.

Jamás se marchaba.

Era sábado y George estaba solo en casa. Tras lavar concienzudamente las cosas del desayuno y ponerlas en su sitio, se preparó una tetera. Y mientras reposaba en la mesa de la cocina, salió al jardín y fue hasta la caseta y volvió con los libros de recortes.

Se sentó ante la mesa de la cocina, se instaló bien y abrió el primer álbum. Sintió el deseo anticipado circular por sus venas al contemplar las imágenes ya familiares y sonrió.

Pronto tendría su propio álbum de la muerte con imágenes de sus víctimas en vez de las de Peter Sutcliffe. En realidad, ya lo había empezado.

George dio un sorbo a su té y empezó a leer, aunque se sabía las palabras de memoria. Al cabo de un rato, miró el reloj. Era casi la hora de almorzar. Le quedaban horas por delante hasta que Elaine volviera del trabajo. Decidió ir a ver su vídeo. Apretó los puños con fuerza sintiéndose eufórico por su buena suerte.

Nada de Elaine. Nada de ruido. Nada de compañía.

Volvió con los álbumes de recortes a la caseta, cerró la casa, corrió las cortinas del cuarto de estar, desconectó el teléfono y puso en marcha la película nueva.

Y cuando por fin empezaron a correr las imágenes ante sus ojos, George se relajó.

La chica del vídeo era igual que Geraldine O'Leary y el hombre más violento de los que salían era justo igual que él.

Eso era lo que querían. Eso era lo que querían todas. Andar por ahí llenas de maquillaje y de perfume. Hasta las chicas más jovencitas. Las conocía a todas perfectamente.

En su agitación, George empezó a parpadear con rapidez.

Había visto películas de colegialas. Y las de la vida real eran igual de malas. Todas, hasta la última, aprendiendo a ser unas furcias. Oh, las había observado cuando iban al colegio. Empezó a mover la cabeza. Algunas iban con las piernas desnudas. Balanceando el pecho, subrayado por los uniformes escolares. Oh, se lo sabía todo de las mujeres. La mayoría de ellas se morían por ello. Sencillamente, se morían por ello. Bueno, pues iba a enseñarles a unas cuantas antes de hacerse más viejo. Oh, sí. Ya lo creo que se lo enseñaría.

La chica de la pantalla del televisor estaba muerta.

George se aclaró la mente. Aquel era el trozo mejor.

Sonrió.

La sargento detective Amanda Dawkins vino con un café para Kate.

—Gracias. Con esto aguantaré.

La otra mujer sonrió.

—Se te ve agotada.

Kate asintió.

—Me siento fatal. No he pasado muy buena noche y hoy no estamos mucho mejor.

Amanda se sentó frente a ella.

—Bueno, vamos cotejando poco a poco toda la información puerta a puerta. La cuestión es que con este tipo de investigaciones, cualquiera que esté resentido con algún vecino intenta implicarlo.

—Ya lo sé. La cuestión es que por cada quinientas acusaciones de chiflados hay una o dos a las que merece la pena seguir la pista.

—Tómese el café, señora. Antes de que se enfríe —y sonrió.

—Llámame Kate. Ayer perdí un poco las formas porque ya estoy bastante harta de esa panda.

Y gesticuló con el brazo en dirección al personal masculino del departamento.

—Son todos un puñetero montón de sabiondos. En fin, de ahora en adelante me ocuparé de hacerme oír y notar. He probado un trato amistoso y amable pero no funciona.

Amanda sonrió dejando ver unos dientes blancos y un tanto torcidos.

—Ninguno de todos esos ha tenido nunca una mujer de jefa hasta ahora. Les resulta mortificante, como poco.

Kate dio un sorbo al café.

—¿Te digo una cosa, Amanda?

La joven asintió poniendo un cierto ceño en la expresión ante el tono de voz de la otra.

—Me importa un bledo lo que piensen. Si vuelven a meterse conmigo, quedarán fuera del caso. Y te agradecería que tuvieras la amabilidad de hacer correr el rumor. ¿Sabes lo que quiero decir?

Amanda soltó una risita pícara.

—Sé lo que quiere decir exactamente, señora.

—Kate.

—Perdón, Kate.

—Eso está mejor. Entonces, ahora, pongamos en marcha nuestra función, porque tengo la impresión de que este asesinato no ha sido más que el arranque. El que lo ha hecho se está preparando para el número principal, y quiero encontrarlo antes de que cause más daño.

La seriedad de Kate se transmitió a la mujer más joven. Amanda asintió con la cabeza, contenta de ir a trabajar con aquella jefa y no con alguno de los oficiales

varones.

El sargento detective Spencer observaba a las dos mujeres. Suspiró. Hizo un gesto a su amigo el sargento Willis y se las señaló con la cabeza frunciendo el ceño de su cara rubicunda.

—Al parecer las Dolly Sisters se están conociendo mejor —había asco en su voz. Willis meneó la cabeza con irritación.

—Oh, déjalo estar, por Cristo bendito. Está al mando y se acabó. Limitémonos a juntar toda nuestra experiencia combinada para encontrar a ese puto chiflado que anda suelto.

El rostro de Spencer se bloqueó.

—Ah, sí, claro. Supongo que tu experiencia con los descuidados de tiendas y los gamberros será valiosísima, ¿verdad?

Willis se ruborizó ligeramente. No llevaba mucho tiempo de detective y aquel era su primer caso importante. Nadie, salvo Spencer, había hecho referencia a ese hecho. Pero ¿qué otra cosa podía esperar de aquel tipo? Era el miembro más ignorante, intransigente y testarudo de toda la división.

—Bueno, gracias por recordármelo, Spencer. Toda esta nueva política de empatía irá un poco justa para tu territorio, lo comprendo. Puesto que es evidente que estamos buscando a un completo zoquete sin cerebro, podemos limitarnos todos a seguir tu línea de pensamiento, ¿te parece?

Spencer lo miró como si le hubiera cruzado la cara de un bofetón.

—¡Eres un cabroncete descarado!

—Y tú un cabronazo miserable —dijo Willis sonriendo—. ¿Sabes cuál es tu problema, Spencer? Que no has pasado de sargento detective, ¿eh? Bueno, pues si te escuchases a ti mismo muchas veces, descubrirías por qué.

Willis se alejó dejando a Spencer con la boca abierta de asombro y de rabia. Pero una frase surgió en su mente contra su voluntad, y no pudo ignorarla: la verdad duele.

¿Cuántas veces se lo habría dicho él a otras personas?

Demasiadas.

Se obligó a pensar de nuevo en el caso, contemplando la fotografía ampliada de Geraldine O'Leary en la pared.

Era una de las fotos que habían sacado en el depósito. El rostro ya grisáceo con la nariz aplastada estaba colocado entre otra foto más pequeña que su marido le había sacado unos meses antes. En esa, Geraldine se estaba riendo, los ojos se le achicaban por las comisuras. Y se la veía como era: una esposa joven y guapa.

Spencer se encogió de hombros. Willis tenía razón en una cosa. Había que coger al hombre que la había asesinado, y rápido. Antes de que volviera a golpear.

Capítulo Cuatro

1948

Los dos niños caminaban deprisa. El diluvio que caía les bañaba la cara. El más pequeño de los dos tenía los ojos enrojecidos y era evidente que había llorado.

Un gran trueno retumbó sobre sus cabezas, y un relámpago que vino a continuación iluminó el cielo.

—Vamos, George, por Dios te lo pido.

El mayor de las dos criaturas empezó a tirar del hermano por la manga del abrigo. Cuando torcieron la esquina para entrar en un pequeño callejón sin salida, George intentó zafarse.

—No quiero entrar ahí. Lo digo de verdad.

Joseph suspiró con fuerza y se quedó de cara a su hermano. No le gustaba nada el trabajo que le habían encargado. En el fondo de su corazón, no podía reprochar a Georgie que se hubiera escapado, pero las palabras de su madre eran ley. Contempló la carita aterrorizada que tenía delante.

—Mira, Georgie, cuanto antes entres ahí, antes se acabará todo. Venga, vamos.

Volvió a tirar de él para hacerlo avanzar por la acera, hasta que por fin llegaron a la casa en que ambos vivían. Bajo aquella luz oscura de la tormenta, resultaba siniestra. Los ladrillos de la fachada estaban manchados de negro y la puerta de entrada, aun con aquella aldaba de metal pulido, se veía deslucida. Joseph arrastró a su hermano por el sendero del jardín arriba e hizo sonar la aldaba con fuerza. La puerta se abrió casi al instante y apareció una muchachita de quince años y pelo de color castaño claro. Miró con ternura al más pequeño de sus hermanos.

—Ahora está un poco más tranquila, George. Quítate enseguida esas cosas mojadas.

Pasaron al recibidor y el niño se quitó lentamente el abrigo empapado. El corazón le rebotaba en el pecho. La casa siempre parecía oler a coles, el olor flotaba en el aire y le producía náuseas. Se mezclaba con el olor de la cera de pulir el suelo, y aquella intensidad le quemaba en la nariz temblorosa.

—¿Él se ha ido? —preguntó Joseph con la voz en un susurro.

La hermana negó con la cabeza.

—Tú sube arriba, yo entraré con Georgie —dijo.

Hermano y hermana se miraron a los ojos. Joseph apartó la vista, incapaz de aguantar más tiempo la mirada de la chica. Pero se obligó a sonreírle al pequeño que estaba a su lado.

—Te espero arriba. Micky Finnigan me dio unos tebeos ayer. Si quieres, puedes leerlos después de mí.

Georgie asintió y tragó saliva. Parecía como si sus ojos grises hubieran tomado posesión de toda la cara.

—Súbete los calcetines, Georgie.

Hizo lo que le decían. Se estiró con torpeza las gruesas medias de lana hasta arriba de las espinillas. Los tres se quedaron quietos como postes al oír movimiento en la sala. Luego, Joseph subió las escaleras corriendo como alma que lleva el diablo. George notó que las manos le empezaban a temblar cuando la puerta del cuarto se abrió y una luz áspera cayó sobre él.

—Así que has vuelto a casa, ¿eh? —la madre tenía una voz dura y grave. Sujetó la puerta para dejar que entrase y su hermana le dio un empujoncito y le hizo pasar. La madre lo recibió con un puñetazo que lo mandó al medio de la habitación.

—¡Mami..., mami! ¡No le pegues, mami!

Nancy Markham se volvió hacia su hija.

—Tú vete arriba ahora mismo si no quieres llevarte un poco de lo mismo.

George se quedó tirado en el linóleo frío, aterrorizado. Vio cómo su madre se arrodillaba a su lado y acercaba la cara a la suya.

—Así que te escapas de tu madre, ¿verdad, Georgie, muchachito? —metió los dedos entre los cabellos del crío y tiró para acercarse más la cabeza.

—¿Y a dónde quería escaparse usted esta vez?

El temblor del niño se le comunicaba a la madre. Echó para atrás los labios pintados de rojo hasta descubrir la dentadura y luego cerró los ojos y arremetió contra la criatura. Su cuerpecillo delgado no podía amortiguar aquellos golpes feroces, y allí aguantó tapándose la cabeza con las manos.

Tumbado arriba, Joseph oía los ruidos ahogados de la paliza que estaba recibiendo su hermano. Y los gritos de la malhablada de su madre que iban *in crescendo*.

Nancy se incorporó, ya con la respiración jadeante.

—Y ahora vas a ir a pedir perdón, muchachito.

El niño sollozaba tan fuerte que tenía que ir metiendo gruesas bocanadas de aire en los pulmones que le dolían. De la nariz le caía un delgado chorro de sangre. Se puso de pie inseguro, agarrándose a la mesa para afirmarse.

—¡Ya me has oído, muchachito! —y le cruzó la cara de un bofetón. El crío salió de la sala dando tumbos y fue a la puerta que comunicaba con la cocina.

Notaba la presencia de la madre pegada a su espalda y miró a aquel hombre grandote a la cara.

—No te preocupes, Bert. Le he dado semejante tunda que la próxima vez se cuidará mucho de no tener la lengua tan suelta.

El hombre miró a George con sus ojos oscuros y minúsculos. Al niño le llegaba su olor a rancio y a sudor viejo, y tuvo que tragar saliva para contener las ganas de vomitar. El hombre se revolvió para ponerse más cómodo en la butaca y la barriga se le estremeció. Llevaba una camiseta de malla con manchas de té y de comida. George

procuró concentrarse en el rostro abotargado, con venas rojas, del personaje.

—Pos no es que diga mucho, Nance. ¿Qué pasa, cabroncete? ¿Te ha comido la lengua el gato?

George se mordió el labio por un instante.

—Perdón... lo siento mucho.

Nancy Markham puso la cara tan cerca de la de su hijo que le metía el aliento en las narices.

—Ya sabes qué más tienes que decir, muchachito.

Georgie tragó saliva y volvió a respirar hondo.

—Lo siento mucho... papá —la última palabra fue casi inaudible.

—Habla más fuerte, mozo.

—Yo... lo siento, papá.

El hombre vio odio en los ojos del niño. Por un segundo sintió el miedo, pero luego se rehízo y sonrió, enseñando unos dientes manchados por el tabaco. ¡Aquel renacuajo no pesaría más de treinta kilos! Arrugó el entrecejo y puso la expresión más feroz de la que fue capaz para procurar intimidar al crío.

—Pues acuérdate de llamarme así, mocito —dijo dándole un empujoncito con el dedo. Después miró a Nancy y bramó—: ¿dónde cojones está ese puto té, mujer? ¡Quítame a este mierdecilla de mi vista y mueve el culo!

Nancy se quitó a George de delante y se plantó delante del hombre.

—A mí no me hables así, Bert Higgins...

El tipo extrajo su enorme volumen de la butaca y alzó el puño.

—¿Qué pasa, Nance, que quieres un buen derechazo o qué? Puede que con los niños pequeños te sepas manejar, pero ni te pienses que puedes darme órdenes a mí.

George observó en el rostro de su madre la batalla interior que libraba entre seguir adelante con la pelea o retirarse ya. Como de costumbre, su carácter guerrero fue el que se impuso, y Georgie salió zumbando del cuarto de estar al ver la mano de Nancy apoderarse de la tetera de la mesa y lanzarla contra Bert.

George subió los escalones de dos en dos, olvidadas las lesiones con el pánico y las prisas por alejarse de aquellos dos. Se precipitó a la habitación que compartía con Joseph y fue directamente a refugiarse en los brazos de su hermana. Empezó a llorar otra vez al oír el estrépito que venía de abajo. Edith le acarició la cabeza rapada, con un estremecimiento a cada golpetazo fuerte que retumbaba desde abajo. Vio que Joseph estaba tumbado boca arriba en la cama contemplando el techo y tuvo la sensación de que todo era inútil.

—¡Oh, por favor, Dios, haz que se maten entre ellos! ¡Por favor, haz que se mueran los dos! —rezó la muchacha.

La angustia de su voz quedaba anegada por las lágrimas. Desde que Bert Higgins se había instalado en la casa dieciocho meses antes, sus vidas estaban todavía más desbaratadas de lo habitual. Nancy había encontrado un bruto que era incluso más violento que ella. Desde que Edith recordaba, ellos, los niños, siempre habían ido

pasando alternativamente de verse amados hasta la muerte a sufrir palizas que los dejaban al borde de la muerte. Pero desde que llegó Bert, las cosas habían ido empeorando progresivamente. Su madre nunca había sido una persona estable, pero ahora no cabía duda de que se había trastornado. Y el principal recurso para dar salida a sus frustraciones era George. Edith hacía cuanto podía para apartarlo de las rabietas de la madre, pero en los últimos tiempos la cosa resultaba cada vez más difícil. Bert bebía, su madre bebía y los niños, y mayormente George, se llevaban la peor parte. A Edith le habían encargado tener limpia la casa. Nancy Markham tenía pretensiones, quería parecer respetable, incluso borracha como una cuba.

Los tres se quedaron clavados donde estaban al oír a su madre cruzar corriendo la puerta del recibidor. Y luego, sus fuertes pisadas en los escalones, seguidas de las de Bert.

—¡Tú sigue hablándome así y verás, so guarra! ¡Eres una puta furcia, gorda de mierda!

—¡Quítame esas puercas manos de encima, Bert Higgins! ¡Te lo aviso!

Los tres críos escucharon la refriega de las escaleras y luego el ruido de un portazo y el silencio que lo siguió. Se miraron consternados.

—¡Nancy! ¿Nance? —ahora la voz de Bert sonaba baja y asustada.

Edith apartó a George de sus brazos y salió corriendo del cuarto.

—¡Ay, Dios mío!

Corrió escaleras abajo y empujó a Bert sin miramientos. La madre yacía despatarrada sobre los peldaños y la cabeza le sangraba profusamente por una de las sienes.

—No quise hacerla esto; fue que se cayó y se pegó con la cabeza.

Edith ignoró a aquel individuo y examinó a Nancy. Era una herida superficial. Mientras se la estudiaba, la madre abrió los ojos y apartó a la chica de un empujón.

—¡Tú no te metas en esto, niña! —le dijo.

Joseph y George miraban desde lo alto a las escaleras, mudos de asombro.

Nancy se llevó la mano a la herida y retiró los dedos manchados de sangre.

—¡Cabrón! ¡Estoy sangrando!

—Mira, Nancy, lo siento. De verdad que lo siento, cariño, yo no te haría daño por nada del mundo, ya lo sabes. Antes me cortarían las manos de cuajo.

Edith subió otra vez las escaleras, despacio. Era siempre lo mismo, una vez y otra y otra. Nada de preocupaciones de si Georgie iba a estar ocho o diez días lleno de moretones, y que se llevaría otra tunda en cualquier momento. Ni la más mínima desazón al ver a Joseph más y más enfermo de los nervios cada semana que pasaba. Ni un recuerdo para Edith, que tenía que mantener unido a todo el paquete. Preocupémonos tan solo de mamita y de la sangre de su cabeza. Una sangre que en la práctica se la ha estado buscando ella sola.

—Vosotros dos, adentro. —Empujó a los dos críos al interior del dormitorio y cerró la puerta.

Poco después, los tres oyeron a Bert y a su madre entrar en la alcoba, oyeron los chirridos de los muelles de la cama y los poderosos gruñidos que proclamaban la reconciliación.

Capítulo Cinco

23 de diciembre de 1989

Mandy Kelly se cerró mejor el abrigo y lo apretó contra el pecho. Hacía un frío helador. Se le habían entumecido los dedos de los pies, metidos en botas de suela plana. Iba a matar a Kevin cuando por fin llegase. Volvió a mirar el reloj. Eran las ocho y cuarto, ya llegaba un cuarto de hora tarde. Estaba parada bajo la luz de la cabina de teléfonos e iba dando pisotones con los pies. No le hubiera importado, pero resulta que él tenía su coche y que si cogía un taxi, su padre adivinaría inmediatamente lo que había pasado y entonces se montaría la de Dios. Y encima era sábado por la noche y habían quedado para ir a cenar fuera con su padre y su nueva amiguita. Bueno, si tenía que ser sincera, no le importaba mucho perderse esa parte, pero su padre andaría preocupado. ¡El cabrón de Kevin! Siempre le hacía lo mismo.

Hundió más aún las manos en los bolsillos de la zamarra de piel. El aire frío de la noche le quemaba los pulmones cada vez que respiraba. La calle estaba desierta salvo algún coche ocasional. Todo el mundo estaba dando los últimos toques a sus árboles después de un agitado día de compras, o si no apoltronado en cualquier sitio caliente con una copa o una comida. El mundo estaba en esa fase tranquila y de ocio que parecía dejar en suspenso las leyes del tiempo hasta llegado el día de Navidad. Se sacó la larga melena rubia de dentro del cuello de la zamarra. El aire estaba húmedo y el pelo se le ponía lacio alrededor de la cara.

¡Ay, Dios mío, qué frío hacía!

Vio que un Orion azul oscuro pasaba lentamente junto a ella y lo siguió con la mirada un tanto inquieta. Estaba segura de que ya había pasado una vez antes. Se encogió de hombros. No tenía por qué preocuparse, Kevin llegaría enseguida. Sonrió para sus adentros. Tenía el lápiz de labios naranja corrido por donde frotaba un labio contra otro. Su padre estaría esperándolos, tenían que salir de casa a las nueve. Si Kevin no se daba prisa, no iba a tener tiempo ni para cambiarse.

Siguió vigilando la calzada, confiando contra toda esperanza en que Kevin apareciera subido en el Mercedes deportivo blanco y la llevase a casa.

Algunas veces se preguntaba qué sería exactamente lo que le gustaba a Kevin de ella. Si sería que su padre era Patrick Kelly, o si sería aquel coche, o si le gustaría ella de verdad. Trató de no recrearse en pensamientos como aquellos que la ponían nerviosa. Como ocurría con las novias de su padre que a cada mes que pasaba eran más y más jóvenes. Miró otra vez el reloj. Las ocho y veinticinco. ¡Oh, que se joda Kevin! No iba a estar allí de pie toda la noche.

Se metió en la cabina y cogió el teléfono. No funcionaba.

Era lo que le faltaba. Se apretó aún más el abrigo y echó a andar calle adelante,

sin dejar de vigilar por si aparecían Kevin y el coche. Aquel coche que no había vuelto a tener la oportunidad de conducir.

Vio unas luces que se le acercaban y el corazón se le subió a la boca. ¡Por favor, que sea Kevin!

Era el Orion azul oscuro y se paró junto a ella.

—Venga, Kevin, tómate otra copa.

—No. Mejor me marchó. Mandy debe estar cabreadísima.

Jonny Barker soltó una carcajada y miró al grupo de hombres que le rodeaban.

—Pues sí que anda este encoñado de verdad, ¿a que sí, troncos?

Todos se rieron, pero ninguno tanto como el propio Kevin Cosgrove.

—No, tengo que largarme, tíos. Ya voy media hora tarde.

Garry Aldridge le dio una palmada en la espalda. Estaba borracho como un señor.

—Te diré una cosa, colega: yo, desde que se cargaron a esa, no dejo que mi jaca vaya a ningún lado; solo en taxi o con más gente.

Kevin miró la cara franca de su amigo y por primera vez se sintió preocupado por Mandy. La verdad es que en muchos aspectos era un buen coñazo, pero no le gustaría que le pasase nada. No solo porque le importaba ella, aunque eso formaba parte del asunto, sino porque su padre era eso que se conoce como un tío peligroso. Un tío muy peligroso, en efecto.

Dejó la pinta de cerveza rubia sobre la barra, dijo adiós y se fue al coche a toda prisa.

Abrió la puerta, entró y se vio invadido por aquel aroma a lujo de cuero y perfume almizclado. El perfume de Mandy.

Adoraba aquel coche. Envidiaba a Mandy por el dinero de su padre, pero la admiraba más a ella porque seguía yendo a trabajar. Era esteticista. Dentro de pocos meses, el padre le iba a poner su negocio propio.

Entró rápido en Portaby Road y controló los bordes de la acera buscando a Mandy. No se la veía por ningún sitio. Había quedado en recogerla allí porque era un sitio tranquilo, y no habría muchas posibilidades de que la viera esperándole allí alguien que conociera a su padre. Si Patrick Kelly se enterase de que su hija no podía usar realmente el coche que le había regalado, se pondría furioso. Compraba a su hija un coche nuevo cada año desde que se sacó el carné a los diecisiete años. Y siempre era un coche nuevo, flamante, y siempre era un coche muy caro. Kevin sabía que aquel Mercedes había costado bastante más de cuarenta mil libras. Por eso le encantaba conducirlo. Le encantaba la sensación de ir dentro de algo que era pura clase. Dio la vuelta al fondo de Portaby Road y volvió a recorrerla lentamente en dirección contraria. Definitivamente, Mandy no estaba allí.

Kevin agarró con fuerza el volante. Eso solo podía significar una cosa: que se había ido a casa sin él y sin el coche. Sintió que se le caía el alma a los pies y arrancó en dirección a las afueras de Grantley, donde vivían Patrick Kelly y Mandy en una gran casona de campo.

Kelly estaría furioso. Aunque Kevin nunca lo admitiría abiertamente ni ante ella ni ante ningún otro, ya que estamos, se lo admitió a sí mismo: Patrick Kelly le daba un miedo cerval. Daba miedo a cualquiera que tuviera por lo menos medio cerebro.

Kevin condujo despacio. Toda la excitación que sentía generalmente cuando iba en aquel coche había desaparecido. El miedo la había sustituido. ¡A tomar por el culo la jodida Mandy! ¿Por qué no se quedó esperándolo donde le había dicho?

Patrick Kelly se sirvió un coñac en una copa de balón grande y volvió a sentarse en el sillón. Miró a Tiffany, su nueva novia, y ocultó el destello de fastidio que le recorrió el cuerpo al ver cómo se contemplaba todo el rato en el espejo de cuerpo entero que tenía frente a la butaca.

Tiffany tenía diecinueve años, era tres años más joven que su hija, y tenía un cuerpo como el de Jayne Mansfield. A Kelly le gustaban las mujeres voluptuosas. Se permitió una leve sonrisa. Tiffany ni siquiera debía saber quién era Jayne Mansfield. Era eso que se suele llamar más espesa que un tarugo. Pero eso no importaba, porque no tenía un interés especial en hablar con ella. Solo en irse a la cama con ella.

En el gran árbol de Navidad del rincón, parpadeaban las luces y se quedó mirándolo unos instantes para luego llevar su vista una vez más a la fotografía de Renée, su difunta esposa, que estaba en la repisa. De pronto, se sintió sumido en la tristeza. Se encogió de hombros calladamente dentro de su traje de Armani. A su mente vino el recuerdo de otras navidades, vio a Renée con Mandy entre los brazos junto a la cunita, el cuarto de baño lleno de vapor y aromas de alcanfor. Mandy, que acababa de cumplir un año, tenía difteria, y Renée y él se pasaron toda la noche a su lado sentados entre vapores en aquel pequeño cuarto de baño.

Echaba de menos a Renée, la añoraba cada día de su vida. Juntos habían trabajado y puesto en pie sus negocios, ella era el auténtico cerebro que estaba detrás del negocio de cobro de morosos, no él. Él siempre había sido el músculo, el tipo duro. Había cobrado deudas importantes a verdaderos bellacos, hombres que habían participado en algún robo y luego pretendían quedarse con lo de los demás.

Kelly tenía un don para encontrar a la gente, para hacer que la gente le contase por dónde andaban, y seguía teniéndolo hoy, a pesar de su enorme casa, sus trajes a medida y su halo de semirrespetabilidad. En el fondo de su ser, sabía perfectamente que seguía siendo un golfillo del East End, sus manejos ilegales todavía le producían escalofríos de emoción. Y aunque actualmente se trataba con los más importantes de la región por tal o cual motivo, sabía que dentro de él nunca dejaría de ser Patrick Kelly, el del East End. Los años de vivir en cuartos con derecho a cocina y sin agua caliente, en edificios baratos infestados de ratas, de ver a su madre reventarse a trabajar, nunca desaparecerían de sus pensamientos, y por lo que a él respectaba, así es como debía ser. Era lo bastante sincero como para admitir que la respetabilidad de su modo de vida actual tenía que agradecerla a la perspicacia para los negocios de su difunta esposa. Fue Renée quien consiguió por algún sistema hacerse con un primer cliente respetable. Sin ella, seguro que también le irían bien las cosas, pero con

muchas más probabilidades de que un juez le hubiera encerrado hacía ya años. Había aprendido de ella y ahora la añoraba. La había respetado, la había amado y había construido toda una vida con ella para su única hija.

De repente, Tiffany le molestó más que nunca. No quería verla allí sentada, con aquel vestido ajustado y las piernas bronceadas profesionalmente, quería a Renée. Con su pelo rubio peinado hacia arriba como siempre lo había llevado y su cuerpo menudo enfundado en un bonito vestido negro que proclamaba su gran clase, al menos para él. Se vestía siempre con discreción, y tenía una manera de ser apacible que adoraba. Miró otra vez el árbol y sintió la punzada de unas lágrimas. La Navidad siempre era una época emotiva. Tiempo para pensar en los seres queridos ausentes, para los recuerdos agridulces. Le había guardado luto durante diez años, asumiendo la responsabilidad de su hija, una hija que tenía todo el gusto por la vida de su madre, a pesar de que se hubiera emparejado con aquel cretino de novio. Tenía una pinta de paleta industrial, un poco a lo Stoke-on-Trent, pero Mandy le había asegurado que era honrado a carta cabal. Patrick seguía teniendo sus dudas.

El silencio empezaba a atacarle los nervios: Tiffany era una chica de pocas palabras. Hasta en la cama estaba tumbada con expresión seria mientras él hacía sus cosas, y luego se levantaba en silencio y se lavaba en el bidé antes de volver a la cama y ponerse a dormir directamente. Era como tirarse a una muñeca hinchable. El único momento en que mostraba alguna emoción era cuando se admiraba en el espejo. El teléfono resonó en medio de la calma de la sala y Kelly dio un salto en el sillón.

Se fue a la mesa y cogió el teléfono pensando que sería Mandy.

Era Bill Doon.

—Pat, he visto al menda y anda tieso. Se ha fundido todo el paquete en los caballos. Ni la mujer consiguió que le diera algo para celebrar la Navidad, mira tú qué matao.

—¿Y tú qué hiciste, Bill?

—Por eso te llamo, ¿tengo que darle una tunda o qué?

Patrick cerró los ojos durante un segundo y después apretó los dientes.

—A ver, tú trabajas para mí, ¿no, Bill? —su voz grave y paciente sonaba como si le hablase a un niño.

—Sí... —la voz de Bill era de desconcierto.

—Y te pago un buen fajo de papeles para que me cobres deudas pendientes, ¿no es eso?

—Sí.

—Entonces, vete y pártete los brazos, cojones. Por los clavos de Cristo a ver si voy a tener que ir yo en persona a hacer el jodido trabajo.

—Vale, vale, Pat, tranquilo. Es que tiene seis críos que viven en el piso con él.

—Pues entonces sácalo del piso, zoquete, y ya que es Navidad, los mamporros se los puedes soltar cerca de cualquier casa de socorro, ¿qué te parece el plan?

Colgó el teléfono de un golpe. Al cabo de dos segundos, lo descolgó otra vez y apretó el 4. Contestó la mano derecha de Kelly: Willy Gabney.

—¿Qué quieres, Pat?

—Quiero que me prepares una buena bolsa de regalos, Willy, y que te la lleves a casa de Bob Mason. No va a estar en casa por Navidad.

—Vale, tío. ¿Ya ha vuelto Mandy?

—Ni puta señal suya. Es probable que ese chulito de Kevin todavía esté emperifollándose.

Colgó el teléfono y se sirvió otro coñac abundante. El reloj dorado de la chimenea señalaba las nueve menos diez. ¿Dónde demonios andaría Mandy? Había reservado mesa para las nueve y media.

Kelly volvió a sentarse en su sillón y sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta. Era la escritura de compra de un pequeño salón de belleza y peluquería, el regalo de Navidad para su hija. Se concedió una pequeña sonrisa.

Mandy se pondría loca de contenta.

Dio un trago al *brandy*, siempre en silencio. Se fijó en que Tiffany seguía contemplándose en el espejo.

George Markham sonrió a la chica que estaba en su coche. El ojo donde le había dado un puñetazo ya empezaba a hincharse. Por culpa de ella, por intentar resistirse. Allí estaba él tratando con todas sus fuerzas de ser amable y cordial, ¡y todo lo que ella sabía hacer era poner mala cara! Había llevado el coche hasta un descampado vacío y ahora los dos se miraban mutuamente con cautela.

Mandy estaba aterrada. Desde que el hombre se paró y preguntó una dirección, todo había ido mal. Había ido hasta el coche, y de lo siguiente que se enteró fue de que el hombre la arrastraba con violencia para dentro. Había dado patadas y gritado, pero nadie apareció en su ayuda. Ahora notaba un latido encima del ojo derecho, y las costillas le dolían cada vez que tomaba aire. El hombre la había arrastrado por los cabellos hacia su regazo y ella se había arañado las rodillas y los muslos con el metal del coche. Luego se habían alejado velozmente, ella intentó abrir la puerta y tirarse, pero el hombre la tenía sujeta por los cabellos y le resultó imposible. Hubiera aterrizado bajo las ruedas del coche.

¡Oh, por favor, por favor! ¡Alguien, cualquiera, que la ayude!

George decidió que le gustaba su aspecto. Lo único que no le gustaba eran los labios color naranja. Aborrecía el lápiz de labios naranja. Mandy vio cómo la miraba ceñudo y el corazón le dio un salto. Trató de cambiar la posición centímetro a centímetro con el brazo detrás de la espalda. Quería ver si abría la puerta del coche y salía corriendo. Correr tanto como pudiera.

George le adivinó el pensamiento.

Sacó un trozo de cuerda de la guantera y le ató las manos.

Mandy decidió luchar, las largas uñas falsas revoloteaban peligrosamente cerca de la cara de George. George lanzó un suspiro profundo y le dio otro puñetazo con todas

sus fuerzas. Le acertó en el pómulo y oyó el ruido agudo que hizo al quebrarse bajo los nudillos.

La muchacha cayó para atrás en el asiento, aturdida, el dolor intenso y el calor en la cara la calmaron y sometieron. Aquel hombre estaba loco. Mandy comprendió aquello de repente, con una claridad pasmosa. Si no le seguía la corriente, la mataría. Puede que la matase de todas formas. Se quedó allí en el asiento, llorando en silencio. Deseando que estuviera allí su padre. George le ató las manos juntas como si quisiera que rezase sus oraciones.

—Por favor, déjeme marchar —lo decía en voz baja y sorprendentemente agradable e infantil.

George se sintió magnánimo, feliz incluso por la humildad de la súplica. La chica aprende deprisa, era lo mínimo que podía decir en su favor. Se frotó las manos, se inclinó sobre ella y cogió una bolsa de supermercado del asiento de atrás. Sacó la máscara de cuero negro que había comprado en el *sex-shop*.

Mandy tenía un miedo tan intenso que parecía atornillada al asiento. Cuando vio que el hombre se ponía aquella máscara, los ojos se le desorbitaron. Incluso encendió la luz interior del coche y giró el espejo retrovisor hacia él para poder ponerse la máscara adecuadamente.

Por la cabeza de George cruzó la idea de que para entonces la muchacha ya había visto su cara con toda claridad, pero no hubiera podido rondar en coche por Grantley con la máscara puesta, ¿o sí? Percibía el miedo que paralizaba a la chica, y se sintió satisfecho. Todo estaba saliendo mejor incluso de lo que se esperaba.

Salió del coche y se quitó el abrigo «bueno», como llamaba Elaine a su abrigo Burberry. Lo dobló con cuidado y lo depositó en el asiento de atrás. Hacía un frío espantoso y George se estremeció. Luego dio la vuelta hasta la puerta del lado del pasajero, la abrió y sacó a Mandy arrastrándola. Tiró de ella por el abrigo y la llevó hasta una vieja caseta que había allí y llevaba años vacía. Abrió la puerta y la empujó dentro. Mandy aterrizó en el suelo de tierra, pero le dolía todo demasiado para que le importara. Miró al hombre y vio que sacaba dos velas del bolsillo del traje y las encendía.

George sonrió. Eso estaba mejor. Se acercó a Mandy y le desató las manos.

—Quítate el abrigo.

La chica lo miraba tirada en el suelo. De la nariz le brotaba un fino hilo de sangre que le iba bajando por la mejilla.

—¡Te he dicho que te quites ese puto abrigo!

George se llevó la mano a la boca. Pero el taco pareció haber surtido efecto, porque la muchacha se levantó lentamente.

Sintió un hormigueo de excitación y luego agarró la zamarra de cordero por la parte de delante y se la arrancó del cuerpo. Al sacársela de los brazos, hizo girar a la chica en redondo y se oyó un golpetazo sordo cuando aterrizó otra vez en el suelo.

Meneó la cabeza. ¡Otra más! En la calle con este tiempo y con un jerseicito de

nada y una falda. Por lo menos, esta tenía el buen sentido de llevar leotardos gruesos.

Seguía viendo el miedo en sus ojos, y se sonrió.

Mandy observó cómo el hombre colocaba la zamarra en el suelo de tierra. Intentó recomponer su cabeza y echó un vistazo en torno a la caseta. No había ventanas, solo la puerta, y el hombre la estaba atrancando con un madero en la parte de abajo. Tirados por el suelo, había numerosos objetos de madera y de metal. Justo a su derecha vio una palanqueta. Esperaría una oportunidad para tratar de agarrarla. Volvió los ojos de nuevo hacia George. Tenía la cara tan magullada que hasta le era difícil tragar saliva, y vio cómo el hombre se le acercaba.

—Túmbate encima del abrigo, guapa, que te vas a resfriar.

La voz sonaba amortiguada tras la máscara y detrás del cuero se notaba el calor del aliento.

A George le gustaba ponerse la máscara, lo hacía sentirse diferente. Había querido tener una de esas máscaras desde que leyó que Donald Neilson llevaba una cuando asesinó a Lesley Whittle.

Mandy se arrastró hasta ponerse sobre la zamarra. Ya le dolía todo el cuerpo. Sobre todo la cara y las rodillas. Se miró las piernas y vio que le salía sangre por los cortes de las medias. Notó que el pánico crecía aún más en su interior y luchó por contenerlo. Tenía que mantener la cabeza clara. Tenía que conseguir coger aquella barra. Se apartó el pelo de la cara mientras George la miraba a través de los agujeros de su máscara. Era un gesto muy femenino, de pura gracia, y George notó en la garganta un nudo enorme al contemplarla.

Su madre tenía una gracia de movimientos justamente así, una cualidad felina que la diferenciaba de las demás mujeres. Sonrió tiernamente detrás de la máscara.

—¿Cómo te llamas, querida?

Mandy no contestó. Se quedó mirando la máscara.

George chasqueó la lengua. Volvía a ponerse difícil. Las mujeres siempre son iguales. Intentas ser bueno con ellas, incluso ayudarlas, ¿y te lo agradecen? ¿Te lo agradecen?

Empezó a respirar pesadamente y en el interior de la máscara aumentó aún más el calor. Ya estaba empezando a sudar, y todo por culpa de ella. Le dio una patada en la pierna, una patada salvaje que volvió a hacer saltar las lágrimas en sus ojos.

—¡Te he preguntado cómo te llamas, so furcia!

—Mandy... Mandy Kelly.

¡Se llamaba Mandy! ¡Su nombre favorito! El nombre de la chica del vídeo... Mandy.

Observó los pequeños pechos puntiagudos que se marcaban en el jersey como sorprendidos de estar allí, y notó un dolor en los riñones.

Se arrodilló delante de ella.

Deseó no tener que llevar guantes. Abrió y cerró las manos anticipando el placer.

Entonces, la chica le dio una patada. Notó el aguijón de la bota al entrar en

contacto con su pecho. En una décima de segundo, se había alejado de él rodando sobre la tierra del suelo porque había visto un trozo de metal.

¡Aquella marrana apestosa, aquella zorra quería hacerse con un arma! Pero George llegó antes que ella. Se levantó de un salto y corrió. Cuando la chica cerraba la mano sobre la palanqueta de hierro, se la aplastó con el tacón. Mandy soltó un grito fuerte y penetrante.

George agarró la palanqueta y antes de darse cuenta de lo que pasaba, ya le había abierto la cabeza. Arrojó la barra al suelo. Hizo un ruido blando y hueco al golpear en el suelo de tierra.

Mira lo que me has hecho hacer ahora, pensó.

Era todo culpa suya. Todas eran iguales, las malditas. Todas eran unas liantas.

Arrastró otra vez el cuerpo de la chica hasta la zamarra, la puso encima y le colocó las piernas de manera que quedase dispuesta para él. Ahora ya sudaba como un cerdo, a pesar del frío tremendo. Era por la máscara.

George se sentó sobre los talones y la miró durante un buen rato.

Luego empezó a quitarle la ropa.

—Bueno, qué, me muero de hambre —la voz de Tiffany era de niña malcriada.

Patrick Kelly se volvió desde el teléfono y bramó:

—Entonces lárgate con viento fresco, guapa. Venga, ¡a tomar por el culo!

Patrick Kelly colgó el teléfono y salió en tromba hacia donde estaba sentada Tiffany. Kevin la vio dar un respingo del susto. Kelly la agarró a viva fuerza y medio la arrastró, medio la echó a patadas de la habitación. Y se la quitó de encima cuando llegaron al enorme vestíbulo.

—Coge el abrigo. Coge un taxi. Quítate de mi vista, Tiffany, o te aplasto esa cara de estúpida.

La muchacha se frotó el brazo.

—Oh, venga, Pat. Sabes que no lo decía de verdad —ahora la voz sonaba suave y suplicante y Kelly tuvo piedad de ella por un instante.

Lanzó un fuerte suspiro sintiéndose repentinamente desalentado. ¿Dónde coño estaba Mandy? Ya habían dado las once. Cogió el teléfono del vestíbulo y marcó un número.

—Jimmy. Trae el coche a la puerta de delante. Tiffany se va a su casa.

Kelly vio cómo se le tensaban los labios. Colgó el auricular.

—Entonces, ¿cuándo te vuelvo a ver? —a Tiffany le había ablandado un tanto lo de que la mandase a casa en uno de sus coches y no en taxi.

—No me verás, guapa. Ni ahora, ni nunca —la voz sonó grave y dura.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—Ya lo has oído. Ahí está Jimmy con el coche. Coge el abrigo y largo.

Tiffany lo miró volver al salón y cerrar la puerta. ¡Cómo se atrevía! Nadie, pero es que nadie, la dejaba tirada sin que ella los dejase. Se hizo el propósito de cantarle cuatro verdades. En su momento, pensó.

Por suerte para ella, nunca pensaba demasiado.

Kevin estaba sentado en la butaca. Ninguno de los presentes dijo una palabra al oír el crujido de las ruedas en la gravilla de la entrada. Kelly se sirvió otro trago. No se molestó en ofrecerle uno a Kevin.

—Bien, entonces, ya he probado con todas sus amigas. Y toda la parentela. Hasta el último mono. ¿Estás seguro de que no hay otro maromo con el que pueda haber salido?

Kevin se encendió a su pesar.

—Claro que sí. No es de esa clase de chicas.

Kelly movió la cabeza como mostrando su acuerdo.

—Hay una cosa que no tengo del todo clara en la cabeza. ¿Por qué tenías tú el coche? Y si lo tenías tú, ¿cómo iba a venir ella a casa?

El corazón de Kevin golpeaba contra un tatuaje del pecho. Llevaba toda la noche esperando que le hiciera esas preguntas.

Se mojó los labios, nervioso.

—Bueno —se aclaró la garganta—. Me dijo que hoy cogiese su coche para ir a buscar unas cosas que le dije que tenía que... —se le iba la voz.

Kelly se acercó a la butaca y lo miró desde arriba.

—¿Sí? Sigue.

—Quedé en recogerla junto a la cabina de teléfonos de Portaby Road. Solo que cuando llegué allí, como llegaba un poco tarde, ya no estaba. —Kevin vio que los ojos gris pizarra de Kelly iban endureciéndose por momentos—. Así que entonces vine aquí pensando que habría cogido un taxi o algo.

—¿A qué hora tenías que pasar a recogerla?

—A las ocho.

—¿Y a qué hora llegaste en realidad?

—Hacia las nueve menos veinte —la voz de Kevin sonaba tan bajito que Kelly casi no la oía.

—¿A qué hora? Habla, chaval, por Cristo bendito.

—Sobre las nueve menos veinte.

El rostro de Kelly se retorció de un modo monstruoso: no podía creerlo.

—¿Qué quieres para Navidad, hijo? ¿Quieres un Rolex o te cuelgo un puto Big Ben del cuello, eh? ¡Dejaste a mi niña plantada delante de una cabina de teléfonos cuarenta minutos con este tiempo!

Patrick Kelly arrojó la copa de coñac al suelo y lanzó un puñetazo tan tremendo contra la oreja del joven que lo tiró de la silla.

—¡Inútil! ¡Eres un puñetero inútil! Puede que mi Mandy esté muerta por tu puta culpa. Vete rezando tus oraciones, muchacho, porque si no encuentro pronto a mi niña, estás muerto. ¡Ya me has oído!

Kevin se enjugó el fluido de la nariz con el dorso de la mano. Estaba absolutamente aterrorizado.

—S-s-sí. Lo siento, es que...

—¿Que lo sientes, dices? Llevas semanas andando por ahí con el coche de mi Mandy. Ah, sí, si ya lo sé todo, muchachito. Te he tenido vigilado. Y no tengo duda de que ya habrás oído alguna historia de mí. De mis negocios por allá por el oeste y de los tipos duros que trabajan para mí. Bueno, pues coge todo lo que hayas oído, multiplícalo por diez y empezarás a tener una pista de dónde te ibas a meter. Y tan desesperado por casarte como estabas. A mi lado, el Padrino se queda en Caperucita Roja. Recuerda esto, chico, porque si le ha pasado algo a mi niña, cualquier cosa, ¡estarás más difunto que una momia de Egipto!

Kelly tenía el rostro distorsionado por la ira. Por la misma mala sensación interior que el día que murió Renée. Era como la historia que se repite.

Se había matado cuando volvía de casa de su madre en West Ham. Llevaba ya más de dos horas de retraso y él supo en el fondo de su corazón que algo le había pasado. Aquel Mini que le gustaba tanto que lo había bautizado con el nombre de Jason había sido arrollado por un camión en la A-13, delante de la hostería Henry Ford.

Pero su Mandy no podía haber tenido un accidente de coche, porque aquel zoquete de allí delante se había quedado con su puñetero coche.

Fue otra vez hasta el teléfono y lo descolgó. Marcó un número y se volvió de cara a Kevin, que se había levantado del suelo y había vuelto a sentarse en el butacón, llorando.

—Parece imposible, ¿verdad? ¡Patrick Kelly, el hombre más temido de Londres, llamando por teléfono a la ley!

* * *

Kate estaba en casa con Lizzy dando los últimos toques al árbol de Navidad. Al poner su hija la figurita del hada arriba del todo, se acordó de cuando Lizzy la había hecho. Solo tenía cinco años, y desde entonces cada año los trozos de cartón y los encajes ya avejentados coronaban el árbol de Navidad.

—Está precioso.

Lizzy dio un paso atrás para admirar su trabajo manual.

—No está mal. La verdad es que este año estoy deseando que llegue el día de Navidad, mami.

—Yo también, cariño.

Sobre sus palabras, se oyó llamar con fuerza a la puerta de la calle. Lizzy salió corriendo de la sala y a los pocos segundos se oyó un fuerte chillido. Kate cerró los ojos un instante. El héroe errante había vuelto, como de costumbre. Su madre apareció desde la cocina y miró a Kate levantando las cejas.

—¿Él en persona?

—Él.

—Bueno, por lo menos a ella la hace feliz.

Kate puso una sonrisa forzada cuando su hija entró en la sala tirando del padre. Kate se percató del caos que reinaba en el cuarto y sonrió, esta vez de verdad. Ya se habían ido los días en que se tomaba molestias por Danny.

—Hola, Dan, cuánto tiempo sin verte.

Tenía un aspecto estupendo, como siempre. Alto, rubio y bien bronceado. Kate se preguntó, y no por primera vez, por qué los hombres tenían mejor aspecto según envejecían. Aquel estrechaba a su hija con un afecto auténtico.

—Hola, Kate, vieja amiga.

—De vieja no tanto, Dan, si no te importa.

Se miraron los dos por encima de la cabeza de la hija.

—Oh, mami, papá viene cargado de cosas. Regalos para todos.

Kate vio la pregunta en los ojos de Dan y suspiró interiormente. Venía con la maleta, lo que significaba que quería quedarse «una temporadita». Le había hecho lo mismo unas cuantas veces a lo largo de los años. Eso significaba que la actual recipiendaria de sus afectos o bien lo había pillado con su mejor amiga o bien lo había pillado sin más, en general.

Evelyn entró en el cuarto y Dan fue inmediatamente a abrazarla y la levantó del suelo para besarla.

—¡Evelyn, tú nunca cambias! —por una vez decía la verdad. Estaba igual a los setenta que a los sesenta.

Evelyn esperó a que la volviera a dejar en el suelo para decirle:

—Igual que tú, Dan. —Se miraron y en sus miradas la animosidad era casi tangible—. Ya veo que esta vez te has traído la maleta.

En realidad, era una pregunta y Dan eludió su mirada y se volvió hacia su hija.

—Pensé que podía pasar algún tiempo con mi nena. Y ahora, ¿qué me decís de una taza de té para un viajero con frío?

Lizzy se fue corriendo a la cocina, y la abuela detrás. Dan miró a Kate. Sus ojos azul oscuro chispeaban.

—Estás estupenda.

—Tú también. ¿Cómo van las cosas?

Recogió del suelo un par de adornos del árbol de Navidad y se puso a colgarlos de las ramas de modo un tanto precario.

—Muy bien, supongo. Escucha, Kate, ¿podría quedarme, solo las fiestas? —lo dijo en tono melancólico y Kate, dándole la espalda, se permitió una sonrisita.

—Naturalmente que puedes, Dan, siempre y cuando no te importe dormir en el sofá.

—Ya estoy de lo más acostumbrado, Kate.

—Seguro que sí.

Cayó entre ambos un silencio espeso. Kate se obligó a relajarse. Soportaba las

invasiones de Dan por Lizzy, pues sabía que la muchacha disfrutaba con ellas. Dan era un gandul, un haragán inútil, pero su hija adoraba hasta el último hueso de su cuerpo.

Kate nunca había intentado alertar a su hija sobre su padre. Al contrario, permitía que se metiese en sus vidas cuando le venía bien, y ella se limitaba a apretar los dientes y sonreír hasta que ahuecaba el ala. Kate incluso comprendía a Lizzy: en otros tiempos, aquel hombre le producía a ella el mismo efecto. Pero tenía la esperanza de que algún día Lizzy descubriera por sí misma las flaquezas de su padre. Y entonces ella recogería los pedazos y soltaría un buen suspiro de liberación.

Lizzy volvió de la cocina con un tazón humeante de té. Dan se había apoltronado en el sofá y desde su butacón Kate contempló cómo Lizzy le daba el tazón con mucho cuidado para no dejar caer ni una sola gota en la ropa impecable de su padre. Apostaría hasta su última libra que se había gastado ya hasta el último chavo que tuviera. Sus regalos seguro que eran lo más grandes y lo más caros posible. Y ahora quería algún sitio en el que recuperarse y relajarse y que no le costase nada. Kate sabía que iba a sablearla, y eso le fastidiaba.

—¿Y cómo está Anthea?

—¡Oh! Está bien, bien. Han venido sus hijos a casa para la Navidad, así que pensé que yo mejor me iba a ver a mi muñequita. —Revolvía el pelo de Lizzy mientras hablaba y la hija le sonreía.

Kate sintió que le entraba una náusea, pero la combatió con valor.

—¿Y cuándo te espera de vuelta? —la frase salió con suavidad, pero tanto Dan como Evelyn, que entretanto había aparecido en la habitación, sabían que era una pregunta con intención. Lizzy lo salvó de tener que contestar.

—¡Oh, mami! ¿Acaba de llegar y ya quieres saber cuándo se marchará?

Sonó el teléfono y Kate salió al recibidor para contestar, contenta con el respiro.

—¿Aló? Inspectora Burrows al habla.

—¿Kate? Soy Ratchette. Me temo que traigo problemas. ¿Podrías tú arreglarlo por mí, por favor?

—¿Qué pasa, señor?

—Parece ser que uno de los ciudadanos más importantes de la ciudad no encuentra a su hija.

—¿Quién?

—Patrick Kelly —la voz de Ratchette sonaba apagada—. Me ha avisado el jefe superior. Al parecer la chica está desaparecida desde las ocho de esta tarde. Su novio tenía que recogerla en Portaby Road y cuando llegó ya no la vio por ningún sitio. No es una chica que se vaya por ahí sin decírselo a nadie, según parece, de modo que el jefe superior quiere que el asunto se investigue a fondo.

Kate notó el fastidio en la voz de Ratchette.

—Iré a verlo, no se preocupe. Probablemente no sea nada. ¿Qué edad tiene la chica, por cierto?

—Veintidós. Pienso que habrá tenido una discusión con el novio y que se habrá refugiado en casa de una amiga, pero el chico está demasiado asustado para decírselo al padre.

Kate se rio bajito.

—Bueno, no es algo que se le pueda reprochar, ¿verdad? Patrick Kelly no es precisamente un tipo tranquilo y bondadoso.

—No, Kate, es verdad. Pero es muy amigo del jefe superior. O por lo menos eso es lo que a mí me parece.

—No se preocupe, se lo arreglaré.

—Gracias, Kate. Dé recuerdos míos a sus chicas, ¿quiere?

—Por supuesto. Ya le informaré de lo que suceda, señor.

La línea se cortó. Kate entró de nuevo en la sala de estar y puso su mejor sonrisa.

—Tengo que ir de servicio, me temo. Ha desaparecido una chica.

—¡Oh, no...! ¿Quién? —Lizzy tenía cara de preocupación.

—No es nadie que conozcas. Mira, volveré tan pronto como pueda, ¿de acuerdo?

—Mami está con lo de la violación y asesinato, papi, es la que manda.

—¿De veras, Kate?

—Sí. Mira, vosotros seguid con todo que yo volveré pronto.

Salió del cuarto y se puso la chaqueta a toda prisa. Evelyn salió tras ella con Lizzy.

—Espero que aparezca la chica, mami.

—Seguro que sí, cariño, no te preocupes.

—No te olvides de llamarme cuando vayas a venir a casa para tenerte preparado algo caliente. Y ahora abrígate bien, que ahí fuera hace un frío terrible.

—Mamá, ya tengo cuarenta años, ¿sabes? —eso se lo dijo en tono de broma.

—Pues no pareces tan vieja, mami. Representas como unos treinta y ocho.

—¡Un millón de gracias, Lizzy, así me siento mucho mejor!

—No te importa que papi se quede, ¿verdad, eh?

Kate contempló aquella cara tan preciosa y sintió una punzada de remordimiento.

—No, naturalmente que no.

Lizzy le dio un beso y se volvió al cuarto de estar. Kate y su madre se miraron por un instante.

—Por fin se está haciendo mayor, ¿eh Kate?

—Eso parece. Hasta después, mamá —y dio un beso a la diminuta mujer que tenía delante.

Evelyn cogió a su hija del brazo.

—Ten mucho cuidado por ahí, con ese maníaco suelto. Yo me cuidaré de su señoría si empieza con sus caprichitos.

—Adiós, mami.

Kate recogió las llaves del coche y salió al aire frío de la noche. Sintió una extraña sensación de alivio al meterse en el coche. Y cuando arrancó, ya tenía de

nuevo la cabeza ocupada en la investigación. No estaban nada cerca de resolver el caso. No era algo planeado, había sido una acción espontánea. Geraldine O'Leary había sido asesinada al azar por un criminal. Esos casos eran los peores del todos. En casi el ochenta y cinco por ciento de los asesinatos, el autor era conocido de la víctima, y los porcentajes subían aún más en los casos de violación. Kate creía sinceramente que quienquiera que hubiese asesinado a Geraldine O'Leary, no sabía antes quién iba a ser su víctima. Pero incluso saber esto no la acercaba a la solución del caso; en realidad, era justo lo contrario, lo ponía todo más difícil, mucho más difícil. El puerta a puerta no había sido demasiado útil, aunque salieron unas pocas pistas que estaban siguiendo. Alguien vio un coche de color oscuro en Vauxhall Drive sobre las seis cincuenta y cinco. No sabían de qué marca era, solo que era grande. Era como buscar la proverbial aguja en el pajar. Torció a la derecha en el cruce que llevaba a las afueras de Grantley y a casa de Patrick Kelly. No tuvo necesidad de buscar la dirección. En Grantley, todo el mundo conocía la casa de Patrick Kelly.

Especialmente la policía.

Kate sintió un punto de fastidio pese a que aquella visita había servido para sacarla de casa y alejarla de Dan. Si Frederick Flowers estaba tan preocupado por cuenta de Patrick Kelly, ¿por qué demonios no venía él aquí para investigar el crimen en persona? Normalmente, tenía que hacer más de veinticuatro horas de la desaparición para que la policía se interesara, en especial tratándose de una mujer adulta. Con los niños era diferente, pero esta Mandy Kelly tenía veintidós, por Dios santo. Entró por el amplio camino de gravilla y paró delante de la gran casa georgiana rodeada de tres acres de parque. Estaba tan iluminada como la Central Eléctrica de Battersea. Al parecer, los salones de masaje y los cobros a morosos daban buenos beneficios y además te ganaban amigos en puestos importantes. Tal como se veía la casa, la factura de la luz de Kelly debía subir más que la hipoteca de ella.

La casa entera estaba inundada de luz y hasta los árboles tenían bombillas encendidas. No había la menor oportunidad de colarse hasta la puerta de Patrick Kelly sin que te vieran. Alimentando su resentimiento, fue hasta la puerta principal y tocó el timbre.

Una de las primeras cosas que notó Kate fue que la casa estaba decorada con magnífico gusto. No era para nada lo que se esperaba. Miró a su alrededor, impresionada a su pesar. Era evidente que Kelly se gastaba el dinero en buenos decoradores. Siguió a Kelly hasta el salón y tomó asiento en el sofá Chester. Era una habitación hermosa, con molduras y cenefas originales en el techo; las paredes estaban cubiertas de libros de todas clases, desde volúmenes encuadernados en piel a libros de bolsillo de colorines. El color predominante era un gris plateado con alfombras y cortinajes rosa oscuro. Era un salón diseñado por una mujer, de eso estaba segura. Tenía el sentido del color y el espacio de una mujer. Los hombres tienden más a poner las cosas en el primer espacio disponible y después se limitan a dejarlas allí. Las mujeres se piensan las habitaciones, saben cómo hacer que una sala

luzca lo mejor posible. Las mujeres, había observado Kate, se toman su tiempo con los detalles. Pequeños detalles que logran que una sala sea como esta.

A pesar de su inmenso tamaño, era una habitación acogedora y obviamente muy vívida. Un lustroso gato negro dormía tumbado delante del fuego. Kate se quedó mirando a Kevin Cosgrove, que estaba sentado con cara pálida y derrotada. Kate supuso, correctamente, que se trataba del novio y que Kelly le había hecho pasar un mal rato.

Aceptó el *whisky* que Kelly le ofreció, y le dio un trago reconfortante. Era lo último que hubiera querido aquella noche. Incluso teniendo a Dan y soportando el regreso del padre largo tiempo perdido, esto otro no era lo que necesitaba. El *whisky* era bueno y lo saboreó unos instantes antes de mirar a Kelly directamente.

—¿Qué le hace pensar que su hija ha desaparecido? Puede ser que esté en casa de una amiga, o cualquier otra cosa.

Patrick se quedó mirando a Kate como si la viera por primera vez.

—¿Cómo ha dicho que se llama usted?

—Inspectora detective Burrows.

Kelly se quedó mirándola un buen rato con la punta de la lengua entre los labios, como para guardarla en su memoria. El movimiento y el tono de voz no pasaron desapercibidos a Kate, que sintió que su malhumor aumentaba. Aquel hombre pretendía decirle que ella estaba allí por orden expresa de Flowers y que más valía que se tomara en serio el asunto. Kate controló el impulso de enfrentarse a él. En vez de eso, apartó la mirada dejando el vaso sobre una mesita auxiliar que tenía al lado y revolvió el bolso en busca de su cuaderno de notas y sus cigarrillos. Iba a ser una velada muy larga.

Se puso un cigarrillo en la boca y Kevin Cosgrove le dio fuego con manos temblorosas. Kate le cogió la mano y guio el cigarrillo hasta la llama. En los ojos del chico, había una advertencia y le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

Kate aspiró el humo del cigarrillo y volvió a sentarse, con las piernas cruzadas.

Kelly la observaba desde su sillón y le dio el aprobado. Tenía una punta de genio, y eso le gustaba. Siempre y cuando no «lo sacase» con él, era una mujer a la que querría a su lado si llegase el momento. La miró a los ojos mientras la oía hablar.

—¿Por qué está usted tan preocupado por su hija, señor Kelly? —mientras hablaba, Kate se percató de que aquel hombre estaba verdaderamente preocupado. No se trataba de un padre demasiado ansioso que descargaba sobre unos y otros, sino que la preocupación de aquel hombre era auténtica.

—Este zoquete tenía que recoger a mi hija a las ocho. —Movié la cabeza hacia Kevin, que continuó con los ojos clavados en la alfombra—. Él tenía su coche, el coche de ella. Y cuando fue a recogerla, ya no estaba allí. He llamado a sus amigas, a su tía, a la puta encargada de la tienda donde trabaja, he llamado a todo el mundo en todo Grantley y no doy con ella. No es ninguna broma de niña tonta, señora Burrows. No hay ninguna duda de que mi niña está en la lista de desaparecidos. Así que ahora,

¿qué va a hacer usted con el tema?

Kate dio otra chupada al cigarrillo y miró directamente a los ojos azul oscuro.

—¿Mandy había desaparecido así antes alguna vez?

—No —dijo Kelly moviendo la cabeza—. Nunca. Mandy y yo estamos así —y mostró los dos índices juntos. Se mojó los labios y dio un buen trago a su coñac.

Kate se quitó el pelo de la cara y miró a Kelly. La verdad es que era guapo. En otras circunstancias, se habría fijado en él. Era la primera vez que lo veía en persona. Había visto fotos suyas, claro, como todo el mundo. Pero en carne y hueso, tenía una gran presencia. Era un hombre muy en sus cabales, muy vivo. Reventaba de energía y vitalidad. Así que ahora, al verlo tan preocupado por su hija, Kate sintió un estremecimiento de compasión por él.

—¿Tuvisteis alguna discusión Mandy y tú, Kevin? —observó al chico que tenía la cara lívida y seguía mirando la alfombra mientras negaba con la cabeza abatido. De un salto, Kelly se levantó del sillón y sacó al pobre muchacho de su asiento. Manteniéndolo sujeto por el pelo, lo empujó hacia Kate y le gritó.

—¡Explícale todo lo que quiera que le expliques, muchacho, te lo advierto! Si Mandy aparece y su historia se aparta de la tuya, te partiré ese cuello de cabrón.

Kate se levantó corriendo y los separó.

—¡Por favor, señor Kelly! Esto no nos sirve de nada. Cálmese, ¿quiere? ¿No se da cuenta de que lo tiene muerto de miedo? ¿Cómo espera que le cuente la verdad si se nota tanto que le tiene terror?

Las palabras de Kate se filtraron en el cerebro de Patrick. Ya eran más de las once y Mandy seguía sin dar señales. Sintió que en su interior crecía el pánico igual que el día que murió Renée. Cuando vio que a las cinco y media no había llegado a casa, supo en lo más hondo de su ser que nunca más volvería. Y ahora tenía la misma sensación. Logró controlar el pánico y volvió a su sillón. Tenía una expresión terrible que a Kate le conmovió el corazón. Si fuera su Lizzy, tan poco tiempo después del asesinato de Geraldine O'Leary... Se estremeció.

Kevin Cosgrove lloraba en silencio. Kate lo llevó de nuevo a su butaca y, sin preguntar, sirvió bebida para todos. Patrick cogió el vaso de la mano de ella y lo vació con su guapo rostro demacrado.

—Usted no conoce a mi Mandy, nunca se quedaría por ahí sin avisarme. De ningún modo —esto último lo dijo con la seguridad de un padre que conoce a su hija.

Kate echó una mirada al reloj de la repisa: eran casi las once y media.

Patrick la vio mirar y estalló de nuevo.

—¿Quiere irse a casa, verdad? ¿La estoy aburriendo o algo así?

Al abrir la boca para seguir hablando, Kate levantó la mano para ordenarle silencio.

—No, señor Kelly, no me está aburriendo, me está fastidiando. Hasta que se tranquilice y hable razonablemente, no iremos a ninguna parte. Así que ahora, si no le importa, voy a hacerle unas cuantas preguntas sencillas. Si consigue usted

contestármelas bien, puede que empecemos a ir hacia algún sitio.

Los ojos de Kelly eran dos rayitas. Menuda yegua descarada, le estaba hablando como si fuera un niño desobediente. Sintió una oleada de irritación y de alguna cosa más. Admiración. Aquella mujer no se sentía intimidada por él y eso le alegraba. Si su Mandy había desaparecido, seguro que aquella mujer la encontraba. El miedo helado que embargaba su cuerpo desde hacía dos horas fue disolviéndose poco a poco.

—Perdóneme, señora Burrows —y subrayó el señora.

Kate lo miró y sonrió ligeramente.

—No se preocupe, señor Kelly. Yo también tengo una hija. Me imagino lo que está usted pasando.

—¿De veras? —era una pregunta que ambos sabían que no la podía responder.

—Bien, Kevin, ¿exactamente cómo habías quedado con Mandy?

Mientras Kate interrogaba al chico, Kelly la observaba desde la butaca. Incluso en aquel estado de agitación se daba cuenta de que era una mujer atractiva. Sin embargo, lo que realmente le gustaba de ella era su insolencia. Le gustaba que las mujeres tuvieran su punto de genio. La madre de Mandy lo tenía. Estaba tan callada como un ratón de iglesia hasta que la encendías, y entonces más valía ir con ojo. Esta señora Burrows era interesante. Le había quitado de la cabeza a su niña durante unos minutos y le estaba agradecido por ello.

Kate notó su atención y la descartó. Quería terminar el trabajo y volver a casa. Aquella otra era demasiado recargada para su gusto.

—Escucha, tío —la voz de Caroline tenía algo de sonriente—. No voy a hacerlo en una caseta en ruinas.

Barry se rio con ella.

—Bueno, tenemos una cosa cierta, nena. Mi mujer y tu marido no nos van a dejar que usemos su cama, así que ya sabes, o volver al coche o la caseta. Tengo un saco de dormir en la maleta. ¡Estaremos tan calentitos como dos cucarachas en la cocina!

Caroline volvió a soltar la risa.

—¿Qué hora es?

Barry miró con ojos turbios el reloj.

—Las doce y media.

—Mi hombre no me espera hasta las dos. Se cree que estoy haciendo un turno extra.

—Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Ahí en el coche o en la caseta?

—Tú esto ya lo habías hecho antes, ¿no?

Barry asintió.

—Sí. Tengo ahí un saco de dormir, una botella de vino y un par de vasos de plástico. Y todo está esperando por ti, cariño mío.

—¡Oh...! Entonces vamos. ¿Pero estás seguro de que por aquí no viene nadie por la noche, eh?

—¡Sí! Anda, ayúdame a traer todas las cosas.

Fueron hasta el coche. Caroline llevó el vino y los vasos. Barry el gran saco de dormir. Caroline abrió de un empujón la puerta de la caseta. Y al entrar tropezó con algo y gritó del susto.

—¡Eh, tranquila, muchacha! O tendremos aquí a la bofia si no vas con cuidado.

Barry dejó caer el saco de dormir en el suelo y encendió la llama del mechero.

Oyó el auténtico grito que soltó esta vez Caroline, y le costó bastante no soltar él uno también.

En el suelo, en medio de un charco de sangre, yacía una muchacha joven. Estaba casi desnuda.

El encendedor le quemó los dedos y quitó el pulgar del mando del gas. Caroline entro en pánico en medio de la oscuridad y Barry la arrastró fuera de la caseta. La abrazó con fuerza contra él.

—Tranquilízate... tranquilízate.

Oía cómo castañeteaban sus dientes y pensó que había sufrido un *shock*.

La llevó de vuelta al coche, encendió el motor y puso la calefacción. Luego, sacó una linterna de la guantera y volvió a la caseta. Tenía la cabeza como un torbellino. Entró con mucha precaución y dirigió el haz de luz hacia el cuerpo de la chica. Tenía la cabeza pegada al suelo por la sangre seca que juntaba los cabellos con la tierra. Se arrodilló junto al cuerpo y palpó con los dedos la arteria principal del cuello.

¡Estaba viva! ¿Era posible?

Volvió a tomarle el pulso con dedos temblorosos. No tuvo duda de que se notaba un latido débil. Se incorporó rápidamente, abrió el saco de dormir y la cubrió con él. Había que mantenerla caliente. Había que mantenerla caliente. No moverla. Pobrecita mía. Que no se muera, Dios. ¡Oh, haz que no se muera!

Salió corriendo de la caseta, saltó dentro del coche y fue tan deprisa como pudo a una cabina de teléfono. En menos de quince minutos, Mandy Kelly iba camino del hospital de Grantley y Caroline y Barry explicaban su comprometedor historia a la policía, que les prometió que ninguno de sus respectivos cónyuges sería informado de las circunstancias que dieron lugar al hallazgo de la chica.

En el bolsillo de la zamarra de piel de cordero, la policía encontró una cartera. Contenía las tarjetas de crédito de Mandy Kelly.

Se había establecido una identificación positiva del sujeto.

Kate estaba escuchando a Kelly hablar de su mujer y su hija. Kevin había ido a tumbarse al piso de arriba, y sin su presencia Kelly parecía un poco más relajado. Kate sabía que el hombre echaba la culpa al chico de todo lo que pudiera haberle pasado a Mandy. Kate seguía pensando que había todavía bastantes probabilidades de que Mandy apareciera en cualquier momento. Lo más probable es que hubiera discutido con Kevin y se hubiera largado cabreada, probablemente porque había vuelto a cogerle el coche. Kate no podía ni empezar a comprender cómo sería de rico un hombre que se permitía regalar a su hija un coche de cincuenta mil libras al

cumplir veintiún años. Pensó en los zarcillos soberanos que había comprado para Lizzy esa Navidad, lo que había tenido que luchar para encontrar dinero para ellos, y meneó la cabeza. Lo gracioso era que Kelly, que ahora había vuelto a su ser normal, era un hombre interesante y que se expresaba muy bien. Hablaba de su esposa y de su hija con un amor casi tangible. Ahora le estaba contando la historia de sus primeros meses de paternidad.

—De cualquier modo, allí estaba yo solo con Mandy, que era casi un bebé —sonrió—. Bueno, pues quería cenar. Y lloraba desconsoladamente. ¿Se acuerda de aquellos biberones de cristal grandes de los sesenta? Pues saqué uno del agua caliente y al probarlo en el brazo se me cayó. Y se desparramó por todo el suelo de la cocina. Bueno, pues así estábamos. Solo había un biberón, y cuando me empezaba a entrar el pánico, vi un frasco de salsa en la mesa. Puse a Mandy en su cochecito, porque entonces dormía en un cochecito, no podíamos permitirnos una cuna, sabe. Así que lavé bien el frasco de salsa y lo esterilicé con agua hirviendo y luego preparé la comida y puse la tetina encima del frasco y se lo di.

Kate se rio con él imaginándose la escena.

—Bueno, pues Renée llegó en ese momento, cargada con toda la compra, echó una mirada y puso el grito en el cielo.

Era el tipo de situación que ella podía imaginarse. Tenía recursos. Ya estaba a punto de marcharse cuando la convenció de que se tomase otra copa. Supuso que el hombre estaba asustado de quedarse solo en ese momento y que necesitaba estar con otro ser humano. Había aceptado por pura piedad y ahora se alegraba. Tenía una buena conversación, era un gran narrador y aun cuando sabía muy bien de lo que era capaz, le gustaba. Y además confiaba en él, aunque por qué eso era así después de su comportamiento de un rato antes, no tenía ni idea. Kelly era un hombre duro, pero tenía su talón de Aquiles. Mandy.

Kate ya se sentía como si conociera a la chica. Y con todo lo que su padre decía de ella, no había ninguna duda de que no era alguien que se marchase sin hacérselo saber. Además, Kelly era el tipo de padre que exigiría saber por dónde andaba su hija. Aquello formaba parte de él como sus tacos.

—Siento mucho haberme dejado ir antes, pero como que había perdido la cabeza —dijo en voz baja. Kate sabía que le había costado un buen esfuerzo pedirle disculpas.

—Lo comprendo, señor Kelly.

Como puestos de acuerdo, los dos miraron el reloj: eran justo pasadas las doce y media.

—¿Dónde coño puede estar? Cuando aparezca voy a correrla a tortas de un lado a otro de esta habitación, lo juro. Nunca le he levantado la mano, pero esta noche lo haré, por Cristo.

Kate le puso su mano sobre la de él.

—Tranquílcese, pegarle no resolverá nada.

—No, pero puede que me sienta mejor.

Sonó el teléfono y Kelly se precipitó a contestar.

—¿Mandy?

Kate vio cómo su cara pasaba de la esperanza al miedo en cosa de segundos. Le tendió el auricular y le dijo:

—Es para usted.

—Aquí Burrows.

Patrick Kelly contempló cómo la cara de Kate se ponía blanca y en ese momento supo que algo le había pasado a su única hija. Apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en la piel de las manos hasta hacer sangre.

Kate colgó el auricular del teléfono y lo miró directamente.

—Hemos encontrado a su hija, señor Kelly. Al parecer la han atacado.

Kelly miró a la mujer que tenía delante con el dolor y la confusión pintados en el rostro.

—¿Que la han atacado? ¿A mi Mandy?

La voz sonaba como la de un niño pequeño, lleno de dolor e incredulidad.

Kate asintió.

—Está en el hospital de Grantley y la están operando. Está bastante mal.

Patrick Kelly notó cómo se le humedecían los ojos, pero no le importó. Tenía la sensación de que todo su mundo acababa de derrumbarse. Tragó saliva. Y cuando por fin pudo hablar, fue como un graznido ronco.

—¿Se va a morir?

Kate le puso la mano suavemente sobre el brazo.

—Creo que lo mejor será que vayamos al hospital, ¿no le parece?

Sentada en el coche junto a él, yendo hacia allí, Kate tuvo la sensación de haber captado algo de la intimidad de Patrick Kelly. Tenía su talón de Aquiles, exactamente igual que los demás.

Y todos sus problemas le parecieron una pequeñez en comparación con los que sufría aquel hombre que iba a su lado.

Siguieron el viaje en silencio.

* * *

George seguía sentado en la sala. Era un poco más de la una. Le llegaba el bum-bum regular de la música de una fiesta unas casas más abajo. Dio un buen trago a su Ovaltine. Estaba completamente frío y torció el gesto.

Elaine se había ido a la cama más temprano y él le había dicho que se sentía demasiado cansado. Ella ya sabía que cuando él se ponía así, no podía dormir. Y se quedó encantada de dejarlo en el piso de abajo.

George sonrió con melancolía, apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y

saboreó una vez más los acontecimientos de aquella noche, más temprano.

Una chica muy tonta. Bueno, pues ya la había enseñado. Ah, sí, claro que se lo había enseñado como Dios manda. ¡Aquella zorrupia! Andando por ahí sola de noche, por las calles vacías. Bueno, pues él ya le había echado el freno a sus correrías. Y eso podría servir para que unas cuantas mujeres de Grantley se espabilaran y se fijaran en él.

Mañana todos estarían hablando otra vez de él. Ah, y sabía muy bien lo que dirían. El hipopótamo hambriento de Elaine le contaría todos los cotilleos locales. Sonrió para sus adentros ante la comparación.

En su imaginación, vio a la chica tal como estaba cuando la dejó. Despatarrada. Sonrió. Había conocido todas sus partes secretas. Pero ella le había visto la cara. Eso era un error, ahora se daba cuenta. Tenía que haberse puesto la máscara primero.

Se preguntó vagamente si ya habrían descubierto a la chica. Mandy... Aquel nombre le gustaba mucho.

La fiesta estaba ahora en su apogeo y George oía los discos a todo volumen. Le gustaba que la gente se divirtiera.

Volvió a sonreír con las notas de *Terciopelo azul* que le llegaban volando. Se representó mentalmente a todas las jovencitas bailando con los hombres. Se imaginó vestidos ceñidos y bustos apretados por las sedas blancas.

Ah, todas eran iguales. Hasta la última.

Faltaba muy poco para Navidad. Estaba contento porque necesitaba un día de fiesta. Los últimos meses habían sido muy agitados.

Al llegar al hospital, Kelly pidió a Kate que le contase todo lo que supiera. Kate le explicó que habían encontrado a Mandy con unas espantosas heridas en la cabeza y que ahora estaban operándola. No se extendió más. No era el momento adecuado.

Entraron juntos en el servicio de urgencias y Kate le explicó a la recepcionista quiénes eran. Como la mayoría de los recepcionistas de hospital, esta era de una raza aparte. Se bajó las gafas sobre una nariz casi inexistente y observó a Kelly y a Kate por encima de ellas. Tenía un pelo fino apartado de la cara hacia atrás en un moño tan apretado que los ojos se le habían vuelto como chinos. Kate se la imaginó con un caftán y unos zuecos y tuvo que sofocar un ataque de risa.

—Dígame otra vez el nombre de la paciente, por favor.

—Mandy Kelly. Soy la inspectora detec...

La mujer levantó un dedo gordezuelo para reconvenirla.

—Solo una pregunta cada vez, por favor.

Patrick observaba la actuación con expresión cada vez más sombría. La mujer iba tecleando trabajosamente el nombre de Mandy en el ordenador.

—¿Y cómo la han trasladado aquí?

—¿Perdón? —Kate empezaba a perder la paciencia.

—¿Cómo la han trasladado aquí? En ambulancia, en coche particular...

Kelly apartó a Kate a un lado. Miró por los cristales que lo separaban de la

repcionista.

—¡En un puto autobús de los cojones! Vino en el autobús con la cabeza machacada. Dos hombres en ambulancia y una puta camilla sucia. Ni a usted se le hubiera podido escapar cuando pasaron por aquí. Así que corte el rollo y dígame dónde está mi hija o sé yo quién va a ir a ver al médico.

La mujer se quedó parada con la boca abierta haciendo una O y una enfermera que oyó el diálogo acudió a toda prisa desde la zona de despachos.

—¿Es usted el señor Kelly?

Patrick asintió. Kate percibía la tensión en los hombros echados hacia atrás de Kelly. Era como si alguien le hubiera metido una barra de metal dentro del abrigo y lo sujetase.

—¿Dónde está mi hija? Quiero ver a mi hija.

—Todavía está en el quirófano. Si quiere usted seguirme, le llevaré a la sala de espera.

Kelly y Kate siguieron a la joven.

—¿Qué tal está?

—Lo siento, señor Kelly, pero la verdad es que no lo sé, un doctor vendrá a verle enseguida.

Kate siguió a Kelly y subieron por dos tramos de escaleras para entrar en una sala de espera diminuta pegada a la UCI y le dio las gracias a la enfermera que se ofreció a traerles café.

—Sabía que esto iba a pasar, lo sabía. Lo sentía dentro de los huesos.

Kate no respondió. Amanda Dawkins entró en la salita y Kate le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que lo mejor sería que salieran, y cerró la puerta despacio dejando a Kelly dentro.

—¿Cómo está?

—Mal, Kate. Realmente mal. Le han quitado media cabeza. Es evidente que es el mismo hombre que atacó a Geraldine O’Leary. La ha violado. Y sodomizado también, creo. Está en un estado espantoso. Hasta los doctores se quedaron asombrados al ver cómo se aferra a la vida.

Kate frunció los labios. Kelly se pondría como un basilisco si le pasaba algo a su hija. En estos momentos estaba tenso como el muelle de la cuerda de un reloj. Asintió y le dijo a Amanda:

—Escucha, hazme un favor. Procura que nadie se acerque a Kelly durante un rato. Yo me quedaré con él. Y manda a alguien para que interroge a Kevin Cosgrove. Está en casa de Kelly. ¿OK?

—Se hará. ¿Algo más?

—No, mientras no sepamos más.

Cuando Amanda se alejaba, Kate la llamó.

—Ah, una cosa más: llama a mi casa y deja un mensaje en el contestador. Diles que iré lo más pronto que pueda, ¿OK?

Amanda asintió con la cabeza y Kate volvió al lado de Kelly.

—¿Qué pasa? —tenía la voz plana, muerta.

—De momento nada.

—¿Flowers está aquí?

Kate pegó un respingo.

—Por supuesto que no.

Kelly se levantó y empezó a recorrer la salita.

—Entonces hazlo venir, dile que yo personalmente solicito su presencia. También puedes ir enterándote de quién es el matasanos que se ocupa de mi hija y luego averiguar cuál es el mejor para lo que ella tiene. No me importa quién sea ni cuánto me cueste, tú límitate a traerlo.

Kate notó que se le volvía a insubordinar el genio. Toda su simpatía por Kelly se evaporó por aquella ventanita y volvió a levantarse en toda su altura.

—Con todo respeto, señor Kelly, yo no soy su secretaria. Si quiere usted a Frederick Flowers, o a otro médico, le sugiero que los busque usted mismo.

Kelly la miró con expresión atónita en la cara. Estaba acostumbrado a que la gente saltase cuando él les mandaba saltar. Estaba acostumbrado a que le dieran la razón pura y absolutamente en todo lo que decía y hacía. Se quedó mirando la cara de Kate y Kate pudo ver la tremenda batalla que había en su interior. Vio cómo apretaba el puño y comprendió que necesitaba de toda su fuerza de voluntad para no soltarle un buen puñetazo.

Lo que le había dicho equivalía a todo un motín.

Vio que se mordía el labio y el pecho se le agitaba. Le apuntó con el dedo agitándose arriba y abajo delante de la cara.

—Es que si no hago algo, exploto, y si exploto aquí no volverá a ver una cosa así en toda su vida. Es que no puedo de ninguna manera sentarme y esperar. Tengo que hacer algo, lo que sea.

Lo dijo con tanta sencillez y sinceridad que Kate notó su poder, supo de la profundidad del miedo dentro de aquel hombre y se sintió mezquina. Mezquina y mala e infantil. Aquel hombre intentaba enfrentarse a su dolor lo mejor que sabía. Necesitaba moverse, hacer cosas, como si el acto del movimiento pudiera barrer sus miedos. O al menos los aplazara. Si estuviera haciendo algo, no se sentiría tan inútil. Kate tragó saliva con fuerza.

—Procuraré que le den un teléfono.

Cuando pasó junto a él, la agarró del brazo. Miró primero la mano, los dedos que se hundían en el brazo y luego le miró a la cara. Vio en sus ojos aquella terrible certeza y luego lo vio derrumbarse. Como si alguien le hubiera pinchado, se derrumbó sin más ante sus ojos, y ella, instintivamente, le rodeó con el brazo. Él se pegó a ella.

—Si Mandy muere no tendré nada, nada...

Kate lo condujo hasta la silla y él se cogió la cabeza con las manos. Unos sollozos

brancos y dolorosos le reventaban en el pecho, estallaban al salir al aire.

Llegó la enfermera con el café y Kate tomó la bandeja y la hizo salir.

Dio el café a Kelly, le encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Es el cabrón que asesinó a la camarera, ¿a que sí?

Kate comprendió que le había costado mucho admitir sus auténticos temores.

Asintió con la cabeza.

—Eso pensamos.

—¿La han violado?

Kate volvió a asentir.

Kelly se bebió el café y se sintió invadido por la calma. Ahora ya sabía lo peor. Ninguna otra cosa podía ser tan mala.

—Se da cuenta de que es hombre muerto, ¿verdad? Aunque ella viva. Es hombre muerto.

Kate se bebió su café.

No había nada más que decir.

Capítulo Seis

Patrick Kelly salió en coche del hospital y se fue a casa a las ocho de la mañana. Tenía un aspecto terrible y era consciente de ello. La boca le sabía fatal de tanto café instantáneo y cigarrillos baratos. Y echaba chispas.

Su hija se debatía entre la vida y la muerte, violada y golpeada casi hasta morir. Sintió que algo le apretaba el corazón y durante un segundo espantoso pensó que iba a tener un infarto. Intentó controlar la respiración.

Cuando vio a su hija, a su niña, allí en cuidados intensivos, llena de tubos y sondas y vendas, había sentido una furia ciega tras los ojos, una furia como nunca había sentido. Algún puto mierda había cogido a su niña —¡su niña!— y la había forzado.

Lo peor de todo era que la habían sodomizado. A su niña la había sodomizado un cacho mierda.

Bueno, pues ese cacho de mierda mejor haría poniéndose a rezar, porque Kelly iba a encontrarlo... iba a encontrarlo y hacerlo migas.

Dio un frenazo y se detuvo en la entrada de su casa, y mientras se precipitaba hacia la puerta, Willy Gabney ya la estaba abriendo. Sin decirle ni una palabra, atravesó a toda prisa el vestíbulo de entrada, el gran *hall* embaldosado y subió los peldaños curvos de la escalera de tres en tres. Cuando llegó al dormitorio donde estaba durmiendo Kevin Cosgrove, su pecho y sus pulmones le ardían a cada aliento.

Abrió de golpe la puerta del dormitorio, que chocó contra un escritorio, y tiró al suelo un antiguo aguamanil con jarra y se hicieron pedazos ambos. Antes de que Kevin hubiera abierto siquiera los ojos, Kelly estaba encima de él. Arrastró al muchacho por los pelos y lo sacó de la cama, agitándolo como haría un terrier con un hueso. Se puso a lanzar puñetazos sobre el cuerpo de Kevin, a darle patadas y a gritarle con toda la fuerza de su voz.

Kevin se encogió hasta formar una bola para aguantar tanto golpe como Patrick Kelly le lanzaba. Muerto de miedo, se dio cuenta del salvajismo del ataque, pero no tenía fuerzas para intentar detenerlo. Patrick Kelly lo levantó por los hombros, echó la cabeza para atrás y lanzó la frente contra la cara de Kevin con todas sus fuerzas. La potencia del golpe los dejó a los dos anonadados. Kelly soltó a Kevin, que cayó al suelo, y los gemidos del joven apenas hacían mella en su furia.

Gabney, que había seguido a su jefe escaleras arriba, estaba de pie en la puerta con cara neutral. La violencia del ataque no le afectó ni un ápice. Solo estaba sorprendido de que Kelly hubiera hecho todo el número por sí mismo. Porque aquello era justamente para lo que le pagaban a él.

Kelly se quedó mirando la figura encogida bajo él en el suelo. Le apuntó con un dedo tembloroso.

—¡A mi Mandy la violaron y casi la mataron anoche, chulo de mierda! ¡Algún cacho mierda le dio por el culo a mi hija! ¿Oyes lo que te estoy diciendo, mamón?

Kevin levantó la vista, sorprendido. ¿Mandy violada?

Kelly echó la pierna hacia atrás y le dio una patada a Kevin en las rodillas con toda sus fuerzas.

—Está en coma. Puede quedarse como un vegetal por tu culpa. Pero te prometo una cosa, que lo que le pase a mi hija, te va a pasar a ti. Acuérdate de esto, tonto del haba. Grábatelo bien en la cabeza.

Estaba tan agotado por tanta agitación, que apenas podía hablar. Tenía que parar cada pocos segundos buscando aire.

—Te vas a enterar, muchacho. Eres carne de muerto.

Se apoyó sobre la mesa del tocador hasta que la respiración se le normalizó. Luego, hizo una señal a Williamson.

—Que vengan todos los muchachos aquí ahora mismo —dijo—. Me importa un bledo que sea Nochebuena, tampoco me importa si su madre está en el lecho de muerte, ¡tráemelos aquí! ¡Y pronto!

Gabney salió corriendo. Cuando Patrick Kelly estaba enfadado, lo mejor era hacer exactamente lo que te decía.

Kelly se quedó mirando el bulto encogido del suelo. Como por arte de magia, iban apareciendo unas manchas carmesí en la alfombra Axminster. Juntó toda la saliva que pudo en la boca, inclinó la cabeza sobre la figura postrada y le escupió en la cara.

—Levántate, Cosgrove, y lárgate zumbando de mi casa. Arréglatelas como puedas, coge un taxi o lo que sea, porque el coche de mi Mandy se queda aquí. ¿Entendido?

Kate llevaba todo el día ocupada con los nuevos acontecimientos. A nadie le cabía duda de que se trataba del mismo hombre que había asesinado a Geraldine O’Leary. Se había quedado asustada ante la gravedad de la paliza que había sufrido la chica. Tenía rotos todos los dedos de una mano, como si la hubieran pisoteado, y le habían arrancado literalmente del cráneo un trozo grande de la cabeza. Hasta los mismos doctores estaban de acuerdo en que lo lógico era que ya estuviera muerta. Pero era una luchadora, igual que su padre.

A pesar de todo lo que Kate sabía de Patrick Kelly, no podía evitar que le gustase. Era arrogante, cabezota y un tanto machista. Todo eso era más que evidente hasta para un observador sin experiencia. Era obvio que había gobernado la vida de su hija. Una vida que ahora pendía solo de un hilo. Pero una vez que se calmó, había podido ver otro aspecto de él. A pesar de sus bravatas y de su carácter violento, Kate había sentido cierta afinidad. Cualquiera que tuviera que ser testigo de la destrucción de un hijo sentiría lo mismo.

Recordó cuando, años antes, Lizzy había estado desaparecida toda una tarde. Todos le habían dicho que no se preocupara, que probablemente estuviera jugando y se hubiese olvidado de la hora, y Kate había sentido la misma rabia en su interior. Era policía, pero mujer, y por tanto sabía exactamente lo que podía haberle sucedido a su

hija. Lo había visto un número suficiente de veces. Hubiera querido abofetear aquellas caras que la rodeaban con sus sonrisas condescendientes. Al final, habían encontrado a Lizzy en el parque de la localidad montando un campamento con un niño de dos calles más allá. Kate le había dado la única paliza de su vida, una buena. No tanto porque hubiera estado perdida, como por el miedo que le había producido a su madre. Aquella noche, Kate había notado el mismo sentimiento en Kelly.

Se quedó con él hasta que Mandy salió del quirófano. Durante la larga vigilia, Kelly había vuelto a hablarle de su hija y de su esposa muerta. Como si el mismo hecho de hablar de ella pudiera de algún modo mantener viva a Mandy. Y esa ternura suya fue lo que atrajo a Kate. La pena que sentía por su hija eclipsó su reputación más que siniestra.

Kelly venía de una vida dura y Kate se preguntó si las vivencias que había pasado de niño habían hecho de él lo que era. Adaptación al medio, lo llamaban los asistentes sociales. Kate tenía su propia opinión. Pensaba que Kelly era un hombre que hubiera sacado algo de sí mismo en cualquier clase social en que hubiera nacido: tenía una astucia innata, la necesidad de triunfar por cualquier medio. Y se daba cuenta de que si buscaba aquellos triunfos no era tanto para sí mismo, sino también para su mujer y su hija. Había trabajado para que Mandy lo tuviera todo, un coche de cincuenta mil libras y una peluquería y un salón de belleza. A ella le encantaría poder ofrecer algo así a Lizzy en bandeja de plata. Como todos los padres. No; la reputación de Patrick Kelly como hombre duro solo era cierta hasta un punto. En lo más profundo de él, no era distinto de los demás, simplemente ganaba el dinero de maneras poco convencionales.

Cuando por fin consiguió ver a su hija, Kate pudo notar su angustia. Era evidente que Mandy no sobreviviría; tenía el cerebro tan dañado que más valdría dejarla morir. Pero se aferraba a la vida y Kate comprendió que para Kelly resultaría muy difícil aceptar que se iba a morir. Que creería que la pura fuerza de voluntad lograría sacarla adelante.

Kate suspiró. Cuando finalmente lo había dejado para irse a casa y darse una ducha rápida y cambiarse de ropa antes de irse al trabajo, se sintió como si lo estuviera abandonando. Mientras se alejaba de la UCI notaba los ojos de él clavados en su espalda. Y ahora, en su mesa de despacho, tuvo que admitir que encontraba atractivo a Patrick Kelly. Era un hombre condenadamente guapo. Pero se reprendió a sí misma. «Tu problema, Kate Burrows, es que hace demasiado tiempo que no tienes un hombre. Tendrías que conseguir echar un polvo. No sabes lo bien que te vendría».

Sonrió.

Solo había tenido un hombre en su vida y estaba divorciada de él. «Esto demuestra lo mucho que me ha impresionado Kelly», pensó. Hace años que no pensaba en el sexo.

No, eso era mentira. Sí que pensaba, solo que nunca hacía nada al respecto.

Se alegró cuando el sargento detective Spencer interrumpió sus pensamientos.

—Entonces, inspectora, ¿cuál es el paso siguiente?

Kate suspiró.

—Bueno, por lo que yo sé, tendremos que seguir con las entrevistas. Averigüen si alguno de los que visitaron en sus casas tiene un Ford Orion oscuro. Nos han informado de que anoche vieron uno en el descampado.

Spencer miró al techo.

—Escuche, inspectora, el hombre que nos informó de eso no es precisamente un testigo fiable..., ya sabe a qué me refiero...

Kate se mordió el interior de la boca un instante antes de contestar.

—Sé perfectamente que ese hombre es un quincallero, un gitano, un pelagatos... lo que usted quiera llamarlo, Spencer. También sé perfectamente que están acampados a menos de quinientos metros del solar mismo. Pero que el hombre estuviera drogado, borracho o las dos cosas no es nuestro problema, Spencer. Quiero que se sigan todos los hilos. Y dígame a Willis que bajaré yo misma a interrogar a Fred Barkis dentro de unos... —echó una mirada al reloj—... quince minutos, ¿OK?

—Sí, inspectora —Spencer no consiguió disimular la irritación de su voz.

Kate estudió el informe que tenía delante. Fred Barkis era un exhibicionista reconocido. Además, había adquirido un Cortina Mark 1 verde oscuro, y tres personas distintas habían informado de que un coche oscuro merodeaba por Vauxhall Drive la noche que murió Geraldine O'Leary.

Kate se quedó mirando la pared que tenía enfrente y se dio unos golpecitos con la pluma en la mejilla. Fred Barkis era inofensivo, apostaría dinero por él. Para empezar, no tenía una naturaleza violenta. Todos sus años en las fuerzas de seguridad le habían demostrado que los hombres de modales más educados podían ocultar bajo la piel verdaderos animales, pero por el mismo camino había aprendido también que el noventa y cinco por ciento del trabajo de la policía nacía de corazonadas. Y ella tenía la corazonada de que Fred Barkis no era el hombre que buscaban. Aun así, había que hacer la eliminación.

Ese era el problema con Spencer y los de su calaña, lo había visto tantas veces: pillar a un sospechoso y montar las pruebas según convenga. Bueno, pues ella nunca había trabajado así y no pensaba empezar ahora. ¿Cuántas veces había visto declaraciones de testigos amañadas luego? Demasiadas. Comprendía que algunas veces el trabajo resultaba agobiante —como ahora, que tenían una mujer muerta, otra luchando por su vida y nada literalmente con lo que trabajar—, pero eso no era excusa para usar «un vivo», como llamaban a los sospechosos bajo presión. Barkis daba el papel, pero en realidad no tenían cómo relacionarlo con los dos casos, y ahora sabían ya por las muestras de ADN que buscaban a una sola persona. De todas maneras, Barkis les había dado muestras de sangre, orina y semen sin rechistar. No, no era su hombre, era una plaga sexual de parques y jardines, pero estaba muy lejos de un asesino sexual con todas las de la ley.

Lo más molesto de todo era que el periódico local ya le había colocado un

sobrenombre al violador: «El destripador de Grantley». Quienquiera que fuera, era del pueblo, de eso Kate estaba segura, completamente segura; y también estaba segura de que en cuanto leyera lo de su «sobrenombre», se sentiría halagado. El psicólogo forense ya había empezado a trazar el perfil de su hombre, y algunas cosas destacaban con fuerza. Era un misógino. También tenía un trabajo o una vida doméstica que le permitían rondar a su albedrío por las calles.

La parte misógina ya la había pensado Kate por su cuenta, porque la ferocidad de los ataques se la imponían. No parecía haber ningún otro tipo de motivo, y en esos casos raramente lo había. Era un enfermo.

Lo que ahora estaban intentando descubrir era cómo relacionar entre sí de alguna manera los dos ataques. Kate frunció el ceño. ¿Podría ser que tuviera un trabajo que le hubiera puesto en contacto con las dos mujeres? Pero una trabajaba en un bar de copas y la otra en un salón de belleza. Por mucho que se esforzara en pensar, no lograba ligar ambas cosas.

Incluso con todas las evidencias juntas, no había nada. No había ni una sola cosa que les diese una pista de quién o qué era el asesino. En ambas ocasiones había usado guantes. Las fibras del cuerpo de Geraldine O'Leary pertenecían a una familia de lanas que se utilizaba literalmente en cientos y miles de jerséis, abrigos y otras prendas de vestir.

Kate notó que la cinta de acero de un dolor de cabeza se cerraba sobre sus ojos y se los frotó con el índice y el pulgar, presionando los párpados cerrados como si esa acción sirviera de conjuro para ver algo que a ella o a cualquiera de los demás policías se les hubiera escapado.

Finalmente, se levantó de la silla y se fue hacia la sala de interrogatorios. Al lado de las fotos de Geraldine O'Leary, había ahora dos más. En una, Mandy Kelly sonreía con sus largos cabellos rubios enmarcando una cara pequeña con forma de corazón. En la otra, yacía en la cama del hospital con todo aquel pelo precioso afeitado. Unas hendiduras profundas destacaban en negro y burdeos allí donde le habían aplastado el cráneo. Los dos ojos estaban hinchados y la nariz, partida e irreconocible. Kate suspiró. A su alrededor, la sala de incidencias era como una colmena en actividad. Amanda Dawkins había entrado en los ordenadores de la Dirección de Tráfico y estaba buscando el nombre y la dirección de todas las personas de Grantley y áreas adyacentes que fueran propietarias de una berlina grande verde oscuro o de un Orion azul oscuro.

El tecleo de las máquinas de escribir y el rumor permanente de las voces en aquella habitación llena de humo no era lo que había dado el dolor de cabeza a Kate, sino la tensión del propio caso.

Cogió una carpeta de la mesa de Amanda y salió de la sala.

Patrick Kelly encendió un cigarrillo Dunhill con su mechero de oro y soltó el humo haciendo ruido. Para cuando estuvo duchado y cambiado, ya tenía a seis hombres en su casa. Y ahora los tenía sentados en la sala de estar, incómodos,

esperando sus órdenes.

Kelly se quedó mirando el mechero un buen rato. Mandy se lo había regalado cuando cumplió cuarenta y dos años. Cada vez que se acordaba de Mandy, notaba que el pánico crecía dentro de su pecho. Si se muriera... ¡oh, Dios del cielo! Si se muriera ya no tendría nada. Nada en el mundo.

Por primera vez la sed de dinero había pasado a ser una cosa secundaria. Comprendió que dejaría a un lado con alegría todas sus posesiones a cambio de que su hija regresase igual que la última vez que la había visto.

Feliz y sonriente y viva. Rebosante de juventud y vitalidad...

Oyó una tosecita discreta y apartó los ojos del mechero que tenía en las manos para mirar a los hombres allí reunidos.

—Supongo que todos sabéis ya lo que ha pasado.

Ante sus palabras, se inició un murmullo de condolencias. Kelly alzó la mano para pedir silencio.

—Quiero cazar a ese cabrón, y quiero tenerlo en mis manos lo más rápido posible. No desearía lo que me ha pasado a mí y a los míos ni a mi peor enemigo. —Hizo una pausa para rehacerse—. Como todos sabéis perfectamente, el jefe superior de policía es buen amigo mío, muy apreciado. Y hoy me ha asegurado por teléfono que puedo disponer de toda la información que quiera. No tengo mucha fe en los métodos de la bofia para cazar delincuentes. Después de todo, a mí nunca me han cogido, ¿o sí? —ironizó—. Así que quiero que todos vosotros dejéis lo que andéis haciendo y me encontréis a ese cretino. ¡Y encontradlo deprisa! Lo quiero muerto. Lo quiero muerto lo más rápido que se pueda. Bien, hoy, más tarde —continuó—, me van a traer aquí unos informes. Contienen los nombres de todos los pervertidos sexuales del sudeste de Inglaterra. Así que quiero que vosotros —Kelly hizo un gesto abarcando a todos los hombres con el giro de su brazo— os montéis vuestro ejército particular. No me importa cuánto cueste, ni quiénes sean vuestros hombres siempre y cuando sean de fiar. Quiero que me levantéis y cacéis a todos los subefaldas y degenerados cuanto antes.

Echó una mirada para ver cómo aterrizaban sus palabras.

—Por el momento, tenemos a un detective con faldas llevando el caso, una tal inspectora Burrows, que por cierto es una mujer estupenda. No quiero que le causéis ningún trastorno, ¿vale? Pero ¡a los demás maderos podéis causarles todos los que queráis! Quiero que me interroguéis a esos maricas uno por uno, y que cualquier cosa que piensen que es simplemente un poco sospechosa, me la averiguáis y le buscáis las vueltas. Para el que me encuentre a ese cabrón, hay una bolsa de doscientas cincuenta mil, y libras de impuestos. Bien, y ahora, ¿hay alguna pregunta?

Los seis hombres se quedaron mirando a Kelly con una mezcla de dolor por lo que le había sucedido a su hija y de alegría ante la perspectiva de un cuarto de millón de libras.

Ninguno dijo nada y él les hizo un gesto con la cabeza.

—Pues muy bien, muchachos. Informad aquí de lo que encontréis. Si dais con él, entonces yo lo quiero primero, ¿de acuerdo? Bien, ahora vamos a tomarnos una copa y mientras aclaramos las cosas entre todos.

Kelly se fue hasta el bar y le vino a la cabeza una imagen fugaz de Kate Burrows. Era una luchadora, y a él le gustaba la gente que le hacía frente. Se permitió una breve sonrisa. No le causaría trastornos a aquella mujer. Pensó que había bastantes probabilidades de que ella encontrase al pájaro antes que él. Y además era una hembra de buen ver, de eso se había dado cuenta a pesar de su mal momento. No, no haría daño a Kate Burrows. Tenía la sensación de que iban a verse bastante más el uno al otro. Había estado sentada a su lado durante las peores horas de su vida. Y pensó que al menos por eso tenía una deuda con ella.

Una vez que su Mandy volviera a casa del hospital y él pudiera concentrarse mejor, se animaría a ir a ver a Kate para darle las gracias.

Que Mandy pudiera no volver a casa era algo que no estaba dispuesto a admitir.

Eso era como tentar al destino.

* * *

Dan estaba sentado con su suegra. Sonrió para sus adentros. Aunque sabía muy bien que Evelyn no lo aguantaba, seguía teniendo respeto por ella, aunque un tanto reticente. Echó una mirada por la confortable cocina y pensó, no por primera vez, que había sido un idiota al dejar a Kate. Haberla dejado tirada con un bebé de meses había veces que le producía una desagradable punzada en la conciencia. Desde entonces, había tenido un buen montón de mujeres. Les gustaba. Eso lo sabía y en eso confiaba para poder tener siempre un techo sobre su cabeza y un buen nivel de vida. Sin embargo, ya con cuarenta y seis años, empezaban a perder el interés. Anthea le había subrayado aquella edad suya de un modo bastante despectivo. ¡Aquella zorra sabía expresarse! Ella ya andaba por el lado malo de los cincuenta, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo. Pero aun así, el golpe escocía.

Lo que de verdad dolía, sin embargo, era que se hubiera ido de vacaciones de Navidad a las Canarias y que él hubiera debido ir con ella, pero que, en cambio, allí estaba dependiendo de la compasión de Kate. La buena de Kate. Sabía que con ella todo iría bien a causa de Lizzy. Kate haría cualquier cosa por su hija. Y sonrió con melancolía. Incluso aguantarlo a él. Lo que le preocupaba, sin embargo, era qué iba a hacer después de las vacaciones. Por primera vez, no podía ir de una casa a otra.

Evelyn sacó el pavo del horno y lo roció con su jugo. El olor era absolutamente delicioso. De repente, Dan comprendió sin un instante de duda que la única solución que le quedaba era permanecer en aquella casa. Tenía que arreglárselas para volver a poner a Kate de su parte. Después de que la dejase, había estado años queriéndolo tener con ella. Cada vez que aparecía por allí, con la intención ostensible de visitar a

su hija, siempre había visto en su cara una añoranza evidente. Se deslizaba entonces en su cama y luego, cuando era el momento, volvía a escaparse de ella. Pero sabía que ahora ella ya no aguantaría eso. Le había dicho una vez que él había sido su talón de Aquiles, pero que ya no lo era. Una razón más para disfrutar de la caza. Antes de que se diera cuenta, la tendría comiendo de su mano. O por lo menos eso esperaba.

Porque con los años, Kate había cambiado. Se había hecho una vida propia, tenía una buena carrera en las fuerzas de seguridad. Y ya no lo esperaba más con los brazos abiertos, aunque sí que lo admitía por causa de Lizzy, y eso era algo con lo que podría contar.

Miró a Evelyn y cerró los ojos. También tendría que camelarla a ella.

La suegra puso en marcha el agua para preparar una de sus interminables tazas de café.

—Estás muy callado, Dan.

—Estoy pensando, Eve, eso es todo.

—Bueno, pero no te agotes, hijo.

Dan sonrió.

—La verdad es que estaba pensando en Lizzy.

Vio que el interés iluminaba la cara de Evelyn. Aquella nieta era la razón de su existencia.

—¿Qué pasa con ella?

Había captado su interés, así que cruzó los dedos.

—Me sienta mal, Eve, sabes, que nunca haya podido verla crecer de verdad.

—Bueno —replicó ella con un bufido—, ¿cómo ibas a poder? Siempre saliendo de estampida para aquí o para allá. Fuiste un buen tonto, Dan, ¿sabes? Mi Kate era una buena esposa y una buena madre. Y vi cómo se moría por dentro la primera vez que la dejaste.

Descolgó dos tazones de sus ganchos en la pared y los puso en la encimera haciendo ruido.

—Tuvo que trabajar como una puñetera negra para poder darle a la niña una crianza decente. Y tú nunca le pasaste unas libras siquiera de vez en cuando para ayudarla.

La cara de Danny era la máscara del remordimiento. Por ahí es por donde él quería que fuera la conversación. Buscaba un aliado, no quería recriminaciones.

—Cuando me vine a vivir con ella, estaba en un estado terrible, pero volvió al trabajo, y la verdad es que lo ha hecho muy bien, así que déjamela en paz, Daniel Burrows. Que te veo venir como si fueras transparente, muchachito, y siempre te he visto. Así que ahora vamos a tomarnos un café antes de que venga la niña. Que ahí fuera hace un frío que pela las orejas.

Danny tuvo la cortesía de sonrojarse. Evelyn lo conocía demasiado bien. Pero, siempre optimista, decidió esperar un poco y luego volver a intentarlo. No existía mujer en el mundo a la que no pudiera seducir si se ponía a ello de verdad. De eso

estaba completamente seguro.

—¡Feliz Navidad, George!

Elaine le sonrió. Desde que reservara sus vacaciones y empezara a salir dos noches por semana con las chicas del trabajo, hasta la vida con él había empezado a resultarle soportable.

—Feliz Navidad, querida. —Besó como se debe la mejilla de su esposa.

George esperó a que Elaine volviera a sus guisos antes de contraer el labio con desprecio. La casa apestaba a Navidad. A pavo y tarta de frutas.

—Joseph y Lily llegarán enseguida. Lily va a traer uno de esos pudines de jerez suyos. Ojalá que este año tu madre no sea un incordio...

George sintió que el alma se le caía a los pies. Era lo mismo todos los años. Joseph, su hermano mayor, y su esposa venían a cenar. Los hermanos se llamaban por teléfono por Año Nuevo y por Pascua, y cada Navidad Joseph y Lily venían a cenar. Aparte de eso, no tenían nada que ver el uno con el otro. George deseó tener agallas para coger el teléfono y decirles que se fueran al carajo. Pero no las tenía. Ni las tuvo nunca.

Se puso a jugar con el cuchillo y el tenedor. La verdad es que en aquel momento no le apetecía desayunar. Solo con pensar en ver a su madre, ya se ponía enfermo.

La veía una vez al año, en Navidad. Vivía con Joseph y Lily. O, para ser más precisos, ellos vivían con ella. Por mucho que Joseph hubiera trabajado toda su vida y se hubiera comprado una casa propia, desde el día en que su madre se trasladó a vivir con ellos, la casa pasó a ser suya. Era ella quien llevaba la batuta.

Lo único bueno de Elaine era el hecho de que sabía quitarse de encima a su suegra sin rodeos. Cuando le dijeron que Madre quería irse a vivir con ellos, se plantó con toda firmeza. Se negó incluso a discutir el tema. Fue la primera y única vez en su vida que George se alegró de haberse casado con ella.

Elaine le trajo los huevos revueltos y él le sonrió para darle las gracias. Se dio cuenta de que tenía mejor aspecto y la estuvo mirando un buen rato hasta que, al notar su mirada, ella se rio. Se sirvió su desayuno, fue hasta la mesa y se sentó.

—¡Así que por fin te has dado cuenta!

George se quedó mirándola más confuso que antes.

—He perdido seis kilos, George. He bajado hasta sesenta y nueve. Si sigo así, podré estar en cincuenta y siete o cincuenta y ocho para las vacaciones —y se rio gozosamente.

—Bueno, la verdad es que se te ve mucho mejor, querida.

—Gracias. ¿No te habías dado cuenta de que estaba haciendo dieta?

Su voz sonaba medio triste y medio feliz. George comprendió que había estado esperando que él se diera cuenta sin mencionárselo.

—Bueno, me lo parecía, pero no me atrevía a preguntarlo directamente... — tanteaba en busca de las palabras correctas y Elaine bajó los ojos.

Después de todos sus años de matrimonio, no había ni una pizca de complicidad entre ellos. Desde la primera noche que salió con las amigas, había descubierto todo un mundo nuevo. Un mundo en el que George no existía. Un mundo en el que podía olvidarse de él, por lo menos durante un rato.

* * *

Joseph Markham estaba a punto de gritar. Lily había entrado en uno de sus larguísimos silencios malhumorados, salpicados de miradas torvas que le lanzaba desde el otro asiento del coche en cada semáforo. Atrás, Nancy Markham contemplaba la nuca de ambos, y sus labios, con gran cantidad de pintura, formaban una línea torva.

Nancy Markham era enorme. Aquel cuerpo que en sus días de juventud lograba poner de rodillas a cualquier hombre crecido nada más verlo era ahora un inmenso bulto en el asiento trasero del coche. El pelo teñido, en estos momentos de un granate subido, estaba recién lavado con champú y formaba como un halo sangriento en torno a una cara que ahora ostentaba varias papadas. Lo único que todavía tenía un aspecto un poco joven y despierto eran sus ojos.

Seguían siendo de un llamativo color verde, excepto que el blanco en otros tiempos prístino ahora estaba amarillento y cruzado de venitas. Sujetaba sobre el pecho un bolso de gran tamaño como si fuera un arma, y las manos blandas y gordas agarraban las asas con tanta fuerza que tenía los nudillos de un blanco lívido.

—¡Cuidado con ese camión! —la voz de Nancy, fuerte por naturaleza, sonó ahora con una potencia capaz de resquebrajar el hormigón.

—Madre, el camión está del otro lado de la carretera. Por favor, déjame conducir. Llevo más de cuarenta años conduciendo.

Nancy Markham lo interrumpió como si no hubiera dicho ni una palabra.

—Eres igual que tu padre, Dios lo tenga en su gloria. Siempre con prisas, sin tomarse su tiempo. Tendrás un ataque de corazón y te morirás, acuérdate de lo que te digo. ¡Cuidado con la moto!

Alzó más la voz en las últimas palabras. Joseph respiró hondo para aliviar los latidos de su corazón. ¡Si tenía un ataque cardíaco, sería por culpa de la mujer que estaba sentada en el asiento de atrás!

Ella había hecho que su padre tuviera uno y acabaría logrando que Joseph lo tuviera también. Lo sabía con tanta seguridad como sabía que acabaría enterrándolos a todos. ¡Mírala! Ochenta y un años, y todavía en plena forma. Meneó la cabeza mientras conducía. Por favor, Dios, que George la tome como cruz en el día de hoy, danos a Lily y a mí un poco de paz durante unas horas. Ninguno de sus dos hijos se acercaba por su casa a menos que fuera de absoluta necesidad, gracias a la presencia de su abuela.

La voz de Nancy volvió a interrumpir sus pensamientos.

—¿Has visto a ese loco? ¡Dios mío! —barrió con los brazos en un gesto de impotencia que le puso a Lily el sombrero Lady Di por encima de los ojos—. Debía de ir a trescientos kilómetros por hora.

Lily se enderezó el sombrero y volvió la cara hacia su suegra.

—Los coches no pueden correr tanto, Nancy. Nosotros solo vamos a setenta, por eso todos los otros parece que van tan deprisa.

Joseph se dio cuenta de que su mujer hablaba apretando los dientes.

—¡Joseph! Vete más despacio. ¡Setenta por hora! ¡Oh! Si Dios hubiera querido que viajásemos a tanta velocidad, nos habría dado cuatro patas como a los guepardos.

Joseph continuó la marcha. Sabía que su madre sacaba a relucir sus orígenes judíos para fastidiar a Lily. Había veces que su actuación en el papel de mamá judía era tan buena que tenía ganas de filmar su acción en un vídeo y mandarlo a la televisión para que lo usaran en sus anuncios. Aquello tenía muy poco que ver con cuando era niño y su condición judía no podía mencionarse jamás, ni siquiera de pasada. Antes se apellidaban Markowitz, pero su padre lo había cambiado para darle forma inglesa poco después de casarse. En el East End del Londres de entonces, los judíos ocupaban un estrato por debajo de los irlandeses. Los irlandeses, por lo menos, eran católicos. Ahora, sin embargo, su madre se regodeaba con su estirpe judía, no por amor alguno a esa religión, sino porque sabía que eso molestaba a Lily, que era de la Ciencia Cristiana.

Joseph vio los carteles de Grantley y lanzó un suspiro de alivio. Pronto estarían en casa de George.

Kate llegó justo a tiempo para la cena de Navidad. Se quitó el abrigo en el recibidor y oyó las risas que llegaban desde la cocina. Hoy Dan debía de estar en plena forma. Era un buen *raconteur*. Kate se imaginó la escena: Dan sentado en la barra de la cocina, con Lizzy pendiente de todas sus palabras y él presumiendo delante de todos como si estuviera en un restaurante caro.

Se sacudió. A pesar de sus muchos defectos, Dan adoraba a su hija, de eso sí que estaba segura. Pero había veces que solo con verlo todo le volvía a la mente. Toda la pena y el dolor de corazón que le había causado. Y en especial hoy, que se sentía tan baja, que tras tanto trabajo con la investigación del asesinato, tenía que mostrarse alegre y jubilosa porque era Navidad.

Penetró en la sala caliente y cruzó la puerta de la cocina. Dan estaba de espaldas, pero Lizzy y la abuela le daban frente. Las dos se reían a carcajadas. Ver a su hija con su mejor traje, el pelo oscuro cepillado hasta brillar, los ojos encendidos de felicidad, a Kate se le puso un nudo en la garganta. Si alguna vez tuviera que pasar por lo que había pasado Patrick Kelly, se moriría, pensó.

—Venga, entra, Katie, te tengo la cena lista y calentita. —Evelyn se levantó de la silla y se acercó al horno.

—Ya lo haré yo, mami, tú vuelve a sentarte.

Evelyn le hizo un gesto agitando la mano. Tú tienes que sentarte, jovencita, y tomarte un vaso de este vino tan bueno que ha traído Dan. Yo ya casi he terminado de cenar, de todas formas.

Kate se sentó junto a Dan, que le sonrió.

—Feliz Navidad, Kate.

Tenía una voz grave, y mientras Evelyn sacaba la cena del horno, Dan rozó sus labios con los suyos. Lizzy soltó una risita.

Kate se quedó atónita. Esperaba muchas cosas de Dan, ninguna de ellas buena, pero aquello era lo último que se hubiera figurado. Y lo peor de todo era que había sentido un estremecimiento dentro de ella al rozarse. Se esforzó por mostrar una sonrisa en la cara y la dirigió hacia su hija.

—Feliz Navidad, cariño.

—Feliz Navidad, mami. ¿Qué tal ha sido hoy? —mostraba una expresión de interés.

—Oh, no demasiado mal, vamos avanzando —mantuvo deliberadamente un tono de despreocupación. Dan la ponía nerviosa y tenía una ligera sospecha de que él se lo imaginaba. La miraba con una sonrisa juguetona en los labios.

Evelyn le puso un gran plato con la cena delante y Kate sintió que le volvía el apetito.

—Oh, mami, tiene una pinta estupenda. Me muero de hambre.

—Papá estaba contándonos lo de cuando estuvo en Egipto.

Kate tomó un bocado de pavo y asintió.

Evelyn volvió a sentarse a la mesa y guiñó el ojo a su hija. Kate se fijó en las mejillas ruborosas y se imaginó que habría tomado *whisky*, o «agua bendita» como lo llamaba su madre. Dan sirvió un vaso de vino a Kate, que le dio un trago.

—Cuéntale a mami lo del Valle de los Reyes, papá.

—A tu madre no le interesa nada de eso.

—Oh, claro que sí, Dan. Sigue con tu historia.

Dan estaba donde quería estar. Tenía un público atento y eso le encantaba. Intentaría impresionar a Kate con su gran mundo. Puede que ella tratase con violadores y asesinos y conociera lo peor de lo peor, pero él era un aventurero, un viajero, y eso le bastaba para ganar a una policía con la gorra...

—Bueno, pues llegamos a Luxor. Era algo distinto, sabéis, el Nilo. Quiero decir que solo estar allí te entusiasmaba. Pasear a lo largo de las orillas. Bueno, pues allí coges una barca y cruzas el río hasta el Valle de los Reyes...

—Y de las Reinas —dijo Kate con la boca llena.

—Bueno, sí, y el Valle de las Reinas. Entramos en la cámara funeraria de Tutankamon. A ti te hubiera encantado, Lizzy. Las pinturas en los techos...

Kate dejó seguir a Dan. Tuvo ganas de preguntarle por qué no la había llevado. A Lizzy le hubiera encantado y Anthea sí había llevado a sus chicos, eso lo sabía con seguridad. Mientras Dan describía las delicias de Egipto, Kate bebía vino y seguía

comiendo. Ya había oído aquello otras veces. Oh, no lo de Egipto, pero de otros sitios, todos descritos con gran detalle y el mismo tono de voz cantarín. Kate cerró los ojos y se liberó. El beso de Dan la había afectado más de lo que le gustaría admitir. Llevaba demasiado tiempo sin estar con un hombre, ese era su problema. En el trabajo había cantidad de hombres que la habían invitado a salir durante aquellos años, pero casi todos eran hombres casados. Los pocos divorciados solo querían hablar del trabajo, con un poco de sexo entremezclado y eso a Kate nunca la había atraído. Una cosa había aprendido en el cuerpo: que los policías varones podían comportarse como unos puteros redomados, pero las mujeres, y especialmente si tenían una graduación más alta, tenían que ser irreprochables.

—¿Qué te pasa, mami? —Lizzy tenía un tono preocupado.

—Oh, nada, solo pensaba, nenita. Nada más.

Dan le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra él.

—Ahora deja de pensar en el trabajo, Kate. Tienes a tu familia alrededor.

Ella le quitó el brazo de los hombros y lo miró a la cara.

—Yo siempre he tenido a mi familia alrededor, Dan, muchas gracias.

La atmósfera en torno a la mesa se congeló. Kate siguió cenando.

—Siempre está así cuando tiene casos grandes, papi —dijo Lizzy contemporizando, y Kate se sintió mezquina por su comportamiento.

—Creo que hace un gran trabajo. ¿Cómo está la joven a la que atacaron? —preguntó Evelyn.

—Está muy mal, mami. Se llevó una paliza espantosa.

—Alguna vez he visto a Mandy Kelly por ahí. Es realmente preciosa, con una melena rubia larga. Su padre es todo un punto, siempre tiene problemas con la bofia.

—¡No, no es verdad! —la voz de Kate sonó más fuerte de lo que pretendía, y se mordió el labio—. Se ha sospechado de él, pero la verdad es que nunca ha sido acusado realmente de nada. Ni siquiera le han puesto una multa de tráfico, jovencita, así que, procura enterarte bien de las cosas —había puesto un tono gozoso y Lizzy se relajó.

—Bueno, la madre de Joanie dice que tiene salones de masaje y sitios así.

—Es que los salones de masaje y los sitios así son perfectamente legales, cariño.

—Pues ojalá no lo fueran —dijo Evelyn con disgusto en la voz.

—Bueno, pero así es la ley. ¡No ha hecho nada malo!

—Creo que a los hombres que viven de las mujeres así habría que fusilarlos —la voz de Dan sonó grave y dura.

Kate tuvo ganas de echarse a reír.

—Hay otras maneras de que los hombres vivan de las mujeres, sin necesidad de meterlas en el oficio, deberías saberlo, Dan. —Kate dio un trago al vino para no tener que mirarlo a la cara.

Dan apartó la silla de la mesa y se fue a la sala. Kate vio cómo Lizzy se mordía el labio con la cara hecha un mar de confusiones. Pero Dan volvió casi inmediatamente

con una cajetilla de cigarrillos.

—Vamos a abrir los regalos, ¿vale?

—Oh, sí, venga. Estábamos esperándote a ti, mami.

Kate dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y siguió a los demás a la sala.

Dan dio un gran paquete a Lizzy, que se puso a abrirlo despacio quitando el papel con mucho cuidado. En aquella casa todo se guardaba. Kate sabía que aquello incomodaba a Dan, que hubiera arrancado el papel sin miramientos y se permitió poner una sonrisita en su asiento junto al fuego. Oyó cómo Lizzy aspiraba el aire al sacar una cazadora de aviador de piel forrada. Era la última moda, y por alguna razón desconocida aquello todavía molestó más a Kate. ¡Puedes estar segura de que Dan sabe exactamente qué quiere para Navidad una jovencita de dieciséis años! Lizzy se lanzó a los brazos de su padre y lo abrazó.

—¡Oh, papá, es fantástico, justo lo que quería! ¡Espera a que Joanie vea esto!

Evelyn pasó el regalo de Kate y una vez más se inició el lento ritual de la apertura. Sentada en su silla, Kate observaba a su hija con regocijo. Cuando Lizzy sacó una cajita pequeña, Kate encontró la mirada de su hija.

—¿Es lo que me pienso, mami?

—Ábrelo y lo verás.

Lizzy abrió muy seria la caja y soltó un chillido de placer. Echó los brazos por el cuello de su madre.

—¡Oh, gracias! ¡Gracias! Pensé que serían demasiado caros. —Enseñó en la mano unos pendientes soberanos para que todos los viesen.

—¡Vamos, cariño, ahora abre el mío!

Evelyn puso un paquete en las manos de Lizzy, que lo abrió muy excitada.

—¡Oh, abu!

Evelyn se echó a reír cuando Lizzy sacó del paquete un par de deportivas Reebok.

—Sabía que las querías, así que pensé: las compro.

—¡Oh, mamá! —Kate sabía que costaban más de ochenta libras y reconvino a su madre con un gesto de cabeza—. ¡No tenías que haberte gastado tanto!

—Solo se vive una vez, y el dinero es para gastarlo, o eso pienso yo.

—Oíd, oíd —la voz de Dan sonó melancólica—. Ahora os toca a vosotras dos, aquí están vuestros regalos. —Y dio a Kate y a Evelyn unos paquetes pequeños.

—Oh, no tenías por qué hacerlo, Dan, yo nunca te regalo nada.

Kate abrió su regalo y descubrió un frasco de Joy, su perfume favorito. Evelyn recibió un frasco de Chanel n.º 5.

—¿No es fantástico? ¡Nunca había tenido antes un frasco de perfume francés de verdad! Gracias, Dan.

—No se merecen. Todas las mujeres tienen que sentirse mimadas en algún momento, Eve, ese es mi lema.

Kate sintió el impulso de preguntarle a cuántas había mimado a lo largo de los años, pero se mordió la lengua y en vez de eso le dirigió una sonrisa.

—Gracias, Dan, es magnífico.

—Espero que siga siendo tu favorito.

—Sí, sigue siendo mi favorito.

Kate vio a Lizzy poner un regalo en manos de su padre. Luego se fue a la cocina y se sirvió una copa de vino.

Se quedó mirando el frasco de perfume que tenía en las manos y suspiró.

Oh, Dan, pensó, ¿por qué has tenido que hacer esto?

Le traía a la memoria demasiados recuerdos y no era un día para enfrentarse a ellos. Tenía demasiadas otras cosas en la mente. No necesitaba que le recordasen lo sola que estaba.

Hoy no.

George contemplaba a su madre zamparse una cena que hubiera bastado para dos hombres. Se sonrió para sus adentros. La verdad es que aquella mujer era capaz de engullir lo que le echaran. Los días en que su figura era lo más importante de su vida habían quedado atrás.

—Que alguien me pase la sal.

Extendió la mano y Joseph le puso el salero con fuerza. Nancy soltó un sonoro eructo apretándose el pecho con la mano como para obligar a que saliera el aire. Lily y Elaine fruncieron los labios con asco.

—Mejor dentro que fuera, ¿eh, Georgie, muchacho?

—Sí, madre —y le dirigió una sonrisa.

Nancy le apuntó con el dedo y lo agitó con un brillo maligno en los ojos.

—No comas demasiado relleno, ya sabes que eso te da estreñimiento.

George se puso pálido.

—¡La verdad, Nancy! ¡No tenemos ninguna gana de hablar de las digestiones de George en la mesa! —la voz de Elaine se había vuelto aguda. No podía entender aquella preocupación de su suegra por George y sus tripas.

Nancy removió su gigantesco volumen en el asiento para ver mejor a Elaine.

—George es un mártir del estreñimiento. Cuando era niño era una plaga para él. Pero bueno, en el hospital me enseñaron a ponerle lavativas. Porque antes siempre tenía que hacerle lo que entonces se llamaba un «manual». Tenía que ir metiendo los dedos...

—¡Oh, por Dios santo! ¡Estamos comiendo! —Lilian se quitó el plato de delante con rabia—. Por una vez no podríamos... algún año por lo menos... ¡dejar descansar a las tripas de George!

Nancy se sorbió la nariz ruidosamente y volvió a su comida.

—¿Sabes lo que te pasa a ti, Lilian? —embutió un buen bocado de verduras con el tenedor—. Que eres demasiado señoritinga para tu propio bien. Yo he vivido ochenta y un años porque siempre he vigilado mis tripas. Son la parte más importante del cuerpo. Por ahí es por donde nos limpiamos de todas las malas...

—Madre, por favor —había tensión en la voz de Joseph—. Como dice Lily,

dejemos lo de hablar de las tripas para más tarde, ¿no te parece? Por cierto, George, ¿cómo va el trabajo? —Joseph sonrió radiante a su hermano desde el otro lado de la mesa.

—Bien.

«Oh, sí, Joseph, mi trabajo va tan bien que dentro de nada me darán la patada. No puedo permitirme un bonito Daimler Sovereign como tú. Pero eso ya lo sabes, ¿no es así? Por eso me haces siempre la misma pregunta cada vez que nos vemos. Por eso Lily habla y habla de vuestra gran casa con jardín. Bueno, vuestra gran casa con jardín es lo que os ha cargado con madre, ¿no es así?».

—¡George! Lily te está hablando —la voz de Elaine interrumpió sus pensamientos.

—Siempre ha sido igual, Elaine, hasta de niño. Siempre metido en su mundo propio. Mi Georgie siempre ha sido un soñador. Por eso nunca se lo hizo como los otros. Mira a Edith, allí en América. Su Joss es cirujano. Y los dos dándose la gran vida. Se van a las Bahamas cada pocos meses. A una madre le reconforta el corazón saber que por lo menos a alguno de sus hijos le ha ido bien.

En su voz había un reproche para George en cada palabra que emitía.

—A Edith siempre le gustó viajar, madre. ¿Te acuerdas cuando se escapó a Brighton con aquel viajante?

Elaine notaba la tensión que había creado y estaba disfrutándola de verdad. La aventura de Edith en Brighton nunca se mencionaba. Ni tampoco el niño que dio en adopción un año después.

Nancy apartó el plato de delante y su cara empolvada parecía tener más arrugas que nunca con aquel ceño tan fruncido.

—Solo tú, Elaine, podías ser capaz de sacar un tema que me destroza el corazón. Joseph, George, ayudadme para ir a la sala. Quiero estar sola.

—Estoy seguro de que Elaine no quería decir nada especial, madre.

—Cállate, George, y ayuda a una anciana a sentarse en un sitio confortable.

George y Joseph se precipitaron junto a su madre y la ayudaron a levantar su mole de la silla. Se apoyó en sus brazos y luego fue andando despacito de la cocina al salón. Elaine y Lilian se quedaron mirando a los tres salir de la cocina. Y tan pronto como la puerta se cerró tras ellos, Lilian susurró:

—Esta mujer es como una pesadilla en vivo.

—¡Te he oído, Lily! ¡Puede que sea vieja, pero no estoy sorda!

La voz de Nancy pareció que perforaba la madera de la puerta de la cocina.

Elaine se llevó la mano a la boca para ahogar la risa.

—Tiene el oído de un elefante, Elaine, no sabes bien cómo es.

—Me lo puedo imaginar, muchas gracias, y antes de que preguntes, la respuesta es no. George y yo trabajamos los dos y no se la puede dejar sola todo el día.

Lily suspiró.

Merecía la pena probar, aunque ya supieras la respuesta.

En el salón, George y Joseph habían colocado a su madre en el sofá y la habían rodeado de cojines.

—Joseph, vuelve a terminar la cena. Quiero hablar con George a solas.

Joseph salió de la sala tan deprisa como pudo. Ya tenía casi sesenta años. Era dueño de un próspero negocio. Y sin embargo, su madre lograba hacer de él con cuatro frases un niño de ocho años. Cuando Joseph hubo salido, Nancy dio unas palmaditas en un mínimo espacio de asiento que quedaba a su lado.

—Siéntate con mamá, Georgie, muchacho.

Se sentó junto a ella, receloso.

Nancy miró a su hijo a la cara durante unos segundos.

—Los años no han sido clementes contigo, hijo mío, ¿verdad? No. Tú también lo sabes.

George olía su perfume. De muguete. El aroma lo devolvió a la infancia. La casa con escalones de entrada en Bow, la guerra, la muerte de su padre, la fila interminable de hombres amigos de su madre. Sus «tíos», como tenía que llamarlos. George no conseguía acordarse de su padre, pero sabía que había habido algo irregular en su muerte.

Después de la guerra, la madre había arramblado con todo lo que quedaba de la casa y se mudaron todos a East Ham, donde había organizado un hueco para ella.

Nancy Markham había sido toda su vida una persona formidable. Gobernaba a sus hijos. Cuando te decía haz algo, lo hacías o sufrías las consecuencias. Como el hijo de Edith. Edith quería quedarse con el niño. Y se quedó destrozada cuando no tuvo más remedio que entregarlo. Pero, como siempre, su madre sabía qué era mejor.

Nancy seguía hablando, con voz baja y acariciadora iba enumerándole cada fracaso de su vida. George sabía que él a su madre no le gustaba, aunque jurase que lo quería mucho. Mientras miraba cómo se abrían y cerraban sus labios rojo rubí, tuvo una visión en la que se levantaba del sofá, salía al vestíbulo y sacaba su navaja suiza de debajo de las tablas del suelo en el armario del recibidor. Veía el miedo en el rostro de su madre al darse cuenta de que iba a clavárselo en aquel cuerpo seboso una vez y otra y otra. Apuñalar y rajar aquellos pechos gordos y aquella barriga colgante...

—¡George, muchacho, estás sudando! ¿Te encuentras mal?

Le sonrió con su sonrisa secreta. Dijo:

—No, madre, estoy bien. Perfectamente bien. La verdad es que nunca me he sentido mejor.

Por primera vez en la vida, Nancy Markham tuvo la sensación de que su hijo llevaba ahora la batuta. Y como le pasó a Elaine antes que a ella, no le gustó ni una pizca.

Patrick Kelly estaba sentado junto a la cama de su hija en el hospital de Grantley. Los hematomas de la cara empezaban a difuminarse, pero continuaba en coma profundo. Los médicos habían abierto una ventanita en el cráneo porque el cerebro se

había inflamado tanto que necesitaban aliviar la presión del cráneo.

Le tenía la mano cogida. Para él la Navidad ya no significaba nada. La gran cena que había planeado, la entrega de regalos, todo aquello estaba ya lejos de su pensamiento.

Aquel día, más temprano, había oído misa en la capilla del hospital. La primera vez en más de veinte años. Había rogado a Dios que salvara a su hija. Que la devolviera al ser de antes de que la atacasen. Pero mientras rezaba, sabía que estaba siendo un hipócrita.

Mientras él estaba sentado en la capilla, sus sicarios pagados andaban a la búsqueda de quien perpetrara tan horrible hazaña. Apretó los dientes.

Aunque le llevase el resto de su vida y hasta el último penique de su considerable fortuna, encontraría a aquel hijo de puta. Y cuando lo hiciera, cuando lo tuviera delante, le haría pagar el precio, que era la muerte. Una muerte larga y lenta.

Se llevó la mano de Mandy a los labios y la besó con dulzura.

Capítulo Siete

Navidad de 1948

George estaba tumbado en la cama contemplando el techo. Tiró de las mantas para taparse los hombros y se frotó las orejas heladas con las manos, echándose el aliento en las palmas una y otra vez para calentarlas. Tenía el cuerpo entero entumecido por el frío. Las ventanas de guillotina se habían helado por el lado de dentro y las primeras luces del amanecer reflejaban unos extraños murales en la pared. Asomó otra vez la cabeza entre las mantas al oír un ruido en el dormitorio de su madre. Soltó el aliento muy despacio, con cuidado, para ver las espirales que revoloteaban en la fría penumbra como el humo de los cigarrillos. Alertó los oídos para escuchar. Nada. Se relajó poco a poco. Y entonces oyó el ruido sordo y amortiguado de unos pasos sobre el linóleo. Cerró los ojos y los apretó tan fuerte como pudo. ¿Sería su madre que iba al retrete? ¿O Edith? Pero las pisadas se detuvieron delante de su puerta.

Se acurrucó aún más abajo en la cama. La insuficiente ropa de cama apenas le cubría: una sábana, una manta y un abrigo viejo.

Cerró los ojos e intentó fingir que no tenía conciencia de nada. La boca le temblaba de la aprensión. Escuchó y oyó que la puerta crujía, se abría lentamente y alguien entraba en la habitación. La nariz le tembló al notar el potente olor a rancio del hombre. Era una mezcla de cerveza y sudor. George estaba aterrado. El hombre avanzó hacia la cama con decisión, pisando solo las tablas que sabía que no iban a crujir.

—¡George! ¿Estás despierto?

El niño no se movió. El corazón le latía con tanta rapidez y tanta fuerza que estaba seguro de que el hombre lo oía.

Apretó los ojos todavía un poco más, y sintió en el cuello el aliento caliente. Tenía la cabeza metida entre la manta y el abrigo e instintivamente dobló las rodillas y las subió hacia el pecho hasta mantener una postura fetal.

Una mano enorme penetró en la cama y George notó la aspereza de la piel que empezaba a acariciarle las nalgas. Luego la cama se hundió con el peso del hombre, que en contra de la voluntad del niño, le hizo rodar hasta ponérselo sobre el grueso vientre.

Por lo menos estaba caliente.

Luego las mantas cubrieron las dos cabezas y la de George fue arrastrada para abajo, bien abajo, hacia el mundo fantástico que era su única escapatoria de la vida.

Más tarde, el hombre se deslizó fuera de la cama y por fin George iba a poder dormir el sueño de los extenuados. Con las pestañas brillando aún de lágrimas calladas, continuó acostado, ocupando el espacio caliente que el hombre había

liberado.

Entonces, se durmió.

Bert Higgins volvió a meterse en la cama de Nancy Markham y apenas empezó a acomodarse, la oyó preguntarle:

—¿Qué tal estuvo Georgie esta noche, Bert?

El hombre se quedó helado.

—Oh, sé de sobra eso de las visititas al crío a mitad de la noche.

Nancy disfrutaba con el miedo que producía. Al fin tenía algo que lo ponía en sus manos, y la cosa le gustaba. La cosa le gustaba muchísimo.

Soltó una risa burlona.

—Ya me imagino lo que dirían tus amigos si se enteran de que te gustan los niñitos, Bert.

Bert se dio la vuelta en la cama y agarró a Nancy por la garganta con mano de hierro.

—¿Qué piensas hacer con el asunto, Nance?

Nancy se rio de nuevo. Sin el menor rastro de miedo en la voz, contestó:

—¿Quién, yo? Yo no pienso hacer nada, Bert. Ya me conoces... cada cual a lo suyo. Lo único que quiero de ti es más dinero.

Bert la soltó y encendió la vela al lado de la cama. Se quedó boca arriba, mirando el techo.

—Quieres decir... ¿que no me vas a parar?

Había un tono de incredulidad en la voz.

—¿Por qué voy a hacerlo? A mí no me molesta, siempre y cuando lleguemos a un buen acuerdo financiero.

Bert sonrió a la luz de la vela.

—Tú haces lo que sea por dinero, ¿eh?

Nancy encendió un cigarrillo y expulsó el humo con fuerza. Luego se volvió de cara a él.

—Podríamos decir que has dado en el clavo, sí.

—Entonces vale, está bien. ¿Cuánto?

—Con cinco más a la semana bastaría.

Bert consideró el tema unos segundos.

—Puedo llegar hasta tres.

—Son cinco, o no hay trato.

—De acuerdo, entonces. ¿Y con nosotros dos qué pasa?

Nancy apagó el cigarrillo y sopló la vela.

—¿Nosotros? Seguimos igual que siempre. Buenas noches.

—Buenas noches, Nancy.

Se quedó dormida al momento. En cambio Bert, estuvo un buen rato despierto considerando la situación. Nancy Markham le había vendido a su hijo por cinco miserables libras a la semana.

George llegó a casa y se encontró a Bert despatarrado en el diván y roncando sonoramente. Al verlo darse la vuelta sobre el diván para ponerse más cómodo, sonrió para sus adentros. Una tímida sonrisa que apenas dejaba ver sus dientes.

Le llegaban los vahos a alcohol a cada respiración de Bert, y supuso, con razón, que se habría desmayado en algún momento de la tarde, que por eso su madre lo había dejado allí.

George se acercó más al hombre y lo observó a gusto. Se había derramado por encima un vaso de *whisky*. El olor era muy fuerte y el vaso seguía junto a él. Encajado entre el cuerpo y el respaldo del diván.

George cogió la botella de Black & White y fue derramando poco a poco lo último que quedaba a lo largo del respaldo del diván. Sentía una excitación tremenda.

Volvió a dejar la botella sobre la mesa y buscó una caja de cerillas. Encendió una con manos temblorosas. Se quedó mirando la llama como fascinado hasta que le llegó a las yemas de los dedos. La sensación de estar quemándose le hizo arrojarla sobre el diván. Se chupó el dedo mientras contemplaba cómo el *whisky* empezaba a arder. Vio cómo en medio de aquella semioscuridad una llamita minúscula de color azul avanzaba lentamente por el respaldo del sofá y ganaba intensidad según progresaba en su camino. Desprendía un pegajoso olor a quemado. George miraba a Bert que continuaba con sus grandes ronquidos pero empezaba ya a respirar aquel humo negro.

Solo cuando a Bert se le prendió la ropa sintió George un escalofrío de aprensión. Vio cómo la tela de los pantalones empezaba a retorcerse, a fundirse luego, y su emoción iba creciendo al ver que Bert no hacía nada para impedirlo.

Y entonces, de golpe, el diván se convirtió en una bola de fuego. Fue como si estallase en grandes llamas rojas y amarillas que le reptaban por los brazos y bajaban al suelo.

George dio un paso atrás hacia la puerta con el calor de las llamas abrasándole la cara.

Y entonces oyó un bramido monstruoso y vio que las llamas se ponían de pie y avanzaban hacia él. Retrocedió a toda prisa hacia el pasillo resbalando con aquellos calcetines de lana que le hacían patinar al correr. Entre las llamas resonó de nuevo el mismo bramido terrible de agonía. El hombre daba tumbos por el cuarto, aterrado. George lo vio aferrarse a las cortinas de damasco y contempló fascinado cómo las llamas empezaban a trepar también por ellas. Y, de repente, aquello fue un pandemónium. Edith estaba detrás de él y sus gritos le hicieron volver a la realidad. Vio a su hermana arrancar el mantel de la mesa de la cocina y correr al cuarto de estar para tratar de sofocar las llamas que abrasaban a Bert, caído ya en el suelo. Edith golpeó las llamas con el mantel.

—¡Corre a buscar ayuda, George! ¡Date prisa, por lo que más quieras!

Salió zumbando y chocó con Joseph, que bajaba los escalones a la carrera al oír los ruidos.

—¡La hostia! —exclamó Joseph con tono de incredulidad.

Y salió corriendo por la puerta principal y corrió por el camino de entrada, todavía en pijama. George se volvió para volver a mirar la escena del cuarto de estar.

El camisón de Edith empezaba a arder, del dobladillo salían ya unas llamas azules, así que George corrió al centro de la sala y arrastró a su hermana tirándole del brazo.

—¡El camisón, Edith, el camisón! —y ella le dejó que se lo pisara con los calcetines de lana para apagarlo.

—¿Qué coño pasa ahí?

Gritó Nancy con voz potente. Estaba de pie en la puerta del dormitorio parpadeando con rapidez.

La sala era ya un infierno y Edith empujó a George hacia la puerta.

—Mamá... ayúdame a sacarlo fuera. ¡Por Dios santo, mami! ¡Todo esto va a ponerse a arder ahora mismo!

Nancy sacó a George por la puerta de un buen empujón. El niño quedó allí, bajo la lluvia, con los pies que empezaban a helársele, mientras Nancy y Edith arrastraban el corpachón de Bert fuera de la casa. Por la puerta salía un humo negro y espeso y el olor a quemado lo invadía todo. Unos mínimos copos grises de ceniza pretendían ascender entre el humo, pero la lluvia los hacía caer sobre el pavimento y acababan en las alcantarillas.

Por todo el pequeño *cul-de-sac* había ahora luces encendidas y la gente acudía desde sus casas asustada y excitada. George notó que le ponían sobre los hombros un abrigo grueso y vio que era la señora Marshall, que se lo llevó del jardín. Sus brazos delgados lo empujaron con suavidad hacia su casa, y desde la sala de estar, calentita y agradable, George contempló las idas y venidas de la calle. Miraba a través de una ventana de cristales emplomados y veía el otro lado de la calle con una sensación de irrealidad.

El estruendo de los camiones de los bomberos le sobresaltó, y vio cómo iban despejando de gente la zona de la casa incendiada. A Bert se lo llevaron del jardín en una camilla con la cara tapada con una manta.

George estaba eufórico. ¡Bert había muerto! ¡Estaba muerto! ¡Bert Higgins había muerto! Se giró hacia la señora Marshall que confundió el brillo de los ojos del niño con lágrimas que le asomaban. Lo acogió en un abrazo, entre el dulce olor de su seno, y lo besó cariñosa en la coronilla.

—¡Pobrecito mío!

Nunca se había sentido tan poderoso. ¡Había librado al mundo de Bert Higgins!

La señora Marshall lo alejó un poco de ella y le miró a la cara.

—¿Quieres que te haga un poquito de té bien dulce?

Lo acomodó con suavidad en el diván y se fue a la cocina.

Joseph entró en la salita y se sentó al lado de George. Estaba pálido.

—Mamá se ha ido al hospital con Bert. Y Edith ha ido con ella. Nosotros tenemos que quedarnos aquí hasta que vuelvan.

George deslizó una mano bajo la de Joseph, que se la estrechó con fuerza.

—La señora Marshall está haciendo té, Joseph. ¿Tú también quieres?

Al día siguiente, Joseph y George anduvieron hurgando entre las ruinas de la casa. Consiguieron rescatar un buen montón de material, y lo fueron apilando todo con mucho orden en el jardín de delante. Edith y Nancy volvieron del hospital ya por la tarde.

Nancy entró directamente en casa de la señora Marshall y Edith fue a por los críos.

—Bert se ha muerto. A la mamá la sedaron y yo tuve que quedarme allí con ella. ¿Vosotros estáis bien los dos?

—¿Adónde vamos a ir?

Edith se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no te preocupes, las cosas nos saldrán bien, siempre hacen algo —tenía la voz cansada y George se sintió muy triste por ella.

—Esta mañana la señora Marshall nos hizo huevos con beicon. Igual te los hace a ti si se lo pides con buena educación.

Edith le sonrió lánguidamente.

—No tengo mucho hambre.

George se encogió de hombros y reanudó sus búsquedas. Joseph preguntó:

—¿Saben cómo empezó el fuego, Edith?

—Bueno, por lo que tengo entendido, lo que piensan es que Bert se durmió con un pitillo encendido. Ya sé que era un cerdo, pero morir de esa forma... Tenía toda la cara retorcida de los tormentos, era espantoso. En algunos sitios tenía la piel quemada hasta el hueso. Murió en una agonía, Joey, en una pura agonía.

Joseph rodeó a su hermana con el brazo.

George, que lo había oído todo, sonrió para sus adentros. Y luego empezó a reírse con una risa medio tonta.

Corrió hasta la calle y allí, con los brazos abiertos, empezó a dar vueltas y vueltas sobre sí mismo como un derviche girador hasta que cayó sobre el pavimento mareado, borracho de júbilo.

Y allí se quedó tendido sobre el suelo mojado con la cabeza dándole vueltas. Tenía un secreto.

Edith se arrodilló junto a él y él le sonrió desde abajo con aquella sonrisa secreta que apenas dejaba ver los dientes.

Capítulo Ocho

Kate fue a darse un baño a las siete y media. Puso gran cantidad de espuma en el agua y se tumbó dejando que el calor del agua se le filtrase poco a poco hasta los huesos. Se había sujetado el largo cabello encima de la cabeza y tenía la cara bien limpia de maquillaje. Cerró los ojos con fuerza. La verdad es que aquel caso lo llevaba dentro.

Un rato antes, Lizzy había intentado todas sus mejores artes y Kate la había mirado dar vueltas por la salita pequeña, cuando de repente notó como si una mano le aferrase el corazón. ¿Qué pasaría si aquel hombre, el asesino, cogiese a su hija y le hiciese lo que les había hecho a Mandy Kelly y a Geraldine O'Leary? Apartó aquella idea de la cabeza. A Lizzy no iba a pasarle nada. De eso se ocuparía ella. Y con suerte, Mandy Kelly se recuperaría. Era una luchadora, eso era más que evidente.

Kate metió los hombros bajo el agua. La piel se le había puesto como de gallina y no por culpa del frío. Volvió a cerrar los ojos. Había luchado contra viento y marea para sacar adelante la Navidad, y parecía que Lizzy solo tenía tiempo para su padre.

Dan tenía buen aspecto, desde luego. Después de cenar, había venido una amiga de Lizzy. Joanie, la del acné y las carcajadas estruendosas. Kate se regañó a sí misma. ¿Qué demonios le pasaba? La pobre Joanie era una buena chica. Pero la mirada de adoración que había dirigido a Dan le molestó. No era justo que Dan impresionase a las mujeres de aquella forma.

Oyó que se abría la puerta del baño y sonrió. Lizzy con una buena copa de vino, o mejor todavía, una taza de café. Abrió un ojo y se sentó en la bañera del susto, salpicando agua por todas partes.

—¿Qué quieres? —la voz no sonó más que como un susurro fuerte.

Cruzó los brazos por encima de los pechos.

—Te traigo una copa de vino y un pitillo, eso es todo, Kate. No te preocupes, no voy a violarte —la voz de Dan sonaba normal, y se sintió como una tonta. Le puso la copa en la mano y le secó con una toalla la que le quedaba libre, como si fuera una niña, y le puso allí el cigarrillo encendido.

—Se te veía tan cansada que pensé que intentaría ayudarte a que te relajaras.

Kate se metió otra vez bajo el agua, alegrándose de tanta espuma que la tapaba. Dan se sentó en la tapa del retrete y se rio.

—No sé por qué vienes ahora con tanta modestia. Ya sé cómo eres desnuda, acuérdate.

—¿Qué están haciendo las chicas? —tenía dificultades para que la voz sonase despreocupada.

—Están viendo a James Bond, querida. Se la grabé ayer por la noche. ¿Cómo va lo del caso?

Le habló en un tono coloquial y amistoso. A Kate se le vino a la mente cuando años atrás se bañaban juntos. Cuando todo había sido bueno entre ellos, antes de que naciera Lizzy.

—La verdad es que no muy bien. Todavía no tenemos sospechoso.

—Te admiro, Kate, sabes. La manera en que te has hecho una carrera.

—Eso se llama trabajar, Dan; es algo que deberías probar alguna vez.

Sonrió mostrando sus dientes perfectos y dijo:

—Guárdate las garras, Kate. Ya sé lo que piensas de mí, pero he cambiado, sabes. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que tenía que madurar, y créeme si te digo que me lo he trabajado.

Kate dio un trago de vino y una larga chupada al cigarrillo. Así tan cerca, Dan la hacía sentirse incómoda. Él bajó al suelo y se arrodilló al lado de la bañera.

—¿Qué haces? —dijo Kate con sospecha en la voz. Tenía las manos ocupadas y no se fiaba una pizca de Danny Burrows.

—No hago nada. Solo iba a lavarte la espalda, nada más.

—No quiero que me laves la espalda, muchas gracias. Y ahora, si no te importa, Dan, quiero salir.

Volvió a sentarse en el agua y miró a su alrededor en busca de algún sitio donde dejar el cigarrillo y el vino. Dan los tomó de sus manos.

—Mira, Kate, lo único que intento es ser útil, nada más. Ya que estoy aquí...

No lo dejó terminar.

—Ya que estás aquí, Dan, te agradecería que me dejases sola. En esta casa no cerramos las puertas con llave y me molestaría mucho tener que empezar ahora.

—¿No puedes ni siquiera intentar ser más amistosa?

En sus ojos azules se veía cierta perplejidad y Kate sintió pena por él durante unos segundos. Sinceramente, Dan no sabía lo que pasaba. Para él, si alguien quería alguna cosa, la cogía. Ni siquiera se percataba del mucho daño que le había hecho en el pasado. ¿Cuántas veces lo había vuelto a acoger durante años solo para volver a casa un día del trabajo y descubrir que había vuelto a marcharse? Sin una nota, sin nada. Solo la cara de compasión de su madre. Demasiadas veces teniendo que decirle a Lizzy que papá se había vuelto a marchar. Que trabajaba fuera, muy muy lejos, que por eso no escribía demasiado a menudo ni llamaba.

Dan dejó correr sus dedos por el brazo de Kate, que notó que su interior respondía. Seguía deseando sexualmente a Dan, lo admitió, pero prefería negarse aquella satisfacción antes que dejar que volviera a revolverle el cerebro.

—Eres la única mujer a la que he querido de verdad en mi vida, sabes, Kate. Pienses lo que pienses de mí, esa es la auténtica verdad.

Kate se incorporó y cogió una toalla del toallero y se envolvió en ella. Lo más gracioso es que sabía que eso era verdad. Dan iba a la caza de emociones. Para él una mujer nueva era algo tan necesario como el agua para los demás. Si ella hubiera sido capaz de aceptarlo, entonces nunca se hubieran separado. Pero Kate quería el ciento por ciento de alguien. Y esa clase de compromiso era demasiado para Danny Burrows.

—Déjame en paz, Dan. Te lo digo en serio. Tuviste tu oportunidad y la echaste a

perder. No tengo la menor intención de volver a aguantarte toda esa palabrería. Hace mucho tiempo que dejé de desearte. Así que ahora, si no te importa, me gustaría arreglarme.

Dan le dirigió una de sus sonrisas cautivadoras.

—Bueno, no puedes reprocharme que lo intentara, Katie. Sigues siendo una mujer muy atractiva.

De mujeres atractivas sí que debes saber, Dan. El propio Dios sabe que has tenido cantidad de ellas.

Una vez que se marchó, Kate se sintió defraudada y abatida, porque no había estado con un hombre desde hacía ya cinco años, desde la última vez que Dan la dejó.

Y aunque él no lo supiera, era el único hombre con el que había dormido en toda su vida.

Cogió el vino del alféizar de la ventana donde Dan lo había puesto y vació el vaso. Le temblaban las manos, y no era de miedo.

A veces, cuando se encontraban con un asunto feo de malos tratos, con una mujer golpeada y llena de moratones, al hombre le ponían una orden de alejamiento y a la mujer la llevaban al hospital. Y luego Kate se enteraba de que la mujer había vuelto con su marido y quería que retiraran los cargos, y todos comentaban que menuda tonta era esa mujer. Pero Kate les tenía compasión. Algunas eran como la niña del rizo de los versos infantiles. Cuando eran buenos, eran muy muy buenos, pero cuando eran malos, eran unos cabrones. Había otras formas también de maltratar a las mujeres, formas que no incluían la violencia física, y Kate pensaba algunas veces que el maltrato psíquico era peor.

A no ser, naturalmente, que estuviésemos tratando del violador de Grantley. Con un novio o un marido, por lo menos tenías un indicio de a qué te enfrentabas.

Con este otro, estabas completamente sola.

Los pensamientos de Kate derivaron hacia Patrick Kelly, velando a solas a su hija junto a la cama del hospital. Se secó entre las piernas y notó allí cierta agitación. Kelly le despertaba sensaciones que llevaba años sofocando. Cerró los ojos para detener las imágenes que le estaban invadiendo la mente. Estaba cansada y sola, y Patrick Kelly la había impresionado por razones evidentes, porque era un hombre atractivo. Dan, por su parte, la impresionaba por razones equivocadas. Fundamentalmente, porque estaba allí en esos momentos y porque ella sabía exactamente cómo sería hacer el amor con él.

Confiaba en que la hija de Kelly saliera adelante, de verdad lo confiaba. Él tenía tanta fe en sí mismo, tenía una fe tan ferviente en que Mandy abriría los ojos y se quedaría mirándolo como si saliese de un simple sueñecito. Kate también deseó que fuera así.

Por supuesto que Patrick Kelly no dejaba de invadir su mente a causa de la terrible situación de su hija. Se obligó a asentar esa idea en su cabeza y mantenerla con firmeza: era pura compasión, sencillamente.

Pero sabía que se estaba mintiendo.

Le gustaba Patrick Kelly, le gustaba con toda su alma. Era el primer hombre que le gustaba desde hacía más de cinco años.

Oyó la voz de Dan y las risas de Lizzy que llegaban desde la sala. Después de todo, él le había dado a Lizzy. Solo por esa razón, le perdonaba tantas cosas. Pero sus días de irse juntos a la cama se habían terminado.

Patrick Kelly miró su reloj. Justo pasadas las siete. Se dio cuenta de que llevaba más de veinticuatro horas sin comer. Dejó suavemente la mano de su hija sobre la cama y salió de la unidad de cuidados intensivos. Ya en la pequeña sala de espera, encendió un cigarrillo y sacó una petaca que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. El *brandy* le quemó el estómago vacío. Estaba sin afeitarse y sin arreglar.

Un policía joven que hacía guardia en el hospital por si Mandy se despertaba y decía algo, entró en la salita. Patrick lo observó mientras se sentaba. No era más que un crío. Veinte años como mucho.

—Las enfermeras están dándole la vuelta y todo eso.

Había una disculpa en su voz. Patrick sintió una enorme oleada de simpatía hacia aquel muchacho. Era la noche de Navidad y allí lo tenían encerrado, esperando a ver si una jovencita medio muerta decía un par de palabras, cuando hubiera podido estar encantado en una fiesta o en cualquier otro sitio.

Le ofreció la petaca al muchacho.

—Toma, hijo, dale un trago.

El guardia cogió el frasco y dio unos pocos sorbitos y se puso a toser cuando el líquido tocó la parte de atrás de la garganta.

—Feliz Navidad, hijo —la voz de Patrick sonaba triste y abatida.

—Saldrá de esta, señor. Es asombroso las cosas que hacen hoy día.

El chico hablaba por hablar. Los dos lo sabían.

De repente, oyeron que los monitores conectados a Mandy empezaban a pitar como locos. Aplastaron los cigarrillos y corrieron a la habitación.

La cama de Mandy estaba rodeada de médicos y enfermeras. Una monja apartó a Patrick de la escena mientras los demás trataban de salvar la vida de su hija.

Hasta que finalmente, todo quedó tranquilo y lo único que se oía era el zumbido grave del monitor del corazón. Y entonces, se desconectó y no hubo allí más que un silencio de muerte.

—Quiero ir al retrete otra vez. George, Joseph, ayudadme hasta el retrete.

Ayudaron a su madre a levantar su enorme mole del sofá. Era la sexta vez que la llevaban al baño desde que había llegado a la casa.

Mientras la acompañaban desde la sala, Elaine le echó una mirada al reloj. Las ocho y media. Ya se marcharían pronto, gracias a Dios.

—¿Y cómo está Betty estos días, Lily?

—Muy bien. Ya sabes que está de encargada de compras de unos grandes almacenes de moda. Le va muy bien. Naturalmente, no la vemos tanto como

quisiéramos... —dejó la frase inacabada, pero incluso sin llegar a decir las palabras, Elaine sabía por qué. A Nancy sus nietos la odiaban.

Nancy se sentó en el retrete. Los dos hijos se quedaron fuera junto a la puerta, resoplando y jadeando. Hacer subir las escaleras a Nancy Markham era toda una hazaña. Los dos eran bien conscientes de que su madre podía andar perfectamente bien, y sin embargo, como todo lo que tenía que ver con su madre durante todas sus vidas, evitaron mencionarlo conscientemente.

George vio que Joseph tenía un cerco azul alrededor de la boca. Su madre acabaría llevándolo a la tumba antes de hora.

—¡Terminé! —la voz de Nancy rompió el aire como un trueno. Los dos hermanos abrieron la puerta del cuarto de baño. El olor de las heces era avasallador.

—Límpiate tú, George. Joseph lo hizo la última vez y lo hizo condenadamente mal. —Levantó un dedo de advertencia—. Hazlo como es debido o te vas a enterar de lo que es bueno.

Nancy estaba de pie, descargando todo su considerable peso sobre los brazos de sus hijos, antes de dejarse caer de rodillas deliberadamente. Arrastró con ella a Joseph y a George.

—¡Me cago en la puta! —la voz de Joseph resonó por todo el cuartito de baño. George miró a su hermano, atónito.

¡Joseph había soltado un taco delante de su madre!

Nancy estaba a cuatro patas en el suelo. Antes de tener tiempo de pensar lo que hacía, ya se había puesto de pie por su cuenta y con las manos en sus anchas caderas miraba desde arriba a su hijo mayor.

—¿Qué es lo que has dicho?

George se levantó del suelo y se sentó al borde de la bañera con unas risitas nerviosas. Estaba disfrutando. Joseph seguía en el suelo. Le dolía muchísimo el brazo por donde el peso de su madre casi se lo había arrancado de la articulación.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Qué ha sido todo ese ruido?

La voz de Elaine, que en sus mejores días podía tapar hasta a la de Nancy Markham, subió por las escaleras hasta el baño. George oyó los pasos blandos de sus zapatillas subiendo los escalones.

—¡Te he preguntado qué es lo que has dicho, Joseph Markowitz! ¡Contéstame!

Elaine miró dentro del baño asombrada. Vio a su suegra aplastando el muslo de Joseph con el pie.

—Perdona, madre. Es que se me escapó.

Nancy, al darse cuenta de que se había puesto de pie por sí misma, adelantó el pecho y puso los ojos en blanco.

—Oh, George, ayúdame. Me voy a desmayar...

Se derrumbó sobre el suelo una vez más y Joseph la evitó rodando a un lado con un movimiento que hubiera enorgullecido a cualquier paracaidista. Elaine contemplaba aquel teatro con los ojos como platos.

—Escúchame, George Markham, ¡esta es la última vez! ¿Me oyes? —la voz de Elaine había subido quince decibelios por encima de lo habitual—. El año que viene nos marchamos a cualquier sitio en Navidad. Y ahora levanta a esa jodida de tu madre y sácala ahora mismo de mi casa. ¡Ya he tenido bastante!

Las bocas de Nancy y de Joseph se abrieron simultáneamente, pero las cerraron de golpe en cuanto miraron a George. George seguía sentado en el borde de la bañera y ahora se partía de risa, hasta le corrían por la cara unas lágrimas que se iba enjugando de tanto en cuanto con el revés de la mano.

Lily, que había subido también para ver de qué iba tanto ruido, miraba a su alrededor con asombro. Su madre ya le había advertido de que no se casase con alguien de la familia Markham, y desde luego tenía razón.

Eran una gente muy curiosa. No curiosa de divertida, sino curiosa por peculiar.

Cuando Kate recibió la llamada anunciándole que Mandy Kelly había muerto, se fue directamente al hospital. Ahora tenía dos asesinatos con los que lidiar. Cuando vio a Patrick Kelly, se asustó. No era sorprendente que se hubiera tomado mal aquella muerte, pero ahora se le veía francamente viejo. Viejo y demacrado.

Se acercó a él. Todavía sostenía el cuerpo de su hija en los brazos y ni los doctores ni las enfermeras lograban persuadirlo de que se apartase de la cama. Había que meter el cuerpo entre hielo, y enseguida. Kate hizo un gesto para que se marchasen todos y se acercó a él.

—Lo siento muchísimo, de verdad, señor Kelly. Le aseguro que vamos a hacer todo lo que podamos para encontrar al responsable.

Aquella voz amable le llegó dentro y la miró con ojos enrojecidos.

—Solo tenía veintidós años, no era más que una niña. Una niña nada más. Le había comprado un local, sabe —se le quebró la voz y sorbió con fuerza por la nariz—. Un localito precioso. Lo hubiera hecho muy bien, seguro, no era una niña tonta. Mi Mandy tenía una buena cabeza —se mordió el labio con fuerza—. ¿Qué voy a hacer sin ella? —el tono dolorido de su voz penetró directo en el corazón de Kate—. Era todo lo que tenía.

Kate le pasó el brazo por los hombros y él se puso a llorar apoyado en su hombrera. Kate le acarició el pelo. Patrick Kelly se dedicaba al cobro de morosos. Y era el mejor en su oficio, según todos decían. Recuperaba lo que hiciera falta, desde un coche a una grúa o un yate grande. Lo apodaban «el Recuperador», y eso tanto sus amigos como sus enemigos. Kate era consciente de que sus negocios no eran estrictamente legales, porque era propietario de *sex-shops*, salones de masaje y muchos otros negocios. Sin embargo, tal como ahora lo veía, con el corazón destrozado, Kate sintió una enorme compasión por él. Podía ser lo que fuese, pero había sido un padre y un esposo amantísimo, y en aquel momento de su vida, Kate sintió envidia del amor que aquel hombre había dedicado a su esposa.

—Vamos, señor Kelly, vamos a llevarlo a casa, ¿le parece? Aquí ya no se puede hacer nada más.

Lo apartó del cuerpo de su hija. Al soltar a Mandy pasó el brazo por la cintura de Kate y ella lo sujetó con fuerza mientras notaba su llanto, los hombros que subían y bajaban bajo su carísimo traje arrugado.

Cuando vio que se había rehecho, lo sacó de la habitación, hizo un gesto con la cabeza al sargento Willis, que se había encontrado con ella en el hospital, indicando que aquello había terminado. Ella llevaría a Patrick Kelly a su casa. Willis los miró salir y sintió un punto de respeto por su jefa. Patrick Kelly era muy conocido como maleante y matón, y sin embargo la inspectora detective Kate Burrows lo tenía comiendo de su mano. Una de las ventajas de ser mujer, supuso.

Ya fuera del hospital, el chófer de Kelly lo estaba esperando en su Rolls Royce Corniche. Kate ayudó a Patrick a entrar en la parte de atrás, aliviada al ver que no tenía que llevarlo a casa en su coche. Y cuando iba a cerrar la puerta, la voz de él la detuvo.

—Por favor, acompáñeme a casa..., necesito a alguien con quien hablar.

Tenía la voz quebrada, y Kate solo dudó un instante antes de subir al coche y sentarse junto a él. Tal vez sin darse cuenta, acabara por darle alguna pista. A la gente le pasaba con frecuencia que sin percatarse siquiera de lo que decían, daban indicios para el caso en marcha.

Kelly le cogió la mano y la estrechó con fuerza. Kate contempló aquel perfil poderoso mientras el coche avanzaba. Kelly iba mirando por la ventanilla las calles frías y desiertas, con expresión dura en aquella cara tallada con expresión de dolor. Kate encontraba aquel cabello oscuro, ahora despeinado, fuerte y masculino. Como todo Patrick Kelly. Él la miró, y en sus ojos azul violeta había un fondo de gratitud que ella comprendió que aquel hombre nunca podría traducir en palabras.

Le estrechó la mano también.

Lizzy estaba sentada con su padre y con su abuela viendo el final de la película de James Bond. Cuando empezaron a salir los títulos de crédito, se estiró en la butaca.

—¡Ha sido fantástico! Me encanta Sean Connery. ¿Puedo tomarme una copa de sidra achampanada, abu?

Evelyn la miró.

—¡Oh, bueno, está bien, pero solo una!

—Gracias, abu. —Cruzó la sala hasta la vitrina de las bebidas.

Dan la contemplaba con una sonrisa en la cara. La verdad es que había crecido mucho desde la última vez que la había visto. Tenía ese aire juguetón y esas piernas largas de las chicas de dieciséis años. Sin embargo, tenía los pechos grandes, y estaba claro que a ese respecto salía a la familia de él. Pero facialmente, era clavada a su madre. Era justo igual que Kate cuando se conocieron. Desde el pelo largo sedoso y oscuro, hasta los dientes blancos y perfectos. Tenía incluso la nariz característica de Kate.

Lizzy volvió a su butaca con la copa y le dio un trago.

—Mmm, delicioso.

—Es una pena que tu madre haya tenido que salir esta noche.

Lizzy se encogió de hombros.

—Es su trabajo. Mamá tiene que trabajar realmente duro para mantenernos a todas, ¿verdad que sí, abu?

—Así lo hace, nena.

—Oh, eso ya lo sé, pero no me parece justo que tenga que largarse la noche de Navidad —Dan mantenía un tono deliberadamente despreocupado.

—Te acostumbras después de un tiempo, papi. Ni me acuerdo del último cumpleaños mío que llegase a casa a tiempo para la fiesta... Sin embargo, la abuela está siempre aquí.

Dan asintió y dio un trago de su coñac. Evelyn se levantó.

—¿A alguien le apetece un sándwich de pavo? —preguntó.

Tanto Dan como Lizzy asintieron con la cabeza y Evelyn se fue a la cocina. Dan apretó la mano de su hija.

—Eres una buena chica, sabes, Liz. Cantidad de chicas odiarían a una madre que nunca estuviera cuando ellas querían que estuviera.

La chica se mordió el labio y se quedó pensativa.

—Sí que está cuando de verdad quiero que esté, papá. Por eso no te preocupes. ¿Cuándo vuelve Anthea?

La pregunta lo cogió por sorpresa.

—Oh... Anthea y yo ya no estamos realmente juntos.

Lizzy dio un buen trago a su copa de sidra y la dejó sobre la mesita de café.

—Me alegro, papá. A mí nunca me gustó mucho.

—No la conocías de verdad —se notaba tensión en su voz.

—No, pero siempre que te llamaba, estaba muy seca conmigo. Me hacía sentir como si fuera una intrusa o algo así.

—Bueno, eso es solo porque Anthea es así. No es que tuviera ninguna intención. ¿Qué tal te llevas tú con los... este... amigos de tu madre?

—¿Novios, quieres decir? Nunca tiene ninguno. Yo sé que algunas veces quieren salir con ella, pero nunca sale. El padre de mi amiga quiso salir con ella, pero le dijo que no.

—¡El padre de tu amiga! —Dan puso tono de escándalo.

—Oh, no te preocupes, su madre murió hace siglos. Oh, eso suena terrible, pero ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, sé lo que quieres decir.

Se sonrieron el uno al otro.

—Oh, papi, es estupendo tenerte aquí otra vez.

—Es estupendo estar aquí, cariño.

Si dependiera de él, se quedaría allí durante una buena temporada. Estaba convencido de que en su Katie todavía ardía una llamita por él, y haría cuanto estuviera en su mano para que esa llama volviera a ser una gran antorcha.

La primera parte del plan consistía en poner de su parte a la suegra. Empezaría a trabajársela sin pérdida de tiempo.

Kate y Patrick estaban sentados en el gran sofá del salón tomándose un café cada uno. Patrick llevaba más de una hora hablando de sí mismo y Kate se lo permitía.

Todas las historias que sabía de él, verdaderas o imaginarias, no la habían preparado para aquel atractivo casi brutal que le rebosaba: el pelo castaño oscuro, que empezaba a mostrarse gris en las sienes, le daba un aire distinguido y suavizaba los rasgos angulosos. De piel oscura y labios carnosos, tenía unos ojos de un azul oscuro penetrante y en su modo de moverse, Kate notaba que era un hombre que había sabido cuidar bien de sí mismo a lo largo de los años. Solo una ligera barriguita traicionaba su edad. Era un hombre muy atractivo. Demasiado atractivo, en realidad, para su propio bien. Y Kate sintió una ligera sospecha de que en cualquier otra circunstancia, aquel hombre se hubiera ocupado de que se diera perfecta cuenta de ello.

Patrick Kelly adoraba las mujeres. Pero en realidad solo había amado a dos con toda su alma y su corazón. A su esposa Renée y a su hija Mandy. Mandy, que yacía ahora en un depósito de cadáveres esperando a ser diseccionada por el bisturí del forense.

Kate cerró los ojos. La voz de Patrick sonaba como un sonsonete profundo en sus oídos. Toda aquella infelicidad y aquella confusión que brotaban a chorros, como de una presa.

Patrick se levantó del sillón y cogió una botella de coñac. Volvió con ella y con dos copas de cristal de Waterford. Eran de la mejor calidad, como todo lo que había en la casa, pero mientras servía dos medidas generosas, Kate pudo darse cuenta de que el dinero significa muy poco cuando no tienes con quien compartirlo.

—Mi madre se dedicaba a lavar en casa, sabe. Mi padre se había dado el piro años antes y nos dejó a mí y a mis cuatro hermanas con ella. Mi madre trabajaba como una negra para darnos una vida decente, pero no podía hacer mucho, como entonces nos pasaba a todos, porque no había educación ni trabajos decentes. Encontré a mi viejo hace unos pocos años —continuó—. No había ido más allá del norte de Londres. Se lo había montado con una pájara que andaba en el rollo. Y lo mantenía con un estilo al que se había acostumbrado más que deprisa. En sus tiempos, era un tío guapo. Total, que fui a verlo y le dije que era su hijo. Y el tío me sonrió y me preguntó si llevaba dinero. Ni siquiera se le ocurrió preguntar por mi madre o mis hermanas. Ni de pasada.

»Pero se lo dije. Le dije que madre había muerto de un derrame masivo, que había estado años jodida con el reuma de tanto lavar la ropa sucia de otros, pero el tío no mostró el menor interés.

Kate vio cómo dejaba caer la cabeza sobre el pecho.

—Todos aquellos años que mi vieja había estado esperando a que volviera y el cabrón no pensó en ella ni siquiera una vez —concluyó.

—¿Y qué hizo usted? —dijo Kate en voz baja.

—Le di una hostia. Fui dándole golpes por todo aquel cuarto tan pequeño. Un viejo, y yo dándole... a mi propio padre. Después, cuando me marchaba, le di cincuenta billetes. Se los tiré encima de la cama. Le dije que eso era todo lo que iba a sacarme en su vida. Todavía veo cómo se arrastraba por encima de la cama. Tenía sangre por la cara, pero agarraba el dinero como un perro un hueso. En ese momento lo aborrecí.

»Me vine a casa y eché una mirada a mi Mandy y me di una palmadita en la espalda —continuó—. Ah, sí, pensé, mi niña nunca jamás sufrirá penas como esas. Pero al final ha acabado con un dolor todavía peor del que yo hubiera podido producirle. Algo muchísimo peor.

Sorbió por la nariz ruidosamente.

—Bueno, sea quien sea ese perverso, lo cazaré. Ya he puesto a unos cuantos hombres a husmear por ahí, y en cuanto lo encuentre... —dejó la frase en el aire.

—Será mucho mejor que nos deje encontrarlo a nosotros, señor Kelly.

Patrick se rio con un sonido duro y amargo.

—Debe de estar pirada, como dicen los jóvenes. ¿Se cree de verdad que voy a dejar que caiga en manos de esos inútiles de asistentes sociales y todas esas buenas almas caritativas? ¿Lo cree? ¿Se piensa que voy a dejar que se lo lleven a cualquier confortable hospital de alta seguridad para que se pasee libremente por los jardines y que tenga una televisión y un vídeo en la habitación? ¿Donde pueda arreglárselas para salir de allí al cabo de un par de años y terminar trabajando en un hogar infantil o algo así? Ni hablar, bonita —se respondió—. Tengo intención de ver cómo paga cara la muerte de mi hija y de esa otra mujer. Tenía tres niños pequeños, me cago en la puta. Sea sincera, ¿piensa en serio que ese tipo tiene derecho a vivir mientras mi niña se pudre bajo tierra? De ningún modo.

Kate agachaba la cabeza porque en cierto modo coincidía, aunque fuera a regañadientes, con lo que decía Kelly. Estaba muy bien eso de tener principios elevados, decir que si recurrías a la violencia, no hacías otra cosa que ponerte al nivel de los animales. Pero lo que Patrick Kelly decía, a ella le tocaba la fibra sensible. También ella tenía una hija. Y no obstante, por otra parte, había dedicado su vida a la idea de que la justicia solamente podía implantarse a través de los procedimientos adecuados.

Encontraría al violador de Grantley y cuando lo encontrase, lo encerraría. Eso decía la ley y por eso le pagaban. Le parecía comprensible el mal genio de Kelly, sus deseos de destrozar a aquel hombre, y era natural que tuviera esos sentimientos. Pero por mucho que simpatizara con él, nunca podría estar de acuerdo.

No se puede oponer violencia a la violencia. Aquel hombre, fuera quien fuese, era un enfermo. Un enfermo mental. Era necesario apartarlo de la sociedad. Y cuando lo encontrase —no si, sino cuando— lo quitaría de en medio definitivamente.

Todas las monedas tienen dos caras. Cuando Kelly se tranquilizara, también él

comprendería todo eso.

O al menos, eso esperaba. Oía la respiración fuerte de Kelly y lanzó un suave suspiro que le recordó que aquel hombre había perdido su más preciada posesión.

—¿Qué hora es? —preguntó finalmente Kelly.

—Las doce menos cuarto.

La miró con tristeza.

—Perdóneme. La he apartado de su familia, y precisamente esta noche tan especial.

—No se disculpe, señor Kelly.

Tenía la cara al lado de la suya y Kate sintió en su interior una absurda sensación, un revoloteo. Como si acabase de correr una larga carrera y ya no le quedase aliento.

—Este es mi trabajo, sabe...

Patrick Kelly miró a los ojos castaños de Kate. La tristeza les daba una belleza añadida. Y sintió como si todo el misterio femenino se ocultase en aquella profundidad.

A la una y cuarto, Kate estaba en la comisaría de Grantley. Kelly había puesto el coche a su disposición, así que hizo que el chófer la llevase al hospital para recoger el suyo. Cuanta menos gente supiese cosas de ella y Patrick Kelly, mejor. De todos modos, razonó en su cabeza, ¿qué había que saber? Había consolado a aquel hombre en sus horas de aflicción, eso era todo. Pero Kate sabía que era algo más que eso. Al menos por su parte. Apartó aquella idea de la cabeza, molesta consigo misma. Era un hombre que sufría y nada más.

En la sala de incidencias, Amanda, Willis y el superintendente Ratchette estaban trabajando.

—He estado con Kelly, y está muy afectado. Nunca pensé que pudiera decir algo así, pero me da lástima ese hombre.

—Bueno, Kate, no tenemos ninguna novedad, excepto que también vieron el coche, el Orion azul oscuro que estaba en el descampado, circulando cerca de Portaby Road esa misma noche, un poco antes. Una mujer que estaba paseando a su perro dijo que dio la vuelta en redondo cerca de ella y que por eso se acordaba. Así que por la mañana lo primero de todo será ir a hablar con esas personas.

—Bien. Me ocuparé.

Ratchette alzó una ceja.

—Deje que alguno de los jóvenes haga lo que les toca. Hoy es el Boxing Day. Es fiesta y usted se ha ganado un descanso.

Kate meneó la cabeza con fuerza.

—No, lo haré yo, señor. Quiero que cojamos a ese cabrón.

Willis y Dawkins la miraron con curiosidad. Prácticamente nunca soltaba un taco.

—Amanda, ¿podrías traerme un café, por favor? Solo con un montón de azúcar. Willis, usted puede ir contándome todo lo que haya ocurrido aquí hoy.

Willis cogió la carpeta en la que estaba trabajando y se la acercó a Kate.

Ratchette la observó de cerca. Había estado bebiendo, eso era más que evidente. Pero había alguna cosa más..., aunque no podría decir exactamente qué. Bueno, ya saldría a relucir cuando hicieran la colada, como le gustaba decir a su mujer.

Capítulo Nueve

Para pasar la fiesta del Boxing Day, Elaine y George habían ido de paseo por Grantley Woods. Al pasar en el coche por Vauxhall Drive, George sonrió para sus adentros. Se preguntó por un instante qué haría Elaine si se enterara de que él era el Destripador de Grantley.

Por el momento, sin embargo, ella solo estaba interesada en sus vacaciones con las chicas y en sus dos noches libres a la semana. George sabía que estaba un poco resentida por lo interesado que estaba él en que tuviera una vida social propia. Se ve que ella pensaba que era un acto de egoísmo por parte de George. No podía estar más equivocada.

Las noches que Elaine salía con sus amigas, él lo hacía a patrullar. Le gustaba esa palabra. Patrullero, patrullar, patrulla. Tenía algo que ver con proeza, otra de sus favoritas. Mientras Elaine andaba por ahí callejeando, él podía patrullar en paz o ver sus vídeos sin interrupciones. Había quedado con ella en que lo llamase cuando quisiera volver a casa, que él iría a recogerla para asegurarse de que no corría peligro.

Sonrió de nuevo. En realidad, todo lo que él quería saber era cuándo volvía para así poder despejar el terreno. Aquellas salidas suyas habían hecho maravillas en su matrimonio. Ahora, cuando estaban en casa, tenían orquestada una especie de tregua. Él no la molestaba y ella cerraba aquella boca de todos los diablos. Ojalá lo hubiera hecho años antes.

¡A tomar por el culo Elaine! Sonrió otra vez. Ni pensarlo. Elaine no le permitía siquiera tener lo que llamaba sexo normal.

—George, ¿en qué estás pensando?

Lo miró con mirada escéptica. No soportaba aquellos largos silencios suyos. Aparcó el coche delante de casa y le sonrió.

—Estaba pensando sencillamente en lo afortunado que soy por tener una esposa como tú.

Elaine se apoyó bien en el asiento del coche para poder verlo mejor.

—¿De verdad, George?

—De verdad. Eres una buena esposa, Elaine.

—Oh. Bueno, pues gracias.

Salieron del coche y George notó que ella no le devolvía el cumplido.

Elaine subió por el sendero del jardín y él fue tras ella. Al abrir la puerta de entrada, el teléfono empezó a sonar y salió corriendo a contestarlo.

George se despojó de su Burberry y lo colgó en el armario del recibidor.

—¡Es tu hermana Edith desde América!

George cogió el teléfono.

—¡Hola, Edith! —había verdadero afecto en su voz. Siempre había estado muy cercano a ella. Los dos habían sufrido los embates de la lengua de su madre y tenían una afinidad natural.

—Hola, Georgie. No podía dejar de llamarte, ¡feliz Navidad!

—Y para ti también, querida, y para Joss. ¿Cómo están los chicos?

Elaine sonrió al ver la felicidad de George. Sabía Dios que aquel pobre hombre no había recibido prácticamente nada de su familia, y también a ella le gustaba Edith desde siempre. Tenía la misma manera de estar de George, una especie de comportamiento tristón que en una mujer resultaba atractivo, mientras que en un hombre como George era irritante. Elaine fue a la cocina y preparó dos cafés irlandeses. ¡Qué coño! Era Navidad. Cuando George terminó de hablar por teléfono, fue radiante a su lado.

—Te manda su cariño y dice que quiere que vayamos a verlos y nos quedemos con ellos.

Edith los invitaba todos los años. Elaine se mordió el labio un instante con la cara redonda pensativa.

—Podemos ir este año que viene, ¿no crees, George? Nos lo podemos permitir sin problemas, y Edith y tú siempre habéis estado muy unidos. Para nosotros serían unas vacaciones fantásticas.

George captó su excitación.

—Sí, iremos. Oh, Elaine, tenemos que ir. —Contempló su cara emocionada y casi sintió amor por ella.

—Pues bien, George, entonces me ocuparé de todo después de vacaciones. Y ahora voy a ver la película. ¿Vienes?

—Dentro de un ratito, amor mío. Creo que me tomaré el café aquí y prepararé algunos planes.

—Bueno, vale. —Y se marchó radiante de la cocina.

George se sentó ante la mesa blanca de formica y sonrió. Luego se acordó de lo del despido. Apretó los puños. Elaine todavía no sabía que iba a perder el trabajo. El dinero del despido sería una buena cantidad, pero no era lo mismo que tener un salario fijo.

Se animó. ¡Podía poner el dinero de la indemnización en una cuenta distinta! Luego, volvió a desanimarse. ¿Dónde podía pasarse todo el día? No, Elaine lo descubriría. Siempre descubría las cosas. No tenía más remedio que ir y contarle la verdad.

No obstante, se irían a Florida a ver a Edith. Eso estaba más que decidido.

Recordó a Edith cuando era una muchachita. Era una preciosidad. No demasiado alta, se había desarrollado muy joven. Tenía el mismo pelo castaño parduzco de George, solo que en ella se veía bonito. Tenía unos suaves rizos que de algún modo hacían que pareciera más suave. Tenía una piel blanca de porcelana que dejaba ver perfectamente las venas azules, especialmente en lo alto de los pechos. Tenía unos bonitos ojos grises con grandes párpados que le daban un aire sensual, una boquita de capullo y mejillas redondas, suaves y rosa. Su madre siempre había odiado a Edith. Y entonces, un día se marchó. Solo George sabía que se había escapado a Brighton con

un viajante, pero la madre sospechó lo suficiente y le sacó a correazos por dónde andaba su hija. Y él tuvo que delatar a su hermana, pobre Edith. La escena de cuando Nancy apareció en el hostel Shangri-La debió de ser algo terrible. Como siempre, su madre se salió con la suya. Edith estaba embarazada y sola, el viajante la había abandonado cuando le contó que estaba en estado.

¡Y cómo se lo hizo pagar la madre! ¡Oh, cómo! Le producía un gran placer reprochárselo a Edith a la más mínima oportunidad. ¡Aquella madre que juraba a todo el mundo que adoraba a sus hijos!

Edith había ido adelgazando mientras otras mujeres embarazadas florecen. Llegó a parecer un espectro: toda su vitalidad y su capacidad de lucha fueron desapareciendo gradualmente. Y luego, cuando por fin se puso de parto, a Edith la dejaron en su habitación para que diera a luz sola, sin más ayuda que las reprimendas que le lanzaba su madre. George se había quedado sentado fuera escuchando.

—Todos los niños llegan al mundo con dolor, Edith, pero ninguno con tanto dolor como un hijo bastardo.

Apretó los dientes. Entonces solo tenía trece años, pero lo único que deseaba era irrumpir en aquel dormitorio y tumbar a su madre de un buen golpe. Los gritos y gemidos de su hermana le llegaban al alma. Estuvo allí sentado toda la noche y parte del día siguiente hasta que por fin oyó un ligero maullido como de un gatito y supo que después de tanto dolor el niño había nacido sano y salvo.

Edith adoraba a la criatura. Lo quería con todo su alma y su corazón. Pensaba en su ignorancia que su madre le permitiría quedarse con él porque nunca habían hablado de darlo en adopción. Creía en el fondo de su corazón que Nancy se ablandaría ante ella y el niño una vez que hubiera dado a luz, y que les haría un rinconcito en su corazón. Pero no fue así. Cuando el niño tenía dos meses, vinieron a llevárselo. Una mujer grandota de una agencia de adopciones, con unos ojos azules duros y acerados y un sombrero con cerezas, y otra mujer más pequeña, más amable, con ojos acuosos y una gran carpeta gris. Edith había chillado, suplicado y mendigado de rodillas, pero su madre no iba a ceder. Disfrutaba con aquello.

Al final, la mujer grande con las cerezas en el sombrero arrancó de los brazos de su madre a la criatura en pleno llanto, arrastrando a la pobre Edith unos cuantos pasos con ella hasta que cayó sollozando sobre el linóleo. Y así se acabó todo. El hijo de Edith desapareció de la casa y de su vida. Y allí se quedó ella, desolada, con el corazón partido. Al día siguiente, George vio que su madre obligaba a Edith a beberse una taza de té frío cargado de sal de frutas para ayudar a que se le cortase la leche de los pechos. Y ese día acabó odiando a Nancy. Cuando pocos años después Edith conoció a Joss Campbell, se alegró muchísimo por ella, porque Joss era mayor que Edith y era algo más que un rival para Nancy. Cuando su madre le contó lo del hijo ilegítimo, como siempre había contado a cualquier hombre que se interesara por Edith, Joss se limitó a sonreír. Sonrió y dijo que la querría bajo cualquier circunstancia. Solo por aquella frase, George adoró a Joss.

Sí, iría a ver a Edith. Aunque le costase hasta el último penique del dinero del despido. Ya tenía cincuenta y un años y Edith cincuenta y cinco, la vida se iba gastando, y quería verla antes de que fuera demasiado tarde.

Se bebió el café, que ya estaba frío, y agradeció el *whisky* que Elaine le había echado.

En algún lugar del mundo había un hombre, un hombre de treinta y ocho años que probablemente estuviera casado y tuviera hijos propios. El cual, y a causa de la mente perversa de su abuela, nunca llegaría a conocer a aquella mujer dulce y cariñosa que le había alumbrado.

George lavó cuidadosamente la taza y el platillo y los colocó en el escurridor de plástico. Luego, se unió a Elaine para ver la película. Pero toda la velada siguió pensando en Edith.

Kate miró el reloj. Las seis menos cuarto. Llevaba entrevistando a gente desde las nueve de esa mañana y estaba cansada. Se sentó en el coche, puso la calefacción mientras iba escribiendo sus comentarios en un papel. El hombre al que acababa de entrevistar, un tal Liam Groves, no estaba demasiado contento de que lo interrogasen el Boxing Day. Y no le impresionó nada su explicación de que se trataba precisamente de eliminarlo de las pesquisas. De hecho, le había dicho con palabras más que claras que fuera y se multiplicase. ¡Solo que no con las palabras de la Biblia!

Terminó de apuntar cosas y repasó la lista de sospechosos. Peter Bordez, Geoffrey Carter, John Kranmer..., la lista todavía tenía más de cincuenta nombres. Decidió que ya estaba bien por hoy.

Puso la carpeta en el asiento del pasajero y arrancó el coche. El pequeño Fiat salió a toda prisa y Kate puso la radio. «He visto a mamá besar a Santa Claus», trompeteó. Frunció el ceño y la apagó; este año no estaba para navidades. Tal vez el año siguiente estuviera en condición de disfrutarlas.

Dan había tenido la ocurrencia de llevar a Lizzy y a su abuela a un musical navideño. Lo que le dejaba el Boxing Day libre para seguir avanzando en su trabajo. Se aferró al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Fue observando las casas de las calles, mirando los árboles de Navidad que se veían por las ventanas alegremente iluminadas, los adornos que colgaban de los techos. Sabía que detrás de una puerta semejante, en alguna parte, el destripador de Grantley estaba sentado junto a la chimenea atiborrado de cosas ricas de Navidad. Podría incluso tener niños sentados a sus pies, o que su mujer hubiera dedicado un pensamiento de simpatía a las familias de las mujeres asesinadas, sin imaginarse que el hombre con el que estaba casada era quien había perpetrado los crímenes.

Kate deseó haber estado en el teatro. Deseó estar riendo y haciendo bromas y gritando «¡Detrás de ti!» y «¡Oh, no, tú no!» a la dama del escenario. Deseó estar en cualquier sitio que no fuera Grantley en ese momento.

Dan estaba haciendo todo cuanto podía por ayudarla y se lo agradecía. Al menos esta Navidad no había tenido que sentir remordimientos porque Lizzy no tuviera ni a

su padre ni a su madre con ella. Oh, Evelyn estaba bien, adoraba a su nieta, pero a veces Kate sentía una punzada de remordimiento por tanto tiempo como pasaba separada de Lizzy. En realidad, era como un chiste, porque si hubiera sido uno de los policías varones ni siquiera se le hubiera ocurrido pensarlo dos veces. Pero como era mujer, tenía que hacer equilibrios entre la vida doméstica y el trabajo en la policía con precisión de experta. Se consoló pensando que su hija lo entendía. Y Lizzy, bendita sea, lo entendía de verdad.

Sabía lo importante que era el trabajo de Kate. Que aquello era lo que mantenía un techo sobre sus cabezas y que además hacía un servicio a la comunidad. Cuántas veces había aparecido Kate en el salón de actos del colegio cuando ya era tarde para el acontecimiento, y con su chófer al lado aguantando con disciplina y muy apurado las payasadas infantiles del escenario. Pero sabía que Lizzy agradecía que apareciera y que su reputación como inspectora detective no se deterioraba por el hecho de ser madre. Al contrario, los miembros del DIC la admiraban. En fin, si tenía que ser sincera, solo los de más edad.

No obstante, hoy estaba acabada. Ya había tenido bastante. Aquella investigación podía con ella. Cuánto daría por tener un regazo cálido y amoroso en el que reposar la cabeza. No iba tan lejos como decir un hombre cálido y amoroso con el que meterse en la cama, pero tampoco eso estaba tan lejos de su pensamiento. La llegada de Dan había despertado toda su sexualidad adormecida. El sexo con él siempre había sido bueno. De hecho, había sido maravilloso. El problema era que a Dan le gustaba tanto que era partidario de llevarlo a la práctica por todas partes y eso a Kate no le parecía bien. En absoluto.

Se paró en el cruce donde tenía que girar para ir a casa y, en vez de torcer a la derecha, como hacía normalmente, fue a la izquierda hacia las afueras de Grantley. Hacia la mansión del siglo XVIII que pertenecía a Patrick Kelly.

Decidió que se dejaría caer por allí a ver cómo se encontraba.

Patrick Kelly estaba sentado en la cama de su hija. La sentía a su alrededor. La alcoba olía a su perfume almizclado; en el suelo, junto a la cama, estaba su diario. En la mesa del tocador de dentro del amplio mirador, todos sus cosméticos y lociones permanecían como ausentes, como si supieran que nunca más iban a ser usados. Y allí, bien sola, se alzaba una gran fotografía enmarcada de Renée, Mandy y él. Los tres reían. La habían tomado en Marbella, justo antes de la muerte de Renée. Y ahora las dos habían desaparecido. Volvió la cabeza al oír unos golpecitos en la puerta. Era Willy.

—Esa tía detective está abajo, la metí en el salón.

—Gracias, Willy, ahora mismo voy. Di en la cocina que preparen una bandeja con café, ¿quieres?

El hombre asintió y salió de la habitación. Patrick se puso en pie lentamente y salió también. Bajó la escalera con los hombros encorvados como si soportase un gran peso y Kate vio cómo se ponía derecho. Avanzó hacia ella con las manos por

delante, y ella se las cogió con afecto antes de pensar qué estaba haciendo.

—Señora Burrows. Encantado de verla.

Kate sonrió.

—Pasaba por aquí y pensé entrar a ver cómo se encuentra.

Los dos sabían que aquello era una mentira. Nadie «pasaba por aquí» si era la casa de Patrick Kelly.

—Es muy amable de su parte. He pedido que nos traigan café.

Kate lo siguió a la sala de estar. Había un gran fuego en el hogar y el cuarto estaba caliente y agradable. Era un poco como retroceder cien años. Kelly se sentó en el sofá junto a ella y sonrió con tristeza.

—La verdad es que me alegro de la compañía. Mi hermana no sirve de nada en estas ocasiones. Le he dicho que la vería en el funeral, aunque me supongo que va a tardar un tanto. Pero necesito compañía. Mis amigos, o la gente a la que llamo mis amigos, no son gente cercana de verdad. Y hasta ahora nunca me había dado cuenta de que en realidad tengo muy poca gente en la que puedo confiar. Solo mi hija y mi mujer cuando estaba viva.

Kate observó su cara demacrada, tan distinta de la tersura rubia de Dan.

—En mi trabajo veo muchas desgracias; muchas veces es difícil poder desconectar.

Siguieron sentados juntos en el sofá.

—¿Y qué hay de su familia? ¿No estarán preguntándose dónde anda usted en un día de fiesta como hoy?

—Mi hija tiene dieciséis años, y hoy mi exmarido se la ha llevado al teatro, a ella y a mi madre. —Vio que un destello de dolor cruzaba la cara del hombre cuando la oyó hablar de Lizzy e imaginó que estaba pensando en su propia hija. Se apresuró a decir—: Así que ahora tengo un par de horas para mí.

Patrick Kelly notó la soledad que subyacía en la voz y supo instintivamente que eran dos cartas del mismo palo. Solitarios que trabajaban y trabajaban y que al final del día no tenían nada más que sus familias. Y cuando ya no había familia, entonces no tenían a nadie a quien mostrar todo su esfuerzo.

—¿Ha comido algo hoy?

Kate negó con la cabeza.

—No, nada desde esta mañana.

—¿Entonces por qué no come algo conmigo? Me agradaría tener compañía y a la señora Manners le queda pollo suficiente para mantener al tercer mundo y a los pobres albanos. A no ser que tenga usted que volver, naturalmente.

—Eso suena estupendo. Me encantaría tomar algo con usted, señor Kelly.

—Patrick..., me llamo Patrick. Bien, entonces, iré a arreglarlo todo.

Kate se sintió desmesuradamente complacida con aquel ofrecimiento, aun cuando era lo bastante lista como para saber que procedía del deseo de tener alguna compañía, más que la suya específicamente. Todavía le excitaba estar allí. Jugueteo

muy consciente con su pelo, se atusó la ropa. Deseó haber llevado puesto el traje nuevo, pero se consoló de que por el momento a él no le importaba mucho su aspecto.

Willy trajo el café y le sonrió. Kate le devolvió la sonrisa, pero por dentro se estremeció. Aquel hombre parecía salido de la peor pesadilla. Le faltaba media oreja, y era evidente que le habían partido la nariz unas cuantas veces. Él sonrió con su boca sin dientes.

—¿Quiere que se lo sirva, guapa?

Kate negó con la cabeza.

—Ya lo haré yo, gracias.

Willy pareció aliviado y salió de la sala. Apareció Patrick Kelly. El tentempié estaría listo dentro de veinte minutos. Dejó a Kate con su café y se metió en la biblioteca para llamar por teléfono.

Dimitrios Brunos, un griego de Londres, era uno de los mejores «gorilas» del West End. Era también uno de los más violentos.

—¡Señor Kelly! ¿Cómo está usted? —la voz tenía un tono servicial.

—Escúchame con cuidado y haz correr lo que te digo por todas partes. Mi Mandy se ha muerto así que ahora subo la apuesta. Hay medio kilo para el que me encuentre al hijoputa, ¿vale?

Patrick oyó una brusca inspiración de aliento y sonrió con tristeza. Aquello podía dar resultado.

—Además, yo personalmente me voy a poner a buscar a ese mierda, así que calculo que entre todos nosotros lo encontraremos. El que me consiga su nombre, se lleva la pasta, ¿OK?

—Sí. Le ruego que acepte mi más sincero pésame. Su hija era una...

—Sí, sí, vale, Dimitrios. Yo todavía no he llegado demasiado lejos. Tú haz que todos los demás se enteren de lo que hay.

Patrick colgó el auricular y cerró los ojos con fuerza. Iba a rastrear a aquel hijoputa hasta el final. Lo encontraría y se lo haría pagar, aunque fuera la última cosa que hiciera en su vida. Se puso derecho, cuadró los hombros. Lo primero que haría al día siguiente sería llamar por teléfono al jefe superior para pedirle copia de todo lo que fuese descubriendo la bofia. Patrick tenía intención de cazar él primero al sospechoso.

Volvió junto a Kate y se sentó a su lado. Aunque fuera de la poli, pura bofia, confiaba en ella por algún motivo. Tenía la misma calma y serenidad que su Renée.

Y eso a Patrick le gustaba.

Elaine y George habían abierto una botella de vino. Elaine estaba achispada y estaban viendo en la televisión una película cómica. Las cortinas estaban descorridas y la luz de la farola envolvía en un fulgor hogareño la habitación. Para ser justos, pensó George, Elaine era un ama de casa ejemplar. En todos sus años juntos, nunca le había faltado una camisa planchada o una muda interior limpia. Sus trajes siempre

iban a la tintorería cuando tocaba y no dejaba de hacerle nunca la comida. Había que admitir que la cocina de Elaine dejaba bastante que desear muy a menudo, pero por lo menos trabajaba a conciencia. Una buena mujer.

Su madre, fueran cuales fueran sus defectos —y eran legión—, había sido igual en cuanto a las labores del ama de casa. La odias o la amases, sus hijos siempre estaban bien alimentados. Y se aseguraba de que fueran los mejor vestidos, los más limpios y los más listos. Su casa era la mejor amueblada, limpia siempre como los chorros del oro. Se sentía orgullosa de sus cortinas de encaje de Nottingham, de las camas de madera... George pegó un salto.

Elaine le había pasado el brazo por los hombros. La miró por el rabillo del ojo. Y ahora apoyaba la cabeza en su hombro.

¡Dios santo!

—Vamos a darnos un beso, George —le dijo en voz queda, turbada.

George se concentró en la pantalla. Bette Midler y Danny de Vito se estaban peleando. La película se titulaba *Por favor, maten a mi mujer*. ¿Matar a su mujer? Él estaba por la labor. ¿No lo había demostrado?

—Venga, George, vamos a darnos un beso. —Elaine volvió la cara en redondo y plantó una boca mojada y pegajosa sobre la suya.

George la besó también. No sabía qué otra cosa podía hacer. ¡Por primera vez en más de dieciséis años, Elaine daba alguna señal de interés por él! Sintió un escalofrío.

—He tenido un día fenomenal, George. Un día fenomenal. Y el año que viene por fin va a ser un buen año. Trescientos sesenta y cinco días de felicidad. Me iré de viaje contigo, a Florida, a ver a nuestra Edith. Y yo también me iré a España con las chicas.

A Elaine ya le costaba trabajo pronunciar las palabras y George supuso que si se quedaba quieto acabaría durmiéndose. Le pasó el brazo por los hombros con cierta dificultad y la apretó contra él. Ella se arrebuja y cerró los ojos.

Por favor, Dios mío, haz que se duerma.

La plegaria fue atendida. En pocos instantes, el vino, el calor y las emociones del día pudieron con ella y empezó a roncar suavemente dentro de su tupido jersey de trenzas.

George lanzó un gran suspiro de alivio.

Estaba dispuesto a hacer muchas cosas para tenerla feliz, pero el sexo no estaba incluido.

Cogió el mando a distancia y cambió la televisión al vídeo. En la pantalla apareció Mandy. Había puesto el vídeo aquella noche más temprano, mientras Elaine hacía la cena. Y desde entonces estaba esperando a que se fuese a la cama. Ahora, bajó el sonido y contempló la acción de la pantalla. El elemento de riesgo le daba una emoción suplementaria.

Así que Mandy fue pasando por todo su ritual nocturno y Elaine roncaba y George estaba feliz con el dedo colocado encima del botón de cambiar a televisión del mando a distancia.

En cierto modo deseó, divertido, que Elaine abriera los ojos, pero estaba ciega de alcohol y dormía. Y George, simplemente, estaba allí sentado y miraba.

Kate había disfrutado mucho de aquel almuerzo tardío con Patrick Kelly. Se habían abierto el uno al otro. Y ahora estaba sentada junto a su propia familia y les oía contar la función de teatro.

—¡Sabes, mami, fue realmente divertido! ¡Tenías que haber visto a la dama! Daba muchísima risa. Estaba Joanie con sus hermanos. Nos sentamos juntos y nos lo pasamos fenomenal.

—Sobre todo teniendo en cuenta que decías que no querías ir —dijo Evelyn en tono jocoso—. «Soy demasiado mayor para estas funciones de Navidad, yo ya soy una adulta». ¡Y cuando estábamos allí era la que se reía más fuerte de todos!

—Siento habérmelo perdido.

—Papá estuvo muy divertido, no paró de hacer chistes. Ojalá hubieras estado allí, mami.

—También a mí me hubiera gustado, Lizzy. Suena fantástico.

—Y lo fue. Papá ha subido a darse un baño. —Lizzy miró el reloj de la cocina y soltó un gritito—. ¡Ay, Dios mío! Si no me muevo voy a llegar tarde.

—¿Y a dónde vas ahora?

—Ah, Joanie y yo nos vamos a una fiesta esta noche —se retorció un mechón de pelo entre los dedos—. Estoy segura de que ya te lo dije.

—No me dijiste ni una palabra.

—Ni a mí —dijo Evelyn con voz grave.

—Bueno, pues lo organizamos hace años y años, y Joanie va a venir a buscarme a las siete y media. De verdad que tengo que ir, mami.

Kate y Evelyn intercambiaron una mirada.

—Bueno, no recuerdo que nos hayas dicho nada del tema. ¿Dónde es la fiesta?

—Cerca de casa de Joanie, en la casa de al lado, no sé el número.

—Ya veo.

—¡Oh, mami, no lo digas así! ¡Tengo que ir y quiero ir! —la voz de Lizzy sonaba aguda y cercana a las lágrimas.

—Nadie ha dicho que no puedas ir... todavía.

Dan entró en la cocina con la bata puesta.

—¿Qué es todo este barullo?

Lizzy fue corriendo hacia él y él la rodeó con el brazo.

—Quiero ir a una fiesta y mamá no me deja ir. Y estará todo el mundo.

—Tu madre no ha dicho que no puedas ir, Lizzy, eso no es justo.

—¡Oh, abu, tengo tantas ganas de ir! Y entre todos no me convenceréis de que no.

—¡Ni lo pretendemos! Lo único que quiere tu madre es saber dónde es y quién va a estar.

—Yo la llevaré y la recogeré, ¿qué os parece?

Todos se quedaron mirando a Dan. Lizzy le dio un beso en la mejilla.

—Entonces, solucionado, iré a arreglarme. Caramba, mami, a veces el trabajo se te sube a la cabeza. Yo no soy una sospechosa, ¿sabes?

Su voz volvía a sonar feliz y Kate la miró salir corriendo de la habitación.

—Gracias, Dan. Un montón de gracias.

Dan abrió los brazos.

—¿Pero qué he hecho? Lo único que dije es que iría a llevarla y a recogerla. No hay nada malo en eso, Kate —fue contando con los dedos—: Primero, sabremos dónde es, y segundo, tenemos la posibilidad de decidir una hora razonable para traerla a casa. Tercero, echaré un vistazo para ver quién hay ahí. No veo dónde está el problema.

Salió de la cocina y Kate sintió el impulso de lanzarse sobre su espalda y arrancarle el pelo a tirones. No llevaba ni cinco minutos en la casa y ya estaba dando contraórdenes. Lizzy tendría permiso para hacer su santa voluntad mientras tuviera a su padre por allí, siempre era lo mismo, y luego, en cuanto desaparecía de nuevo, era Kate la que tenía que ocuparse de recomponer los pedazos y tratar de restablecer un poco de equilibrio.

Lanzó un profundo suspiro.

—Tiene razón, sabes, Kate. Ya no es ninguna niña.

—Oh, mami, no te subas tú también al carro. Es tan mayor que ha estado partiéndose de risa en una maldita función de teatro infantil no hace ni dos horas. No hace ni veinticuatro horas, he visto a una chica no mucho mayor que ella destrozada y a punto de morir en una cama de hospital. Hay un maldito maníaco por ahí suelto, ¡y me dices que ya es una adulta!

Evelyn puso la mano en el brazo de su hija.

—Eso no es todo lo que te preocupa, ¿verdad? ¿O sí? No, es que Dan te quite las riendas de las manos, eso es lo que ha armado este lío. Bueno, pues escúchame y escúchame bien. Eso no va a durar, como nunca dura. Pero no puedes impedir a esa niña que viva una vida normal. Estará con Joanie y sus otros amigos, y Dan va a ir a buscarla. Así que trágate el orgullo y no veas un enemigo en tu propia hija.

—Estaré encantada cuando se marche. Y es lo primero que va a hacer el día de Año Nuevo. ¡Eso te lo prometo, mamá!

—Él lo único que quiere es ver a su hija divertirse con sus amigos.

Kate suspiró ruidosamente.

—No empieces a ponerte de su lado, mami. Ya es bastante malo que Lizzy crea que el sol sale por donde su...

—¡Kate! —Evelyn le cortó aquel torrente de palabras—. Tendrías que oírte, jovencita.

Se sentó en la barra y encendió un cigarrillo. No era momento de recordar a su madre que tenía cuarenta años. Le habían estropeado aquella bonita tarde, y hubiera acabado por dejar a Lizzy ir a la fiesta, raramente le negaba nada a la niña. Pero que le arrebataran el poder de decisión de sus manos de esa manera era irritante y

absolutamente injusto.

Pero Kate sabía cuándo era más que suficiente, de modo que procuró tranquilizarse.

Dan dejó a Joanie y Lizzy delante de un adosado de aspecto respetable y tras un rápido beso en la mejilla de su hija, arrancó el coche y se fue contento con la forma en que había manejado el asunto. A Kate le vendría bien darse cuenta de que también él era capaz de ser responsable.

Lizzy entró en la fiesta con Joanie e inmediatamente se vio rodeada por una muchedumbre de chicos. Llevaba una falda negra muy corta y un top con el mínimo de tela que destacaba sus poderosos pechos. Joanie permaneció a su lado mientras reía y charlaba con los muchachos. Era una chica muy diferente de la que su madre y su abuela conocían.

—Bueno, venga, ¿alguien tiene algo de fumar?

Un chico alto y delgado con el pelo desgreñado le pasó un porro y Lizzy le dio una chupada inhalando profundamente aquella mixtura fragante.

—¡Mmm, huele como a sinsemilla! —dijo otra chupada más grande y retuvo el humo en los pulmones como diez segundos antes de soltarlo. Sus pechos temblaron y atrajeron la atención de todos los machos próximos.

—Llevo todo el día muriéndome de ganas de fumarme un porro. ¿Dónde están Ángela y Marianne?

—No vendrán hasta más tarde. Están intentando pillar unos éxtasis en Grays.

A Lizzy se le iluminaron los ojos.

—¡Fenomenal! Tengo que estar en casa a la una y media, así que tenemos mucho tiempo para divertirnos.

Todos se echaron a reír y Joanie sonrió incómoda. Desde que se habían juntado con esa pandilla, no se sentía demasiado feliz. Eran demasiado avanzados para ella, pero a Lizzy le encantaban. Le entusiasmaba tanta atención y excitaciones. Joanie iba un poco a rastras de ella, como siempre había hecho.

Una hora después, Lizzy estaba apoyada en la pared del jardín trasero con un chico de dieciocho años que se llamaba Joey Meeson. Le había subido el trozo de tela que pretendía pasar por una falda hasta ponérselo en la cintura y le metía mano por la parte de arriba de los muslos.

—¡Aquí no! —la voz de Lizzy sonó escandalizada.

Joey la miró y sonrió.

—Tienes que aprender a aprovechar cómo van las cosas, Lizzy.

Ella se bajó la falda y parpadeó deprisa. El cannabis y el vodka que había consumido le daban una sensación de ligereza.

—¿Es verdad que tu mami es de la pasma?

Lizzy soltó una risita.

—Puedes llamarla así. Es inspectora detective.

—¿De veras? Eso es demasiado.

—La verdad es que es estupenda.

—¿Y qué diría si supiera lo que estamos haciendo esta noche? —en su voz había auténtico interés.

—Probablemente ponerse como una moto total.

Los dos se echaron a reír y luego Joey volvió a besarla. Esta vez más suave.

—Hablando de subirse, ¿qué te parece si volvemos al asunto? Esta vez en el dormitorio —tenía la voz grave y ronca y Lizzy se sintió perdida. Era el chico más guapo que había visto en toda su vida.

—Eso sería fenomenal.

—Entonces, vamos. —Tiró de ella de la mano y la hizo cruzar la cocina y el vestíbulo llenos de gente y pasar entre los cuerpos que llenaban las escaleras.

Ya dentro de la habitación, Lizzy descubrió cuál era la idea que tenía Joey de pasar un buen rato.

Y Joey descubrió que Lizzy, la hija de una mujer policía, no era tan inocente como había creído al principio.

Capítulo Diez

Nochevieja

—¿Estás seguro de que podrás arreglártelas bien tú solo, George? —la voz de Elaine mostraba preocupación, pero en lo más profundo confiaba en que él decidiera no unirse a la partida. Los últimos días la había estado poniendo de los nervios. George sano y bien podía deprimirte, pero George enfermo era una pesadilla.

—Vete a la fiesta, querida, y saluda a todos de mi parte. La verdad es que estoy demasiado mal para salir esta noche.

Elaine soltó un suspiro de alivio.

—Bueno, si estás tan seguro...

George sonrió débilmente.

—Vete y pásatelo bien. Yo tengo un buen libro, un termo de sopa y mis pastillas.

Elaine le dio un beso en la mejilla.

—Entonces hasta luego. Puede que venga tarde —dijo con una risita.

George asintió. Al verla con su vestido nuevo, un modelo verde esmeralda relumbrante y ajustado y con unas hombreras enormes, George pensó que parecía un cruce entre un árbol de Navidad y un jugador de fútbol americano.

—Estás estupenda, Elaine. Vas a tener a todos los hombres queriendo bailar contigo.

—¡Oh, George! ¡Viejo tonto! —Elaine soltó otra risita como si fuera una colegiala que acude a su primera cita. Se le cayó el bolsito de mano y George frunció el ceño al verla esforzarse para recogerlo. Nada de un jugador de fútbol americano: una luchadora de sumo. Dios, mira que estaba horrenda con aquellos trajes apretados.

Fuera sonó la bocina de un taxi y Elaine salió corriendo del cuarto dejando un aroma a Estée Lauder y polvos para la cara.

—¡Adiós, George!

George escuchó satisfecho cómo sonaban sus pasos bajando las escaleras y el golpe de la puerta de la calle al cerrarse.

Se había ido.

Estaba solo.

¡Aleluya!

Siguió tumbado anhelante hasta que oyó que el taxi torcía al final de la calle, y entonces se levantó de la cama.

—Mire, señor Kelly, hoy es Nochevieja. El día de Nochevieja siempre nos vienen un montón de primos. Es una buena chica...

Kelly miró con dureza a la mujer que tenía delante. Violet Mapping llevaba cinco años al frente de aquel salón de masajes. Era una de las madamas más duras que

había conocido en su vida, y había conocido a unas cuantas, pero tenía un vicio: era tortillera y le gustaban las chicas jóvenes. Pero aquella jovencita no iba a trabajar en su salón de masajes hasta que estuviera preparada.

—Escúchame, Vi, consíguele un certificado a la chica y podrá trabajar aquí hasta que las gallinas críen pelo. Pero hasta que lo tenga, ni hablar.

—Oh, señor Kelly, pero usted sabe y yo también que ese papel es una puta mierda.

—No me importa lo que tú creas, Violet. Una vez que haya hecho el curso de masaje y tenga su certificado, podrá trabajar aquí, hasta entonces no.

Violet vio que la cara del hombre se endurecía y decidió que era mejor dejar correr aquella ocasión. Todo el mundo sabía lo de Mandy, era moneda corriente por las calles. Así que mejor no fastidiarlo ahora. Suspiró.

—Lo que usted diga, señor Kelly.

—Buena chica, Vi, tú sabes que las cosas van así. De modo que si te viene alguien raro, quiero que te quedes con nombres y direcciones, con todo el paquete. Y luego me los pasas a mí.

Violet resopló de la risa.

—¡Pero si son todos unos tarados del carajo, por eso vienen aquí!

Kelly meneó la cabeza con fastidio.

—Ya sabes a qué me refiero. Si hay alguien que quiera alguna cosa como un poco exagerada, o se pone violento con las chicas, quiero saberlo. ¿OK? Tú tienes las mejores manitas del gremio, Vi, sé que sabes distraer una cartera mejor que nadie que yo haya visto. Solo que después de pillarla y mirarla, la vuelves a poner en su sitio, Violet. ¿Comprendez?

La mujer entrecerró sus duros ojos azules.

—Hace años que dejé de birlar, señor Kelly, tendría usted que saberlo.

Ambos se estuvieron mirando durante unos segundos.

—Tú límitate a estar segura de que la cartera vuelve a su bolsillo, Vi, o te caerá una buena. Ya puedes volver a la recepción. Y por cierto, antes de que se me olvide, ¿cuántos años tiene esa palomita negra de allí?

Violet torció la boca hacia abajo y encogió aquellos flacos hombros.

—No lo sé.

Patrick Kelly se levantó.

—¿No lo sabes? Bueno, pues juzgando por su aspecto, le echaría unos quince, Vi, así que líbrate de ella. Cojones, te pago para que lleves este tugarío. ¡Casi sería mejor que lo llevara yo mismo!

—Vale, vale, tampoco hace falta ponerse de los nervios. Lo arreglaré, ¿vale?

—Bien.

—Siento mucho lo de su Mandy, Pat, lo siento de corazón. Todos lo sentimos — ahora su voz sonaba suave. Llevaba años trabajando para y peleando con Patrick Kelly. Era un buen jefe. Justo pero duro. Su hija era toda su vida. Eso lo sabían todos.

Kelly bajó los ojos.

—Gracias, Vi.

—Bueno, lo mejor es ir de cara, más vale que vaya y le dé las malas noticias a mi amiguita —su voz había vuelto a ser fuerte y agresiva.

—Hazlo, muchacha, y en cuanto tenga el certificado puede trabajar aquí hasta deslomarse.

—Le diré a Vinny Marcenello que me arregle uno.

—Sácalo de donde quieras, cariño, pero mientras no lo tenga, no trabaja. Y lo digo en serio, Vi.

—¡Vaya si lo sé! —otra vez el tono agudo. Se marchó del despacho.

Kelly continuó revisando los libros, pero tenía la cabeza en otra parte. Finalmente, se levantó de la mesa y salió a la recepción del salón de masajes. Alrededor de las paredes estaba lleno de butacas tapizadas de terciopelo. Y en ellas estaban despatarradas mujeres y chicas de todos los colores, credos, tipos y tamaño. Cuando Patrick pasó entre ellas todas se sentaron bien derechas.

Las saludó con la cabeza sin fijarse en ellas. Luego, torció a la izquierda y entró por una puerta a la parte de atrás del salón. Allí era donde estaban los cuartos. Caminó en silencio por la gruesa alfombra hasta llegar a la última de las habitaciones, y escuchó.

Una voz infantil flotó en el aire detrás de la delgada cortina.

—¿Desea algún extra, señor?

—¿Cuánto me clavarás por eso?

—Bueno, un alivio manual son quince papeles, un francés veinte, y el completo sube a cuarenta y cinco.

Patrick oyó que el hombre se reía.

—¡Pues apunta un servicio completo, muchacha!

Patrick movió la cabeza y regresó a la recepción. Por algún motivo, aquella voz infantil le había puesto nervioso. Sabía quién era la chica. No tenía más que diecisiete años y parecía de doce. Era rubia, como su Mandy, excepto que al contrario que Mandy, nunca había tenido una sola oportunidad en su vida. Salió del pequeño pasillo, cruzó la recepción y se fue al coche.

No empieces a volverte blando, muchacho, se dijo. El puterío es el oficio más antiguo del mundo. Si no trabajan para ti, trabajarán para cualquier otro.

Subió a la parte de atrás de su Rolls y dio unos golpecitos en la ventanilla. La voz de Willy sonó por el interfono.

—¿A dónde, Pat?

—Ahora, a Forest Gate. Quiero ver cómo le van las cosas a Juliet.

El coche arrancó con un ronroneo y Kelly se relajó en su asiento. Pero aquella voz infantil seguía resonándole en la cabeza.

—¡Para el coche!

—¿Que haga qué?

El coche se paró en medio de la calzada con un gran chirrido. Patrick Kelly se bajó de un salto y salió corriendo hacia el salón de masajes.

—Oye, Vi. Te quiero en el despacho como un rayo.

Violet fue tras él.

—¿Sí, qué pasa? —la voz volvía a sonar beligerante.

—Esa chiquita rubia, ¿cómo se llama?

—¿Marlene?

—Sí, Marlene. Bueno, pues está haciéndole un completo al cabrito.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que quiero que eso se acabe. De ahora en adelante aquí no vuelve a haber sexo completo, ¿vale? La bofia no puede tocarnos si las chicas no se abren de piernas.

Violet se quedó mirando a Patrick como si se hubiera vuelto loco.

—¿Pero tú te has vuelto majareta? Si hacemos algo así, no habrá ni una sola chica que trabaje aquí. ¡Anda la hostia!, a ver, ¿si tuvieras que escoger entre un buen buche de lefa o una pilonada, qué escogerías?

Kelly puso mala cara.

—No seas tan asquerosa, Vi.

La mujer abrió los brazos.

—Solo estoy señalando los hechos, colega. Con las normas de ellos, no tendríamos aquí ni una puta, y bien que lo sabes. Se nos acabaría la clientela más deprisa que la cerveza gratis en una juerga.

Kelly se sintió mareado.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas un poco, Pat? Todas estas preocupaciones que has tenido, todo eso te ha revuelto la cabeza.

Se sintió como un tonto.

—Puede que tengas razón, Vi.

—Escucha —dijo Violet con voz suave—. No somos asistentes sociales, macho, esto es un negocio. Esas chicas de ahí van a poner el chocho hagamos lo que hagamos. Es lo único que saben hacer, así que déjales que lo hagan.

—No sé, Vi, hay por ahí un montón de esos maníacos de los cojones. Mira lo que le pasó a mi Mandy.

—Bueno, déjame que te diga una cosa. Esos degenerados siempre escogen a buenas chicas inocentes. No quieren saber nada de fulanas. Les gusta la pelea. Igual que todos esos señoritos pijos que vienen por aquí, todos quieren que les den con la vara. Te lo digo yo, Pat, mira, nos vamos allí atrás, al jardín, y cortamos una vara de la puta forsitia y luego les ponemos el culo de todos los colores a esos maricones. Así que si no nos pagan a nosotros irán a pagarle al paqui de más abajo.

Kelly asintió en silencio. De repente, se sentía cansadísimo.

—Puede que tengas razón, Vi.

Cuando volvió a pasar por la recepción, las chicas se pusieron derechas automáticamente al verlo. Ya en la acera, una mujer de edad con un perrito salchicha

le dirigió una mirada de asco. Suspiró de nuevo.

Aquello colmaba el vaso por lo que a Patrick Kelly concernía. Aquel vejestorio pensaba que era un perverso. El Rolls volvía a estar aparcado delante y se subió a él.

—¿Forest Gate, jefe?

—No. Creo que a casa, Willy.

—OK.

Kelly miraba a la gente que andaba por las frías calles grises. Era Nochevieja y había arreglado las cosas para pasarla con Kate. Se arrellanó bien en el asiento. Al carajo con las putas. Ya tenía bastantes cosas en la cabeza.

—¡Ay, mami! ¿Por qué papá y tú tenéis que estar siempre encima de mí? Van a ir todas las chicas de mi clase. Yo seré la única que no va. ¡Me moriré!

Louise Butler dio una patadita.

Doreen, su madre, sonrió. Desde luego esta Louise era bien cabezota. Le echó una mirada al marido.

—¿Tú qué piensas, Ron, la dejamos ir?

Louise soltó un suspiro de alivio. Si su madre le preguntaba a su padre, entonces iba. Mamá había dicho que sí, más o menos. Antes de que su padre pudiera responder, ya se había arrojado a los brazos de la madre.

—Oh, gracias, mami. Oh, gracias.

—Entonces date prisa y cámbiate. Yo te llevaré hasta allí —dijo Ron en tono jovial.

Louise lo miró con una expresión de seriedad fingida.

—¡Ya estoy lista, si no te importa!

Todos se echaron a reír. Con su chándal de diseño malva fuerte y oro, sus deportivas Reebok y una cazadora de cuero masculina, representaba la idea totalmente opuesta a la que sus padres tenían de vestirse. Pero era una fan absoluta del acid, desde su peinado para atrás a los años sesenta, a los pendientes soberanos en las orejas.

—Bueno, he leído cosas sobre esas fiestas rabo.

—*Rave*, papá, *rave*.

—Raves o rabos... qué más da. Vete con cuidado. No tomes ninguna droga ni nada parecido, ¿vale?

Louise hizo girar sus ojos violeta.

—Como si las fuera a tomar. No soy idiota, ¿sabes?

—Es que nos preocupamos por ti, cariño, nada más.

—Ya lo sé, mami. Venga, papá, o llegaremos tarde. No me lleves directamente a la fiesta, déjame en casa de Sam. Queremos ir desde allí todos juntos. ¿Vale?

—Ah, bueno.

Después de darle un beso a su madre, Louise salió de casa detrás de su padre. Cinco minutos más tarde, estaban delante de casa de Sam.

—¿Dónde habías dicho que era la fiesta esa?

—Justo al lado de la carretera que va a Woodham Woods. Como a diez kilómetros. Deja de preocuparte, papi, estaremos perfectamente.

—Bueno, acuérdate de que quiero que estés de vuelta a la una como muy tarde.

—OK. Hasta luego, papi.

Dio un beso a su padre y se bajó del coche. Se quedó mirándolo marchar antes de subir el camino hasta la puerta de Sam. Llamó al timbre.

—Hola, señora Jensen, ¿está Sam?

—No, guapa. Se marchó hará diez minutos. Con Georgina, Tracey y Patricia. Creo que eran ellas, de cualquier forma, ¡tiene tantas amigas! En fin, que vinieron a buscarla en un coche azul...

—Ah. Vale, entonces. Perdona que la haya molestado.

Louise bajó el caminito arrastrando el corazón por la tierra. Esa zorra cabrona de Sam se había marchado sabiendo que Louise iba a venir. ¡Esa perra traidora! En fin, que tendría que volver a casa y hacer que su padre la llevase hasta la fiesta. Pero si lo hacía, se daría cuenta de que se celebraba en un viejo cobertizo y que era totalmente ilegal, y entonces la haría volver a casa.

¿Qué podía hacer?

Sonrió. Haría dedo. Hasta puede que la llevasen unos tíos. Eso la enseñaría a Sam y a su panda, ¡ya lo creo! Se sacó la larga melena negra de dentro de la cazadora de cuero y echó a andar hacia las afueras de Grantley. Ya verían esas.

Lizzy estaba vestida y preparada para salir. Se echó una última mirada en el espejo del armario antes de ponerse la zamarra de cordero que su padre le había comprado por Navidad. Se lamió los labios para darles brillo y se fue al cuarto de su madre.

—¡Oh, mami! ¡Estás superchula!

Kate se alisó su traje nuevo de pura lana rojo que le ceñía la figura y sonrió a su hija.

—Gracias, cariño. —Se miró en el espejo sabiendo que estaba muy bien. Se había lavado el pelo con un champú de coco y ahora relucía bajo la luz. Llevaba puestos un par de aros de oro y la cara maquillada con arte.

—Bueno, ¿y a qué hora volverás mañana de casa de Joanie?

—Hacia la hora de comer, supongo. No te preocupes por mí, tú diviértete.

—Ya lo creo. —Kate miró a su hija a los ojos—. Estás guapísima, sabes, Liz. Enséñame lo que vas a llevar.

—Oh, simplemente me pondré el traje negro. Después de todo, la fiesta es en casa de Joanie. —Puso morritos adelantando los labios pintados de rojo y Kate se echó a reír. La familia de Joanie era lo que Lizzy llamaría «unos antiguos».

—Espero que te diviertas.

—Oh, ya lo creo, mami. Tú concéntrate en ti misma.

Lizzy miró a su madre con ojo crítico.

—Ponte el lápiz de labios rojo —le dijo—, con ese vestido te quedará mejor que el color coral. Eres lo bastante morena como para poder llevarlo.

Kate se echó a reír.

—¡Vale, colega! —y empezó a quitarse el lápiz de labios.

—¿Y papá qué va a hacer esta noche?

Kate se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, cariño. La abuela se va a casa de Doris. Me imagino que tu padre también saldrá a algún sitio.

—Pero bueno, ¿ni siquiera se lo has preguntado?

Kate se quedó parada en la operación de ponerse el rojo en los labios.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —cruzó la mirada con la de su hija en el espejo—. Estamos divorciados, Lizzy, mi vida es solo mía, y la de tu padre suya.

Lizzy tenía una expresión triste.

—Me gustaría que los dos volvierais a arreglaros.

Kate se volvió y cogió entre sus manos la cara de su hija.

—Yo estuve mucho tiempo deseando eso, Lizzy, pero tu padre tiene una forma distinta de ver la vida —tropezaba a la hora de encontrar las palabras justas. Quería que lo que dijera de Dan sonase lo mejor posible y después de algunas de las hazañas que le había hecho en el pasado, era una cosa difícil.

—Tu padre es muy suyo, solo vive su vida. Igual que yo.

Lizzy se quedó mirando a su madre y Kate vio que intentaba comprender lo que le estaba diciendo.

—Será mejor que me vaya o voy a llegar tarde.

—Aguanta un segundo y te dejaré en casa de Joanie.

—No hay problema, ya he llamado a un taxi. Tú vete a tu fiesta, mami, ¡y olvídate de mí por una vez! Ya soy una chica mayor.

—Bueno, pues entonces feliz año nuevo.

Kate dio un beso a su hija.

—Feliz año nuevo, mami.

Salió corriendo de la habitación al oír la bocina del taxi y Kate la miró con una punzada de nostalgia. Cogió el bolso de encima de la cama y salió andando lentamente del cuarto.

—Estás para una foto, Katie.

Evelyn venía hecha un brazo de mar. Un vestido de crepé verde vivo y un sombrero verde oscuro. En los pies llevaba botas hasta el tobillo con orla de piel y a su lado tenía un bolso grande marrón.

—¿Querrás dejarme en casa de Doris?

—Desde luego que sí. ¿Irán mucha gente?

—Como veinte, creo. Este será el primer Año Nuevo que no pasamos juntas nosotras tres solas.

—Ya lo sé, pero Lizzy tiene razón, está creciendo por mucho que a nosotras no

nos guste.

—¿Dónde me has dicho que era tu fiesta?

—Ah, solo es con uno de los chicos de la comisaría. En su casa. —Kate no soportaba mentir, pero todavía no estaba preparada para contarle a nadie sus sentimientos respecto a Patrick.

—¿Dónde está Dan?

—Está en la sala de estar, vete a verlo y tráeme el abrigo.

Kate entró en la sala. Dan estaba sentado en el sofá viendo la televisión. La miró al entrar, y ella observó, con cierta satisfacción, cómo se le agrandaban los ojos.

—Estás fantástica, Kate —dijo después de lanzar un silbidito—, realmente fantástica —parecía sincero.

—Gracias, Dan. ¿Viste a Lizzy antes de que se marchase?

—Sí. —Se pasó las manos por su pelo abundante en un gesto familiar—. ¿Por qué no dejas que te saque yo por ahí, Kate? —dijo con una vocecita débil—. Tú eres demasiada mujer para un puñado de policías viejos.

—¿No te has organizado nada? —le preguntó levantando las cejas.

—Bueno, no. Pensaba llevarte a ti a algún sitio, como tú nunca sales el día de Nochevieja... —en su voz había reaparecido la nota petulante.

—Bueno, pues ahora sí. —Oyó los pasos de su madre bajando las escaleras y sonrió.

—Feliz año nuevo.

—Feliz año nuevo, Kate.

La miró salir de la sala y sintió el impulso de hacerla quedarse. Por primera vez en la vida, Kate controlaba la situación y Dan no sabía muy bien cómo actuar. En el pasado, siempre había sido ella la que acudía a él. Así que esta vez o había un hombre seguro o su nombre no era Danny Burrows. Kate se había vestido para una cita, no para una fiesta. Así que él se ocuparía de descubrir quién era.

Al cerrarse la puerta de la calle, se levantó del sofá y miró alejarse el coche. Después, cuando la vio doblar la esquina, se fue al vestíbulo y cogió el teléfono. Marcó un número y al cabo de unas llamadas contestó una voz femenina.

Dan tenía un lema en la vida: ten siempre un plan de repuesto.

En el coche, Evelyn mantenía un torrente de palabras.

—La verdad es que estás preciosa, sabes. Hace mucho tiempo que no te había visto con tan buen aspecto. Si no supiera que no, pensaría que hay algún hombre en el horizonte.

—Oh, no seas tonta, mamá. Si hubiera un hombre en el horizonte, serías la primera en saberlo.

—Bueno, a lo mejor ni siquiera ese hombre lo sabe todavía.

—¿Pero de qué demonios estás hablando?

Evelyn sonrió vagamente.

—Oh, nada, nada... párate aquí, Kate.

Paró el coche junto al bordillo y apagó el motor.

—Feliz año nuevo, mamá.

—Feliz año nuevo, cariño. Y oye... si por alguna razón quieres pasar la noche con un amigo, o por si quieres volver y luego no puedes conducir..., en fin, ya sabes..., no te preocupes por Lizzy, porque yo volveré pronto, por si pasase algo.

Se bajó del coche y subió hacia la puerta de Doris con la espalda tiesa como una escoba.

Kate arrancó el coche y sonrió. Su madre era muy lista.

Se puso en marcha hacia las afueras de Grantley. Estaba deseando ver a Patrick Kelly.

George se había abrigado bien. Aunque no estaba tan enfermo como había hecho creer a Elaine, no dejaba de sentirse un poco indispuerto. A George le gustaba cuidar de sí mismo. Estaba obsesionado con la salud. Tenía puesta la calefacción del coche y el zumbido que hacía el aire caliente estaba empezando a incomodarlo. Puso en marcha la radio.

El sonido del concierto para trompa de Mozart llenó todo el coche y se sintió relajado. Aquello estaba mejor. Salió de Grantley por la carretera que lleva al pueblo de Woodham. Con frecuencia, empezaba por ese trayecto; había un pequeño estacionamiento que solía estar lleno de coches con parejas que se cortejaban en su interior. Las ventanillas cubiertas de vaho excitaban a George.

Pisó el acelerador con fuerza y puso las luces bajas. Se sentía libre, libre y feliz. Más tarde regresaría a Grantley e iría a vigilar los pisos. Se puso a cantarrear siguiendo la música. Sus ojos grises, habitualmente sin expresión, chispeaban. Las cejas pobladas y negras, salpicadas de abundante gris, se movían arriba y abajo al ritmo de la música. La gorra de visera tapaba la parte calva de su cabeza.

Y entonces la vio. Delante de él había otros dos coches, algo poco habitual en aquella carretera. Normalmente, estaba muerta. Pero era Nochevieja y esta noche en todas las carreteras había ajeteo. George no tenía ni idea de que una fiesta *rave* estuviera empezando en Woodham Woods.

La chica hacía señales con el pulgar. Vio que el coche que llevaba delante reducía la marcha y él la redujo también. La chica echó a andar hacia el coche y el coche salió disparado y la dejó plantada al lado del asfalto con las manos en las caderas. George pasó de largo y se metió en la primera zona de estacionamiento. Cogió la bolsa del asiento de atrás y se colocó la máscara. Sintió que la adrenalina empezaba a circular por sus venas y sonrió. Ajustó los orificios para poder ver adecuadamente, dio la vuelta en la carretera y se dirigió de nuevo hacia la chica.

El corazón casi se le para. Había un coche detenido junto a ella. George pasó de largo y sintió que una ira tremenda sustituía su exaltación.

¡Menuda guarra! Siguió un poco por la carretera y volvió a dar la vuelta.

Louise miró el interior oscuro del Escort XR3. Había tres chicos detrás y dos delante. Estaban evidentemente borrachos.

—Vamos, guapa. Entra en la máquina. Estaremos allí en un minuto.

Louise no estaba muy segura.

Uno de los chicos de atrás bajó la ventanilla y escupió en el arcén.

—Oye, tía, date prisa, ¿vale? ¡Que se me están helando los cojones, joder!

El joven rubio que conducía se inclinó por encima del asiento delantero.

—Venga oye, entra.

Louise estaba asustada.

—No... no, está bien. Seguiré andando.

—Deja a esa zorra estúpida que vaya andando. Venga, que quiero beber algo.

—¡Imbécil, estúpida!

El coche arrancó con un chirrido y Louise se quedó mirando las luces traseras desaparecer en la distancia.

Estaban borrachos, o drogados, o puede que las dos cosas. No es que le gustase caminar por aquella carretera a oscuras, pero no estaba dispuesta a entrar en un coche con cinco tipejos. Ni hablar.

Se apretó la cazadora de cuero para abrigarse. No, iría andando y encontraría a Sam y a las otras. Empezó a ir más deprisa, y ahora se arrepentía de no haber vuelto a casa, porque de repente la idea de perderse la *rave* no le pareció algo tan malo. Pero si se perdía esta, iba a ser el cachondeo de toda su clase. Deseó haber cumplido ya los dieciséis. Deseó estar ya en la escuela de peluquería. ¡Ojalá estuviese en casa en la cama!

Otro coche llegó por detrás de ella y lo oyó moderar la marcha. ¡Oh, por favor, que no sea otro coche lleno de borrachos! ¡Que sea un chico de ensueño como de diecisiete años con el pelo cortado «a capas» y una ropa realmente bonita para ir y enseñárselo a Sam y a las otras! Se volvió al oír que el coche se detenía. Se abrió la puerta del pasajero y dio unos pasos titubeantes hacia ella. La senda de tierra sobre la que estaba tenía por el flanco izquierdo un talud empinado. El talud caía como unos tres metros hasta un gran campo arado. Se inclinó para mirar dentro del coche.

En cuanto su cerebro registró lo que había visto, se apartó de un salto de la puerta del coche y soltó un grito que acuchilló el aire de la noche.

Dentro del coche había un hombre con una máscara de cuero negro.

¡En ninguna de sus más espantosas pesadillas había imaginado nunca algo así! Retrocedió dando tumbos. Se acordó demasiado tarde del talud que tenía detrás y su paso solo encontró aire. Aterrizó con un ruido sordo en la cuesta de tierra y sus Reebok flamantes arañaron el polvo un par de veces antes de que lograra finalmente enderezarse.

¡Y allí, delante de ella, estaba el hombre enmascarado! Hizo un regate para eludirlo y corrió hacia la carretera al ver que él intentaba cogerla. Vio que llevaba en las manos algo que relucía y comprendió que era un cuchillo. Notó que se le aflojaban las tripas al darse plena cuenta de lo que sucedía. Las luces de un Volkswagen Golf que dio un volantazo para evitarla con la música atronando por las

ventanillas abiertas, la dejó deslumbrada. Y se quedó impotente en medio de la carretera viéndolo marchar. Y con él, sus esperanzas.

El hombre estaba de pie en el borde de hierba observándola. Del otro lado de la carretera había otro campo cultivado. Se mordió el labio sopesando en su mente confusa hacia dónde correr. Estaba oscuro, todo tan oscuro y solitario.

Se fue alejando del hombre hacia atrás, lentamente, buscando con desesperación una idea para escapar. Vio que echaba a andar hacia ella. Oyó venir otro coche a lo lejos, y salió corriendo hacia él agitando los brazos en alto y gritando.

Terry Miller se había tomado una pastilla de éxtasis a las seis de la tarde, y andaba zumbado, realmente zumbado. A su lado, su hermano Charlie tenía la cabeza con un tripi total. Llevaban más de una hora dando vueltas en el coche tratando de encontrar aquella *rave* de la que todo el mundo hablaba. Dentro del coche el sonido de los Technotronic aullaba de tal manera que apenas podían oírse pensar. Cuando Terry vio a la chica delante de sus luces empezó a soltar carcajadas.

—¡Mira, Charlie, debe de estar supercolocada!

Sonrió y trató de aclarar su cabeza.

—Mira al menda que está con ella. Demasiado, tío. Mira qué gorro lleva.

Pasaron junto a las dos figuras y Terry hizo sonar la bocina que tocaba los primeros compases de *Barras y estrellas*.

—¡Tarado! ¿Has visto a ese tío? Tarado total.

Louise Butler vio a sus salvadores potenciales seguir de largo haciendo sonar el claxon en la oscuridad de la noche. Se puso a llorar. Miró a su alrededor como si creyera que alguien iba a salir corriendo de los campos que tenía detrás para salvarla, pero lo que vio fue a aquel hombre mucho más cerca.

Dio media vuelta y echó a correr. Antes de que hubiera dado cinco pasos chocó contra la cadena del cierre que resultaba invisible en la oscuridad. Notó que cedía un poco pero luego el rebote la lanzó literalmente en brazos del hombre de la máscara.

La apretó rodeándola con los brazos y la chica notó que su cuerpo perdía toda su capacidad de lucha. El miedo se impuso y quedó inerte. Los sollozos le agitaban los hombros.

—¡Oh, Dios mío, por favor, ayúdame!

George medio la transportó, medio la arrastró de nuevo hacia el coche. Sonreía detrás de la máscara. Con su sonrisa secreta que apenas dejaba ver los dientes.

Kate se había tomado una copa de vino con la cena y ahora saboreaba un armañac. Patrick le sonrió desde el otro lado de la mesa. Era la segunda vez que Kate cenaba en su casa, y estaba descubriendo que le gustaba tenerla por allí. Apartaba sus pensamientos de Mandy y eso era algo curioso teniendo en cuenta que era ella quien llevaba el caso de su hija.

No se hacía ilusiones con la bofia. Llevaba toda su vida lidiando con ellos en un momento u otro. Pero Kate era la primera oficial de policía de paisano con quien había tratado a nivel personal. Hombre, había untado unas cuantas manos de la vieja

guardia a lo largo de los años, por ejemplo las del jefe superior de ahora, pero es que los dos eran masones. Kate era el primer miembro de las fuerzas a quien había conocido en sociedad porque quería conocerla. Porque disfrutaba con su compañía.

Esa noche en la cena, su aspecto era algo más que bueno. El rojo le sentaba bien. El pelo oscuro brillaba a la luz de las velas. De alguna forma, parecía más suave. Más atractiva. Después de todas aquellas muñequitas con la cabeza vacía, descubrió que le gustaba tener junto a él a una mujer que exigiera un poco de respeto.

Para ser justos con las jovencitas que habían estado yendo y viniendo a lo largo de los años, era él quien había elegido adrede las de tipo más generoso y menos espabilado, chicas cuyo único mérito para ser famosas era que tenían un buen polvo. Nunca quiso tener que molestarse siquiera en dar conversación. ¿Qué demonios podía decir un hombre que estaba del lado malo de los cuarenta a una chica de dieciocho? Nada, nada de nada.

Pero Kate era harina de otro costal. Conversaban sobre todo lo humano y lo divino. Y ella no era una de esas palomitas prepotentes, que enarbolan su inteligencia como un par de guantes de boxeo y tratan de llevarse un punto a su casillero. Oh, no. Kate escuchaba sus opiniones y luego daba las suyas con tranquilidad y buen tino. Le gustaba. Ya sabía que no estaba avanzando gran cosa en lo de encontrar al tarado, pero para ser justos, tampoco él. Aquel individuo era sin duda un jugador. Kate le había explicado todo. Nunca dejaba ninguna pista. Pero ella no se iba a rendir. Algún día cometería un error y entonces lo atraparía.

Lo que Kate no sabía es que cuando se produjese esa novedad, Patrick también andaría a la caza del pájaro. Y cuando hubiera terminado con él, no le quedarían ni las plumas. En todo caso, nada reconocible.

—¿Así que realmente no tenéis nada con que tirar adelante? —preguntó.

Kate negó con la cabeza y Patrick vio cómo se le mecía el pelo con el movimiento.

—Vamos eliminando gradualmente nombres de la investigación, pero eso lleva tiempo. Todavía andamos interrogando a todos los hombres que tienen Orion de color oscuro. Tendríamos que haber terminado con eso en los próximos diez días. Yo misma me pondré a interrogar también a partir de mañana con Spencer y Willis.

—Entiendo —la voz sonó amable.

—Terminaremos por cazarlo, Patrick. Normalmente, cuando se comete un asesinato, o una violación, sabemos quién es la persona. —Kate sonrió compungida—. ¡Creo que todo esto ya lo había dicho antes!

—Pues sí. Venga, cambiemos de tema. —Casi se partió de risa, y Kate se lo quedó mirando, socarrona.

—Es que casi digo «¿cómo va el trabajo?». Estos días tengo la cabeza en las quimbambas. Vamos, querida, acerquémonos al salón, ¿te parece? —parodiaba el tono de un aristócrata y Kate se rio. Era todo un personaje.

Se sentaron juntos en el sofá grande del salón. Patrick había llevado allí el frasco

de *brandy* y dos copas.

—Es una casa preciosa... del siglo XVIII, ¿verdad?

Patrick asintió.

—Sí, la saqué por cuatro cuartos hace cosa de doce años. Pagué setenta de los grandes, y eso entonces era poca pasta, te lo aseguro. Era una pura ruina —agitó la mano en el aire—. Me costó lo que no se sabe restaurarla para que estuviera tan bonita como el original, pero mereció la pena. A Renée le encantaba, y a Mandy también. Pero ahora..., bueno, sin ellas está vacía. ¿Qué es una casa sin una mujer?

Instintivamente, Kate le agarró de la mano.

Él la miró al oscuro fondo de sus ojos. Era realmente deliciosa, con una madurez de una calidad que ya no estaba acostumbrado a ver en las mujeres.

Y de pronto, la deseó por encima de todo. Sentir sus brazos abrazándolo. Sentir que ella lo amaba. Quería, necesitaba, el amor de una mujer. De una mujer, no de una jovencita. El amor de una mujer de verdad.

Kate leyó la expresión de sus ojos y abrió los labios carnosos para hablar. Pero entonces, él la besó, un beso largo y lento que la hizo sentir un cosquilleo de la cabeza a los pies. Y Kate le devolvió el beso, recuperó unos sentimientos que no tenían nada que ver con el pasado ni con la carrera ni con nada que no fueran puras sensaciones.

Él la deseaba. Lo notaba en el ansia y la necesidad que mostraba. Patrick la fue empujando hacia atrás sobre el mullido sofá y ella le dejó. Se tumbó de espaldas de buen grado.

Aquello era lo que había estado esperando desde el primer momento en que lo vio, aunque no hubiera querido admitirlo hasta ahora. Dan ya no estaba ni siquiera en competición. A quien deseaba era a Patrick Kelly.

Sintió su mano grande y ruda recorrerle el cuerpo por encima del vestido nuevo. Sintió un cosquilleo cuando encontró la piel de los muslos. Y entonces, todo lo que no fuera ese momento quedó olvidado. Él se apartó un poco de ella y la miró a la cara con una expresión seria y dulce al mismo tiempo.

—¿Te quedas a pasar la noche, Kate? —la voz sonó ronca. Ella le agradeció que tuviera la consideración de parar. De querer estar seguro de que ella sabía lo que hacía.

Asintió en silencio.

Él la cogió como si fuera una muñeca y la puso sobre unos pies muy poco firmes.

Lo siguió por la gran escalera en curva y decidió que aunque aquello no fuera más que una noche, esa noche sería feliz. Una sola noche con Patrick Kelly era mejor que ninguna.

En el dormitorio, miró a todo su alrededor admirada de las asombrosas dimensiones y la opulencia de la habitación.

Patrick iba desvestiéndose despacio y Kate tuvo miedo por un instante. Ya no era ninguna jovencita. Tenía cuarenta años.

Patrick fue hasta ella y le quitó el vestido de lana roja por la cabeza, dejando desnudos unos senos pequeños que nunca habían tenido verdadera necesidad de sujetador, y la parte de abajo de su cuerpo, ceñido por unos pantis negros. Ella terminó de liberar la cabeza y lo miró a la cara con timidez.

Encontró una sonrisa.

—Eres preciosa, Kate. Realmente preciosa.

Y entonces se creyó que sí lo era.

Tiró de ella hacia la cama. Desnudos finalmente los dos, se miraron el uno al otro bajo la luz amortiguada de las lámparas colocadas a ambos lados de la cama. En todos sus años con Dan, nunca había sentido aquel abandono. Nunca había sentido la excitación exquisita que sentía en aquel momento. Nunca había experimentado un hambre como la que en esos momentos la consumía.

En el fondo de su mente, comprendía que la situación nunca hubiera debido llegar tan lejos. Aquel hombre era de los malos. Patrick Kelly era un maleante, un ladrón, un extorsionista violento. «El Recuperador» lo apodaban. Pero en aquel momento eso a Kate no podía importarle menos, ni aunque fuera un asesino en serie.

Lo deseaba.

Lo tenía.

Lo besó.

Ya se preocuparía más tarde. Mucho más tarde.

Patrick Kelly le devolvió el beso, luego le acarició el pecho y le mordió los pezones con suavidad, tomándolos entre sus labios hasta que fueron como minúsculas pirámides en su boca. La humedad de la lengua que resbalaba sobre ellos hizo a Kate arquear la espalda de placer.

Kelly era un amante con experiencia y Kate se alegraba. Hacía tanto tiempo que era como una presa que esperaba reventar. Notó que la mano avanzaba con suavidad hacia debajo de su cuerpo, que le acariciaba los muslos, sintió luego calor y untuosidad cuando él introdujo un dedo dentro de ella. Lanzó un gruñido. Notaba el pene erecto de Patrick clavársele en el costado de la pierna, la excitación de él la iba dejando más y más sin respiración. La mano jugó con su botoncito, hizo correr el pulgar sobre él con ligereza, hasta que ella intentó apartarle la mano. Le temblaba todo el cuerpo. Abrió las piernas aún más y notó que sus jugos se vertían sobre sus dedos. Y luego, él ya empezó a moverse por su cuerpo abajo, la cabeza morena apartándose lentamente de la suya y besándole la piel en su descenso, con aquellos besos y mordisqueos que tanto estaban empezando a gustarle.

Cuando su boca abarcó todo su sexo, contuvo largo rato la respiración. Iba a correrse, sintió las oleadas que empezaban a ir y venir, el inicio de cada ola, los lameteos y chupeteos de Patrick, que al mismo tiempo metía y sacaba con suavidad un dedo dentro de ella. Kate nunca había experimentado un éxtasis como aquel en toda su vida.

Cuando, finalmente, se acabaron los temblores, miró hacia abajo para ver su cara

brillante y sonriente.

—Oh, Patrick...

Lo vio saltar de la cama y ponerse el batín. Tenía el miembro todavía hinchado y morado.

—¿A dónde vas? —la voz de Kate sonó ronca y desconcertada.

—Solo se puede hacer una cosa después de una experiencia así.

—¿Qué cosa?

—Pues bajar a la bodega a buscar una botella de una buena cosecha de champán bien frío. Después de un par de copas creo que ya estarás preparada para el segundo asalto.

Patrick bajó las escaleras como en una nube. Era una mujer tan sabrosa. Nunca antes había experimentado algo así. Era como si de algún modo él la hubiera hecho abrirse. Había necesitado de toda su voluntad para no hundirse dentro de ella en aquel mismo momento.

Pero, instintivamente, supo que ella necesitaba que le hiciera el amor con suavidad, que el amor duro, la penetración, vendría después. Esta noche necesitaba hacer el amor con dulzura, largamente, y él era el hombre que se lo iba a hacer.

No podía creerse aquella suerte. ¿Quién iba a pensar que fuera tan *sexy*? Cogió el champán y dos copas y volvió a subir las escaleras. Sonrió al darse cuenta de que iba prácticamente corriendo. Hacía mucho tiempo que no se había sentido así. Demasiado tiempo.

Louise Butler sollozaba con fuerza. La verdad es que a George empezaba a atacarle los nervios.

—¡Cállate! —la voz entró en ella y le llenó de temblores todo el cuerpo.

—Por favor, yo... quiero ir... a casa. Por favor —lanzó la última palabra en un puro gemido.

George apretó los dientes. La máscara volvía a darle calor. Los guantes blancos de algodón destacaban como faros sobre el volante. La miró. Se había untado todos los dientes con el lápiz de labios al llorar, balanceándose adelante y atrás en el asiento. De la nariz le colgaban unos largos churretes de mocos.

George se estremeció.

¡No hay como una mujer para hacer una montaña de un grano de arena! Cualquiera pensaría que iba a asesinarla. Se había olvidado por completo del cuchillo militar suizo que se calentaba en la mano que la blandía y reflejaba la luz de la luna mientras conducía el coche y atraía como un imán los ojos de Louise.

Aquel era el destripador de Grantley. Era el hombre del que todos hablaban. E iba a matarla. Estaba tan segura de ello como de que nunca llegaría a la fiesta *rave* de Woodham Woods.

Lloró con más fuerza, sintió que la recorría una oleada de náusea.

George condujo hasta una cantera grande que había cerca de Woodham. Estacionó el coche a un lado de la carretera desierta y sacó a Louise a rastras del

asiento. La tierra estaba dura y la chica se tambaleó sobre sus pies y acabó cayendo pesadamente en el suelo helado. George la hizo levantarse tirándola del pelo.

—Ya me estás fastidiando, jovencita.

La hizo pasar arrastrándola por un agujero de la valla. A lo lejos se podía oír la música de la *rave*, y de vez en cuando un grito penetrante atravesaba la noche. Louise lloraba desesperada, ya no le quedaban fuerzas en el cuerpo. No podía más que esperar a ver lo que sucedía.

George la fue llevando hasta un hoyo profundo más negro que la noche que les rodeaba. Con un empujón final, la arrojó dentro. Louise gritó al sentirse caer dando tumbos hacia la negrura. Sintió luego que le empujaban las piernas hasta ponérselas junto a la cabeza y oyó el chasquido de un tobillo que golpeó contra un pedazo de granito. El chándal y la cazadora se arrastraban por el suelo mientras resbalaba y daba tumbos cayendo en la negrura. Se quedó yaciendo en el fondo, retorcida y dolorida. Oyó que el hombre de la máscara bajaba deslizándose con cuidado y comprendió que tenía que intentar salir corriendo, pero el tobillo ya se le estaba hinchando dentro de la Reebok. Tenía la cara y las manos despellejadas por la caída, y la gravilla incrustada en la piel le resquemaba.

Se quedó allí tumbada en la oscuridad absoluta. Tenía un dolor en el pecho que no se debía a la caída, que era de miedo. Miedo puro, desnudo.

George gateó hasta ella. La máscara estaba caliente y eso le encantaba. Le encantaba la sensación que producía y cómo olía. Le encantaba también el olor a miedo que emanaba de aquella chica. ¡Hacer autostop! ¡Por Dios, si solo se buscan problemas, si lo andan pidiendo! Bueno, pues ahora lo va a tener, por Cristo. Ahora lo va a tener de verdad y como Dios manda.

George notaba la ira hervirle en la cabeza. Una ira al rojo vivo que le hacía temblar las manos. Se sacó una linterna del bolsillo y recorrió con el haz de luz la forma postrada. Frunció el ceño. Estaba inconsciente. Suspiró con fuerza, luego echó atrás el pie con la pesada bota y le lanzó una patada al pecho, que la hizo resbalar sobre la gravilla. Pero siguió sin moverse.

Suspiró de nuevo. La máscara le estaba dando picores.

La chica seguía sin moverse.

George se arrodilló en la grava, empuñó el cuchillo en la mano con más fuerza y se lo clavó en la barriga. Cuando la hoja la penetró, la chica pareció tratar de doblarse, pero solo era un acto reflejo. George se sintió intrigado. Levantó el grueso cuero de la manga de la cazadora y le buscó el pulso. No había. Estaba muerta. George estaba rabioso. ¿Cómo se atrevía a morirse delante de él? ¿Cómo se atrevía a morirse así? Le clavó el cuchillo en la pantorrilla, atravesó la fina tela del chándal y la piel suave y blanda, y pegó contra el hueso.

George se quedó en cuclillas mordiéndose el labio detrás de la máscara. Se la quitó y sintió el aire frío morderle la piel caliente, el pelo ralo levantándose y agitándose suavemente con la brisa. Escupió en la tierra y arrancó el cuchillo de la

pierna de la muchacha y luego comenzó a desvestirla.

Tiró con cuidado de la parte de abajo del chándal y le cortó los pantalones. Abrió la cazadora, la dobló a los lados y luego corrió la cremallera de la sudadera del chándal. Se quedó sorprendido al descubrir que tenía unos pechos muy grandes. Cortó la licra blanca del sostén para que los pechos saltaran libres.

Había colocado la linterna sobre un montículo de tierra y el rayo de luz brillaba sobre la piel fría y sin vida de Louise Butler.

George se animó. Miró el reloj. Le quedaban horas todavía hasta tener que volver a casa. Empezó a canturrear.

A lo lejos, la fiesta estaba realmente en marcha. La música retumbaba y los participantes bailaban. Era Nochevieja. Todos esperaban que llegaran las doce en punto y diese comienzo 1990.

Todos excepto Louise Butler.

—Feliz año nuevo, Kate —dijo Patrick con voz suave.

—Feliz año nuevo, Patrick. Espero que sea un buen año para ti, lo espero de veras.

—Bueno —le dijo con una sonrisa triste—, si tengo que serte sincero, muchacha, la verdad es que yo no espero gran cosa.

Kate sintió una gran tristeza por aquel hombre que yacía junto a ella. Mientras hacían el amor, había sabido que al menos por un rato Patrick se había olvidado de los acontecimientos de la semana anterior. Por su cabeza había cruzado la idea de que él la estaba utilizando, pero ¿no lo utilizaba ella a él? Era el segundo hombre con el que se había acostado en su vida. En cuarenta años, había tenido dos hombres. Eso, en estos tiempos, era como para echarse a reír. Solo que no se reía.

Kate se había quedado sorprendida ante la intensidad de su respuesta. Nunca había conocido más hombre que Dan, pero después de esta noche era más que consciente de todo lo que se había estado perdiendo durante tantos años. Dan hacía el amor como hacía todo lo demás: pensando solo en sí mismo. Patrick Kelly, que a Dan le parecería un patán sin educación, se había preocupado de dar tiempo a su disfrute. ¡Oh, y vaya si había disfrutado! Más de lo que nunca había creído posible. Aquellos orgasmos que hacían temblar la tierra sobre los que tanto había leído, no eran un engaño, solo estaban esperando a que ella los experimentara. Se acurrucó contra el cuerpo duro de Patrick, disfrutando con la sensación.

—Apostaría a que esto caería como un tiro si se supiera en la comisaría de Grantley. ¡La inspectora detective tirándose a un hampón de la localidad! —el tono era jocoso y Kate se rio con él sin darse cuenta.

—¿Tirándose? Muchas gracias, señor Kelly.

Patrick la apretó contra él.

—No es más que una manera de hablar. Eres una mujer como Dios manda, Kate.

Acercó su cara a la suya y lo besó. ¡Al mundo de fuera, que le den! En aquel momento, solo le interesaba él. Ya se preocuparía de los pros y los contras de la

situación por la mañana. Volvió a notar las manos que le recorrían su cuerpo y cerró los ojos y con ellos la conciencia.

—¡Oh, feliz año nuevo!

A Elaine la habían estado besando hasta que los labios se le irritaron y la pintura no era más que un recuerdo borroso. No se había divertido tanto en toda su vida de casada. Normalmente, cuando les invitaban a una fiesta, George nunca quería ir. Por consiguiente, Elaine siempre declinaba la invitación. Sin embargo, desde que disponía de aquella nueva libertad, había decidido que le sacaría a la vida todo lo que pudiese. Con o, si era posible, sin George. Y esta noche había sido la botadura. La habían sacado a bailar toda la noche y había disfrutado hasta el último segundo.

Echó un vistazo por la sala de su mejor amiga, Margaret Forrester, atestada de gente, y sonrió al verla sentada en las rodillas de su marido. Elaine deseó haber podido tener un matrimonio así. En el que todo era fácil y sencillo, que las risas y las bromas eran la norma. Y se le puso cara de decepción al pensar en su vida con George. Aun así, iban a ir a Florida y ella además a España, de modo que por lo menos este año tenía alguna cosa con que ilusionarse. ¡Y parecía como si aquella fiesta pudiera durar todavía varias horas!

—¿Te gustaría bailar? —Elaine se volvió para ver al hombre que le había hablado. Era gordo y de unos cincuenta y cinco años, pero se le veía contento de ello. Ya había bailado tres veces con él. Pero alguien había puesto un disco de Roy Orbison y se deslizó en los brazos del hombre entre las notas de *Crying*. Le encantaba Roy Orbison y le encantaba tanta atención.

—Perdona, lo siento muchísimo, pero no me acuerdo de cómo te llamas.

El hombre sonrió mostrando una dentadura prístina pero mal encajada.

—Soy Hector... Hector Henderson. Y tú eres la encantadora Elaine.

Sintió un cosquilleo que le recorría la espalda, aquello podría ser por el romance, o simplemente cosa de la bebida. Pero fuera lo que fuese, le gustaba.

George desapareció de su pensamiento en cuanto se dirigieron hacia el minúsculo espacio reservado para bailar en la sala de estar de Margaret Forrester.

Joey Meeson miraba bailar a Lizzy, cuyo cuerpo se ondulaba al ritmo marcado de la música *acid house*. Como una hora antes, se habían tomado una pastilla de éxtasis cada uno. Y ahora ya notaba cómo le «subía». Todo cuanto le rodeaba estaba envuelto en un aura de color rosa y notaba gran excitación en las tripas. Lizzy hacía volar el pelo alrededor de su cabeza según aceleraba más y más su baile. Desde que andaba con ella, se lo estaba pasando fantástico. Nadie podía pensar que fuera hija de una policía. Lizzy quería probarlo todo y lo hacía con estilo.

Joanie también la miraba. Joanie tenía frío y estaba harta. Miró el reloj y suspiró. Se suponía que tenía que dormir esa noche en casa de Lizzy, y Lizzy se suponía que se quedaba en la suya. Eso significaba que las dos tenían que estar fuera toda la noche, les gustase o no. Últimamente, Lizzy le atacaba los nervios. Lo único que le interesaba era salir y acostarse con alguien.

Un chico negro con extensiones en el pelo se acercó a ella y la invitó a bailar. Joanie se animó. Puede que al final esa noche no tuviera que buscar excusas...

Lizzy se acercó a Joey y le puso la mano en el brazo.

—¿Te diviertes, Liz?

—Ah, es fabuloso. Realmente fabuloso. ¡Mira las luces!

Con su conciencia aguzada, para Lizzy las luces eran como una aureola danzante de azules y rojos.

—¿Qué te parece si nos vamos a mi coche un rato?

Lizzy soltó una risita.

—OK.

Estaba tan pasada que Joey tuvo que ayudarla a recorrer el camino hasta donde había aparcado. Mientras cruzaban entre el grueso de la gente, chicos y chicas reían y les hacían bromas. Un muchacho, vestido como un refugiado de Woodstock, giraba sobre sí mismo en círculos. Tenía el pelo adornado con flores y fumaba un canuto gigante. Lizzy y Joey se rieron de él. Cuanto más se iban alejando de la fiesta, más cuerpos tenían que sortear. Algunos estaban metiéndose mano, otros flipando demasiado, perdidos en su propio mundo.

Joey abrió la puerta del Ford Sierra y entraron los dos en la parte de atrás. La besó con fuerza, metiéndole la lengua hasta la garganta.

—Feliz año nuevo, Lizzy.

Lizzy miró hacia arriba intentando enfocar los ojos castaños de Joey.

—Feliz año nuevo.

Él deslizó la mano por debajo del top y ella soltó una risita.

—Un momento, por favor, tengo un regalo de año nuevo para ti.

—¿Qué es? —Joey sonreía en la oscuridad.

Y entonces notó que le estaba desabrochando los pantalones y que su cabeza morena se deslizaba hasta su regazo.

—¡Oh, Lizzy! Feliz año nuevo.

Desde luego la chica era un descontrol, y a él le encantaba.

George decidió enterrar el cuerpo de la chica entre la grava. A esta que la buscasen. Que la bofia se ganase su puto dinero por una vez. La cubrió toda y recorrió el suelo con la linterna para comprobar que no había dejado ninguna pista incriminatoria. Después fue andando hacia atrás, alisando la gravilla con los lados de las botas. Desde luego que no pensaba hacerles el trabajo. ¡Ah, no!

Trepó por el lateral de la cantera hasta el coche. Se oían por todas partes los fuertes golpes rítmicos de la música *acid house*. Con el ceño fruncido, guardó la máscara bien colocada en la bolsa marrón antes de irse a casa. Los jóvenes de hoy eran como animales. ¿Qué clase de padres permitían a su hija salir hasta aquellas horas de la noche? Ya no había decencia en el mundo. La familia era una cosa del pasado. Con aquel ánimo de superioridad moral, se fue a casa.

Bueno, pues ya haría que todos estuviesen atentos y se enterasen. 1990 iba a ser

su año. Iba a tener bien asustados a todos los padres y maridos de Grantley. ¡Puede que así tuviesen un poco más de cuidado y no dejaran a las muchachas jóvenes merodear por las calles como vulgares prostitutas!

Un verdadero hombre tenía que hacerse cargo del tema. Era su deber. Y George Markham nunca había eludido su deber.

Llegó de vuelta a casa, se duchó, se cambió y a las doce menos cuarto estaba en la cama. Elaine entró de puntillas a las cuatro y media y George estaba dormido como un tronco de verdad. Al ver la cara dormida, sintió un instante de remordimiento. Pero luego pensó en Hector y sonrió. Hector Henderson. Repitió el nombre unas cuantas veces para sus adentros, disfrutando de la sensación que le producía. Un buen nombre, poderoso. Hector Henderson. ¡Y le había dado su número de teléfono!

Ocultó unas risitas en la almohada, apretó los puños de emoción. Le llamaría durante la semana.

Finalmente, Elaine se durmió.

Capítulo Once

—¿Cuánto tiempo hace que desapareció?

—Desde anoche. Su madre se está volviendo loca de preocupación, y no puedo decir que se lo reproche, ¿no crees? Ya han llamado a todas sus amigas. El padre la había dejado en casa de su mejor amiga...

Kate escuchaba atentamente a Amanda Dawkins.

—¿Y nunca había pasado la noche fuera antes? ¿Sabes si tiene novio?

—No a las dos preguntas, Kate. Parece que la chica era la hija perfecta. Siempre llamaba si iba a llegar tarde, siempre les decía dónde estaba exactamente. Hablando con su amiga Samantha Jewson, saqué la impresión de que a Louise la miraban un poco por encima del hombro precisamente por eso. Me parece que esa Samantha se considera una chica fantástica, ¿sabes qué te quiero decir?

—Bien, cogeremos los coches para ver si la encontramos, pero tengo el terrible presentimiento de que no volverá a casa. Por lo menos viva no.

—Escucha, vamos a informar a los periódicos para que pregunten si algún lector se acuerda de haberla visto. Después de estar en casa de Samantha Jewson, parece haber desaparecido. Alguien tiene que haberla visto. ¿Qué sabemos de los puerta a puerta? ¿Hay algo sospechoso por ese lado?

—La verdad es que no, tenemos a ochenta agentes en ese trabajo. Se le ha dado cierto número de calles a cada uno, pero lleva su tiempo, como todo. Teníamos un par de individuos sospechosos, pero con coartadas a prueba de bomba. Ah, antes de que se me olvide, hemos recibido la lista de nombres de todos los agresores y perversos sexuales, incluidos los violadores con todas las de la ley. Estamos intentando localizarlos a todos y cada uno de ellos. La mayoría de los guardas y detectives de todo el país se nos han ofrecido para trabajar en sus horas libres.

—Pues nos pueden venir muy bien. Entonces, ahora mismo, creo que lo mejor que podemos hacer es intentar tranquilizar a los padres de Louise Butler. Si estuvo en una fiesta *rave*, ¿cómo es que los coches patrulla no tienen nada sobre el asunto?

Amanda suspiró profundamente.

—No había ningún coche patrulla por allí.

Kate se quedó de piedra.

—¿Estás de broma! ¡Esta mañana dijeron en las noticias que habían ido por allí más de ochocientos chavales!

—Ya lo sé. Esta mañana a más de uno se le ha puesto la cara colorada en la división móvil, créeme. Al parecer, el viejo estaba como un loco furioso.

—¿Y se lo puedes reprochar? ¡Señor Jesús! ¡Si no vamos con cuidado, acabaremos teniendo aquí a todos los hampones ofreciéndose a cogernos de la mano! Bueno, será mejor que vaya a ver a Ratchette. Hazme un favor, ¿quieres? Encuéntrame un café decente.

Amanda asintió.

Kate se dirigió al despacho del superintendente con la cabeza hecha un torbellino. ¿No había unidades móviles en una *rave*? Eso era de risa. El cobertizo donde se celebraba era propiedad de un granjero local que se llamaba John Ellis, y si Kate sabía algo de él era que seguro que sabía perfectamente lo que pasaba. Vendería a su madre para sacar beneficio. Llamó a la puerta de Ratchette.

—Buenos días, superintendente.

—Ah, Kate. Mal asunto este. ¿Qué piensa?

—Con toda sinceridad, señor, no creo que Louise Butler vuelva a casa. Se trata simplemente de ponernos a buscar el cuerpo. Una vez que conozcamos con seguridad todos sus movimientos, sabremos más. Alguien tiene que haberla visto en alguna parte.

—Cierto. Ahora, escúcheme con atención. Hoy me han llamado todos los grandes jefes. Y nos mandan un inspector jefe para que trabaje con usted. Tengo que subrayar que se trata de que trabaje *con* usted, ¿vale? Es un policía de primera, probablemente haya oído algo de él. Caitlin.

Kate soltó un gemido. ¡Oh, no, por favor, Kenneth Caitlin no!

Ratchette vio su cara y le soltó, cortante:

—Mire, Kate, le guste o no le guste, ese hombre va a venir. Usted es inspectora detective, y yo superintendente. Yo le doy órdenes a usted y a mí me las da el jefe superior. Así que haga un esfuerzo y trabaje con él. Sea cual sea su reputación, obtiene resultados.

Kate miraba al suelo. El alma se le había caído a los pies.

—¿De acuerdo? —la voz de Ratchette seguía siendo dura.

—Sí, superintendente.

—Bien. Pues ahora, antes de que llegue, ¿tiene alguna idea sobre este asunto de la que quiera hablarme?

—La verdad es que sí. En 1984, en Enderby, en Leicester, violaron y asesinaron a dos chicas jóvenes. No había nada de lo que partir. La policía tomó muestras de sangre de prácticamente todos los varones del vecindario. Aquí, lo único que tenemos es el ADN del asesino. Como mínimo creo que deberíamos intentar eliminar todos los nombres posibles haciendo pruebas de ADN en la zona.

La cara arrugada de Ratchette era de incredulidad.

—Está usted de broma. ¿Sabe cuánto costaría eso?

—Poco más de medio millón de libras. Ya sé que será caro, pero por todos los santos, se trata de un maníaco.

—¿Se da cuenta de que hay algunos hombres que no nos permitirán tomar muestras de su sangre?

—Eso los convertiría inmediatamente en sospechosos.

Ratchette negó con la cabeza.

—No sé, Kate. Esto es algo que tendré que comentar con el jefe superior. Va a salir este mes en el *Crimewatch* de la BBC. Confiamos en que a alguien le despierte

la memoria. Nuestro hombre no es invisible, tienen que haberlo visto.

—Bueno, de momento, señor, ha hecho un bonito trabajo a la hora de esquivarnos.

—Déjemelo a mí. Caitlin llegará en cosa de una hora. Recíbalo usted bien, ¿quiere?

A Kate no se le escapó el hecho de que el superintendente fuera incapaz de mirarla a los ojos.

—Desde luego, señor. ¿Hay alguna cosa más?

Al no recibir respuesta, se levantó de su asiento y salió del despacho dándose la satisfacción de cerrar la puerta con un buen portazo. ¡Maldito Caitlin! ¡Maldito demonio!

Elaine tenía resaca y el timbre penetrante del teléfono hizo que la cabeza le doliera todavía más. Oyó que George contestaba.

No recibían muchas llamadas, y en cualquier otro momento se hubiera precipitado al pasillo para ver quién era. Pero hoy solo quería acurrucarse y morir. Tenía la boca tan seca como la estopa y los ojos bien cerrados contra la intrusa luz. Deseó que George se diera prisa en llevarle su taza de té.

—¿Diga? —la voz sonaba tranquila. ¿Quién podía llamar? Las únicas personas que les telefoneaban eran Joseph y Lily, y de vez en cuando, alguna amiga del trabajo de Elaine.

—¿Hola? ¿El señor Markham? —era una voz áspera y ronca.

—Al habla —George estaba sorprendido.

—Soy Anthony Jones, de Sexplosion, del Soho. Como me dijo usted que lo llamase...

George sintió que su corazón iniciaba un redoble contra las costillas. Bajó la voz.

—Le dije que le llamaría yo. ¿De dónde ha sacado mi número?

Oyó cómo el hombre se reía.

—¿No se acuerda que pagó con tarjeta de crédito? Saqué su dirección del permiso de conducir que me dio para comprobar su identidad. Y luego me dieron el número en información. Escuche, compadre, no lo voy a denunciar. Si hubiera descolgado su mujer, le hubiera soltado cualquier rollo patatero. Como que era un vendedor de dobles cristales o lo que sea. Así que calma, por Dios bendito.

—¿Qué quiere usted?

—¿Y usted qué cree? Pues que tengo unas cuantas películas nuevas, y que son de lo más caliente.

A pesar de su miedo, George notó un pequeño estremecimiento de excitación.

—Son todas de Tailandia, y ya sabe usted cómo son los pajaritos por allí. ¿A que sí? —el hombre soltó una risita y aquello hizo que se pusiera a toser. George sostuvo el auricular alejado de la oreja cuando la voz llena de flemas del hombre siguió hablando—: Esta película nueva deja a la última que le vendí a la altura de Barrio Sésamo.

—¿Cuánto?

—Trescientas.

El hombre se dio cuenta de que George estaba demasiado callado al otro lado del teléfono.

—Pero para usted, dos cincuenta, puesto que usted es un buen parroquiano.

—Bueno...

—No me durarán mucho, colega; las de este tipo nunca duran.

George se vio en un dilema. Quería la película con todas sus fuerzas, pero ya había tenido que esconder el último extracto de la tarjeta del Barclays. Se estrujó el cerebro.

—Escuche, compadre, si es demasiado... —la voz del otro hombre sonaba conciliadora aunque desilusionada. De pronto a George le entró miedo de que el hombre lo creyese un tacaño.

—¡Me la quedo!

—¿Cuándo podrá pasar?

—Mañana a primera hora.

—Bien, lo veré entonces.

El teléfono se quedó en silencio. George colgó el auricular y volvió a la cocina. Hirvió de nuevo el agua para el té de Elaine.

La llamada de teléfono le había asustado. Se sintió desprotegido. Echó el agua en la tetera. Iría a por la película. Esta vez sacaría el dinero del banco. Elaine podría darse cuenta de que ya no estaba, pero también podría no dársela. Ya cruzaría ese puente cuando llegase a él. Las mujeres chinas..., le gustaban las mujeres chinas. Sabían cuál era su sitio perfectamente.

—¡GEORGE! —pegó un brinco cuando la voz de Elaine le atravesó los oídos—. ¿Quién era el del teléfono?

George sirvió el té y se lo llevó.

—Era un amigo del trabajo. Peter Renshaw. Te manda recuerdos, querida.

Elaine tomó el té.

—Ah. ¿Lo conozco, entonces?

—Creo que no, querida. Pero le he hablado muchas veces de ti. ¿Te gustaría un bizcochito con el té?

—Me encantaría, pero con el régimen y eso... —Le sonrió con expresión infantil en la cara.

George le devolvió la sonrisa. Si estaba esperando a que le dijera que no necesitaba hacer régimen, que se sentase a esperar.

Elaine notó que la sonrisa le desaparecía de la cara. Seguía sintiendo martillazos en la cabeza. Se terminó el té.

¡Imagínate, al viejo George le llama por teléfono un amigo! Los milagros nunca se acabarán.

* * *

Patrick Kelly estaba en sus oficinas centrales de Barking. Normalmente, pasaba el día de Año Nuevo en casa con Mandy. La señora Manners les prepararía una gran cena temprana y harían tertulia y charlarían sobre el año siguiente. Pero ahora, lo único que podía desear era enterrarla. Y de alguna rara manera, eso era lo que deseaba. Al menos entonces sabría seguro que ya no yacía entre hielo en el puto tanatorio. Encendió un cigarrillo con su mechero de oro. Lo apretó con fuerza en la mano. En la parte de delante tenía una inscripción: «Para papá, con cariño de Mandy. Besos, besos, besos». Ahora era todo lo que le quedaba de ella.

Sonó un golpe seco en la puerta que lo devolvió a la tierra.

—Pase.

Entraron dos hombres muy grandes. Eran hermanos, Marcus y David Tully. No se llevaban más que diez meses y parecían gemelos. Los dos llevaban la cabeza rapada y los dos vestían unos chándales grises idénticos que les abrazaban las barrigotas cerveceras. Los dos lucían grandes joyas de oro macizo. El primero que habló fue Marcus, el mayor.

—Entonces, ¿a dónde, jefe?

—Vosotros dos vais a ir para el norte, a Huddersfield. Allí arriba hay un Jaguar nuevo de fábula y unas cosillas más, unas máquinas que hay que recuperar tan deprisa como se pueda. Llevaos hierros, parece que los vais a necesitar. El fulano no quiere soltar nada, por eso nos han llamado a nosotros. Hay un buen pellizco para vosotros dos en cuanto traigáis la mercancía de vuelta. ¿OK?

Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—Vais a necesitar llevaros un par de chóferes. Coged a Declan y al joven Sonny, son muy buenos, y a ese tronco nuevo..., ¿cómo se llama? Dotson. Aquí tenéis la dirección, y mañana quiero veros aquí con el material.

—¿Y la maquinaria qué es?

—Dos excavadoras grandes. Los detalles los tenéis ahí fuera en la lista de trabajos. Un material selecto, de primera. El Jaguar lleva hasta placas personales.

—Eso está hecho, jefe. Nos vemos mañana, entonces.

—Procurad no usar la pistola esta vez. Solo asustad al panoli.

—Las usaremos solo para herir, jefe. Ya sabemos lo que hacemos.

—Id con cuidado, no pido nada más. Y ahora, en marcha.

Los dos hombres salieron del despacho. Patrick meneó la cabeza. Eran dos de los mayores chalados que conocía, y en sus tiempos había conocido unos cuantos. De todos modos, sabían hacer los trabajos difíciles y eso era lo principal.

Apretó el botón del intercomunicador.

—Tráeme un té, Debbie, ¿quieres?

—Claro, señor Kelly.

Siguió trabajando hasta que Debbie apareció con una taza de té. Le sonrió y dejó la taza sobre la mesa procurando que tuviera un buen panorama de su par de tetas más que considerables.

—Gracias, guapa.

—¿Algo más? —era una pregunta con mucha carga y Kelly lo sabía.

—No, gracias.

Sonrió al ver cómo se le derrumbaba la seguridad. Antes de conocer a Kate Burrows la tenía en la lista de «cosas que hacer». La había apuntado como sucesora de Tiffany. Pero ahora lo único que quería es que lo dejara en paz.

—Ya puedes irte, Debbie.

Se fue entre ruido de tacones. Físicamente, tenía mucho más que ofrecer que Kate, pero por alguna razón desconocida, la verdad es que prefería a la policía. Tenía algo. Cuando estaba con ella, metido dentro de ella, Mandy, Renée y todo lo demás desaparecían de su cabeza.

Y le estaba tremendamente agradecido por ello.

Kate oyó a Caitlin antes de verlo. Como las noticias de que lo habían puesto a trabajar en el caso se habían extendido, por toda la comisaría reinaba una gran excitación. Gimió para sus adentros. Era un hombre que parecía sacado de un tebeo «solo para chicos». Un auténtico macho. Siguió sentada hasta que le pareció que se calmaba la excitación. El fuerte acento irlandés de Caitlin resonó sobre las cabezas de todos.

—¡Por Dios! Seguro que aquí le dejarán a uno respirar un poco.

Habían acudido todos a saludarlo. Era una leyenda viva. A los pobres Fabian y Spilsbury de la vieja Scotland Yard ni se los tomaba en consideración teniendo a Caitlin. ¡Si hacía que Sherlock Holmes pareciera un *amateur*! Kate vio su figura voluminosa avanzar hacia su mesa. Ya antes había trabajado con él una vez, cuando era sargento detective. Nada más presentársela, la había enviado a buscarle un café, pero no antes de darle unas palmaditas en la espalda. El caso lo había resuelto solo con ayuda de un sargento detective y un agente de paisano. O al menos eso era lo que parecía leyendo el informe final. Kate clavó una sonrisa en su cara.

—¡Katie! ¿Cómo estás? —por el tono de voz parecía ciertamente encantado de verla. Kate se levantó y le tendió la mano.

—Inspector jefe Caitlin...

Se le veía viejo. Kate se quedó asombrada. Aquel hombre tenía un aspecto auténticamente avejentado. La cabeza casi del todo calva, la boca carnosa había adquirido esos labios menguantes propios de los hombres que envejecen, y aquellos ojos verdes tan llamativos se veían ahora acuosos. Y los párpados arrugados como unas persianas viejas.

—No estás ni un día más vieja que la última vez que trabajé contigo —el soniquete irlandés era más pronunciado de lo que recordaba—. Me han contado

grandes cosas de ti, grandes cosas.

Kate sonrió.

Caitlin acercó una silla y se sentó enfrente de ella.

—Puesto que vamos a trabajar juntos, he pensado que podíamos compartir la mesa. Así lo haremos más personal.

Kate notó que la sonrisa se le congelaba en la cara. El aliento a Teacher's y a cigarros baratos flotó por aquel espacio reducido y le hizo encogerse para adentro.

Caitlin se instaló en la silla.

—Vamos a ver, ¿qué es eso que me cuentan de un maníaco que anda por ahí en un Ford irlandés?

Las gruesas cejas de Kate se juntaron.

—Perdona, ¿qué Ford irlandés?

—Un Ford, O'Ryan... o sea, ¡Ford Orion, ja, ja!

Kate soltó una carcajada y muchos pares de ojos se fijaron en ella. Caitlin se rio también. Se inclinó sobre la mesa como de un modo confidencial y escudriñó la sala inquisitivamente.

Se dio un golpecito en la nariz.

—Puedes llamarme Kenny —le hizo un gesto con la cabeza y Kate se dio cuenta con creciente desánimo de que estaba borracho. Se forzó para volver a poner la sonrisa en la cara.

—Lo que tú digas. Bien, ¿quieres que te ponga al tanto de lo que tengo?

Caitlin se echó para atrás en la silla. Se abrió la chaqueta, sacó un pañuelo y se sonó la nariz con estrépito.

—Hazlo, Katie. Cuanto antes cojamos a ese cabrón, mejor.

Bueno, por lo menos en eso estaban de acuerdo. Kate respiró profundamente y empezó a hablar.

Capítulo Doce

2 de enero

George se había marchado al trabajo a la hora de siempre, las ocho y cuarto. A las once menos veinticinco entraba en Sexplosion. Anthony Jones estaba detrás del mostrador y George le sonrió, trémulo. El tendero le obsequió con una gran sonrisa llena de dientes.

—¡Qué hay, tronco! Feliz año nuevo —rebosaba camaradería y buen humor.

—Feliz año nuevo. Esto..., traigo lo necesario.

—Bien, bien.

Tony Jones levantó el portillo del mostrador e invitó a George a pasar a la trastienda. George miró a su alrededor y titubeó antes de cruzar la puerta. Había muy pocos clientes a esas horas de la mañana. Tony Jones lanzó un grito a un chico de pelo oscuro de unos dieciocho años.

—¡Emmanuel, vigila la tienda! Tengo que atender un asunto. —Ya en la trastienda, le susurró a George—: Es más raro que un billete de nueve chelines, pero trabaja muy bien. Venga, entonces, ¡mire esto!

Se frotó las manos ante lo que se acercaba y apretó el botón de *play* en un vídeo que había encima de una mesa pequeña. En la pantalla de televisión de arriba apareció una jovencita china. Su cara parecía la máscara del miedo.

—Siéntese, compadre, voy a preparar unos té —George se sentó y se quedó mirando las imágenes que parpadeaban delante de él. E incluso en aquel despachito sucio sintió los primeros fervores de la excitación.

Una hora más tarde salía con la película bien sujeta debajo del brazo y una dirección y un número de teléfono en el bolsillo. Se subió al coche y se puso a conducir por Londres sin destino fijo. El día estaba muy cubierto; la gente que bullía por allí parecían todos grises. Grises y sucios.

George se encontró de pronto en Paddington y sonrió. Rebuscó por el bolsillo del abrigo hasta que encontró el papelito de la dirección que le había dado Tony Jones. Aparcó el coche en Warwick Avenue, lo cerró e inició la búsqueda. Caminó por Harrow Road hasta que encontró el cruce que buscaba. Entró por Chippenham Road controlando los números de las casas. Cuando llegó al que quería, lo comprobó meticulosamente con su papelito. Cruzó la puerta de entrada y se quedó mirando el despliegue de timbres que había allí.

Cada uno de los timbres tenía una tarjetita encima.

Apartamento 1: Suzie, modelo francesa.

Apartamento 2: Sexy Sadie, corrección completa.

Apartamento 3: Imogen, masajista sueca.
Apartamento 4: Carol, colegiala tentadora.
Apartamento 5: Beatrice, para chicos malos.

Lo que él buscaba era el apartamento 6: naturalmente que estaba allí:

Apartamento 6: Tippy, especialista en sumisión.

George apretó el botón.

—¿Sí? —George se sobresaltó. ¡No era una voz con demasiada sumisión! Se aclaró la garganta haciendo ruido.

—Eee... me manda Tony. Tony Jones.

La voz cambió de repente.

—¡Oh, lo siento mucho, señor! Me ha pillado por sorpresa. —George oyó una risa profunda—. Es un poco temprano para mí, cariño, pero anda, sube.

Se oyó un zumbido y el clic de la puerta. George la abrió con precaución. La gorra de visera y el abrigo Burberry le daban aspecto de caballero de clase obrera. Sus duros ojillos grises estaban ya húmedos de expectación. Poco antes había ido a sacar trescientas libras. Doscientas cincuenta se le habían ido en el vídeo, que había dejado bien guardado en el coche. Todavía le quedaban cincuenta. Había decidido darse un homenaje. Si todo lo que decía Tony Jones era cierto, aquella Tippy era justo lo que necesitaba.

Arrugó la nariz molesto con el olor acre del edificio. El estrecho pasillo estaba sembrado de periódicos viejos y folletos de publicidad. Era oscuro y lóbrego. George apretó el interruptor de la luz de la pared junto a la escalera y en el techo se encendió una luz mortecina. Empezó a subir las escaleras sin alfombra. El empapelado había abandonado las paredes hacía mucho tiempo, y en algún punto de aquí o de allá había unas manchas de color óxido que casi parecían de sangre. Se dio más prisa.

En su habitación, Tippy, de nombre real Bertha Knott, se apresuraba en tratar de asear aquello. La noche antes había sido muy agitada, con siete cabritos. Uno detrás del otro. En la época de fiestas siempre era lo mismo. Recogió la ropa por allí tirada y la arrojó dentro de una pequeña cómoda, con arañazos y marcas de años de abandono. Prácticamente tiró el cenicero rebosante y la botella de vodka vacía en la minúscula cocinita, y las colillas volaron por encima para aterrizar en el fregadero. ¡Cojones! ¡Que le den a ese mamón de Tony Jones! ¡Imagínate, mandarme un cabrito a estas horas! ¡Nadie en sus cabales se levanta nunca antes de las doce y media!

Oyó la tímida llamada en la puerta y suspiró. Confió en que el tipo aquel no fuera demasiado bruto. Ya estaba bastante machacada. Se cerró la *negligée* mugrienta en torno a su cuerpo huesudo y abrió la puerta con una amplia sonrisa profesional en la cara.

George miró a la mujer consternado. Era absolutamente horrenda. Tenía el pelo negro teñido que parecía estopa mojada en líquido de pulir botas, su cara era flaca como la de una fiera, y a través de aquella *negligée* suelta y transparente se veía bajo sus brazos vello suficiente como para fabricar un par de pelucas gemelas.

—Anda, pasa, tío —tenía una voz jovial—. ¿Quieres un té o una copa?

George entró en la habitación. Vio cómo las nalgas descarnadas de la mujer desaparecían detrás de una cortina y miró a su alrededor, deprimido. El cuarto estaba sucio, una cama doble gigante ocupaba la mayor parte del espacio. Tenía sábanas negras y George no estaba seguro de si ese era su color original o simplemente el resultado de años de uso. La alfombra de cáñamo del suelo estaba llena de quemaduras de cigarrillo. Alrededor de una estufa de hierro las había a cientos. Era evidente que los hombres que habían utilizado aquella habitación a lo largo de los años habían probado a acertar con sus colillas en el hueco del fuego desde la cama, y que la mayoría habían fallado. Bajo la ventana había una butaca grande que enseñaba el relleno cubierta de aparejos del oficio: medias, ligeros y otros tipos de ropa interior.

Tippy volvió con dos vasos relativamente limpios llenos de vodka con tónica. George cogió el suyo por hacer algo. Tippy colocó el suyo sobre la vieja cómoda. Recogió la ropa interior de la silla y la tiró al suelo.

—Siéntate un poco, guapo, que yo iré a prepararme. Perdona todo este desorden, pero digamos que me has pillado desprevenida. Solo tardo diez minutos.

Desapareció por una puerta que George no había visto antes y le gritó mirando hacia atrás:

—¡Quítate el abrigo y ponte cómodo!

Se quedó de pie con el vaso en la mano decidiendo si salir zumbando de allí o no. Las manías de ama de casa perfecta de Elaine le atacaban los nervios, pero desde luego las prefería al modo de vida de aquella pendeja astrosa. Fue hasta la silla y miró a través del visillo mugriento. Abajo, la calle estaba animada. George contempló a la gente que iba y venía a sus asuntos y por un instante se preguntó qué demonios hacía allí. Era decepcionante. George no clasificaba sus pasatiempos como algo sucio en ningún sentido. Nunca había pensado que las prostitutas y la mugre anduviesen de la mano. Siempre se las había imaginado como las pintaban en la prensa: unas jóvenes preciosas a las que les gustaba su trabajo y vivían como reinas. La realidad era diferente y a George no le gustaba la realidad.

Acababa de apartarse de la ventana decidido a marcharse, cuando la mujer reapareció en la habitación. ¡Estaba completamente distinta! Vio que George se quedaba con la boca abierta y sonrió. Llevaba el pelo recogido en dos coletas. Se había pintado los ojos con un grueso lápiz negro y la boca parecía un capullo de rosa rojo oscuro. Se había quitado el salto de cama sucio que antes llevaba y se había puesto unas medias largas de seda negra con un ligero, un sostén negro con aberturas y unas bragas sin entrepierna. Un aroma avasallador a perfume de Freesia la

envolvía como una nube. Sonrió a George.

—Ahora estamos más en lo nuestro, ¿verdad que sí? —la voz había tomado un difuso tono infantil, y George se sintió gratificado. Todas sus ideas anteriores salieron huyendo de su cabeza. Aquella mujer era como las de sus días juveniles, las que adornaban las barajas de cartas con desnudos. Como las que le miraban desde sus revistas de adolescente mujeriego. En resumen, era como una puta.

Los zapatos de tacón alto embellecían las piernas largas y delgadas. Los pechos eran pequeños y derechos, las areolas rosa se endurecían con el aire frío de la habitación.

—No te has quitado el abrigo. ¿Es que tiene que quitártelo Tippy?

Se lo quitó de los hombros, lo dobló y lo puso sobre la silla con cuidado. George se quedó mirándola y los ojos volvían a brillarle.

Tippy hizo un mohín.

—Tippy quiere el dinero lo primero. Veinte libras por el trabajo, el sexo anal son diez extra.

George asintió y le alargó los billetes.

—Bien. Bueno, estoy lista cuando tú lo estés, amorcito.

Miró cómo George se quitaba la ropa y sonrió de nuevo. Todos eran iguales. Maricones estúpidos. Apretó los dientes. Oh, por favor, que sea de los que acaban de prisa. No estaba de humor para estar follando mucho rato.

Se tumbó en la cama sucia. A pesar del fuerte perfume, detectaba el olor agrio de las sábanas. Cuando George apareció encima de ella, estaba pensando cuándo llevar las sábanas a la lavandería y si pagar o no por un lavado complementario. Confió en que George se percatase del Durex que había dejado estratégicamente encima de una de sus medias. Le pareció que estaba más verde que la hierba del proverbio. Igual podría haberle dicho cincuenta billetes. Tenía pinta de poder pagárselo.

Bueno, se consoló, los de este tipo solían volver, y eso le gustó. Si se hacía con otro cliente fijo eso le daría para no tener que estar por la calle un tiempo. King's Cross ya no era lo que había sido en sus tiempos. Con todos esos descontrolados y drogatas jóvenes...

Tippy sintió un mordisco en el pezón que le hizo daño y contuvo un grito.

Otro maldito cabrón de mala sombra. Suspiró profundamente. Vamos allá otra vez. Se incorporó en la cama y, arrodillándose de forma que George pudiera verle los pechos lo mejor posible, se metió el falo en la boca.

Al cabo de un par de minutos, se le ocurrió una idea. Levantó la cabeza y miró al hombre a la cara.

—Por otras diez, puedes atarme si te gusta.

Salió de la cama, abrió la cómoda y sacó un juego de esposas y una cuerda que parecía de cuero.

George asintió y Tippy llevó aquello a la cama y se lo entregó.

Mientras George la ataba, pensó: «En fin, bueno, de perdidos, al río».

Hasta Tippy se asombró al oír que George canturreaba de verdad mientras hacía las cosas. Finalmente, con la prostituta despatarrada sobre la cama con los brazos y piernas abiertos y sujetos, estaba feliz.

Eso sí que era sumisión. No podría defenderse, tendría que yacer allí y aceptar lo que él hiciera.

Salió de la cama y fue a buscar el abrigo. Sacó los guantes blancos de algodón del bolsillo y se los puso. Tippy lo observaba ya medio aburrída. Pero cuando vio lo que sacaba del bolsillo interior del abrigo, creyó desmayarse de miedo. Era un cuchillo grande en una funda de cuero. Al sacarlo de la funda, el débil sol de enero cayó sobre la hoja y Tippy se debatió entre las amarras que la sujetaban.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo con eso?

George fue hasta la cama y sonrió.

—No te preocupes, no te haré daño, querida mía.

Se arrodilló junto al cuerpo de ella, con la barriga colgando encima de sus rodillas y empezó a cortar suavemente las bragas.

Tippy respiraba con fuerza, la cara se le había puesto blanca bajo el lápiz de ojos negro y el espeso maquillaje.

No paraba de pensar. Aquel cabrito era un puto chalado ¡y había dejado que la atase!

—Oye, no irás a hacerme daño, ¿verdad? Promételo.

—Lo prometo. Y ahora, ¡a callar!

La voz de George había adquirido una inflexión de aspereza. Tippy se calló.

De repente, aquel hombrecito de maneras suaves ya no parecía estar tan verde..., parecía verdaderamente peligroso. Sobre todo, con aquella sonrisita, aquella sonrisa que apenas enseñaba los dientes. Tippy apretó los ojos con fuerza.

¡Espera a que vea a Tony Jones y verás! ¡Ese maricón! ¡Mandarle un candidato al manicomio! Tippy siguió allí tumbada y se preparó para pasar el peor día de su vida.

—Bien, inspector jefe, ¿qué piensas entonces?

Kenneth Caitlin se encendió un cigarro y fue echando el humo con enormes bocanadas que se arremolinaban alrededor de su cabeza calva.

—Por lo que yo veo, Katie, nuestro hombre tiene mucho cuidado, o lo que tiene es suerte. Muchísima suerte, desde luego. No hay nada en ninguno de los escenarios de los crímenes. No hay nada en los cuerpos, excepto la huella genética, por supuesto, como tú señalaste. No tenemos absolutamente nada más con lo que empezar —le sonrió—. Pero ¡por Cristo!, eso es justo lo mío. Pienso encontrar a ese cabrón —le apuntó con el dedo—. Ya lo verás.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos ahora? —dijo Kate con tono sarcástico.

—Bueno, la gente de uniforme está desplegada en busca del cuerpo de esa chica Butler. Aunque pienso que ya está muerta. Hasta ahora nuestro hombre no había ocultado nunca los cuerpos, ¿verdad? Así que es obvio que si este lo ha escondido es porque piensa jugar una partida desde cero. Pero voy a decirte algo, Katie. Al final,

todos acaban jodiéndose solos. Mira el Destripador de Yorkshire.

Kate se sintió molesta. Caitlin le estaba atacando los nervios.

—El Destripador de Yorkshire mató a trece mujeres, inspector jefe, y acabaron cogiéndolo en una investigación de rutina. Por otra parte, no hay manera de saber cuántas más hubiera matado. Aquí en cambio tenemos un jugador. Con el perfil psicológico de un hombre que odia a las mujeres, eso sí que lo sabemos ya. Un hombre que tiene un trabajo que es posible que lo haya puesto en contacto con las víctimas, aunque yo no pienso eso. Si las mujeres lo hubieran conocido, habría alguien más que lo conocería por las mismas razones. El psicólogo también dice que es probable que esté casado. Si es cierto, eso estrecha un poco más el campo. También conoce bien la zona, de modo que es evidente que se trata de alguien de aquí. Aparte del coche de color oscuro que vieron en el escenario del segundo asesinato y de otro coche verde oscuro que vieron en el primero, no tenemos absolutamente nada más con lo que avanzar.

Caitlin la miró. Las mujeres eran siempre tan emotivas... Se tomaban los casos a título personal.

—Bueno, esta semana salgo en *Crimewatch*. Tal vez surja algo de ahí. Que alguien que no sea de la zona pudiera haber andado en coche por aquí y haber visto algo.

—Sí, y los burros vuelan —dijo Kate en tono agrio.

Caitlin dio otra buena chupada a su cigarro.

—Los burros sí que vuelan, o por lo menos eso es lo que piensan los drogatas cuando ven helicópteros de la policía.

Kate cerró los ojos. Aquel hombre pensaba que todo era un chiste. Se puso de pie y recogió la chaqueta del respaldo de la silla.

—¿A dónde vas?

—Voy a ver cómo anda la búsqueda.

—Eso déjasele a la gente de uniforme, si encuentran algo, nos lo harán saber más que deprisa. Afuera hace un frío tremendo.

Cuando Kate abría la boca para contestarle sonó el teléfono de su mesa. Lo descolgó.

—Bajo ahora mismo.

Caitlin notó la excitación de su voz.

—¿Quién era?

—Puede que hayamos hecho un gran avance. Vamos.

Geoffrey Winbush entró titubeante en la comisaría de policía de Grantley. El sargento de recepción le sonrió.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo?

—Es por lo de la desaparición de Louise Butler. Como que me parece que les puedo ayudar. Creo que la vi.

Ahora el sargento de recepción era todo actividad. Abrió la puerta de seguridad y

condujo al muchacho a una salita.

—Dame tu nombre y tu dirección, hijo.

—Geoffrey Winbush, Tenerby Road, 122.

El sargento lo apuntó.

—Bueno, siéntate un momento. Enseguida vendrá alguien a verte.

Dejó al chico sentado ante la mesa, volvió a la suya y telefoneó a Kate. El sargento Mathers confiaba en que aquel muchacho pudiera arrojar algo de luz sobre el caso.

Kate entró en la sala de entrevistas seguida de Caitlin. Lo primero que pensó fue que el testigo era un chico muy guapo. Rubio, con ojos castaños profundos en los que en ese momento se notaba inquietud. Iba bien vestido. Representaba unos veinte años. Tenía los hombros anchos y a pesar de que estaba sentado, Kate pudo ver que era un chico fuerte. Le sonrió.

—Soy la inspectora Burrows y este es el inspector jefe Caitlin. Me han dicho que tiene usted alguna información sobre Louise Butler...

Kate se sentó enfrente de él y Caitlin se apoyó en la pared con el cigarro humeante en la boca.

El chico los miró, nervioso.

—Bueno, no es que la conozca personalmente, pero como que la otra noche, me parece que es la que vimos en Woodham Road.

—¿Vimos? —intervino Caitlin.

El chico asintió.

—Sí, yo y mis colegas. Era que íbamos a la *rave*, o sea, Ricky mi hermano y los otros tres, o sea, Tommy Rigby, Dean Chalmers y Nick Thomas.

Tragó saliva con esfuerzo y a Kate le dio un poco de pena.

—Sigue.

—Bueno, pues como que íbamos en el coche y vimos aquella piba, andando por el arcén. Como que iba completamente sola. Total, que nos paramos y le dijimos si la llevábamos. Pero no quería entrar. Pero estoy como seguro de que era ella.

—¿Y por qué no quiso entrar? ¿Dijo que estaba esperando a alguien? ¿Explicó qué estaba haciendo sola en aquella carretera?

—No, nada. Nick Thomas estaba más que pasado. La llamó de todo —se le rompió la voz—. Bueno, él y todos. Y como que la dejamos allí en la carretera. La dejamos allí y se murió. Nos fuimos a la *rave* y como que la dejamos andando por allí haciendo dedo.

—¿Haciendo dedo? ¿Estás seguro de que hacía autostop?

El chico afirmó con la cabeza.

La voz de Caitlin resonó de tal modo en la sala que el chico pegó un salto.

—¿Dejasteis a una jovencita que fuera andando sola por una carretera a oscuras en medio de la noche? ¿La llamasteis de todo, tal como has dicho, y la dejasteis allí? ¿Tú tienes alguna hermana, jovencito?

—Sí, señor, dos.

Caitlin tenía el cigarro apretado entre los dientes. Se lo quitó antes de decir lleno de veneno:

—Bueno, pues espero que si alguna vez se ven en la tesitura de Louise Butler, las traten mejor de lo que vosotros tratasteis a esa chica. Y ahora, a ver, nombres y direcciones de los otros chicos. Rápido. No puedo permitirme gastar palabras contigo.

Kate cerró los ojos. Caitlin tenía razón, desde luego. Aquellos chicos no tendrían que haberla dejado allí nunca. Pero por la misma razón, también la chica tendría que haber tenido más cabeza y no ponerse a andar por una carretera a oscuras como aquella. Pero aquel maldito Caitlin tenía siempre que meterse en medio. Tenía que hacerse oír.

¡Y lo peor de todo era que Kate sería la que tendría que escuchar siempre a aquel tarugo!

Sonrió al chico, que tenía la cara blanca.

—¿Quieres que traiga unos cafés y luego haces tu declaración?

—Sí, gracias —empezó a llorar—. Nunca pensamos como que la iban a asesinar. Habíamos bebido algo...

—¿Así que encima ibais conduciendo borrachos? ¿Y cómo carajo sabes que la asesinaron? Que yo sepa no se ha encontrado ningún cuerpo.

El chico la miró implorante, y Kate se levantó de la silla y se llevó a Caitlin fuera de la habitación. Y entonces le susurró:

—¿No crees que ya se encuentra bastante mal como para tenerte a ti encima?

Caitlin se encogió de hombros y se abrochó hasta arriba la chaqueta arrugada del traje. Le echó el humo del cigarro a la cara.

—No, la verdad, Katie..., no lo creo. Lo que creo es que es un tonto del culo.

Y con eso, regresó a la sala de entrevistas y Kate apretó los puños.

Si volvía a llamarla Katie otra vez, iban a acabar deteniéndola a ella. Por lesiones graves.

Se fue a organizar lo del café.

Kate aparcó el coche en el camino de entrada. Estaba cansada. La verdad es que Winbush no había sido de mucha ayuda. Caitlin le había metido un miedo del demonio y, por consiguiente, había sido reacio a contar demasiadas cosas. Kate había quedado en que iría a su casa a verlo personalmente. El problema con Caitlin era que siempre se comportaba como si estuvieran en los viejos tiempos, cuando todo el mundo estaba dispuesto a ayudar a la policía. Debería volver a poner los pies en la tierra como todos los demás. Desde aquel asunto de West Midlands hasta el presente, mirases donde mirases, todo eran pruebas falsas y la popularidad de la policía según las encuestas había bajado a menos dos.

Entró en casa. Un aroma a carne le invadió la nariz y fue siguiéndolo hasta la cocina. Su madre daba la vuelta a unas chuletas de cordero en el grill.

—Hola, Kate, siéntate que te haré un café.

Dan se levantó de la barra.

—Yo lo haré, Eve, ¿quieres tú otro?

Evelyn negó con la cabeza.

—Ah, por cierto, Katie, te ha llamado alguien. Dijo que se llamaba Pat y si lo podías llamar.

Kate sintió que se le paraba el corazón en el pecho. Notó los ojos de Dan taladrándole la cara.

—Gracias, mami —encendió un cigarrillo por hacer algo. Patrick llamándola allí. Notó que todo el cuerpo se le acaloraba.

—¿Y entonces quién es ese Pat? —Kate detectó un atisbo de celos en la voz de Dan.

—Nadie de tu incumbencia, Dan. —Él la miró y Kate bajó los ojos—. Pero si quieres saberlo, es un amigo mío.

—Entiendo. ¿Y dónde lo conociste?

Evelyn contempló a la pareja con una sonrisita en la cara. Las preguntas de Dan estaban irritando a Kate y si no se andaba con cuidado podía terminar sabiendo qué lengua tenía su exmujer. Puso otra serie de chuletas debajo del grill y en la cocina no se oía más sonido que el chisporroteo de la grasa de cordero.

—Insisto, ¿dónde lo conociste? —Dan alzó el tono.

Kate dejó la taza de café sobre la mesa y miró a su exmarido.

—¿Y qué malditos demonios te importa a ti eso?

—Pues me importa un montón. Mi hija...

—Ah, por supuesto, ¡tu hija! Bueno, pues es una lástima que no pienses en tu hija cuando andabas haciendo de puta por el mundo, ¿sabes? Entonces era una pobre potrilla que ni se tomaba en consideración, ¿O SÍ?

Dan se quedó mirando a Kate atónito. Se dio cuenta de que había abierto la caja de los truenos.

—Todo lo que decía, Kate, es que...

—¿Sabes cuál es tu problema, Dan? Que no te enteras de la mucha suerte que tienes. No me gusta recordarte esto, pero si no fuera por mí, ahora estarías en cualquier albergue viviendo de la Seguridad Social. Te permito que te quedes en mi casa porque está Lizzy, pero te lo advierto, Dan, si intentas meterte en mi vida, te sacaré por esa puerta tan deprisa que dejarás un surco quemado en la alfombra. ¿Me he explicado lo bastante claro?

A Dan se le había puesto la cara colorada y durante un fugaz instante Kate se avergonzó de sí misma.

—Perfectamente.

Salió de la cocina en silencio.

Kate respiró fuerte y puso la cabeza entre las manos.

—Lo estaba pidiendo, Katie. Así que ahora no te sientas culpable.

—Oh, mami. No tendría que haber dicho todo eso. No tendría que haber dicho nada. Pero me saca de quicio.

—Deja que te haga otro café. Y por cierto, ¿quién es ese Pat? ¿O también me vas a soltar un mordisco a mí?

—Es un hombre que conocí en cosas del trabajo.

—¿No es el mismo con el que pasaste el Año Nuevo?

Kate miró a su madre con aire cortante y al ver la expresión maliciosa de su cara, sonrió.

—Efectivamente.

Evelyn abrió los brazos.

—Eres una mujer adulta, Kate, puedes hacer lo que quieras. Personalmente, creo que ya era hora de que vivieras un poco.

Kate sonrió. También ella pensaba que ya era hora, pero para ella, Patrick Kelly era un peligro. Para su carrera. Era un peligro para todo, pero saberlo, admitírselo, no servía de mucho. Lo deseaba desesperadamente. Le había dado tanto placer cuando estuvo con él y se había sentido tan sola desde hacía tanto... tanto tiempo. Después de la noche de Año Nuevo ya no podía dejarlo, dejarlo sería como cortarse las dos manos.

Solo se había enfadado tanto con Dan porque había sacado a relucir el nombre de Patrick cuando ella quería que fuera un secreto.

Pero el secreto no iba a durar mucho tiempo.

Encendió otro cigarrillo. ¿Qué iba a hacer cuando se descubriera el secreto?

Cruzaría el puente cuando llegase a él. Todo lo que se decía de Kelly eran suposiciones, nunca se había demostrado nada en su contra y en aquel país eras inocente hasta que se demostraba tu culpabilidad. Aunque ese pensamiento sonaba de lo más falso.

Kate tuvo la sensación de que se precipitaba dando tumbos hacia algo que no tenía fuerzas suficientes para impedir.

Pero lucharía por hacerlo.

Si llegaba el momento.

Capítulo Trece

En Sexplosion empezaba a haber movimiento justo cuando Tony Jones vio entrar por la puerta a Tippy.

—Cojones, tía —le dijo con una sonrisa—, vaya mala pinta que me traes.

Tippy traía la cara pálida y ojerosa.

—Tengo que hablar contigo, Tony, ¡y ahora mismo!

Se quedó desconcertado.

—Vale, vale, chica, vente a mi oficina.

Buscó con la mirada a Emmanuel, que estaba intentando ligarse a un hombre de cierta edad vestido con un traje muy elegante.

—Emmanuel, ¡ponte ahora mismo detrás de ese mostrador! Pasa, Tippy, amor. — Le abrió la trampilla y la mujer pasó cojeando.

Ya en el deslucido despachito, la fulana se sentó en la silla desvencijada. Tony la miró con cautela. Allí había algo que no iba bien. Confió en que no tuviera sida o algo así. Tenía aspecto de enferma, y a Tippy se la solía ver muy en forma la mayor parte de las veces. Como todas las de mal vivir que trabajaban el tema de la sumisión.

—¿Tienes algo que pegue, Ton?

Tony abrió un pequeño compartimento de un aparador y sacó una botella de ginebra Gordon's.

—Pero no tengo nada para echarle. ¿Te la trincas a palo seco?

Tippy asintió.

—Ahora mismo me bebía una taza de meados fríos, si eso me borra el mundo de la cabeza, Ton. No me he encontrado peor en toda mi vida.

Tony le sirvió una medida generosa en un vaso grande.

—Aquí tienes, muchacha, a ver si te animas con esto.

Tippy le dio un buen trago. Tony vio que le temblaban las manos. Se mordió el labio de abajo consternado.

—Escucha, no es por ponerme gracioso, guapa, pero no tengo todo el día.

Ella lo miró con ojos medio cerrados.

—El cabrito ese que me mandaste ayer... estaba chiflado, Tony, completamente chiflado.

Tony se relajó. ¿Eso era todo?

—Todos están chiflados, tía...

Ella lo interrumpió.

—No, no un chiflado normal. Era un loco de atar, Tony. Un jodido loco.

Tony se representó a aquel George tan educado. Le gustaban cosas un poquito pasadas, y había que reconocer que de las que andaban un poco al límite, pero aparte de eso, parecía un hombre agradable, tranquilo y correcto.

—Solo es que estás baja de forma, Tippy. A todas os pasa lo mismo cuando vienen las fiestas.

Tippy se rio con sarcasmo.

—Escucha, Tony, llevo dieciocho años en este oficio, de mujer y de chica, así que en tanto tiempo tengo vista gente muy rara, pero nunca ninguno como este. Mira...

Se puso de pie y se levantó la falda. Oyó cómo Tony aspiraba el aire.

—No me jodas, Tip, ¿te hizo eso?

Tippy asintió con los ojos inundados de grandes lágrimas.

—Tengo por todo el cuerpo. En las tetas, en el culo, por todos los sitios.

Tony se quedó mirando los cortes en cruz que cubrían los muslos de Tippy. Había algunos superficiales y otros parecían profundos. Y todos con costras. Abundaban los hematomas morados y negros.

—Me he pasado la noche meando sangre, Tony. También me metió algo dentro —se le rompió la voz—. Primero me ató y tenía un cuchillo. Y no dejó de ponérmelo en el cuello y de amenazarme... —se puso a llorar con ganas y Tony, por primera vez en su vida, sintió compasión de una chica trabajadora. La cogió en sus brazos y la consoló.

—Está bien, Tippy, cálmate, cariño.

—¿Y ahora cómo voy a trabajar mientras esté así, Ton? Estaré semanas fuera de combate. Y suponte que vuelve. Sabe dónde vivo, y sabe que no voy a ir a la bofia. —Tenía la cara manchada de lágrimas y Tony la hizo sentar con suavidad en la silla.

—Escucha, Tippy, te daré lo suficiente para ir a reponerte. Y me ocuparé de hablar con ese puto, ¿de acuerdo? Me aseguraré de que de aquí en adelante te deje en paz. ¿Vale?

—Promételo.

—Lo prometo. Bueno, y ahora, ¿qué me dices si te llevo a un médico que conozco en Swiss Cottage? Se paga a tocateja y no hacen preguntas. ¿Qué te parece?

Tippy asintió y se enjugó con la mano los churretes de la cara.

—Voy a decirle a Emmanuel que se ocupe de la tienda y podemos ir para allá.

Tony Jones salió del cuartito. ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Un tipejo tan educadito como aquel con un tigre en el depósito? Tony meneó la cabeza admirado. Tenía que llamar la atención a George de un modo delicado. No quería perder un cliente fijo. Le mantendría apartado de Tippy diciéndole que se había echado de novio a un negrata de lo más macizo. Nada como invocar un negro macizo o una buena dosis de purgaciones para librarse de cualquier cabrito.

Volvió a menear la cabeza. Pobre Tippy. Le quedarían cicatrices para toda la vida.

Terry Miller cogió el *Grantley Times*. Acababa de hacerse un café y fumaba un cigarrillo instalado en la cocina de su mamá. Había seis niños Miller que iban de los diecinueve a los siete años de edad. Terry tenía dieciocho y su hermano Charlie diecisiete. Poder estar sentado en la casa de los Miller con una paz y un silencio relativos era un acontecimiento raro y Terry lo disfrutaba. Hasta que vio lo que salía en primera página.

Era una foto de Louise Butler y Terry la reconoció inmediatamente: era la chica

que había estado corriendo delante de su coche la noche de la fiesta *rave*. La chica a la que perseguía aquel individuo con un absurdo tocado en la cabeza. Había tenido que dar un volantazo para evitarlos. Leyó el artículo y frunció el ceño. Al parecer, creían que había sido asesinada por el Destripador de Grantley, aunque de momento no había aparecido cuerpo alguno. Se pasó las manos por el pelo. ¿Debía ir a la policía?

Si iba, tendría que admitir que la había dejado sola allí. Que iba tan colocado de éxtasis y volando tan alto como una cometa y que pensó que solo era una broma.

Cogió el periódico y lo arrojó en la mesa de la cocina.

Ya sabía qué iba a hacer. Lo hablaría con Charlie cuando volviese de trabajar.

Así que Terry se relajó un poco tras haber tomado la decisión. Charlie sabría qué hacer. Como siempre.

La búsqueda de Louise Butler duraba ya más de dos días. Las fuerzas de seguridad habían peinado cada descampado, maleza, campo de cultivo, bosque. Hasta la cantera.

Nada.

Kate Burrows y Kenneth Caitlin empezaban a preocuparse. Si no aparecía algo, y pronto, estarían otra vez en la casilla número uno. Los submarinistas habían rastreado el río. Se había registrado hasta el último garaje, caseta y cobertizo. Louise Butler había desaparecido de la faz de la tierra.

Habían interrogado a todos los violadores y delincuentes sexuales y comprobado sus movimientos. Seguía sin haber nada. Parecía que el Destripador de Grantley se había instalado para mantener un largo reinado de terror.

Kate estaba sentada en su escritorio mirando las carpetas que tenía delante. Se frotó los ojos con el índice y el pulgar de la mano derecha. Estaba completamente muerta. Caitlin se había ido a los estudios de la BBC porque a última hora de la tarde tenía que aparecer en *Crimewatch*. El hombre maravilla había llegado, se había puesto al mando y no había conseguido nada. Kate miró a su alrededor, a la sala de incidencias en pleno ajetreo.

Sonaban los teléfonos, las pantallas de los ordenadores ofrecían sus informaciones, y aun así no había nada a lo que agarrarse. Se acordó otra vez de los asesinatos de Leicester. Si por lo menos pudieran hacer los análisis de sangre a unos cuantos hombres de Grantley, habrían hecho la mitad del camino. Porque con que solo tres mil de los cinco mil varones sospechosos potenciales se hiciesen la prueba, ya eran tres mil para eliminar. Y existía también la posibilidad de que el propio encartado se hiciera el análisis. Si mandaban hematólogos por las empresas y oficinas de la localidad, era probable que los hombres se sintieran obligados a hacerse la prueba al ver que sus colegas lo hacían. Una forma sutil de coacción.

Pero nadie con autoridad suficiente querría siquiera contemplar la idea. Dinero. Todo acababa en el maldito dinero.

Kate se mordió el labio inferior. Tenía que haber algo que se le hubiera pasado.

Aunque la declaración de Geoffrey Winbush solo les informaba de que Louise había sido vista en Woodham Road, ¿no era probable que la hubiese visto alguien más? Era una chica guapa, vestida con un chándal morado y oro y una cazadora de hombre. No era fácil que se te escapara. Ochocientos jóvenes habían ido a aquella fiesta. Alguno más tenía que haberse fijado en ella.

Kate volvió a mirar las carpetas que tenía delante.

Todavía estaban entrevistando a los propietarios de Ford Oriones de color oscuro. Y nada. Ya solo quedaban unos pocos nombres en la lista de matrículas de Tráfico. ¿Podría ser que el hombre hubiera vivido en Grantley en algún momento y ahora viviese en alguna otra parte? Aquella idea se le había ocurrido ya antes, pero una sensación en las tripas le decía que seguía viviendo allí. Y si era así, la mejor manera de capturarlo era con los análisis de sangre. Vuelta a la casilla uno.

Sonó el teléfono y contestó.

—Aquí la inspectora detective Kate Burrows.

Sintió que el corazón se saltaba un latido. Era Patrick Kelly.

—¿Seguimos quedando para esta noche?

—Oh, sí, naturalmente. No puedo prometer a qué hora llegaré, tendré que telefonearte cuando salga del trabajo. Estamos más que desbordados por...

—Entonces, ¿todavía nada? —le preguntó en tono inexpresivo.

—No, nada concreto.

—Entonces te veré luego. Adiós.

—Adiós.

Kate colgó el auricular y sonrió. Ese Patrick Kelly iba a gustarle. Iba a gustarle un montón. Y sin embargo, su parte sensible le decía que no fuera niña. Era una mujer, era policía y él...

¿Él era qué?

Era un hombre agradable, eso es lo que era, y cuando se marchaba de aquella comisaría, ¡su vida era solo suya!

Cogió la carpeta y se puso a leerla de nuevo. Le pagaban por encontrar a ese asesino, ¡y vaya si lo encontraría!

Charlie Miller volvió del trabajo a las seis y cuarto. Como de costumbre, la casa era ya un pandemónium. Todos los niños habían vuelto y la ascendencia irlandesa hacía que las discusiones a gritos fueran la norma. Como la mayor parte de los niños de familia numerosa, habían aprendido a gritar más que el otro desde muy pequeños. Charlie fue directamente al cuarto que compartía con Terry y puso una cinta de Fine Young Cannibals. Estaba a mitad del proceso de desvestirse cuando su hermano entró con el periódico.

—¿Todo bien, Tel?

Terry meneó la cabeza y se sentó en la litera de abajo.

—No, o sea, la verdad es que no.

Charlie frunció el ceño y se paró con la camisa a medio quitar. Terry tenía mal

aspecto. Se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Has empeorado? —dijo con voz baja. Aunque solamente se llevaban un año, Charlie veía a Terry como si fuera un hermano más pequeño.

—Es por lo de esa pava que ha desaparecido... Louise Butler. Mira.

Abrió el periódico y Charlie lo miró. Terry observaba la cara de su hermano.

—¡Es la pava de la otra noche! La que iba con aquel menda tan raro de la máscara.

Terry asintió.

—O sea, que pienso que tenemos que ir a la pasma. Contarles que la vimos.

Charlie negó vigorosamente con la cabeza.

—¡Oye, ni se te pase por esa puta cabeza, tronco! Yo no pienso ni acercarme por allí. ¡Y tú tampoco!

—Pero, Charlie...

Charlie acabó de quitarse la camisa y la tiró al rincón de la minúscula habitación.

—Nada de peros, Tel... ¡Olvídate!

Terry supo por el tono de voz de su hermano que tenía que hacer lo que le decía. A Charlie no le gustaba que no estuvieran de acuerdo con él.

Terry apretó los dientes, consternado. La chica había desaparecido. Igual seguía viva.

Charlie miró a su hermano y suspiró. Terry era tan blandengue. Se quitó los tejanos de trabajo y los tiró sobre la pequeña pila del rincón. Se agachó para mirar a su hermano a la cara.

—Escucha, Tel, siento mucho lo de esa pavita y tal. Debe de ser cosa de ese destripador con el que andan todos. Pero justo por eso, no pienso poner mi cara en el retrato..., ni la tuya, o sea... ¿entendido?

Terry asintió.

—Bien. Pues que no te vuelva a oír hablar del asunto. Además, nosotros íbamos superpasadísimos. ¿Qué coño podemos contarles que les sirva de algo?

Con eso, Charlie cogió su champú y su desodorante y se fue a bañar, dejando a Terry sentado en la cama con la cabeza hecha un torbellino. Los Fine Young Cannibals cantaban «Johnny, te queremos, ¿no quieres volver a casa, por favor?» y aquellas palabras hicieron que Terry tuviera ganas de llorar. Deseó que Louise Butler volviera a casa sana y salva para así poder dejar de pensar en ella.

Apagó la música y se tumbó en la litera de abajo con las manos cruzadas debajo de la cabeza.

Casi la habían atropellado. Deseó que hubiera sido así si el Destripador de Grantley la había pillado, como parecían pensar los periódicos. Por lo menos su final hubiera sido rápido y breve.

* * *

A las seis, Elaine y George estaban sentados en el salón viendo el noticiario local y dieron la noticia de la desaparición de Louise Butler. Cuando apareció su foto en la pantalla, Elaine meneó la cabeza.

—Oh, George, ¿no es terrible?

Louise salía con el uniforme del colegio y parecía muy joven. Nada parecido a la chica del sábado anterior.

—Sí, querida. En el trabajo nadie hablaba de otra cosa, ¿sabes?

—Nosotras igual. Su madre va a mi supermercado. ¡Cómo debe sentirse ahora! Tiene que ser como una pesadilla. Esta ya es la tercera, ¿verdad? Hoy leí en el *Sun* que la otra chica, cómo se llama, ¡que su padre es un gánster de Londres!

—Mandy Kelly.

—Exacto. Mandy Kelly. Fíjate cómo te acuerdas del nombre.

George notó un nudo en la garganta. Era miedo.

—Oh, se me quedó en la cabeza, nada más.

¿Elaine lo estaba mirando de un modo raro?

—¿Quieres un poco de té, querida?

Antes de que pudiera contestarle, se oyó llamar con fuerza a la puerta de la calle.

—¡Madre mía, quién demonios puede ser ahora! —la voz de Elaine sonó aguda. Que la gente llamase a su puerta era algo muy poco habitual en aquella casa. Se levantó rápidamente para ir a abrir.

George continuó sentado. Todavía estaba tratando de recuperarse del desliz anterior. Y pareció aún más sorprendido cuando Elaine entró en la sala con dos hombres.

—George, estos son el sargento detective Willis y el agente Hemmings. Quieren hablar contigo —dijo Elaine con voz temblorosa.

—¿Puedo ofrecerles una taza de té o de café, caballeros?

—El té estaría muy bien, señora —dijo Willis sonriente.

George seguía sentado, atónito.

¡Sabían que era él! ¡Habían ido a por él!

—Siéntense, por favor. ¿Tú quieres también un té recién hecho, George?

Notó que su cabeza subía y bajaba por su propia cuenta. Se dio cuenta de que Elaine salía de la sala. Pero tenía los ojos pegados con cola sobre aquellos dos hombres que ahora se sentaban en el diván. Oía su propia respiración acelerarse y se esforzó desesperadamente por controlarla.

—Perdone usted que le molestemos, señor, pero estamos preguntando a todas las personas de Grantley que tienen un sedán azul oscuro. Para así poder ir eliminando gente de nuestras investigaciones.

Eliminar. Eliminar. Eliminar. Qué sabían ellos. No sabían nada. George sonrió.

Al otro lado de la puerta de la sala, Elaine se relajó también. Al llegar a la cocina llenó el hervidor eléctrico con el corazón desbocado en el pecho.

George nunca haría una cosa así. ¿Qué le habría hecho pensar que sí? Era demasiado dura con él.

No fue más que el susto de ver a dos policías en su puerta. Igual que la otra vez. Aquella terrible vez. Y entonces, se le ocurrió una cosa. ¿Traerían aquello a colación? ¿Después de tantos años? Se puso a preparar una buena tetera. George nunca volvería a hacer una cosa así. Nunca. Ni en un millón de años.

En el salón, Willis y Hemmings escuchaban a George contarles dónde había pasado las noches de los asesinatos y la desaparición.

—Estuve en cama con una gripe terrible. Mi esposa puede certificarlo, agentes. ¿Puedo hacerles una pregunta?

—Naturalmente.

—Si uno de ustedes es un agente, ¿no debería ir de uniforme?

Willis sonrió.

—En este tipo de casos, siempre tratamos de ser todo lo informales posible. Los agentes de uniforme nos acompañan vestidos de paisano para que las personas como usted, a las que vamos eliminando, no se sientan presionados. Por los vecinos, etcétera.

—Son ustedes muy considerados.

Elaine entró trayendo el té. Su cuerpo de huesos grandes andaba torpe e hizo un buen ruido al dejar la bandeja sobre la mesita de café.

Willis la observó con disimulo. Era un manojito de nervios. Empezó a servir el té, y cuando por fin terminó y se sentó, era como si hubiera corrido la maratón de Londres. Trató de calmarse.

Willis se dirigió directamente a ella.

—Veamos, señora, el 2 de diciembre de 1989, que era sábado, parece ser que su marido estuvo con usted en casa toda la noche, ¿es así?

Elaine asintió.

—No sale prácticamente nunca por las noches.

—Entiendo. Entonces, el 23 de diciembre, que era sábado, ¿estuvo también con usted en casa?

—Sí.

—Y durante la Nochevieja, ¿estuvieron juntos en casa?

—Sí. No. En realidad, él estaba en cama con una gripe tremenda. Yo me fui sola a una fiesta en casa de una amiga. George estaba demasiado enfermo para salir de casa.

Elaine se dio cuenta de que tartamudeaba.

Willis y Hemmings la observaban a dúo. Parecía que le temblaba hasta el pelo rojo.

Willis sonrió y cerró su cuaderno.

—Pues eso es todo. Siento mucho molestarlos, pero seguro que lo comprenden.

—Por supuesto. —George ya estaba otra vez recuperado. Notó una risita formándosele en la garganta, justo a punto de estallar. Menudos tontos. Tontos

completos. Tragó saliva con fuerza. La risita la tenía ya casi en el velo del paladar.

—¿Les gustaría otra taza de té, caballeros?

Hemmings estaba a punto de decir que sí cuando Willis declinó el ofrecimiento. George sonrió al más joven de los dos. Hemmings le devolvió la sonrisa. Elaine los miraba. ¿Eran imaginaciones suyas o George se estaba riendo de ellos? Últimamente cada vez tenía más y más la impresión de que George era un tanto distinto. Y ahora todo aquello. Eliminandolo de sus investigaciones.

—¿Han encontrado ya a la otra chica? ¿A la que ha desaparecido?

—¿Louise Butler? No, todavía no. Tenemos la esperanza un poco absurda de que se haya ido por ahí con una amiga o con un novio y se ponga en contacto con sus padres. Pero cada día que pasa eso es menos probable.

—Qué terrible —dijo George chasqueando la lengua—. Ese hombre, sea quien sea, debe de ser muy listo. Quiero decir, que tres mujeres asesinadas y ninguna pista. O sea, eso si la otra jovencita ha sido asesinada, naturalmente.

—Cometerá algún error, créame, siempre lo cometen.

—Desde luego.

George sonrió. Siempre lo cometen, ¿eh? Bueno, pues este no, señor policía sabelotodo. Este no.

—Tiene que ser una especie de animal —dijo Elaine en voz grave y ronca—. Esas pobres chicas. Las mujeres ya no estamos seguras.

Hemmings movió la cabeza para asentirle a Elaine y pensó: «Bueno, tú sí. ¡Cualquier hombre que intentase atacarte tendría que estar loco!».

Willis se levantó y tendió la mano a George, que se la estrechó con cordialidad.

—Gracias por ayudarnos, señor.

—De nada. Cuando quieran.

Hemmings hizo un gesto con la cabeza y Elaine se levantó de la silla y los acompañó hasta la puerta.

—Gracias por el té, señora.

—No tiene importancia. Adiós.

Cerró la puerta y se quedó apoyada contra ella con el corazón completamente acelerado. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se sentía tan preocupada?

George salió al vestíbulo.

—¿Estás bien, querida? Tienes un aspecto horrible.

—Estoy bien, George. Pero es que fue como aquella vez. Ya sabes... —la voz se le difuminó.

George le pasó un brazo alrededor.

—Vamos, vamos, Elaine, no hay nada de lo que preocuparse. Todo fue un terrible malentendido. Y de todos modos, aquello fue hace mucho tiempo y yo ya pagué mi deuda con la sociedad.

La condujo a la sala y la sentó en su butaca.

—Y ahora, deja de preocuparte, amor mío... Bueno, ¿solo porque tenga un coche

grande azul oscuro? ¿Eso me convierte en un asesino?

Ella negó con la cabeza.

—Desde luego que no, George. Perdona.

—¡Vaya!, otra vez persiguiendo fantasmas, Elaine. Esa cosa siempre tendrá que estar entre nosotros, ¿no es así?

George hablaba con voz suave.

No podía mirarlo a la cara. Veinte años después, esa era la primera vez que George hacía referencia a lo sucedido. Y tenía razón, siempre había estado entre ellos. Porque siempre había permanecido en el fondo de su cabeza, desde el momento en que se levantaba por la mañana, hasta que se iba a la cama por la noche. E incluso entonces, algunas veces, se colaba en sus sueños.

—Lo siento, Elaine. De verdad que sí. Desearía con todo mi corazón poder volver atrás y cambiar aquello, pero no puedo. Es sencillamente imposible.

George observó la expresión culpable de Elaine y sintió de nuevo que la risa le amenazaba.

—Ya lo sé, George. Fue solo al verlos a ellos allí de pie en la puerta de esa manera.

—Ya lo sé, amor mío, te comprendo. Ya sé que nunca me has perdonado lo que sucedió, y no te lo reprocho, cariño. Te agradezco el modo en que me apoyaste. De verdad que sí —cogió la mano blanda de ella con la suya y contuvo un estremecimiento—. Te quiero, Elaine, siempre te he querido.

Elaine se enjugó los ojos con el dorso de la mano sabiendo que en el fondo aquello era una excusa para impedir el contacto físico con él.

—No soy más que una vieja tonta, George. Voy a hacer más té.

George se apartó para que pudiera levantarse de la butaca. Miró la tela de su traje ceñido estirarse hasta el límite cuando se agachó sobre la mesita para recoger la bandeja de tazas y platos. Debía de haber dejado el régimen durante la Navidad.

Cuando salió de la habitación, George se sentó otra vez en su asiento y sonrió. ¡Eran todos unos tontos de remate! Todos hasta el último. Y él era más listo que una camada de monos, como solía decir su madre, y más listo que todos ellos. Empezando por la zorra gorda aquella de la cocina.

Elaine preparaba el té. Tuvo el impulso de lanzar la tetera contra la pared. La noche del asesinato de Mandy Kelly, George había salido a dar uno de sus paseos. Apartó aquel pensamiento de su cabeza. La otra noche había estado con él. Y el día de Nochevieja estaba enfermo. Muy enfermo. Se estaba poniendo paranoica, eso era lo que le pasaba. Deseó que el tiempo corriese más deprisa y llegasen sus vacaciones en España para poder alejarse de allí, dejar a George y pasárselo bien, sencillamente. Echó el agua sobre las bolsitas de té y volvió a sentir que le brotaban las lágrimas.

Con todos sus defectos, George no era un asesino. No era un criminal.

Eso tenía que creerlo.

Tenía que hacerlo.

Que llegase el viernes. Iba a ver a Hector Henderson y según iban pasando los días, descubría que necesitaba más y más aquella simplicidad y aquella alegría suyas. Y sobre todo, su amabilidad.

Willis y Hemmings comentaban lo de Elaine y George mientras se dirigían a la dirección siguiente.

—Él parecía normal, ¡pero la mujer! Era un manojo de nervios.

Willis se encogió de hombros.

—Nosotros afectamos a algunas personas así. Los ponemos nerviosos. La gente como ella nunca tiene por su casa a la policía, sabes. Y cuando aparecemos, se descomponen. Él era un buen tipo. Muy educado, y hablaba bien.

Hemmings asintió.

—Ojalá hubiera mucha más gente como ellos. Que nos ofrecieran un poco de respeto de vez en cuando. La otra semana fui a una casa..., al chico lo habían pillado robando en una tienda y el padre quería pegarse conmigo. Como si fuera culpa mía.

Willis sonrió.

—Ya sé a qué te refieres. Hoy día todo el mundo se nos echa encima.

—¡Si lo sabré yo bien!

Evelyn y Dan estaban sentados en la barra. Evelyn encendió un cigarrillo.

—Creo que deberías encontrar donde meterte, Dan. Al fin y al cabo, ya llevas aquí más de quince días. Kate es una mujer considerada, pero me parece que estás a punto de acabar con sus ganas de bienvenida. —Dio un trago al café y lo miró por encima del borde de la taza.

—¿Pero ella ha dicho algo? Es decir, de que me vaya.

Evelyn respiró hondo.

—Digamos simplemente que ya ha tenido suficiente.

Dan cogió el paquete de cigarrillos de ella y encendió uno. Evelyn le arrebató el paquete de la mano y se lo metió en el bolsillo del delantal.

—Seguro que las cosas no están tan mal, y que tienes dinero para comprarte tus cigarrillos, ¿o no?

Dan alzó las cejas y trató de decidir si confiar en ella o no. Anthea siempre había pagado las facturas. Vivían una vida de placer. Hacía más de diez años que Dan no tenía un auténtico trabajo. Oh, hablaba de negocios y de los mercados, pero era solo para impresionar.

Dan se daba cuenta con creciente angustia de que a los cuarenta y seis años no estaba preparado para nada. Y la perspectiva daba miedo.

—Escúchame, Dan, yo solo intento ayudarte. Kate no puede soportar a los holgazanes, eso lo sabes tan bien como yo. Una vez fuiste vendedor de seguros, ¿por qué no pruebas a hacer eso? Seguro que están deseando pillar a hombres como tú. Botarates de buen ver que sean capaces de camelar a los pájaros para que bajen de los árboles.

Por una vez, Dan tuvo el detalle de mirar para otra parte. ¿Cómo podía explicarle

a aquella anciana sentada frente a él que llevaba puesto un reloj de cinco mil libras? Sus trajes eran de lo mejor que se podía comprar con dinero, con el dinero de Anthea. Que no había tenido que pensar en pagar una factura o comprar comida desde hacía sabe Dios cuánto tiempo. ¿Cómo podía explicar que Kate era su última oportunidad? Porque Kate, a pesar de todos sus defectos reales o imaginarios, era la única persona en su vida que lo había aceptado tal cual.

Echó una mirada al Rolex y cerró los ojos. Y después, tomó aire a fondo y empezó a hablar con palabras que se precipitaban fuera de su boca al admitir por fin la verdad.

—Mira, Eve, ya estoy en el lado malo de los cuarenta. Y no sé si podría conseguir ya un trabajo de vendedor. ¿Qué podría esperarme? ¿Diez mil al año? Quince, como mucho. Con eso no me pagaría ni los trajes...

El tono autocompasivo de su voz no se le escapó a Evelyn, que le soltó cortante:

—¡Tendrías que oírte! Ahí sentado como un bobo y lamentándote del destino. Si hubieras dejado que el corazón te gobernara la cabeza en vez del percebe, no estarías en esta situación.

Dan se quedó mirándola conmocionado.

—Ah, he visto muchos como tú en mi vida, Danny Burrows, solo que la mayoría eran mujeres. Lo que tienes que hacer ahora es organizarte. Hacerte una vida, como siempre dice Lizzy. Coge tus joyas y empéñalas, búscate un sitio para vivir y luego consigue trabajo. Eso es lo que todo el mundo tiene que hacer alguna vez, y se llama ser responsable de uno mismo.

»Sabes —continuó—, todos estos años he estado viendo a mi Kate echarte de menos, y a mí me asombraba. ¿Cómo puede una mujer tan inteligente y sensata querer a un holgazán como tú? Tú no eres bueno ni como hombre ni como bestia. ¡Por Dios santo, Dan, el que hayas aguantado tanto tiempo como has aguantado es algo que me tiene asombrada!

El ambiente de la pequeña cocina estaba cargado. Dan sintió el impulso de cerrar el puño y estampárselo en los dientes a aquella vieja. Pero sabía que no lo haría porque era demasiado cobarde. Anthea lo sabía, y por eso le había hecho lo que le había hecho. Le había dictado qué tenía que vestir y que comer, cuándo tenía que dormir o hacerle el amor. En resumen, que ella llevaba la voz cantante y Dan la dejaba. En todos aquellos años no había tenido ni un solo día realmente feliz porque Anthea siempre era la jefa. Lo que ella decía, se hacía. Viajaban muchísimo, pero él tenía que ir satisfaciendo cada capricho de ella. Si decidía que ya bastaba de contemplar paisajes o lo que fuera, pues ya había bastado. La mujer sentada frente a él tenía razón, tenía que asumir la responsabilidad de sí mismo. Porque ahora ya no había ninguna Anthea que lo hiciera por él.

—Ya sé que tienes razón en lo que dices, Eve, pero no estoy seguro de ser hombre suficiente para hacer lo que me sugieres.

Evelyn sacó los cigarrillos del bolsillo y le dio uno.

—Escucha, Dan, Kate está harta de verte instalado en ese sofá. Lárgate a vivir a algún sitio para ganarte otra vez su respeto. Encuentra un trabajo, arregla tu vida. Si de verdad quieres volver a tenerla, esa es la única manera.

—¿Y qué hay de ese hombre con el que sale?

—¿Qué hombre? —Evelyn pareció desconcertada.

—Oh, vamos, Eve. Hay un hombre en circulación o yo no me llamo Danny Burrows.

—Bueno, si lo hay, es el primero del que tengo noticias.

Dios me perdone por decir mentiras, pensó. Estaba tan segura como que hay día y noche que Kate, bendita sea, por fin se había hecho con un hombre. Un hombre misterioso, lo admitía, porque no había conseguido sacarle nada de él a su hija, pero un hombre de todos modos.

—Tú consíguete algún sitio donde vivir y luego empieza la campaña para conquistar a Kate. La vida tiene modos muy curiosos de organizarse. Es algo que he aprendido después de tantos años.

Él le sonrió. Una sonrisa auténtica. A Danny nunca le había gustado la madre de Kate porque siempre había sabido que él no le gustaba. Y porque lo tenía tan calado como si fuera de cristal.

—Gracias, Eve. Para mí significa mucho que hablemos de esta manera.

Evelyn lo cogió de la mano y le sonrió.

—Solo quiero ayudarte, hijo.

Tuvo el respeto de bajar la vista y mirar su anillo de boda, un aro de oro envejecido. Ya no podía seguir mirando a Dan a la cara. Todo lo que realmente quería era verlo fuera de aquella casa.

En toda aquella charla sobre él y Kate y el hombre misterioso, ni una sola vez había mencionado a su hija.

Eso era típico de ese condenado Danny Burrows.

* * *

Lizzy se metió los dedos entre la melena y bostezó. Joey estaba tumbado junto a ella y sonreía. Los dos estaban desnudos. Lizzy echó una ojeada al cuarto y parpadeó.

—Este sitio es directamente una pocilga.

Joey se rio con ganas.

—Pues claro que sí, es de ocupas.

Las paredes estaban manchadas con salpicaduras de pintura, y aquí y allá habían dibujado unos grandes ojos de los que salían puñales.

—¿Quién hizo esta decoración, Joey?

—Ah, un tío que se llama Nipper. Se cree que es un poeta y artista del arroyo.

—Bueno, pues yo le daría el consejo de que no dejase su puesto de trabajo.

El olor agrio de las sábanas flotó hasta su nariz e hizo una mueca.

—¿Por qué no lías uno?

—Vale.

Joey se sentó en la cama con las piernas cruzadas y procedió a hacer un porro. Lizzy lo observaba con languidez. Joey le gustaba un montón. Era estimulante. Se sabía todos los sitios a los que ir y conocía a todos los que había que conocer. Llevaba toda la semana sin pegar golpe: Joanie la había llamado y le había dicho que tenía gripe y se había pasado así todos los días. Vagueando por ahí en el piso o el coche de alguien, procurando pasarlo bien. Su madre empezaba a sospechar ante la cantidad de tiempo que se pasaba en su cuarto, pero Lizzy le había dicho que a todo el mundo le gusta estar solo de vez en cuando.

Su madre era un grano en el culo. Siempre quería saber dónde andaba y qué hacía. Con quién estaba y qué habían hecho. Y su abuela no era mucho mejor. La imagen de no matar una mosca de Lizzy había logrado mantenerla a salvo durante los últimos años, pero muy pronto iba a querer largarse. Montárselo por su cuenta y disfrutar de la vida. Si su padre conseguía un sitio, se iría a vivir con él.

Se parecía a él en un montón de cosas. Le gustaba la buena vida, vivía para disfrutar. Su madre se pasaba la vida en un vacío. Esperaba a que las cosas sucedieran en vez de hacer que sucediesen. Ese era el secreto.

Joey encendió el canuto, inhaló profundo y se lo pasó a Lizzy, que se metió el humo hasta bien debajo de los pulmones y lo mantuvo allí un rato antes de soltarlo despacio.

—Así es como se hace —sonó como *Mr. Punch* y Joey le sonrió.

Nunca había conocido a nadie así. Lizzy Burrows estaba dispuesta para todo lo que fuera. La miró sentarse y echar la ceniza al suelo. La chica no era nada consciente de su cuerpo. Él le cogió un pecho y se lo apretó. Era una mano áspera con las uñas negras. Lizzy se la apartó. Ahora lo único que quería era colocarse de verdad y tumbarse en el colchón pensando en cosas buenas. Era lo que hacía todo el tiempo en su casa, escuchando a Sinéad O'Connor o Pink Floyd.

Le devolvió el petardo a Joey y se tumbó. Él le dio una chupada y, poniendo su boca sobre la de ella, sopló para meterle el humo en los pulmones. Lizzy se rio y lo besó también. De uno de los otros cuartos llegaban los sonidos ásperos de Guns N' Roses, las paredes vibraban con el sonido de la guitarra poderosa.

—¡Oh, mierda! Ya ha vuelto Stud. Venga, a vestirse y salir zumbando.

Lizzy se tapó los pechos con la sábana sucia y se rio.

—¿Por qué?

—Porque Stud es como un accidente a punto de suceder, por eso.

—¡Oh, no me jodas, Joey! Tengo un colocón estupendo. No quiero moverme todavía.

Joey suspiró y se rascó la cabeza grasienta.

—Escucha, ¿qué te parece si vamos a pillar un poco de *speed* o algo?

—De acuerdo, pero solo si luego volvemos aquí. ¿Hace?

—Trato hecho. Y ahora vístete antes de que entren todos los moteros.

Joey estaba verdaderamente preocupado. Los moteros eran buena gente, pero podían desmadrarse más de la cuenta. Lizzy no tendría muchas probabilidades de librarse si decidían que querían un poco de movimiento. No sería la primera vez.

Lizzy se puso las bragas y los tejanos. Y cuando estaba pasándose la camiseta por la cabeza se abrió la puerta.

Apareció un tipo grandote con una larga barba pelirroja y pelo rubio enmarañado. Tenía una gran barriga cervecera que le colgaba por encima de unos tejanos cochambrosos. En la camiseta llevaba impresa una calavera.

—Hola, Joey, ¿quién es esta? —tenía una voz grave y con un deje que a Lizzy no le gustó.

—Es Lizzy... Lizzy Burrows, Lizzy, JoJo Downey. El que manda aquí.

Lizzy captó el miedo en la voz de Joey.

—Hola —dijo con una vocecita.

JoJo frunció el ceño mirándolos con unos ojitos semicerrados y luego plantó en la cara una sonrisa sin dientes que les ofreció a ambos. Aquello daba más miedo que el ceño fruncido.

—Venid a tomar un trago con nosotros —la música volvía a sonar con estrépito y Lizzy se calzó las botas y salió de la habitación detrás de Joey y JoJo. En el salón vio como quince personas, la mayoría hombres. Había dos chicas con ellos. Las dos con el pelo teñido de negro y con el traje de faena de las moteras, el uniforme a base de minifalda de cuero negro, top de licra negro y cazadora vaquera corta y gruesa. Llevaban una gran cantidad de rímel negro y los labios pintados de morado. Ambas sonrieron a Lizzy, que les devolvió la sonrisa. Ahora que estaba vestida todo era más fácil.

—Siéntate, guapa, tómate algo. —JoJo hizo un gesto a las chicas para que se corriesen en el sofá desvencijado, y rápidamente le hicieron sitio a Lizzy, que se sentó entre las dos. Joey se sentó en el suelo con los demás. Un hombre de unos cuarenta años con una cazadora de cuero con tachones encima de las rodillas le cogió el canuto que llevaba en la mano.

Cuando Lizzy empezó a beber su sidra se dio cuenta de qué era lo que estaba haciendo el tipo de la chaqueta de cuero. Estaba cociendo algo en un pequeño crisol, y mirándolo burbujear. Luego, la colocó con cuidado sobre la cazadora, cogió una jeringa del suelo y empezó a llenarla con el líquido. Se dio cuenta de que Lizzy lo miraba y le guiñó un ojo.

Bajaron la música a solicitud de un gordo que trataba en serio de dormir en medio de aquel escándalo. Lizzy vio que Joey estaba otra vez liando uno y sintió que le entraba el desánimo. Lo único que quería era marcharse de allí. Marcharse y no volver nunca.

Pero Joey se había vuelto a relajar. Las dos mujeres que tenía a los lados hablaban

entre ellas de sus hijos. Mientras hablaban, una niña de unos dos años entró corriendo en el salón. Llevaba el pañal tan mojado que le chorreaba por las piernas. La mujer de la derecha de Lizzy le tendió los brazos y la niña trotó hacia ella. El pañal empapado se le escurrió piernas abajo y la niña se limitó a salir de dentro de él con gran regocijo de todos los reunidos. El hedor de la orina se sumó a todos los otros olores rancios de la habitación. Lizzy miró por encima de la cabeza de la niña para ver qué hacía el hombre del suelo. Estaba deslizando la aguja en una vena azul del brazo y cerró los ojos al notar la primera oleada. Abrió los ojos y la miró directamente.

—¿Quieres venir?

Lizzy negó con la cabeza.

—Pues entonces deja de mirarme, cojones.

Lizzy se mordió el labio y el tipo se echó a reír.

Le pasaron el canuto que había liado Joey y le dio una buena chupada agradecida. La chica que tenía al lado se lo cogió y echó el humo sobre la cabeza de la niña.

Joey sonrió a Lizzy y Lizzy se relajó. Por fin el cannabis hacía su efecto. Alguno se levantó y puso un disco de Pink Floyd. *Great Gig in the Sky* llenó la sala y la voz embrujadora de la mujer serenó a Lizzy. Eso estaba mejor, esa música la conocía, así que de algún modo aquella sala ya no parecía tan amenazadora. El hombre del suelo que se había chutado le sonrió y se encontró sonriéndole a él. Luego JoJo le ofreció un toque de LSD. Tomó en la mano el minúsculo trocito de papel secante que le ofrecían y se lo puso en la lengua. Joey hizo lo mismo. Una hora después, Lizzy flotaba por algún punto entre la realidad y la quinta dimensión. Se lo estaba pasando fantástico. Sin saber muy bien cómo, habían ido apareciendo más niños que venían de los dormitorios del piso. La música, aunque seguía fuerte, no era estruendosa e incluso alguien había hecho unos sándwiches que iban pasando por allí acompañados de una mezcla de sidra y vodka. Joey estaba ahora tumbado en el suelo con la cabeza perdida en su viaje.

Y entonces se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

Una de las chicas se levantó para ir a abrir y entraron dos mujeres bien vestidas. JoJo se levantó y las acompañó a la cocina. Joey los miró hacer el trato desde su observatorio privilegiado en el suelo.

Tres mil tabletas de éxtasis cambiaron de mano por un grueso fajo de billetes.

Joey se relajó, feliz al saber que por lo menos durante las próximas semanas en aquel sitio no habría sequía de drogas. Y justo en el momento en que las dos mujeres se marchaban, empezó el pandemónium. Parecía que salían policías de todas partes.

En esos momentos, Lizzy estaba tan para allá que se limitó a sonreírles mientras se la llevaban al coche celular.

* * *

Kate y Caitlin repasaban juntos las pruebas de sospechosos.

Eso incluía ir separando las declaraciones de delincuentes conocidos y ver si podían descubrir algún fallo a lo largo de ellas. De momento, no habían llegado a ninguna parte. Caitlin bostezó sonoramente.

—Aquí no hay nada, Katie. Tú lo sabes y yo también. Ese hombre, sea quien sea, no es el típico maniaco. Es de una variedad nueva.

Kate sonrió a su pesar.

—¿Una variedad nueva?

—¿No es eso lo que acabo de decir? A lo largo de los años me he ido dando cuenta de que los asaltos violentos van cambiando sutilmente. Si te fijas, en los años cincuenta y los sesenta circulaban muy pocos criminales como este. Y sus ataques, por malos que fueran, no eran tan violentos como los de ahora. Mira el tipo tras el que andamos. Golpea a las chicas hasta matarlas. Lo que dispara a la mayoría de los violadores es dominar a la mujer. La pelea, el miedo, saber que están cometiendo la peor de las violaciones que puede sufrir una mujer. Pero este colega de ahora, me parece sin embargo que las quiere bien quietas. Tan quietas que las mata, de hecho. Es casi como si buscara la sumisión absoluta. Como si buscara que la mujer lo aceptara, si prefieres. Que le dieran permiso.

Kate se quedó mirando la cara tosca de Caitlin y asintió.

—Creo que te entiendo. Pero sabiendo eso, estamos tan lejos de encontrarlo como de encontrar el Santo Grial —dijo con voz apagada.

—Oh, lo encontraremos, no te apures. La cuestión es cuándo, esa es la gran puñeta. Cuándo. Cometerá algún error. Siempre lo cometen.

Sonó el teléfono de la mesa y Kate lo contestó. Caitlin observó que en su cara se manifestaba el asombro.

—Voy ahora mismo.

—¿Qué pasa, Katie? ¿Otra? —la voz de Caitlin reflejaba incredulidad.

—Oh, no, no es otro asesinato. Pero muy bien pudiera acabar siéndolo.

Recogió el bolso y salió corriendo de la sala de incidencias mientras él la miraba asombrado.

Capítulo Catorce

Kate entró en su casa como una furia y dio un buen portazo. Dan y Evelyn la oyeron subir las escaleras en tromba y salieron tras ella. La encontraron en el cuarto de Lizzy destrozando sistemáticamente la habitación.

—¿Qué demonios pasa aquí, Kate? —la voz de Dan era de incredulidad.

Kate iba sacando ropa interior de un cajón y registrando cada pieza que sacaba.

—Lizzy está ahora mismo en la comisaría de Grantley acusada de posesión de cannabis —tenía la voz cargada de furia.

—¿Qué? —Evelyn se llevó la mano al corazón—. ¿Estás segura?

—¡Oh, vaya si estoy segura! Sé muy bien qué cara tiene mi propia hija.

Sacó el cajón de su sitio y examinó la parte de abajo. Allí, sujeta con cinta adhesiva, había una bolsita de plástico con anfetaminas. Kate la arrancó y se la metió de un golpe en el bolsillo de la chaqueta.

—Escucha, Kate, tranquilízate un momento y cuéntanos lo que ha pasado. Puede haber algún error.

—No hay ningún error, Dan. Yo también lo pensé hasta que la vi. El sargento que la reconoció me llamó a la sala de incidencias. La encontraron en una casa de ocupas en Tillingdon Place. Sí, en Tillingdon Place, el mayor estercolero de Grantley, y estaba completamente pasada.

—No. —Evelyn se sintió enferma.

—Sí, mamá. Así que ahora, ¿queréis salir los dos de aquí? Tengo que encontrar lo que tiene, lo que pasa. Le dije al médico de guardia que le hiciera un análisis de sangre, solo para mí. ¡Es que le partiría el cuello!

—Escucha, Kate, puede ser que alguien la llevase allí y le diera las drogas...

—Oh, ¿no creerás que no lo pensé? ¿O sí que lo crees? —atacó a Dan—. Entré en su celda y me dijo que me largara a tomar por el culo. Esas fueron sus palabras exactas. Gritaba e insultaba a todo el mundo. No me he sentido tan humillada en toda mi vida. Al parecer, nuestra señorita mojugata tiene dos caras y lleva una semana sin ir a trabajar. Me pasé por casa de Joanie y me lo contó todo. En Nochevieja, Lizzy no estuvo en casa de Joanie, ¡estuvo en aquella puta *rave*! ¡No es más que una pequeña zorra, una lianta mentirosa!

Se echó a llorar. Evelyn se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Voy a preparar un café, ¿quieres? Sécate los ojos, Katie, llorar no soluciona nada.

—He hecho todo lo que he podido hacer por esa niña. La tratamos bien, intentamos educarla decentemente. ¿Por qué nos ha hecho esto? ¿Por qué se lo hace a ella? Es como si no la conociera de nada.

Evelyn le dio un beso en lo alto de la cabeza.

—Seguro que hay muchísima gente que debe de haber dicho lo mismo después de una visita tuya, cariño. Educas a tus hijos, haces todo lo que puedes, pero al final

ellos siguen su propio camino.

—La hubiera matado de buena gana por esto, mamá. Por lo que he deducido de lo que me dijo Joanie, lleva tomando drogas desde el último año de colegio. No me extraña que no quisiera seguir estudiando y ser alguien de provecho. —Kate apretó los puños—. Si la tuviera delante, la haría pedazos. ¡Qué niña tan estúpida, qué estúpida!

Dan salió de la habitación con la cabeza dándole vueltas.

¿Lizzy drogada? ¿Su Lizzy? Se sentó en lo alto de las escaleras para dejar asentarse la noticia. Poco después los sollozos de Kate habían remitido y Evelyn pasó junto a él para ir a hacer un café a su hija. Dentro del dormitorio, Kate se puso de nuevo a registrarlo todo. Acababa de encontrar las píldoras anticonceptivas de Lizzy cuando volvió a entrar Dan.

—Mira, Dan, está tomando la píldora. Otro punto para la señorita Lizzy. Cuando vuelva a casa, la voy a asesinar.

—Es por culpa tuya, Kate. Nunca estabas en casa con ella. Tendrías que haberte dedicado a criar a tu hija...

El trillado discursito de Dan era justo lo que necesitaba para que no se le pasase el cabreo. Se volvió hacia él. En su voz sonaba una calma mortal.

—¿Tú te atreves a decirme lo que tendría que haber hecho, Danny Burrows? ¿Te atreves a hablarme de mi hija? —se dio unos golpes con el dedo en el pecho—. Sí, mi hija. La tuya jamás, Dan. Tú sí que nunca estabas aquí con ella. Mi madre y yo la criamos y es ella la que ha llegado a caer tan bajo. En lo que respecta a esa niña, no tengo nada sobre mi conciencia. Nada.

Pero Kate sabía que por muchas veces que se dijera eso, siempre se sentiría culpable. Siempre.

Empezó a sacar toda la ropa de su hija del armario buscando dentro de los bolsillos.

—Mírate, te piensas que estás en casa de un sospechoso en vez de en el dormitorio de tu hija. Ni siquiera has intentado oír lo que ella dice —el tono de Dan era de indignación. Dio media vuelta y salió de la habitación.

Kate salió tras él y le gritó desde el rellano:

—Y tú, otro que tal. Ya puedes coger tus cosas y marcharte. Ya estoy harta de gorriones. Ella es igual que tú, Dan, ese es el problema. Parece un ángel y es una fulana...

Lo oyó salir a la calle dando un portazo y volvió al dormitorio. El empapelado de ositos que llevaba años en la pared parecía burlarse de ella. En un estante encima de la cama estaban las muñecas de cuando Lizzy era pequeña. Cogió a Lagrimitas, la estrechó contra ella apretando la cabecita fría de plástico contra su cara.

Oh, Lizzy, Lizzy, Lizzy, ¿cuándo empezó a estropearse todo? ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de lo que sucedía en sus mismas narices? ¿Qué había ocurrido con su niñita?

Se lamió las lágrimas saladas de los labios, sacó un pañuelo de la caja junto a la cama y se sonó la nariz con mucho ruido.

Se puso la muñeca en el regazo y le quitó las piernas. Kate sabía muy bien todos los sitios donde había que buscar las drogas. Después de todo era su trabajo.

Patrick fue a abrir la puerta él mismo y sonrió encantado al ver a Kate en el umbral.

—Hola, amor. Pasa.

Entró en el vestíbulo.

Patrick la acompañó hasta el salón con el ceño fruncido. No le pareció una mujer muy feliz. Cuando la tuvo sentada en el sofá y con una copa de coñac, le habló:

—¿Qué sucede, Kate? Tienes una cara terrible. ¿Es algo sobre el caso?

Kate dio un traguito al *brandy*.

—No. No tiene nada que ver.

Y entonces se lo soltó todo. Patrick siguió sentado a su lado, nada seguro de que lo que oía fuera verdad. Cuando ella terminó, él suspiró profundamente.

—Lo que a mí me parece es que tu hija necesita una buena patada en el culo, y perdona la expresión.

—Siento mucho venir aquí con mis problemas, pero la verdad es que no sé a qué otro sitio ir.

Patrick la cogió de la mano.

—Escucha, Kate, siempre que me necesites, ahí estaré. ¿De acuerdo? —lo decía en serio. Verla en aquel estado la hacía más humana de alguna forma. Y resultaba reconfortante saber que ella tenía sentimientos parecidos a los suyos. Que tenía los mismos problemas, esperanzas y preocupaciones que él. Y eso la hacía más persona y menos policía.

Kate se pasó las manos por los cabellos y se sorbió la nariz.

—Lo peor fue cómo se comportó cuando entré a verla en la celda. Como si fuera su enemiga o algo así, sabes.

—En esos momentos, Kate, amor, eres el enemigo. Probablemente se sienta avergonzada.

—Ya sé a qué te refieres, pero la cosa es que estaba completamente drogada, Patrick. La pillaron con unos ocupas cochambrosos y un montón de drogas conocidos. El chico que la llevó allí se llama Joey no sé qué. Y tiene un informe de antecedentes tan largo como mi brazo con solo dieciocho años. Intenté engañarme diciéndome que alguien la había llevado allí engañada, ya sabes la historia. Pero después de hablar con su mejor amiga, me he dado cuenta de que mi hija no es nada más que una especie de putilla.

Patrick le dio una fuerte palmada en la rodilla.

—¡Eh, eh! Ahora escúchame tú a mí, Katie: estás hablando de tu hija. ¡A mí no me importaría que mi Mandy anduviera enseñando el chocho por Old Kent Road si eso significase que había vuelto! Estás siendo demasiado dura con ella. Tiene

dieciséis años, por Cristo bendito, ¿es que tú a los dieciséis años no hiciste nada mal?

»Los chicos de hoy tienen delante demasiadas cosas para elegir. Y las drogas son una parte del paquete de su vida cotidiana. Por eso van a esas fiestas *rave*. En nuestra juventud, en los sesenta y los primeros setenta, teníamos también eso, solo que nosotros éramos la generación que iba a cambiar el mundo. ¿Te acuerdas de Sargent Pepper's y toda la otra música psicodélica? Lo que tienes que hacer ahora es ver si puedes construir algún puente entre tú y ella. Intentar volver a conseguir que se estabilice.

Kate se le quedó mirando a la cara. Lo que le decía tenía sentido en algunos aspectos, pero nunca jamás podría perdonar a Lizzy la comedia de sus últimos dieciocho meses. Pensaba que su hija era pura y buena, y eso la reconfortaba. Ver a diario lo más bajo de lo más bajo te hacía alegrarte de que tu hija fuera normal. Que estuviera a salvo. Segura. Descubrir ahora que tomaba drogas era como descubrir que tu hermana gemela era una asesina. Algo increíble. Ver a aquella cría tumbada en una celda con la cabeza atiborrada de drogas era como si te clavasen un cuchillo en las tripas y luego lo retorciesen.

Kelly observó las expresiones cambiantes de su cara y se imaginó lo que estaba pensando.

—Tengo la sensación de haberle fallado a Lizzy, Pat. Haberle fallado de un modo espantoso. Puse el trabajo por encima de todo. Podía haber tenido una jornada de nueve a cinco, pero eso es algo que nunca quise. Quería ser policía. Imagino que precisamente a ti, eso te resultará difícil de creer.

Patrick se encogió de hombros.

—Mira, Katie, tu trabajo es asunto tuyo, tengo que admitir que hasta que te conocí a ti nunca tuve tiempo para pensar en la policía. Pero eso ya es historia. Hoy en día soy legal al ciento por ciento.

—Sin embargo, de todos modos, lo que hago yo contigo, Pat, en realidad no es muy distinto de lo que Lizzy hizo con las drogas. Las dos queríamos algo que en realidad no deberíamos tener.

Patrick miró a Kate a los ojos con expresión suavizada.

—Las drogas destruyen a las personas, Kate. Yo no. Me sienta mal que des a entender eso. No he hecho daño intencionadamente a una mujer en toda mi vida. Si tienes la sensación de que estás adquiriendo conmigo un compromiso de la forma que sea, entonces creo que será mejor que nos digamos adiós ahora mismo, antes de que resulte todavía más difícil.

Kate sostuvo su mirada. Le estaba ofreciendo una salida y aquello despertó su respeto. Pero había otra parte de ella, la parte de la hembra, a la que molestaba el modo en que él parecía simplemente querer poner fin a lo suyo.

—Sin embargo, te echaré de menos, Kate, me has reconfortado de cuerpo y de alma desde que perdí a Mandy. He acabado por depender mucho de ti. Creo que podría ir tan lejos como para decir que me estoy enamorando. Pero lo que tú has

dicho, suena a verdad. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que ahora en mi vida no hay nada que no tenga más remedio que ocultarte.

—¿Y qué me dices del futuro?

—¿Quién sabe qué nos tiene reservado el futuro? —dijo con una sonrisa.

Kate apartó la vista de él y se concentró en el reloj de bronce bruñido de la repisa cuyo tictac era lo único que sonaba en la sala. Se mordió el labio. ¡Tantas cosas habían pasado en los últimos meses!... Su vida nunca volvería a ser igual. La relación con Lizzy se había terminado. A partir de ahora entre ellas la cosa sería diferente. Después de aquello Lizzy iba a necesitar mano dura. Ya no quedaba confianza. La única persona a la que Kate siempre había considerado constante y buena aparecía ahora bajo una luz tenebrosa. Sintió miedo. ¿Cómo era posible ignorar aquello de su propia hija? Por otra parte, aquel hombre al que veía con tanto recelo, aquel hombre de mala reputación, que de estar en su sano juicio nunca se hubiera enredado con él, había resultado ser en el fondo un hombre bueno. Un hombre bueno y amable cuya mala reputación solo creían quienes no lo conocían de verdad.

—Yo no quiero terminar contigo, Kate.

Era un tono de voz suave y bajo.

—Yo tampoco quiero dejar de verte, Pat.

Ya no estuvo segura de poder pararse aunque quisiera.

—¿Cuándo volverá a casa?

—Mañana; podría habérmela llevado esta noche, sabes, puesto que soy inspectora. Pero no me fie de mí misma, Pat, pensé que igual le hacía daño si estaba conmigo mientras me sentía de este modo.

—¿Y por qué has venido a verme a mí? —dijo con un suave susurro.

—Porque confío en ti, supongo.

Él sonrió y la hizo ponerse de pie.

—Ven.

—¿Adónde vamos?

—Voy a darte un buen baño, Katie, y voy a enjabonarte yo personalmente, hasta el último recoveco. Luego te pondré en mi cama y te iré quitando de la cabeza todos tus desvelos y preocupaciones. Y así, cuando la señorita vuelva a casa mañana, estarás en un estado mental adecuado para verla y poder arreglar las cosas de una vez por todas.

Tiró de Kate hasta el pie de la escalera y ella soltó su mano de la de él.

—Oh, Pat, ¿pero qué voy a hacer? Con este caso en marcha, y ahora todo esto de Lizzy... —la voz se le quedó en el aire y Patrick volvió a cogerla de la mano.

—Tú acuérdate de que ahora me tienes a mí, Kate, y que me tendrás todo el tiempo que quieras. Me tienes a mí aquí siempre que necesites a alguien.

Lo dijo de un modo simple y sincero, y Kate subió las escaleras tras él con alegría. Por primera vez desde hacía años tenía a alguien en quien podía apoyarse. Era una sensación embriagadora.

—Después del baño podemos charlar un buen rato. Eso es lo que de verdad necesitas, ¿sabes? Alguien que no esté demasiado cerca de las causas del problema.

Kate siguió subiendo las escaleras tras él. Había dejado a Dan haciendo las maletas y su madre ya se había retirado a su cuarto. Kate sintió que no podía continuar en aquella casa ni un minuto más. Además de las anfetaminas, había encontrado cannabis en la habitación de su hija. Lo que decía Patrick tenía sentido. Necesitaba un hombro de verdad en el que llorar.

Solo mucho más tarde, después del baño y ya con Patrick roncando suavemente a su lado, comprendió las implicaciones de aquella visita suya a Patrick Kelly.

Se dio cuenta de la gran ironía de todo el asunto. Pero se incorporó apoyada en el hombro, contempló la cara del hombre y comprendió la verdad que encerraba.

Estaba enamorándose desesperadamente de él. Y era una sensación agradable. Muy muy agradable.

Pensó en Lizzy cuando era pequeñita. Los calcetines blancos y las sandalias inmaculadas en sus piecitos. El vestidito con dibujos de Holly Hobby planchado y almidonado a la perfección. El pelo largo y oscuro cepillado hasta bruñirlo. Era su primer día de colegio. Kate estaba tan orgullosa de ella. ¿Qué había sucedido para que su hija tuviera que tomar drogas? ¿Cuándo Lizzy se había apartado de ella mientras crecía?

Notó que las lágrimas de angustia de la maternidad le emborronaban la vista y parpadeó para limpiarlas. Ya estaba harta de llorar. Patrick tenía razón, ahora tenía que tender puentes con Lizzy. Intentar que de todo aquello tan malo naciera alguna cosa buena.

Patrick se dio la vuelta y descansó el brazo sobre su vientre. Era una buena sensación, una sensación agradable. Se sintió segura.

Besó la cabeza morena que estaba junto a ella y se tumbó. No para dormir, para eso faltaba todavía mucho, sino para pensar y planear. El susto y el enfado iniciales iban desapareciendo progresivamente; ahora necesitaba un plan de acción e iba a concentrar sus energías en eso.

En algún sitio, en algún momento, había perdido un paso vital con Lizzy. Y dependía de ella rectificarlo lo mejor que pudiera. Y claro que lo rectificaría.

Se apretó contra Patrick, cerró los ojos y dejó que los recuerdos flotasen por delante de sus párpados cerrados.

Lo único que olvidó preguntarse fue cómo se sentiría Lizzy respecto a todo aquello.

Fue una equivocación que muy pronto lamentaría.

Kate notó los ojos del sargento de la recepción clavados en la nuca mientras firmaba los papeles de libertad de su hija.

Fue camino de las celdas con el corazón encogido. El hecho de que Lizzy hubiera sido detenida era el comentario de la comisaría, de eso estaba segura. Pasó junto a Amanda Dawkins, que le sonrió compasiva. Kate miró a otra parte. Contuvo el

aliento mientras abrían la celda. Lizzy estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un colchón en el suelo. Tenía toda la cara untada de maquillaje y el pelo hecho una maraña. Miró a su madre a la cara, desafiante, al abrirse la puerta.

—¿Así que has venido?

Kate tragó saliva.

—Levántate, Lizzy.

La joven se levantó del colchón y se quedó de pie con una mano en la cadera en una postura agresiva. El agente de guardia movió la cabeza incrédulo. Si fuera su hija le hubiera soltado un bofetón que no se le olvidaría ni queriendo.

—Venga, coge tus cosas que nos vamos a casa —dijo Kate con voz grave. Se volvió al guardia, un hombre de casi cincuenta años que se llamaba Higgins. Kate pudo ver compasión en sus ojos.

—¿Ha comido algo?

—Nada de nada, preciosa, pero le hemos hecho beber el zumo de naranja. Eso los hace bajar, ¿sabe?, por la vitamina C.

—Sí, ya lo sé. Venga, salgamos de aquí.

—Quiero que venga papá a buscarme —eso lo dijo con los dientes apretados.

—No puede venir, así que tendrás que arreglártelas conmigo, y ahora vamos, Liz, no estoy de humor para juegucitos.

Lizzy torció la nariz despectivamente y luego se sentó otra vez.

—Pues entonces tendré que esperar a que venga papá, ¿no crees?

—Tú te vienes a casa conmigo ahora mismo, Lizzy.

Sonrió con fastidio.

—Voy a hacer lo que yo quiera hacer, mami. Se ha acabado eso de que la abuela y tú estéis siempre diciéndome lo que queréis, lo que esperáis que yo...

Kate notó que estaba poniéndose roja. Intentó desesperadamente controlar el tono de voz.

—Podemos hablar de eso luego en casa, Lizzy. Este no es ni el sitio ni el momento.

—¿De verdad? Qué gracioso, porque me parece que tú te pasas aquí bastante tiempo. Pensaba que este era tu sitio, mami, más que ningún otro.

—Te lo digo por última vez, Liz, levántate y vámonos a casa. Ya hablaremos de esto largo y tendido, a ver qué sentido le sacamos.

Lizzy se rio a carcajadas con la boca bien abierta de la risa.

—¿Eso se te da bien, eh? Vamos a analizarlo todo. Vamos a encontrar el sentido oculto de todas las cosas. ¡Oh, al carajo, mami! ¡Suenas como un serial malo!

Kate se dirigió al agente de guardia y le dijo apretando los dientes:

—¿Quiere dejarnos solas, por favor?

El hombre se sentía tan incómodo que había estado fingiendo estudiar las pintadas de las paredes de la celda. Salió a toda prisa y cerró la puerta detrás de él. Le gustaba un montón Kate Burrows. Era una mujer estupenda, una buena detective;

verla así de avergonzada era algo terrible.

Madre e hija se miraron fijo la una a la otra y Kate se dio cuenta de que ahora aquello era una batalla de nervios entre ambas. Y por algún motivo, Lizzy disfrutaba. No estaba arrepentida ni lo lamentaba ni ninguna de todas esas cosas que tendría que haber sentido. De hecho, daba la impresión de que disfrutaba de verdad. ¿Dónde, oh, dónde estaba la hija de dos días antes? ¿Dónde estaba la muchacha con la sonrisa siempre dispuesta y la cara risueña? Era como si estuviera viendo a una extraña, una extraña con la cara y el cuerpo de su hija. Un cuerpo que había sido usado a modo, a juzgar por el diario que le había encontrado.

—¿De qué va todo esto, Lizzy? Vamos, dime la verdad.

Se puso de pie y fue hasta el fondo de la celda. Tenía el pelo por los ojos y se lo apartó con impaciencia.

—Quiero que venga papá.

—Bien, pues tu padre no está aquí, estoy yo. Y si es necesario, Lizzy, estoy dispuesta a sacarte de aquí por la fuerza.

Se rio otra vez.

—¡Me gustaría verte intentarlo!

Lo dijo con un tono de desprecio tal que a Kate le pareció que algo se le rompía por dentro. Cruzó la celda, agarró a su hija por el pelo y tiró de ella en dirección a la puerta. Aquello le exigió hasta la última gota de fuerza que tenía.

Sin embargo, Lizzy no estaba dispuesta a aceptarlo. Lanzó el puño en un gancho que impactó sobre el hombro de su madre. Kate sintió el golpe, hizo girar a Lizzy para tenerla de frente y le cruzó la cara de un bofetón que la mandó volando hasta el rincón de la celda. Las dos respiraban con fuerza.

—¡Levántate ahora mismo, Lizzy, antes de que pierda los estribos de verdad! ¡Levántate, te digo! —la última frase resonó por toda la pequeña habitación.

Kate se dirigió hacia su hija y Lizzy se puso de pie a trompicones.

—Te vienes a casa conmigo ahora mismo y como abras esa boquita tuya te doy una paliza que te mato. Eso como poco.

Algo que sonó en la voz de su madre dijo a Lizzy que lo decía de verdad. Kate agarró a su hija por el hombro de la camiseta y la arrastró hasta la puerta de la celda. Golpeó fuertemente con la mano libre y Higgins acudió a abrir. Kate, entonces, hizo desfilarse a su hija por el pasillo de las celdas, cruzar el despacho del sargento de recepción, salir del edificio y llegar al aparcamiento. Metió a Lizzy en el coche de un empujón. Se sentó al volante y arrancó el motor.

—Será mejor que tengas una buena razón para hacer todo esto, Lizzy, porque quiero saber qué es exactamente lo que pasa contigo.

Con eso, salió de la comisaría y se fue a casa. Ninguna de las dos dijo una palabra más.

Evelyn quería a toda costa limpiar el cuarto de Lizzy para cuando llegase, pero Kate le había prohibido tocar nada. Estaba sentada en la cama contemplando el caos

absoluto que la rodeaba. Había fotos de Lizzy de niña por todas partes. Meneó la cabeza. Si alguien le hubiera dicho que su nieta tomaba drogas, se le hubiera reído en la cara.

—Mi Lizzy ni hablar —le hubiera dicho. Pero ahora tenía la verdad ante ella y era pura hiel. Aquella preciosidad de chica estaba arruinando su vida y destrozando a su familia... y por las drogas.

Por lo que Kate le había contado, Lizzy llevaba un par de años con anfetaminas. Meneó la cabeza. Se puso de pie y echó una ojeada por aquel cuarto tan familiar. ¿Cuántas veces habría venido a arropar a Lizzy cuando era pequeña, la había besado la piel suave de su rostro, la había cepillado los largos cabellos hasta que relucían?

Se acercó a la ventana y miró afuera, a la luz cenicienta de la tarde. Fue entonces cuando vio el diario. Era un diario de chica, con flores y pajaritos pintados en un fondo de seda verde pálido. Evelyn lo abrió distraídamente y se puso a leer.

Todavía estaba leyendo cuando llegaron Kate y Lizzy. Kate tuvo que sacar a su hija del coche a la fuerza y arrastrarla prácticamente por el sendero del jardín hasta la casa. Abrió la puerta y metió a la chica de un empujón.

Lizzy atravesó la sala de estar y se fue a la cocina, donde se puso a prepararse un café como si nada hubiera pasado. Kate se quitó el abrigo y lo dejó en la barandilla. Fue a la cocina con su hija.

—Muy bien, quiero saber todo lo que ha estado pasando. Quiero saber dónde conseguiste las drogas, de quién y con quién las has tomado.

Lizzy se sirvió leche en la taza.

—Eso, madre, no es asunto tuyo.

Kate se pasó las manos por los cabellos.

—No voy a estar discutiendo todo el día, Lizzy, te lo digo en serio. Quiero respuestas y las quiero ahora mismo.

Lizzy se puso frente a su madre y se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Eso es muy tuyo: «Quiero respuestas y las quiero ahora mismo». ¿Con quién coño te crees que estás hablando? Soy tu hija, no una maldita sospechosa.

—En eso, señorita, es justo en lo que te equivocas. Por lo que a mí concierne en este momento en particular, tú eres las dos cosas. Eres sospechosa de traficar con drogas, Lizzy. Estabas en la casa de un traficante conocido, de modo que ¿cuál es exactamente tu posición? He encontrado drogas en tu cuarto. Y también encontré tu diario. Así que ya sé que no estoy tratando con Blancanieves.

Lizzy se volvió hacia el hervidor y echó agua hirviendo en su tazón.

—Esto es lo último que necesito ahora, mami, he pasado una noche terrible. Puede que más tarde me sienta capaz de hablar del tema.

Kate contempló asombrada a Lizzy, que revolvía el café. Cogía la cucharilla tan fuerte con sus largos dedos que los nudillos se le habían puesto blancos. Kate observó la figura de mujer vestida de tejanos y camiseta. Ni siquiera llevaba sujetador. La camiseta estaba sucia y arrugada. Tenía unas greñas en el pelo que parecían rabos de

rata y permanecía allí como si tal cosa de pie preparándose una taza de café. No era la primera vez en las últimas horas que Kate se preguntaba qué demonios podía haber pasado con su hija.

Evelyn había oído el diálogo desde la sala de estar. Y entonces entró en la cocina y lanzó el diario delante de Lizzy, que estaba sentada ante la barra.

—He visto un montón de cosas en mi vida, Elizabeth Burrows, pero nunca creí llegar a ver esto. He sentido náuseas al leer toda esta basura —la voz de Evelyn sonaba dura y fría.

Lizzy cogió el diario y miró a su abuela.

—No tendrías que haberlo leído, abu —dijo con una vocecita tímida. Su abuela era importante para ella.

—¡No me llames «abu»! No vuelvas a llamarme así nunca. Que puedas hacer esas cosas con los chicos y además escribirlas... ¡es asqueroso!

—Así es la vida real, ¿recuerdas? Tú también debes haber sido joven —Lizzy notó que elevaba la voz y trató desesperadamente de controlarla—. Ahora mi vida es mía, tengo casi diecisiete años. Y si quiero acostarme con chicos que me gustan, es asunto mío. Solo *mío*. No tuyo, ni de mamá ni de nadie más. ¡Mío!

Evelyn lanzó una mirada de desprecio.

—¿Eso es lo único que te interesa, verdad? Sabes, es gracioso, pero a lo largo de los años siempre recuerdo haberte oído decir: yo, mí, mío. Quiero, pienso, yo, yo, yo. Nunca un pensamiento de verdad para nadie más. Aquí todas nos plegábamos a lo que tú querías, doblábamos el espinazo para cumplir tus deseos. Sin pensar nunca en nosotras mismas. ¡Tú no eres más que una zorrupia, una manipuladora y una intrigante!

—¡Mami!

—¡Oh, nada de «mami», Kate! Ese diario lo dice todo. Hacía que te sintieras asfixiada con mi cariño, ¿no es eso? Mis mimos te incomodan. Pues muy bien, no te preocupes, Lizzy, porque no tengo ganas de tocarte nunca más mientras viva.

Y con eso Evelyn salió de la habitación con los hombros cargados.

Lizzy metió la cabeza entre las manos.

—¿Por qué tenía que pasar esto? ¿Por qué la dejaste que lo leyera? —Arrojó el diario sobre la barra, y Kate notó el llanto en su voz.

—Me parece que lo que tendrías que hacer es preguntarte a ti misma por qué lo escribiste, y por qué hacías todas esas cosas. Lo importante es eso, no lo que pensemos nosotras.

Las lágrimas fluían sobre la cara de la muchacha y todos los instintos maternos que Kate guardaba en su cuerpo la impulsaron a consolar a su hija. Pero las descripciones del diario seguían allí delante de su mente y aquello la detuvo. Imaginarse a su hija con dos chicos en la trasera de una furgoneta no es algo que conduzca exactamente a la solicitud maternal. Causaba una ancha grieta, un vacío que Kate estaba segura de que ya siempre permanecería entre ellas.

—¿Por qué no podéis limitaros a dejarme vivir mi vida como yo quiero?

—Porque estás metida en un rumbo de autodestrucción, por eso, Lizzy.

—No decía de verdad las cosas que decía de ti y de abu en el diario. Solo es porque estaba un poco colocada y eso me iba saliendo así... Yo quiero a abu, siempre la he querido.

Kate se sentó frente a ella y suspiró.

—No es solo lo que has escrito lo que nos duele, es el modo en que has estado viviendo en una pura mentira todo este tiempo.

—¡Tenía que vivir en una mentira! Si hubierais sabido lo que hacía hubierais movido el cielo y la tierra para impedírmelo. Y es mi vida, mami, mi vida.

Kate encendió un cigarrillo. Lizzy se inclinó sobre la mesa y cogió uno del paquete de su madre.

—Sí, también fumo. Como ya sabes todo lo demás, también puedes saber esto.

Kate apagó la cerilla y Lizzy le quitó la caja de la mano. El toque de la piel cálida de su hija sobre la suya fue como una descarga eléctrica.

Miró a Lizzy encender el pitillo. Tenía los dedos sucios y la pintura de uñas saltada. Tenía los labios secos y agrietados. Parecía una chica que hubiera estado viajando toda la noche. Parecía también muy joven y muy insegura de sí misma, pero Kate sabía que eso no era más que una ilusión. ¿Cuántas veces había detenido a chicas jovencitas a lo largo de los años? «Furcias», es como las describía en su mente. Pequeñas furcias con demasiado maquillaje y demasiadas cosas de las que responder. Ahora, ahí tenía delante de ella la verdad de su vida. Su hija había estado acostándose con chicos y con hombres desde los catorce años. Kate ni siquiera podía justificarlo diciendo que era con un chico con el que su hija llevaba muchísimo tiempo y con el que el sexo era la progresión natural. Por lo que había leído en el diario, al parecer cualquier chico con una cara agradable y ropa a la última servía para pasárselo bien. Kate cerró con fuerza los ojos.

—¿Dónde está papá?

—Se ha marchado, Lizzy. No sé a dónde.

—Lógico. Si de todos modos nunca te importó nada.

—¡Escúchame! Lo dejé que se quedara aquí por ti. Si hubiera sido por mí, lo habría puesto en la calle hace mucho. Aparece por aquí cuando y como le viene bien. Pero pensé que tú necesitabas un padre, aunque fuera una birria de padre. Un padre que te quería era mejor que no tener padre.

Lizzy se rio suavemente.

—Yo nunca he tenido padre. Pero tampoco he tenido una madre de verdad, ¿o sí?

Kate dio una larga calada al cigarrillo y suspiró.

¿Qué demonios había pasado con su vida?

Evelyn estaba tumbada en su cama mirando al techo. La impresión por lo que había leído estaba empezando a suavizarse. El enfado iba siendo sustituido por la pena. Pena por su hija. No por su nieta, sino por Kate. Contra todas las

probabilidades, había batallado para dar a aquella muchacha todo lo que pudiera querer. Evelyn había visto a Kate años atrás renunciando a su propia vida para servir a Lizzy, ¿y para qué? ¿Para qué?

Tuvo que admitir que ella también tenía su parte de culpa. Había malcriado completamente a la niña. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quién hubiera pensado que aquella chica inteligente y brillante iba a salir así? ¿Que aquella niñita que se sentaba en las rodillas de la abuela y reía y sonreía iba a crecer para entregarse a todos y cualquiera que se lo pidiese? ¿No había intentado ella infundir una moral en la niña? No era la primera vez que echaba de menos terriblemente a su marido. Él habría sabido qué hacer. Se enjugó los ojos con el dorso de la mano.

Lizzy nunca había tenido el amor de un padre, de un verdadero padre. Kate solía quedarse en el pasillo, sentada pacientemente en los escalones, esperando a oír las botas de su padre subir por el caminito de entrada. Luego, cuando abría la puerta, saltaba para darle un gran abrazo. Kate había conocido la seguridad del amor, de niña y de adulta. Lo que la cambió fue la aparición de Dan. Cuando la abandonó con una niña tan pequeña, el corazón se le había endurecido de alguna manera. Oh, quería a Lizzy con toda su alma, eso Evelyn lo sabía, pero también había canalizado sus energías en el trabajo. Al pensarlo, Evelyn se preguntaba ahora si eso había sido una cosa tan buena. Tal vez si Kate se hubiera vuelto a casar, para dar a Lizzy una figura paterna...

Se zarandeó mentalmente. Pensó: «De tal palo tal astilla». ¿Cuántas veces le había dicho eso a la gente? Lizzy era igual que su padre. Utilizaba a las personas para sus fines particulares. Dan había sido igual. Seguía siendo igual. Había hecho las maletas y había desaparecido, como siempre hacía, a la mínima señal de cualquier contrariedad. Dijo que no sabía hacer frente a las contrariedades. Esas fueron sus palabras exactas. Bueno, por lo general era él quien causaba cualquier complicación que hubiera por su entorno, aunque nunca lo admitiría.

Oyó abrirse la puerta del cuarto y se puso las manos sobre los ojos para cubrirse del resplandor de la luz del descansillo.

—Te he traído un café, mamá.

Kate dejó la taza en el tocador de al lado de la cama.

—¿Cómo te encuentras?

Evelyn había cerrado los ojos. Notó que los muelles del colchón se movían al sentarse Kate. Se cogieron de la mano.

—No sé cómo me siento, para decirte la verdad. Ahora que se me está pasando el susto, no dejo de buscarle excusas a la niña.

Oyó suspirar a Kate.

—Ya sé a qué te refieres.

—Oh, Katie, que hayamos tenido que ver... —se le quebró la voz.

—Ya lo sé. Créeme, sé cómo te sientes. Para mí lo peor de todo es que jamás sospeché nada. Yo, toda una mujer policía, una detective que nunca se enteró de lo

que tenía delante de sus ojos.

—Eso es porque confiabas en ella —en la voz de Evelyn había tanta desesperación que Kate volvió a sentir la rabia. Rabia hacia su hija, no solo por lo que había hecho, sino por toda la infelicidad que le había causado a su abuela. Evelyn era de una época distinta, con una educación diferente. Se había casado virgen, había permanecido fiel durante todo su matrimonio. E incluso a pesar de haberse quedado viuda muy joven, nunca quiso otro hombre. Kate envidiaba la vida limpia y hermosa de su madre. Y ahora Lizzy había cogido todo aquello que su abuela veneraba y lo había arrastrado por el fango.

Para Kate, aquello era difícil perdonárselo.

Las dos mujeres siguieron sentadas juntas en silencio, desesperanzadas. Y entonces sonó el teléfono.

Kate lo contestó y luego volvió a ver a su madre.

—Frederick Flowers quiere verme. No hay premio por adivinar por qué —tenía la voz temblorosa.

El jefe superior había sido de lo más amable, admitió Kate. Le había preguntado qué pasaba y ella le contestó tan sinceramente como pudo. Habían archivado los cargos por tenencia dado que su hija solo llevaba encima una cantidad pequeña. No lo suficiente para ser traficante, solo para lo que la policía denominaba «uso personal».

Kate volvió a casa conduciendo como aletargada. Sabía que aquello iba a ser una nube negra sobre su cabeza durante el resto de su vida profesional. Pero esa no era la cuestión. El verdadero quid de la cuestión era descubrir por qué su hija sentía la necesidad de tomar drogas. Por qué había mentido y engañado. Qué demonios pasaba por la cabeza de aquella niña.

Metió el coche en la subida de su casa y se quedó allí sentada mirando la fachada. Era la última hora de la tarde y había sido un día muy largo. Demasiado largo y demasiado cargado. Se frotó la nuca con la mano enguantada. Mañana cuando entrase en el trabajo, tendría que enfrentarse a todos sus colegas. Apostaría un buen dinero a que era la comidilla de la comisaría.

Soltó un ligero gemido y salió del coche. Todo estaba tranquilo en el interior de la casa. Fue a la cocina y encendió la luz. Puso el hervidor para hacer un café. Preparó tres tazas y subió al cuarto de su madre, abrió un poquito la puerta y escuchó. No se oían más que unos ronquidos suaves. Cerró la puerta con suavidad y luego se acercó al cuarto de su hija.

Abrió la puerta y entró. Lizzy estaba en la cama y solo se le veía la cabeza. Kate se acercó de puntillas y la observó. Tenía todos sus largos cabellos desparramados sobre la almohada. A la luz de la farola de la calle, Kate pudo ver las largas pestañas oscuras destacar sobre los pómulos de su hija. La verdad es que Lizzy era preciosa. Tenía tantas cosas a su favor..., ¿por qué había sentido aquel impulso de destruirse? Porque, por lo que Kate entendía, eso era lo que pretendían las personas que tomaban drogas.

Notó que se le escapaba una lágrima por el rabillo del ojo. Se volvió y observó aquella habitación pequeña y familiar: las muñecas, el maquillaje desparramado por el tocador, los libros colocados al albur en su estantería. Por lo menos, había intentado limpiar algo.

Luego Kate vio el papelito. Dio los pocos pasos que la separaban del tocador y lo cogió. Las palabras se fijaron en su mente, pero simplemente no lograba comprenderlas. Leyó una vez y otra aquel trozo de papel.

«Perdón, mami... perdón, mami... dile a abu que la quiero... dile a abu...».

Apartó los ojos del papel, miró la cama y la blancura mortal de la piel de Lizzy le hizo ponerse en acción como por un resorte. Apartó las mantas y la miró. Incluso con aquella luz tenue pudo ver la sangre. Pero algo en su cabeza registró el hecho de que aquello todavía latía.

Cogió una toalla de manos de una silla próxima y vendó con fuerza las muñecas de Lizzy. Los dedos se le pusieron rígidos de repente, no podía controlarlos. El martilleo del corazón en sus oídos era como un redoble de tambores.

Fue corriendo a su dormitorio para llamar a una ambulancia. Notó que había sangre en el teléfono, sangre. Sangre de Lizzy. De Lizzy. Respondió a las preguntas de la telefonista con calma y con lógica, pero no supo cómo. La policía que llevaba dentro volvía a tomar el mando.

Por favor, dense prisa. Dios mío, dense prisa, por favor. No estaba segura de si hablaba en voz alta. Colgó el teléfono y volvió corriendo junto a Lizzy.

Oh, Dios mío, por favor, haz que esté bien. Haré todo lo que quieras si permites que siga bien. Iré a misa cada uno de los días de mi vida...

Como muchos otros antes que ella, intentaba negociar con Dios la vida de su hija. Entonces, en algún punto de aquel silencio, oyó la sirena de la ambulancia.

Solo cuando ya salía a trompicones del cuarto de la niña, vio a su madre. Evelyn estaba a la puerta de su dormitorio con la cara lívida.

Kate no pudo ni mirarla. Se fue con Lizzy en la ambulancia.

Los sucesos de las últimas veinticuatro horas no se correspondían ni remotamente con ninguna de las cosas que había esperado de la vida. Si alguien le hubiera dicho que eso iba a suceder, se le hubiera reído en la cara.

Ahora, en medio del caso más importante en el que había tenido que trabajar hasta entonces, le surgían problemas de una escala tan grande que Kate se dio cuenta de que su vida ya nunca volvería a ser igual.

Kate estaba sentada en la sala de espera del hospital. El joven médico le sonreía. Se fijó en que tenía marcas de tijeras en el pelo como si acabasen de pegarle unos tijeretazos en seco. Llevaba barba de un día asomando en la barbilla sin fuerza.

—Bien, señora Burrows, le hemos dado unos puntos. Eran unos cortes muy profundos, pero realmente su vida no corrió peligro. Se cortó los brazos a lo largo con lo que no afectó a las arterias principales. Estaba inconsciente porque había tomado

pastillas para dormir. Pero ahora está despierta, aunque grogui.

—¿Puedo verla?

—Naturalmente. Se quedará aquí esta noche y mañana la verá el psiquiatra.

—¿El psiquiatra? —dijo Kate con un hilo de voz.

—Es el procedimiento habitual tras un intento de suicidio. No se preocupe, todo estará perfectamente.

Kate se tragó el comentario de rutina. El hombre solo trataba de hacer que se sintiera mejor.

Se levantó y aplastó el cigarrillo. La verdad es que se había apagado hacía varios minutos sin que se hubiera dado cuenta.

—¿Puedo ir a verla, entonces?

—Desde luego. Intente no estar demasiado tiempo. Ahora lo mejor para ella es dormir. El sueño todo lo cura.

Kate tuvo el impulso de decirle que te zurzan. Pero se calló. En vez de eso, le dirigió una sonrisa forzada.

—Gracias.

Pasó por su lado y se dirigió al pabellón de su hija. Lizzy tenía las cortinas echadas para ocultar su cama y Kate pasó entre ellas con cautela.

Vio que Lizzy abría los ojos y trataba de sonreír con todas sus fuerzas.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento de veras.

—¡Oh, Lizzy! —Toda la angustia y el dolor que llevaba dentro se alzaron como una ola gigante que la envolvió.

Madre e hija lloraron juntas.

—Todo saldrá bien, Lizzy, te lo prometo. Te juro que podremos arreglar esto. Que lo arreglaremos todo.

—Oh, mami, ojalá abu no hubiera visto mi diario.

Kate notó unos pequeños hipidos en su voz.

—Lo arreglaremos entre nosotras. Tú concéntrate en ponerte bien.

Apareció una enfermera en aquel espacio minúsculo. Kate notó el olor a jabón Pears y aquel olor perfumado de glicerina trajo a su memoria recuerdos de cuando era más joven. De cuando Lizzy era una recién nacida.

—Creo que lo mejor es que ahora usted se vaya a casa. Lo que de verdad necesita es dormir —susurró.

Kate asintió en silencio. Dio un beso a Lizzy en los labios, le apartó el pelo de la cara e intentó sonreír valientemente.

—Estaré aquí mañana por la mañana, ¿vale? —dijo.

Lizzy asintió y cerró los ojos. Kate salió de la sala. Al abrir los batientes de las puertas del corredor, Patrick venía hacia ella.

—Oh, Kate, lo siento tanto. —Abrió los brazos y ella se refugió en ellos. Sintió su fuerza, la seguridad que le ofrecían. Él la atrajo hacia sí, acariciándole el pelo y besándole la frente. Ante aquel despliegue de cariño se vino abajo. Empezó a sollozar

sobre el abrigo de cachemira que olía con aquel olor suyo tan personal a Old Spice y humo de cigarro.

La acompañó para salir del hospital y llevarla hasta su coche, y a Kate no se le ocurrió preguntarle cómo había sabido dónde estaba. Cómo sabía lo que había pasado.

Simplemente, estaba contenta de verlo.

Capítulo Quince

Evelyn oyó llegar un coche y metió la cabeza entre las gruesas cortinas de la sala de estar. Resopló con fuerza. Era un coche grande de los caros, debía ser alguien que iba a ver a los vecinos. Pero luego, vio que quien salía por la puerta de atrás era Kate. Frunció el ceño. Hoy habían pasado demasiadas cosas para que nada pudiera realmente sorprenderla. Vio salir del coche a un hombre y cuando los dos se volvieron hacia la casa cerró rápidamente la cortina.

Siguió sentada en el diván hasta que oyó la llave de Kate en la cerradura. No pudo sacar fuerzas de flaqueza para recibir a su hija con las efusiones habituales. Oyó hablar a Kate y después una voz de hombre, una voz profunda, castaño oscuro. Se enjugó una vez más los ojos con el pañuelo empapado y esperó a que ambos entrasen en la sala.

Patrick ayudó a Kate a quitarse la chaqueta y después se quitó el abrigo. Colgó ambas cosas en la barandilla de manera informal. De algún modo, aquel pequeño detalle agradó a Kate. Su casa no era demasiado grandiosa y lo sabía. Pero Patrick se comportaba como si él viviera al estilo de ella, como en efecto había vivido en otro tiempo. Solo que, dado su origen, la casa de Kate probablemente habría sido algo a lo que aspirar.

Patrick la siguió dentro a la sala de estar absorbiendo la casa con los ojos. Se fijaba en todo, desde las alfombras buenas pero gastadas a los libros que abundaban en la habitación. Le pareció acogedora y confortable. Vio a una mujer pequeña sentada en el sofá y toda vestida de negro. Tenía una cara notable, una cara que denotaba una inteligencia rápida y un corazón generoso. Sintió simpatía por ella al instante.

—Mamá, te presento a Patrick Kelly, un amigo mío. Me ha traído a casa desde el hospital.

Evelyn inclinó la cabeza. Se fijó en la anchura de sus hombros, en sus largas piernas y en su apostura morena, y decidió que Kate tenía mejor gusto de lo que ella se pensaba. Y entonces se acordó del nombre. Era el mismo hombre del que habían estado hablando en la cena de Navidad. Evelyn apartó aquel pensamiento de su mente. Con un apellido como Kelly, tenía que tener algo de sangre irlandesa, así que no podía ser del todo malo.

—Encantada.

Patrick le sonrió y notó que le devolvía la sonrisa sin darse cuenta.

—¿La niña? —miró la cara agotada de su hija.

—Está bien, mamá, o por lo menos todo lo bien que puede estar en esas circunstancias. Los cortes no fueron lo bastante profundos como para ser del todo malos. La descubrí justo a tiempo. Mañana por la mañana va a verla un psiquiatra.

Patrick se sentó en una silla junto al fuego y Kate se volvió hacia él.

—¿Quieres beber algo? Tengo un poco de *whisky* por algún sitio. —Se dirigió al

armarito de las bebidas y abrió la puerta. Sirvió tres *whiskys* grandes.

Cuando todos tuvieron su copa, Kate se sentó junto a su madre. Patrick las miró. Eran como dos gotas de agua, las dos tenían los mismos pómulos altos y el mismo pico de viuda. Las dos una nariz ligeramente aguileña. Una por una, todas sus facciones eran hermosas, pero en conjunto les faltaba algo para ser del todo perfectas. En cambio, tenían eso que se llama rostros atractivos. Mujeres que van mejorando según envejecen. Desde luego a él, Kate le parecía magnífica.

Evelyn rompió el silencio.

—Así que la mandan a ver a un loquero, ¿eh? Bueno, yo creo que es por su bien, Kate. Esa niña tiene algo que está completamente mal.

Asintió con la cabeza mirando al suelo. Patrick sintió simpatía por ella.

—Usted es el hombre que ha perdido a su hija, ¿verdad? —preguntó Evelyn.

—Sí.

—Una tragedia perder una hija de ese modo.

Patrick observó la cara de aquella mujer mayor y vio allí compasión y comprensión.

—Mi hijo se fue a Australia, sabe. Hace veinte años que no lo veo. Como si se hubiera muerto. Sé de él con regularidad, pero eso no es lo mismo que tenerlos contigo. Verlos crecer y convertirse en lo que hayan de convertirse. Ahora ya es grande, un adulto, y todo lo que tengo para seguir sus años son fotografías. Y eso no es como verlo con tus ojos.

Aquel discursito conmovió a Patrick hasta lo más profundo. Se dio cuenta de la empatía que había entre ellos. Supo que la mujer se le había confiado, que trataba de mitigar su pena, y durante unos pocos segundos peligrosos creyó que se iba a poner a llorar. Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y lo bajó con *whisky*.

—¿Su familia es irlandesa, señor Kelly? —Evelyn tenía que seguir hablando, tenía que dejar de pensar en Lizzy.

—Sí. Mi padre era de Dublín y mi madre de Cork. Yo nací en Glasnevin. Me vine aquí cuando tenía dos años.

—¡Que el cielo me ampare, yo conozco muy bien Glasnevin! ¿Su madre todavía vive?

Patrick meneó la cabeza.

—No, me temo que no. Era una mujer maravillosa.

—Seguro que guarda un gran recuerdo de ella.

Patrick sonrió de nuevo.

—Sí, desde luego.

Evocó mentalmente la imagen de su madre, con los brazos rojos hasta los codos de lavar y planchar para otras personas, las rodillas perpetuamente hinchadas de fregar suelos. Vio también aquella pequeña sonrisa que tenía, aquella semblanza serena cuando volvía a casa de la misa de seis cada mañana. Cómo le metía un chelín en la mano cada cumpleaños, por muy cortos de dinero que estuviesen. Naranjas por

Navidad y un juguetito. ¡Ah, ya lo creo que tenía recuerdos entrañables!

Kate miraba a su madre y a Patrick como en un trance. Se dio cuenta de que si las circunstancias de aquel encuentro hubieran sido más felices, se hubieran tomado un buen *whisky* del alijo secreto de Bushmill's de su madre y habrían evocado recuerdos toda la noche. Se alegró de que Patrick estuviera allí. Era como una gran roca de la que podías fiarte, que conseguía apartar de Lizzy la mente inquieta de ambas. Pero su hija necesitaba ayuda y eso era lo que a Kate le daba miedo.

Se levantó y fue hasta el armarito para rellenar los vasos y se encontró con que la botella de Bell's ya estaba casi vacía. Al verlo, Evelyn se levantó del asiento y dijo:

—Iré a buscar el Bushmill's.

Salió del cuarto y Patrick sonrió a Kate.

—Intenta relajarte. De momento Lizzy está en el mejor sitio en el que puede estar. Ya habrá tiempo para preocuparse mañana.

—Me siento tan condenadamente inútil. ¿Cómo puede haber pasado eso delante de mis narices?

Patrick la cogió de la mano y la acercó a él.

Ella le miró a los ojos.

—Mira, Kate, tú no eres la única persona a la que le ha pasado eso. Todos los padres dicen eso en algún momento. Recuerdo que cuando descubrí que Mandy se acostaba con ese zoquete de Kevin tuve ganas de hacerlos pedazos a los dos. Pero es algo que pasó y que no puedes hacer que no haya ocurrido. Por mucho que quisiera que fuera así. Lo que te digo es que ahora tienes que tender puentes. Hacer que salga algo bueno de esto.

Oh, aquello sonaba perfecto, pero en el fondo, Kate sentía que había fallado a Lizzy de alguna manera.

Evelyn irrumpió de nuevo en la sala con su *whisky* irlandés.

—A esto lo llamo yo mi Agua Bendita, es tan bueno como cualquier medicina. Me lo manda una prima mía de Coleraine, Dios la guarde y la bendiga. Es el agua de la montaña lo que le da el gusto. ¿Sabe?, se llama Katie Daly, tal cual. De verdad.

Patrick se rio.

—*Katie Daly* era una de las canciones favoritas de mi madre. Hablaba de una chica que hacía *whisky* ilegal en Irlanda, y los guardias fueron a detenerla.

Evelyn sirvió una medida generosa a cada uno. Kate dio un trago y notó que le quemaba en la garganta.

—Mañana, cuando vayas a ver al loquero, yo iré contigo, Kate, y procuraremos dejar este asunto arreglado. Nos irá todo bien, ya lo verás.

—Pero cortarse las muñecas así, mamá... Estaba más preocupada de que tú hubieras leído su diario que de ninguna otra cosa.

—¡Y así tenía que estar, esa granujilla desagradecida!

Patrick dio un trago a su bebida. Aquello se estaba poniendo especialmente personal.

—Creo que será mejor que me vaya pronto, ya sé que tienen un montón de cosas de las que hablar.

Kate asintió. El chófer estaba esperando fuera y de repente se acordó de él.

—¡Oh, el pobre Willy debe de estar congelado!

—¿Qué has dicho, Kate Burrows?

A su pesar se echó a reír ante la cara escandalizada de su madre.

—Es su chófer mamá, que se llama Willy. Está esperándole fuera.

—Ah, ya entiendo. Bueno, pues que entre. En esta casa no nos andamos con ceremonias.

Patrick apuró la copa deprisa. No creía que la madre de Kate estuviera del todo preparada para ver a Willy.

—No, ya he molestado lo suficiente. Solo quería asegurarme de que Kate llegase a casa bien. —Se puso de pie y las dos mujeres con él. Estrechó la mano de Evelyn —. Ha sido un placer conocerla, señora...

—O'Dowd. Evelyn O'Dowd.

Kelly volvió a sonreírle.

—Señora O'Dowd, espero que volvamos a vernos en circunstancias más agradables.

—Yo también, hijo.

Kate salió con él al vestíbulo y Patrick la besó con gentileza.

—Ahora deja de preocuparte, Kate, y si necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que llamarme. ¿OK?

Kate contestó, demasiado llena de lágrimas sin verter para poder contestarle.

Lo miró bajar por el camino de entrada y meterse en el Rolls Royce. Cuando el coche estuvo fuera de su vista, cerró la puerta y regresó al calorillo de la sala.

—Bueno, no sabes cómo se te ve el plumero.

—Oh, mamá, no es más que un amigo.

Kate se sentó y cogió otra vez su vaso.

—¿Nada más que un amigo, eh? Bueno, pues si quieres mi consejo, te diría que a ver si lo conviertes en algo más que un amigo, si sabes a lo que me refiero. Hombres como ese no crecen en los árboles.

—Tiene salones de masaje, mamá.

Evelyn O'Dowd tenía su propia serie de principios, que cambiaba y ponía al día dependiendo de la situación.

—Bueno, no todos podemos ser policías, ¿o sí? Tiene toda la pinta de ser un hombre de los buenos. Sigue mi consejo y cázalo pronto, y luego ya le explicarás lo que está haciendo mal.

Kate dio un trago a su bebida.

—Si el jefe superior se entera de que estoy viendo a Patrick, se armará la de Dios es Cristo.

Kate no sabía que el jefe superior sí lo sabía todo sobre Kelly y ella. Patrick Kelly

y Frederick Flowers se trataban desde hacía tiempo. Estaban mucho más próximos de lo que nadie sabía..., salvo ellos dos, y desde luego no pensaban decírselo a nadie.

En su butaca, Evelyn puso el freno.

—Bueno, pues en ese caso, mándamelo a mí, jovencita. Lo que tú hagas cuando no estás en esa comisaría no es asunto suyo.

Si Kate no hubiera tenido tantas cosas en la cabeza se hubiera echado a reír ante el tono escandalizado de su madre.

—Eso no es así, mamá, y tú lo sabes. Patrick es un hombre agradable, en eso tienes razón, pero también es alguien que está en los límites de ser un delincuente.

—También yo estoy al límite de serlo, niña, y si supiera cómo se llama la gente que le dio las drogas a Lizzy, les arrancarían la cabellera.

Las dos se quedaron en silencio.

—Escúchame bien, Katie. Si te gusta ese hombre y eres feliz viéndolo, entonces tienes que hacer lo que quieres. No importa lo que opine tu jefe superior o Dan, o Lizzy o yo o el tonto del pueblo. Solo se vive una vez. Así que vive tu vida como quieres. Antes de que te enteres, serás una vieja. Tan vieja como yo. Y cuando se llega a mi edad, se tiene una perspectiva diferente de la vida. De repente, cada día parece ser un poco más corto que el anterior. Notas que el dolor se te va metiendo en los huesos. Sabes que la parte mejor y más jugosa de tu vida se acabó. Una vez leí que cuando las personas se ponen viejas y seniles vuelven a los tiempos en que su vida era útil para alguien. A cuando tenían hijos pequeños y un marido que volvía a casa de trabajar. Comidas que preparar. Puede que también un trabajito. Y comprendo que quieran escaparse para volver a unos tiempos en que alguien los necesitaba. Puede que porque los días en que a mí me necesita alguien ya están casi acabados.

Kate se deslizó de la butaca y se arrodilló delante de su madre.

—Yo siempre te necesitaré, mamita. —Ante la palabra mamita, Evelyn atrajo a su hija a sus brazos, desbordada por los recuerdos. De niños, Kate y su hermano la llamaban mamita.

—Bueno, Kate, yo sí que estaré aquí todo el tiempo que me necesites. Y también para Lizzy, Dios la bendiga. Le cortarían las piernas de buena gana, pero siempre la querré. Tan marisabidilla como es.

El doctor Plumfield observó a Kate y a Evelyn mientras se sentaban frente a él. Kate había pedido otro día libre para tratar de dejar arreglados los asuntos familiares. Se lo habían concedido de mala gana y comprendió que en lo que concernía a sus superiores, estaba en la cuerda floja. Por mucho que la vieran con simpatía, al fin y al cabo era una inspectora detective y primero tenía que hacer su trabajo. Y en especial una investigación de asesinato.

A estas alturas, el intento de suicidio de Lizzy ya estaría en boca de toda la comisaría, de eso estaba segura.

Plumfield era joven y Kate pensó que parecía más un asistente social que un psiquiatra. Llevaba unos tejanos azules gastados y una camiseta de *rugby*. El pelo le

clareaba ya por arriba, con una pequeña cola de caballo por detrás. Juguetecía con un bolígrafo con unos dedos teñidos de tabaco.

Se inclinó para atrás en su silla y suspiró. Kate se sintió como una niña a la que han pillado copiando en el examen.

—Su hija, señora Burrows, es una muchacha muy desorientada e infeliz.

Kate le escuchó con atención, sin dejar de pensar «cuénteme algo que yo no sepa».

Plumfield siguió hablando con su voz nasal y Kate decidió que debía ser espantoso vivir con él. No se dirigía a la gente como sus iguales, sino que les hablaba con superioridad.

—Lizzy tiene signos manifiestos de depresión severa, y me parece que la ingesta de drogas y otros patrones conductuales precisan una atención profunda. Para un niño, un cachete es tan útil como un mimo, señora Burrows. Después de todo, ambos son formas de atención.

—¿Así que usted cree que Lizzy necesita más atención?

Plumfield levantó la mano.

—Aún no he terminado, señora Burrows.

Kate giró los ojos y miró al techo. ¡Aquel hombre no podía ser verdad!

—Ya veo que está usted acostumbrada a mandar —la apuntó con el dedo—. Pero ahora no está en la comisaría.

Sonrió para subrayar el filo de sus palabras y Kate comprendió de repente: odiaba a la policía. Kate se había encontrado a muchos así a lo largo de su vida laboral, desde los abogados que intentaban librar a malhechores conocidos, a trabajadores sociales que atestiguaban en los tribunales y daban buenas referencias sobre la personalidad de gente a la que habría que encerrar para siempre.

Aquel tipo iba a echarle todas las culpas a ella.

Se mordió el labio y lo dejó hablar.

—Su hija —y dijo la palabra como una acusación— ha aceptado ingresar en un hospital psiquiátrico durante una temporada para que la podamos evaluar adecuadamente. La llevarán allí esta tarde desde aquí. Estará en el hospital Warley.

Evelyn miró aquella cara de lengua tan suelta y sintió crecer su amor propio.

—Disculpe, doctor Plumtree...

—Es Plumfield.

—Pues disculpe doctor Plumfield. ¡Me parece que tiene usted una cara muy dura! Está hablando de mi nieta. Y no me gusta nada su actitud, jovenzuelo. Díganos sin más cuándo se va, qué va a pasar con ella y cuánto tiempo tenemos que esperar que pase allí.

El doctor Plumfield meneó la cabeza como si estuviera tratando con dos niñas recalcitrantes. Kate puso la mano sobre el brazo de su madre.

—Su hija estará allí todo el tiempo que haya que atenderla, señora Burrows. Está en rebeldía contra algo. Todavía no estamos seguros de contra qué —miró a Kate al

decirlo y ella tuvo muy claro el mensaje—. Esta conducta destructiva necesita ser observada. Si desea usted ir a verla, puede hacerlo, pero he de insistir en que deberían tratar de no alterarla de ninguna manera.

Kate se levantó.

—Pues muchísimas gracias, doctor Plumfield. Antes de irnos, ¿será usted quien la trate en Warley?

—No, yo no.

Entonces Kate sonrió.

—Bueno, por lo menos ya hay algo de lo que estar agradecidas. Venga, mamá, vamos a ver a Lizzy.

Dejaron al doctor Plumfield sentado meneando la cabeza. Mientras caminaban por el hospital hacia la sala donde estaba Lizzy, Evelyn no dejaba de ensartar improperios.

—¡Menudo descaro el de ese! Venir a insinuar que habíamos hecho las cosas mal. Me hubiera gustado soltarle a la cara unas cuantas palabras bien dichas. Y me gustaría saber qué demonios le habrá contado Lizzy a ese tipo.

Como siempre que estaba muy enfadada, en la voz de Evelyn sonaba un fuerte deje irlandés.

Kate dejó que aquello le entrase por un oído y le saliera por el otro.

Llegaron por fin a la sala de Lizzy. Estaba sentada en la cama oyendo la radio por los auriculares. Se había lavado la cara y cepillado el pelo. Con el camisón del hospital se la veía muy joven. Miró a su madre y a su abuela y sonrió temblorosa. Se quitó los auriculares de las orejas, extendió los brazos y Kate se abrazó a ella.

—Oh, mami... abu... ¡estoy tan contenta de veros!

Evelyn apartó suavemente a Kate y se abrazó a su nieta. Lizzy se puso a llorar.

—Vamos, vamos, ahora chitón. Todo se arreglará.

Kate se sentó en la cama y las miró.

—Quieren mandarme a un hospital psiquiátrico, mami.

—¿Y a ti qué te parece?

Lizzy meneó la cabeza.

—No lo sé. Al parecer creen que estoy un poco tocada...

Evelyn la interrumpió.

—Eso ni lo digas. Tú lo único que necesitas es un poco de descanso y un poco de tiempo para poner en orden tus ideas.

—¡Pero es que no sé qué tengo mal!

Lizzy estaba al borde de la histeria. Kate le cogió la mano.

—Bueno, eso ya lo averiguarán en Warley. Un sui..., lo que hiciste es una cosa muy terrible, Liz. Tienes que intentar descubrir por qué lo hiciste.

—¡Ya sé por qué lo hice! Fue porque abuelita leyó el diario, solo por eso.

—¿Y por qué tomabas drogas?

—Oh, ahora todo el mundo toma drogas. No soy adicta, mami. No tomo heroína

ni nada de eso.

—Pero lo que he leído en el diario es que las tomabas con frecuencia, todos los días. Anfetaminas, cannabis, éxtasis. Lo que no logro entender es cómo pudo ser que todo esto sucediera delante de mis narices.

Lizzy se tumbó en la cama.

—A veces, mami, cuando estaba colocada, tenía ganas de ir a hablar contigo cuando llegabas. Tú ni siquiera lo sospechabas porque las anfetaminas solo te ponen muy charlatana. Te ponen arriba, feliz.

—¿Y no eres feliz sin tomarlas?

Lizzy se miró las vendas de las muñecas.

—Muchas veces no.

—¿Pero por qué? —la voz de Kate sonó más fuerte y la chica de la cama de al lado se las quedó mirando.

—Es que no lo sé, mami. No lo sé. Pienso todo el tiempo en la muerte.

Kate miró las baldosas blancas del suelo. ¿Cómo podía ser que una niña de dieciséis años pensase en la muerte? Si su vida acababa de empezar.

—¿Dónde está papá?

—No lo sé.

—Ni siquiera ha intentado saber cómo estoy, ¿a qué no? —dijo con voz inexpresiva.

—Ya nos llamará, Lizzy, a ti te quiere muchísimo.

—Sí, por supuesto que sí —la voz sonó amarga y Kate y Evelyn intercambiaron una mirada de preocupación.

La vida tenía una curiosa manera de ponerse a tu altura, pensó Kate. Justo cuando creías que ya lo tenías todo previsto, te ponía una zancadilla como esta.

El doctor Plumfield tenía razón en una cosa. Lizzy debería ir al hospital Warley.

Necesitaba ayuda, ayuda profesional, y Kate fue lo bastante sincera como para admitir que ni ella ni su madre podían dársela.

Patrick estaba delante de una casa en Barking. Tres de sus mejores hombres estaban con él. Eran las doce menos veinte y había llegado diez minutos antes. Aquel era uno de los trabajos que no soportaba. Iban a desahuciar a una pareja y sus tres hijos de una casa alquilada. A Patrick lo habían llamado cuando el hombre amenazó a su equipo con un bate de béisbol. En circunstancias normales, sus hombres se hubieran limitado a abrirse camino para entrar y despojarlo de su arma. Pero como habían llamado a la policía, todo había que hacerlo como mandan los cánones. El hombre los observaba desde la ventana de un dormitorio con el bate bien a la vista.

Un guardia joven fue hasta el buzón y se puso a gritar a través de él.

—Vamos, señor Travers, esto es una tontería. Baje usted hasta aquí y hablaremos del asunto.

Se apartó del buzón y alzó la vista hasta la ventana. Travers era un escayolista que había perdido su casa al caer en bancarrota. Abrió la ventana despacio y asomó una

cabeza de pelo entrecano.

—¡Largaos todos a tomar por el culo! Ya pagué a ese cabrón y él sabe que le pagué.

El agente lo intentó de nuevo. Levantó la pestaña del buzón.

—El hombre al que usted le alquiló la casa no ha pagado nunca la hipoteca. A usted lo desahucia la constructora, señor Travers, no su casero. Si quiere usted bajar, intentaremos ver cómo arreglar el asunto.

Escudriñó a través del buzón. Vio a una mujer con un niño pequeño en brazos de pie al fondo del vestíbulo. Se la veía ojerosa. Tenía la ropa desarreglada y no llevaba zapatos. Se fijó en que tenía los pies sucios. La mujer movió la cabeza en dirección a él con un gesto de desconcierto.

—Pero si le pagamos el otro día. Le pagamos cuatrocientas libras, un mes de renta. Llevamos aquí seis meses. No tenemos otro sitio a donde ir.

Dos niñas pequeñas, gemelas, salieron de uno de los cuartos de la planta baja y se acercaron a ella. El guardia suspiró profundamente. Cerró el buzón y regresó junto al grupo que estaba en la acera.

—Pobres pringados. Y esto está pasando cada vez más y más. Alguien compra una casa, le carga una hipoteca y luego se la alquila a unos pobres paletos como estos. Les cobran cuatrocientas al mes o lo que sea durante todo el tiempo que pueden, luego, cuando ejecutan la hipoteca los otros han ahuecado el ala. No hay quién los encuentre. Algunos de estos pájaros tienen ocho y nueve casas en marcha. Ganan fortunas.

Patrick asintió. El timo de la hipoteca era más viejo que Carracuca. Odiaba aquellos encargos.

—Déjeme probar a mí.

El guardia se encogió de hombros.

—Voy a avisar a los servicios sociales. A lo mejor les pueden encontrar un alojamiento con desayuno o algo.

Patrick asintió con la cabeza y se acercó a la puerta de entrada.

Bramó a través de la ranura del buzón:

—Me llamo Patrick Kelly, y me han pedido que recupere esta propiedad. Vengo como oficial del juzgado. Vamos a ver, señor Travers, tiene ahí con usted a su mujer y a sus hijos, y probablemente estén muertos de miedo. Venga aquí y veremos qué podemos arreglar.

Ben Travers seguía en el dormitorio. Sabía quién era Patrick Kelly, todo el mundo sabía quién era Patrick Kelly. Era una leyenda viva.

Travers paseó la mirada por aquel cuarto desangelado. Lo que habían llamado alojamiento amueblado consistía en dos camas viejas sacadas de alguna tienda de segunda mano, un sofá desvencijado y una cocina de gas que probablemente venía usándose desde la guerra. Paseó la mirada por la habitación y sintió crecer en su interior la frustración y la rabia. A esto había llegado, con una mujer y tres hijos que

mantener.

Hasta el último penique que tenía ahorrado se había ido en la fianza de esa casa, más de mil libras, y después, las cuatrocientas al mes de renta. ¡Habían tenido que librarse de la madre de Louise! Habían vivido tres meses con ella hasta encontrar este sitio, y habían sido tres meses más de la cuenta por lo que a él respectaba. Dos años antes tenía una casita protegida privatizada en East Ham, un pequeño negocio que funcionaba y una familia. Y ahora habían llegado a esto, a tener al cobrador de morosos a la puerta por segunda vez. Acarició el bate de béisbol y luego, llevándolo colgado a un costado bajó lentamente los escalones sin alfombrar.

Su mujer lloraba en silencio y la miró con tristeza.

—Perdona esto, Lou.

—Anda, déjalos entrar, Ben, terminemos de una vez con esto.

Asintió en silencio y fue hasta la puerta de entrada. La abrió y Patrick Kelly entró en la casa y cerró la puerta a todos los mirones.

—Señor Travers, siento mucho todo esto, de verdad, pero la orden de desahucio es firme. Ya sé que el sujeto que lo estafó a usted se irá de esta de rositas. Y por cierto, ¿tiene usted idea de cómo se llama? Puede que yo logre encontrarlo y recupere parte de su dinero.

Ben Travers afirmó con la cabeza.

—Es Micky Danby —dijo—. Me fie de ese cabrón. Todavía estuvo aquí la semana pasada para cobrar la renta del mes. Y no nos dijo ni una palabra. Firmamos un año de alquiler por este sitio, pero ya sé que no vale ni el papel en que está escrito. ¿Qué cojones vamos a hacer ahora?

Patrick se desabrochó la chaqueta y sacó la cartera. Sacó tres billetes de cincuenta libras.

—Tome esto para capear la tormenta. Coja una habitación con desayuno o algo así. Aquí tiene mi tarjeta. Déjele un mensaje a mi secretaria diciéndole dónde está y veré qué puedo recuperar de sus pérdidas. Micky Danby es un imbécil y yo también tengo algunas cuentas pendientes con él.

El hombre aceptó el dinero.

—Gracias, señor Kelly. Se las devolveré algún día —tenía la voz temblorosa.

—Deme ese bate de béisbol y acabemos de una vez con esto. —Patrick hizo una inclinación de cabeza a la mujer que los estaba mirando.

—¿Qué me dice de una buena taza de té, guapa, mientras acabamos de arreglarlo? La mujer asintió en silencio, contenta de tener algo que hacer.

Patrick abrió la puerta y sonrió a todos los circunstantes.

—Todo está en orden, agentes, ahora ya pueden irse.

—Estupendo. He avisado por radio a los servicios sociales y les encontrarán algún acomodo alternativo. Hasta la vista, señor Kelly.

El guardia se metió en su coche y se marchó. Patrick siguió a Ben Travers al cuarto de estar. Estaba casi vacío, solo había un televisor portátil viejo y un sofá de

PVC estilo años sesenta. Se instaló en él con las dos niñas pequeñas y les dirigió una gran sonrisa. Esperaría a que llegaran los de servicios sociales, a ver qué plan traían. Miró a Ben Travers. Parecía un hombre fuerte y duro.

—¿Trabaja?

—Solo lo que va saliendo, aquí y allá. De momento, el tema de la construcción está jodido. Se limitan a poner los cimientos de las casas y después las dejan así. Es un puto chiste.

Patrick asintió.

—¿Ha pensado alguna vez hacer este trabajo?

Ben Travers frunció el ceño.

—¿A qué se refiere, a hacer de alguacil?

—Sí, ¿por qué no? Es un buen trabajo fijo.

—Nunca lo había pensado.

—Bueno, pues vaya a ver a uno de mis hombres y él le dirá lo que necesita. Lo cogeré. Siempre ando buscando tipos decentes con un poco de sustancia.

—Lo haré, señor Kelly, lo haré.

Patrick sonrió a la mujer que les traía el té.

—Gracias, cariño. —Abarcó con la mano la habitación—. Esto no vale cuatrocientos papeles al mes.

La mujer hizo una mueca.

—Qué los va a valer este puto Ritz. Si le pusiera las manos encima a ese Micky Danby le partía el cuello de una vez.

Patrick miró a Ben Travers.

—¿Cree que ella también podría querer un trabajo?

Ben Travers soltó una carcajada. Una carcajada que no creyó que guardase en su interior.

Patrick dio unos sorbos a su té.

Desde que Mandy murió, se había ablandado, tenía que admitirlo. Ahora que conocía el dolor de cerca, quería evitarle la experiencia a tantos como le fuera posible. Menos a ese Destripador de Grantley. A ese lo que quería era que hubiera que llorar su muerte. Cuando ese cabrón estuviera muerto, tal vez pudiera empezar a vivir otra vez una vida como es debido, una vida que tenía la esperanza de que incluyera a Kate Burrows.

Kate empezaba a significar mucho para él. Pensaba en ella constantemente. El día que había ido a su casa para hablar del problema de su hija se había sentido mucho más cercano a ella. Ya sabía que era una inspectora detective, y jodidamente buena desde todos los puntos de vista. Sabía que venían de dos mundos diferentes, pero aun así nada lo detendría.

Cuando ella le dijo que le preocupaban sus superiores, tuvo ganas de decirle que a esos superiores los llevaba él por donde quería, pero no pudo. Kate no hubiera aceptado una cosa así, era demasiado recta. Y eso era lo que le gustaba de ella. Desde

la primera noche, cuando la conoció, cuando se le había enfrentado en su propia casa, se había sentido atraído por ella. Era una de las pocas personas que no le tenían miedo, hasta el propio jefe superior se quedaría atónito si la viera discutir algunas veces con él.

Kate era una mujer en todos los sentidos de la palabra, y era una mujer que no se entregaría ligeramente a un hombre. Cuando se fueron juntos a la cama el día de Nochevieja, para él había sido como una revelación. Nunca antes, ni siquiera con Renée, había sentido dentro de él semejante fuerza de amor. Ella le confiaría luego que había sido el primer contacto sexual que tenía desde hacía más de cinco años. Y que antes solo había habido un hombre en su vida. Para Patrick aquella confesión la había colocado por encima de cualquier otra. Era limpia y decente y lo quería en sus propios términos.

Se preguntó cómo sería su hija. Cómo estaría llevando Kate el día. Se encontró con que se pasaba el tiempo pensando en ella. Y a pesar de todo su dolor de corazón, era una sensación agradable.

* * *

Kate y Evelyn llevaron ellas mismas a Lizzy a Warley. Habían pasado por casa para prepararle una maleta y luego se quedaron hasta dejarla bien instalada. Lo divertido era que Lizzy parecía contenta de ir allí. Por lo menos, todos parecían gente muy amable, le habían dado la bienvenida y la habían hecho sentirse querida y segura. Compartía habitación con una tal Anita, una chica exadicta a la heroína. Anita era bajita y rubia y llena de vida; pareció entenderse con Lizzy de inmediato.

Lizzy había conseguido que Kate le prometiera que no dejaría que se supiese que era policía. Kate lo aceptó de mala gana, pero entendió su sentido. En una unidad en la que la mayoría de las personas eran drogadictos, no les resultaría exactamente atractivo saber que Lizzy tenía una madre que era «de la pasma».

El rostro blanco y demacrado de Lizzy la asustó. Miró a su madre y a su hija hablar juntas y sintió una herida profunda, como si ella hubiera sido de algún modo la causante de todo aquello. Se había pasado despierta toda la noche anterior, pensando: «Si al menos hubiera hecho que Dan se quedase». Pero la verdad es que no quería quedarse. No fue ella la que hizo que Dan se marchase; en realidad él había salido prácticamente corriendo de su vida. Con todo el equipaje. Lizzy adoraba a su padre y él nunca había hecho más que fallarle. El orgullo de Kate era no haberlo hecho nunca, pero ¿tal vez ahora sí había fallado?

Al salir del hospital, Evelyn se cogió de su brazo para cruzar la carretera en dirección al aparcamiento. Kate cerró los ojos con fuerza. Su madre seguía ayudándola a cruzar la calle. La verdad es que era ridículo.

Dejó a Evelyn en casa y luego se fue a trabajar. Tenía que ver a Ratchette e

intentar reparar alguno de los daños que había causado. Por mucho que quisiera a Lizzy, y por mucho que quisiera ayudarla, sin su trabajo pronto estarían todas con el agua al cuello y sin salvavidas.

Algo que Lizzy olvidaba a menudo.

Mientras Kate y su madre salían del hospital, Dan entraba. Fue mejor que no se encontraran. Kate no estaba de humor para verlo. Pero su presencia hizo feliz a Lizzy.

Ratchette y Kate estaban uno frente a otro. Le había ofrecido café y ahora los dos estaban tomándoselo.

—¿Está segura de que todo está bien, Kate? Si necesita un permiso familiar...

Kate meneó la cabeza.

—No, no me hace falta. Lizzy está muy bien cuidada, así que mañana puedo volver al trabajo.

—Bueno —Ratchette sacó la palabra como entre los dientes—, este es un caso de mucha tensión, Kate. Y como estoy seguro de que usted ya sabe, necesitamos personas que se ocupen de él al ciento por ciento...

Cuando ella abrió la boca para responder, se oyó llamar a la puerta.

—Pase.

Caitlin asomó en el despacho.

—¡Caramba, hola, Katie! ¿Cómo está tu pobre hijita? —los miró radiante—. Me alegra haberte pillado. ¿Cuándo volverás? Porque te he estado guardando un registro de todo lo que ha pasado, sabes, para que así no te pierdas nada.

—Vendré mañana.

—Eso es bárbaro, sencillamente bárbaro. Confío en que todo vaya bien con la chica.

—¿Querías alguna cosa, Kenny? —dijo Ratchette con voz fuerte.

Caitlin se golpeó en el pecho con un dedo.

—¿Quién, yo? No, nada. Es que supe que Katie estaba aquí, y vine a ver cuándo volvería al trabajo, nada más. Así que te veo mañana.

Le dirigió una sonrisa y le guiñó un ojo. Luego, cuando estaba saliendo del despacho, se dio una fuerte palmada en la frente y se volvió de cara a ellos.

—¿Ya has terminado aquí, Kate? —preguntó.

Kate miró a Ratchette, que asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—Entonces ven conmigo y recoge los últimos informes. Es que además son muy interesantes.

Kate dejó la taza sobre la mesa, hizo un gesto a Ratchette y salió del despacho detrás de Caitlin. Una vez fuera, él la cogió del brazo y se la llevó al pequeño bar que utilizaba el personal de la comisaría. Se llamaba el Swann y siempre estaba animado. Pidió dos *whiskys* grandes, hizo sentarse a Kate en la esquina y brindó por la salud de su hija.

—Gracias, Kenny.

Movió la mano para quitarle importancia.

—Sé muy bien por lo que estás pasando. Me acuerdo de cuando una de mis chicas abortó; estuve varios días como loco. ¡En esos momentos necesitas el trabajo para mantenerte cuerdo y normal!

—Creí que eras católico.

—Oh, sí, lo soy, todos lo somos, pero verás, es que entonces solo tenía catorce años. Fue terrible, absolutamente terrible. Entonces, ¿cómo está la chica de verdad?

Kate encontró confesándose a él. Se lo contó todo.

—Eso de las drogas es el azote de los padres. Tú vigíla bien y tenla apartada también de la botella. Pimplar es una tapadera de enfermedades.

Kate sonrió. Se lo decía con buena intención.

—Bueno, entonces, ¿qué está pasando con el caso?

—A decir verdad, nada de nada, Kate. Lo que le acabo de decir a Ratchette es una pila de mierda. Confiemos en que pase algo pronto. Todavía seguimos con el rollo de los pervertidos conocidos y sospechosos, pero eso es una meada en el océano, de tantísimos como hay.

—Te agradezco un montón que te hayas puesto así de mi parte, Kenny.

Caitlin se rio.

—¿En qué otro sitio voy a poder encontrar una inspectora tan guapa? Normalmente me ponen al lado a un borracho sudoroso que huele como un calzoncillo sin lavar hace un año. De todos modos, ¡uno como yo ya sobra en cualquier caso!

Kate sonrió. Se encuentran amigos y aliados en los sitios más inesperados.

—¿Y qué hay de Louise Butler?

—Nada. Estamos tratando el caso como un asesinato, por supuesto, pero si el cuerpo no aparece pronto... —dejó la frase en el aire.

Kate se levantó.

—¿Otra copa?

—Eso es lo que me gusta de lo de las mujeres liberadas, que ahora es más barato salir con una señora.

Kate se acercó a la barra. Echó una mirada al reloj grande de la pared. Eran las seis y media. Se tomaría media de cerveza y se iría a casa. Tenía que ver a Patrick a las ocho y quería dar una vuelta para ver si encontraba a Dan primero. Tenía unas cuantas palabritas que decirle que no iban a gustarle nada.

Y la verdad es que lo estaba deseando.

Capítulo Dieciséis

George estaba en su dormitorio, perplejo. En su cara, un ceño profundamente fruncido. Sabía, estaba absolutamente seguro, de hecho, que su alfiler de corbata estaba en el cajón de arriba del tocador. Y ahora no lo veía por ninguna parte. Sacó el cajón entero y lo colocó sobre la cama. Rebuscó en él de nuevo.

Nada.

Se mordió el carrillo consternado. Solo podía estar en un sitio. Había registrado tan sistemáticamente el dormitorio que solo podía haberlo perdido la noche de fin de año. Empezó a sudar. Aquella noche, en cuanto Elaine se marchó, se vistió a toda prisa. No lograba recordar si se había puesto corbata o no, pero la lógica de su mente le decía que seguramente sí. Volvió a poner el cajón en su sitio y lo ordenó sin prestarle atención.

Solo podía hacer una cosa: volver allí y mirar si estaba en el cuerpo. ¡Gracias a Dios que a esta había tenido el buen sentido de enterrarla! El diablo vela por los suyos, otro de los proverbios de su madre que le demostraba una vez más que siempre tenía razón.

Miró el reloj. Eran las seis cincuenta y cinco. Esa noche Elaine iba a salir con las chicas, y él pensaba hacerlo tan pronto como ella se fuera. Estiró la colcha para que quedase lisa y bien puesta (odiaba cualquier clase de descuido), y salió del dormitorio. Desde el rellano oyó a Elaine cantar en el baño *Bailaría toda la noche*. Hizo una mueca. Elaine cantaba igual que hacía todo lo demás: horrible. Mientras bajaba las escaleras, la voz hacía un *crescendo* agudo: «Podría haber bailado, bailado, bailado... toda la noche».

George notó que los hombros le desaparecían detrás del cuello.

Porque la voz de Elaine le daba dentera.

Elaine le daba dentera.

A las ocho y cuarenta y cinco, George estaba plantado ante el túmulo improvisado de Louise Butler. Había llevado la linterna grande. La colocó en el suelo y empezó a desenterrar a la chica. Jadeaba y resoplaba, los guantes de jardinero le estorbaban para mover con facilidad las piedras. No recordaba haberla enterrado tan profundo. Hizo un alto unos segundos para recuperar el aliento.

Entonces fue cuando se percató del olor. Un olor espantoso a carne podrida. George sintió arcadas; a la luz de la linterna la cara se le veía vieja y con un tinte verde. Se enderezó, sacó el pañuelo del bolsillo y se lo ató sobre la nariz y la boca. Cogió fuerzas y volvió a ponerse a remover las piedras y la tierra.

Notó una cosa blanda y suspiró satisfecho. ¡Por fin!

Fue palpando entre la grava, localizó una mano y tiró de ella para sacarla del escombros. Luego se puso a limpiar la tierra que estaba alrededor del cuerpo apartándola de la cara de la chica con meticulosidad. Se inclinó fuera del hoyo, cogió la linterna y la dirigió sobre el cadáver.

George chasqueó la lengua.

Después de ocho días muerta, Louise estaba hinchada. El cuerpo semidesnudo retorcido grotescamente entre la tierra. Tenía aquel pelo precioso lleno de tierra y los ojos que miraban a George de un blanco lechoso. La boca abierta formaba una O perfecta y George le limpió la tierra que tenía con un dedo enguantado, como una comadrona con un niño recién nacido. Rebuscó entre la tierra que le apartaba de la boca, frotándola entre el pulgar y el índice.

No había alfiler de corbata.

Empezó a desenterrar el resto de Louise Butler, rebuscando meticulosamente por toda ella ahora que el horror había desaparecido puesto que el instinto de supervivencia se imponía sobre todo lo demás. Buscó por todas partes, incluso entre las piernas y las nalgas. La piel estaba esponjosa y al intentar dar la vuelta al cuerpo, se le quedaba entre las manos, con trozos de piel arrancada pegados a los guantes de jardinero.

Volvió a chasquear la lengua. Esta vez enfadado. ¡La muy puta zorra! ¡A ver si iba a meterle en problemas!

Miró el reloj. Las nueve y treinta y siete. Llevaba más de una hora buscando. ¡Se había pasado toda la tierra y repasado el cuerpo entero de aquella furcia sin que el alfiler apareciera por ninguna parte!

Se puso de pie y empezó a sacudirse la ropa. El aire húmedo había hecho que la tierra estuviera pegajosa y George fue consciente de que tendría que marcharse pronto para estar limpio y dispuesto cuando Elaine volviese. Pero entonces, el enfado pudo más que él y empezó a darle patadas a Louise disfrutando con la sensación de la carne blanda bajo sus botas. Le dio patadas hasta que se cansó. Le dolían los ojos y los cerró durante unos instantes. Cuando los abrió, soltó un profundo suspiro.

La cara de Louise Butler era un amasijo.

George se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo del abrigo. Se agachó sintiendo que una deliciosa ternura ocupaba el lugar de aquel enfado, arregló lo que quedaba del pelo de Louise colocándoselo amorosamente alrededor de la cara, espantó a un ciempiés que intentaba volver a instalarse en el calorcito de la cavidad auditiva de la muerta.

Satisfecho del nuevo aspecto de la chica, George recogió la linterna y se fue hacia el coche. Lo había estacionado a cosa de medio kilómetro y fue caminando como en una nube, sucio y desaliñado.

¿Dónde coño estaría aquel alfiler de corbata? Louise Butler había quedado plenamente expuesta a la vista. A la luz de la luna, el cuerpo saqueado tenía un tono lechoso.

Elaine estaba en el restaurante con Hector Henderson. Le sonrió, feliz. Hector sonrió a su vez dejando ver sus dientes dispares. A Elaine no le importaba que le sonasen de vez en cuando al hablar, o que tuviera que ponerse la mano delante de la boca cuando los volvía a colocar en su sitio con la lengua. Por lo que a ella

respectaba, el hombre grande, gordo y jovial que tenía enfrente era su Rodolfo Valentino particular.

—Confío en que lo encuentres todo bien, Elaine.

—Oh, ya lo creo, Hector, es delicioso.

La miró radiante. La gruesa cara le brillaba con una fina película de sudor al inclinarse hacia delante en la silla para servirle otra copa de Chianti.

—¡Acabaré borracha! —Elaine puso voz de jovencita y bajo aquella luz tamizada se la veía mucho más joven de lo habitual. Se vio fugazmente en el gran espejo de la pared de enfrente y se quedó encantada consigo misma. El régimen le había quitado una buena cantidad de curvas no deseadas. La verdad es que ahora tenía muy buen aspecto. No exactamente delgada, tenía los huesos grandes y lo sabía, pero por lo menos no se la veía tan rolliza.

Sentada en aquel restaurante, con Hector diciéndole justo lo que quería oír, se sentía alegre y despreocupada. Ya habían ido otras dos veces a aquel restaurante. Estaba pasado el túnel de Dartford, de modo que oficialmente aquello era Kent. Iban allí porque no había ninguna probabilidad de ver a alguien que conocieran. Y ahora se había convertido en su restaurante. A Elaine le encantaba la comida italiana y había estado tres días muriéndose prácticamente de hambre para poder disfrutar de un buen plato de lasaña.

Hector miraba a Elaine disfrutar de la cena. Le gustaban las mujeres con apetito. Le parecía bien su tamaño y su forma, le gustaban las mujeres grandes (él era un hombre grande) y esta noche pensaba meterse entre los muslos de Elaine aunque fuera lo último que hiciera. Solo de pensarlo sintió un estremecimiento de excitación. Podía ver perfectamente que tenía unos pechos absolutamente enormes. Como suscriptor fijo de *Bra Busters* y otras revistas de tetas, aquello le excitaba de forma automática. Cerró los ojos y saboreó la imagen de aquellos pechos liberados de sus confines y descansando en las palmas de sus manos abiertas.

—¿Quieres algo de postre, Elaine?

Volvió a sonreírle como una niña pequeña.

—La verdad es que no debiera. El régimen...

Hector levantó una mano para tranquilizarla.

—Tú tienes la figura voluptuosa de la madurez, y así es como a mí me gustan mis mujeres.

Elaine creyó que se derrumbaría sobre la mesa. No estaba muy segura de lo de la madurez, pero todo el resto le sonó a música celestial. Hector cogió sus manos en la suya y le besó primero una palma y luego otra.

—Si pudieras ser verdaderamente mía..., pero perteneces a otro hombre y yo solo puedo adorarte desde lejos sin poder beber del manantial.

Elaine lo escuchaba con fascinación.

Un camarero que estaba al lado se mordió el labio para controlar la risa que se le escapaba. A Elaine ni se le pasó por la cabeza semejante idea. Hector volvía a traerle

los antiguos anhelos que llevaba tanto tiempo reprimiendo. La hacía sentirse femenina y deseable. Le daba aquel romance que tan desesperadamente ansiaba. Era, en resumen, su caballero de armadura reluciente.

Fue entonces cuando decidió que se acostaría con él. Y podría beber de su fuente hasta dejarla seca si eso quería.

Kate estaba sentada oyendo un poco de música, que sonaba muy bajito para no molestar a su madre que se había ido a la cama a las nueve, una hora antes. Escuchaba a Billy Paul cantar *Me and Mrs. Jones*, relajándose con la música e intentando pensar racionalmente sobre Lizzy. Se había duchado más temprano y ahora estaba sentada con una bata de algodón vieja, el pelo suelto sobre los hombros para que se secase al aire, la cara lavada y limpia de maquillaje pero brillando de crema Pond's a la luz del fuego. Cuando terminó el disco, cambió ligeramente de posición en el sofá y escondió los pies debajo del cuerpo. Necesitaba aquel rato de tranquilidad, sin tener siquiera a su madre presente. A veces tenía la sensación de que no le quedaba tiempo suficiente para estar sola salvo en la cama. Sad Café empezaron a cantar *Every day hurts* y oyó que llamaban a la puerta de la calle. Miró el reloj de la repisa. Eran más de las diez. ¿Quién podía llamar a esas horas? Se arrancó del asiento y se fue hacia el vestíbulo. A través del cristal de la puerta vio la figura inconfundible de Dan.

Lo que le faltaba.

Se puso bien derecha y abrió la puerta. Dan pasó junto a ella con el ceño fruncido en la cara y se dirigió a la sala de estar.

—¿No quieres pasar, Dan? —mantuvo el tono de voz bajo porque no quería que apareciese su madre.

Entró en el salón, donde él ya estaba sirviéndose un coñac. Aquello añadió un punto más a su irritación. ¿Quién demonios se creía que era? Entraba allí por las buenas sin pedir permiso y se comportaba como si aquella fuera su casa o algo así.

Dan se puso frente a ella y tras beber un buen trago de coñac, la apuntó con el dedo de modo amenazador. Ella le miró apuñalar el aire mientras hablaba, añadiendo énfasis a sus palabras.

—¿Qué es eso que me han dicho de que te estás viendo con un pájaro de mala fama? ¡Nuestra hija está en el hospital, un hospital para los que están enfermos de la cabeza, para decirlo todo, y tú andas por ahí corriendo con el puto imitador local del Padrino!

Kate reprimió una sonrisa. Así que eso era lo que de verdad escocía. Se había enterado de que veía a alguien. Yo no te quiero, pero maldito si nadie más puede tenerte.

—Te agradecería que hablaras en voz baja, si no te importa. Mi madre está en la cama. Y en cuanto a mi vida privada, por eso se llama vida privada, tú no tienes nada que ver con a quién vea yo, cuándo lo veo o lo que haga con él. Así que ahora termínate la copa y vete. He tenido un día agotador y con esto no va a mejorar nada.

—¡No me voy a ninguna parte hasta haber llegado al fondo de esto!

Kate se exasperó.

—¿Al fondo de qué, por Dios santo? Ya soy una mujer adulta, Dan. Lo que yo haga no es asunto tuyo.

—Lo es puesto que afecta a mi hija.

Aquello lo dijo en voz tan baja que prácticamente era inaudible. Kate levantó una ceja.

—¿Cómo has dicho? —tenía un tono peligrosamente bajo y Dan tendría que haber hecho caso de la amenaza que contenía.

—Lo que has oído.

Fue a su encuentro y él vio que la bata se le abría por abajo al andar. Siempre había tenido buenas piernas.

—¡Escucha! Te he aguantado de todo por Lizzy, pero ahora te lo advierto, Dan, ¡déjame en paz! Lo digo en serio. Quítate de mi vista.

Dan se rio.

—¡Dios mío, si hasta hablas ya como un gánster! ¿Que tú me adviertes? Si tú eres la que se está convirtiendo en una furcia. ¡No me extraña que Lizzy haya salido como salió, teniéndote a ti de ejemplo!

El disco se acabó y el ruido que hizo la bofetada que Kate le dio en la cara fue como un disparo en el silencio de la habitación. Dan dejó el vaso en la mesa. Kate vio que estaba temblando de ira. Pero no tuvo miedo. Había una cosa a favor de Dan, que nunca levantaría la mano a una mujer. Oh, podía romperles el corazón, utilizarlas, abusar de su confianza, pero se consideraba un caballero, de modo que nunca llegaría a darle una bofetada.

—Si Lizzy te preocupara de verdad, Dan, la habrías visto un poco más todos estos años. Habrías intentado que ella se sintiese amada, segura y querida. Lizzy es como es porque tú te dedicaste a entrar y salir de su vida, haciéndola concebir frágiles esperanzas para después borrarlas. Y yo tengo tanta culpa como tú por dejarte. Te dejé que vinieras aquí y nos utilizases entre otras mujeres y otros hogares. Yo pensaba que era bueno para ella poder verte. Pero, te lo digo, Danny, muchacho —continuó—, de ahora en adelante si me pregunta algo de ti ya no le daré la bonita versión corregida de color rosa, le diré la verdad. ¡Le diré qué clase de gilipollas eres en realidad!

Dan apoyó las palmas de las manos en el pecho de Kate y la empujó hacia atrás con toda su fuerza. Aterrizó, toda torcida, en el sofá.

Dan tenía la cara contraída por la rabia, pero mantuvo la voz baja.

—¿Y qué me dices de ti entonces? ¿Qué me dices de la fantástica Kate la Mujer Maravilla? Eres una rompehuevos, Kate, y por eso te dejé. Siempre quisiste ser mi dueña y yo tenía que ser lo que tú querías que fuera. Pues bueno —siguió—, escúchame, y escúchame bien: siempre te consideré una buena mujer, pero cuando un viejo amigo me contó que andabas acostándote con Patrick Kelly, he acabado viendo

cómo eres de verdad. No permitiré que arrastres a mi hija contigo. En cuanto salga del hospital le pediré que se venga a mi piso conmigo. Y cuando le cuente lo de Patrick Kelly estoy seguro de que se vendrá conmigo sin dudarle ni un minuto.

Kate se sentó, atónita.

—No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Y qué tienen que decir tus superiores de eso, eh? Me gustaría saber qué piensan de que una inspectora detective ande por ahí con ese jodido hampón.

De pronto, Kate ya tuvo bastante.

—Me parece que será mejor que te vayas antes de que alguno de los dos diga algo que pueda lamentar. Lizzy vendrá a casa conmigo una temporadita. He escrito a mi hermano de Australia para ver si puede acogerlas a ella y a mi madre durante unas vacaciones prolongadas. Creo que un cambio de ambiente y un poco de sol le sentarán maravillosamente bien. Lo que Lizzy necesita ahora es una vida sin complicaciones, y tiempo para dejar atrás todo lo que le ha pasado. Si tú intentas meterme un palo entre las ruedas, Dan, te perseguiré hasta el final de tus días. Y lo digo en serio. No vas a arruinar la oportunidad que tiene esa niña de ponerse bien, no te lo permitiré. Voy a decirte qué es lo que te parece mal, ¿quieres? Estás celoso porque crees que tengo un lío, una relación. La buena de Kate, que se ha pasado la vida esperando por ti, ahora se ha buscado un hombre. Pues créeme, Dan, es mucho más hombre de lo que lo serás tú nunca, ¡en la cama y fuera de la cama!

Dijo aquellas palabras enfadada, dolida, pero la expresión de la cara de Dan le mostró claramente el efecto que le habían producido. Dan se consideraba un amante consumado, *un homme à femmes*; vivía la vida para los placeres de la carne. Y ahora su última esperanza de recuperar una vida de familia normal se le había agriado. Kate se sintió ocultamente triunfante al ver cómo había acabado finalmente con él, después de tanto tiempo siendo al revés.

—¿Así que entonces te estás acostando con él? ¿Es verdad?

Toda aquella pelea parecía haberlo vaciado. En cosa de pocos segundos vio cómo el cuerpo se le derrumbaba, vio la panza que con tanto coraje había intentado contener, vio en las bolsas debajo de sus ojos el abotargamiento de demasiada bebida y demasiado trasnochar, vio la barbilla floja que por fin denotaba su edad. Kate lo vio como realmente era y aquello era el final del camino para ellos dos.

Años antes, Dan hubiera podido conquistar de nuevo a Kate completamente con unas pocas palabras dulces, unas pocas caricias ensayadas. Pero ahora comprendió con asombrosa claridad que esa noche había representado su papel de manera completamente equivocada.

Final e inequívocamente, Kate se había hecho adulta. Adulta y separada de él. Bravatas y fanfarronadas ya no funcionarían porque había perdido el miedo a lo que él pudiera pensar. Y lo peor de todo era que nunca le había parecido más hermosa o deseable, con las mejillas encendidas y la larga melena sedosa desparramada sobre los hombros.

Deseó arrojarse encima de ella, sintió el impulso de tomarla allí mismo y en ese momento sobre el sofá igual que había hecho en el pasado. Kate nunca se había resistido cuando él la tocaba. Cedía y se abandonaba a él y entonces todo volvía a ir perfectamente, todo era un lecho de rosas hasta que él volvía a sentir ganas de ver mundo. De saciar la necesidad de nuevos pastos, nuevos rostros, una vida diferente.

Kate oyó un golpecito en la ventana y lo miró. ¿Quién podría ser?

Dan cruzó la sala y miró entre los visillos. Se volvió hacia ella, y vio el miedo en sus ojos.

—¿Quién es? ¿No es alguien del hospital? —el miedo por Lizzy se apoderó de su voz. Eran casi las diez y media, ¿quién podía llamar a su ventana a esas horas?

—Es tu novio, por lo que se ve, viene a darse un revolcón de última hora.

Necesitó unos segundos para asimilar las palabras. ¿Patrick? ¿Aquí? Se levantó del sofá y fue al recibidor. Dan la sujetó.

—No abras la puerta, Kate, por favor. Haré todo lo que tú quieras..., podemos volver a casarnos, lo que sea..., pero por favor, no le abras la puerta. Si lo haces, eso siempre se interpondrá entre nosotros.

Kate observó bien sus ojos azules con los suyos oscuros. Vio en ellos las carencias, supo que aquella vez ella llevaba las de ganar, aquello que había ansiado toda su vida con él..., pero no significaba nada. Patrick Kelly estaba allí al lado y él era lo que ella quería, durara lo que durase.

Kate nunca había amado a la ligera, siempre lo había hecho al ciento por ciento, y ahora Dan comprendió, mirándola a los ojos, que su fidelidad hacia él se había esfumado para siempre. No se sorprendió demasiado cuando ella liberó el brazo y tras colocarse bien la bata se dirigió a la puerta de la calle. Con esos pocos pasos había cortado definitivamente cualquier lazo tendido entre ellos.

Patrick, de pie en el umbral, estaba perplejo. Había visto luz en la sala y se preguntó qué retendría a Kate. Lamentaba haber aparecido tan tarde, pero había sentido un impulso irresistible de verla. Estaba solo en su casa, sentado, y Mandy invadió sus pensamientos como hacía siempre que no tenía otra cosa en qué ocuparse, y de pronto, la urgencia por ver a Kate fue tan fuerte que casi se podía tocar. Sacó el BMW y condujo hasta su casa. Y ahora, al parecer, no había sido una idea muy buena.

Vio su figura delgada avanzar por el vestíbulo y sintió un fognazo de placer. Cuando le abrió la puerta, sonrió con un cierto rictus.

—Ya sé que es tarde, pero como vi la luz encendida... —la frase quedó en el aire.

Kate nunca en su vida se había puesto tan contenta de ver a alguien.

—Entra, que hace mucho frío. —La siguió por el vestíbulo hasta la sala. Kate no se sorprendió al verla vacía. Había oído cerrarse la puerta de atrás al abrir a Patrick. Dan era un montón de cosas, pero el valor no estaba entre ellas.

—¿Quieres beber algo? ¿Té, café, un coñac? —Vio la copa de Dan en la mesita de café donde él la había dejado. Todavía medio llena.

—Café sería estupendo, esta noche llevo yo el coche. ¿Dónde está tu madre?

—En la cama. Le di una pastilla para dormir. Todo esto de Lizzy la ha afectado de verdad —Kate se quedó sorprendida de lo normal que sonaba.

—¿Cómo está Lizzy?

—Mejor. Parece que le sienta bien estar en un sitio distinto. Ya sé que esto suena absurdo, pero por lo que dijo su médico, muchas veces el hospital resulta un entorno libre de estrés. La gente tiene tiempo de rumiar sus ideas, tomar decisiones sin presiones de fuera. Solo espero que esto le funcione a Lizzy.

Fue hasta la cocina y puso el agua al fuego. La única luz que había allí venía de la lámpara Linestra que había bajo la encimera. Dejó apagada la luz del techo. Patrick fue tras ella y se quitó el abrigo. El cuerpo de Kate era visible a través del fino batín y Patrick sintió que algo se le removía dentro. Se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos.

Kate se volvió, le pasó los brazos alrededor del cuello y acercó su cara a la suya. De repente, lo deseaba con desesperación. Sabía que era un hombre peligroso para ella. Que vivía su vida apoderándose de lo que quería. Que era un delincuente, un hampón, pero era también el hombre más atractivo sexualmente que se había encontrado jamás. Podía arruinar su carrera con aquella relación, pero en ese momento no le importaba.

Él estaba allí, él la deseaba, y, Dios mío, ¡cuánto lo deseaba ella! Después de la trifulca con Dan, quería que la estrechasen, que la amasen, sentirse querida y deseada.

Patrick le desató el cinturón de la bata y le acarició con suavidad los pechos. Kate le gimoteó al oído. Después de gustar las delicias de Patrick Kelly, era seguro que desearías correr riesgos.

Se abandonó a él, sin percatarse de que Dan los observaba a través de la ventana de la cocina. Y al ver a su esposa, como todavía consideraba a Kate, rodear con sus largas piernas la cintura de Patrick Kelly, sintió odio en estado puro.

Y ahora tenía algo que podía usar contra ella. Iría a ver al jefe superior de la policía. A ver qué opinaba de la situación. Se apartó cautelosamente de la ventana.

Pero ya estaba aprendiendo una cosa: las perspectivas de venganza no eran algo dulce en absoluto. Dejaban un regusto muy amargo.

Elaine y Hector Henderson habían disfrutado hasta el final, y a las doce y media, ella entraba en su casa de puntillas. Mientras arrastraba con esfuerzo su notable volumen escaleras arriba, George le habló en la oscuridad, y a ella se le escapó un grito con toda la considerable fuerza de su voz.

—¡Oh, George! ¡Eres un idiota! ¡Casi me da un puto ataque al corazón!

George encendió la luz del pasillo y vio a una Elaine roja y aturdida sentada en el escalón de abajo con las manos en la cabeza. El pelo rojo que tanto se había alisado para salir estaba todo revuelto, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

—Perdona, mi amor. Llegas muy tarde.

—¿Qué hacías sentado a oscuras y esperando a que llegase? ¿Es que me estás

vigilando, George Markham?

La voz de Elaine sonaba peligrosamente baja. Como la mayoría de los miembros culpables de la pareja, consideraba que el ataque es la mejor defensa.

George la miró un buen rato con dureza. ¿Es que se pensaba que estaba celoso? ¡Madre mía! ¿Quién iba a tocarla, por Cristo bendito?

—Por supuesto que no te estoy vigilando. Me entró uno de mis dolores de cabeza, nada más.

Elaine lo observó bizqueando, desconfiada, su antigua esencia de gruñona luchando contra la nueva Elaine, llena de confianza y follada. Al mirar a su marido, se le vino a la cabeza de golpe que en realidad ya ni siquiera lo odiaba. No le producía sentimiento alguno, y no estaba segura de que eso no fuera peor. Por lo menos, cuando odiabas sentías alguna cosa.

—¿Quieres que te prepare algo de beber caliente, querida, y que te lo suba?

—Vale, George —dijo Elaine subiendo las escaleras. Estaba cansada. George siempre la hacía sentirse cansada y deprimida. Gracias a Dios que tenía a Hector.

Cuando George le subió una taza de Ovaltine un poco más tarde, Elaine estaba sentada en el tocador en corsé y quitándose las medias. George dejó el Ovaltine en la mesita de noche y la miró, sorprendido al ver cuánto había adelgazado. ¡Si las piernas ya tenían buena forma! Mientras la veía desembarazarse de las medias y remover los dedos de los pies, George se fijó en unas pequeñas marcas rojas en el cuello y su boca perfiló una expresión adusta. Elaine alzó los brazos para soltarse el colgante de oro, movimiento que hizo que sus enormes pechos se levantasen y rebosasen con fuerza del sostén que llevaba. Se movía con naturalidad, como si después de años de ver que su marido no se fijaba en ella, resultara invisible para él. Lo miró y saltó al ver que él la miraba.

—¿Y ahora qué pasa, George? —era un tono cortante que no necesitaba respuesta. George se limitó a seguir mirando. Elaine abrió la caja de las joyas donde guardaba sus pocos tesoros y dejó en ella el collar.

—Ah, por cierto, George, aquí está tu alfiler de corbata. Casi me lo llevo con la aspiradora —sacó una caja redonda del cajón de la ropa interior y se la arrojó—. No sé qué me pasó para haberlo metido en mi cajón. Creía habértelo dado ayer, pero se me olvidó.

George cogió la caja y la abrió. Allí estaba su alfiler. Sonrió con su sonrisa más amplia. Se acercó a Elaine, la rodeó con los brazos y la besó en lo alto de la cabeza.

—Vamos, compórtate, George. —Lo apartó con asco, pero él estaba demasiado contento para notarlo.

Tenía su alfiler de corbata.

No lo había perdido.

No había dejado pistas.

Era libre como un pájaro.

Kate se despertó con una sensación de perezosa euforia que parecía haber nacido

en algún punto de sus piernas e inundado su cuerpo entero en el curso de la noche. Notaba el olor de Patrick Kelly sobre ella y se tapó la cabeza con las sábanas para aspirar profundamente aquel aroma suyo.

Emergió de nuevo y se fijó en que ya había luz. Las cortinas del dormitorio estaban abiertas cosa de cinco centímetros, por lo que vio el conato de amanecer y le pareció que aquello invadía su privacidad. Echó una mirada al despertador. Las seis y cuarto. Podía seguir un rato más en silencio total y pensar en la velada anterior. No en Dan, al que ahora ya había apartado de ella con tanta seguridad como si se hubiera muerto, sino en Patrick. Patrick Kelly... hasta su nombre le producía un estremecimiento.

Era suyo, o por lo menos tenía la sensación de que lo era, y en aquel momento eso le bastaba.

Había vivido en el vacío. Y ahora, a los cuarenta años, por fin descubría de qué iba la vida. O al menos, su parte amorosa.

Si podía conseguir que Lizzy volviera a ser la de antes, su vida sería casi perfecta. No se atrevía a pensar que completamente perfecta, porque sabía que eso era demasiado pedir para cualquiera. Pero casi perfecta le resultaba perfectamente suficiente.

Sonó el teléfono de la mesita de noche.

—¿Diga?

—Kate, soy Amanda. Ha aparecido el cuerpo de Louise Butler.

Respiró hondo.

—¿Dónde?

—En la cantera vieja. Escucha, no quiero decir demasiadas cosas por teléfono. No tiene pérdida, estará lleno de Pandas. Te veo enseguida.

Kate colgó el teléfono y saltó de la cama. Mientras se duchaba, la mente quedó limpia de todo lo que no fuera la tarea que le esperaba. Como siempre que se ocupaba de un caso, una vez que tenía algo sobre lo que trabajar, aquello tenía prioridad sobre el resto de cosas. En su mente ahora Patrick, Lizzy o Dan ya no existían. Pensaba solo en Louise Butler. Cuando bajaba las escaleras dispuesta para irse al trabajo, vio a su madre al pie de ellas con una taza de café y un cigarrillo encendido.

—Por cinco minutos no te morirás, Katie. ¿Qué ha pasado?

Cogió el café con gratitud y dio una buena calada al cigarrillo. Le entró una tos fuerte y la ahogó tragando un poco más de café.

—Han encontrado el cuerpo de Louise Butler.

—¡El cielo se apiade de esa pobre niña! ¿Estás preparada para todo eso?

—Tanto como se puede estar.

Kate le devolvió la taza y se puso el abrigo, con el cigarrillo entre los dientes y el humo jugueteándole en los ojos y haciéndola parpadear. Dio un beso a su madre y se dirigió a la puerta.

—Dile a Lizzy que iré esta noche, ¿quieres? No puedo prometer que vaya esta

tarde, pero lo intentaré.

—Claro, guapa. Hale, vete y conduce con cuidado.

Kate le dio otro beso y salió de la casa. La mañana estaba helada y se subió el cuello del abrigo para taparse.

Condujo hacia el lugar del descubrimiento con una sensación trepidante y también de emoción. ¡Por favor, Dios mío, que encontremos alguna pista! Para la mentalidad de Kate, eso no era pedir demasiado.

Llegó a la cantera antes que Caitlin y se dejó resguardar por la cuesta de piedras sueltas que llevaba hasta la escena del crimen. Cuando llegó allí, deseó haberse quedado en la cama.

El cuerpo de la muchacha estaba tapado. Cuando apartaron el lienzo, Kate notó que las tripas se le retorcían de náuseas.

El sargento detective Spencer la observó y volvió los ojos al cielo.

—¡Debe de haber vuelto para desenterrarla! —dijo ella.

Spencer miró a su superior con las cejas alzadas.

—¿Desenterrarla, inspectora? —su voz sonaba escéptica—. A mí me parece más bien que habrá sido algún animal.

—Entiendo que pensase eso al principio, pero fíjese de qué manera está alisada la tierra alrededor del cuerpo, la manera en que le han colocado el pelo. No, nuestro hombre volvió aquí y la desenterró por alguna razón. Tápela, Spencer. ¿Dónde anda el forense?

—En la lechera aquella de allí, inspectora.

Kate fue hasta el gran furgón policial y se subió al asiento de atrás.

—¿Cómo andamos con lo de la genética? ¿Estoy en lo cierto al pensar que nuestro hombre ha vuelto y la ha desenterrado?

—Bueno, bueno, ¡esta mañana estás en plena forma, Kate! Yo diría que la han desenterrado muy recientemente, sí. Las heridas faciales se las infligieron después de muerta; sobre eso apostarí dinero.

Kate se quedó atónita.

—¿Quieres decir que volvió aquí, la desenterró y después volvió a atacarla?

—Tal cual. Estáis buscando a un sujeto realmente simpático, no os envidio. Ah, ahí llega Caitlin, menuda mala cara que trae. La verdad es que nuestro Kenny nunca está en su mejor momento por las mañanas, ¿eh?

Kate observó cómo Caitlin descendía pesadamente por la rampa de piedras hasta el cuerpo de Louise Butler.

—Y otra cosa, Katie, a la chica la desnudaron del todo anoche. Por lo general las deja con ropa y les corta la ropa interior. No he encontrado pruebas de ninguna actividad sexual reciente, pero por las marcas que tiene en la piel de las nalgas, aventuraría que se las separaron hace muy poco, y bastante salvajemente, por cierto. Por supuesto que sabré más cosas después de la autopsia. Tendré listo el informe en cuanto pueda. No soporto los fiambres que apestan, Kate —añadió—. Y sobre todo si

son de chicas jóvenes. Y de momento, esta canta más que un puto faisán. La cena me va a saber a formaldehído durante días.

Kate echó una mirada al hombre que tenía al lado y se mordió la lengua. Asintió con la cabeza, salió del coche y se dirigió con cuidado a donde Caitlin observaba el cuerpo. ¡Canta más que un puto faisán! ¡Y hablaba de una chiquilla de quince años! Esperó contra toda esperanza que ella nunca echase tanto callo en el trabajo.

—Hola, Katie, guapa —el viento frío le trajo el fuerte acento irlandés de Caitlin—. El hijoputa vino a desenterrarla, ¡qué jodido cabrón!

Kate agradeció el tono incómodo de aquella voz. Si hasta polis tan curtidos como Caitlin podían conmovirse todavía, aún había esperanza para ella.

—Total, señor, que nos ha ahorrado un trabajo, ¿no cree usted? —el tono gangoso de Spencer hizo que Kate, Caitlin y los de uniforme se quedaran mirándolo.

—Ah, sí, hijo, eso sí es verdad —dijo Caitlin con voz sarcástica—. Lástima que todos los pervertidos no entierren a sus víctimas y luego las desentierren más tarde. Eso ahorraría una fortuna en gastos de investigación, desde luego. ¡Menudo idiota..., lárgate de mi vista antes de que te atice!

Kate hizo un gesto de cabeza a Spencer, que se volvió a su coche patrulla avergonzado. A Kate le dio pena en cierto sentido, porque sabía lo que había querido decir: por lo menos, el cuerpo había aparecido, aunque fuera de aquella forma horripilante. Pobres señores Butler.

—El forense cree que la noche pasada volvió a atacarla. Lo que no sabe todavía es si hubo agresión sexual o no. Cree que la cara se la golpearon hace poco, pero no encontró pruebas de ataque sexual.

—Probablemente se hiciera una paja encima. Eso no dejaría rastros.

—No estoy tan segura. Mira cómo le ha colocado el pelo, y lo alisada que está la tierra a su alrededor. Yo creo que estuvo registrándola. Sabemos que es un chalado, y sabemos que es un maníaco sexual.

Kate se arrodilló junto al cuerpo de la muchacha y contuvo una sacudida ante aquel hedor a rancio.

—Imagínate que creyera que se había dejado alguna prueba en el cuerpo. Qué, no lo sé. Así que puede que volviera, la desenterrase y la registrase. Y luego, al ver que no encontraba lo que quería, o puede que incluso cuando lo encontró, la golpeó. Eso tiene una cierta lógica retorcida.

Caitlin asintió.

—Desde luego que siempre has sido una chica lista, Katie. Creo que es probable que tengas razón. Pero por fin nuestro hombre ha cometido su mayor equivocación..., me ha puesto en marcha, Kate. Esta vez me ha llevado demasiado lejos. Cuando lo encontremos, y lo encontraremos, ¡voy a machacarle los sesos con mis manos!

Caitlin miró hacia los agentes de uniforme y les gritó:

—¿Dónde están los cabrones de la funeraria? Que alguien tape a esta chica y la

metan en una bolsa.

Kate se puso de pie. Bajo la luz gris de aquel día, a Caitlin se le veía terrible. La cara macilenta con la incipiente barba gris parecía que se le hubiera hundido durante la noche. A pesar de todos sus defectos, que eran legión, en aquel momento Kate casi lo amó.

—Venga, vuelve a la comisaría conmigo y que la gente del forense termine su trabajo aquí.

Kate lo cogió del brazo y se lo llevó con suavidad.

—Iremos y nos meteremos un poco de café caliente dentro.

Los dos se dieron cuenta de que no había hablado de desayunar.

Ronald Butler entró en el depósito de cadáveres del hospital de Grantley llevando a Kate a su lado. La asistente del depósito apartó la sábana blanca del cuerpo de Louise y Ronald se quedó mirando lo que quedaba de su hija. Kate miró a otro lado. Por el rabillo del ojo vio al hombre llevarse la mano a la boca.

—¿Es esta su hija, señor? —le preguntó en voz baja. Había que llevar a cabo una identificación formal.

El hombre asintió en silencio y luego se dobló por la mitad. La asistente tapó rápidamente a Louise y tanto ella como Kate se precipitaron hacia Butler, que ahora se sujetaba el pecho con fuerza. Se vino al suelo y Kate gritó:

—¡Llama ahora mismo al equipo de emergencias! ¡Tiene un ataque al corazón!

La asistente se marchó corriendo y ella le soltó la corbata y la camisa.

Butler estaba gris y una fina película de sudor le cubría el rostro y el cuello. Tenía los labios azules. Kate se arrodilló sobre el cuerpo y le buscó el pulso en la garganta. Apenas se notaba. Cruzó los dedos de las dos manos y empujó con toda su fuerza sobre el pecho, justo a la izquierda del corazón.

¡Oh Dios mío, que se den prisa!

Como si su plegaria hubiera sido atendida, oyó el traqueteo del carrito de emergencias precipitarse a través de las puertas de plástico.

Kate continuó con su masaje cardíaco hasta que los de emergencias la sustituyeron, y pocos minutos más tarde obtuvo la recompensa de oír a Ronald Butler respirar con relativa normalidad. Esperó hasta que lo subieron a una camilla para llevárselo a la unidad de cuidados cardíacos. Mientras lo sacaban del depósito de cadáveres camino de la UCI, se agarró a la mano de Kate.

—Le dirá usted a mi mujer... por favor, le dirá que no se preocupe...

—Se lo diré, naturalmente. —Kate sintió una quemazón en su propio pecho. No era un dolor físico, sino un odio que llevaba todo el día creciendo en su interior.

—Louise era toda nuestra vida, sabe. Teníamos la esperanza... esperábamos volver a verla entrar en casa, sabe —apretó bien los ojos para no dejar salir las lágrimas—. Que estuviera viva todavía en algún sitio. En cualquier parte.

Kate notaba la angustia del hombre como si fuera una cosa tangible. Mientras se llevaban la camilla, se arrodilló y recogió el bolso que había tirado al suelo al ver que

le daba el colapso al señor Butler. Ya de pie, se dirigió de nuevo al cuerpo de Louise Butler y le apartó la sábana de la cara. Quince años. Amada y querida. Toda una vida por delante. Y ahora la habían reducido a un amasijo sangriento.

Tragó saliva y salió del depósito. Había decidido asistir a la autopsia y ahora quería ir al despacho del forense para esperar a que colocasen los restos de Louise Butler sobre la mesa de autopsias y luego diseccionarla sistemáticamente.

Ronald Butler había logrado que Kate sintiera lo inútiles que eran todas sus investigaciones. Su hija estaba muerta, Mandy Kelly estaba muerta, y Geraldine O'Leary estaba muerta. Tres mujeres violadas y asesinadas en menos de siete semanas.

Tenía que encontrarlo antes de que atacase de nuevo, y no tenían nada con lo que trabajar. Nada de nada. Cada uno de los caminos que habían seguido conducía a un callejón sin salida. Ninguna pista llevaba a ninguna parte. O aquel hombre era muy listo o tenía mucha suerte. O una mezcla de ambas cosas.

Estaba todavía dándole vueltas cuando iniciaron la autopsia.

Kate se puso una mascarilla blanca que le habían dado y cuando el forense hizo un corte a Louise Butler desde el esternón hasta el ombligo, lo agradeció. La pestilencia de los gases era espantosa.

Kate lo miraba todo con los ojos entrecerrados. Otra vez aquella quemazón en el pecho. Y esta vez, más intensa.

Se puso a pensar en qué clase de hombre podía violar, asesinar y enterrar a una muchacha joven y después volver para desenterrarla y mutilarla de nuevo. Tenían que atraparlo.

Capítulo Diecisiete

Kate se sentía deprimida. Acababan de darle la noticia de que ya se podían liberar los cuerpos de Geraldine O'Leary y Mandy Kelly para ser enterrados. Decidió que ella misma se lo diría a las familias. Y no le apetecía gran cosa.

Se dirigió a la casa de los O'Leary con una sensación de inquietud. Aparcó justo en la carretera y se quedó unos minutos sentada en el coche contemplando la casa. Los visillos eran de un blanco deslumbrante. Era evidente que o bien Mick O'Leary era un buen amo de su casa o tenía alguien que le ayudaba. Probablemente, la madre de Geraldine. Kate la había conocido en una ocasión y le había dado la impresión de que era una mujer capaz. Respiró hondo, salió del coche y lo cerró. Se dirigió lentamente hacia la puerta y llamó al timbre.

Le abrió Kathleen Peterson, la madre de Geraldine, que llevaba en brazos a la más pequeña, Sophie.

Kate vio a Geraldine en aquella niña: el mismo pelo castaño largo y los mismos ojos almendrados de color avellana. Sonrió.

—No sé si se acordará usted de mí..., soy la inspectora Burrows.

—Ah, pasa, guapa. Pasa.

La mujer se apartó del hueco para que Kate pudiera entrar en el pequeño recibidor.

—Adelante.

Cruzó una puerta que tenía a la izquierda y Kate entró tras ella en la sala. Por todas partes había juguetes tirados por la alfombra. La televisión estaba en marcha y Mick O'Leary sentado en el sillón junto al fuego, miraba la pantalla.

Kate se asustó al ver su aspecto. Estaba hundido en la butaca como un anciano, era evidente que hacía días que no se afeitaba y tenía la ropa hecha un desastre.

Kathleen Peterson captó la mirada de Kate y se encogió de hombros. Hizo que Kate la siguiera hasta la cocinita.

Dejó a Sophie en el suelo y cerró la puerta de la cocina sin hacer ruido.

—Siéntese. ¿Quiere tomar un café? ¿Un té?

—Café está bien, gracias, sin azúcar.

Mientras Kathleen ponía el agua a calentar, Kate observó a la niña. Permanecía en el suelo exactamente donde su abuela la había dejado. Miraba ávidamente todos los movimientos de la abuela, con los ojos volando sin descanso por la cocina detrás de donde estuviese Kathleen. Kate sonrió a la niña, pero Sophie se limitó a mirarla un momento y luego siguió vigilando a su abuela.

Cuando Kathleen puso el café delante de Kate, se sentó ante la pequeña mesa e hizo lo que la niña esperaba, ponérsela en el regazo. Sophie se acurrucó en el seno de su abuela y se metió el dedo gordo en la boca revolviéndose unos segundos hasta sentirse plenamente cómoda. Kathleen le apartó el pelo de la cara y luego miró a Kate.

—Esta pequeña lo está llevando mal. Todos, en realidad.

Kate no supo qué responder.

—¿Tienen alguna noticia sobre... sobre ese hombre?

Kate negó con la cabeza.

—He venido por Geraldine. Ya podemos entregar el cuerpo para ser enterrado.

La mujer dio un trago a su café y volvió a poner la taza en el platillo con manos temblorosas.

—¡Gracias a Dios! Ya pensaba que si... bueno, que si podríamos enterrarla..., la situación no nos parecería tan mala. Pensar que está...

—Lo sé. Créame, lo sé. No se angustie, por favor.

—Es gracioso —la voz de Kathleen había adquirido un tono de confianza—, yo siempre pensaba que no nos podía pasar nada verdaderamente malo. Veía cosas en las noticias, como Suzy Lamplugh y asesinatos y violaciones, de todas clases, realmente. Y pensaba, qué terrible, y luego me iba y me hacía la cena o me arreglaba para ir al bingo y ya se me quitaban de la cabeza, ¿entiende? Es asombroso lo poco que te preocupa hasta que le pasa a los tuyos. A tu propia familia. Oh, me afligía por las víctimas y sus familias, pero la verdad es que no durante mucho tiempo... Y ahora lo tengo presente cada momento que estoy despierta. Algunas veces tengo la sensación de que está a mi lado, noto su presencia.

Allí sentada, Kate dejó que la mujer se desahogase. Imaginó, y acertaba, que era la primera persona que cruzaba su umbral desde hacía semanas. Una vez que se suaviza el impacto inicial, parece que la gente evita encontrarse con las familias de las víctimas. Tal vez piensen realmente que quieren que las dejen solas, o tal vez les da miedo quedar demasiado atrapados. Como si esa clase de mala suerte se contagiase.

—El otro día estaba de compras por el centro y me encontré a una chica que había ido al colegio con Geraldine. Llevaba a sus hijos con ella, dos niñitos. Unas cositas encantadoras. Me saludó y estuvimos charlando un rato, y después pensé, ¿por qué no te habrá pasado eso a ti? ¿Por qué ha tenido que ser a mi Gerry? Y después me sentí fatal. Qué cosa tan terrible, desearle a ella y a los suyos lo que estamos pasando nosotros. Quiero decir, puede ver con sus propios ojos cómo está Mick. A base de tranquilizantes. ¿Cómo se le puede desear eso a alguien? Es una maldad. Pero en lo más profundo de mí —continuó—, desearía que le hubiera pasado a cualquiera menos a los míos. Los otros niños ya han vuelto a la escuela, pero andan muy retraídos, y esta mosquita de aquí... ya no sabe si va o viene. No para de preguntar para saber cuándo volverá a casa su mamita. Quizá una vez que la hayamos enterrado podamos acostumbrarnos un poco más. Decirle adiós, digamos. ¿Me entiende?

Kate asintió, incapaz de tragarse el gran nudo que tenía en la garganta. Dio un trago al café para intentarlo y recuperarse.

—Bien, pues si se pone en contacto con la funeraria, ya pueden recoger los restos de Geraldine.

—Los restos —Kathleen sonrió—. Mi Gerry se ha ido, guapa, y lo único que me

queda son recuerdos. Recuerdos y niños. Me acuerdo de cuánto deseaba ser abuela. Ya sabe, esos chistes sobre lo de tener a los niños cuando los quieres y devolverlos cuando te parece. Y ahora los tengo todo el tiempo y no me parece que fuera por decisión mía. Pero dicen que estas cosas nos las mandan para probarnos. ¿Quiere otro café?

—No, gracias. Tengo que marcharme.

—¿Tienen alguna idea de quién lo hizo? O sea, quiero decir, que mi Gerry fue la primera de tres, y al parecer todo el mundo piensa que va a volver a actuar. ¿Cree que lo atraparán?

—Lo atraparemos, eso se lo puedo prometer.

La voz de Kate sonó dura y fuerte, y Kathleen Peterson la creyó.

Sophie se escurrió del regazo de la abuela. Fue hacia la puerta trasera y se hizo pis sobre el felpudo, con el pulgar todavía bien metido en la boca. Kate vio que Kathleen elevaba los ojos al cielo con resignación.

—A ver, Sophie, sabes que eso es de niña mala —miró a Kate—. Esto es lo último que se le ha ocurrido. Es curioso, en cambio por las noches está seca como un bacalao. Venga usted, señorita, vamos a quitarte esos calcetines y esos calzones mojados. Si sigues así, te los dejaré puestos todo el día, veremos si te gusta.

Kathleen fue hacia la niña y Kate se levantó.

—Realmente tengo que irme, señora Peterson. Confío en que todo les vaya como debe ser.

—Y yo también, guapa. Yo también.

—Ya salgo yo sola. Adiós.

—Adiós, y gracias por venir a decírmelo. Me ha quitado un peso de encima.

Kate salió de la cocina y cruzó la sala. Mick O'Leary seguía contemplando los parpadeos de la pantalla. Ni siquiera se enteró de que Kate pasaba por allí.

Se marchó sintiéndose peor que cuando había llegado.

Patrick Kelly andaba por el West End. Tenía salones de masaje a todo lo largo y ancho de Londres y sus áreas circundantes. Hoy estaba en el Soho, en principio para controlar los libros, pero en realidad solo para dejarse ver. En aquel negocio era rentable estar siempre encima de todo. Si las chicas pensasen alguna vez que podían clavártela, te la clavarían.

Sentado en aquella oficina de circunstancias, tenía a su hija en el pensamiento. Ante él estaban abiertos los libros de contabilidad, de manera que si entraba cualquiera, aquello pareciese oficial.

Le sobresaltaron unos golpes en la puerta del despacho. Casi inmediatamente la abrió una mujer alta y delgada que entró muy decidida.

—¿Todo correcto, Pat? ¿Todo estibado y en orden de revista?

Kelly asintió. Juliette Kingsley llevaba años trabajando para él, y al igual que todas sus chicas principales (es decir, las mujeres que llevaban los salones), era una amiga de confianza.

—Quería pedirte un favor, Pat, si no te importa. —La mujer se sentó en una silla al otro lado de la mesa, se inclinó sobre ella y cogió un cigarrillo de la caja que había encima.

—¿De qué se trata, Ju? ¿Complicaciones?

—Algo así. Aunque nada que ver con este sitio. ¿Te acuerdas de Owen, mi hijo pequeño?

Patrick rebuscó en su cerebro y acabó dando con una imagen de un muchacho alto, rubio y guapo. Nada parecido a su madre.

—Sí. ¿Qué pasa con él?

Juliette se pasó las manos por el pelo rubio y corto y Patrick se sorprendió al ver que estaba bastante nerviosa.

—¿Conoces a ese rufián, Jimmy McDougall?

Pat asintió con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa con él?

—Se ha llevado a mi chico al Dilly. Y no lo encuentro, Pat, y eso me tiene preocupadísima. Aunque parezca muy grande solo tiene doce años. Bueno, pues he oído rumores en la calle de que se lo había llevado McDougall. Ya sé que yo no he vivido exactamente una vida de virgen, eso no te lo niego, pero a todos mis chicos les ha ido bien, eso ya lo sabes. La mayor es secretaria, el chico mayor está en la universidad y mi Owen saca buenas notas en el colegio.

Hizo una pausa.

—Es mi niño, Pat —continuó—. Yo lo llamo mi pequeña sorpresa. Es decir, que lo tuve cuando tenía casi cuarenta y uno. Y estoy que no puedo comer, ni puedo dormir de preocupación por dónde se estará metiendo.

Patrick la miró. Tenía un aspecto horrible, aunque Juliette nunca había sido de buen ver. Pero sí que en sus tiempos había sido una de las mejores mozas del negocio. Se había comprado y pagado una casa propia, y había mantenido a su marido a cuerpo de rey hasta que el muy zoquete se murió de tanto beber. A Patrick le gustaba y la respetaba.

—Quisiera que le dijese unas palabritas a McDougall en mi nombre. Ya sé que es mucha cara...

Patrick sentía crecer la rabia en su interior y se alegró de tener algo hacia lo que canalizar el odio que iba creciendo poco a poco dentro de él día tras día. En su opinión, McDougall era un saco de mierda. Cualquiera que viviese de las ganancias de unos muchachitos era un saco de mierda. A Kelly los homosexuales no le molestaban una pizca siempre y cuando se tratase de mayores de edad y consintieran. Lo que le daba asco eran los adultos que se acostaban con menores, ya fueran niños o niñas. Con los jóvenes se podía ganar una fortuna. Con los extremadamente jóvenes. Pero Kelly no quería tener que ver con eso.

—No te preocupes, Ju. Owen estará en casa antes de veinticuatro horas. Y ahora vete, tómate una buena copa y deja que yo me ocupe del tema.

Los duros rasgos de Juliette se relajaron.

—Gracias, Pat. Si supieses lo que he estado pasando...

—Puedo hacerme una idea, Juliette.

—Claro. Perdona, Pat. Con esto de Owen y lo demás...

—Déjame a mí, y échale un poco de paciencia. ¿Cuánto hace que desapareció?

—Casi dos semanas. He dicho en el colegio que estaba enfermo, con gripe. No sabía qué otra cosa decir.

—Lo primero, ¿cómo es que se enredó con McDougall?

—Bueno, por lo que yo he sabido, un amigo suyo del colegio se metió en el negocio hace cosa de un año. El pobre mamón lo pasaba muy mal en su casa. No se entendía con el amiguito de la madre. Seguro que sabes cómo es eso. Total, que llamó a mi Owen y le contó la gran vida que se daba, y Owen fue a verlo y desde entonces no le he visto más el pelo.

—Bueno, pues deja de preocuparte. Si está con McDougall volverá a casa, y más que deprisa.

Juliette se levantó y salió del despacho.

Patrick cogió el teléfono y marcó un número. Estaba deseando ajustarle las cuentas a McDougall.

* * *

Tony Jones estaba de charla con Emmanuel en Sexplosion cuando entraron en la tienda Patrick Kelly y tres hombres de buen tamaño.

—¿Todo bien, Jonesy? —la voz de Kelly no sonó muy cordial y Tony se percató de ello.

—Hola, señor Kelly, ¿en qué puedo servirle?

—Quiero saber dónde puedo encontrar a Jimmy McDougall. Ahora mismo. En este instante.

Tony Jones sintió que no cabía en su pellejo. Jimmy McDougall no era un tipo con quien ponerse a mal, pero tampoco lo era Patrick Kelly. De los dos, decidió que le daba más miedo Kelly. Miró a Emmanuel.

—¿Qué estás mirando, cacho sarasa? Vete a la trastienda y ordena los vídeos, o haz algo. Y mantén esa boca bien cerrada respecto de lo que hayas oído aquí esta noche.

Emmanuel no necesitó que se lo dijeran dos veces. Salió literalmente corriendo de la tienda.

—¿Qué día es hoy? Martes... estará en su casa franca, allí junto a la estación de King's Cross. Le apuntaré la dirección.

Fue hasta el mostrador y escribió a toda prisa unas líneas en un papelito. Kelly se lo cogió y le echó una ojeada.

—¿Sabes una cosa, Jonesy? En otros tiempos me caías bien, pero ahora me parece que me das asco. Darles con la fusta a toda esa canalla es una cosa, pero participar activamente en esta clase de porquerías...

Kelly agitó el papel en el aire y se encogió de hombros. Después, escupió en el suelo de la tienda, dio media vuelta y se marchó seguido de sus hombres.

Jones soltó un profundo suspiro de alivio. Se le pasó por la cabeza llamar por teléfono a McDougall y avisarle, pero tras sopesar mentalmente los pros y los contras de esa acción, decidió no hacerlo. A McDougall le iría bien que le bajasen un poco los humos, y Patrick Kelly era justo el hombre para hacerlo.

* * *

Owen veía un vídeo sentado en un gran sofá. La fascinación de su nueva vida ya se había esfumado. No había nada que hacer salvo ver vídeos, beber alcohol y fumar cigarrillos, y la novedad de todo aquello hacía tiempo que había desaparecido. Además, aquel hombre, Jimmy, el jefe, que al principio era tan amigo, ya había aparecido dos veces por su cuarto para obligarlo a hacer cosas. Cosas que le ponían malo. Entonces fue cuando se dio cuenta de que virtualmente era un prisionero.

La noche anterior lo habían llevado a la estación de King's Cross. Allí, su amigo Joseph se había acercado a unos hombres completamente desconocidos para preguntarles si querían «asunto». Durante todo el rato que sucedía eso, Jimmy permanecía junto a Owen y lo sujetaba con firmeza por el brazo. Nunca había estado tan asustado en la vida. Joseph hacía lo que ellos llamaban «el payaso». Conseguir un cabrito para ofrecerle «un pollito». Pollito era como llamaban a los chicos más jóvenes. Si su edad estaba por debajo de los diez años, entonces los llamaban «pollitos de primavera» y valían una fortuna.

Al principio, Jimmy estaba un poco preocupado por lo alto que era Owen, pero con tocarle la cara, tan suave y sedosa, cualquier cabrito entendido tenía la prueba de que en efecto era un verdadero pollo. Quiso la suerte que Owen se pusiera muy malo y Jimmy se lo llevó a casa y le dio una buena somanta por estúpido. Pero para Owen aquello era preferible a hacer con uno de aquellos hombres lo que Jimmy le había obligado a hacer. Y ahora, con un ojo morado y cardenales por todo el cuerpo, estaba a salvo por un tiempo. No le llevó mucho tiempo percatarse de la situación.

En la pantalla, Sylvester Stallone se cosía a sí mismo unas heridas y Owen lo miraba ávidamente con toda la resistencia de un niño. *Acorralado* era su vídeo favorito y Sylvester Stallone su actor favorito. No le gustaban los otros vídeos que a Jimmy le gustaba ver. En algunos salía Joseph. Joseph y Jimmy y otros chicos. Algunos, realmente jóvenes. Como el niño que Jimmy tenía encerrado en su dormitorio y que a nadie más se le permitía ver. Estaba todo el tiempo llorando, de modo que tenían que subir el volumen de la televisión para no oírlo. Y cada poco,

Jimmy traía a un hombre al que metía allí dentro con él y entonces los llantos eran terribles durante varios días.

Owen solo lo había visto fugazmente una vez. Tenía como cinco años, era medio mestizo y con unos ojos castaños enormes. Pero lo había visto en los vídeos que veía Jimmy. Joseph le dijo que cuando hacían los vídeos, Jimmy le daba *whisky* y pastillas, y que eso los hacía reír a todos. Pero Owen no pensaba que él se riese. Solo quería ir con su mamá. Con su mamá y a su cuarto de siempre. Había ido allí solo a pasar un par de días. Pero ahora ya llevaba dos semanas y tenía miedo. Estaba harto de *pizzas*, y de Kentucky Fried Chicken. Estaba harto de todo aquello. Especialmente de Joseph y Jimmy.

—¿No irás a ver otra vez esa basura, verdad? —el vozarrón de Jimmy sacó a Owen de su ensoñación.

Jimmy se le acercó. El cuerpo torpón con pliegues de grasa. No llevaba puestos más que unos calzoncillos mugrientos. Owen se cerró instintivamente la fina chaqueta del pijama que le ceñía el cuerpo. No le permitían usar su propia ropa.

Jimmy se dejó caer sobre el sofá desvencijado. Dio una palmada en la tapicería junto a él.

—Ven a sentarte a mi lado, deja que te vea ese ojo. No tendrías que haberme hecho enfadar, sabes, Owen. No me gusta pegar a mis chicos. Lo único que quiero es cuidaros bien.

La voz de McDougall tenía una cualidad cantarina que Owen estaba empezando a aborrecer junto con todo lo demás de aquel hombre. Se daba cuenta de que Jimmy iba a intentar convencerlo de que hiciera lo que él quería.

—Vamos, Owen, tú sabes que eso es así. Piensa en todo el dinero que tendrías si hicieras las cosas como yo te digo. A Joseph le doy diez libras al día para que se las gaste en lo que quiera. Y cuántos chicos de doce años conoces que tengan tanto dinero, ¿eh? Contéstame a eso. Hay veces que se lleva más de setenta billetes por semana. Y todos los otros chicos míos. Tengo montones de chicos, sabes..., de todas las edades y tamaños —la voz de Jimmy había tomado una inflexión amenazadora. Era una amenaza velada, pero que a Owen no le pasó desapercibida.

—Algunos de mis chicos más grandes son muy malos, sabes, Owen —continuó —, y si se enteran de que alguien, especialmente alguien joven y que está verde, se anda con mierdas, se cabrearán muchísimo. Porque a mí me quieren, ¿entiendes?

Owen se sintió medio aliviado y medio asustado al oír un golpecito discreto en la puerta de entrada. Contento porque aquello alejaba a Jimmy de él, y asustado por si se trataba de alguno de esos chicos grandotes de los que le acababa de hablar. Jimmy se levantó del sofá de un salto y se calzó unos pantalones razonablemente limpios que había en el suelo. Luego, tras atusarse el pelo con las manos, se dirigió a la puerta.

Owen oyó unas voces apagadas y luego Jimmy volvió a entrar en la habitación con un hombre de traje negro. Traía una cartera de mano y sonrió a Owen. Se le cayó el alma a los pies.

—El chico está ahí dentro, señor. Cierro la puerta con llave porque ya sabe cómo son los niños. Siempre metiendo las narices en cosas que no les importan —Jimmy hablaba como si fuera un padre benevolente y sonrió al visitante. Este le devolvió la sonrisa y Owen volvió a sentirse mareado. Aquel hombre iba al dormitorio del niño pequeño.

La casa en la que estaban había sido en tiempos una residencia amplia e imponente, pero ahora era un desbarajuste de apartamentos y pequeños estudios. Conservaba el portal de entrada común, y como estaban en la planta baja, su puerta daba al salón. Los cuartos que una vez fueron sala de estar y comedor, eran ahora dormitorios. Todas las ventanas tenían rejas, y así había sido desde que se construyó el edificio. Jimmy también tenía el semisótano. Tenía locales como aquel por todo Londres. Una vez que Owen estuviese asentado y se pudiera confiar en él, lo recolocaría en alguno de los otros pisos francos.

Owen miró cómo Jimmy abría la alcoba con la llave y luego al hombre de la cartera entrar. Un par de minutos más tarde, Jimmy salió y se dirigió a la cocinita. Owen observó que se llevaba un bote de pastillas y un vaso de *whisky*. Owen oía los gritos del niño a través de la puerta y se tapó los oídos con las manos.

Deseó más que nunca que estuviera allí su madre. Ella sabría lo que había que hacer.

Ella arreglaría a Jimmy.

Y a él se lo llevaría a casa.

Owen se dio cuenta de que el vídeo había terminado y la pantalla de la televisión estaba en blanco. Se quedó mirándola, tratando de contener las lágrimas. Si iban a hacerle al niño aquel lo que Jimmy le había hecho a él, iba a dolerle un montón.

Owen sintió náuseas de nuevo.

Entonces se oyó llamar de nuevo a la puerta. Esta vez de un modo fuerte y agresivo, y Owen estaba seguro de que eran los chicos mayores de los que Jimmy le había hablado. Sintió que se encogía en el sofá.

Jimmy salió del dormitorio gritando:

—Vale, vale, ya voy. Vaya momento de los cojones.

Abrió la puerta, y Owen se asombró al ver que intentaba cerrarla de golpe al instante empujándola con todas sus fuerzas. Pero entonces, quienquiera que estuviera por fuera pudo más que él porque la puerta se abrió tan fuerte que Jimmy salió rebotado por el suelo y la puerta se estrelló ruidosamente contra la pared.

Cuatro hombres fornidos estaban ante él y uno de ellos, un hombre moreno con un abrigo marrón claro, le dio una fuerte patada en los riñones. Luego se dirigió al muchacho.

—Tú eres Owen, ¿verdad?

Asintió en silencio.

—He venido porque tu madre está muerta de preocupación, hijo. Así que ahora te vendrás conmigo y te llevaré a tu casa. ¿Vale?

Owen se puso de pie. Le temblaban las piernas. Intentaba con todas sus fuerzas estirar la chaqueta del pijama para que le tapase los genitales desnudos. Vio que el hombre del abrigo marrón fruncía el ceño.

—¿Dónde tienes los pantalones, hijo? Ve a ponértelos. Te esperamos aquí, ¿de acuerdo?

Owen asintió y se fue al cuarto que compartía con Joseph y Jimmy. Empezó a ponerse la ropa todo lo rápido que podía, contento de aquella sensación ya poco familiar. Volvió a la sala y se puso las deportivas a toda prisa. Jimmy seguía en el suelo y uno de aquellos hombres, un individuo grandote con la cabeza afeitada y los dientes separados le sonreía. Sujetaba un gran destornillador sobre la garganta de Jimmy.

—Diles que no te he hecho ningún daño, hijo. Díselo, ¿quieres?

En la voz de Jimmy sonaba el miedo, y entonces Owen se acordó del chiquito de la alcoba. Ahora había allí mucho silencio. Demasiado silencio.

—Eh, señor. Hay otro chico ahí dentro —señaló la puerta—. No es más que un chiquillo, muy pequeño. Y hay un hombre con él.

La cara de Patrick se endureció y fue a abrir la puerta. Sobre la cama estaban el hombre del traje y el niño. El hombre tapaba la boca del niño con la mano. Tenía los pantalones desabrochados y la camisa, tan pulcramente planchada y almidonada, le colgaba sobre el pene flácido.

—Que me jodan, señor Kelly, ¿ve qué está pasando ahí?

Esto lo dijo otro de los hombres grandotes, un peso pesado que atendía por Dicky Brewster. Entró en el cuarto y le dio un puñetazo al hombre del traje con todas sus fuerzas. El muchachito, al ver que tenía la boca libre, empezó a gritar de miedo. Tenía aquellos grandes ojos castaños abiertos cuanto podía y por la cara le corrían mocos y lágrimas hasta la boca. Dicky Brewster agarró una esquina de la sábana mugrienta y limpió con ella suavemente la nariz y los ojos del crío, y sus manos eran tan grandes que parecían cubrir toda la cabeza del chaval. Patrick y los otros lo observaban fascinados. Todos estaban asombrados y horrorizados de lo que se habían encontrado. Era peor de lo que se esperaban. Dicky envolvió al niño en una manta y lo levantó poniendo todo su esfuerzo en ser amable a su manera poco pulida. Kelly hizo un gesto de cabeza al otro hombre que estaba con él.

—Coge a los críos y llévatelos a mi coche, Dicky. Tú vete con él.

Los hombres asintieron y salieron del piso con los niños. Los sollozos del pequeño parecían remitir, pero Patrick esperó a que se hubieran ido del todo antes de entrar en el dormitorio. Y entonces empezó a golpear sistemáticamente al hombre del traje en la cabeza, el pecho, donde podía. La ira que sentía dentro había llegado al rojo vivo y necesitaba darle salida. Finalmente, el hombre se quedó inmóvil en el suelo y a Patrick Kelly no le preocupó si estaba muerto o no. Volvió a la sala respirando fuerte.

—Eres una puta mierda completa, McDougall, y voy a ocuparme personalmente

de que no vuelvas a poner en marcha este sucio negocio tuyo en esta ciudad. —Hizo un gesto al hombre de la cabeza afeitada.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Tim. Hazlo.

Jimmy McDougall estaba aterrado, y aquel terror le daba un suplemento de energía. Luchó con todas sus fuerzas para escaparse del matón, pero Patrick Kelly le dio una patada en la cabeza, un golpe tremendo. Y luego Tim clavó el destornillador en el oído de Jimmy y le dio un golpe fuerte con la palma de la mano.

Jimmy se quedó quieto y en silencio.

Tim se limpió las manos en los vaqueros y Kelly y él se marcharon del piso.

Asqueados.

No de su violencia, sino de lo que ambos sabían que sucedía antes allí dentro. Sencillamente, aquello no encajaba en su código de lo bueno y lo malo.

Para la mentalidad de Kelly, un hombre tenía que hacer muchas cosas, tales como propinar unas buenas tundas a la gente como McDougall. Cualquiera que viviese de lo que sacaba explotando niños, ya fuera haciéndoles hacer la calle, o comerciando con pornografía infantil, quedaba clasificado como pervertido o como bestia. Y era de lo más razonable y justo hacerles daño y dejarlos impedidos a perpetuidad. Para Kelly eso era lo correcto. Igual que robar un banco se consideraba una actividad productiva. Le resultaba un agravio que los violadores saliesen a menudo con condenas de cárcel más bajas que un ladrón de bancos. Era la vieja historia de siempre. La propiedad se valoraba más que las personas. Kelly podía ser dueño de salones de masaje y dedicarse al cobro de morosos, pero nunca levantaría la mano a una mujer o a un niño. Y los hombres que iban en el coche con él tenían los mismos sentimientos.

Había algunas cosas que, sencillamente, no se hacían, y esta era una de ellas. Podías romperle un brazo o una pierna a un hombre para cobrar una deuda vencida, pero eso era justo y conveniente. Cuando el tipo pedía el dinero prestado, ya conocía el castigo por no pagar, y en general, se tomaba el correctivo como un hombre. Así había vivido Kelly su vida siempre. Así había sobrevivido. Su primer negocio lo había montado a partir de un préstamo de dos mil libras de uno de los peores malvados que hayan pisado este mundo. Kelly le devolvió el préstamo y le pagó sus intereses. Había demostrado a aquel hombre el respeto debido y ahora, después de todos esos años, era un amigo en el que podía confiar.

Kelly era un hampón al viejo estilo, y estaba orgulloso de serlo. No tenía tiempo para esos jovenzuelos que iban a todo vapor por los trenes o que se les ocurría meterse en el escaparate de una tienda de electrodomésticos con un Range Rover robado. Lo llamaban alunizaje. Pero eso era un juego de bobos. Y culpaba a la sociedad por esa gente. Él no se ponía a la par de ellos. Se veía a sí mismo y a sus colegas como gente de negocios. Hombres que hacían un trabajo que tenía que hacerse. Como el que habían hecho esa noche.

Cuando encontrara al Destripador de Grantley, y lo encontraría, de eso estaba

seguro, le haría pagar cien veces la deuda contraída con su hija. Le arrancaría el pago con dolor y sin el más mínimo remilgo. Para Kelly eso era lo que se esperaba de él. Si tú no cuidas bien de los tuyos, ¿quién lo va a hacer?

Meneó la cabeza al pensar en qué se estaba convirtiendo el mundo. En el interior del coche, Owen iba sentado tan rígido como un muerto. Se sentía aliviado de no estar ya en el piso, pero no seguro de estar fuera de peligro todavía. Ahora que el alivio ya lo había asumido, se preguntaba si no se había metido en líos mayores.

—Vamos a llevarte a tu casa, hijo, con tu madre. Pero primero iremos a dejar al chiquillo este. ¿De acuerdo?

Owen asintió débilmente.

—Dame el teléfono, Tim.

Kelly marcó un número y en la línea sonó la voz profunda de un inspector jefe amigo suyo. Le esbozó la situación con el menor número de palabras posible y luego sonrió y colgó el teléfono.

—Vamos a llevarlo al hospital de Charing Cross. Lo estarán esperando. Así que vamos. A mover el culo.

Sonrió a Owen.

—¿Cuándo fue la última vez que os bañasteis? Oléis como un par de lámparas de parafina.

—Parecen un par de vagabundos, jefe.

Eso lo dijo Dicky, que ahora que ya llevaban al niño a algún sitio se sentía más contento.

Fueron charlando todos amigablemente hasta que entregaron al chiquillo. Kelly se preguntó por un instante qué pasaría con él. Con cuatro o cinco años no podía haberse escapado; lo más probable es que su padre o su madre se lo hubieran vendido a Jimmy. Era asombroso lo que hacían algunas personas por un par de onzas de heroína.

Dejaron a Owen en casa de su madre, y Juliette se deshizo en llanto y estrechó a su hijo contra ella dando las gracias profusamente a Patrick y a los demás hasta que, de tan azorada que estaba, la cara de Dicky se puso tan roja como una remolacha.

Más tarde Patrick se fue a su casa con el corazón más contento de lo que lo había tenido desde la muerte de Mandy.

Iba a ver a Kate a la noche siguiente y no podía esperar. Había observado la felicidad de Owen ante el caso que le hacía su madre, que lo besaba y abrazaba y gritaba y regañaba de tanta alegría al verlo otra vez en casa y entero. Por la cabeza de Kelly pasó una idea: que todo el mundo, de doce, de veinte, de cuarenta o de ochenta años, necesitaba a alguien de quien cuidar y que le cuidase. Ojalá tuviera todavía a su Mandy.

Si por lo menos pudieran encontrar una pista para dar con el maldito responsable de su muerte...

Patrick Kelly no era consciente de que aquel mismo día había hablado con un tipo

que tenía el nombre completo, la dirección y el teléfono de George.

Aquella noche, más tarde, Patrick recibió una llamada de su contacto en la policía.

McDougall sobreviviría, aunque caminaría el resto de su vida como si estuviera en un tiovivo.

Kelly sonrió. Un trabajo bien hecho.

Ahora, todo lo que quería era pillar al asesino de su hija, y luego ya podría aposentarse y llevar una vida más o menos normal.

* * *

Kate observaba de cerca la cara de Patrick llena de compasión.

—Ayer traté de ponerme en contacto contigo, pero no conseguí localizarte en ningún sitio. Quería decírtelo yo misma.

—Eso ya lo sé, Kate. —La atrajo hacia sí y la besó en lo alto de la cabeza—. En cierto modo me siento aliviado, pero por otra parte eso hace que todo me parezca un tanto real. Hay veces que me despierto por la noche y pienso que todo ha sido una gran equivocación, y que si me levanto de la cama y me voy a su cuarto, la encontraré allí, ya dormida, tapándose los ojos con el brazo. Porque así es como dormía incluso cuando era pequeña. Pero supongo que alguna vez superaré todo esto. Los deseos hechos realidad. Mañana por la mañana arreglaré las cosas lo primero de todo. ¿Cómo les van las cosas con la familia O’Leary?

—Ayer se lo dije a la madre, el marido lo está llevando muy mal...

—Me refiero a que cómo andan de guita. De dinero.

Kate se quedó sorprendida.

—La verdad es que no lo sé, desde luego no les sobra. Habían comprado su casa de protección, así que me imagino que con la muerte pagarán la hipoteca. El hombre no tiene trabajo, y como ella estaba sacando un dinero extra para Navidad en aquel bar de copas, no creo que él gane demasiado. Y sobre todo, con tres niños.

Kate vio que Patrick ponía tensa la mandíbula. Sabía que lo que más le afectaban eran los niños sin madre.

—Mandaré al abogado que pase a ver a la madre. Y les pagaré el entierro. Y pagaré también el de la chica Butler cuando llegue el momento.

Kate se quedó callada. No le gustaba tener que decir que quizás los Butler no quisiesen que les pagasen algo tan personal, pero comprendió que para él aquello era como un bálsamo. Iba corrigiéndose mentalmente y haciendo cosas en la práctica. Más que nada, sabía que Patrick Kelly solo era feliz cuando podía arreglar alguna cosa. Y sabía que a su manera, intentaba también tomar la responsabilidad de otras personas, intentaba hacerles las cosas más fáciles.

Pero no estaba segura de que eso fuera bueno. Después de todo, él no era Dios.

—¿Quieres que salgamos, Kate?

—No me apetece demasiado, Pat, pero como tú quieras.

Él la volvió a abrazar con fuerza.

—Estupendo. He dicho a la señora Manners que nos prepare una buena cena para los dos. Comeremos y nos acostaremos pronto. ¿Qué te parece?

Intentó sonreír, pero Kate se dio cuenta de que su corazón estaba en otra parte. Pero eso podía obviarlo; tenía la sensación de que aquella noche él la necesitaba por alguna razón más que las de siempre. Y aunque no hicieran el amor, sabía que poder tener a alguien a su lado toda la noche significaba mucho para él.

—Eso suena fantástico. Me va bien acabar la noche pronto, también he tenido un día duro.

—Bien. Iré a organizar las cosas.

Cuando lo vio salir de la habitación, Kate no pudo dejar de darse cuenta de la inclinación de sus hombros y sintió que le invadía una oleada de amor. Volvió a sentarse en el sofá y suspiró. No estaba segura de que fuera algo bueno o algo malo. Pero sí sabía que la sensación le gustaba.

George miraba a Elaine. Desde la noche del alfiler de corbata y su alivio eufórico al encontrarlo, las marcas en el cuello de su esposa no dejaban de inquietarlo. La miró meterse en la boca una Ryvita untada de queso bajo en grasa. No había duda de que estaba mucho más delgada y tuvo que admitir de mala gana que para su edad se estaba poniendo de lo más atractiva. Había rebajado el maquillaje de ojos y ahora se ponía kohl en el interior de las pestañas de abajo. Aquel pequeño detalle había hecho que sus ojos se abrieran más y le dieran un aire misterioso. Apretó los dientes.

¡Mujeres!, todas eran iguales. Sabía sin la menor sombra de duda que Elaine, aquella zángana de Elaine, tenía una aventura. Andaba levantándose las faldas en el asiento de atrás en el coche de alguien y sentándose sobre la erección de...

—¡George! ¿Estás bien? —dijo Elaine con voz cortante.

La imagen que George tenía en la mente se evaporó y se sintió arrastrado de vuelta a la realidad.

—Desde luego que sí, querida —en la voz tenía el tono suave y humilde de costumbre.

—Bueno, pues deja de mirarme así, que me das miedo.

George se levantó de su asiento y medio se mareó al formarse una imagen en su mente de nuevo. Esta vez, estaba plantado sobre Elaine con su cuchillo suizo alzado sobre la cabeza...

—Creo que iré a dar un paseo, querida, no me encuentro del todo bien. Tengo que aclararme la mente.

—Pero *Taggart's* empieza dentro de un minuto.

Taggart's era el programa favorito de George. Pero esa noche tenía que salir de aquella casa y alejarse de Elaine para no explotar.

—No tardaré mucho, querida. Grábamelo.

Elaine volvió a mirar la televisión. George sabía que en pocos segundos se habría olvidado de él. Estaría pensando en su caprichito de ahora. Se fue a toda prisa de la habitación, cogió el abrigo y el sombrero y salió a la calle. Cuando iba andando por la calzada, sacó los guantes del bolsillo y se los puso. Sintió crecer la rabia en su interior. Una rabia ciega. ¿Cómo se atrevía? No es que él la deseara; hacía años que no la deseaba, pero seguía siendo su mujer. Su esposa. Se había casado con ella y le había dado su apellido. La había sacado del arroyo para que fuera su esposa. Pero igual que todas las demás, era una puta lianta.

Volvió a imaginarse a Elaine desnudándose como había hecho la noche que le vio las marcas en el cuello. Y luego la vio en el asiento de atrás de un coche con un hombre sin rostro manoseándole todos sus puntos secretos. ¡Y a Elaine le gustaba! ¡Le gustaba a la muy guarra!

George caminaba cada vez más deprisa y las suelas resonaban sobre el pavimento. Elaine era como su madre. ¡Ah, sí! Fingían ser unas buenas mujeres, pero en el fondo eran unas putas. Te traicionaban, igual que Eva. Tú les dabas todo lo que tenías y lo cogían. Lo cogían y sonreían y se burlaban..., no dejaban de reírse de ti ni un momento. Se tronchaban de risa las muy cabronas.

La respiración de George era ya trabajosa.

Se detuvo y miró a su alrededor. Estaba delante del bloque de viviendas protegidas donde le habían atracado. Cruzó la calzada y subió decidido la rampa para colocarse debajo de su árbol. Vigiló el segundo piso, maldiciendo a Elaine porque con las prisas por escapar de ella, se había olvidado los anteojos de teatro.

Leonora Davidson estaba viendo *Taggart's*, ignorante de que a menos de veinte metros de allí, el Destripador de Grantley la vigilaba a través de la ventana de su dormitorio. Se removió en la butaca, con su tazón de café en la mesita que tenía al lado y los cigarrillos sobre el brazo del sillón. Estaba contenta.

George vigiló la ventana durante diez minutos. Nada. Miró el reloj. Eran las diez menos diez.

Echó a andar hacia el bloque, vigilando si veía movimiento en la calle y las ventanas de los pisos. Leonora oyó que llamaban a su puerta y chasqueó la lengua. *Taggart's* estaba a punto de desenmascarar al asesino. Se levantó y fue al pequeño recibidor.

—¿Quién es? —dijo en voz alta e impaciente.

—¿Es usted la señora Davidson?

Leonora frunció el ceño. No conocía la voz.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy el hombre al que atracaron, acudió usted en mi ayuda —la voz de George sonaba tranquila y sumisa.

Leonora enarcó las cejas.

—Ah, sí, ya me acuerdo.

Abrió la puerta tras descorrer dos grandes cerrojos y quitar la cadena que la

sujetaba.

Allí estaba George, sonriente.

—Perdone que venga tan tarde, pero trabajo hasta unas horas muy poco sociables, ¿sabe? Y solo quería darle las gracias como es debido por todo lo que me ayudó aquella noche. La verdad es que no sé lo que hubiera hecho sin usted.

Oyó abrirse una puerta en el piso de arriba y le entró pánico.

—¿Podría entrar un momento? No la entretendré mucho tiempo, se lo prometo. —Oyó pisadas en el rellano de arriba. Fuera quien fuese, lo vería. Le verían la cara y sabrían que había estado allí.

Leonora dio un paso a un lado y George entró en el recibidor y cerró la puerta detrás de él. Sonrió. Con aquella sonrisita que apenas enseñaba los dientes. La había observado durante semanas y sabía que en aquella casa no había ningún hombre. Siempre se iba a la cama sola.

Leonora le devolvió la sonrisa. Ahora que sabía quién era, se sentía más tranquila. Nunca tienes suficiente cuidado cuando vives sola.

—¿Quiere pasar a la sala? Estaba tomándome un café, ¿le apetece uno? — Aquella cara franca fue como un bálsamo para George.

—Si no es molestia... no quisiera darle trabajo.

La siguió a la sala.

—Siéntese y le traeré su café. ¿Lo toma con leche y azúcar?

George asintió.

—¡Ah, está viendo *Taggart's!* Me encanta ese programa. Mi mujer me lo está grabando.

—Bueno, siéntese, señor...

—Markham. George Markham.

—Bueno, pues siéntese, señor Markham, no tardo ni un segundo.

George se sentó en el sofá, un mueble viejo de PVC que era evidente que había vivido tiempos mejores. Se fijó en que la habitación estaba limpia y ordenada, aunque pasada de moda. Necesitaba nueva decoración. Se desabrochó el abrigo. Miró la pantalla de televisión sonriendo para sus adentros. Leonora llegó con el café y se lo dio.

—¿Y qué tal está ahora? Se lo aseguro, señor Markham, este barrio está cada vez peor. Todos esos jovenzuelos parece que mandan. Ahora ya no salgo nunca de casa por la noche, salvo por obligación. Usted dirá, con tanto atracador y el Destripador de Grantley, una mujer ya no puede estar segura.

George bebió un trago de café.

—Tiene toda la razón. Siempre le digo a mi mujer que tiene que andar con mucho cuidado. Con mucho cuidado, en efecto. —Se le nubló la cara.

Leonora se encendió un cigarrillo.

—¿Y fue usted a la comisaría? ¿Encontraron a los que lo hicieron?

—Oh, no. Es una pérdida de tiempo, la policía es incapaz de coger a nadie en

estos tiempos. O por lo menos eso es lo que parece.

Leonora asintió, sin saber muy bien qué decir.

—¿Está usted divorciada?

—Sí. Ya hace diez años. —Sonrió con tristeza.

George la miró beber el café. Tenía el pelo de un castaño desvaído y los ojos de un azul acuoso. Profundos surcos en torno a la boca. Una mujer nada atractiva, pensó. Sus ojos bajaron hasta los pechos. A George le gustaban. Se los había visto muchas veces. Dejó su taza de café sobre la mesa.

—¿Podría usar su lavabo, por favor?

—Desde luego. Es la segunda puerta a la derecha, en el pasillo. Tiene que tirar fuerte de la cadena porque si no, no funciona.

George se puso de pie.

—Gracias.

Salió al pasillo y fue a la cocina. Abrió los cajones despacio y sin hacer ruido, encontró los cuchillos, cogió uno grande para el pan, se lo metió en la cintura de los pantalones y se lo tapó con la chaqueta. Volvió a la sala.

Sonrió a la mujer.

Ella le sonrió también.

Entonces él se acercó a ella lentamente. Empezó a hablar.

—Este adorno..., ¿puedo preguntarle dónde lo consiguió? —tomó en la mano un jarrón grande, de unos cuarenta centímetros de alto y hecho de cristal cortado. Estaba sobre la repisa, encima de la chimenea de gas. Se volvió hacia Leonora con él en las manos.

—Oh, eso era de mi madre. —Se inclinó hacia delante en la butaca que estaba colocada junto al fuego y alargó las manos como para recibir el jarrón. Al abrir la boca para hablar otra vez, se le heló la cara. George levantó el jarrón por encima de su cabeza y aquel movimiento hizo que se le abriera la chaqueta. Leonora vio al mismo tiempo el cuchillo del pan en el cinturón y el pesado jarrón que descendía sobre ella. Notó el grito que se alzaba en su garganta, pero George fue mucho más rápido.

Descargó el jarrón con todas sus fuerzas sobre la frente. Se sorprendió de que la fuerza del golpe no rompiera el jarrón. Ni siquiera había roto la piel de la frente de la mujer, aunque iba apareciendo lentamente un bulto del tamaño de un huevo.

Estaba frita.

George se sentó en el sofá y estuvo mirándola unos momentos. Yacía despatarrada sobre la butaca. La falda y el jersey que llevaba se le habían subido y no parecía nada cómoda. George se levantó de su asiento y volvió a poner el jarrón donde lo había encontrado colocándolo meticulosamente. Luego arregló a Leonora, le bajó la falda y el jersey para que se la viera más natural. Después, se sacó el cuchillo del pan del cinturón y lo puso al lado de la butaca. Se quitó el abrigo y lo colocó bien doblado sobre el sofá.

Satisfecho de su trabajo, recuperó otra vez el cuchillo e inició el proceso de cortarle el jersey desde el cuello hasta el ombligo. Como de costumbre, lo abrió con mucho cuidado y empezó con el sostén. Los brazos de Leonora colgaban a los lados de la butaca y tenía la cabeza caída sobre el hombro, ligeramente inclinada. Para cuando George empezó a atacar la falda, había empezado a agitarse. George chasqueó la lengua, fue al pasillo y cogió una bufanda escocesa del perchero. Volvió junto a Leonora, la cogió del pelo para echar la cabeza hacia atrás sin ningún miramiento, lo que la hizo gemir. Puso la bufanda alrededor del cuello y empujó la cabeza para atrás. Y entonces inició su labor. Cruzó la bufanda sobre los pechos desnudos y agarró los dos extremos enrollando la tela de lana en las manos para hacer mejor presa. Y fue estirando los brazos hacia fuera. Contempló cómo la tela escocesa se tensaba y tensaba hasta acabar clavándose en el cuello. George silbaba una cancioncilla entre los dientes. Ya había desaparecido toda la tensión. Se sintió bien relajado.

Otra vez estaba al mando.

Capítulo Dieciocho

Elaine oyó la llave de George en la puerta y miró el reloj. Eran las doce y veinte. Lo oyó canturrear mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en la percha. Tenía los nervios en tensión, y cuando lo vio entrar en la sala, tragó saliva. Traía una expresión animada. Aquellos ojos suyos grises y muertos parecían risueños cuando la miró.

—Hola, cariño, ¿quieres que te prepare una copa? Yo voy a tomar una, estoy seco.

—¿Dónde has estado, George? —dijo Elaine con voz plana.

Notó la sorpresa de George a pesar de que su cara seguía aparentando calma.

—¿Por qué? Pues he estado dando un paseo, querida, ¿dónde demonios quieres que vaya?

—De modo que has estado paseando más de tres horas, ¿eh?

Elaine notaba su confusión. Se percató de que él no se había dado cuenta de cuánto tiempo había estado fuera de casa.

—Pues... pues estuve de paseo, nada más. Paseo muchas veces, ya lo sabes.

Elaine seguía sentada observándolo con mirada dura y acerada. Se pasó la lengua por los labios antes de hablar. Los ojos de George estaban clavados en ella espiando cualquier posible matiz.

—En todos los años que llevamos casados, George Markham, podría contar con los dedos de una mano las veces que te fuiste a pasear solo. Y ahora de la noche a la mañana, no estás nunca en casa. Quiero saber a dónde vas. Y te lo advierto, George, si me dices mentiras, esta noche habrá un asesinato en esta casa.

George la miró durante unos segundos y luego la notó: aquella risita aguda que le nacía en el estómago y se iba abriendo camino paso a paso hasta la garganta. Intentó tranquilizarse echándole coraje, tragando saliva con fuerza, pero sin resultado.

Rompió a reír con una risa nerviosa y aguda. Como un niño que se ríe de puro terror cuando el maestro lo expulsa de clase. En su cabeza había una sola palabra: asesinato. Esa noche ya había cometido un asesinato. Y Elaine quería asesinar al asesino. Cada vez que lo pensaba le inundaban auténticos vendavales de risa histérica. ¿Dónde se había ido el tiempo? ¿A dónde coño se había ido el tiempo?

—¡George! —Elaine se había puesto de pie. Aquella risa la estaba asustando—. Por todos los santos, George, tranquilízate.

George se había puesto de rodillas sujetándose el estómago con la mano. Las lágrimas le corrían por la cara.

Volaba de alegría. Una alegría extraña y siniestra. Elaine siguió mirándolo allí de pie hasta que lo vio calmarse. Cuando finalmente fue capaz de algún movimiento, se sacó el pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz vigorosamente antes de instalarse en la butaca más cercana. La risa ya había desaparecido por completo, solo le quedaba el miedo a ser descubierto. Aquel cerebro afilado como una cuchilla empezaba a engranar mientras miraba a su mujer. ¿Lo sospecharía Elaine?

—Hay algo que no está bien, George, estoy segura. Tanto paseo, tanto estar fuera durante horas, eso no es propio de ti. Normalmente tengo que arrastrarte para salir de casa aunque sea de compras. —Se sentó pesadamente en la otra butaca—. Quiero saber exactamente qué está pasando. —El tono de voz no admitía discusiones, pero en el fondo tampoco quería saber la respuesta. No quería creer lo que la parte más racional de su mente estaba temiendo.

George, sentado en silencio, retorció el pañuelo entre los dedos. Necesitaba algo que apartase definitivamente a Elaine del rastro. Y entonces, se le vino una idea a la cabeza y se agarró a ella como a un clavo ardiendo. La miró poniendo en sus ojos grises y sin brillo hasta el último gramo de tristeza que pudo reunir.

—Tengo un problema terrible, Elaine. Me he estado retorciendo los sesos de preocupación pensando cómo decírtelo. Me ha pasado algo tremendo.

Elaine sintió que se le secaba la garganta. Por todos los santos, Dios mío, no dejes que George me lo cuente..., no quiero saberlo. Sencillamente, no quiero saberlo.

—Me han aplicado la regulación, Elaine.

Vio cómo los ojos de ella se convertían en unas ranuras minúsculas.

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó.

—Pues que... que me han aplicado la regulación de empleo. Me lo han dicho hace un tiempo. Somos cinco los que tenemos que irnos. Reducción de plantilla, lo llaman. Y no tenía fuerzas para decírtelo, querida, sencillamente. Tenía la sensación de que te he vuelto a fallar. He andado paseando por las calles todo confuso. Te miraba viendo la televisión, amor mío, y era incapaz de decírtelo.

Elaine se había quedado atónita.

—Entiendo.

George casi no logró aguantarse la risa. Era un zorro viejo y astuto. Más listo que una camada de monos. Con su pico de oro lograba salir de lo que fuera. Menudo hombre.

—Lo siento muchísimo, querida. Ya sé que vas a pensar que he vuelto a fallar. Siempre he querido darte lo mejor, ya sabes que sí. Solo que las cosas nunca nos han salido bien por mucho que me esforzase en intentarlo.

Elaine estaba sentada muy quieta. A fuerza de años de costumbre, tenía la cara cerca de la de George. Había una mínima parte de ella que creía que debería acercarse más a él, abrazarlo y compadecerse de él. Pero no podía. Años de evitar el contacto físico habían hecho que un acto tan simple fuera imposible.

El pobre George había sufrido una afrenta ya definitiva. A los cincuenta y un años aquello era estar en el cubo de la basura. Nunca más volvería a trabajar. Y ella, su esposa, se sentía aliviada de que aquello fuera todo el gran problema. De que él no fuera un asesino. Que no fuera un violador. Sabía que no tendría que haber pensado esas cosas tan terribles de él, pero después de lo que ya había pasado antes...

Apartó aquellas ideas de su cabeza. Ya no volvería a pensarlo más. Aunque no fuera más que porque tenía un deber respecto de George.

—Lo siento mucho, pero ya nos arreglaremos de algún modo. Confío en que el dinero de tu despido será un buen pellizco. La casa ya está pagada. Yo tengo trabajo. Saldremos de esta.

George le sonrió con tristeza.

—Por eso dije en Navidad que iríamos a Florida a ver a Edith. Ya sabía que tendría la paga del despido y quería darte alguna cosa que te ilusionara, ¿entiendes? Quería darte por lo menos eso. Un viaje a América sin reparar en gastos. El viaje de una vida.

George se iba animando con el tema. Había matado dos pájaros de un tiro. Sabía lo que Elaine había pensado y sabía que estaba en lo cierto. Oh, vaya si estaba en lo cierto. Pero él, George Markham, se había escabullido y logrado salir de una situación muy peligrosa. Porque si alguna vez llegaba la hora de la verdad, le rebanaría el pescuezo sin pensárselo dos veces. Ahora que le había dicho la cosa que más miedo le daba decirle, en vez de recriminaciones y angustias, había logrado su compasión. Le había contado lo del despido. Él estaba al mando.

—No sé si un viaje a América ahora es una idea muy buena, George, porque si te has quedado sin trabajo y todo eso...

—Iremos, Elaine. Iremos. Quiero regalarte eso. Dios sabe que nunca te he hecho feliz y que siempre quise hacerlo, ya lo sabes.

Elaine miró fijamente aquellos ojos grises sin vida. El débil fulgor de un momento ya había desaparecido y era de nuevo el George que conocía.

—¿Quieres tomar un té?

Elaine asintió.

George se levantó de la butaca y se fue a la cocina. El reloj marcaba la una y cinco. Sería mejor que se diera prisa para meterse en la cama o por la mañana estaría muy cansado. Mientras ponía el agua al fuego, se puso otra vez a canturrear.

Dorothy Smith llamó a la puerta de Leonora como de costumbre. Siempre iban juntas al trabajo. Tenía una cara gorda, poco agraciada pero cordial, coronada por una peluca castaño oscuro. Al ver que no respondían a su llamada, frunció el ceño. Volvió a golpear la puerta con los nudillos, esta vez más fuerte. Seguían sin abrir.

Seguro que Leonora no se había marchado ya. Hacía más de dos años que tomaban el tren juntas hasta el trabajo y estaban en el turno de diez a seis. Miró el reloj. Las nueve y treinta y cinco. Era pronto, así que ¿dónde estaba Leonora? Igual se había ido a hacer algún recado. Se sentó en los escalones que bajaban hacia el primer piso y la planta baja con el gran bolso sobre las rodillas. Se fumó un cigarrillo y volvió a mirar el reloj. Casi las diez menos diez. Leonora estaba apurando demasiado, llegarían tarde. Aplastó la colilla con la bota. Luego oyó unos pasos que subían las escaleras. Se levantó con una media sonrisa en la cara para saludar a su amiga, pero resultó ser la vecina de al lado de Leonora.

—Hola, reina. ¿Has visto a Leonora esta mañana?

La otra mujer se encogió de hombros.

—No.

—No sé qué habrá podido pasarle. Llevo esperándola aquí una eternidad.

—¿No crees que se habrá quedado dormida?

La mujer ya estaba abriendo la puerta de su piso.

—No. Casi tiro la puerta llamando.

—¿Y seguro que no tiene el día libre?

—Siempre tenemos los mismos días libres. No sé, no me gusta. Si Leonora hubiera tenido que marcharse por algo, digamos, seguro que me hubiera llamado. Sabe que yo tengo que desviarme de mi camino cuando voy a trabajar para ir con ella.

La vecina dejó caer ruidosamente las bolsas de la compra en el suelo del pasillo y sacó las llaves de la cerradura.

—Yo tengo una llave. Me la dio una vez que se quedó encerrada fuera. Por si acaso volvía a pasarle. Le costó más de cuarenta billetes poner cerraduras nuevas. Un verdadero escándalo, me parece a mí.

Dorothy asintió completamente de acuerdo.

—¿No crees que deberíamos entrar a ver? Por si acaso ha tenido un accidente o está enferma o algo.

—Llamaré otra vez.

A ninguna de las dos mujeres le gustaba la idea de introducirse en casa de Leonora a menos que fuese imprescindible.

Dorothy volvió a aporrear la puerta. El ruido retumbó por todo el bloque de pisos. Nada.

Abrió el buzón y llamó a través de él. Luego acercó el oído para escuchar por si Leonora estaba en cama, enferma o algo.

Se incorporó.

—La tele está puesta.

La vecina abrió lentamente la puerta. En el interior, el vestíbulo estaba completamente a oscuras. Todas las puertas del piso daban a él y como todas estaban cerradas, no llegaba luz de ninguna ventana. Dorothy encendió la luz. Las dos olisquearon y se miraron la una a la otra. Había un olorcillo ligeramente punzante por debajo del aroma más fuerte del abrillantador de lavanda. Las dos mujeres se dirigieron sintiéndose inquietas al dormitorio de Leonora. Dorothy abrió la puerta.

—La cama está hecha —había desconcierto en su voz.

La vecina de Leonora seguía parada en la puerta del piso. Tenía una terrible sensación.

La puerta del salón estaba cerrada con fuerza, y Dorothy sintió un pellizco de aprensión al poner la mano sobre el pomo. Dio un paso para entrar en la sala. La estufa de gas estaba al máximo y en la televisión se veía un programa infantil de marionetas. Su mente registró ambos hechos. Pero sus ojos, sin embargo, se centraron en su amiga.

Dorothy se quedó de pie sin dejar de mirar los restos de Leonora Davidson. Finalmente, después de lo que le pareció toda una eternidad, se puso a gritar: un grito agudo, animal, que rebotó por toda aquella pequeña habitación llenándola de miedo y de ultraje.

Como detalle de partida, George había dejado clavado el cuchillo del pan en la cuenca del ojo izquierdo de Leonora.

Tenía las piernas desnudas completamente abiertas frente al fuego, y se habían ido chamuscando gradualmente en el curso de la noche. Algo en el fondo de la mente de Dorothy comprendió que aquel era un olor muy curioso.

A carne quemada.

Caitlin y Kate estaban eufóricos. El asesino había vuelto a cambiar el paso. Ahora había entrado en casa de alguien. Y eso significaba una cosa: que la víctima lo conocía.

El puerta a puerta intentaba determinar no solo el paradero de la gente, sino también si habían visto o no a alguien en el bloque de pisos o cerca de él.

La euforia de Kate se disipó rápidamente cuando vio el cuerpo de la víctima. ¿Qué clase de hombre podía hacerle eso a otro ser humano?

—Hay semen en la boca, los pechos y dentro y alrededor de la vagina. Aventuraría que anoche nuestro hombre se corrió una señora juega. La ha sodomizado, apostarí dinero a eso. —El forense meneó la cabeza.

Caitlin contemplaba a la mujer como si quisiera guardársela en la memoria. Todavía tenía el cuchillo del pan hincado en el ojo, como un muñeco del túnel de los horrores. Al menos alguien había apagado la estufa de gas y abierto las ventanas. Estaba todo aquello lleno de gente haciendo su trabajo. Los de escenarios del crimen sacaban fotografías. Otros cogían fibras de muebles y alfombra. Recogían cabellos sueltos. Tomaban muestras de sangre del cuerpo, la butaca y la alfombra. Kate vio a uno que metía las dos tazas de café en bolsas de plástico para buscar huellas dactilares y supo al instante que no les llevarían a ninguna parte. Siempre usaba guantes. Siempre. Era de lo más astuto que había.

Caitlin apartó la mirada del cuerpo de Leonora y miró a Kate con fuego en los ojos.

—Esta vez tiene que haber algo. Que no es el Hombre Invisible, por Dios santo. Alguien tiene que haberlo visto.

Kate no sabía muy bien a quién intentaba convencer.

—Las dos mujeres que descubrieron el cuerpo están ambas en el hospital. Por el *shock*.

—Bueno, pues no me extraña nada, Katie. Mira con qué se tropezaron. Pero esta vez lo pillamos. Estoy convencido. Tengo un pálpito.

Kate confió en que Caitlin estuviera en lo cierto.

—¿Vas a venir conmigo a ver la autopsia?

—Sí —y asintió con la cabeza—. Allí estaré, Katie. Quiero saberlo todo. Algo

habrá que nos lleve hasta ese cabrón. Estoy convencido.

El sargento Spencer entró en la pequeña habitación y miró el cuerpo de Leonora. Se estaba poniendo lívido rápidamente. La miró con intensidad, igual que Caitlin había hecho antes.

—Me temo que la hora de la muerte va a ser difícil de concretar. Si la chimenea estuvo a tope toda la noche eso retrasará el *rigor mortis* —dijo Spencer con su tono engreído.

—En cuanto tengamos todas las declaraciones, nos haremos una buena idea, no se preocupe.

A Kate no le gustaba Spencer, y sabía que él lo sabía, y eso en cierto modo le daba ventaja.

—Usted quédese por aquí y controle el cuerpo, Spencer. Jefe, voy a ver cómo les va a los agentes del puerta a puerta. Quiero hablar yo misma con un par de vecinos antes de entrevistarme con las dos que encontraron el cuerpo. Tal vez alguno de ellos sepa dónde anda el exmarido. Por lo que deduzco, no tenía hijos ni familia directa. ¿Quieres venir conmigo?

—Vete tú, Katie, nos veremos en el hospital para la autopsia.

—OK.

Se alegró de poder irse del piso. La imagen del cuerpo de la mujer seguía en su cabeza.

En el primer piso que visitó le ofrecieron un café que aceptó agradecida. Necesitaba algo después de la escena del piso de abajo. La mujer, sin embargo, por amable que fuera, no sabía nada. Kate estuvo segura de ello a los cinco minutos. Sí le dio una pista sobre el marido desaparecido. Se había escapado con una amiga de Leonora y ahora vivía en Canadá. Kate dio las gracias a la mujer y se marchó.

Se dirigió a la puerta de enfrente y llamó. Le abrió un hombre grandote con camiseta de rejilla. Fred Borrings hizo entrar a Kate en su pisito y le ofreció ceremoniosamente una silla. Era obvio que la estaban esperando.

—Bien, entonces, señorita...

—Inspectora detective Burrows, señor —dijo Kate sonriente.

—Anoche me largué al *pub* justo antes de las diez. En pisos como este acabas sabiéndote todos los ruidos. Acaban por ser parte de tu oído, ¿entiende lo que le digo? Yo sé hasta a qué hora la gente tira de la cadena por las noches. Puedo ponerles hora. En cualquier caso —siguió—, anoche me marché de aquí sobre las diez, y cuando bajaba las escaleras oí cerrarse una puerta. Era la de Leonora. Me supuse que tenía visita, porque recuerdo que pensé que era bastante raro. Esta Leonora casi nunca tenía visitas. Una mujer estupenda, sabe, pero muy reservada para todo. No venían hombres, si entiende de qué voy. Porque ¡hay algunas mujeres en estos pisos! Madre mía, es talmente una casa de citas. Pero Leonora era una buena mujer.

—¿Nunca recibía a ningún hombre, entonces?

—No. Siempre estaba trabajando. Y además le daba miedo salir de noche, por eso

de los atracos por el barrio. Parece que se hubieran juntado aquí todos los que esnifan pegamento, no sé por qué. Hay noches que tengo que ir pasando por encima de todos esos cabroncetes para subir las escaleras. Se meten en los portales para escapar del frío, me imagino. Pobre Leonora. No mataría ni a una mosca.

—¿No vio realmente a nadie, entonces?

Fred meneó la cabeza.

—Nanay. Pero sí que sé lo que oí. Y ahora me gustaría haber llamado. A veces llamo. Para ver si quiere unos pitos o cualquier cosa de la tienda. Porque sé que ella no sale de noche, entiende. Quienquiera que entrase en su casa es que la conocía. Cuando yo llamaba a la puerta al pasar siempre iba y me preguntaba: «¿Quién es?», «¿eres tú, Fred?». Cosas así, ya me entiende. Nunca abría la puerta sin estar segura primero de quién era. Eso es lo que me hace pensar que lo conocía —siguió—. He estado toda la mañana pensándolo. Cuando oí todo aquel jaleo en marcha bajé, sabe. Aquellas dos puñeteras tías chillando como locas. Fui yo el que los llamó a ustedes y a la ambulancia. Y he estado pensando en el tema desde entonces. Leonora conocía al que la atacó, muchacha, estoy convencido.

Kate dejó hablar al hombre. Lo que decía tenía bastante sentido. Si la mujer vivía sola, y no era de las que hacen mucha vida social, tenía que haber sido consciente de los peligros. Las mujeres que no tienen vida social siempre tienen más cuidado con la gente que llama a sus puertas que las que salen mucho por ahí.

—¿Se fijó usted si había algún coche extraño aparcado delante cuando se fue hacia...?

—Me fui al *pub*, al Hoy & Helmet. Y no, no vi ningún coche distinto aparcado fuera. Luego me trajo de vuelta un amigo sobre las once y cuarto y me fijé en que Leonora tenía todavía la luz encendida. Se veía por las rendijas de las cortinas. Es lo que le decía, que acabas por saberlo todo de todos. Viviendo unos encima de otros como aquí.

—¿Vio alguna vez a Leonora con un hombre? ¿Tal vez alguien del trabajo que viniera a traerla a casa?

—Siempre iba y venía a trabajar con su amiga Dorothy. Ni siquiera me parece haber visto que ninguna de ellas fuera sola. Hasta tienen los mismos días libres.

Kate sonrió para quitarle hierro a su frase siguiente.

—Parece que sabe usted un montón de cosas de Leonora Davidson, señor Borrings.

La miró con cara seria.

—Es que resulta que me gustaba, señora mía. Me gustaba un montón. No hay ley que lo prohíba, ¿o sí? Trato de ayudarla a usted, para que encuentren a la persona responsable. Eso es todo. Puede usted comprobar mi historia. Cantidad de gente me vio en el Hoy, voy mucho a ese *pub*.

—Eso no hará ninguna falta, señor Borrings. —Naturalmente que lo comprobarían por pura rutina, pero Kate tuvo buen cuidado de no mencionarlo—. Es

solo que normalmente la gente no está muy segura de muchas de las cosas que ven o que oyen. Por ejemplo, después del robo de un banco, cada testigo habla de que el ladrón llevaba un jersey de color distinto y tenía el pelo de un color diferente.

—Entiendo perfectamente a dónde quiere llegar, señorita —dijo en tono duro—. Pero yo no soy así. No malgasto las palabras. Digo lo que pienso y pienso bien lo que digo. Este condenado mundo sería mucho mejor si hubiera más gente así.

—Seguro. Bueno, ya le he robado mucho tiempo, señor Borrings. Muchísimas gracias, ha sido de gran ayuda.

El hombre se levantó y asintió con la cabeza, pero su cordialidad había desaparecido. Kate comprendió que era de los que normalmente pueden más que los otros. Por lo poco que había atisbado en torno a Leonora Davidson, probablemente él podía más que ella. Era como el niño que se sabe la respuesta correcta, y se pone a dar saltitos en el pupitre con la mano levantada temblando de emoción. Solo que a ese niño el maestro solía pasarlo por alto.

—No tengo inconveniente en identificar el cadáver de modo oficial, señorita. Su exmarido está en Canadá o en algún sitio así.

—Gracias. Se lo haremos saber si es necesario.

Kate se despidió y cogió el coche camino del hospital para la autopsia.

Lo primero que hizo al llegar fue ir a ver a Dorothy Smith. Le habían puesto una inyección de diazepam para tranquilizarla. Cuando Kate se sentó junto a ella, vio que la mujer tenía la mirada vidriosa. Le sonrió y Dorothy intentó enfocar la vista.

—Hola, soy la inspectora detective Burrows. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas si se siente usted con fuerzas.

Dorothy asintió con la cabeza.

—¿Está segura de que se encuentra bien? Puedo volver más tarde.

—No. No, le contestaré. Al final tendré que hacerlo. Así que mejor ahora que todavía lo tengo todo fresco en la memoria.

—¿Le habló alguna vez Leonora de que tuviera algún amigo? No solo novios, me refiero a amigos en general. Quizás algún compañero de trabajo que mostraba un interés particular por ella.

Dorothy meneó la cabeza.

—Nunca. No le gustaban demasiado los hombres, ¿sabe? Era muy reservada, de esas mujeres muy suyas. Hace más de quince años que la conozco y si hubiera tenido algún amigo lo sabría. Nos lo contábamos todo —a la mujer se le inundaron los ojos de lágrimas—. Leonora era muy buena, muy buena —dijo—, una persona agradable y considerada. ¿Cómo es que alguien quiso hacerle eso? ¿Por qué?

Kate no tuvo fuerzas para contestarle. En vez de eso, puso su mano sobre la de la mujer mayor, se la apretó con cariño y la dejó llorar a gusto.

Cuando se tranquilizó, Kate volvió a hablar:

—¿Qué me dice de Fred Borrings?

Dorothy soltó la mano de la de Kate.

—Solía preocuparse por ella, eso era todo. Yo creo que a él le hubiera gustado ser algo más que un amigo suyo, ya sabe, pero Leonora... —la voz se le volvió a quebrar—. Leonora no quería nada de eso. Su marido le daba palizas y ella juró que nunca jamás volvería a meterse en eso.

Kate miró a la mujer sin verla.

Entonces, ¿cómo diablos pudo aquel hombre entrar en su casa? Tal vez fuera vestido con el mono de algún trabajo, era un viejo truco. Llamas a la puerta y dices que eres del gas o de la luz y la gente te deja entrar en su casa sin más. Pero ¿no era probable que alguien se hubiera enterado? Tendría que esperar para ver qué contaban las personas a las que estaban tomando declaración. Una vez que hubieran cotejado todas esas declaraciones, tendrían una idea con la que empezar a trabajar.

Alguien tenía que haber visto algo, por mínimo que fuera. Esos pisos son como una colmena en actividad. En ellos se congregan desde los que esnifan pegamento a los adictos a la heroína. Así que incluso sus declaraciones, por vagas que fueran, podían ser la chispa que arrancase el motor de la investigación.

Cuando empezó la autopsia, Kate y Caitlin tuvieron el mismo pensamiento: una vez más aquel hombre había llegado y se había ido sin ser visto.

Por primera vez desde hacía años, Kate cruzó los dedos. Tenía la impresión de necesitar toda la suerte del mundo.

Patrick supo lo de Leonora Davidson por su amigo el jefe superior. Le prometieron toda la información que tuviesen sobre el tema en veinticuatro horas. Estaba sentado en el salón de su casa pensando sobre los nuevos acontecimientos. Por mucho que le gustase Kate (y le gustaba, le gustaba un montón), no veía que llegase a ninguna parte. Ni tampoco los hombres que él había empleado, tenía que admitirlo. Cerró los ojos y se los frotó con fuerza.

Si al menos tuviera algo para avanzar. Lo único que necesitaba era un pequeño indicio. Sabía que Kate estaba haciendo todo lo que podía, pero aquel hombre se les meaba encima. Estaría sentado en cualquier sitio partiéndose de risa al pensar en todos ellos, y Patrick Kelly no era persona que pudiera aguantar algo así. Cada vez que lo pensaba, se ponía encendido de rabia.

Para su hija había escogido un ataúd blanco forrado de grueso satén rojo. Estaba recubierto de plomo, hermético y a prueba de insectos. Pensar en su querida niña bajo tierra en medio del frío y la humedad llena de ciempiés y gusanos reptando por encima de toda su cara, metiéndosele en la boca y corriendo por los largos cabellos rubios, le daba verdaderas náuseas. Pero ese tipo que la había metido allí..., eso era harina de otro costal, desde luego. Patrick Kelly se ocuparía de que se pudriese bien podrido, de que muriese tan espantosamente como había matado.

Kelly volvió a frotarse los ojos. La tensión estaba empezando a notársele. Comprendió que estaba peligrosamente cerca del punto de explosión. Miró la fotografía de Mandy sobre la repisa. La habían sacado pocas semanas antes de su muerte, en el cumpleaños de una de sus amigas. La chica la había hecho ampliar y

enmarcar y se la había enviado, un acto de amistad que le había hecho brotar las lágrimas. Quienquiera que hubiese sacado aquella foto había captado a Mandy con la cabeza para atrás, los ojos medio cerrados, unos dientes perfectos como perlas al reír. Era una de esas fotografías que la suerte hace que salgan así con una cámara barata de usar y tirar, y le encantaba.

Willy llamó suavemente a la puerta antes de entrar en el salón.

—Es Kevin Cosgrove, Pat, quiere verte —el hombretón alzó las cejas—. ¿Quieres que le suelte un buen sopapo y que se vuelva por donde ha venido? —en la voz de Willy sonaba la esperanza.

Kelly meneó la cabeza.

—No —dijo—. Hazlo entrar.

Sintió de nuevo el apretón dentro del pecho. Últimamente se preguntaba si no estaría sufriendo algún tipo de problema cardíaco, pero desechó la idea.

Kevin entró en la habitación. Hasta Kelly se quedó asombrado de su aspecto. Había perdido peso y su apariencia habitualmente tan pulida había desaparecido. Llevaba el pelo descuidado y le hacía falta afeitarse.

—¡Cristo bendito, muchacho! ¡Si pareces un cirio de Pascua!

Kevin se quedó de pie en la puerta, indeciso, con la cara pálida de miedo.

—He venido por lo del funeral de Mandy, señor.

Patrick comprendió que el muchacho había necesitado armarse de mucho valor para venir a su casa, y aun a su pesar se quedó impresionado. Conocía a hombres más duros que el granito que no hubieran tenido las agallas de volver a entrar en su casa después de algo como lo que le había hecho a Cosgrove.

—¿Qué pasa con el funeral? —dijo con voz suave.

Kevin recorrió la sala con la vista y fijó la mirada en un jarrón japonés antes de contestar.

—Bueno, que quiero ir. Por favor.

La última palabra sonó calma y arrastrada. Una súplica en sí misma.

Patrick se quedó mirando al chico debatiendo el tema en su mente.

—Puedes ir, muchacho, pero no te acerques ni a mí ni a los míos. Y lo digo en serio, Kevin, yo siempre te echaré las culpas de lo que le pasó a Mandy. Siempre. Si tú no la hubieras dejado allí sola... —Patrick dejó la frase en el aire, sintió de nuevo aquella apretura en el corazón—. Vete, lárgate. Antes de que vuelva a perder la paciencia. Y acuérdate de lo que te he dicho, Kevin. Mantente bien alejado de mí, hijo. No sé lo que sería capaz de hacer si te veo demasiado por allí mientras la entierro.

Kevin dejó caer la cabeza, dio media vuelta sobre sus talones, salió de la sala y cerró la puerta tras él. Patrick se quedó un buen rato mirando la puerta. Finalmente, Willy entró trayendo una cafetera. Dejó la bandeja sobre la mesita eduardiana que estaba junto al sofá y sirvió dos tazas, una para Kelly y otra para él. Regó ambas con abundante coñac. Kelly observó a aquel hombretón intentando con su torpeza

convertirse en un mayordomo perfecto y le hizo gracia.

—Pensé que te iría bien un poco de palique, Pat. No creo que te sienta bien estar solo todo el tiempo. Necesitas un poco de compañía de vez en cuando. A tu salud. —Alzó la taza de café, le dio un sorbo y se quemó la lengua—. Me cago en todo: ¿la señora Manners quiere que se me suelden los labios o qué?

Patrick se rio con ganas. A veces Willy resultaba un verdadero tónico sin darse cuenta siquiera.

—¿Has sabido algo más, Pat?

Ahora ya había desaparecido cualquier formalidad y estaban a punto de iniciarse las cuestiones serias del día. Kelly tenía un acuerdo con Willy. Le daba rienda suelta cuando era necesario. Llevaban juntos mucho tiempo.

—No. La verdad es que nada. Mañana me darán los informes del nuevo asesinato.

—El degeneradillo ese tiene mucha cara ¿eh? Volver a aparecer así como si tal cosa. Yo le metería una buena por tanto descaro.

Patrick agitó la mano.

—Olvídalo. Algún día de estos se llevará lo suyo. Si Dios no se ocupa, ya lo haré yo.

—He estado pensando, Pat...

Kelly cerró los ojos. Aquella sí que era una buena novedad, Willy pensando.

—¿Sabes esa palomita de la bofia a la que te tiras...? O sea, quiero decir, esa con la que sales.

Kelly asintió, pero ahora a la defensiva.

—¿Qué pasa con ella? —Hoy no estaba de humor para que el señor Carisma le leyera la cartilla.

—Bueno, es que un día os oí de palique. Y ella hablaba de que andaban sacando sangre para hacer pruebas o no sé qué de AGE o lo que sea.

—ADN. De ADN. AGE significa Abogacía General del Estado. Pero es igual, qué pasa con eso.

La cara redonda de Willy mostraba desconcierto.

—¿Entonces qué significa ADN?

Patrick se estaba incomodando.

—¿Pero qué cojones voy a saber yo? ¿Es que soy un científico?

—Vale, vale, Pat, tranquilo, no te rebotes.

—Bueno, ¿pero qué me quieres decir?

—Pues ella te decía que es una cosa que podían hacer, pero que costaba mucho dinero.

—¿Hacer qué?

—Hacer los putos análisis de sangre. No me jodas, Pat, ¿tú no escuchas nada de lo que te dice la gente?

Al mirar el rostro franco de Willy, Kelly comprendió que por una vez había tenido una buena idea.

Una noche, mientras cenaban, Kate le había explicado que el ADN era como una huella dactilar genética. Todo el mundo sabía eso por los periódicos. Pero hasta ahora no había comprendido realmente el significado completo de lo que ella le decía.

—Hazme un favor, ¿quieres? Habla con el jefe superior y dile que quiero los datos de todos los casos que hayan resuelto alguna vez por el ADN. Y acuérdate bien, es ADN y no AGE. Porque si no, estaremos hasta el día del Juicio Final buscando el expediente de todos los pobres cabrones que la bofia haya incriminado alguna vez.

—Ahora mismo lo hago, Pat. —Willy se levantó y fue hacia la puerta.

—Ah, Willy —el hombre dio media vuelta—. Muchas gracias. Me has sido de gran ayuda, te lo agradezco.

Willy sonrió.

—ADN... ADN...

Seguía repitiendo aquello al salir por la puerta, como si le aterrara poder olvidarlo.

Patrick cogió la taza y dio unos sorbos al café saboreando el *brandy* punzante.

Tal vez pudiera hacer que se realizaran los deseos de Kate. Tal vez aquello pudiera llevarlos a alguna parte.

Caitlin y Kate tenían ante ellos la mayor parte de las declaraciones cotejadas y los dos se sentían bastante abatidos. Ni un atisbo de algo fuera de lo ordinario.

La autopsia había revelado que a pesar de que Leonora Davidson había sido estrangulada por su atacante, la causa de la muerte más probable era una «inhibición vagal». En otras palabras, que se había muerto literalmente de miedo.

—Bien, otro crimen y seguimos sin nada con qué empezar. Demonios, alguien tiene que haber visto algo, es lo más lógico.

Caitlin asintió.

—Aquí hay algunas claves, y sencillamente lo que puede resultar viable es ordenarlas. La gente ve cosas, pero no se percatan de lo que está viendo. —Golpeó con los dedos los papeles que tenía delante—. Alguno de estos puede haber visto a nuestro hombre, solo que todavía no se ha dado cuenta. O bien es alguien de allí y están acostumbrados a verlo, o bien paseaba por la zona y pasaron junto a él por la calle. Pero alguien lo ha visto, solo que todavía nadie lo ha relacionado con el conjunto. Creo que ha dejado de usar el coche. Así que o bien va en taxi a donde vaya o lo tiene todo a una distancia que se puede hacer andando.

—Podría haber cogido un autobús.

—Ahí lo tienes, en ese caso *hay* personas que lo han visto. Si pudiéramos dar con una sola persona que viera alguna cosa distinta en el autobús al ir o volver a casa del trabajo, lo que fuese, estaríamos en marcha.

—Bueno, Spencer ha hablado con todas las empresas de radio-taxi y ahora anda comprobando con todas las personas que llamaron entre las nueve y las doce de la noche del asesinato de Leonora. Pero de momento, solo se encuentra mala fe, irritación, cabreos... y nada más.

—Pero los asesinatos ya están produciendo conflictos. Un crimen es emocionante, dos también, pero cuatro significa que no estamos haciendo nuestro trabajo y cada persona que entrevistamos se piensa que está en cuestión.

—Seguro que todos son unos idiotas de la leche. Escucha, haré que Willis vaya a ver a los conductores de autobús. Puede que uno de ellos haya visto algo, ya sabes, o más exactamente a alguien.

Kate asintió.

—«Inhibición vagal», nunca lo había oído. Suena terrible.

—Solo de pensarlo se me revuelve el estómago. Tú vete ya, Katie, yo me quedaré un ratito más. Necesitas dormir un poco.

Kate se levantó y se alisó la falda.

—Tienes unas buenas piernas, ¿sabes, Kate? —y antes de que pudiera replicarle, volvió a hablar—: ¿Cómo está la chica?

—¿Lizzy? Está bien. La verdad es que ahora voy a ir a verla.

—Bien, pronto volverá a estar en marcha, si Dios quiere. ¿Querrás darme las carpetas de la W, por favor, antes de irte?

Kate se acercó al archivador y abrió el cajón. En la parte de atrás había una botella de Teacher's. Kate la sacó y se la llevó a Caitlin, que se ocupó de ella.

—Este país es un sitio espantoso, sabes. ¡Un irlandés bebiendo *whisky* escocés! —meneó la cabeza—. Por favor, Dios mío, ¡haz que algún día encuentre una tienda donde vendan Bushmill's!

—Dices lo mismo que mi madre.

—¡Ah, seguro que es una mujer muy sabia!

Kate recogió la chaqueta y el bolso.

—Te veré por la mañana, Kenneth.

—Kenny.

Kate cruzó la oficina muy sonriente, apartando deliberadamente la vista de las fotografías de las víctimas que estaban en la pared.

Se detuvo ante la mesa de Amanda Dawkins.

—¿Hay algo?

Amanda meneó la cabeza.

—Nada.

Kate suspiró.

—Mañana nos vemos.

—Buenas noches.

Cogió el coche y fue hasta el hospital Worley. Empezaba la noche y el tráfico acababa de aclararse, de manera que pudo llegar sin atascos. Estuvo allí en veinte minutos. Al bajarse del coche y contemplar el viejo edificio, se le puso un nudo en la garganta. Pero Patrick tenía razón al decir que por lo menos Lizzy estaba vivita y coleando. Si Kate hubiera tenido que identificarla como había tenido que identificar Ronald Butler a su hija, no sabía qué habría hecho.

Con el último crimen, la presión era ya grande. Había que atrapar a aquel hombre, y deprisa. Lo más deprisa posible. Se decía que a menos que un asesino fuera apresado durante los tres primeros días, las posibilidades de descubrirlo eran mínimas. Cosa que era verdad, pero este hombre de ahora cometía un asesinato tras otro. Lo había probado y le había gustado, y todas las señales indicaban que era incapaz de controlarse.

Fue andando por el pasillo hacia la sala de Lizzy. Oyó a los Simply Red cantando *If you don't know me by now* y sonrió levemente. Por lo menos, no era el ambiente acostumbrado en los hospitales. Aquí Lizzy podía oír música, llevar su ropa y había personal cualificado para hablar con ella y escucharla contar sus problemas.

Se dio ánimos, plantificó una sonrisa en la cara y entró en la sala. Lizzy estaba sentada ante una mesa con otras dos chicas. Kate se acercó a ella y la besó en la cabeza.

—¡Hola, mami!

Lizzy tenía un aspecto estupendo. En la semana que llevaba allí, había hecho unos progresos evidentes. Kate se sentó a la mesa e hizo un gesto de saludo a las otras dos. Una chica morena de huesos anchos se levantó.

—¿Quiere que le traiga un café? —le preguntó.

—Gracias, sí, sin azúcar.

—He oído lo del asesinato, mami, es terrible. Justo estábamos hablando de eso.

Kate no supo qué decir. Lizzy le había pedido que no dijese que era policía. Y ahora ella lo proclamaba sin más.

Una chica rubia con grandes ojos verdes y una gran masa de pelo rizado movió la cabeza.

—La verdad es que un trabajo como el suyo debe tener mucho estrés. No sé cómo puede usted mirar toda esa cantidad de cadáveres, tía...

Kate sonrió. ¡La chica estaba impresionada!

—No es muy agradable, tengo que admitirlo, pero alguien tiene que hacerlo.

—Mamá ha trabajado en montones de crímenes, ¿a que sí, mami?

Kate se sintió de lo más incómoda.

—Bueno, en montones no —dijo—, en unos pocos. Los asesinatos no son tan corrientes como se piensa.

—¿Y tiene alguna idea de quién es el Destripador de Grantley?

Kate miró a los ojos verdes de la chica.

—No. Si he de serte sincera, no tenemos ni idea. Pero estamos trabajando.

La morena llegó con una taza de café y se marchó junto con la otra. Kate tuvo la sensación de que la conocían y que Lizzy quería que la dejaran sola.

—A esto lo llaman tiempo de calidad, mami. Cuando tienes una visita, las otras tienen que marcharse.

—¿Y por qué están aquí? —Kate dio un sorbo al café.

—Bueno, la morena es Andrea. Intentó matarse porque tenía un montón de

problemas. Estaba estudiando para sacarse el bachiller, y de repente todo se le vino encima. Es realmente encantadora, ¿sabes?

—¿Y qué me dices de la rubita?

—¡Es una enfermera, mami! Casi no se pueden distinguir, ¿a que no?

—¡Desde luego! —dijo Kate riéndose—. Pero bueno, a ver, ¿tú cómo estás?

Lizzy suspiró y se levantó el flequillo al soltar el aire.

—Me encuentro mucho mejor, hoy he vuelto a ver al psiquiatra. Es realmente encantador, mami. Me dijo que tengo un conflicto de personalidad. Que intentaba ser una cosa cuando quería ser otra. Dijo que mi comportamiento estaba causado por la inseguridad. Que yo quería pertenecer a algo, pero como que me rebelaba contra todo.

—¿Y crees que tiene razón?

Lizzy miró a su madre a los ojos y asintió.

—Perdóname por lo que hice, mami. Cuando supe que abu había leído mi diario, es que me quería morir. Ya sé que me queréis, mami, y yo te quiero y a la abuela también, pero hay veces que me siento como si fuera el segundo plato, sabes. Tu trabajo siempre va por delante de mí. Y papá nunca estuvo realmente allí. Ya sé que utiliza a todo el mundo. Me utiliza a mí, eso hace mucho tiempo que lo sé, pero sigo queriéndolo. Es mi padre. —Sus ojos suplicaban comprensión.

Kate asintió.

—El trabajo era lo primero porque necesitábamos el dinero, si he de serte sincera, Lizzy. Tu padre nunca contribuyó ni con un penique para mantenerte. Me dejó con una hipoteca, una niña y un corazón destrozado. —Kate sonrió para quitar hierro a sus palabras—. Y tuve que organizar alguna vida adecuada para todas nosotras, tenía que trabajar. Y me presentaba para los ascensos porque eso era más dinero. Compré la casa en la que todavía vivimos y todavía me queda por pagar, y tengo que seguir pagando el mantenimiento; tu abuela solo tiene una pequeña pensión...

Kate apretó la mano de Lizzy encima de la mesa.

—Nunca tuve intención de hacer que te sintieras marginada, Lizzy. Tú has sido mi única razón para trabajar. Quería que tuvieses lo mejor que yo te pudiese dar. Y por eso yo nunca tuve una vida personal.

—Papá me ha contado lo de tu novio.

Kate sintió que una frialdad se le instalaba alrededor del corazón, pero cuando miró a Lizzy, vio que la muchacha sonreía.

—Quita esa cara de susto, mami, me parece fabuloso. Una vez vi a ese Patrick Kelly. Vino al colegio para hacer una donación. Es verdaderamente guapo. ¡Moreno e inquietante! Ese es mi tipo, mami, tenemos los mismos gustos.

Kate dejó caer la cabeza sobre el pecho y se mordió el labio. Después de lo que había leído en el diario de Lizzy, cualquiera parecía ser del gusto de Lizzy. Kate se tragó ese pensamiento. Tenía que dejar de juzgarla o nunca volverían a encontrar el equilibrio.

—Está muy bien. Pero creo que soy un poco mayor para tener novio, ¿no te parece? Digamos que es más bien un... buen amigo.

—Pues lo que papá opina es que es un novio y un amante total. Está tan celoso... De veras, mami, ¡tendrías que haberlo visto! ¡Estaba completamente verde! —Lizzy soltó unas buenas carcajadas, con lo que todos cuantos estaban en la sala miraron hacia ella y sonrieron.

—¿Y tú que le dijiste, Liz?

Lizzy se inclinó por encima de la mesa y con uno de sus ademanes de siempre, que le puso a Kate un nudo en la garganta, se apartó los cabellos de la cara y le sonrió, con toda la pinta de colegiala del mundo. A Kate, aquella mujer-niña le provocó ganas de llorar. Parpadeó para apartar las lágrimas ardientes.

—Pues le dije que aquello no era asunto suyo para nada.

Los ojos de Kate se agrandaron.

—¡Apostaría a que eso no le cayó muy bien, Liz!

Lizzy se rio aún más fuerte.

—¡Le cayó totalmente fatal, mami! Pero le dije directamente —Lizzy volvía a tener cara seria—, le dije que ese era el problema de esta familia, que todo el mundo hacía lo que se esperaba de ellos y nunca hacían lo que querían hacer.

Kate miró a Lizzy asombrada. Su hija le pareció más adulta e inteligente de lo que nunca le había parecido.

—Se marchó de aquí de lo más mosqueado, te lo aseguro.

—¡Oh, Lizzy!

—Nada de ¡oh Lizzy! Si tengo que decir lo que de verdad pienso, como insiste el psiquiatra que tengo que hacer, aunque te guste o no, lo diré.

Abrió los brazos cuanto pudo.

—Me siento fabulosa, mami. Realmente fantástica, por primera vez desde hace siglos. Joanie vino esta mañana y estuvimos hablando un buen rato. Me dijo sin ningún miramiento la mierda absoluta que yo había estado siendo y tuve que darle la razón. Pero le prometí, y ahora te lo prometo a ti, que me portaré mejor. Que voy a ser mucho mejor.

—Lizzy, yo te quiero, seas lo que seas o hagas lo que hagas.

—Ya lo sé, mami —y sonrió—. Y ahora cuéntame, ¿cómo es ese Patrick Kelly?

—No es más que un buen amigo. Cuando asesinaron a su hija, digamos que... no sé..., como que hicimos amistad, supongo.

—Abu dice que es encantador. Pero eso es porque es irlandés. ¿Te acuerdas de cuando Boy George estaba el primero en los Principales y abu decía?: «¿Pero qué demonios es eso de la tele?», y yo decía: «Es Boy George, abu, su nombre verdadero es George O'Dowd. Su familia es irlandesa», y la abuela lo escuchaba un rato y luego decía: «¡Pues sí, no es tan malo!».

—Sí, me acuerdo de eso —dijo Kate entre risas.

—Así que, vamos, mami, ¿cómo es de verdad? —Lizzy tenía una expresión

ávida.

—Es un hombre de lo más amable. Y ahora ya basta de eso, señora mía. Cuéntame cosas de ti. ¿Qué ha pasado por aquí?

Lizzy empezó a contarle lo que había hecho ese día, y Kate la escuchaba, contenta por haber dejado de lado el tema de Patrick.

Pero se admitió a sí misma que muchas veces se perdía en sus pensamientos. En su mente revivía de vez en cuando cómo hacían el amor. Era un hombre excitante y peligroso, al menos en potencia, una combinación letal, pero a Kate no le importaba. Por primera vez en su vida se sentía amada, y eso le sentaba estupendamente.

—Antes de que se me olvide, Lizzy, ¿qué te parecería ir de viaje a Australia?

La chica puso unos ojos como platos.

—¿De verdad? ¿Te refieres a ir a ver al tío Pete?

Kate asintió.

—¡Oh, mami, eso sería excelente!

—La abuela iría contigo. Yo no puedo porque en el trabajo no me dan tantos días libres, pero pensé que tú lo disfrutarías. Será un buen cambio. Tendrás sol y verás a tus primos.

Lizzy se lanzó de la silla y rodeó el cuerpo de su madre con sus brazos. Kate notó su excitación.

También ella estrechó a su hija. A Kate le hubiera encantado ir también, pero simplemente no podía permitírselo. De hecho, pensaba pedir un crédito en el banco para pagar el viaje de Lizzy y Evelyn, y para sus gastos y lo demás. Pero hubiera vendido su alma de buena gana si eso servía para hacer feliz a su hija.

—¡Oh, mami, eres tan buena conmigo!

Kate la besó en el pelo suave que olía a dulce.

—Averiguaremos cuándo puedes marcharte de aquí y entonces haré las reservas. Eso te servirá para poner la ilusión en algo.

Lizzy fue corriendo hasta un grupito de chicas que estaban junto al tocadiscos y les contó la suerte que había tenido. Al ver la cara de felicidad de su hija Kate, se sintió más ligera por dentro de lo que se había sentido en mucho tiempo.

En ese momento, Dan estaba sentado frente a Frederick Flowers. Eran más de las siete y Flowers intentaba disimuladamente mirar el reloj. Dan lo vio y eso le molestó.

—Bien, ¿qué va a hacer usted al respecto?

La rubia apostura de Dan había molestado a Flowers ya de entrada. Le había caído mal aquel hombre en el mismo momento en que abrió la boca.

—Su exmujer, señor Burrows, tiene graduación de oficial. Y está trabajando en un caso que concierne a la hija del señor Kelly.

Dan interrumpió:

—¡Pero se está acostando con ese hombre!

Flowers sonrió fastidiado.

—Me temo que lo único que tengo para certificarlo es su palabra. —Se puso de

pie y le tendió la mano—. Le prometo que me ocuparé de sus alegaciones personalmente.

Dan se levantó también e ignoró la mano tendida. Apuntó al hombre con el dedo índice.

—Se está tirando a un hampón conocido. Y a mí personalmente me parece que eso hay que vigilarlo de cerca.

Giró sobre sus talones y salió muy digno de la habitación. Flowers se sentó y suspiró.

Se imaginó llamando por teléfono a Patrick Kelly para decirle que dejara en paz a Kate Burrows. Flowers y Kelly eran uña y carne. Y llevaban bastantes años siéndolo. Sin embargo, tuvo que admitir que lo de Kate Burrows le sorprendía. Era un buen mando, uno de los mejores. No había pensado jamás en que pudiera llegar a verse envuelta en un lío con Kelly. Pero bueno, esa era la lógica femenina, supuso.

En cambio comprendía perfectamente que Kate Burrows quisiera librarse de aquel marido suyo tan alto y tan guapo. Aquel tipo era un perdonavidas.

Se levantó y se alisó las arrugas de los pantalones. En casa es donde hubiera querido estar ya. Salió de su despacho y cerró la puerta, tomando nota mentalmente de acordarse de decirle a su secretaria que no le diera más citas a Daniel Burrows por muy urgente que pareciera la petición.

Una bronca con él era más que suficiente.

Kate llegó a casa, comió algo a toda prisa, se bañó, se cambió y volvió a marcharse en un tiempo récord. Le dijo a su madre que no la esperase, a lo que Evelyn replicó con una sonrisa de inteligencia.

Dejó el coche en la entrada de Patrick justo antes de las nueve. Willy le abrió la puerta sin darla tiempo a llamar y la condujo al salón.

—El señor Kelly bajará en breve. ¿Puedo servirle una copa?

—Esperaré a Patrick si no le importa.

Willy le dirigió su sonrisa más cordial. Hizo una inclinación y salió de la sala.

Kate se sentó en el sofá y sonrió. Se echó para atrás y se relajó en la comodidad del asiento. Como todo lo que había en la casa, era bonito y práctico. Estaba tan contenta de que Lizzy se encontrara mejor..., era como si le hubieran quitado un gran peso de encima. El psiquiatra había dicho que una gran cantidad de jóvenes pasaban por lo que estaba pasando Lizzy; que era parte del paquete de hacerse mayor en el mundo actual. Fue él quien sugirió que podría irle bien un cambio de ambiente. Dijo que no tomaba drogas de modo habitual, que no estaba enganchada psicológicamente, sino que las tomaba como un medio de escape. Subrayó también que la vida sexual exageradamente activa no era nada anormal en estos tiempos. Muchas jovencitas habían tenido ocho o nueve parejas sexuales antes de llegar a los veinte. Era un auténtico signo de los tiempos. A él le interesaba más saber si habían utilizado condón.

«Cada día se aprende algo nuevo», pensó Kate.

Patrick entró en el salón. Llevaba una bata azul oscuro.

—¿Te estabas bañando?

—No, estaba preparando una hoguera.

Kate se rio. Él se acercó a ella y la besó. Notó sus labios tocar los suyos suavemente y sintió de nuevo aquella fuerza animal. Aquel hombre era como una droga, peligrosamente adictivo.

—He dicho a Willy que abra una botella de Barolo. ¿Qué me dices de una copa?

Kate asintió y Patrick salió de la habitación. Se sentó en la butaca con las manos en los brazos. Otra cosa que le admiraba de Patrick es que por ningún sitio se veían televisiones, aunque sabía que las puertas del armario grande de roble que cubría la pared de su lado albergaban un televisor de treinta y dos pulgadas y pantalla plana de última generación.

Kate no era de ver mucho la televisión, era más lectora. Esa era la manera que elegía para relajarse. Y Patrick era igual. De hecho, tenían un montón de cosas en común. Por una parte, Patrick la asustaba: sabía muchas cosas sobre él y no todas eran buenas. Pero cuando estaba con él, junto a él, podía perdonarle lo que fuera. Cualquier cosa. Sabía que se daba a sí misma toda clase de excusas respecto a él.

Patrick volvió a entrar en la sala con una botella y dos copas de cristal. Sirvió la bebida en las dos y se sentó en el suelo junto a la butaca de Kate.

—Qué delicia, Kate. Es muy bueno tener otra vez a una mujer por casa.

—¿Y qué me dices de la señora Manners?

Patrick tomó un trago de vino.

—La señora Manners es una gran cocinera y una persona muy querida, pero no puede decirse que me ponga en marcha, ¿sabes qué quiero decir?

Kate contempló desde arriba las duras facciones de su rostro y sintió un nudo en el estómago.

Deseaba de verdad a aquel hombre.

—¿Cómo van las cosas con la investigación? —preguntó él en tono sombrío.

Kate notó que su buen humor empezaba a esfumarse.

—¿Debo entender que todavía no hay nada con lo que trabajar?

Ella movió la cabeza.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, pero como ya te dije antes, Pat, alguien así, bueno, es un hueso duro de roer.

Patrick se arrodilló delante de ella y bebió un poco más de vino.

—¿Qué era aquello de lo que hablaste una vez? Lo del ADN.

—Oh, la huella dactilar genética. Eso es prácticamente todo lo que tenemos. El problema es que nadie nos autorizará a gastar todo el dinero que cuesta hacer análisis de sangre a más de cinco mil hombres. Pero ya se ha hecho antes de ahora, en Leicestershire, en Enderby. En el ochenta y tres, me parece que fue.

—¿Y funcionó?

Kate asintió.

—Sí, la verdad es que sí.

Ambos se quedaron callados y Patrick volvió a sentarse en el suelo. Bebieron su vino en silencio. Un silencio amigable. Eso era otra cosa que le atraía de Patrick. Podía estar sentada con él sin decir una sola palabra. Con Dan, cuando había silencios, siempre estaban cargados. Pero con Patrick era algo natural. Se puso de pie y cogió el vaso de su mano. La levantó de la silla y la besó, larga e intensamente.

—Vente a la cama conmigo, Kate, te deseo una barbaridad.

Ella movió levemente la cabeza asintiendo. Con sus vasos en la mano, se dirigieron al dormitorio y allí Patrick empezó a desnudarla lentamente, acariciándole cada parte del cuerpo que iba quedando expuesta a su mirada. La primera vez que le había hecho aquello, se había sentido como si fuera a morir de placer. Que él tuviera una amplia experiencia en hacer el amor, no le molestó ni un ápice. A Kate nunca nadie la había amado de esa forma. Él le hacía el amor a su antojo, manteniéndola en un estado de expectación que era al mismo tiempo erótico y alucinante. La hizo llegar al orgasmo con la boca antes de penetrarla, luego lo hizo moviéndose con lentitud, a golpes largos y poderosos, hasta que ella se sintió a punto de correrse otra vez. Nunca había experimentado tanto placer y tanta felicidad en un acto sexual. Dejar esto ahora iba a resultarle muy difícil.

Capítulo Diecinueve

1953

George tenía los brazos cansados. Se subió un poco más los paquetes y los apretó contra el pecho con más fuerza. Allí, de pie en la cola, tenía los pies rozados y helados. Necesitaba desesperadamente unos zapatos nuevos; aquellos le venían demasiado pequeños y tenían un gran agujero en la suela que había tapado con un cartón. Pero ahora estaba empapado y no era nada cómodo. Observó fastidiado el número que montaba la anciana que estaba delante de él para contar el cambio. Sintió ganas de apartarla del mostrador de un buen tirón y sacarla a patadas de la tienda. En vez de eso, le dirigió una sonrisa cuando por fin se fue, y gracias a Dios él pudo poner los paquetes sobre el mostrador mientras la mujer con gafas los pesaba y les ponía los sellos.

Libre ya de su carga, se llevó la mano al bolsillo donde descansaban bien guardaditas sus ganancias.

Sonrió. Las ganancias de su primera semana. Se regalaría unos zapatos nuevos. Terminado su último recado del día, inició el largo camino de vuelta a casa. A partir de mañana podría coger el autobús para ir al trabajo, a menos que... Meneó la cabeza para apartar de ella los malos pensamientos. Caminó confiado por las calles bulliciosas como un buen muchacho que sabía a dónde iba. A lo largo de los años había ido aprendiendo poco a poco a moverse por todo Londres, por el norte, el sur y el este. Su madre se mudaba con tanta frecuencia, que conocía prácticamente cualquier zona. Ahora estaban en Ilford y se sabía el barrio como la palma de su mano.

Por fin, después de una hora de andar, llegó a la casa de Green Lanes. Estaba cansado. Cansado de veras. Una cosa buena de su madre era que siempre te daba una buena comida. Rodeó la casa por detrás y se metió en la cocina, limpiándose los pies meticulosamente en el felpudo de la puerta trasera.

—¡Llegas tarde! —dijo Nancy con voz de fastidio.

George asintió tras darse cuenta de que no le recibía ningún olor apetitoso. Miró la cocina de gas consternado.

—No hace falta que mires así, Georgie, muchachito. Hasta que me des lo de tu manutención, no hay nada para comer. He pensado que esta noche iríamos al Chippy; para celebrarlo, digamos.

George se quitó la chaqueta y la colgó detrás de la puerta en la percha que con ese propósito había allí. Nancy aborrecía el desorden.

—¿Y qué? —era más una declaración que una pregunta.

George se metió la mano en el bolsillo y sacó el sobre del salario. Estaba sin abrir.

Nancy se lo arrebató de la mano con avidez y lo desgarró. Vertió las monedas en su mano grande con las uñas esmaltadas de rojo.

—¿No hay más? —se le estrecharon los ojos al mirarlo fijo—. ¿Treinta chelines? George asintió otra vez.

—Necesito unos zapatos nuevos.

Nancy se echó a reír.

—¡Pues como todos! —soltó dos monedas de media corona sobre la mesa—. Esa es tu parte, Georgie, muchacho. Veinticinco chelines son lo de tu manutención.

Como vio la cara que ponía, se puso a la defensiva:

—Escúchame bien, te he mantenido toda la vida, ya va siendo hora de que me pagues tú algo.

Mientras hablaba, Jed McAnulty entró en la cocina. Era evidente que venía de dormir. Miró el dinero que estaba encima de la mesa y se le iluminó la cara. Nancy lo vio y se volvió hacia él.

—Ni se te ocurra pensar que vas a pillar algo de esto, porque no es así —le dijo.

George suspiró y recogió a toda prisa sus dos medias coronas. No podría tener los zapatos e ir a trabajar en autobús. Tendría que ahorrar. Su libertad recién adquirida se le esfumó al oír cómo Nancy y su novio se peleaban.

George se fue al cuarto de estar y se sentó en el sofá. Poco después oyó un portazo de la puerta trasera y los tacones altos de su madre en el cemento de la entrada. Jed entró en la sala de estar.

—Se ha ido a comprar la comida. —Jed se sentó en la silla junto al fuego y se pasó el peine de plástico por el pelo—. No sé por qué no te buscas un lugarcito para vivir, Georgie. No le des los cuartos a esa bruja.

Se quedó callado mirando el fuego.

—Escucha, hijo, se gana una fortuna haciendo lo que hace. No necesita de tu dinero, te lo coge por mala leche. No he conocido una mujer como ella en toda mi vida.

George miró al hombre con aire tranquilo.

—Tú vives a su costa, Jed. Por ahí es por donde se le va todo el dinero.

Jed se mordió el labio y sonrió.

—Yo y tu madre tenemos un arreglo. Yo le doy lo que necesita para hacer su trabajo, eso es todo. Pero dejando eso aparte, hijo, tiene por ahí guardada una pequeña fortuna, no necesita tu dinero.

George sabía que era verdad. Sabía que Jed trataba de ayudarlo. Pero como siempre, la lealtad a su madre se ponía por delante.

—Todos vosotros, todos los hombres que conoce, todos os aprovecháis de ella.

Jed volvió a sonreír.

—Mira, chico, a tu madre le gusta su modo de vivir. Es una de las pocas fulanas... o sea, quiero decir, trabajadoras... Yo sé que le encanta su trabajo.

George cerró los ojos. Jed le traía hombres a casa a Nancy y después se sentaba a

beber en la planta baja mientras la otra ejercía su oficio en el piso de arriba. El último hombre que había tenido Nancy era un irlandés grandote que había incluido a George como parte de su arreglo. Para ser justos, Jed nunca intentó nada así. Cuando Nancy se lo comentó, se había rebotado un montón y le dijo que eso era antinatural. Después de aquello, a George, Jed le gustó un montón. Era como si viniera a encargarse de lo que Edith había dejado.

—Piensa en lo que te digo, hijo. Tienes un buen trabajito, mira a ver si puedes conseguir un cuarto en algún sitio.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Nancy estaba en la cocina escuchando su conversación, porque se había olvidado el bolso que tenía repleto de dinero. Dinero cuya existencia Jed conocía pero que no lograba encontrar. Nancy había vuelto a casa a buscarlo y lo oyó todo. Con el ceño fuertemente fruncido, volvió a salir por la puerta de atrás en silencio y se fue a por comida.

George, tumbado en la cama, escuchaba el silencio. Estaba agotado, pero no conseguía dormir. Las palabras de Jed le resonaban en la cabeza. Si se marchaba de casa y cogía un cuarto por ahí, podría tener una vida propia. Fantaseó con lo de tener un pequeño refugio con un bonito papel en la pared y un tocadiscos. Lo veía en sus pensamientos como si fuera real. Una colcha de algodón bien limpia en la cama doble. Una pila de discos junto al tocadiscos y una estufa eléctrica para estar caliente. Tal vez también un armario pequeño con ropa y zapatos bonitos dentro. Y una alfombra a cada lado de la cama. En un rincón del cuarto, una butaca cómoda y sus libros favoritos sobre una mesita de café al lado. Estaba tan sumido en su fantasía, que ni siquiera oyó que se abría la puerta del dormitorio. Cuando Nancy se sentó en el borde de la cama, se sobresaltó.

—Georgie, muchacho —le dijo con voz baja y suave.

Él no contestó.

Nancy encendió la lámpara de al lado de la cama y lo miró con la cara arrugada de tan gran sonrisa que mostraba. Sacó un billete de diez chelines del bolsillo de su bata y lo dejó sobre la mesita de noche.

—Esto es tuyo, Georgie. Con quince chelines a la semana bastará para tu manutención. No me gusta la idea de que tengas que ir andando a trabajar de ese modo, sobre todo con este tiempo.

George la miró con desconfianza. Nancy levantó la mano y él se encogió automáticamente. Oyó su risa profunda y ronca y luego sintió en la cara unas manos frías que lo acariciaban. Las manos fueron bajando por el cuerpo hasta el pecho con movimientos circulares, que hicieron que se le pusiera la carne de gallina. A su pesar, sintió que se le producía una erección y tiró de las sábanas para taparse. Nancy las volvió a bajar y le sonrió.

—¿No irás a dejar sola a tu mamaíta, Georgie, muchachito, verdad?

La voz sonaba ronca, y al acercarse más George aspiró su perfume.

Lo único que quería era que se marchase. Le suplicaba mentalmente que le dejase

solo, pero los hábitos de la infancia son difíciles de romper. Tenía asociada a Nancy con la excitación. Sintió sus dedos agarrarle el pene y cerró los ojos con fuerza.

Nancy empezó a mover la mano. Tenía los ojos brillantes a la luz de la lámpara.

—Tu mamita te quiere mucho, Georgie, muchachito.

Eyaculó con todo su cuerpo delgado estremeciéndose con frenesí.

—Y Georgie quiere a su mamaíta, ¿verdad que sí?

Lo besó en los labios atrayéndolo hacia ella. Después, apagó la lámpara y salió del cuarto tan silenciosa y furtivamente como había entrado.

George notó que sus muslos estaban pegajosos y aquello hizo que de repente, las compuertas reventaran. Empezó a llorar con fuerza, con unos sollozos estremecedores tan confusos como lo estaba su mente. Se apretó los puños en los ojos para contener las lágrimas. Porque la odiaba. La odiaba muchísimo. Odiaba todas las cosas que le había hecho, odiaba cómo le hacía sentirse y odiaba cómo le tocaba. Se asustó. Pero lo que más le asustó de todo era que, por mucho que la odiase, la quería.

La quería muchísimo.

Nancy se tumbó al lado de Jed escuchando los sollozos del niño y sonrió. George era todo lo que tenía y ninguno la abandonaría. Por lo menos hasta que hubiera terminado con ellos.

Se quedó dormida. Jed se dio la vuelta y se tiró una sonora ventosidad, y siguió durmiendo tan contento sin percatarse de que después de aquella conversación suya con George, sus días estaban contados.

George se despertó, se encontró un desayuno de cuchillo y tenedor y cogió el autobús para irse a trabajar con el estómago lleno. Durante la media hora del almuerzo, fue a comprarse unos zapatos nuevos. Volvió a casa en autobús y también se encontró la cena hecha.

Nancy lo recibió con grandes alharacas. Tardó un buen rato hasta descubrir que Jed se había marchado. Si hubiera sido un chico con un poco más de mundo, se habría dado cuenta de qué se llevaba Nancy entre manos. En vez de eso, como de costumbre, agradeció el respiro en sus malos tratos.

Los sucesos de la noche anterior fueron expulsados de sus pensamientos. Hasta la próxima vez.

Capítulo Veinte

Frederick Flowers, jefe superior de la policía de Grantley, estaba sentado en su despacho y leía los últimos informes sobre el Destripador. No estaba muy contento con lo que veía. Era ya principios de febrero y de momento el tipo había logrado escapar con cuatro crímenes. Eran todos asesinatos notables, eso tenía que admitirlo, crímenes sexuales como aquellos parecían captar el interés del público y los periódicos aprovechaban la situación todo lo posible. Ahora ignoraban sus llamadas porque tanto el *Sun* como el *Star* andaban a la busca de algo que colgarle a las fuerzas del orden. Flowers se echó para atrás en su sillón.

Después de veintidós años en la policía, había visto muchísimos cambios. Todavía se acordaba de cuando era una fuerza respetada, admirada y temida; sí, temida. Ahora, si agarrabas con fuerza a un sospechoso por el brazo, había muchas probabilidades de que el diputado de su distrito clamase en la Cámara de los Comunes contra la «brutalidad policial». Y entonces, cuando pasaba algo así, todo el mundo esperaba que detuvieran a alguien en veinticuatro horas.

Frunció el ceño. Si capturaban a ese hombre, las almas compasivas se apiadarían de él. Para cuando los psicólogos y los asistentes sociales y todos los demás progres de pacotilla con un título detrás del apellido hubieran terminado, habrían decidido que el tipo no estaba en condiciones de comparecer en juicio y lo internarían en el manicomio de Broadmoor con unas condiciones de vida mucho mejores de las que habría tenido hasta entonces. Eso ya lo había visto muchas veces antes, pero en aquellos momentos, sin embargo, los periódicos y la gente clamaban por su sangre, de modo que había que atrapar al interfecto... y rápido.

Flowers volvió a coger los informes, pero no tenía ánimo para leerlos. Lo que quería era jugar al golf, hoy igual que todos los miércoles, pero eso era imposible. Lo único que le faltaba era que le hicieran una foto en el campo de golf cuando estaba metido en una investigación de máxima importancia: los periódicos acabarían con él en un abrir y cerrar de ojos. Estaba tan sumido en esos pensamientos que cuando la secretaria hizo sonar el interfono, dio un auténtico salto en el sillón.

Apretó el botón para contestar.

—¿Qué?

Fuera, Janet volvió los ojos al cielo. No le gustaba demasiado Frederick Flowers y sus maneras bruscas le atacaban los nervios.

—Abajo hay dos señores que quieren verle, señor, unos tales señores Kelly y Gabney. ¿Le digo al sargento de recepción que los mande subir?

Frederick Flowers notó que se le secaba la boca y una oleada de náuseas le recorría el cuerpo. ¿Patrick Kelly aquí? Si alguien los veía y sumase dos y dos...

La parte lógica de su cerebro recordó que a Kelly nunca lo habían condenado por nada, y que tenía todo el derecho a estar en una comisaría de policía. Pero sus tripas le decían que resultaba peligroso profesionalmente que en la comisaría lo asociaran

con Kelly. Se veían en la vida social, como pasaba con muchos hampones y policías, eso entraba en el lote de la vida cotidiana. Los dos eran masones, y miembros de los mismos clubes. Los dos hacían vida social regularmente con el diputado del distrito. Pero que se presentase aquí, en su despacho, delante de todo el personal... ¡Imagina que te llama Freddie!

—Señor, ¿puedo decir al señor Kelly y al señor Gabney que suban?

—Oh, sí, sí, Janet. Acompáñalos aquí, por favor.

Lo peor de todo era que no había modo de poder negarse a verlo.

Flowers abrió un cajón de la mesa y sacó un paquete pequeño de Settlers; se metió dos en la boca y los masticó haciendo ruido mientras esperaba a Kelly.

¿Por qué no podía verle en el club como siempre? ¿Qué había tan importante como para que viniera aquí?

Cuando Janet introdujo a los dos hombres en el despacho, Flowers ya se había tranquilizado, pero en cuanto cerró la puerta tras ella, la acidez volvió al rostro de Flowers.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo vienes aquí? ¿No te das cuenta de que tengo a toda la prensa prácticamente acampada en la entrada? ¿Por qué no podíamos vernos en el club como siempre?

Kelly observó al hombre alto y ya algo canoso que tenía delante. Calculó que él y Flowers eran de la misma edad. Pero la falta de satisfacción con su vida había envejecido a Flowers. Tenía una gran barriga que intentaba ocultar con una faja y se teñía el pelo. Así en conjunto, Kelly pensaba que Flowers era un tonto vanidoso y le desagradaba tremendamente. Su tono de voz destilaba hielo:

—¿Te estás cachondeando de mí?

Flowers parpadeó con gran rapidez viendo la mirada de Kelly.

Patrick apuntó a Flowers con el dedo bien estirado y disfrutó al ver que se arrugaba.

—Por si acaso se te ha escapado el dato, Freddie —pronunció el nombre de pila del personaje con desprecio—, mi hija fue asesinada hace muy poco. Sé que la noticia llegó hasta ti porque me acuerdo de que te la comenté yo mismo en varias ocasiones —ni Flowers ni Willy se perdieron el sarcasmo.

Patrick se sentó y su escolta hizo otro tanto. Flowers volvió a su sillón tras el escritorio. Había metido la pata y lo sabía. Pero se sintió aliviado. Si la prensa se olía quién era Kelly, el hecho de que su hija fuera una de las víctimas justificaría la visita y que él y Patrick Kelly se viesan en sociedad.

—Perdóname, Patrick, pero es que este lugar está literalmente sitiado en estos momentos.

—Y además, te has perdido el golf, ¿eh? Me estás destrozando el corazón.

A Flowers no le gustó el hecho de que Kelly hubiera dado exactamente en el clavo, pero se tragó el insulto. Kelly era un hombre poderosísimo y sabía demasiado sobre Flowers y otros muchos para hacer de él un enemigo.

Janet entró con el café y lo dejó sobre la mesa. Sonrió un momento a Patrick antes de marcharse. Flowers lo sirvió con una mano que le temblaba ligeramente. Kelly siempre le producía ese efecto.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo una propuesta que hacerte, Freddie, viejo amigo.

Flowers lo miró perplejo. ¿Es posible que Kelly hubiera ido a hablar de negocios?

—¿Qué clase de propuesta?

—Sobre el asesino. Creo que sé cómo podemos cazar a ese mamón.

Flowers dejó la taza sobre la mesa.

—¿Pero tú sabes quién es? —Sabía que Patrick Kelly había puesto precio a la cabeza del tipo. En algunos círculos era *vox populi*.

Patrick iba tomando poco a poco su café.

—No, no lo sé. Si lo supiera, ya estaría muerto, Freddie. Más muerto que un arenque de una semana. No, no sé quién es, pero sí sé cómo podemos cazarlo. Aunque para eso necesito tu ayuda.

—¿En qué sentido? —Flowers estaba desconcertado.

—En Leicester, hace unos pocos años, se hizo un análisis de sangre a todos los hombres del vecindario de un caso de asesinato. Y eso estrechó mucho las líneas de la investigación policial.

Flowers levantó la mano haciendo un gesto para desecharlo.

—Eso nos costaría demasiado dinero. Y además sin garantía de que funcionara. Tú no sabes todo lo que hay. Tenemos a los de libertades civiles detrás, por no mencionar a todas las otras asociaciones de chalados. Dicen que eso solo son excusas para controlar a la gente. Que esas muestras de ADN quedarán listas y dispuestas para luego investigar cualquier delito sexual que se produjera. Que eso es infringir las libertades civiles. Oh, no sabes ni la mitad de lo que hay.

Patrick se terminó el café y dejó la taza sobre la mesa.

—Escucha, Freddie, todo eso a mí me importa un cojón de mico. Lo vais a hacer, y yo voy a pagarlo. Así que cierra el pico cinco minutitos y escúchame. ¿Está claro?

Kelly tenía una mirada dura y Flowers sintió el poder del hombre que tenía delante.

Patrick Kelly empezó a hablar, despacio y a plena conciencia. Al cabo de cinco minutos tenía a Flowers sumido en un miedo tan intenso que se podía tocar. Pero a los quince minutos ya había comprendido el sentido que tenía lo que Kelly explicaba y se relajó. Dos horas después habían llegado a un acuerdo amistoso. Patrick se levantó para irse.

—Ayer por la tarde vino a verme un individuo... Daniel Burrows.

Flowers esperó unos segundos a que el nombre se aposentara antes de continuar hablando.

—Al parecer cree que tendría que echarle una reprimenda a su exmujer a cuenta de una relación que tiene contigo.

Flowers se relajó. ¡Por fin lo había soltado!

Observó los ojos de Patrick, que eran como trozos de pedernal. Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, Kelly salió del despacho. Quince minutos más tarde, Flowers también se marchaba hasta el día siguiente. Durante el resto de la tarde, Patrick Kelly hizo numerosas llamadas de teléfono desde su casa. Y a las ocho ya había hablado con el fiscal general, con dos prominentes miembros del gobierno y con multitud de otras personas. A las siete y cuarto telefoneó a Flowers para comentarle el resultado de sus esfuerzos.

Al día siguiente, Kate y Caitlin fueron convocados ambos al despacho de Ratchette. Kate se quedó sorprendida al ver allí al jefe superior. Que, cuando todos estuvieron sentados, habló:

—Tengo entendido, inspectora detective Burrows, que usted es de la opinión que puesto que la única prueba de que disponemos es la huella genética del asesino, deberíamos poner en marcha la obtención de muestras de sangre de todos los varones de la zona entre catorce y setenta años.

Kate miró a los tres hombres.

—Así es, señor. Eso creo. Como mínimo, nos servirá para eliminar a un buen montón de personas.

—Pero ¿no cree que sin duda el asesino no será tan tonto como para hacerse el análisis?

Kate se encogió de hombros.

—Eso pudiera ser, señor. Pero con que lo hicieran unas cuantas personas, como mínimo ya habríamos estrechado el campo de sospechosos. La mayoría de ellos podrían eliminarse mediante declaraciones corroboradas. Eso nos dejaría con...

—Muy bien, muy bien, nos damos cuenta —dijo Flowers con impaciencia.

La habitación se quedó en silencio. Kate vio que Caitlin y Ratchette se lanzaban una mirada fugaz. Supo entonces que algo estaba pasando.

Flowers sacó un pañuelo blanco grande y se sonó la nariz ruidosamente. Hizo todo un teatro de aquello y Kate tuvo la impresión de que quería ganar tiempo.

—Usted les dará los detalles, Ratchette. Yo tengo que volver. —Y con eso, se marchó del despacho. Kate lo miró salir sorprendida.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo con voz inquisitiva.

Ratchette sonrió.

—Ya tiene lo que quería, Kate. Ha conseguido los análisis de sangre y saliva.

Kate se sentó de nuevo en su silla, atónita.

—¡Dios mío!

Caitlin se echó a reír.

—Todo está arreglado, Katie. Nunca había visto arreglar nada tan deprisa desde la boda de mi hija. Las tomas de muestra empiezan el lunes doce de febrero.

Kate se volvió hacia él.

—¿Y cómo es que lo sabías? ¿Por qué estaba de tan mal humor el jefe superior?

¿Qué es lo que pasa aquí?

Ratchette le respondió.

—Digamos simplemente que su idea se pasó a los jefazos y que les gustó, Kate. El jefe superior está en contra de la medida, pero a ese hombre hay que atraparlo. Ya tenemos un clamor popular, así que el gobierno pone los fondos a nuestra disposición. De manera que aprovéchalo. Nunca se sabe cuándo pueden volverse atrás.

—¿Pero cómo es que ustedes lo sabían y yo no?

—Digamos simplemente que fue debatido previamente por los superiores, ¿de acuerdo?

El mensaje que había en la voz de Ratchette fue bastante claro para Kate, pero eso no la dejaba contenta. Aunque estaba eufórica de que se pudieran hacer los análisis de sangre, de lo que no estaba demasiado segura era del modo misterioso en que había surgido aquello. Pero el tono de Ratchette no admitía más preguntas. Así que cambió de onda.

—Bien, entonces, ¿cuántas unidades móviles nos darán? Creo que si llevamos unidades a todas las empresas grandes, delante de sus colegas la gente se verá obligada a hacerse el análisis. Así podremos atrapar a nuestro hombre.

—Cada cosa a su tiempo. Tendremos ocho unidades móviles diferentes. Y primero nos concentraremos en las grandes empresas. Para empezar, tenemos la planta de Ford y la fábrica de electrónica. Situaremos una también en el centro urbano. Todo varón dentro del grupo de edad recibirá una carta y documentación que le sirva para demostrar que ha realizado la prueba. Los colegios de secundaria, etcétera, se cubrirán sistemáticamente, y a los parados y pensionistas se les indicará por carta a qué unidad móvil deben acudir en el día que se les especifique. Todo está controlado. Ahora lo único que tenemos que hacer es empezar el trabajo en la calle. Hoy se anunciará por la radio y televisión locales, de manera que todos se enteren de lo que sucede. Pediremos a las empresas que nos notifiquen los nombres de las personas que pidan vacaciones o bajas por enfermedad inopinadamente. Creo que ya tenemos cubiertos más o menos todos los ángulos. Cualquiera que figure en el registro electoral y que no se haga los análisis quedará inmediatamente bajo sospecha hasta que podamos comprobarlo.

—Venga, Katie, son las doce y diez. Te invito a beber algo y a un sándwich. — Caitlin se levantó y guiñó un ojo a Ratchette.

Kate se levantó y miró a su superior a la cara.

—Gracias, jefe.

Ratchette sonrió.

—Vaya a almorzar algo, Kate. A partir de ahora va a tener que trabajar como una burra organizándolo todo y manteniendo bien abiertas sus líneas de investigación. ¿Se da cuenta de que esto va a ser un trabajo más que duro?

—Sí...

Kate y Caitlin salieron del despacho.

Ratchette se sentó. Era evidente que Kate Burrows no se daba cuenta, pero tenía un aliado poderoso: Patrick Kelly. Un aliado de lo más poderoso, en efecto.

Kate mordió el sándwich de rosbif con tomate, sorprendida del hambre que tenía. Miró a Caitlin charlar con la camarera mientras pedía las bebidas. Masticó el sándwich con calma, saboreando su rico sabor. Había algo que no estaba bien, pero no sabía qué. Caitlin volvió a la mesa con su contoneo y trayendo el vodka con tónica para ella y una pinta de Guinness reventada con *whisky* para él.

—¿Qué pasa aquí, Kenny? —era raro que Katie lo llamase por su nombre de pila, así que aquello ponía picante en la pregunta.

Caitlin dio unos sorbos a su cerveza antes de contestar.

—Mira, Katie, no sé si te das cuenta o no, pero al parecer te has hecho con un amigo muy influyente, y ha sido ese amigo el que forzó el asunto con el jefe superior.

Kate dejó de masticar y se quedó mirando a Caitlin, petrificada.

Lo sabía todo el mundo. Todos sabían lo de Patrick Kelly y ella.

—Bueno, ahora no me pongas esa cara de asombro. La policía es un mundo muy pequeño, sabes. Míralo de esta forma: si aparece una persona nueva en la división, hombre o mujer, en menos de veinticuatro horas, todo el mundo conoce su currículum, su situación matrimonial, todo. Así son las cosas. De modo que, bueno, como el tipo con el que tú andas es un gran hombre por derecho propio, es muy natural que la gente se fije. No creo que los de uniforme lo sepan, pero Ratchette lo sabía, yo lo sabía y ahora el jefe superior también lo sabe. Tengo la impresión de que tu amigo le hizo una visita ayer y que al parecer tiene algunos otros amigos todavía más importantes. Es probable que por eso no le hayan metido nunca en la jaula en tanto tiempo.

Kate miraba el líquido de su vaso, incómoda. Caitlin sintió un golpe de simpatía.

—¿Quieres que te diga una cosa? Es algo que he creído siempre. La mayoría de los del cuerpo hubieran podido ir por un camino o por el contrario, es decir, bien convertirse en hampones, y cuando digo hampón estoy diciendo ladrones de bancos y gente así, no degenerados ni maníacos sexuales; o si no, hacerse policías. Para cazar a un delincuente tienes que llevar dentro toda la astucia innata que hace falta para lograrlo. Por eso hay tantos que se lo montan tan bien.

—Yo mismo —siguió— he enjaulado a tipos a los que tenía un gran respeto. Y no hablo de esos que truncan contadores de gas o te dan un cheque sin fondos. Hablo de hombres que han planeado y dirigido los robos de bancos más importantes del país. Y los admiro, Katie, incluso cuando ando buscándolos y luego los encierro. Todo el mundo sueña con que le toque una quiniela, o algo de eso. Esa gente se plantea robar unas cantidades de dinero que a la gente de la calle se les cae la baba solo de pensarlo. Así que Kelly trabaja unas veces dentro de la ley y otras al borde de ella, pero ante todo y sobre todo es un hombre de negocios. Solo que no es un hombre de negocios cabal como digamos, bueno, no sé, Henry Ford o alguno de esa cuerda. Él

forma parte de una especie nueva, y yo por mi parte lo admiro. Alguien que es capaz de hacer que ese idiota del jefe superior se cague en los pantalones alguna cosa buena debe tener.

Kate esbozó una sonrisa, pero su cerebro era un torbellino.

De manera que Kelly había ido y logrado que el jefe superior le «viera sentido» a los análisis. Así sería exactamente como él lo diría si ella le desafiase a explicárselo. En el poco tiempo que llevaba conociendo a Patrick, había acabado por comprenderlo estupendamente. En la cabeza de Patrick no había blanco y negro. Solo había opiniones de Patrick Kelly. Y para él esa opinión era más valiosa que las joyas de la Corona.

—Míralo de esta manera, Kate, has conseguido lo que querías y, ahora tengo que admitirlo, lo que yo quería. Este es el caso más difícil en que he trabajado en toda mi vida. Tenemos cuatro crímenes espantosos y literalmente nada con lo que empezar excepto el coche de ese maricón. ¡Y los testigos ni siquiera se ponen de acuerdo en el color! Aprovecha esta oportunidad bien aprovechada, chica, que es como un regalo de Dios.

Kate dio un nuevo sorbo a su bebida y un mordisco a su sándwich. Admitió que lo que decía Caitlin tenía sentido, pero de todos modos seguía preocupada. Si aquella relación pasaba a ser del dominio general...

—Oye, Kenny, ¿puedo preguntarte una cosa?

Caitlin dio un buen trago a su Guinness y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Adelante.

—¿Qué se dice de Kelly y de mí? La verdad es que quiero saberlo.

—¿Tú qué crees? «Kate Burrows se lo anda haciendo con un hampón». Lo normal. —Vio que Kate se ponía blanca y se arrepintió de lo dicho—. Era broma, Katie, un chiste malo, lo admito, pero era un chiste y nada más. Lo que de verdad se dice es que Kate Burrows se ve con Pat Kelly. «Oh, Pat Kelly —dice la otra persona—, ¿no es ese del negocio de morosos?». «Sí, ese mismo» dice el primero. La opinión general es que Kelly es un tipo con suerte. Cielo santo, Katie, si la mayoría de todos los oficiales de la comisaría han intentado hacer algo contigo en un momento u otro, eso todo el mundo lo sabe. Y saben que eres una mujer respetable y una detective jodidamente buena, eso es de dominio público. Tú le das más importancia a este asunto que los demás. Mientras a Kelly no lo condenen por algo, tú estás tan limpia como el oro, y seamos sinceros, Katie, ahora no es probable que lo pillen, ¿o sí? Todo lo que hace está más o menos en regla, ¿por qué no te relajas? Eres demasiado dura contigo misma.

—He luchado con uñas y dientes para llegar a donde estoy ahora, Kenny. No sabes bien la lucha que ha sido.

—No lo sé, no. Pero si estás tan preocupada como dices, lo único que tienes que hacer es dejar de verlo. Yo, la verdad, creo que serías tonta. Cuando trabajábamos

juntos allí, te llamaban «la Madre Teresa de Enfield». No estás haciendo nada malo, nena. ¿Es que te ha comprometido alguna vez?

—No.

—¿Te ha pedido acaso alguna vez algo que no debiera?

—¡NO!

—Entonces, ¿por qué tanto drama y tanto jaleo? Por Cristo bendito, vosotras las mujeres siempre buscando cruces, sabes. Y créeme si te digo que cuando hay que llevarlas, el viaje es bien largo. Lo sé bien. A mí, personalmente me gusta Kelly. Es un hombre de negocios muy listo, y un buen amigo, y apostaría a que es un magnífico follador. Haz lo que tengas que hacer con él. Mientras eso no interfiera con tu trabajo, ¿a quién le importa? La semana que viene ya estarán cotilleando de algún otro.

Kate comprendió que lo que Caitlin decía tenía sentido. Que tenía razón. Que no estaba haciendo nada malo. Y que si Flowers no había dicho nada, era evidente entonces que no había problemas.

Deseaba creerlo. Tenía que creerlo.

—Tienes razón. Me estoy preocupando sin necesidad.

Levantó el vaso y lo vació de un trago.

Caitlin se rio bajito y se levantó para ir a buscar otro.

—Así me gusta, muchacha.

Kate encendió un cigarrillo y aspiró el humo profundamente, hasta los pulmones. Deseó que Patrick estuviera allí con ella; cuando lo tenía cerca, no tenía dudas. Ninguna duda. Pero entonces, se le ocurrió algo. ¿Cómo demonios había conseguido Kelly que aceptasen los análisis de sangre? Por eso debía de estar Flowers tan incómodo con ella. Todos sabían que era algo que ella ansiaba desde que se comentó, y Patrick lo había hecho posible de alguna manera. Y de pronto, Kate se sintió molesta, muy molesta, y lo más molesto de todo era que no estaba demasiado segura de por qué.

Elaine y George se habían terminado el té y miraban las noticias de Thames en el salón. Desde que George le había anunciado el despido, habían estado viviendo en una tregua amistosa. El asesinato de Leonora Davidson era la comidilla de todo Grantley, y Elaine era bien consciente de que se había producido una de las noches que George había salido a pasear. Cien veces al día se decía a sí misma que no era más que una coincidencia, que las noches de los otros crímenes estaba en casa con ella, excepto en Año Nuevo, y estaba segura de que esa vez se encontraba demasiado enfermo para levantarse de la cama.

Cuando el locutor habló del Destripador de Grantley, Elaine aguzó los oídos. El plano en pantalla pasó a unas tomas exteriores. Apareció una joven con la comisaría de policía de fondo. Elaine observó las reacciones de George mientras la chica hablaba.

—El caso del Destripador de Grantley. Hoy se ha anunciado que las fuerzas de seguridad tomarán muestras de sangre y saliva a todos los varones de la zona que

estén en el grupo de edad entre catorce y sesenta y cinco años. Eso significa que se harán análisis a algo más de cinco mil jóvenes y adultos. Estas pruebas a gran escala —continuó— solo se han hecho antes una vez, en 1983, después de dos asesinatos con violación en Enderby, en Leicestershire. La policía confía en que esas pruebas eliminarán la mayor cantidad de gente posible en la lista de búsqueda del Destripador. Se utilizarán unidades móviles que irán pasando por fábricas y oficinas, escuelas y oficinas del paro. Cualquier persona que se niegue a realizar el análisis quedará bajo sospecha. Les tendremos al tanto de lo que suceda a lo largo de esta investigación.

Elaine volvió a mirar a George.

—Creo que es una buena cosa, ¿no te parece, George?

—Tienes toda la razón, querida. Si quieres mi opinión, es lo mejor que podía pasar.

Por sus muertos que no lograba entender cómo se las arreglaba para sonar tan normal. Estaba sudando.

—Quiero decir, que sea quién sea ese hombre, George, es un maníaco, un maníaco enfermo, y tendrían que cogerlo y encerrarlo cuanto antes mejor. La horca sería demasiado buena para él. Yo pienso que habría que torturarlo igual que él torturó a esas mujeres.

George asintió con la mente en otra parte. La cabeza le iba a toda marcha. ¿Qué iba a hacer? No podía hacerse el análisis. Y seguro que pasaban por su puesto de trabajo. Y que estaría obligado a hacerse la prueba junto con sus colegas.

—¿Quieres que te haga un té, George? Yo voy a tomar uno.

—Sí, querida. Eso sería estupendo.

Elaine se fue a la cocina. Bueno, parecía estar la cosa bien. Ella era la misma de costumbre. Siempre estaba encima de George, pero era incapaz de evitarlo. A él le gustaba así.

De todas formas, razonó ella, si George hubiera tenido que preocuparse de algo a estas alturas, ya se lo habría notado. Para ella era como un libro abierto. Cuando estaba sirviendo el té, George entró en la cocina a buscar su taza.

—Me voy a la caseta, cariño, quiero preparar los bulbos para plantar esta primavera. No tardaré mucho.

—Muy bien, entonces. ¿Quieres que te llame cuando empiece *Gente del barrio*?

—No. Esta noche no me importa, tengo demasiado qué hacer.

Salió de la cocina y Elaine se fue a la sala sintiéndose un poco más feliz. Si él hubiera estado preocupado por algo, no iría a hacer algo tan corriente como ponerse a ordenar los bulbos de primavera.

George se encerró en la caseta y encendió la luz. Colocó un trozo de tela sobre la ventana y luego encendió una estufita de gas Calor. Enseguida la caseta estuvo caliente y confortable. Fue bebiendo su té sentado en la vieja butaca, pensando en serio el aprieto en el que estaba. No lograba ver salida alguna. Finalmente, se levantó y quitó los catálogos de jardinería del escritorio para poder sacar sus libros y revistas

con gran reverencia. Se terminó el té y se acomodó en la butaca poniéndoselos sobre las rodillas.

Se puso a ojearlos distraídamente, pero esa noche no sentía nada. Ni siquiera aquella semierección que solía producirse solo con tener el material a su lado. Repasó la pila entera y eligió una de sus favoritas. Se quedó mirando la cara de la chica e intentó vaciar su mente de todo lo demás. Cerrando los ojos, se imaginó a sí mismo poniéndose a horcajadas sobre ella y abriéndose camino con el pene al interior de su boca contra su voluntad. La respiración se le fue acelerando y entonces abrió la bragueta de los pantalones, se sacó el pene e intentó infundir algo de vida en él.

Empezaba a agitarse. Se puso a subir y bajar lentamente la piel del prepucio disfrutando con la sensación producida. Ahora, ya se veía empujándolo dentro de la vagina de la chica, apretándole los pechos desnudos, mientras ella le pedía que parase. Se lo suplicaba. Se fue estimulando, más rápido y más deprisa y las sensaciones iban alejando cualquier preocupación e incertidumbre. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando Elaine empezó a aporrear la puerta de la caseta.

—¡George... George! Te llaman por teléfono. Un tipo que se llama Tony Jones.

Notó la mano helada del miedo detrás del cuello. Apartó las manos de los pantalones todo lo deprisa que pudo. En aquel espacio reducido hacía un calor pegajoso a causa de la estufa de gas y sintió un mareo momentáneo al comprender lo que le decía Elaine.

—¿Me estás oyendo, George?

—Ahora mismo voy, querida. Creo que me he quedado transpuesto mirando los catálogos de jardinería.

Fuera, entre el frío y la oscuridad, Elaine volvió los ojos al cielo.

—Bueno, pues date prisa, que a ese tipo le debe estar costando una fortuna.

George se levantó y arrojó las revistas dentro del escritorio. Solo cuando ya estaba a mitad de camino de la casa, se acordó de que llevaba los pantalones desabrochados. Se subió la cremallera a toda prisa y se bajó el jersey por encima. Tony Jones. ¿Qué coño querría ahora? Cruzó la cocina y fue al teléfono del vestíbulo.

—Diga.

—¿Georgie? Soy yo, Tony Jones.

—¿Qué quiere? —dijo en tono seco.

—Tranquilo, le dije a tu mujer que era un amigo tuyo. Supongo que tendrás algún amigo.

—¿Qué quieres, Tony?

—Me han llegado unas películas nuevas, Georgie, y creo que a ti te van a gustar.

—Ando un poco corto de dinero en estos momentos.

—Bueno, pásate a verme y ya te haré un precio. Tú eres un buen cliente y me sentaría muy mal perderte, Georgie —ahora la voz de Tony sonaba cordial.

—Intentaré ir por ahí durante el fin de semana.

—Ya verás cómo quieres ver estas películas, compadre, son dinamita. ¡Menudas

palomitas! Unas tetas como no habrás visto en tu vida...

George ya se lo estaba imaginando y Tony lo sabía. Sabía perfectamente cómo vender su mercancía.

—Hay una que tiene un cuerpo de cojones, como de amazona, y le gusta, Georgie. Por mucho que chille y proteste. Se la ve correrse en la película.

George ya se estaba poniendo caliente. Quería aquellas películas. Y las quería ya.

—Estaré ahí mañana por la tarde después del trabajo, ¿OK?

—Ya sabes que merece la pena.

Se cortó la comunicación. George colgó el aparato.

—Tráeme el periódico, George —la voz de Elaine le llegó a toda pastilla y él se sintió encoger en su interior. Recogió el periódico que estaba sobre la mesa del teléfono y se lo llevó a la sala.

—Aquí tienes, cariño.

—¿Quién era?

—Oh, un amigo del trabajo para hablar de mi despedida.

—¿Una despedida? ¿Para ti? —la voz de Elaine sonaba incrédula.

—Sí, Elaine. Para mí.

Entonces George se sintió molesto. Con todo lo que le estaba pasando, lo que menos falta le hacía era una de las frasecitas punzantes de Elaine. Le iría bien enterarse de que tenía amigos. A ver si eso le cerraba la boca de una vez.

—Ya sé que encuentras difícil de creer que haya gente a la que le caigo bien, ¡pero la hay!

A Elaine le fastidió aquella actitud.

—Perdona, George, pero después de quince años pensaba que si tenías amigos los habrías mencionado de vez en cuando.

—¿Es que alguna vez te interesó saberlo, Elaine? Contéstame a eso si puedes. ¿Es que alguna vez quisiste saberlo?

Con eso se volvió a su caseta. Era consciente de que había bajado la guardia ante Elaine, pero estaba contento. Eso le daría algo en qué pensar para variar. Con él siempre lo daba todo por sentado. Se encerró en la caseta y volvió a encender la estufa de gas.

Quince minutos después volvía a estar metido en su mundo de fantasía.

George estaba sentado en su mesa. Ojalá no se hubiera molestado en ir a trabajar. No había más tema de conversación que los análisis de sangre. Peter Renshaw hizo una de sus fulgurantes apariciones. George deseó que le hubiera tocado uno de sus viajes de venta a Yorkshire, o mejor aún, a Escocia. La insistencia de Peter en ser amigo suyo le sacaba de quicio. ¿Pero no le había dicho anoche a Elaine que tenía amigos? George consideró esa idea durante un rato. Veía a Renshaw monopolizar las conversaciones, recorriendo con los ojos el grupito que le rodeaba mientras trataba de atrapar a los que le escuchaban.

George se preguntó si en realidad tenía algún amigo. Era la primera vez en

muchos años que se le había ocurrido pensar en eso. De niño no había tenido muchos, pero aquello era por culpa de su madre. No animaba a sus hijos a que llevaran amigos a casa. George frunció los labios sin darse cuenta. No recordaba haber llevado nunca a nadie a su casa. No conseguía recordar un solo amigo de verdad. Empezó a sentir lástima de sí mismo. Sin amigos. Cincuenta y un años y sin amigos. Sin amigos de verdad. Hasta Elaine tenía amigos. Cajeras grandes, gordas y relucientes que se vestían como rameras y se pasaban la vida en salas de bingo como carneros vestidos de corderos. Su madre tenía razón con Elaine. Le dijo que aborrecería el día que se casó con ella, y así era. Pero en otros tiempos, Elaine era una dulzura. En tiempos muy lejanos. Era la única muchacha que alguna vez había mostrado una chispa de interés por él, y él se sintió agradecido. Hizo una mueca. ¿Agradecido a ella?

Ahora podía tener la mujer que quisiera. De hecho, *tenía* las mujeres que quería. Dejó vagar su mente hasta Leonora Davidson. No tenía el menor remordimiento. Estaba sola, sin marido ni hijos que se preocuparan por ella. Una mujer sola, simplemente. En realidad, le había hecho un favor. Últimamente, no le gustaba pensar en Geraldine O'Leary. Sus hijos habían salido en el periódico local. Unos niños preciosos, igual que su madre. Elaine le dijo que se habían llevado a su marido a un manicomio. Que había tenido un ataque de nervios. Apartó la idea de su cabeza. Tenía cosas más acuciantes en las que pensar.

—Oye, Georgie... ¡estoy hablando contigo! —la voz potente de Peter Renshaw resonó entre las paredes. George lo miró—. Ya tengo en marcha tu despedida, compadre. El viernes de la próxima semana en el Fox Revived. Nos reuniremos allí todos justo después del trabajo. Y tengo una sorpresa para ti, amiguete. Una puñetera sorpresa. Bien grande.

George le sonrió.

Josephine Denham entró en el despacho. Como de costumbre, venía inmaculada. Llevaba unas grandes gafas de montura gris que le daban un aire de inteligencia y sofisticación, y llevaba en la mano un fajo de papeles.

—¿Quieren atender un momento, por favor?

Todo el mundo la miró.

—La unidad móvil de sangre vendrá el jueves 22 de este mes. El personal de oficinas será el primero en hacerse la prueba, y luego irán los de almacén y fabricación. Si lo hacemos por un sistema rotatorio, no afectará demasiado a la producción. He hablado con la policía esta mañana y me dicen que nos entregarán unos cuestionarios cuando se acerque el momento. El que no esté en el trabajo ese día me tiene que justificar su ausencia a mí personalmente. Yo pasaré luego el recado a la policía. Si hay alguien que esté en contra de hacerse la prueba, le ruego que venga a verme con toda libertad, aunque yo personalmente no veo ninguna razón para poner objeciones.

Recorrió con los ojos el pequeño mar de rostros y resultó evidente que cualquiera que se negase sería juzgado inmediatamente, al menos por parte de ella. Como nadie

contestó, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Sus pisadas resonaban sobre el suelo de baldosas mientras se alejaba.

—Pues yo voy a ir a verla, aunque no será para hablarle de nada del análisis de sangre, ¿eh, colegas? ¡Yo tengo un buen trozo de salchicha de puerco para darle cuando quiera!

Todos se rieron, hasta George, aunque su cabeza era un torbellino.

¿Qué coño iba a hacer?

Miró el reloj. Las once y media. Se levantó de la silla y empezó a ponerse la chaqueta.

—¿A dónde vas, George? —eso se lo dijo Carstairs, un hombre con el que George llevaba quince años trabajando y al que apenas conocía.

—Pues la verdad, me voy al *pub* a comer algo.

—¡Pero si solo son las once y media!

George nunca se marchaba hasta las doce en punto como un clavo.

—Ya sé leer la hora, sabes. —Y con eso salió de la oficina.

—¡Pues vaya, tú! —Carstairs miró a los demás.

Peter Renshaw cogió su zamarra, se la puso y salió de la oficina detrás de George. Lo alcanzó ya en el Fox Revived.

George entró y notó el calorcito del *pub*. Sabía que Peter estaba detrás de él e intentó ignorarlo, con la esperanza inútil de que pillaría la indirecta y lo dejaría solo. Pero ese no sería Peter Renshaw. Cuando George pidió su bebida, Peter se abrió paso hasta quedar junto a él, pidió la suya y pagó las dos. George suspiró. Tomó el vaso, se lo llevó a una mesita junto a una ventana y se sentó. Renshaw fue tras él.

—A ver, Georgie, ¿te encuentras bien?

Dio un trago a su media pinta y asintió. Renshaw, decidió, era como un virus. No había más remedio que aguantarlo hasta que decidiera irse.

—Oye, George, ya sé que esto del despido te ha afectado mucho, pero en realidad es lo mejor que podía haberte pasado. O sea, quiero decir, quince años de servicios leales. ¿Supongo que te esperarás tus buenas veinticinco mil, no?

A George se le pusieron los ojos como platos.

—¿Tanto?

—Sí, he estado hablando con Jones. Dice que como no es una baja voluntaria, a todos os darán un despido dorado. O sea, como hicieron con los estibadores y los de las fábricas de coches. Van a pagarte bien, Georgie, muchacho.

—¿Veinticinco mil libras?

Peter sonrió.

—Eso es un buen montón de guita, Georgie. ¡Creo que el próximo asalto te lo apuntas!

Ahora sonrió George. Esta vez, con su sonrisa secreta. Ahora se sentía un poco mejor. Le quedaban cuatro semanas más de trabajo. Luego podría ir a donde quisiera. Hasta entonces tenía que evitar el análisis de sangre.

Pero ¿cómo?

Sonó el teléfono y Kate lo descolgó. Estaba hasta las cejas de declaraciones, había ido dando vueltas al mismo tema una y otra vez. Tenía que haber algo, algo sin importancia, que se les hubiera escapado.

—Inspectora Burrows.

Al otro lado resonó la voz de Patrick y Kate notó que se le tensaba el estómago.

—¿Qué te pasó anoche? Traté de hablar contigo por teléfono, pero lo tenías desconectado o estabas por ahí de juerga.

La voz sonaba alegre, pero Kate detectó también un punto de inseguridad. Cuidadosamente oculto, pero presente, de todos modos. Cerró los ojos.

—Tenía que terminar un trabajo. Pensé en llamarte hoy, pero estoy hasta arriba. Doy por hecho que sabes lo de los análisis de sangre —el tono de voz le salió más duro de lo que pretendía.

El teléfono quedó en silencio.

—¿Puedo verte más tarde, Kate? Me parece que necesitamos hablar.

Kate suspiró. Aunque se suponía que Caitlin estaba leyendo declaraciones, sabía que tenía los oídos en alerta roja.

—Te llamaré desde casa. Cuando consiga llegar. —Colgó sin decir adiós.

Miró a Caitlin, que ahora la observaba abiertamente.

—¿Qué estás mirando? —el tono sonó infantil, petulante y se dio cuenta.

—No lo sé, no tiene etiqueta —la voz de Caitlin fue como de niño pequeño.

—Oh, vete a la mierda, Kenny.

Caitlin se rio y luego dijo, ya serio:

—Ahora no te portes como una tonta y muerdas la mano que te da de comer. Te ha hecho un buen favor, chica, a ver si te das cuenta.

Kate bajó los ojos y fingió que se ponía a leer otra declaración.

Lo que Caitlin le había dicho tenía el marchamo de la verdad, pero su orgullo quedó herido. Kelly había logrado lo que ella se había pasado meses intentando sin obtener una palabra de respuesta.

Y eso le daba rabia.

Patrick se quedó mirando el auricular.

Le había colgado el teléfono. ¡Le había colgado el teléfono tal cual! No se lo podía creer.

Colocó el auricular en su soporte con un destello de irritación en su rostro. ¿Pero quién cojones se creía esa Kate Burrows que era? La noche anterior le había eludido. Y ahora le colgaba el teléfono, aparte de todos aquellos sarcasmos sobre los análisis de sangre. Había tenido la impresión de que aquello era lo que quería.

Al entrar en la sala de estar, Willy, que estaba leyendo el periódico, se levantó a toda prisa.

—¿Qué, estabas cómodo? Espero que no haya interrumpido nada...

—Perdona, Pat, pero es que estaba intentando descansar cinco minutos.

—Vete a preparar el coche, Willy. En fin, si no es demasiada molestia, digamos, no quiero ni pensar que te hago trabajar demasiado...

Willy salió precipitadamente haciendo ruido con el papel del periódico que intentaba plegar mientras salía.

Patrick sonrió. Dejó vagar la vista por la ventana y de pronto se vio asaltado por el recuerdo de Renée. La estaba viendo ahora mismo, con los ojos de su imaginación. Ella sí que no se paraba en barras a la hora de colgarle el teléfono. Le gritaba: «Escucha, colega, ahí afuera», y señalaba por la ventana, «serás un gran hombre, pero en esta casa no eres más que mi marido. ¿Lo entiendes bien?».

Se rio. Renée tenía tanto genio... Tal vez por eso le gustara tanto Kate.

¡Colgarle el teléfono de aquel modo, qué caradura, la perra!

Cinco minutos más tarde, estaba en el asiento trasero de su Rolls Royce camino del salón de masajes de Manor Park.

Sonrió.

Le había colgado el teléfono de verdad.

¡No se lo podía creer!

Maybelline Morgan era famosa por sus grandes pechos y su boca todavía más grande. Y ahora discutía violentamente con Violet Mapping sobre un cliente.

—¡Siempre me ocupo yo, Vi, y tú lo sabes jodidamente bien, cojones!

Violet apretó los dientes.

—Pues no te quería a ti, Maybelline. Quería a la chica rubia y ya está.

Los ojos de Maybelline parecían trozos de pedernal. Agitó una uña pintada de rojo oscuro ante las narices de Violet.

—No me jodas más, Vi, cojones. Me hace falta la tela y tú lo sabes. No vas a darme por el culo. Ya sé que la palomita esa anda moviendo el coño para ti y que por eso se lleva todos los cabritos buenos.

Clavó el dedo con fuerza en el pecho de Violet.

—Empezaré contigo primero, y después con ella. Y os voy a arrancar el pellejo a las dos...

Violet sabía que la discusión la estaban oyendo la mayoría de las chicas, sentadas todas al otro lado de la puerta de su despacho. Si no hacía callar de una vez a Maybelline, iba a perder autoridad. Agarró a la otra por el pelo y al mismo tiempo le metió un buen rodillazo en la barriga. Maybelline se dobló por la mitad. Sin soltarle del pelo, Violet le estrelló la cara contra la esquina de la sólida mesa de madera. Maybelline cayó redonda sobre el suelo alfombrado, sangrando por una ceja.

Violet le sonrió con maldad.

—No te atrevas a amenazarme otra vez. Y ahora ya puedes recoger tus cosas y largarte.

Maybelline se enderezó apoyándose en la mesa y se puso frente a Violet. Su rostro largo y huesudo enmarcado por aquella melena de color fuego estaba retorcido por el odio. Metió la mano en el bolsillo de la falda y la sacó con una navaja. La hoja

hizo un destello y refulgió bajo la luz fluorescente.

Violet se quedó pálida, cosa que no pasó desapercibida a Maybelline. Saltó hacia delante lanzándole una cuchillada. Violet se puso los brazos delante para defenderse y notó el frío del acero morder en su piel justo encima del codo, golpeando contra el hueso con una ferocidad tremenda. Maybelline alzó la navaja de nuevo y volvió a atacar a Violet. Esta vez la pilló en una de las mejillas. Ambas mujeres estaban pringadas de sangre.

Violet hizo un esfuerzo para agarrar a Maybelline de las muñecas. Empleando toda su considerable fuerza, logró mantener separados sus brazos de la otra mujer.

Patrick Kelly y su escolta entraron en el salón de masajes para encontrarse con un gran alboroto. Mujeres y chicas se apiñaban en torno a la puerta del despacho y Kelly oyó los gritos y juramentos que salían de allí dentro.

—¿Pero qué coño pasa aquí?

Las mujeres abrieron paso como el mar Rojo al reconocer su voz. Los dos hombres entraron al interior de la oficina.

—¡Me cago en la puta! —la voz de Patrick sonaba incrédula. Sin decir una palabra más agarró a Maybelline y Willy agarró a Violet. Aunque trataron de seguir peleando, las mujeres quedaron separadas. Patrick golpeó con la mano de Maybelline en la mesa hasta que soltó la navaja. Luego, la apartó de un empujón y pisó el arma. Willy soltó a Violet de buena gana—. ¿Pero qué pasa aquí? ¡Tú! —Kelly apuntó a Violet con el dedo—. ¿Qué cojones ha pasado?

Le contestó Maybelline.

—Es que anda repartiendo los primos a su gusto, señor Kelly, y ya estamos todas hartas. Y esa palomita que se folla ya se ha hecho más de mil libras esta semana. Cualquier cabrito decente que aparece por aquí va para ella. Yo y las otras chicas no hemos hecho más de un par de cientos. Si no se hace algo, nos iremos todas al paqui del final de la calle. Por lo menos, ese cuida a sus chicas como debe.

Patrick estaba mudo de asombro. Había sangre por todas partes y el recuerdo del sida se le pasó por la cabeza.

—A ver, quiero que las dos os vayáis a la cocina y que os limpiéis, y después os quiero aquí de vuelta para ver si arreglamos todo este asunto. Tenéis diez minutos, así que moved el culo con aire.

Las dos mujeres salieron del despacho y fueron rodeadas de inmediato por las demás chicas. Willy cerró la puerta y miró a su jefe arqueando las cejas.

—Si tengo que serte sincero, Pat, esa Maybelline tiene su razón, sabes. Ya he oído que la Vi está loca por esa palomita. Bueno, es algo que tenía que pasar, ¿no? Hasta las bolleras más grandes se ponen raras cuando van para viejas.

—¡Cierra el pico, Willy! Te pago para que conduzcas el coche y me guardes las espaldas. Si quisiera cotilleos, habría contratado a un gacetillero, ¿vale?

Patrick salió del despacho y se fue a la cocina. Dio unas palmaditas en el hombro a una negra jovencita.

—Hazme un favor, Suzie, coge un cubo y una bayeta y limpia el despacho, ¿quieres, guapa? Te apuntaré un servicio.

—Sí, vale, señor Kelly.

Diez minutos después, Patrick estaba sentado en la mesa del despacho con Maybelline y Violet de pie delante de él como unas colegialas recalcitrantes.

—Ya se lo digo, señor Kelly, si no nos llevamos el trozo de tarta que nos toca, nos abriremos de aquí. Este no es el único sitio donde se trabaja, ¿sabe?

—Yo siempre he cuidado de mis chicas. Me duele que des a entender que os estoy haciendo de menos, Maybelline.

Violet habló:

—He meado fuera del tiesto, Pat. Lo admito.

Maybelline le sonrió y Kelly meneó la cabeza. Aquellas mujeres siempre le asombraban. Se lanzaban una a la garganta de la otra y al minuto siguiente volvían a ser las mejores amigas.

—No me gusta que mis chicas lleven armas. Si descubro que vuelves a traer una navaja o cualquier cosa así, Maybelline, habrá problemas. Problemas gordos. ¿Entendido?

—Sí, señor Kelly.

—Y ahora tú, Violet, lo que quiero es que tengas claras tus prioridades de aquí en adelante, y si vuelve a pasar otra cosa como esta os pongo a todas juntas en la calle. Y ahora, largo de aquí las dos y dejadme solo.

Las dos mujeres salieron de la habitación.

—Sírreme un coñac, Willy, uno grande.

Willy fue al armarito de las bebidas y lo abrió. Levantó en el aire una botella de Remy Martin. Vacía.

—Me temo que solo queda *whisky*.

Patrick apretó los puños.

—Eso vale. —Se levantó de la mesa y fue hasta la puerta—. ¡Violet! —la voz sonó tan fuerte que las chicas pegaron un salto en sus asientos. Violet salió corriendo de la cocina con cara pálida.

—¿Qué, señor Kelly?

—¡A ver si paras de beberte mis putas botellas! No me extraña que este sitio sea un manicomio. ¡Estáis todas borrachas o drogadas!

Cerró otra vez el despacho de un portazo.

Aceptó el *whisky* que Willy le ofrecía, se lo bebió de un trago y le tendió el vaso para que se lo rellenara de inmediato. Luego, se sentó ante la mesa, abrió el cajón y sacó los libros. Si Violet estaba haciendo trampas a las otras chicas para favorecer a su palomita, había muchas probabilidades de que también se las hiciera a él.

¡Jodida Violet! Hubiera apostado dinero a que era la más fiable de todas las tías que trabajaban para él. Eran amigos desde hacía años.

—Willy, vete fuera a buscarme una botella de Remy Martin y pásale la factura a

Violet. ¿OK?

Willy asintió y salió del despacho. Patrick empezó a repasar las cuentas. Sonó el teléfono y lo descolgó.

—¿Sí? Aquí Kelly.

—Pat, gracias a Dios que estás ahí, estaba intentando localizarte. Será mejor que muevas el culo y aparezcas por aquí, compadre.

—¿Qué pasa, Karen?

—Problemas, Pat. Problemas gordos.

El teléfono quedó mudo.

Kelly cerró los ojos. Si alguna otra mujer le colgaba el teléfono hoy armaría una buena. Guardó otra vez los libros y esperó a que volviese Willy.

—Venga, tú, nos vamos a Barking. Karen acaba de llamar: hay lío por allí.

Salió del despacho. Al pasar junto a Violet y las chicas, la apuntó con el dedo y le dijo:

—No toques las botellas, y no me toques los libros, Vi.

Llegaron al coche y salieron camino de Barking. Más complicaciones con las putas chicas, supuso. Con esas puñeteras furcias, la mitad de las veces ni te salían las cuentas.

Pero el problema era mayor de lo que se esperaba.

Nada más cruzar la puerta de cristales oscuros de su salón de masaje en Barking, Kelly se sorprendió al ver a todas las chicas calladas con la cara pálida. Entró en el despacho, donde Karen, la encargada, estaba bebiendo coñac.

—¿Ese coñac que te bebes es el mío?

—Oh, cierra el pico, Pat. Pasa adentro.

A Karen le temblaba la voz y él la siguió sin hacer preguntas.

Karen lo llevó a la zona de las habitaciones, y con grandes lágrimas corriéndole por la cara le señaló uno de los cubículos con las cortinas cerradas.

—Está ahí, Pat. Yo soy incapaz de entrar. No sabía qué hacer. Todavía no he llamado a los maderos, ¿es que simplemente no sabía qué hacer!

La voz sonaba a angustia. Willy había ido detrás de ellos y Patrick le indicó que abriese las cortinas. Sin querer, sintió un estremecimiento de miedo.

Willy abrió la cortina y Patrick y él se quedaron mirando atónitos. Había una chica tumbada sobre la mesa. Tenía un pelo rubio largo que casi tocaba el suelo, y sus ojos estaban cerrados. Si no fuera por el ángulo imposible del cuello, se hubiera pensado que dormía. Estaba semidesnuda. El minúsculo minitop seguía en su sitio, aunque los pechos asomaban por debajo, por donde habían tirado de él para arriba. La parte baja del cuerpo estaba al aire y las piernas completamente abiertas.

—Está muerta, Pat. Me la encontré así tal cual. El muy bestia debe haberse ido por la puerta de delante —la voz de Karen se volvió a quebrar.

—¿Qué aspecto tenía, Karen? —Patrick la sacudió con rudeza—. ¿Pudiste echarle un vistazo a la jeta?

Karen negó con la cabeza.

—No. A mí todos me parecen iguales.

—Bueno, pero alguien tiene que haberlo visto, coño. Tápame a esa pobre corderita, por Dios santo.

Se fue a la entrada del salón. Todas las chicas sufrían algún tipo de conmoción.

—¿Ninguna vio a ese tío? ¿Ninguna se acuerda de cómo era?

Todas menearon la cabeza, pero una muchacha china respondió:

—Me parece que fue uno viejo que vino esta tarde. Esa fue la última vez que vi a Gilly.

—¿Esta tarde a qué hora?

—Sobre la una. La una y media.

Patrick se quedó anonadado. Miró el reloj.

—¿Queréis decir que lleva ahí tirada desde hace más de cinco horas? ¿Qué estaba ahí muerta y todas vosotras andabais a vuestros putos asuntos y que ninguna se dio cuenta de que no estaba?

Todas las mujeres se lo quedaron mirando.

—¿Qué aspecto tenía?

La muchacha se quedó pensando.

—No sé... unos cuarenta y ocho años, o cincuenta... llevaba barba...

—No. Con ese me ocupé yo. Ese es el señor Jenkins. Viene conmigo todas las semanas —la que hablaba era una chica de pelo moreno que miraba a Patrick con timidez—. El señor Jenkins siempre es muy amable, señor Kelly, muy educado.

—Llamaré a los maderos —dijo Patrick con voz calmada.

Era como si estuviera sucediendo otra vez lo de Mandy, solo que ahora era por su culpa. Algún cacho de mierda había cogido aquella chica y la había asesinado, y era culpa suya porque él era el dueño de aquel local. Era el dueño de hasta el último ladrillo y la última cara y la última chica que trabajaba allí.

Fue al despacho y llamó a la policía. Luego se sentó en la silla y esperó a que llegasen.

Capítulo Veintiuno

Patrick llegó por fin a casa de Kate a las diez y media. El coche paró delante de la casa y tuvo la suerte de ver que había luz en la sala. Le dijo a Willy que se llevase el coche a casa y subió por el caminito hasta la puerta de entrada. Llamó al timbre. Kate estaba haciéndose un sándwich de queso en la cocina. Fue a abrir la puerta limpiándose los dedos con la lengua.

—Te llamé a las ocho, pero la señora Manners me dijo que no estabas. No esperaba verte hasta mañana.

Patrick entró en el recibidor.

—No sabía si habías llamado o no, para serte sincero. No he estado en casa. — Siguió a Kate hasta la sala.

—Quítate el abrigo. Y no hagas ruido, mamá ya está en la cama. Justo estaba haciéndome un sándwich, ¿quieres uno?

—¿De qué tienes? —Kelly no había comido desde la hora del almuerzo.

—De queso o de queso.

—Entonces de queso. Yo haré el té.

Se fueron a la cocina y estuvieron un rato callados mientras preparaban las cosas.

—Me pones de malhumor, ¿sabes, Pat? Lo digo por lo que hiciste. Aunque ahora entiendo que da igual cómo consiguiéramos los análisis porque solo pueden ser para mejor.

A Patrick se le había olvidado aquello. Se encogió de hombros.

—Kate, tú sabes que me dedico a cobrar a morosos, ¿verdad?

La voz sonó tranquila y seria, lo que la hizo mirarle.

—Sí, ¿por qué?

—¿También sabías que tengo salones de masaje?

—Sí. Sé que tienes intereses en esos temas. ¿De qué va todo esto?

De repente, no estaba muy segura de querer oír algo más sobre el asunto. ¿Cómo había dicho Caitlin? ¿Qué Patrick Kelly era uno de los de la nueva raza de empresarios? Trabajaba dentro de la ley, simplemente. ¿Es que iba a pedirle que lo ayudase en alguna cosa no del todo lícita?

—Hace unas horas asesinaron a una de mis chicas. No sé si lo habrás oído en las noticias. En Barking. Le partieron el cuello. Quebrado como una astilla. Me siento fatal, Kate, realmente fatal. Tenía veintiún años. Por lo que he podido enterarme — continuó—, se hacía una media de cinco o seis cabritos al día. Se acostaba con todos esos hombres distintos cada día. ¿Sabes? Es muy extraño, Kate, pero nunca había pensado en eso antes. Todas esas mujeres, para mí eran como animalitos. Lamentas mucho cuando hay gente que las maltrata, pero te olvidas de ellas rápidamente...

Kate se quedó mirándolo un momento. Cogió los platos de los sándwiches y se los llevó a la sala y luego sirvió el té y se lo llevó también.

—Ven a sentarte, Pat, me parece que necesitas soltar todo eso de dentro.

Kelly siguió a Kate hasta la sala. Se sentó en el sofá y empezó a tomar el té.

—¿Qué es lo que va mal en realidad, Pat? ¿Que hayan asesinado a la chica o solo que estuviera en un local tuyo en ese momento?

Kate había dado exactamente en el proverbial clavo y Kelly se quedó asombrado de que lo conociera tan bien después de tan poco tiempo.

—Un poco de cada cosa, creo, si he de serte sincero. Tendrías que haberla visto, Kate, podría haber sido mi Mandy allí tirada. He estado haciendo lo humanamente posible para ayudar a atrapar a ese puto Destripador, y sin embargo, llevo años alimentando a basuras como él.

—Bueno, Pat, las mujeres siempre venderán sus cuerpos. Del porno blando al porno duro o a hacer la calle; el sexo es una de las cosas con las que más dinero circula por el mundo. Puede que esa chica lo hubiera hecho de todos modos, si no para ti, para algún otro. ¿Eso es lo que querías oír? ¿Eso es lo que quieres que te diga?

Kate hablaba en voz baja, pero no cabía error sobre su furia. Patrick la miró a la cara y por primera vez vio auténtica rabia. Se sintió incómodo.

—Ya oí lo de la muerte de esa chica, Pat, salió en las noticias. Lo que no sabía era que el salón de masajes era tuyo. Pero ¿quieres que te diga lo que se me pasó por la cabeza al oírlo por la radio? Pensé: me pregunto quién será el tipo que está ganando dinero a costa de esa chica. Sabía que tenía que ser un hombre. Es gracioso, ¿no? Sin embargo, ni se me ocurrió que pudieras ser tú. La persona que ha pagado los análisis de sangre de cinco mil hombres para encontrar al maníaco que mató a su hija. ¿Y también pagarás esta investigación, por cierto? —Kate alzó las cejas al mirar a Kelly y él tuvo el recato de apartar la mirada—. No, no lo creo —siguió ella—. Si has venido aquí en busca de té y simpatía y de un sitio donde lamerte las heridas, me temo que te has equivocado de casa, Pat. En lo que respecta a esa chica, no pienso darte nada. Has ayudado a asesinarla tanto como si le hubieras partido el cuello con tus manos. Toda la compasión que siento es para su familia. Apuesto a que eso tampoco se te ocurrió nunca, ¿verdad? Lo de que todas las mujeres que trabajan para ti son hijas o madres de alguien. Tú no tienes el monopolio del dolor, Pat. Intenta ponerte en el lugar de los padres. Por lo menos, cuando descubriste lo de la muerte de Mandy no tuviste el trauma añadido de encontrarte con que se había citado con la muerte mientras se sometía a su trabajo, el de joder con desconocidos. ¿Cómo es lo que acabas de decir?: «Para mí esas mujeres eran como animalitos». ¡Santo Dios, Patrick Kelly, y todavía tienes el santo descaro de venir aquí!

Patrick la miró.

—¿Has terminado del todo? Si quisiera que me soltaran una puta conferencia, me habría ido a una universidad. Vine aquí a ver si me aclaraba la cabeza, nada más. Nunca le hice daño a esa chica, nunca quise que le sucediera nada, ni a ninguna de las otras...

Estaba perdiendo pie y lo sabía. Kate le había expuesto la verdad, la verdad

simple y fea, y su única defensa era el ataque.

—A veces me haces reír, señora policía superinteligente. Bueno, ¿es que nunca se te ha ocurrido que a algunas de esas chicas les gusta el trabajo? ¿O sí? Que si no trabajaran para mí trabajarían para cualquier otro... Qué, ¿se te ha ocurrido? ¿SE TE HA OCURRIDO?

Kate movió tristemente la cabeza para los lados.

—Pero es que a quien veo no es a ellas. Te veo a ti, Pat, y no me importa lo mucho que despotriques y vociferes, esta noche no tengo nada para ti. Ni la más mínima compasión, lo siento. Si lo que quieres es eso, te sugiero que vayas a visitar a los padres de la chica. Puede que eso te dé una buena perspectiva del tema. Aunque después de lo que le pasó a Mandy, hubiera creído que tú serías la última persona en no entender por lo que estarán pasando.

Patrick notó que su enfado crecía y fue lo bastante sincero como para admitir que no era por causa de las palabras de Kate, sino porque se sentía avergonzado. Aunque, por supuesto, no podía admitirlo ante ella.

—Me largo, coño. Tenía que haber sabido que una jodida pasmarota no iba a servirme de nada cuando hay que jugarse los cuartos de verdad. Tu problema es que te crees una especie de santa de los cojones, Kate. Pues bien. Escúchame. No te necesito ni a ti ni a nadie para que me señalen mis faltas. Me las sé desde hace años. Desde que pude entender lo que pasaba a mi alrededor. Sí, quería un poco de té y simpatía, igual que tú cuando tu hija tuvo la sobredosis. Y muchas gracias por todo. Y ahora voy a decirte una cosa: no te necesito. La verdad es que no necesito a nadie, nunca lo necesité y nunca lo necesitaré.

En cuanto dijo esas palabras, se arrepintió. Lo que quería era coger a Kate en sus brazos y amarla, hacer que ella le amase, pero no podía.

Kate lo miró salir de la habitación y oyó el portazo de la entrada.

Ambos necesitaban sacar todo aquello a la luz. Pero ahora lamentaba que hubiera sucedido de aquel modo. Sus negocios de los salones de masaje siempre se habían alzado entre ellos, pero ahora los dos sabían cuál era su sitio.

Aquella pobre chica estaba muerta. Patrick se sentía culpable, dijera lo que dijese. Pero ¿dónde la dejaba eso a ella?

Kate contempló su sándwich.

Ya no tenía nada de hambre.

Patrick salió de casa de Kate maldiciendo en silencio. Había hecho que Willy se fuera y ahora tendría que llamar por teléfono a un taxi. Echó a andar sin rumbo en busca de una cabina telefónica. Y encontraba consuelo en la oscuridad, igual que George. Aspiraba el aire frío de la noche en los pulmones y su pensamiento volvió de nuevo a Gillian Enderby. La vio yaciendo en su cubículo, los cabellos desparramados sobre la mesa, casi tocando el suelo. Era una muchacha de aspecto dulce. No parecía una prostituta, pero en realidad ninguna lo parecía al principio. Se acordó de Violet de joven... ¡qué mujer había sido!

Vio la luz de una cabina y aceleró el paso. Renée nunca se había sentido feliz con lo de la prostitución. Le apoyaba en todo lo del negocio de morosos, pero se había negado de plano a tener que ver con los salones de masaje. Llegaron a un acuerdo tácito de que eso nunca se mencionaría en casa, ni siquiera de pasada.

Llegó a la cabina de teléfono y después de intentar encontrar sin éxito un número de taxis, llamó a Willy y le ordenó que fuera a recogerlo. Willy sabía demasiado bien que no era cosa de preguntarle al jefe por qué le llamaba desde una cabina y no desde casa de Kate.

Patrick se quedó de pie delante de la cabina pateando con los pies. Hacía muchísimo frío. Se suponía que Kevin Cosgrove tenía que recoger a Mandy delante de una cabina de teléfonos. Como la habían destrozado los vándalos, por eso la chica había tenido que echar a andar hacia casa. Se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo. En aquellos momentos, Gillian Enderby estaría entre hielo en algún sitio. Y sus padres estarían pasando lo mismo que él había pasado.

Esa noche, más tarde, tumbado en la cama, deseó que Kate estuviera con él. La echaba de menos. Andaba por los cuarenta, era morena cuando él siempre había preferido las rubias, tenía el pecho plano y a él siempre le habían gustado las mujeres bien dotadas, y para poner la guinda al asunto, era policía. La verdad es que era la antítesis de lo que siempre había dicho que quería encontrar en una mujer.

Y sin embargo, la deseaba desesperadamente.

Mandy y Gillian Enderby se abrieron camino una vez más en sus turbados pensamientos hasta que finalmente tuvo que admitir la derrota, levantarse de la cama e ir al piso de abajo. Se preparó una bebida caliente y se la llevó a la cama después de aderezarla con abundante coñac.

Y allí se tumbó de nuevo a dar vueltas todo agitado.

Kate, en su cama solitaria, hacía exactamente lo mismo.

* * *

Willy quedó sorprendido al ver a Patrick levantado, vestido y hablando ya por teléfono a las seis y media de la mañana. Se preguntó por un momento a quién habría sacado de la cama. Después de desayunar, a las siete y cuarto, Patrick lo llamó y le dijo que quería ir a una dirección de East Ham. Una de las casitas del ayuntamiento. Willy vio a un hombre abrir la puerta y luego, tras un breve intercambio de palabras, vio que Patrick entraba.

«Cada vez más y más curioso», pensó. Luego tomó el periódico y empezó de nuevo el proceso de contemplar a la mujer semidesnuda de la página tres.

Patrick se presentó a Stan Enderby y el hombre lo invitó a pasar. Enderby era más o menos de su misma edad, pero sin las ventajas del dinero. Parecía más viejo de lo que era, desde los dedos amarillos de tabaco, la gran barriga cervecera y una frente

más que amplia, hasta el pitillo liado increíblemente fino que le colgaba de la comisura de la boca.

—La parienta está arriba, señor Kelly. Que se lo ha tomado a mal. Gilly era su orgullo, su alegría, sabe. No supimos nunca que andaba..., que hacía lo que hacía.

Patrick lo siguió a un cuartito de estar apenas amueblado pero muy limpio. Se sentó en la butaca que había junto a la ventana y echó una mirada fugaz a su coche.

—¿Quiere tomar una taza de té o algo más fuerte? —Stanley le mostró una botella de *whisky* Tesco barato y Patrick movió la cabeza para asentir. Esperó a que el hombre le diera el vaso.

—Gracias.

Kelly sabía que Enderby no sabía qué hacer. Como de costumbre, su reputación le precedía e impedía un comportamiento natural. Le hubiera gustado que mostrase rabia, acusación. Cualquier cosa salvo aquella pasividad, la pretensión de que era una visita bien recibida. Sabía que Enderby le tenía miedo. En el pasado se había aprovechado de esa reputación, pero en aquel momento si Enderby le hubiera estampado el vaso de *whisky* en la cara, lo hubiera aceptado. Incluso lo hubiera admirado.

—He venido a ofrecerle mis condolencias, señor Enderby. Siento una cierta responsabilidad por lo que le sucedió a su hija, y le quedaría extremadamente agradecido si me permitiera pagarle el entierro.

—Eso es más que amable de su parte, señor Kelly. No nos esperábamos nada...

Mientras hablaba, se abrió la puerta del cuarto y entró una mujer pequeñita. Era una rubia falsa, y Kelly comprendió de inmediato que se trataba de la madre de Gillian. Eran como dos gotas de agua.

—¿Qué quiere usted? —dijo en tono agresivo.

Stanley Enderby miró a su mujer atónito.

—Es el señor Kelly, Maureen.

—Oh, cállate, Stan, por Dios santo. —Se volvió de nuevo a Patrick—. Le he hecho una pregunta, Kelly, ¿qué quiere?

Kelly bajó los ojos. Veía la acusación en su rostro.

—He venido a ofrecerles mis condolencias, señora Enderby.

—Y va a pagarnos lo del entierro y eso, ¿no es cierto, señor Kelly?

La voz de Stanley sonaba tensa. No era un hombre que pudiera manejar escenas de ninguna clase. Durante toda su vida de casado había intentado evitar enfrentamientos con su mujer, pequeña pero rápida de genio.

Maureen Enderby soltó un bufido de desprecio. Con mirada dura recorrió lentamente a Patrick de la cabeza a los pies.

—¿Así que Pat Kelly se nos aparece con su libreta de cheques y ya todo irá mejor, verdad que sí? ¡Me acuerdo de cuando no tenías ni orinal para mear, chulo inútil! Me acuerdo de tu madre y de tus hermanas, de cuando la Gracie andaba de buscona por aquellos jodidos muelles. Aprendiste lo del puterío de bien pequeño, ¿no

es eso? ¡Y luego vas y te llevas a mi niña y la metes en tus putos jolgorios y ahora me la han matado! Bueno, también un perverso se llevó a la tuya, a que sí... ¡Hay justicia en este mundo!

Patrick se había puesto pálido.

—No fui yo quien metió a su hija en el negocio, señora Enderby. Yo no tenía conocimiento de que estuviese trabajando allí. No conozco nunca a las chicas.

Maureen saltó sobre él y se puso a darle puñetazos en el pecho con la cara crispada de dolor.

—¡Bueno, pues haberlo hecho! ¡Habrías tenido que saber a quién tenía allí! Mi hija era drogadicta. Y no me enteré hasta hoy..., nunca lo supe. Se acostaba con hombres para pagarse las drogas. ¡Drogas que probablemente le compraba a usted!

Patrick meneó la cabeza con mucha fuerza.

—Yo nunca he vendido drogas. Nunca jamás. Puede que le haya hecho a usted cualquier otra cosa, real o imaginaria, pero nunca he vendido drogas.

—No, Patrick Kelly —la voz de Maureen sonaba ahora tranquila—. Solo vendes degradación, ¿no es así?

Se volvió a su marido.

—¡Echa ahora mismo a este canalla de mi casa, Stan!

Patrick miró al hombre que tenía delante y meneó la cabeza como diciendo: lo comprendo.

—Llévese la chequera, señor Kelly. No quiero su dinero sucio. Ya la enterraré yo con lo que pueda pagar de mi bolsillo, no del suyo.

Patrick salió de la casita y Stanley lo siguió hasta el umbral.

—Perdone usted, señor Kelly, pero son cosas que pasan. Esto le ha trastornado la cabeza. Ya lo entenderá. Estamos sin blanca, sabe. Llevo cuatro años sin trabajo. Y ahora no nos llega ningún dinero de Gilly.

Kelly asintió.

—Me ocuparé de que reciba el dinero, señor Enderby.

—Creo que será mejor en billetes, o sea, no tenemos cuenta en el banco.

La voz quedó en el aire y Patrick asintió de nuevo. Bajó los escalones y se metió en el coche. De aquellos dos, prefería a la madre. Por lo menos, su pena era auténtica. El padre de Gillian Enderby capitalizaba la muerte de su hija, que no parecía haberle afectado mucho.

Pero sí que afectaba a Patrick Kelly. Le afectaba un montón.

Kate había llegado temprano a la iglesia y se sentó sola en la parte de atrás disfrutando del silencio y la soledad. Como era católica, habían dejado el cuerpo de Mandy toda la noche en la iglesia preparado para la misa de réquiem de la mañana siguiente. Su tía Grace había sido delegada para velar el cuerpo mientras el alma partía hacia el cielo. Esa era una antigua tradición irlandesa que seguía manteniendo viva una generación tras otra.

Kate se arrodilló y rezó por primera vez desde hacía años. Había olvidado la

sensación de paz y consuelo que te aporta una iglesia vacía. Rezó por el alma de Mandy Kelly y por la de todas las mujeres y muchachas asesinadas.

El funeral era a las nueve y media, pero la iglesia empezó a llenarse antes de las nueve. Desde allí atrás, Kate fue viendo cómo aparecían diversos delincuentes y empresarios. No se sorprendió demasiado al ver llegar al jefe superior Frederick Flowers y su esposa. O cuando aparecieron también el diputado del distrito y su mujer. Sí que tuvo que admitir una ligera sensación de sorpresa al descubrir a dos de las cabezas más prominentes de la Brigada de Delitos Importantes. Los dos estrecharon la mano de Patrick y uno de ellos, al que en el cuerpo se conocía por Bill McCormack el Loco, por sus métodos poco ortodoxos de conseguir arrestos con un mango de piqueta, le dio un estrecho abrazo. Para Kate, aquello fue una verdadera lección, y le molestó su propia ingenuidad. Era una buena detective, conocía su trabajo, pero aquella proximidad entre el mundo criminal y la policía nunca se había mostrado tan descaradamente hasta entonces. Oh, claro que sabía que existía, pero al parecer los días en que policías y hampones se veían bajo el manto de la oscuridad habían caducado. Ahora se veían en sociedad.

Apartó esos pensamientos de su cabeza. Estaba en el funeral de la única hija de Patrick y tendría que sentirse contenta de que hubiera acudido tanta gente a presentarle sus respetos. Tendría que estar contenta por él. A alguna gente le reconfortaba que se viera que sus difuntos eran populares y estimados.

Observó a Patrick recorrer la iglesia con la vista hasta que por fin sus ojos encontraron a los de ella. Le sonrió fugazmente. La cara se le tranquilizó de inmediato, y durante aquellos mínimos segundos Kate sintió de nuevo el tirón que ejercía sobre ella.

Después de la misa, cuando los fieles salían de la iglesia y el cuerpo era conducido hacia la tumba, Patrick se puso a caminar a su lado. La tomó del brazo ligera pero firmemente, como si temiese que se fuera a escapar. Kate lo miró y vio lágrimas en sus largas pestañas oscuras. Se dio cuenta de que la necesitaba y que, para ser más exactos, ella lo necesitaba. Lo acompañó hasta llegar a la sepultura. Cuando el sacerdote empezó a dar las últimas bendiciones, notó el dolor de él como si fuera algo físico. Los hombros se le sacudían, e instintivamente le cogió la mano con fuerza y él la sujetó a ella y la atrajo a su lado. Comprendió que estaba poniendo toda su fuerza de voluntad para no venirse abajo allí mismo y en aquel momento, delante de todo el mundo. Al fin y al cabo, estaba enterrando a su amada hija, y comprender plenamente todo aquello no lo había sentido hasta ese momento.

Mandy no iba a volver a casa.

Ni ahora, ni nunca.

Kate vio que la enterraban al lado de su madre. Pobre Patrick. Toda su vida quedaba enterrada en dos pequeños trozos de tierra.

Kate vio que la hermana de Patrick la observaba y bajaba la mirada. Por fin terminó todo y la gente empezó a volver hacia sus coches. Patrick se quedó junto a la

tumba, sin enterarse de las expresiones de condolencia. Kate permanecía a su lado y se fijó en Kevin Cosgrove, que se mantenía aparte de todos los demás. Esperó a que la tumba estuviese tranquila y se acercó a ella. Arrojó una rosa blanca, una sola, sobre el ataúd de Mandy, ahora en la tierra y en espera de que lo cubriesen. Después, se alejó.

—Vamos, Patrick, lo mejor será que vuelvas ya a casa. —Tiró de él con suavidad para alejarlo.

—No puedo volver a esa casa, Kate. No puedo hablar con toda esa gente.

—Tienes que hacerlo. Vamos, yo iré contigo en el coche. Tienes que enfrentarte a la gente. Lo que pasa es que ahora te afecta el choque de lo sucedido.

Grace, la hermana de Patrick, iba con ellos. Kate calculó que andaría por los cincuenta, y tenía buen aspecto, considerando que había pasado toda la noche en vela. Llevaba el pelo perfecto, igual que la ropa y el maquillaje. Y era tan rubia como Patrick moreno.

—Vamos, Pat. Vamos a ver si terminamos con esto. Me parece que no nos conocemos, querida. Yo soy Grace... Grace Kelly. Ya sé lo que me vas a decir, pero ya estoy acostumbrada.

»Venga, Pat —continuó—, cuanto antes lidiemos a todo ese ganado, antes nos los quitaremos de encima. La vieja tía Ethel lleva una trompa como un piano, y si no nos andamos con cuidado, se pondrá a montar apuestas sobre cuántas volteretas hacen falta para dar la vuelta a la iglesia.

Kate vio que Patrick se relajaba. Era evidente que Grace Kelly era una mujer a la que se escuchaba y nada más. No dejó de ir haciendo comentarios durante todo el camino hasta el coche.

—Escucha, Pat, te dejo para que te vayas con tu hermana. Yo tengo que volver al trabajo —dijo Kate.

—Pensé que ibas a venir conmigo a casa...

—Iba a ir, pero ahora que estás con tu hermana, me parece que realmente tendría que volver al trabajo.

—¿Te veré esta noche, Kate? —la voz sonó tan solitaria y destrozada que no hubiera podido negarse por más que hubiera querido.

—Sí, me verás esta noche. Ven tú a mi casa, Patrick.

Tenía la impresión de que era mejor apartarlo de su casa al menos durante unas pocas horas.

George entró en Sexplosion al atardecer del día del funeral de Mandy. Él no lo sabía, porque tenía cosas más importantes en la cabeza, tales como buscar el modo de escaparse de los análisis de sangre. Ese mismo día, algo antes, se le había venido el germen de una idea y ahora estaba a punto de sondear a Tony Jones, que formaba parte integral de ella.

Tony le sonrió y se lo llevó a la trastienda. Antes de hablar, George esperó a que el vídeo estuviera en marcha.

—¿La chica muere?

—Pues sí. Pero de todos modos lo hacen todo —dijo Tony con tono de fastidio.

—Me imagino que las películas como esta serán ilegales... Quiero decir, ¿puede haber problemas por tenerlas?

A Tony Jones se le puso la mosca detrás de la oreja.

—Puedes tener problemas hasta por comprarlas, compadre —dijo con voz irritada.

George sonrió.

—Te lo agradezco, Tony, pero era solo por preguntar, nada más. No te me cabrees.

—Oye, ¿quieres la película o no? —George notó un tono agresivo en la voz del hombre y comprendió que estaba asustado. Se felicitó por ello.

—¿Hay alguna posibilidad de beber algo, Tony? Tengo que hacerte una proposición...

—¿Qué clase de proposición?

—Una muy lucrativa.

Tony Jones se pasó la lengua por los labios y miró fijamente a George durante unos instantes.

—¿Qué quieres tomar? ¿Cerveza o una copa?

George sonrió.

—Creo que una copa es lo que toca esta noche, Tony.

Esperó hasta que ambos estuvieron sentados bebiendo sus copas y habló:

—Necesito a alguien que me ayude con una cosa delicada. Alguien que sea de total confianza y que necesite un poco de dinero.

—¿Qué es? —Tony Jones estaba intrigado.

—Necesito alguien que se haga un análisis de sangre en mi lugar. En realidad, lo que tendría es que fingir que soy yo.

George vio que a Tony Jones se le cambiaba la expresión. Rebuscaba algo en su cabeza. Análisis de sangre... análisis de sangre... ¿Dónde había oído algo de eso? En los periódicos. Lo había leído en los periódicos. ¡George Markham venía de Grantley, en Essex! ¡George Markham era el Destripador de Grantley! George Markham tenía puesto precio a su cabeza: ¡medio millón de libras!

—¡Me cago en la puta leche!

George notó un pellizco de miedo.

—Tú eres ese cabrón de Destripador, ¿no es verdad?

George miró a Tony Jones fijamente y sus ojos grises de pez muerto le produjeron un escalofrío. Por primera vez, tuvo miedo. Y con el susto había perdido su as.

—¿Y qué quieres de mí? —ahora la voz sonaba más tranquila. Más controlada.

—Estoy dispuesto a pagar una suma sustanciosa de dinero a alguien que se haga el análisis de sangre por mí. Si me cogiesen, sabes, tendría que contarle a la policía lo de mi cómplice en todo el asunto.

—¿Cómplice? ¿Qué cómplice? —Tony sonaba desconcertado.

—¿Cómo?, ¡pues tú, naturalmente! —George volvió a sonreír—. Si tú no me hubieras introducido en esto de las películas *snuff*, no hubiera ni soñado con asesinar a nadie.

La cara de Tony se puso blanca.

—¡Eso no tiene nada que ver conmigo! Yo vendo películas a cantidad de gente y no van por ahí asesinando a nadie.

La voz sonaba a la defensiva. Se le vino a la cabeza la visión de Patrick Kelly enterándose de que las películas que habían desencadenado el asesinato de su hija venían de su tienda. Ya había tenido un altercado con él. ¡Y tenía la esperanza de usar ese conocimiento para poder salir de su lista negra! Pero Kelly haría que le cortaran el pescuezo en cuanto le echara la vista encima.

—¿Y eso cómo lo sabes, Tony? ¿Cómo sabes que a esos hombres que compran tus películas no les afectan del mismo modo que a mí? A mí la muerte me excita, y excita a un montón de gente, por eso tus películas tienen tanta demanda. Me acuerdo haberte oído decir que se vendían como pan caliente.

Vio que a Tony se le tensaba la mandíbula y decidió jugar su triunfo.

—Tengo reseñadas en un diario todas las veces que he visitado tu tienda y lo que compré aquí. Y lo he escrito como si tú estuvieras metido en todo el asunto. Así que si no me ayudas, Tony, y me atrapan... —George dejó la frase en el aire.

—¡Puedes estar seguro de que te mataré yo, hijoputa!

—Oh, no me seas tan tonto. Si yo me muero, revisarán todos mis efectos personales, no solo mi mujer, también la policía, diría yo. Y eso no lo queremos ninguno de los dos, ¿no es cierto?

Tony Jones vio que medio millón de libras desaparecían ante sus ojos. Miró a George beber su *whisky* a sorbitos pequeños y limpiarse luego meticulosamente la boca con el pañuelo. La chispa de una mínima idea surgió en su cabeza. Iba a jugar con George Markham a su mismo juego.

—¿Cuánto puedes pagar?

George sonrió. Aquello ya estaba mejor.

—Mil libras.

Tony meneó la cabeza con desdén.

—No es suficiente —dijo—. Como mínimo dos de los grandes por suplantación delictiva de personalidad.

—¿Suplantación delictiva?

—Eso significa hacerse pasar por otro. Que es lo que yo tendría que hacer por ti.

—¿Lo harías tú mismo?

—Claro. Somos más o menos de la misma edad. Necesitaré saber unas cuantas cosas personales... Los de la bofia son listos, unos buenos cabronazos cuando algo les canta. Entérate de cómo funciona lo de los análisis de sangre y luego cuéntamelo. Trabajaré a partir de ahí. No tengo antecedentes, lo creas o no. Ni siquiera me han

puesto nunca una multa de tráfico. Por dos de los grandes, seré George Markham.

George le tendió la mano, pero no se sorprendió al ver que Tony no se la estrechaba.

—Arreglado.

Tony se quedó mirando al hombre que tenía delante y pensó: «Tú lo vas a estar».

George llegó a casa poco después de las ocho. Elaine estaba sentada en el sofá y lo llamó al oírlo entrar por la puerta de la calle.

—Ya empezaba a preocuparme por ti, George.

Se quitó el abrigo y lo colocó en el armario del vestíbulo junto con el vídeo que había comprado. Entró donde estaba Elaine.

—Perdona que llegue tarde, querida, pero tuvimos mucho que hacer. Como termino dentro de unas semanas, tengo que ir pasando toda la información al que se va a ocupar de mis cuentas.

Elaine asintió.

—Ven a la cocina, te he guardado la cena caliente.

George se sentó a la mesa y como de costumbre, dejó que Elaine parlotease. Al correr de los años, había comprendido que aquel parloteo era una defensa de ella contra el silencio que odiaba. Mantenía un flujo sostenido de palabras, al parecer sin percatarse de que George no la escuchaba de verdad.

Esa noche no hubiera podido escucharla ni aunque hubiera querido. Tenía cosas más apremiantes en la cabeza.

Caitlin explicaba al equipo de la sala de incidencias la naturaleza exacta de las pruebas de sangre. Todos escuchaban con avidez lo que les decía. La mayoría tenía conocimiento de lo que eran las huellas genéticas, como cualquiera que leyese la prensa, pero la tarea concreta que les esperaba no estaba del todo clara. Caitlin confiaba en iluminarlos al respecto.

—El hombre al que buscamos tiene sangre del tipo O, igual que aproximadamente el cincuenta por ciento de la población. Aunque esto hay que volver a partirlo por la mitad. El setenta y cinco por ciento de la población es RH positivo. El otro veinticinco por ciento son RH negativos. Bien, pues me alegro de decirles que el hombre al que buscamos es RH negativo. Eso significa que podemos eliminar a los varones del grupo O con RH positivo, con lo que recortamos mucho la cantidad de individuos y de horas de trabajo. En las pruebas de sangre que haremos —siguió—, iremos preguntando a cada individuo el apellido de soltera de su madre, los nombres de su mujer y de sus hijos, dónde trabajan etcétera. También les tomaremos las huellas dactilares y, evidentemente, tendrán que firmarnos un documento que dice que están de acuerdo en hacerse el análisis de sangre y que no lo han realizado bajo coacción. ¡Eso sublevará a esos idiotas de la Asociación de Libertades Civiles!

La gente que estaba en la sala empezó a reírse por lo bajinis. Era una buena cruz para todos que a la única pista que tenían para trabajar, le lloviesen tantas críticas. Por

un lado, la gente quería que atrapasen a aquel hombre, y por otro hacían cuanto podían para ponérselo difícil.

Caitlin encendió un cigarro. Se aclaró ruidosamente la garganta y empezó a hablar de nuevo:

—Bien, se les dará a todos unas instrucciones en las que se les indicará exactamente qué han de preguntar, a dónde han de ir, etcétera. Se les nombrará un asistente para refuerzo de las investigaciones, que quisiéramos que se llevasen a cabo lo más discretamente posible. Al parecer, desde que se inició esta retahíla de asesinatos, ya les han zurrado la badana a unos cuantos delincuentes sexuales conocidos, y aunque yo personalmente no tengo tiempo que perder con degenerados, esos no son sospechosos, de modo que tienen derecho a ser protegidos. Todas las entrevistas han de hacerse con cortesía y educación. Tenemos bajo nosotros una bomba en potencia y no quisiera que nadie... —echó una rápida mirada a Spencer—, especialmente usted, la acabe jodiendo. Bien —continuó—, la mayoría de ustedes están pensando que el responsable de esto tendría que estar loco para aceptar hacerse el análisis. Yo también lo creo. Pero nuestro psicólogo considera que su ego hará que se presente. Que el tipo siente placer tanto en los ataques que hace como engañándonos a nosotros —dejó de hablar y miró aquel mar de rostros esperando a que se asentase todo lo que había dicho—. De modo que si se encuentran algún individuo especialmente sospechoso, me gustaría que me lo notificaran. Solo en esta comisaría ya tenemos unos cuantos bravucones —miró otra vez a Spencer—. Así que ya saben qué clase de tipo ando buscando.

Todos se rieron una vez más.

—Bien, entonces, ¿hay alguna pregunta?

La mano de Spencer se alzó antes que la de nadie. Caitlin le hizo un gesto con la cabeza.

—Lo que quiero saber es si vamos a tener más ayuda. O sea, quiero decir, que nos llevará siglos entrevistar otra vez a los nuevos sospechosos...

Caitlin alzó una mano para imponer silencio.

—Tenemos hombres más que suficientes, todo el mundo de la zona de Essex Sudeste nos va a dedicar su tiempo libre. Eso podría llamarse conciencia social, pero yo creo que probablemente ayuden a ello las horas extra del Fondo de Incidencias. Además, los del Grupo Especial son de mucha ayuda para las entrevistas en ocasiones como esta. Tendremos hombres más que suficientes, por eso no se preocupe. —Apartó la vista de Spencer y miró las caras que tenía delante—. Bien, ¿alguna otra pregunta?

Antes de que nadie pudiera responder se dio la vuelta y dijo:

—Bien. Recojan sus hojas de instrucciones y que empiece la función.

Kate sonrió para sus adentros. Había tenido que dejárselo a él. No había duda de que el hombre sabía cómo manejar una sala de incidencias. Había respondido directamente las preguntas más importantes y ahora quería que aquello terminase del

todo para poder empezar con el trabajo de verdad. Por mucho que a veces le atacase los nervios, Kate no tenía más remedio que admirarlo. Por lo menos, el hombre hacía que las cosas funcionasen.

Todos repasaban sus hojas de instrucciones. Parecía que ahora que tenían un objetivo estuvieran deseando ponerse a trabajar. Siempre era igual en casos como aquel. En cuanto se abría una nueva línea de investigación, el interés y el entusiasmo de todos se renovaba.

Kate contempló una vez más las fotografías de las mujeres y jóvenes muertas. Sus ojos se demoraron sobre Mandy Kelly y pensó en Patrick. Luego se puso a sacar el trabajo pendiente.

George llegó a casa tras un día especialmente exigente en el trabajo. En la oficina todos hablaban de su fiesta de despedida y había sentido ganas de gritarles a todos que se largasen y lo dejasen solo. No se sabe cómo, se habían apuntado incluso algunos trabajadores del almacén, y George estaba molesto. Nunca en la vida había hablado con ninguno, ni siquiera de pasada. Lo último que quería era tener que dar conversación a una pila de brutos de clase trabajadora. Lo único que les interesaba era la chica del *striptease*. Ah, ya sabía lo que buscaban. Lástima que no supieran lo suyo, eso les cerraría la boca a todos. No necesitaba furcias exhibiéndose por ahí medio desnudas, él podía tener la que quisiese. Y cuando la quisiese.

Cerró los ojos con fuerza. Elaine no callaba, como de costumbre. Algunas veces deseaba tener las agallas suficientes para cruzarle aquella cara de tonta, abofetearla hasta que le ardiese y aquellas orejas gordas le zumbaran.

—¡George! ¿Me escuchas? —su voz estridente le atravesó el cráneo como un hacha recién afilada.

—Naturalmente que sí, querida. Yo siempre te escucho.

—Bueno, ¿entonces qué piensas de lo que te he dicho?

—La verdad... realmente no lo sé. —George se estrujaba los sesos intentando recordar algún detalle de la cháchara que se hubiera colado en su conciencia desde que Elaine empezó a hablarle en el momento mismo de entrar en casa.

Elaine lanzó un profundo suspiro y empezó a aderezar las patatas asadas.

—No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho, ¿verdad? Te he contado que el gerente dice que están pensando en reducir personal.

George la interrumpió.

—Pero a ti no te despedirán nunca, Elaine.

—¿Quién dice que vayan a despedirme a mí? ¿Pero es que me escuchas alguna vez, George? El gerente dice que tengo muchas probabilidades de que me pongan de supervisora de las cajas. No demasiado pronto, he de añadir. Así que aunque se pongan a recortar personal —se golpeó en el pecho con el dedo estirado—, yo seguiré teniendo trabajo. Y además, con un salario mejor. Así que las cosas como son, George, ahora que en tu trabajo te han dado la patada, un sueldo fijo no es para despreciarlo, ¿no crees?

Un último giro maligno con el cuchillo hizo que a George se le entrecortara la respiración. De modo que así era como la tía iba a jugar, ¿eh? Ahora, la compasión se había acabado y con la euforia por lo del dinero, Elaine iba a convertirse en lo que siempre había intentado ser. La auténtica cabeza de familia. La que traía a casa más dinero.

George se imaginó a sí mismo levantándose de la butaca y cogiendo el cuchillo grande del pan de la encimera, abriendo de un tajo la garganta de Elaine, un tajo limpio y preciso, y echándose a reír. Partiéndose de risa al tiempo que lo hacía.

Se puso de pie no muy seguro.

—¿A dónde vas?

Ignoró la pregunta y salió de la cocina con todos los nervios del cuerpo en tensión. Para la mentalidad de George, aquello era el insulto definitivo. Subió las escaleras y fue a la alcoba que compartía con Elaine. Una vez allí, se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Se había esperado a medias que ella irrumpiese en tromba en el cuarto exigiéndole saber por qué la había dejado con la palabra en la boca, pero esa vez lo dejó solo.

Abajo, en la cocina, Elaine pensó que tal vez había ido demasiado lejos.

George permaneció inmóvil hasta que la respiración le volvió a la normalidad y miró cómo su vida entera con Elaine parecía flotar ante él. La vio el día de la boda... Entonces se había sentido bien orgulloso de ella. Orgulloso de tener una esposa de verdad. Era como hacer una declaración ante el mundo, como si gritara: «Mirad, hay alguien que me quiere». A su madre le había dado rabia que se hubiera casado. Quería quedárselo en su casa con ella. Quería seguir «cuidando de él», como ella decía. Había llamado a Elaine puta pelirroja. Bueno, de esas su madre lo sabía todo, había ejercido el oficio la mayor parte de su vida. Y a pesar de todo, al principio el matrimonio no había estado mal. Elaine había llegado virgen a él, y él agradecía el detalle. Nunca había intentado hacer nada con ella porque era una de esas que George denominaba «buena chica». Sabía que se resistiría a cualquier otra cosa que no fuera un beso casto en los labios después de una noche por ahí.

Sin embargo, una vez casada, Elaine había resultado ser un verdadero coñazo. Quería sexo con mucha más frecuencia que él. Y él pretendía experimentar, pero Elaine solo aceptaba el sexo convencional, y nada de besos. George no aguantaba aquella forma tan monótona de pasar las veladas, y en cuanto se quedó preñada, se sintió secretamente aliviado. Fue entonces cuando redescubrió la pornografía como entretenimiento. Antes de casarse, George tenía gran afición a las revistas de chicas, o «revistas de pajas» como las llamaba él en secreto. Se había construido un mundo de fantasías con mujeres que hacían lo que él les pedía. Había pensado que con la llegada del matrimonio ya no necesitaría más ese mundo fantástico, y en cambio había descubierto que lo necesitaba más que nunca.

Al principio, el hecho de que las revistas estuvieran dentro de casa le excitaba. El elemento de riesgo de que lo cazasen siempre había atraído a George. Sabía que si

Elaine encontraba las revistas, se hubiera puesto hecha una furia y aquella idea le encantaba. Empezó a frecuentar los cines porno del Soho y las librerías que abundaban por allí. Eso era en los tiempos en que fuera ponían fotografías de mujeres desnudas con unas estrellitas colocadas estratégicamente para tapar justo los pezones y el vello púbico. De aquellas películas francesas y de las películas porno aprendió un montón. Fue entonces cuando se introdujo en el mundo del sadismo y la sumisión.

La primera vez que compró una revista sado, tuvo la sensación de que por fin lo habían liberado. Las imágenes de aquellas mujeres, aquellas deliciosas sonrisas en sus rostros mientras las encadenaban y degradaban, habían hecho vibrar una cuerda en lo más profundo de él. Y fue entonces cuando cometió aquel terrible error.

Había estado en una sala de cine porno y volvía a casa en tren. Entonces vivían en Kent, en Chatham. Se habían comprado una casa vieja y la iban arreglando y decorando poco a poco para convertirla en su hogar. George vio a una chica en el tren. Tenía el pelo largo rubio rojizo que había llamado su atención porque le recordó el de su madre cuando era joven. La muchacha se dio cuenta de que la miraba y le sonrió. Una sonrisa despreocupada, como si estuviera acostumbrada a que la admirasen.

Según se acercaban a Chatham, el tren fue vaciándose de público hasta que solo quedaron ellos dos. George había ido pensando en la película y en la chica, y cuando la tocó, lo único que quería era ver cómo era su pelo, sentir su elasticidad, simplemente, y nada más. Pero la chica se puso a gritar, con un grito potente y penetrante, y él, por instinto, le tapó la boca con la mano. La chica se cayó de costado en uno de los asientos del vagón y se le levantó el jersey dejando al aire un trozo de piel blanca como la leche. George introdujo la otra mano por dentro del jersey y palpó sus senos juveniles. Entonces experimentó un éxtasis que limpió su mente de todo el resto de cosas que no fueran aquel momento y aquella sensación. No recordaba en absoluto haberle arrancado las bragas y los pantis, no recordaba en absoluto haberla golpeado en la cara y en la cabeza; todo le había parecido una cosa agradable. Demasiado cálida para ser mala.

Lo atraparon cuando el tren se detuvo en la estación de Chatham. En su excitación, ni siquiera se había enterado de lo que sucedía.

Y vino la policía.

Y lo interrogaron.

Y lo detuvieron.

Y Elaine. Una Elaine ya muy embarazada, a la que habían tenido que llevar al hospital con un *shock* cuando la policía llamó a su puerta y se lo contó todo.

Elaine, que dio a luz a un hijo muerto.

Elaine, que por alguna razón se mantuvo a su lado durante todo el juicio y que lo vendió todo y se mudó a Essex para que él tuviera un hogar al que regresar.

Elaine, que lo había visitado en la prisión y le escribía una vez por semana.

Elaine, que nunca le había permitido dejar aquello en el olvido porque le

aborrecía por lo sucedido. Lo aborrecía por lo que había hecho y por matar a su hijo.

Elaine, que nunca había vuelto a mencionar el asunto, excepto aquel día de unas pocas semanas antes cuando la policía llamó a la puerta.

Elaine, a la que él odiaba y amaba. Oh, la amaba porque había sido la madre de su hijo. La única cosa que había querido de verdad en toda su vida.

Su hijo estaba muerto. Su matrimonio estaba muerto.

Elaine tenía una aventura, estaba seguro. Estaba tan seguro que notaba hasta el sabor. De hecho, hasta la veía a veces en la parte de atrás de un coche con un hombre sin rostro. Veía sus pechos enormes subiendo y bajando de la excitación. La veía levantar su culo grande y gordo y ponerlo sobre el miembro de un desconocido. Y eso lo excitaba. Hacía que quisiera espiarlos. Hacía que quisiera ocultarse para verlos hacerlo. Le hacía desear correrse en los calzoncillos solo con pensarlo. La respiración ya se le había vuelto trabajosa.

¿Ahora ya no era tan remilgada, eh? Ahora ya nada de posturas del misionero para Elaine. Ni mucho menos, a juzgar por las marcas del cuello. Le gustaría ponerle las manos alrededor del cuello e ir apretando suavemente hasta que expirase.

Habían muerto cuatro mujeres. Pero no era culpa suya. Lo estaban pidiendo, de la misma forma que Elaine lo estaba pidiendo ahora y la chica del tren lo había pedido entonces. Le contó a la policía que le había sonreído, que le había provocado. Pero no le creyeron.

La creyeron a ella, que era una puta. Todas son putas.

¡Y lo habían encerrado como a un criminal! Un delincuente común. Cuando todo lo que había hecho era darle a la chica lo que quería. Lo que todas querían.

Luego, en la cárcel, había recibido palizas de unos hombres que no eran mejores que animales y que sin embargo se consideraban por encima de él.

Pero supo esperar a que aquello acabase. Al final, ganó él, porque acabó saliendo y se fue con Elaine y consiguió un trabajo y mantuvo su hogar. Había sabido mantenerlo bien, hasta este despido.

¿Qué era lo que había dicho Peter Renshaw? Dedicar algún tiempo a los nietos...

El único tiempo que pasaba con nietos es cuando eran nietos de otro. George sonrió al pensar en Mandy Kelly, y pensó que a unos abuelos no les gustarían sus juegos.

Tumbado en la cama, dejó que le inundara la sensación de calidez que había creado Mandy Kelly. Se arrepentía un poco de que estuviera muerta, porque le había gustado muchísimo. Al fin y al cabo, Mandy era su nombre favorito.

Ahora que se sentía mejor, fue relajándose poco a poco.

En la planta baja, Elaine estaba sentada en la cocina y cenaba. Esa noche, más tarde, tenía que ver a Hector y daba gracias a Dios por ello. Desde que él había entrado en su vida, era como si le hubieran quitado un gran peso de los hombros. El gran peso era George y todo lo que implicaba.

Kate escurría los espaguetis mientras su madre daba los últimos toques a la salsa

boloñesa.

—¿Seguro que no te importa que venga a cenar, mamá?

Evelyn miró a su hija.

—¿Y ahora por qué iba a importarme? —Apagó el gas debajo de la cazuela y fue a preparar la mesa. Kate puso los espaguetis en una fuente de cristal untada de mantequilla y fue a echarle una mano.

—¿Por qué pones la mesa solo para dos?

—Porque esta noche, Katie, voy a ir al bingo con Doris. Ya picaré algo por allí.

—¡Ah no, eso sí que no! Él no puede hacerte que te marches de tu propia casa...

Evelyn la interrumpió:

—¿No se te ha ocurrido pensar que todos estos años hubiera querido salir más y no lo hacía porque siempre tenía que cuidar de Lizzy o esperar a que tú volvieras a casa? ¡No, no creo que se te ocurriera!

Al ver en la cara de Kate que la había herido, le dirigió una sonrisa.

—No lo decía en serio, Kate —le dijo—. Lo que quiero es que tú y ese hombre podáis estar un ratito juntos, nada más. Hoy ha enterrado a su única hija y creo que querrá tenerte cerca de él esta noche. Pero a pesar de eso, si quisiera quedarme en casa, me quedaría. Salgo con Doris porque quiero ir al bingo. Resulta que me gusta el bingo, de manera que con unas cosas y otras, todo me ha salido a pedir de boca. Bien, ¿quieres poner el parmesano en la mesa, por favor? Lo he rallado antes.

Kate le dio un abrazo y Evelyn la estrechó aún más.

—No te pongas dura con él ahora, ¿me oyes? Esta noche necesita que lo mimen un poco. Olvídate de toda esa cháchara idiota sobre análisis de sangre y lo demás, que él te hizo un buen favor, ya lo sabes.

Kate asintió. Oyó unos golpes en la puerta y fue a abrir. Evelyn se quitó el delantal y revisó la disposición de la mesa. Estaba preciosa. Era consciente de que la casa de Patrick era un sitio enorme y caro, con alfombras costosas y ama de llaves y toda suerte de perifollos. Bueno, por lo que a ella respectaba, la casa de Kate era igual de buena, si no mejor, porque tenía el valor añadido de que tanto Katie como Lizzy y ella vivieran allí...

Pensar en Lizzy la hizo sonreír. Estaba deseando ir a Australia a ver a Peter. No paraba de dar saltos de excitación con ese tema, como solía decir su madre.

Patrick entró en el recibidor de casa de Katie con una botella de vino tinto en la mano. Kate se la cogió para que se quitara el abrigo y lo colocara sobre la gastada barandilla. Después fue con ella hasta la cocina y Evelyn le regaló con una de sus amplias sonrisas.

—Pase y siéntese. Ahí afuera esta noche hace un frío que corta las orejas.

Patrick sonrió. Le encantaba oír la voz de Evelyn, era como volver a oír a su madre. Echaba de menos aquel acento irlandés del sur. Tenía una resonancia musical que sonaba incluso cuando se hablaba roncamente.

Patrick tomó el sacacorchos que Kate le tendía y abrió la botella de vino. Sirvió

una copa para cada uno. Evelyn tomó la suya y después de darle un buen trago, dijo:

—Hoy debe de haber sido un día terrible para usted, Patrick. Así que siéntese, métase algo caliente para adentro y ya está. La gente siempre se siente mejor si come algo.

Patrick se miró los zapatos.

Kate preparaba una ensalada. Mientras lavaba las verduras, Evelyn le dio un beso en la mejilla.

—Ya me voy, Katie. Adiós, Patrick, probablemente lo veré después.

—Déjame que te lleve a casa de Doris, mamá.

Evelyn alzó una mano:

—Soy perfectamente capaz de ir en el coche de San Fernando, Kate —dijo—. Vosotros comeos eso antes de que se enfríe.

Patrick le sonrió y la miró ponerse el abrigo, la bufanda, el gorro de lana y las botas forradas. Lo tenía todo dispuesto en la sala de estar. Volvió a despedirse con la mano y salió de la casa apretando fuerte contra el pecho un bolso de cuero grande.

—Es una mujer encantadora, Kate, tienes suerte de tenerla.

—¡Si lo sabré yo! ¿Por qué no pones unos platos en la mesa? La ensalada está casi lista.

Patrick se puso a ayudar. Mientras hacían las cosas, iban hablando amigablemente de pequeños detalles. La distracción que suponía hacer entretenidas las labores cotidianas limaba los filos de su desgracia. Hasta ese día no se le había ocurrido que en realidad no sentía dolor por su hija porque no se había creído que se había muerto de verdad. Solo cuando bajaron el ataúd para introducirlo en la tierra ese pensamiento se le había impuesto. Definitiva e irrevocablemente.

Kate colocó el pan de ajo y la ensalada sobre la superficie atestada de cosas y se sentó frente a él.

Patrick alzó la copa de vino y la sostuvo en el aire.

—Por nosotros —era más una pregunta que una afirmación.

Kate alzó su copa y la chocó contra la de él.

—Por Mandy, que descanse en paz.

—Brindo por eso. —Patrick dio un trago al vino y después posó el vaso y empezó a servirse de las fuentes. No tenía demasiada hambre, la jornada le había hecho perder el poco apetito que tuviera. De hecho, si no hubiera ido a ver a Kate, se habría puesto ciego de beber.

—Es la primera vez que como ensalada griega con espaguetis boloñesa, Kate.

Y engulló un buen bocado de ensalada al hablar.

—Ya lo sé. Pero creo que se complementan entre sí. Por lo menos eso creo, y como estamos en mi casa, comeremos como a mí me parezca adecuado.

El hielo ya estaba completamente deshecho y continuaron charlando mientras cenaban. De nada importante o sustancioso, esa clase de cosas podían esperar a que llegara su hora. Esta noche era un intervalo. Tenía que ser la noche en que el

problema de Patrick y la implicación de Kate en él podían dejarse a un lado. Eran una pareja de amigos que se reconfortaban mutuamente.

Patrick comía. Observó a Kate que sorbía un espagueti y sonrió. Sabía que cuando el dolor se hubiera ido, su cabeza siempre asociaría a Kate con su Mandy. Siempre pensaría en ellas dos a la vez, primero en Mandy y luego en Kate. Kate era la única cosa buena que había salido de todo aquello. Sabía que si esa noche lo hubieran dejado solo, se habría venido abajo. Necesitaba compañía, pero la compañía de alguien que le importase, no una relación sexual circunstancial. Si hubiera ido en busca de eso, habría tenido la sensación de degradar la vida de su hija. Intentar aceptar su entierro, y olvidarla en brazos de una extraña, habría sido como un insulto.

Después de cenar, se llevaron los restos del vino a la sala y allí empezaron con calma a hacer el amor. Kate permitió que le fuera quitando la ropa y se quedó tumbada en el suelo con un almohadón tapizado bajo la cabeza mirando desnudarse a Patrick.

La emoción de verlo se inició como un calorillo que se instalaba encima de los riñones y le iba inundando gradualmente todo el cuerpo. Vio que él ya estaba excitado y se alegró. Aquella noche no tenía ganas de juegos previos. Quería una cosa fuerte, y dulce, y rápida.

Cuando Patrick se derrumbó sobre ella diez minutos más tarde, notó que la tensión desaparecía de ambos cuerpos y lo abrazó contra su pecho, le acarició el pelo, mientras los latidos de sus corazones iban retornando a la normalidad.

—Oh, Kate, lo necesitaba.

Ella lo besó en la boca, primero con suavidad y después con fuerza, haciendo pasar la lengua entre sus labios.

—Eso ya lo sé, Pat. Me alegro de que hayas venido a verme.

Patrick le besó los pechos, rodó para quitarse de encima y encendió un cigarrillo para cada uno. Se quedó tumbado en el suelo al lado de ella y le colocó un cenicero grande de cristal en la barriga.

—¡Eh, tú! ¡Esto está frío!

Patrick sonrió y volvió a tumbarse poniéndose un brazo debajo de la cabeza.

—Hacía años que no estaba tirado en el suelo así, ¿y tú?

—Oh, en la comisaría hacemos esto todo el tiempo. ¡Tendrías que vernos algunos días en la cantina!

Patrick se rio bajito.

—Hay veces en que estás loca.

—Es todo este folleteo.

Él observó su perfil.

—No llares «folleteo» a lo que hacemos, Kate. Yo lo llamo hacer el amor. Hay cierta diferencia, sabes.

Kate giró la cara ligeramente y lo miró a los ojos.

—Eres muy romántico, Patrick. ¿De dónde ha salido todo eso?

Pero sabía de dónde había salido todo, ambos lo sabían. Perder a su hija le había hecho darse cuenta de que la felicidad es algo que está ahí para atraparla, y que cuando la atrapas, tienes que sujetarla fuerte con las dos manos porque nunca se sabe cuándo podrás volver a pillarla.

Kate puso el cigarrillo en el cenicero junto al de Patrick y lo dejó todo en la chimenea. Él la atrajo a sus brazos.

—Te quiero, Kate. Ya sé que no hace mucho que nos conocemos, pero admítelo, admite que sientes un lazo entre los dos.

Kate buscó sus ojos. Solo vio en ellos sinceridad e interés. Sintió un nudo absurdo en la garganta.

—Dime que me quieres, Katie, hazme feliz —era una súplica. Patrick necesitaba que esa noche le dijera palabras de amor; necesitaba aclarar los sentimientos que habían ido asentándose gradualmente en su interior desde la primera vez que puso los ojos en ella. Sabía, sin sombra de duda, que si la hubiera conocido en cualquier otra circunstancia, también la habría deseado. No era el simple hecho de que hubiera estado allí desde el principio, en el peor momento de su vida, lo que le atraía de ella. Lo que había allí era la atracción de dos espíritus afines, incrementada por los latidos del corazón que ambos habían experimentado.

Kate se decía a sí misma que lo que había precipitado todo aquello era el entierro de la hija, que se sentía desgraciado y necesitaba a alguien, pero en su interior, una voz le susurraba: lo dice en serio. Está escrito en sus ojos.

Sabía que si expresaba en palabras lo que su corazón había sentido desde la primera vez que lo vio, no habría vuelta atrás. Era un hombre de negocios al borde de la ley, cobraba a la gente con violencia. Tenía las manos metidas en más de unas cuantas empresas muy dudosas. Pero a pesar de todo eso, de todo lo que sabía de él, verdadero o imaginario, lo deseaba.

Hubiera podido arrastrarla con él al instante. Su relación echaría al traste todo aquello por lo que ella había trabajado y que le era querido. Pero incluso sabiéndolo, el deseo seguía allí. Nunca había deseado tanto a nadie en toda su vida.

—Te quiero, Patrick. O eso creo.

La voz sonó grave y ronca, y él se rio.

—¿Solo lo crees? Bueno, supongo que de momento habrá que conformarse con eso.

Kate le pasó los dedos por el pelo espeso y dibujó el contorno de su rostro con las yemas de los dedos, descendiendo lentamente por todo su cuerpo y a lo largo de los músculos de la espalda hasta el trasero redondeado. Se lo sentía fuerte. Su piel sobre la suya era cálida y reconfortante. La cubría con naturalidad, como si lo hubieran fabricado especialmente para encajar en los contornos de su cuerpo. Y cuando se estaban besando, el estrépito cantarín del teléfono interrumpió sus sensaciones.

Kate se levantó del suelo y trotó hacia el vestíbulo cogiendo la blusa al pasar.

Patrick siguió tumbado en la alfombra y se encendió otro cigarrillo. Se sentía en

paz consigo mismo, algo que no había creído posible que sucediera aquel día precisamente.

Kate volvió a la sala y se sentó junto a él, con los pezones oscuros asomando tras la fina seda de la blusa.

—Era mi madre. Ha decidido pasar la noche en casa de Doris —meneó la cabeza—. ¡Es menos discreta que un martillo pilón!

Patrick sonrió.

—Es una persona encantadora, Kate. Me recuerda a mi madre. Tenía las mismas ganas de vivir que Evelyn. La mató el exceso de trabajo, bendita sea. Mi mayor pena es que no vivió lo suficiente como para poder darle una vida decente. Le hubiera comprado una sala de bingo para ella sola.

Kate se echó a reír porque sabía que decía la verdad.

—Lo hubiera hecho, Kate, puedes reírte.

—Por eso me río, porque sé que dices la verdad. Puedo imaginarte perfectamente haciéndolo.

Los dos sonrieron y luego Kate le cogió el cigarrillo y le dio una profunda calada.

—¿Quieres quedarte esta noche?

Patrick la cogió por el muslo y apretó.

—No soy de esa clase de chicos, señorita. —Aleteó con las pestañas y ella volvió a reírse.

Patrick la miró bien y supo que de no ser por ella, nunca habría vuelto a reírse después de ese día. Al menos, no a reírse de verdad.

Kate le sentaba tan bien como un tónico, como decía su madre, y la quería por eso, la quería mucho. Más tarde, ya en la cama, volvieron a hacer el amor y ella le dijo de nuevo que lo quería.

En el calor y la oscuridad de la noche, con el olor almizclado permeando los cuerpos de los dos, aquello ya no les parecía un error.

Estuvieron hablando hasta la madrugada de Mandy y de Lizzy, exorcizando cada uno su fantasma particular. Para dos personas que, a los ojos de los demás, eran tan diferentes, tenían mucho en común. A él le pareció bien que mandase a Lizzy a Australia. Le dijo que él hubiera hecho lo mismo con Mandy. Lizzy era una chica que sentía las cosas profundamente (demasiado profundamente, dijo), y Kate lo quiso más por comprender su situación. Parecía haber adivinado que Kate se sentía responsable de los problemas de su hija y había intentado, a su manera, aliviar sus temores. Finalmente, se durmieron juntos, entrelazados, y permanecieron así hasta la mañana.

Durante el desayuno, Patrick le comunicó sus noticias.

—He vendido los salones de masaje, Kate. Todos. Dentro de cinco días firmo los contratos, y ya nunca más volveré a tener nada que ver con el tema.

Kate puso unos ojos como platos.

—¿Estás de broma?

—No, claro que no. Desde que a esa chica... Qué quieres, con lo de mi Mandy y

todo eso, no quiero tener que ver con eso nunca más.

Kate puso su mano sobre la de él y se la apretó suavemente.

—Me alegro, Pat.

—Se me vino a la cabeza que el hombre que asesinó a mi chica era como el hombre que asesinó a la joven Gillian Enderby, alguna clase de degenerado. Solo que a mi Mandy la pilló por la calle y Gillian era como una trampa con cebo, a la espera de que la engancharan. No soy tan tonto como para pensar que porque venda los locales no volverá a pasar, siempre habrá demanda para esa clase de cosas, pero por lo menos ahora yo no tendré parte en ello.

—Creo que a Renée eso le hubiera gustado.

Patrick sonrió.

—Sí. Ya lo creo. Las dos sois iguales en muchas cosas. Renée era bajita y rubia y tú eres alta y morena, pero de personalidad sois semejantes. La vieja Renée tenía una buena cabeza. Tenía más cabeza de lo que la gente le reconocía.

—Todavía la echas de menos, ¿verdad?

—Pero no como antes —dijo asintiendo con la cabeza—. El dolor físico ya ha desaparecido. Cuando se murió fue como si alguien me hubiera cortado un brazo o una pierna. Y siento lo mismo ahora con Mandy. Pero ya puedo recordar a Renée sin sentir dolor. Es un recuerdo agridulce.

—Entiendo.

—Ahora también te tengo a ti, y eso me ayuda. Me ayuda un montón. Si Renée pudiera verme, sé que lo aprobaría. Tú le hubieras gustado, Kate. Y a ti te hubiera gustado ella.

Kate no estaba muy segura de eso, pero se guardó su opinión. Lo que hizo fue servirle otro café y sonreír.

—Bien, pienso que has hecho lo que debías. No creo que te hubieras sentido feliz siendo dueño de todos esos salones todavía, ¿sabes? De todos modos, dentro de un par de días comenzamos a hacer las pruebas de sangre y podremos empezar a tener resultados; como mínimo, podremos eliminar a la mayor parte de la comunidad masculina, y eso nos hará mucho más fácil el trabajo.

—¿Crees que con las pruebas de sangre conseguiréis algo?

Kate asintió.

—Sí, eso creo.

Patrick se bebió el café y luego volvió a sonreírle. Confiaba en que así fuera, porque él corría con los gastos, pero se habría gastado hasta el último penique de su más que considerable fortuna para atrapar al responsable de la muerte de su hija. No le importaba quién lo cogiese primero, si él o la policía, porque lo encerrarán donde lo encerrarán, Patrick sabía que le pondría la mano encima. De hecho, tendría más oportunidades de hacerlo cuando estuviera en la cárcel. Había más de un viejo tronco que le debía favores.

Sin embargo, a Kate no le dijo nada de esto. Aun cuando ahora fueran verdaderos

amantes, aunque admitiera aquella relación, no veía razones para desilusionarla respecto a los motivos que tenía para ayudar a encontrar al hombre que perseguían. Ya cruzaría ese puente cuando llegasen a él.

Él solo quería un nombre, después ya haría el resto. Si fuera por él, Katie nunca se enteraría de lo que tenía planeado.

Un rato después, duchándose al lado de ella, sintió un remordimiento de culpa por mantenerla en la ignorancia. Pero desapareció pronto. Conociendo a Kate, lucharía para que se respetase el derecho del detenido a que lo juzgase un jurado, le soltaría una conferencia sobre sus derechos como ser humano. La admiraba muchísimo. Pero sonrió para sí mismo.

—¿De qué te ríes?

—De ti —dijo en tono jocoso.

—¡De mí!

Pareció ofenderse tanto que la besó. Hay cosas que es mejor que no se digan.

Capítulo Veintidós

Lizzy estaba haciendo su pequeña maleta. Metió en último lugar las zapatillas verde chillón de la rana Gustavo y empujó la tapa para cerrarla. Llevaba la melena suelta y se le metía por los ojos. La apartó de la cara con impaciencia.

¡Bien, lo había logrado! Cogió la maleta y la dejó en el suelo junto a la cama, fue al rincón del café y se preparó un gran tazón. Se sentó a la mesa para tomárselo.

Aquellas dos semanas en el hospital habían supuesto un punto de inflexión en su vida. Cada vez que pensaba en lo de cortarse las muñecas, se sentía inundada de humillación. ¿Cómo podía haberse hecho aquello, no solo a sí misma, sino a su madre y a su abuela? Era un último acto dramático, como si les dijera: «Bien, ya sabéis todo lo demás sobre mí, así que mejor me largo dando un portazo, no lloriqueando. Y os echo a todas un poco de culpa extra encima».

La verdad es que lo había hecho por la vergüenza que sentía de que su abuela supiera lo de su diario.

El psiquiatra le había explicado lo de las conductas autodestructivas. Lizzy lo había escuchado, respetuosa de su inteligencia y sabiendo que intentaba ayudarla a curarse. Y a las dos semanas, tenía la sensación de haber recorrido ya mucho camino. Otra de las chicas de allí había sufrido una crisis nerviosa, y nadie sabía por qué. Acabó tomándose una sobredosis de aspirinas y casi se muere. Su padre era un abogado muy respetado y había montado una buena cada día que su hija había pasado en el pabellón. Finalmente, la chica, una pelirroja pequeñita que se llamaba Marietta, admitió que su padre había estado abusando sexualmente de ella desde que tenía ocho años cuando murió su madre.

Fue el enterarse de aquello lo que hizo a Lizzy poner su propia vida en la buena perspectiva. Se dio cuenta de que albergaba toda suerte de rencores contra la gente. Contra su madre por no estar nunca cuando ella realmente quería que estuviera, por ejemplo. Cuando Kate llegaba a las funciones del colegio vestida de uniforme, se quería morir. Quería una madre como la de todo el mundo. Un ser humano cariñoso, que la recogiese en el colegio en un bonito Volvo de segunda mano, que te preparase el té y se pasase todas las horas del día a tu lado. Y lo que tenía era una mujer que trabajaba duro para subir los escalones de su carrera, y superando suficientes obstáculos en su camino como para que Hércules se echase atrás ante semejante trabajo.

Pero muy en el fondo, Lizzy estaba orgullosa de su madre. Cuando la gente descubrían que era detective, se quedaban impresionados, y algunas veces Lizzy se había sentido celosa. Había heredado el físico de su madre, pero no su rapidez mental. En conjunto, Kate Burrows era un ejemplo difícil de seguir, y lo peor de todo era que su madre la aceptaba tal como era; nunca había tratado de obligarla a hacer algo contra su voluntad.

Cuando pasaban tiempo juntas, siempre era bueno. A Lizzy le encantaba estar con

ella, que le prestara atención, pero a su vez eso servía para que se sintiera más sola cuando la veía irse otra vez a trabajar, atrapada por algún caso importante. Lizzy sentía entonces que la dejaba de lado. Que su madre usaba toda su energía en otras personas, en otras cosas, que a veces volvía a casa horas después de que ella se hubiese ido a la cama. Estaba siempre medio despierta, esperando oír las pisadas suaves y acolchadas de Kate acercarse a su cama en plena noche. Sentía unos labios fríos en la frente y deseaba rodear con sus brazos aquel cuello delgado y decirle que la había echado de menos. Pero nunca lo hacía. Su madre olía a Joy, su perfume, y a humo de cigarrillos, y ese olor hacía que se le saltasen las lágrimas.

Dio otro sorbo al café. Ahora ya estaba solo tibio, apartó con el dedo la película de nata de encima y se limpió el dedo en el plato.

Luego su padre había ido apareciendo de vez en cuando trastornando a toda la casa con su presencia. Le encantaba verlo, le encantaba que le prestara tanta atención, los regalos, los abrazos y los mimos. Pero entonces, una buena mañana al levantarse de la cama veía que se había ido. Eso era en los tiempos en que volvía y dormía aún en la cama de mamá. Veía a su madre radiante de felicidad... y entonces desaparecía. Y se llevaba con él todas las cosas buenas. Su madre se quedaba dolida, Lizzy se quedaba dolida, y la abuela molesta con todos ellos.

Oía a su madre sollozar por las noches y eso le partía el alma. En su corazón de colegiala se hacía juramento de que si su padre aparecía de nuevo, no le dirigiría la palabra, no le permitiría que la utilizase nunca más. Pero luego, meses más tarde, el juramento quedaba olvidado cuando al llegar a casa del colegio se lo encontraba arrellanado en una butaca y con una gran sonrisa en su hermosa cara, y aquella voz que era como una caricia que le decía cuánto había crecido, qué guapa estaba, y que ahora había vuelto a casa definitivamente.

Pero nunca duraba demasiado.

Y luego, finalmente, estaba su abuela, el pilar de su vida. Adoraba a aquella mujer con toda la fuerza de su ser. Pero muy en el fondo de ella siempre se había preguntado por qué abu nunca había hecho nada para lograr que su madre se quedase en casa con más frecuencia. Por qué había sacrificado su propia vida por la de su hija y la de su nieta. Y en algún punto de ese pensamiento, Lizzy empezó a pensar que su abuela era tonta. Que era una tontería y una debilidad desperdiciar la vida cuidando de una hija crecida y una nieta. Sin sacar nada a cambio.

Lizzy llevaba dos semanas dando vueltas a esos pensamientos y por fin parecía encontrarles algún sentido. Deseaba terriblemente ir a Australia. Quería alejarse del recuerdo de lo que se había hecho a sí misma y a su familia. Deseaba tener tiempo para cicatrizarlo adecuadamente, sin tener que volver a recorrer el mismo terreno una y otra vez. Cuando su madre la miraba con aquellos grandes ojos castaños, Lizzy se daba cuenta de lo mucho que la había hecho sufrir, podía ver en ellos una confusión apenas oculta, y le dolía saber que era ella quien la había puesto allí.

Lo único en lo que se había interesado era en cómo se sentía ella y qué quería.

Nunca había dedicado un minuto a pensar en su madre y en la lucha que había tenido que mantener para criarla a ella, para comprar la casa, para tenerlas a todas bien vestidas y alimentadas y calientes.

Las últimas dos semanas habían sido un tiempo de iluminaciones. Pero también un tiempo de apacible recuperación.

Se miró las rayas rojas de las muñecas. Cada vez que las veía, le recordaban lo que había hecho. Y se lo recordarían a su madre y a su abuela.

Era mejor que se fuera a Australia para darle a su madre la oportunidad de rehacerse también.

Apuró el café. Miró a la puerta que tenía enfrente y el corazón le dio un vuelco. Allí estaba su padre con un ramo de flores y aquella sonrisa suya que te avergonzaba.

Admitió para sus adentros, por primera vez, que su padre en realidad la irritaba.

Aquella idea la puso triste. Aceptó las flores, las elogió como es debido y luego se sentó a hablar con él, eludiendo las preguntas sobre la vida privada de su madre. Iría a casa después, y estaba deseando llegar allí.

Sonrió ante las bromitas del padre y no le comentó que le iban a dar el alta porque sabía que entonces insistiría para llevarla a casa, quieras o no, y eso era la última cosa que necesitaba su madre en esos momentos. Danny Burrows dictando las leyes a su gusto. También se fijó en que no estaban presentes ni su reloj de oro ni sus joyas. Era evidente que las había empeñado.

Lizzy se había hecho mayor de verdad.

De pie junto a Willy, Patrick contemplaba el montículo de tierra que era la tumba de su hija. Las flores aún estaban frescas y las arregló para que cubriesen la tierra por completo. Había habido más de un centenar de coronas que había hecho enviar al hospital de Grantley para que las deshiciesen y repartiesen por los pabellones. Le resultó gratificante ver la cantidad de gente que había aparecido a despedirla. Fueron hasta los profesores del colegio de Mandy. Y no era solo en honor a él, Mandy era una chica muy popular. Se corrigió. Había sido una chica muy popular.

Oyó que Willy silbaba entre dientes y se volvió a mirarlo. Estaba leyendo la lápida de Renée. Miró a Pat y sonrió.

—¿Te acuerdas de aquella vez que Renée echó el cerrojo y te dejó fuera de casa?

Patrick frunció el ceño.

—¿Cuándo fue eso?

—De recién casados... Teníais aquel estudio pequeño en Ilford.

Patrick sonrió al acordarse. Había sido su primer hogar, cuando todavía intentaba dejar su huella en el mundo. Los dos tenían diecisiete años, dos niños que jugaban a adultos.

Willy continuó:

—Era Nochebuena, y tú y yo habíamos estado en el Ilford Palais, ¿te acuerdas ahora? Estabas borracho como una cuba y tuve que llevarte a casa. Y entonces, cuando llegamos por fin, encontramos que Renée había echado el cerrojo a la puerta

y no te dejaba entrar. Y terminaste quedándote en casa de mi madre.

—Sí, ya me acuerdo. Y al día siguiente, cuando llegué a casa, me tiró la comida de Navidad a la cabeza.

Se rieron juntos, disfrutando con los recuerdos compartidos.

—Era toda una mujer, la Renée. De verdad que pienso cantidad en ella, Pat.

—Bueno, pues ahora las he perdido a las dos.

Se apartó de las tumbas lleno de congoja. Willy se puso a su altura.

—Esa tía, la Kate, a veces me recuerda a Renée. O sea, no digo por la pinta, pero tiene como el mismo aire que ella.

Patrick asintió.

—Ya sé qué quieres decir.

—¿Y eso, como que va en serio? ¿O sea, la relación? —Willy dejó la frase en el aire. Sabía que pisaba terreno pantanoso, pero su descaro natural pudo más que cualquier miedo.

Patrick se detuvo en la hierba recién segada del cementerio de Corbets Tey y miró a su viejo amigo.

—Suficientemente en serio, metomentodo. ¿Qué, ya estás contento, ya has oído toda la película?

Willy tensó la mandíbula.

—Bueno, nosotros somos colegas, ¿o no? Yo como que solo quiero saber si estás como hay que estar.

Patrick meneó la cabeza. Cerró el puño y tiró un puñetazo blando al aire contra la cara de Willy.

—Llevamos juntos mucho tiempo. Tú lo sabes todo de mí y yo de ti. Ya sé que lo único que querías es saber cómo estoy, y estoy bien, aguantando.

—Bueno, ¡entonces todo bien! —dijo Willy con una sonrisa—. ¿Qué me dices de tomar una cerveza al Robin Hood? Hace años que no voy por allí. ¿Te acuerdas que cuando éramos jóvenes lo llamábamos «La botella que vuela»? Y en el verano nos sentábamos fuera con Mandy en el cochecito y andábamos todos preocupados por si nos veía alguien conocido que le dijera a Renée que habíamos llevado a la cría a un *pub*...

Patrick asintió en silencio y sonrió al verse asaltado por tan vívido recuerdo.

Mandy con un trajecito de organdí rosa y blanco, las piernas gordezuelas pataleando de excitación cada vez que Willy le ponía caras.

Por primera vez se le ocurrió pensar que Willy debía de sentir aquella pérdida casi tanto como él. También había sido un poco como hija suya. Había sido testigo de todo su crecimiento. Nunca se perdió un cumpleaños o una Navidad.

Patrick notó un nudo en la garganta y tragó saliva. Pasó el brazo por el de su escolta y Willy le dio una palmada en la mano enguantada.

—Me acuerdo muy bien.

Evelyn había hecho estofado irlandés, un auténtico estofado irlandés tan espeso

que podías dejar la cuchara clavada. Lo probó, añadió otro pellizco de sal y removió el guiso un ratito. Cuando el aroma estuvo exactamente a su gusto, puso encima la bola de sebo y luego una tapadera grande que cubría la cazuela. Los estofados irlandeses de Evelyn podían durar lo que fuese, hasta una semana. Les añadía algo cada día, distintas verduras y distintas carnes. Los cereales y legumbres le daban un espesor punzante que al final acababan haciendo del estofado un caldo sólido.

Ese día Lizzy llegaba a casa y quería darle la bienvenida con el aroma de una buena comida bien sustanciosa.

Todo estaba listo. El pan de soda entraría en el horno en el mismo instante en que oyerá abrirse la puerta de la calle, para así tenerlo a punto y caliente y que se derritiera la mantequilla; el flan del postre temblaba que se moría en la nevera y la botellita de Bushmill's estaba a buen recaudo en el bolsillo del delantal para poder pegarle un traguito sin que la vieran.

Se acomodó en el taburete.

Era fabuloso volver a tener a Lizzy en casa. Durante las últimas semanas, habían pasado demasiadas cosas, y Evelyn casi llegó a admitir que se estaba haciendo un tanto vieja para tanto trajín.

De todos modos, a Kate se la veía mejor y eso era bueno. Su hija era lo que más quería del mundo y estaba contenta de que por fin Kate y Lizzy alcanzaran un cierto acuerdo sobre los términos de cada una. Físicamente, eran tan parecidas como dos gotas de agua, pero de temperamento eran como el día y la noche. Y no soportaba tener que admitir que Lizzy tenía mucho del egocentrismo de Dan. Pero de eso se echaba la culpa ella. La niña le había hecho chocar desde el primer día.

Apartó aquellos pensamientos de la cabeza. La niña volvía a casa y quería que todo estuviera precioso.

Pero sabía que lo que había leído en el diario de Lizzy permanecería en su mente durante mucho tiempo.

Se concentró en pensar en su hijo Peter y su nuera Marlene. Estaba deseando verlos. Y ver a sus otros nietos por primera vez. Dio una buena calada al cigarrillo y un ataque de tos sacudió su cuerpo menudo. Tenía que dejar el tabaco y mandarlo a paseo, o acabaría con ella. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y oyó la llave de Kate en la cerradura. Saltó del taburete, metió el pan de soda en el horno y corrió al recibidor.

—¡Hola, corderitas! —Abrazó a una detrás de la otra, sin apartar los ojillos oscuros de su nieta poniendo un destello crítico en la mirada.

Se la veía muy bien, un poco más delgada, pero unas cuantas buenas comidas pondrían remedio al asunto.

—Hola, abu. —Lizzy se sintió tímida de repente—. ¿Eso que huelo es un estofado irlandés?

—Lo es, lo es, y uno de los mejores que he hecho nunca. Y también hay puré de nabos para acompañarlo. Así que entra, que te pondré de todo.

Quince minutos después estaban todas sentadas alrededor de la mesa disfrutando de la comida. Alguien llamó a la puerta. Kate se levantó limpiándose la boca con una servilleta de papel.

—Ya voy yo.

Fue a abrir la puerta. No pudo evitar que su cara mostrase sorpresa al ver quién estaba allí.

—¡Caitlin!

Allí estaba, en la puerta, con la gabardina arrugada y una sonrisilla en la cara.

—Perdona que te moleste en tu casa de esta manera.

—Pasa. Perdona, no quería ser brusca, pero me llevé un susto al verte ahí de pie.

—Lo condujo hasta la sala de estar—. ¿Algo que tenga que ver con el caso?

Caitlin vio un destello de esperanza en sus ojos y negó con la cabeza. Reparó en las otras dos mujeres y les sonrió.

—¿Podría hablar contigo solo un segundo, Kate?

Algo en su voz despertó una alarma y fue a cerrar la puerta del cuarto, disculpándose sin palabras con su madre y su hija.

—¿De qué se trata, Kenny?

Tenía la sensación de que una mano fría la estuviera agarrando por el cuello. Ahí había alguna cosa, estaba segura.

—Es Dan. Fue a ver a Flowers para hablar de ti y de Kelly.

Kate se mordió el labio.

—Entiendo.

—Bueno, a Flowers no le interesó nada, sabes. Así que Dan fue un paso más allá, Kate. Llevó el asunto a la OIC.

Fue como si a Kate le hubieran dado un buen puñetazo en el estómago.

—Me pareció que debías saberlo. Yo lo descubrí por un buen amigo mío, así que en la comisaría no lo sabe nadie más que yo y ahora tú, ¿vale? Ni siquiera es seguro que lo vayan a investigar, pero por si acaso pensé que tenías derecho a saberlo. Ese exmarido tuyo es un tonto del culo con mayúsculas.

Kate asintió. No podía estar más de acuerdo.

Evelyn abrió la puerta con cara preocupada.

—¿Todo va bien?

—Usted debe ser la madre de Kate. Soy Kenneth Caitlin.

—Y es de Kerry, por como suena la música.

Caitlin le sonrió y aquella pequeña pausa de intercambio dio tiempo a Kate para aclarar su cabeza.

—Quédate a tomar una copa, Kenny. Esta es mi hija Lizzy, y mi madre ya se ha presentado ella sola.

—Tengo que irme a casa, Kate, ya veo que estáis comiendo.

—No hará tal cosa. Quítese esa trinchera horrible y venga a tomar un poco de estofado, hay abundante —el tono de Evelyn no admitía discusión. Le había intrigado

la descripción que le hizo Kate de aquel hombre y ahora podría juzgar por sí misma.

Caitlin había olido el delicioso aroma del estofado ya cuando subía por el caminito del jardín, y al ver tres rostros sonriéndole, solo dudó un segundo más. Así que se quitó la gabardina y la dejó sobre el sofá.

—¡Me quedo de mil amores, vaya si huele bien!

Kate se alegró de que se quedase porque seguro que llevaba la voz cantante en la conversación y así ella podría pensar.

La OIC era la Oficina de Investigación Criminal.

¡Jodido Danny Burrows!

Patrick estaba sentado a la mesa del comedor terminando de comer cuando Willy le anunció que tenía visita. Se limpió la boca con una servilleta de hilo irlandés. Cuando oyó el nombre de su visitante, la ceja izquierda se le elevó un puntito.

—Tráemelo aquí.

Willy asintió y salió de la habitación.

¿Qué querría ahora Peter Sinclair para venir a verlo a su casa?

Sinclair entró en la sala. Era bajito, membrudo, y tendió a Patrick una mano con una manicura perfecta. Patrick lo saludó de pie y luego le ofreció asiento, le sirvió un coñac y volvió a sentarse en su sillón.

—¿Y a qué debo este honor?

—Tuve que venir aquí, Patrick. Es sobre ese asunto de faldas que te traes entre manos.

Sinclair comprendió de inmediato que había dicho lo que no tenía que decir.

La cara de Patrick se endureció.

—¿Y de qué asuntos de faldas me hablas? —como si no lo supiera.

—De la inspectora detective Kate Burrows, por supuesto.

—Por supuesto —el tono de voz de Patrick era grave y contenía una amenaza que no pasó desapercibida a Sinclair—. Bien, entonces, Peter, ¿cómo andan las cosas por Interior? Bien vivas, por lo que parece. ¿Estás trabajando en algo ahora? En fin, que todavía se hacen milagros, ¿eh?

Sinclair dio un sorbo a su *brandy*.

—Esta vez has ido demasiado lejos, y se ha metido la Oficina de Investigación Criminal. La chica está en un buen compromiso. Por mucha simpatía que te tenga, Patrick, tú eres un delincuente conocido...

Patrick se inclinó adelante sobre la mesa.

—Para ser precisos, Peter —dijo—, soy un presunto delincuente. Mi abogado se subiría por las paredes si te oyera decir esas cosas.

Sinclair sonrió.

—Venga, Patrick, dejémonos de pamplinas. Estás saliendo con una oficial de policía de alta graduación. Los de la OIC se suben por las paredes.

—La oficial de policía de la que hablas lleva el caso de mi hija.

—Eso ya lo sé, y siento mucho lo que le pasó a Mandy, Patrick. Pero Kate

Burrows es un asunto completamente distinto. Tiene un exmarido que está montando un buen lío y amenaza con ir a la prensa con la historia.

De pronto, quedó tan claro como el agua por qué había ido allí Sinclair. Querían que llamase al orden a Burrows.

—¿Y suponiendo que yo hablase con ese Danny Burrows y le hiciese ver lo equivocado de sus métodos, qué pasaría?

Sinclair sonrió.

—Siempre y cuando se le haga admitir que lo único que pretendía era causarle problemas a su esposa, todo estaría en orden.

Patrick asintió y se sirvió un poco más de coñac.

—¿Te apetece un cigarro?

Sinclair volvió a sonreír, contento ya por haber cumplido la misión que llevaba.

—No, gracias, pero no me importaría probar un poco de ese Cheddar con tan buena pinta.

—Sírvete lo que quieras. Yo tengo que ir a llamar por teléfono.

Salió de la sala.

Caitlin estaba a mitad de una historia muy divertida sobre un caso que había tenido cuando era agente de a pie, pero sonó el teléfono y Kate se fue al vestíbulo para contestar.

—Kate, soy yo, Patrick, tengo que verte.

—La verdad es que yo también quería verte.

Se dio cuenta por la inflexión de la voz de Kate de que también a ella le habían dado las malas noticias.

—Puedo pasar a verte a las siete y media de la mañana, ¿qué te parece?

—Iré yo a verte, Pat. Lizzy ya está en casa.

—Me parece bien. Te veo por la mañana entonces.

Cuando Kate colgó el auricular, sintió un estremecimiento de aprensión por todo el cuerpo.

Iba a tener que elegir entre Patrick y su trabajo, y no estaba del todo segura de quién ganaría.

Volvió a la cocina y se sentó en el momento en que Caitlin remataba su historia, pero en su risa sonaba una nota falsa.

Kate se levantó a la mañana siguiente con una sensación de temor. Conocía la reputación de la OIC. También sabía que una mujer oficial, que tenía relación con un delincuente (o con un presunto delincuente, como a Patrick le gustaba puntualizar), les venía como anillo al dedo. Iban a crucificarla.

Unos pocos años antes había sido testigo de una de sus actuaciones. El implicado era un sargento detective al que le gustaban las vacaciones exóticas y las mujeres todavía más exóticas. Y que había aceptado sobornos. Y cuando detuvieron y se llevaron al sargento, Kate tuvo que ir a declarar junto con el resto de sus colegas.

No había sido una cosa agradable. El hombre le había dado pena, porque la

mayoría de los agentes utilizaban su posición para algo, ya fuera una comida gratis de vez en cuando o unas pocas libras extra de tapadillo. No decía que estuviera de acuerdo con eso, solo que sucedía, incentivos del oficio. A los que los de la Oficina de Investigación tendrían que buscar, según ella, era a los agentes que habían registrado un piso, encontrado una buena carga de cannabis y habían distraído la mitad antes de declarar el registro. El cannabis volvería a entrar en el mercado callejero y los agentes se embolsarían el dinero. Para ella, eso sí que era un delito, y no ir a un restaurante a comer a gusto el día de tu aniversario de boda y que te pusiesen en la mesa una botella de un champán decente porque sabías que el propietario del local llevaba también un garito nocturno.

Algunas leyes parecen hechas para transgredirse, y cuando al fin te das cuenta de eso, te vuelves mucho mejor policía. ¿Por qué ir detrás de la bandeja de plata cuando puedes conseguir la de oro de veinticuatro quilates? Ella quería atrapar delincuentes, los auténticos fuera de la ley, no los desechos y basuras que aparecen en la mayoría de detenciones.

Era como cuando la policía visitaba a algún hampón convicto y le decía: «Vamos a volver ante el juez y tú vas a admitir otros treinta robos con fractura. Eso no afectará al tiempo de condena, los considerarán como “delitos tomados en consideración”». Como antecedentes, vaya. Y así al final de año los números salen fantásticos. Sobre el papel, parece que han resuelto muchos más delitos de los que en realidad han hecho. A salvo los perpetradores de los delitos, al condenado le habrán apuntado una deuda en su debe, pero saldrá libre de todos modos. Caso cerrado, muchas gracias a todos.

Kate condujo hasta la casa de Patrick realmente acongojada. Su trabajo era su vida. En algún momento fue todo lo que tenía, excepto Lizzy.

Patrick le dio un café y le contó lo de Sinclair.

—Caitlin ya me lo había contado, un buen amigo suyo le había dado el soplo.

Él la miró. La vio preocupada, su expresión habitual de felicidad bajo tensión.

—Bueno, tengo una solución para el problema, pero pensé que primero tenía que pedir tu opinión.

—¿De qué se trata? —en la voz de Kate había esperanza y Kelly se sintió contento porque no estaba seguro en absoluto de cómo ella se tomaría lo que le iba a decir.

—Bueno, tu marido es el que anda metiendo palos en las ruedas, ¿no es cierto?

Kate asintió sacando los cigarrillos del bolsillo.

Patrick le encendió uno y continuó:

—Bien, y si yo voy a verlo, y digamos que le puedo animar a que cambie de historia, que admita que lo único que pretendía era causarle molestias a su esposa...

Kate aspiró el humo y miró a Patrick a los ojos.

—¿No le harás daño?

Patrick levantó las manos con un gesto de negación.

—¡Como si pudiera!

Kate se sintió tentada, fuertemente tentada, pero había una pequeña parte de ella que no estaba tan segura. Podía perdonar un acto de violencia. Porque pese a todo el teatro de Patrick pretendiendo ser su gran novio benevolente, si tenía que pegar a Dan para conseguir sus fines, no se lo pensaría dos veces.

—Déjame que lo piense, Pat.

—¿Qué hay que pensar? Yo voy a verle, le doy las malas noticias, el tipo se caga encima y se entrega manos arriba a los de la Oficina de Investigación. Todo como una seda.

—Tienes respuestas para todo, ¿eh Pat? Una respuesta violenta para cada cosa.

Lo dijo con voz plana, pero a él no se le escapó la intención.

—Escucha, Kate, aquí hay mucho en juego para nosotros y no quiero que ese gilipollas de marido tuyo...

—Exmarido, Pat.

—Tanto mejor, exmarido, para acabar de joderlo. Donde haya un hampón, siempre habrá un madero. Nuestra asociación viene de cuando se inventó el trapicheo, amor mío. En el fondo, tú sabes que no estás haciendo nada malo. Somos amigos y amantes. No te estoy pidiendo que me cuentes los secretos de la Brigada de Delitos Importantes. No te estoy pidiendo que busques en tu pequeño ordenador qué andáis intentando colgarme ahora. Solo disfrutamos de nuestra mutua compañía. Yo te quiero, Kate —le dijo—, y estoy tratando de ayudarte. Nada más. Ya sé que si te quedaras sin trabajo por mi culpa, habríamos terminado para siempre. Porque tú nunca dejarías de echármelo en cara.

—Podemos terminar ahora.

Patrick frunció el ceño. Empezaba a sentirse molesto. Había creído que ella tenía un sentimiento más fuerte hacia él que eso.

—Bueno, ¡eso depende exclusivamente de ti, cariño!

Kate apagó el cigarrillo y se acercó a él. Se sentó en el brazo del sillón y le acarició las líneas de su perfil.

—No lo decía de verdad, Pat. No he sido justa.

Ahora ya no podía apartarse de él, igual que no podría pasar de largo junto a un niño herido en la calle. Formaba parte de ella, y una parte importante. Pero para conservarlo, tendría que permitir que hiciera una cosa que le resultaba muy en contra de sus principios.

—Déjame que lo piense, por favor. Dame un par de días.

Patrick vio la confusión que había en sus ojos y le apretó la mano con la suya.

—Yo no quiero perderte, Katie. Significas muchísimo para mí.

Ella le besó en lo alto de la cabeza morena.

—Y tú para mí.

Tiró de ella para sentarla en su regazo y la besó con fuerza. Quería que tuviera alguna otra cosa en qué pensar, solo por si se le olvidaba por un segundo lo que

dejaría escapar.

Era viernes, 16 de febrero de 1990, y hacía cuatro días que se realizaban los análisis de sangre. La policía estaba asombrada de la respuesta del público. Todos los hombres de Grantley parecían estar realmente ansiosos por que los eliminaran de la lista de investigación. El noticiario de la Thames pasaba un informe cada día e incluso en las *Noticias de las Diez* habían pasado un reportaje del «gigantesco» esfuerzo de análisis en toda una comunidad.

Ya habían surgido problemas. La descomunal magnitud de la tarea había producido un gran atasco. La cantidad de personas que se hacían las pruebas excedía con mucho a la capacidad de los encargados de realizarlas. Aun así, incluso con ese problema, Kate estaba más contenta de lo que hacía mucho tiempo que estaba. Era una oportunidad para tratar de pillar al criminal y solo por eso ya se alegraba.

El hecho de que Leonora Davidson llevase ya dos semanas muerta la asustó. Tenía la sensación de que teniendo en cuenta la proximidad de los ataques previos, el asesino iba a volver a actuar muy pronto.

El teléfono la sacó de su ensoñación y contestó:

—Inspectora Burrows.

—Kate, soy yo, Dan.

Había estado esperando esa llamada, y ahora que la recibía sentía una rabia avasalladora. Dan había ido a visitar a Lizzy en cuanto se enteró de que Kate había salido de casa. Desde su pequeña aventurilla con la OIC había tratado de mantenerse tan lejos de la vista de su mujer como le fuera posible.

—¿Qué puedo hacer por ti? —lo dijo en un tono de cortesía helada.

—Quiero verte.

—Pero yo no quiero verte a ti, Dan. Ni ahora ni nunca. Esta vez has ido demasiado lejos.

El teléfono quedó en silencio y Kate se dio cuenta de que se había ido de la lengua. No tendría que haber dejado que se notara que estaba al tanto de lo que había hecho. Dan se pondría en contacto con los de la Oficina de Investigación y les diría que ella estaba enterada. Y eso la condenaría *ipso facto*.

—¿Dan? ¿Sigues ahí? —en el teléfono no se oía nada. Por favor, Dios mío, que siga ahí. Que no se haya ido—. Me parece que deberíamos vernos, sí, hablar de todo esto.

—Te veré esta noche en el Bull in Bulphan, Kate. A las ocho en punto.

La línea se cortó y Kate suspiró aliviada.

—¿Estás bien, Katie? —le dijo Caitlin con una sonrisa.

Kate asintió.

—No pude evitar oír vuestra conversación, bueno, solo la de tu lado, naturalmente. Yo en tu lugar, a partir de mañana, mantendría todas mis comunicaciones con él desde una cabina. ¿Sabes qué quiero decir?

Kate asintió de nuevo, recogió el bolso del suelo y salió del despacho.

Así que ahora le andaban pinchando los teléfonos. En el trabajo y seguro que en casa también. Se lo figuraba. Salió de la comisaría, y al salir se preguntó cuántos de sus colegas estarían metidos en aquello. De repente, se sintió preocupada. Muy preocupada, en realidad.

George se había dado un baño largo y estaba sentado en la taza del retrete con la tapa bajada cortándose las uñas de los pies cuando Elaine irrumpió sin más.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? Tengo que salir dentro de media hora.

—No mucho más, querida. ¿A dónde te llevan las chicas esta noche?

George sonrió al decir «chicas» y se imaginó una pandilla de cajeras grandes y gordas borrachas de Pernod con zumo de grosellas, a las que se les escapaban risotadas bullangueras de unas bocas embadurnadas de lápiz de labios.

Miró directamente a la cara de Elaine al hablar y, a su pesar, quedó impresionado de la convicción con que mentía.

—Oh, todavía no lo sé, no lo decidimos hasta que estamos en el *pub*, probablemente al bingo. —Y le devolvió la sonrisa.

—De todos modos, ya te he llenado la bañera. ¿Por qué no te metes enseguida? Ya no tardaré mucho.

Elaine titubeó unos segundos y luego se desprendió de la bata, apartó los ojos de los de él y puso un pie con cautela en el agua. Luego se metió lentamente y acabó relajándose con placer entre los vapores del agua caliente. Llevaba el pelo rojo recogido sobre la cabeza y George observó con fascinación morbosa cómo cerraba los ojos y respiraba profunda y regularmente.

Parecía muerta.

Parecía feliz, muerta.

Los pechos subían y bajaban con cada respiración y los pezones se habían endurecido ante el cambio repentino del frío al calor. Apuntaban al techo, unas puntas grandes de color rosa que George sintió de inmediato ansias de tocar. La piel blanca como la leche que una vez fuera lo mejor que tenía, apuntaba fuera del agua en diversos lugares. El vello púbico, aquel vello rojo brillante que en otro tiempo lo volvía loco, era ahora más ralo, pero todavía más exuberante que en la mayoría de las mujeres. Desde el día de Año Nuevo, había visto muchas veces a Elaine desnuda y relajada. Imaginó que era el hombre con el que se veía el que le daba aquel nuevo impulso de vida.

George pensó que el tipo le gustaba. Porque la hacía feliz. Él no podía hacerla feliz.

—¿Ya me estás mirando otra vez?

La voz capaz de quebrar el vidrio había vuelto.

—Estaba pensando simplemente qué aspecto tendrías en una playa de España, querida. Todavía estás de muy buen ver, ¿sabes?

Elaine lo miró de soslayo. Cuando George decía algún cumplido, nunca estaba segura de si en realidad pretendía reírse de ella.

George volvió a sentarse en el retrete y le sonrió.

—Ya no falta mucho para las vacaciones. Me imagino que las estás deseando, ¿eh? Sé que yo lo estaría si fuera tú.

—Sí, las estoy deseando, George. ¿Tú qué piensas hacer mientras esté de viaje?

Por el tono de la pregunta, George comprendió que a ella no se le había ocurrido hasta entonces y volvió a sonreír.

—He pensado que tal vez prepare una pequeña sorpresa para cuando vuelvas a casa.

Elaine se sentó, atónita, y el agua se desbordó sobre la alfombra.

—¿Qué clase de sorpresa? —había sospecha en su voz.

—Bueno, si te lo digo no será ninguna sorpresa, ¿no?

—¡Oh, George! ¡Dímelo!

George se rio de buen grado.

—¡No! Espera y verás. Creo que te mereces una sorpresa, Elaine, una bonita sorpresa.

A Elaine se le puso un nudo en la garganta. ¿Por qué George estaba portándose tan bien con ella tan de golpe y porrazo?

George se levantó.

—Bueno, lávate, te dejo la toalla en el radiador para que esté calentita cuando salgas. ¿Te preparo algo de beber? ¿Coñac con coca-cola? Ayer hice un poco de hielo. Eso te pondrá en forma para salir esta noche con las chicas.

Elaine se quedó mirándolo.

George alzó las cejas.

—Coñac con cola, ¿OK?

Elaine asintió y lo miró salir prácticamente brincando del cuarto de baño.

Cogió el jabón y empezó a enjabonarse todo el cuerpo. Se puso de pie y se lavó entre las piernas. Entonces pensó en Hector. Si estuviera casada con Hector... Si al menos no tuviera que estar con George...

Sonrió con tristeza. Si las penas fueran peniques, ahora ya sería millonaria.

Abajo, en la cocina, George sacaba cubitos de hielo de la bandeja. Sirvió una medida generosa de *brandy* en un vaso alto y escuchó con satisfacción el crujir de los cubitos de hielo con el alcohol. Luego le añadió un chorrito de cola. No quería que el *amour* de Elaine quedase decepcionado, ¿verdad? Le daría unas cuantas copas para ponerla a tono. George se preguntó distraídamente quién podía ser.

Podría seguirla. Rechazó la idea: la verdad es que no le interesaba tanto. Fuera quien fuese aquel hombre, hacía salir a Elaine de casa y eso significaba que George podía dedicarse a sus asuntos sin cortapisas. La idea de quitarse de encima a Elaine le atraía, pero tal vez la necesitase algún día. De todas formas, la pobre merecía pasárselo bien. Después de todo, él sí que se divertía. ¿Quién era él para estropearle a ella las cosas? Y si aquello iba en serio y ella le abandonaba, entonces la ayudaría con gusto a hacer la maleta y le daría un beso de despedida.

Cogió las bebidas y las subió al dormitorio. Elaine se estaba secando cuando entró. Le dio su vaso y levantó el suyo.

—Salud. He pensado que yo también tomaría uno.

—Salud.

Elaine dio un trago a su bebida y luego hizo una mueca y dejó el vaso sobre la mesa de tocador. Se ajustó la toalla en que se envolvía y la sujetó sobre los pechos.

—¿Te he contado lo que ha pasado hoy, George? —Se sentó en el taburete del tocador.

—No. —Él se instaló al borde de la cama.

—Bueno, pues uno de los repartidores de la tienda fue a hacerse ese análisis en el recinto...

A George le relucieron los ojos. Estaba justo a punto de poner el piloto automático cuando las palabras de Elaine se colaron en su cerebro.

—¿De verdad? ¡Qué emocionante! ¿Qué pasó?

—Bueno, al parecer es un poco más complicado de lo que la gente se cree.

—¿En qué sentido? —notó un ligero temblor en las manos y dio otro trago a la bebida. Casi volvía a amarla. Siempre podías fiarte de Elaine para descubrir qué pasaba en el mundo.

—Bueno, pues que querían saber el nombre completo de su madre, la dirección donde vivía él y el número de teléfono, y además dónde trabajaba y el teléfono del trabajo. Los nombres de sus hijos, ¡y hasta el código postal! Oh, dijo que había sido terrible. ¡Estaba tan nervioso que casi no se acordaba del nombre de soltera de su madre! —Cogió el vaso y dio un sorbito. No era muy frecuente lograr que George le prestara tanta atención y disfrutaba regalándole aquella historia.

George, por su parte, estaba anhelante. No se lo contaba lo bastante deprisa y, conociendo a Elaine, alargaría la historia hasta lograr el máximo efecto. Apretó los dientes y le dirigió una sonrisa.

—¿Y eso es todo? Hubiera pensado que había alguna cosilla más.

—Ah, claro que sí. Le tomaron las huellas dactilares y le preguntaron si le habían interrogado a propósito de los asesinatos. Le pidieron el pasaporte, pero solo tenía el permiso de conducir, y luego querían saber qué coche tenía y a nombre de quién estaba. Por fin, después de todo eso, le hicieron el análisis de sangre. Dijo que la mujer que le sacó la sangre era de lo más bruto y tenía el brazo hinchado donde le clavaron la aguja.

Elaine siguió parloteando, pero ya había perdido el interés de George, que estaba procesando en silencio y con exactitud lo que le había contado e intentando darle un giro en interés propio. Se puso de pie bruscamente.

—Será mejor que te deje, querida, tienes que salir enseguida y si no te pones a ello, llegarás tarde.

Elaine miró el reloj de al lado de la cama y soltó un gritito que hizo a George cerrar los ojos. Comportarse como una adolescente no era algo que le sentase bien a

Elaine, pero ella no se daba cuenta. Se levantó de un salto, corrió al armario y cogió un vestido azul subido que colgaba en la parte de fuera. Estaba tan atareada quitando la funda de plástico que ni siquiera se dio cuenta de que George salía sigiloso de la habitación.

Veinte minutos después, cuando ya se había ido, George fue a la caseta y sacó todos los recortes. Tenía ya un álbum entero de ellos y leía encantado cada palabra una y otra vez. En un periódico local salía una foto de Kate Burrows, la inspectora detective que llevaba su caso. Junto a ella estaba el inspector jefe, un tal Kenneth Caitlin. Observó detenidamente las fotos borrosas en blanco y negro y sonrió.

Esos no pillarían ni un resfriado, pensó George.

Sonrió con agudeza y volvió a las fotos de sus víctimas. Como siempre que veía a Geraldine O'Leary, sentía un pellizco de tristeza. ¡Pobres niños, tener una madre así! Se bebió lo que quedaba del coñac y meneó la cabeza. La verdad es que estaban mucho mejor sin ella.

Más tarde, después de leer hasta hartarse, puso un vídeo y, tras servirse otro coñac, se dispuso a verlo. De momento, por lo menos se contentaba con ser simplemente un espectador de las hazañas que otros perpetraban en la pantalla. Pero sabía que no mucho después volvería a sentir aquel impulso y tendría que salir a la calle una vez más.

La chica de la pantalla se había convertido en Leonora Davidson y él en el más violento de aquellos tipos.

George sintió el cosquilleo de la excitación.

En cuanto Tony se hubiera hecho las pruebas en su lugar estaría completamente a salvo. Jugó en su mente con la idea de librarse de Tony Jones para siempre y decidió no tomar una decisión todavía. Sería mejor ver cómo iban las cosas.

Pero ¿y si trataba de hacerle chantaje? ¿Si le amenazaba con contárselo a la policía? Esa vez George sonrió sin alegría. Cada cosa a su tiempo. De momento, necesitaba a Jones, y hasta que se hubiera resuelto esa necesidad, tenía que mantener una buena relación.

Tony Jones estaba preocupado. Muy preocupado. Cuanto más leía las noticias de la prensa sobre los análisis de sangre, más convencido estaba de que lo iban a pillar.

Y si lo pillaban y lo ponían en preventiva, Patrick Kelly se aseguraría de que en menos de veinticuatro horas estuviera muerto. Y si se negaba a ayudarlo y al que pillaban era a George, seguro que se le soltaba la lengua y Tony seguiría estando a merced de Patrick Kelly.

La noticia de que Pat Kelly había vendido sus salones de masaje había recorrido Londres como un reguero de pólvora. Por la calle se decía que la muerte de su hija le había hecho poner en cuarentena cualquier negocio que tuviera que ver con el sexo. Pero al mismo tiempo, al parecer había empezado a expandir su negocio de cobros. Kelly era uno de los cobradores de morosos más duros del país. Se rumoreaba que incluso una vez había tenido que recuperar un avión Jumbo para un fabricante de

aviones inglés al que una aerolínea africana le debía cientos de miles de libras. Y lo había recuperado en la misma pista con todos los pasajeros a bordo. Kelly tenía una reputación, desde luego. Además conocía a toda la gente que había que conocer, incluida la palomita que llevaba la investigación del asesinato. Barrow, o como quiera que se llamase. Todo el mundo hablaba de eso.

Volvió a mirar al exterior por la puerta de su tienda. George Markham tenía que haber estado allí hacía una hora. Acababan de dar las nueve y él tenía la tienda cerrada por eso. Ahora andaban por allí una serie de tipos merodeando en espera de que volvieran a abrirse las puertas y aquel jodido Markham no aparecía por ningún lado.

Le había dado la noche libre a Emmanuel. Pagada. No quería que nadie viera ni oyera su reunión con Georgie. Así que estaba perdiendo dinero a manos llenas. Era sábado por la noche y todos los degenerados salían en bloque. Se gastaban la pasta en revistas, películas y eso que se llaman «auxiliares matrimoniales». Tony Jones volvió a mirar el reloj. Casi las nueve y cuarto. ¿Es que no iba a venir? ¿Tal vez había cambiado de idea? Se sintió aliviado al pensarlo.

Un hombre golpeó con los nudillos sobre el cristal de la puerta y Tony se acercó y miró por el vidrio reforzado con metal. No era George, sino un tipo al que llamaban Merve el Perve. Era conocido en todo el Soho como un buen cliente. Tony meneó la cabeza y le señaló el cartel escrito a mano: «Cerrado de ocho a diez».

El tipo le hizo un gesto estirando los dedos y Tony apretó los dientes. Allá que se iban sus buenos cincuenta billetes de caja. Miró alejarse a Merve y suspiró.

Entonces vio a George y abrió rápidamente el cerrojo para dejarlo entrar. La tienda estaba en penumbra y ambos se dirigieron en silencio a la parte de atrás. George se sentó sin que le invitaran, cosa que no pasó desapercibida a Jones. Aquel hombrecillo callado y sumiso iba metamorfoseándose poco a poco en un individuo peligroso. Incluso empezaba a asustar a Tony.

—Tengo una lista de las preguntas que hacen y las respuestas que tienes que dar. Creo que quieren que se les enseñe un pasaporte, si es posible, algún documento con foto.

Le pasó un papel a Tony.

Tony lo miró. La letra clara y limpia de George llenaba las dos caras del papel.

—Puedo conseguir un pasaporte, pero eso te costará dinero. También necesitaré una foto tuya y el número de tu pasaporte de verdad.

—He traído una de carné que me hice esta mañana, por si acaso.

La sacó del bolsillo interior y se la dio a Tony.

—¿Cuánto subirá esto el precio?

—Digamos tres mil por todo.

—Está bien, el dinero lo pagaré más tarde, cuando esté seguro de que todo está bien. Y que no se te ocurra intentar nada. Es gracioso, ¿sabes? Una vez que has matado a alguien, ya no te da miedo seguir. Matar es fácil. Para mí ahora es como un

hobby.

George miró a Tony hasta que vio que sus palabras le habían calado y luego dijo:

—Quiero que hagas las pruebas el lunes 19 hacia las seis de la tarde. Van a ir a mi sitio de trabajo a las nueve del jueves 22. Quiero tener listo el papel para dárselo entonces, uno que diga que ya me los he hecho. Nos veremos en la carretera de Duggam, justo a la salida de Grantley, en un *pub* que se llama The Lyon Rampant a las ocho treinta. Llevaré la mitad del dinero.

—¿Por qué el lunes a las seis?

—Porque es cuando la policía va recogiendo para cerrar la unidad. Si llegas allí sobre las cinco y media, te cogerán sobre las seis. Y si eres uno de los últimos del día, supongo que ya tendrán ganas de quitarte de encima y lo harán todo lo más deprisa que puedan. Además, si tienes pasaporte, puedes respirar tranquilo. A los que les dan más la lata es a los que no tienen algún documento oficial de identificación.

Tony Jones asintió.

—Muy bien. Pero no podré estar listo el lunes. Necesito unos días para que me arreglen el pasaporte.

George se irritó.

—Bueno, ¿entonces cuándo podemos vernos?

—El miércoles. El miércoles. Valen los mismos planes sobre dónde vernos y tal, pero necesito tiempo para arreglar esto. O es el miércoles o no puede ser.

—De acuerdo, pero asegúrate de que lo tendrás arreglado para entonces.

George se levantó.

—Cuando te hayas aprendido las respuestas de memoria —dijo—, deshazte del papel.

Salió del cuartito sin despedirse siquiera y Tony Jones se quedó mirando el papel hasta que oyó cerrarse la puerta de la tienda. Se lo metió en el bolsillo, salió del despacho y encendió las luces para volver a abrir el negocio. Mientras lo hacía, no dejaba de rondarle una idea.

Era sobre el día en que había llegado allí Tippy toda apaleada y herida. Tenía que haberse dado cuenta entonces de que a aquel zoquete le faltaban un par de tornillos. Si era capaz de maltratar a una puta vieja como Tippy, era capaz de cualquier cosa.

¿Cómo coño se había metido en todo aquello?

George atravesó Londres en su coche y siguió hacia Essex. Cuando llegó al túnel de Dartford, iba escuchando un programa de tertulias en Radio Essex. Sobre el Destripador de Grantley.

Llamaban por teléfono mujeres que decían que cuando lo cogieran tenían que castrarlo, o ponerle una inyección letal, o encerrarlo bien en Rampton o en Broadmoor.

George disfrutaba oyendo aquellas sugerencias tan bobas. No iban a cazarlo nunca.

Kate había llamado a Patrick y le contó que había quedado con Dan en el Bull. Lo

había esperado sentada junto a la puerta, observando entrar y salir a la gente con una cierta sensación de temor. Le había dicho a Patrick que prefería ver a Dan ella primero para tratar de convencerlo. Si aquello no funcionaba, entonces se marcharía del *pub* y haría una señal a Patrick, que estaría esperando con Willy. Entonces, Kelly podría tener unas palabras con Dan. Unas palabras de las suyas.

Kate tenía la esperanza de que no llegaran a tanto.

Dan llegó al *pub* a las ocho y diez. Llevaba pantalones negros y un jersey rojo oscuro. Se quitó el abrigo mientras entraba y se lo puso al desgaire en el brazo. Kate se fijó en que más de una mujer se volvía a mirarlo. El gran macho de su marido.

Tuvo ganas de decir en voz alta: «No podríais permitíroslo, chicas. No se mancharía las manos con mujeres de una taberna de aldea».

Pero le molestaba que todavía consiguiera hacerla sentir incómoda.

Dan se acercó a la barra sin haberla saludado y luego fue hasta ella con un vaso de vino blanco con soda para él y un vodka con tónica para ella. Se sentó junto a ella.

—Hola, Kate —dijo con tono arrogante. Sabía muy bien la ventaja que tenía sobre ella.

—Hola —dijo Kate con un gesto de cabeza.

Observó la boca de él en el borde del vaso. En otros tiempos lo había sido todo para ella. Y ahora se asombraba al descubrir que no sentía nada por él, solo desprecio.

—¿Por qué hiciste eso, Dan?

Se quedó un rato pensativo buscando en la cara de ella algún indicio sobre lo que pensaba en realidad.

—Porque —y la señaló con el dedo— esta vez me apretaste más de la cuenta, Kate.

—¿Que yo te apreté a ti más de la cuenta? —dijo en tono de incredulidad.

Él asintió, animándose a tratar su tema.

—Exacto. Acudo a ti en busca de solaz, digamos. Siempre te he considerado una buena mujer, ¿y qué me encuentro? ¡Me encuentro a la madre de mi hija con un maldito hampón! ¡Por Dios, Kate, si es que no podía creerlo! Y tuviste las agallas de hacerme pasar por un rufián.

Dio otro buen trago a su vaso.

—Pero esto ya no tiene nada que ver contigo, Dan. Mi vida solo es mía. Ahora trabajo en un caso importante...

—¿Nada que ver conmigo? ¡Cuando a mi hija la tienes abandonada!

Kate lo cogió de la mano y se la empujó hacia atrás sobre la mesa con tanta fuerza que el vaso que sujetaba salpicó con su contenido el jersey rojo.

—Escúchame bien, Danny Burrows. Me he tragado basura más que suficiente por tu parte durante años, pero esta vez, muchacho, se acabó. Ya basta. Si me quedo sin trabajo, ¿quién va a pagar la hipoteca? Tú no, eso seguro. Si no podrías pagar la tuya en un millón de años. Por eso andas tirándote a las Antheas de este mundo. Eres un mierda, Dan, y no daré un paso atrás ni te dejaré que conviertas mi vida en una burla

como has hecho con la tuya. Te lo advierto...

Kate se estaba enfadando. Ya sabía que aquello no serviría de nada y ahora se preguntaba por qué habría intentado siquiera hacerle entender cómo veía ella las cosas; Dan era incapaz de sentimientos verdaderos. Sentimientos inteligentes.

—¿Que tú me lo adviertes? Estás sacando los pies del tiesto. Lo que tendrías que estar es de rodillas, muchacha, porque en este preciso momento soy yo —y se golpeó en el pecho con el dedo— el que puede salvarte o condenarte, Kate Burrows. Tu carrera está en mis manos.

Extendió una mano abierta sobre su cara y luego cerró el puño.

Kate vio lo bien que se lo estaba pasando, y se entristeció. En otro tiempo, hacía mucho, aquel hombre había sido lo más importante de su vida. Dormía con él, cocinaba para él y había tenido una hija suya; pero él se había marchado de su lado y ella mantuvo la antorcha encendida esperándolo durante mucho tiempo. Pero ahora lo veía tal y como su madre lo veía entonces, y tuvo la sensación de que había desperdiciado su vida por no haber dejado a un lado todos aquellos sueños inútiles demasiado tiempo.

Se puso de pie y recogió los cigarrillos y el bolso.

—¿Adónde te crees que vas?

—Esto no nos lleva a ninguna parte. Has hecho todas esas acusaciones contra mí, y sin embargo, no puedes probar nada. ¿Sabes una cosa, Dan? Me aburres. Me aburres hasta la muerte, coño. Lo que lamento es no haberme dado cuenta hace diez años.

Salió del *pub* y Dan salió tras ella. Fuera, en el aparcamiento de gravilla, la alcanzó, la agarró por el brazo y la hizo girar en redondo para ponerla frente a él. Le dio una bofetada. No fuerte, pero sí lo suficiente.

Entonces fue cuando vio a Willy y a Patrick.

Kate vio cómo le cambiaba la cara bajo la luz mortecina del aparcamiento y se giró y vio que Patrick corría por la gravilla hacia ellos.

—¡Putas de los cojones! ¡Me has tendido una trampa!

Cuando Dan se giró para intentar llegar a su coche, Willy se puso a su altura y Kate se quedó mirando cómo Dan era arrastrado hacia el BMW de Patrick. Una pareja joven metió el coche en el aparcamiento y salió de él. Miraron a Dan y a Willy con expresión de susto en la cara. Kate se acercó a ellos y sacó su placa.

—Policía de Grantley. Estamos deteniendo a un conocido traficante de drogas. ¿Por casualidad han visto a alguien en la carretera al llegar aquí?

Los dos negaron con la cabeza, deseando no verse involucrados. Patrick se dirigió con calma hacia el BMW junto a Kate, tomándola del brazo y saludando a la pareja con un gesto. Willy ya había obligado a Dan a entrar. Kate se sintió como si estuviera atrapada en una pesadilla. Llegó al coche y se subió delante, Patrick subió atrás con Dan y Willy arrancó y salió del aparcamiento a toda marcha y tomó la carretera de Grantley. Kate se dio la vuelta en su asiento y miró a Dan. Estaba aterrorizado.

Willy redujo la marcha y Patrick encendió un cigarrillo. Se lo pasó a Kate, en el asiento de delante, y luego encendió otro para él. Aspiró hasta que la punta brilló con un rojo intenso.

Kate lo miró y él le guiñó el ojo. Luego agarró a Dan por los pelos y le puso el pitillo a una fracción de centímetro del globo ocular.

—Podría dejarte ciego, Danny, muchacho; te dejaría ciego sin tener que pensármelo dos veces.

Kate iba a decir algo, pero Willy le puso la mano en la pierna para advertirla de que se mantuviera en silencio.

Patrick continuaba hablando con su voz cantarina y Kate observaba, ahora con fascinación, a Danny totalmente inmóvil. No movía ni un músculo.

—Verás, tú me has molestado, y cuando me molestan, hago cosas tremendas. Puedo dejar paralítico a alguien si me molesta lo suficiente. Y tú me has molestado, Danny, muchacho, créeme.

—Pe-pe-pero ¿qué quiere usted? —la voz de Dan sonaba tan aguda como la de una colegiala.

—Me parece que ya sabes lo que quiero, me parece que ya sabes lo que quiere tu esposa. Y me parece que sabes que lo vamos a conseguir. Porque si hiciera falta, pondría todo el país patas arriba para cazarte, Danny, y al final te atraparía. Yo soy como el sida. Pueden pasar años sin que te enteres de que estoy ahí, pero cuando aparezco, las consecuencias pueden ser demoledoras. ¿Vas pillando la onda?

Dan tragó saliva con dificultad. Kate lo oyó por encima del zumbido grave del motor.

—Sí.

—¿Entonces serás un buen chico y dirás en la OIC que lo que les contaste era una sarta de sandeces, a que sí?

—Sí.

—Bien. Willy, para el coche y deja que salga.

Patrick apartó el cigarrillo de la cara de Danny y tiró la ceniza al suelo.

Willy detuvo el coche. Patrick se inclinó sobre Dan, abrió la puerta y lo empujó violentamente a la carretera. Cerró la puerta mientras arrancaban de nuevo dejando a Dan tirado en el asfalto, tan asustado que creyó que se iba a mojar los pantalones. Vio cómo tiraban su abrigo por la ventanilla y sintió el picor de las lágrimas.

Kate había permanecido allí sentada y había dejado que lo hicieran. No se lo podía creer.

Pero había una cosa cierta: que iba a hacer lo que Kelly mandaba. Como siempre se había admitido para sus adentros, él no era ningún héroe.

Kate iba mirando por la ventanilla del coche sin estar muy segura de si aquello de lo que había sido testigo había sucedido realmente.

—¿Todo en orden, Kate? —preguntó Patrick en voz baja.

Kate asintió.

Patrick suspiró. Era una lástima haber tenido que hacerlo delante de ella.

—Míralo de este modo, Kate: si yo no lo hubiera asustado, porque eso es todo lo que he hecho, asustarlo, ya podías despedirte de tu trabajo. El tipo lo estaba pidiendo, muchacha. ¡Coño si lo estaba pidiendo!

—¿Podrías volver a llevarme a mi coche, por favor?

—Da la vuelta, Willy, Kate quiere irse a casa.

Patrick tuvo una sensación de inútil total. Había tratado de ayudarla, pero tal vez hubiera ido demasiado lejos. A veces se le olvidaba que Kate venía de un mundo distinto. Aquella noche sería de triunfo o de fracaso, eso lo sabía, pero de cualquier modo todavía conservaba su trabajo, y eso, también lo sabía, significaba mucho para ella. Así que al menos eso sí se lo había dado.

Kate seguía temblando cuando llegó a casa. Subió y se encerró en el cuarto de baño y se preparó un baño caliente. Se metió en el agua y allí se quedó tumbada intentando poner orden en sus confusos pensamientos.

Esa noche había visto otra cara de Patrick Kelly. Y no se lo había hecho más simpático. Al fin veía exactamente dónde se estaba metiendo, y daba miedo.

Pero con todo, de una manera un tanto extraña, había disfrutado de ver a Dan llevarse su merecido. Todos aquellos años sufriendo por su culpa, sabiendo que la utilizaba. Aquella noche, ver el desprecio que sentía por ella la había herido más profundamente de lo que creía posible. Lo vio disfrutar al tener algo con que humillarla. Y aunque a ella no le había parecido perfecto lo que Patrick le había hecho, sí disfrutó al ver el miedo de Dan, al verlo envilecerse de aquel modo.

Pero lo que más le asustaba de todo eran aquellas sensaciones.

George había tenido un accidente. Se le había caído todo el chocolate caliente en la alfombra de la sala de estar y había necesitado casi toda una hora para limpiarlo. Había ido a la caseta a buscar el aspirador y había empezado a limpiar la alfombra. Luego, como el trozo donde estaba la mancha se veía más limpio que el resto, terminó por limpiar la alfombra entera. Ahora, tres horas después, había terminado por fin, y cuando se preguntaba si todavía tendría tiempo de ver su película, oyó el traqueteo grave de un taxi. Miró a través de los visillos y vio a Elaine pagar con mano torpe al taxista. Estaba más borracha que una cuba.

¡Zorra puñetera!

La miró salir con dificultad del taxi agarrada al bolso e intentar subir por el camino de cemento hasta la puerta. La oyó rebuscar la llave e intentar meterla en la cerradura. Todo parecía estar aumentado mil veces. La puerta de entrada se abrió con un portazo y oyó los pesados pisotones con que se acercaba al salón. George se sentó en una butaca a esperar a que entrase en la habitación, pero pasó de largo y se metió en la cocina.

Oyó el clic del tubo fluorescente y los tacones tabletear sobre el linóleo, y luego hizo un mueca cuando la oyó vomitar en el fregadero limpio como una patena.

Se levantó lentamente y fue en su busca. Se quedó de pie en la puerta, mirando

cómo la espalda y los hombros se sacudían al ir arrojando el *brandy* y el oporto en el fregadero blanco.

Fue hasta ella.

Vio las manchas rojo oscuro del fregadero que eran como sangre coagulada y abrió el grifo del agua fría. Observó hipnotizado cómo la mancha se volvía rosa claro antes de formar un torbellino para sumirse por el desagüe.

Cogió un paño, lo empapó en agua fría y se lo puso a Elaine en la frente. Luego, la sujetó firmemente por la nuca porque ella intentaba apartarlo, hizo bajar el trapo empapado hasta la nariz y la boca y empujó con todas sus fuerzas.

Elaine aspiró fuerte y notó las minúsculas gotas de agua que le entraban por el canal de la nariz y le quemaban cuando las aspiraba. Intentó mover la cabeza, pero tenía la mano de George sujetándole por el cogote como una tenaza.

Empezó a debatirse cuando su cerebro embotado por la bebida se dio cuenta de lo que estaba pasando.

George continuó apretándole el paño sobre la cara, disfrutando de su pánico, disfrutando del dolor y el terror que producía. Aquello la enseñaría.

En su lucha, Elaine tropezó con el estante de las tazas que había junto al fregadero, que salió volando hasta el suelo. Entre saltos y golpes, los tazones se hicieron trizas con un ruido tremendo y los trozos rotos volaron hasta el último rincón de la cocina.

George le empujó la cabeza para abajo y se la metió en el chorro de agua fría. El agua helada le quitó el poco aliento que aún le quedaba. Con un último recurso de fuerza, Elaine intentó levantar la cabeza y sintió un dolor insoportable al entrar en contacto con el grifo de acero.

George oyó el chasquido blando y vio que la sangre roja teñía rápidamente los cabellos naranja. Notó cómo el cuerpo se le relajaba al perder el conocimiento y la sujetó unos segundos. Luego, la bajó poco a poco hasta el suelo dejando que el paño cayera de su mano al fregadero.

Elaine yacía en el suelo en medio de los tazones rotos. Tenía el maquillaje, tan meticulosamente aplicado, rebozado por toda la cara. El rímel de las pestañas se le había caído en goterones y le salpicaba ahora la piel por la nariz y las mejillas. La sangre rojo oscuro fluía de la herida de la cabeza sobre las baldosas relucientes dibujando unos regueros rojos que se abrían y formaban minúsculas enseñadas, como en un mapa.

George se quedó mirándola. Tenía el pelo naranja totalmente alborotado y el vestido empapado. Las pestañas aleteaban, y cuando se abrieron, vio que no era consciente de lo que había pasado exactamente.

Cerró los ojos otra vez y gimió en voz alta. Ese gemido fue lo que lo precipitó a la acción.

Se puso detrás de ella, levantó el cuerpo pasando sus brazos por debajo de los de ella, los cruzó sobre sus enormes pechos y la arrastró entre el caos de cerámicas rotas

hasta la sala, donde la depositó sobre la alfombra. Arrancó uno de los protectores de encaje de una silla, lo dobló y se lo puso debajo de la cabeza para preservar la alfombra de la sangre.

Luego, se precipitó a la cocina, cogió la caja de primeros auxilios de debajo del fregadero y le vendó con suavidad el corte. Se sintió agradecido al ver que era solo una herida superficial, que la sangre hacía parecer más seria de lo que era.

Trabajó en silencio y con rapidez. Cuando terminó, le colocó un almohadón debajo de la cabeza y le quitó el vestido empapado. Luego la tapó con una manta caliente del armario de secar la ropa. Contento de haber hecho todo cuanto podía, fue y empezó a arreglar la cocina.

Al barrer los tazones rotos, la escoba iba esparciendo el agua sanguinolenta por toda la cocina, como una pintura abstracta. Los diferentes tonos hipnotizaban a George mientras barría. Después, mientras fregaba el suelo para dejarlo limpio, lamentaba verla desaparecer; le gustaban los dibujos que formaba y los colores que creaba y cómo olía, con el sustancioso olor perfumado de la sangre fresca.

Volvió junto a Elaine y le cogió la mano gordezuela. Casi lo había echado todo a perder, y lo sabía. Si hubiera matado a Elaine, aquello habría sido su propio final. La oyó gemir de nuevo y vio que abría los ojos. Llevaba inconsciente más de una hora.

—¿Qué..., qué ha pasado, George? —tenía la voz todavía pastosa por la bebida. George le sonrió cariñosamente.

—Creo que has bebido más de la cuenta, amor mío. Tuviste un accidente.

Elaine lo miró unos instantes con sus ojos verdes inquisitivos y George se quedó helado. Era como si todos los acontecimientos de aquella noche estuvieran escritos en ellos y a la vista de todos. Luego, Elaine cerró los ojos con fuerza.

Si se acordaba de lo que había sucedido, no lo dijo. Aquello a George lo dejó aún más preocupado. ¿Y si se acordaba? ¿Qué pasaría?

—¿Quieres que te prepare algo caliente para beber?

Elaine asintió con cara de dolor, llevándose la mano a la cabeza vendada.

George se levantó del suelo y fue a la cocina, recorriendo con la mirada todos los rincones para asegurarse de que había recogido cualquier mínima muestra de evidencia.

Mientras estuvo fuera, Elaine continuó tumbada en el suelo sin moverse.

Y entonces, sin previo anuncio, una gruesa lágrima se abrió paso por debajo de su párpado.

George había intentado matarla. Se acordaba de todo. Debía haberse enterado de lo de Hector.

Cuando volvió con el té humeante, Elaine lloraba abiertamente, los anchos hombros se le sacudían una vez más.

George dejó el té sobre la mesa y la tomó entre sus brazos.

Lo sabía.

—Perdóname, Elaine, siento muchísimo, muchísimo lo que te hice. Pensé que

tenías un novio o algo parecido. Ya comprendo que eso es ridículo. Perdóname ese momento de locura y de celos.

Elaine se sorbió la nariz ruidosamente, complacida en cierto modo de que George pudiera estar celoso, pero no del todo segura de que le gustara aquello de «ridículo».

Él no sabía con seguridad lo de Hector, y sin embargo, la había atacado físicamente. Y le había hecho daño.

Tendría que ir con mucho cuidado en el futuro.

George la miró a la cara y supo todo lo que estaba pensando. Era como mirar la pantalla de televisión. Gracias a Dios que no la había matado. ¡Mira que si cogieran así al Destripador de Grantley!

Pero sí estaba seguro de una cosa: esa mano tendría que jugarla con mucho cuidado. Elaine no iba a olvidarse de aquello fácilmente.

Ella notó el cambio producido en George, y se estremeció. Era igual que aquella vez. Cuando habían tenido los problemas. Solo que ahora era todo culpa de ella.

Cerró los ojos. Pobre George.

Capítulo Veintitrés

Era lunes por la mañana y George le llevó el desayuno a Elaine a la cama. Tenía mal aspecto y se sentía espantosamente. Se le había hinchado la cabeza con el golpe del grifo y la costra que se le había formado estaba rodeada de pelos llenos de sangre seca, lo que hacía imposible que pudiera tocarse la cabeza ni siquiera ligeramente. Una vez pasados los efectos de la bebida, lo que tenía ahora era un tremendo dolor de cabeza, y las solícitas maneras de George no eran de mucha ayuda.

Porque la ponía de los nervios.

Después de que la atacase (porque fue un ataque, se decía a sí misma), la verdad es que ya no quería tener nada que ver con él. Necesitaba un tiempo sola para pensar en todo aquello.

—Te he hecho unos huevos con beicon, Elaine, con un par de tomatitos al grill — la voz de George volvía a ser afable y sumisa—. Te he hecho los huevos escalfados por lo de tu régimen. —Le puso la bandeja sobre las rodillas y le sonrió con timidez.

Elaine miró la comida de la bandeja: cualquier cosa antes que mirar aquella cara.

—Creo que te sentirás mejor si faltas un par de días al trabajo, ¿no te parece?

Elaine cogió el tenedor y empezó a apartar la comida alrededor del plato; el azul amoratado del dibujo del sauce le daba el punto focal que necesitaba para ignorar a George, que titubeó unos segundos al esperar una respuesta.

—Bueno —dijo al fin—. Entonces te dejo que disfrutes de tu desayuno. He llamado a tu jefe y le he dicho que tienes un virus. Hasta la noche. Te prepararé una buena cena.

Por favor, George, vete ya, pensó ella.

Se fue y ella sintió su ánimo confortarse al oír cerrarse la puerta de la calle.

Cerrarse, no dar un portazo, porque que George diera un portazo sería como si el Papa se hiciese bailarín erótico.

Pero a ella la había atacado.

Apartó la bandeja repleta al otro lado de la cama. George podía ser una persona violenta. Ya había atacado entonces a aquella pobre chica del tren. El doctor había dicho que estaba lleno de infelicidad y de amargura a causa de su infancia y de una madre opresiva. Y que la situación de Elaine y la paternidad inminente le habían sometido a una tensión que le había hecho comportarse en discordancia con su personalidad.

¿Por qué se había sentido entonces culpable de todo?

¿Por qué había seguido con él, permanecido a su lado?

Porque no sabía qué otra cosa hacer, por eso. «En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad». ¿Por qué no decían nada de en la prisión o fuera de ella en la ceremonia nupcial?

Le dolía la cabeza. Cerró los ojos y vio a Hector. El bueno de Hector, que le había dicho que la amaba. Hector, que se reía todo el tiempo y quería divertirse. Nada más

ni nada menos, solo divertirse.

Sonrió ligeramente. ¡Y qué bien se lo habían pasado! ¡Sería imposible dejar a Hector! Hector era el sostén de su vida. Su pasaporte para una tierra más feliz.

Se echó hacia atrás sobre las almohadas y recorrió el dormitorio con la vista. Necesitaba redecorarse. Como toda la casa. Hacía años, George era una persona muy hábil en todo lo del bricolaje. Se pasaban horas mirando catálogos de pintura y eligiendo colores, dibujos y papeles. Pero eso había sido antes del problema, como se referían siempre al tema... las pocas veces que se referían a él.

Cuando salió de prisión, George era un hombre distinto. Nunca fue una persona sociable, pero a veces era animado. Sin embargo, cuando volvió junto a ella era un individuo hosco e infeliz, con una docilidad que bordeaba lo humillante. Salvo que algunas veces ella pensaba que no era más que una fachada. Lo único que era capaz de hacer era trabajar en el jardín. Era como si ahora el interior de la casa careciera de significado, y que solo hubiera que mantener en pie el caparazón, por así decir.

A veces pensaba que justo así era el propio George. Por fuera llevaba un caparazón de día y de noche, pero por dentro estaba vacío. Vacío y asustado.

Cuando empezaron los asesinatos en Grantley, se sintió inclinada a pensar que era cosa de él, aunque sabía que era imposible. George nunca podría ser un asesino competente. Todo lo que hacía se estropeaba, simplemente.

No, George no era más que un pobre tonto. Pero aquel arrebato le había demostrado que también sentía algo. Que todavía la veía como su esposa. La peor parte de todo el problema de aquella vez fue saber que había ido a un cine porno. Por alguna razón, a Elaine aquello le pareció peor que el ataque a la jovencita.

Una sola lágrima gruesa brotó desde la comisura de su ojo derecho y descendió por la mejilla redonda hasta que notó el sabor salado en la lengua.

¿Por qué todo se había estropeado? ¿Dónde estaba la muchacha joven que esperaba con tanta ansiedad la llegada de su bebé? ¿Cuándo se había convertido en una mujer ridícula de mediana edad ocultándose por ahí para verse con otro hombre?

¿Cuándo, por Dios santo, cuándo terminaría todo aquello?

* * *

Kate salió de casa a las siete de la mañana. Había niebla, el aire estaba cargado con el aroma de la primavera temprana. Al abrir el coche, sintió la presencia de un hombre y se giró bruscamente para tenerlo de frente. Creyó que era Dan. Lo había tenido tan presente en sus pensamientos toda la noche, que apenas había dormido. Y fue la falta de sueño por haber estado pensando en él lo que la había sacado de casa tan temprano. Justo en aquel momento todavía no podía enfrentarse a Lizzy. Se giró y lo que vio fue la gran cara de luna de Willy. Se sobresaltó y se llevó las manos al pecho instintivamente.

—Perdone que la haya asustado, solo quería unas palabras. No la entretendré mucho rato.

Cogió a Kate del brazo y la condujo al otro lado de la carretera al Rolls Royce de Patrick. Abrió la puerta de atrás y Kate entró y se sentó. Todos sus instintos le decían que no se asustara, pero no lograba aplacar del todo sus temores. Willy arrancó el coche y se apartó sin ruido del bordillo. Bajó la ventanilla de comunicación y empezó a hablar.

—Conozco un sitio en el que podemos desayunar algo si usted quiere.

Kate asintió con la cabeza, consciente de que la observaba por el espejo.

—Un café estaría bien, gracias, Willy.

Rodaron en silencio hasta un pequeño café de transportistas de la A-13. Aparcó el Rolls en un sitio donde podía vigilarlo desde la ventana, y la llevó adentro. Estaba vacío, solo había dos mujeres y un camionero, que le dio un rápido repaso a Kate mientras se sentaba y Willy iba a pedir dos cafés. Se sentía más contenta teniendo gente a la vista, y se fue relajando gradualmente. Encendió un cigarrillo y bebió un poco de café.

—Quería hablarle de anoche, Kate. ¿Puedo llamarla Kate?

Kate asintió.

—¿Qué pasó anoche?

—Bueno, después de que la dejásemos, Pat estaba muy bajo. Creo que sabía que se había equivocado al dejar que usted viera lo que iba a pasar, pero tiene que entenderlo, Kate: Patrick en lo que pensaba era en lo mejor para usted. Intentaba salvarle el trabajo y salvar su relación con él. Anda en tiras y aflojas con los peces gordos, ya se lo habrá imaginado. En cuanto ese mari..., quiero decir, en cuanto ese exmarido suyo les fue con la copla de que andaba armando camorra, quisieron cerrar el caso tal cual y que nunca se volviera a hablar del asunto.

Kate dio un trago al café y encendió un cigarrillo con la colilla del anterior. Willy suspiró.

—Pat no le hubiera hecho daño —dijo—. Eso lo sé seguro. A veces hay que emplear un poco de persuasión amistosa...

—Si eso es persuasión amistosa, ¡no soportaría verles hacérselo a alguien que no les gusta!

—Pero si esa es la cosa..., solo le metimos miedo, nada más. Cuando Pat vio que le daba una torta en el aparcamiento, se puso furioso. Furioso de cojones. Pero lo único que intentaba era ayudarla.

Kate aspiró el cigarrillo y el humo se le arremolinó en torno a la cabeza como una nube.

—Tiene usted que entender a Pat. Viene de un barrio pobre, y digo pobre de veras. No teníamos nada. Se mató a trabajar para tener lo que tiene. No se preocupa por la gente como su exmarido. Para él no son nada, nada de nada. Lo que hizo anoche lo hizo por usted. Pat nunca había hecho cagarse de miedo a nadie que no

estuviera directamente mezclado en alguno de sus negocios —continuó—. En nuestro gremio, si alguien saca los pies del tiesto, lo asustas con un buen par de sopapos. Es la ley de la calle, y hay que seguirla. O sea, quiero decir, que no es raro que la bofia asuste a un sospechoso hasta que se cague tanto que se coma el marrón de cualquier cosa que no hizo. Mire a esos zoquetes de las bombas del *pub* y demás. La bofia se lo sacó todo a palos. Pues bueno, nosotros solo amenazamos.

Que Dios me perdone por mentir, pensó.

Kate seguía callada, y Willy empezaba a exasperarse.

—¡Lo único que quería era que usted no perdiera ese puto trabajo! Estaba muy preocupado por la manera en que la había comp... compuesto...

—Comprometido, Willy. Esa es la palabra que buscas.

—Sí, bueno, eso y todo lo otro. Pero usted ya sabe qué quiero decir, no es ninguna simple. Usted sabe lo que hay. Su exmarido no estará ni más ni menos jodido por lo que le pasó. Si lo estaba pidiendo... Ya sé que a usted debe haberle resultado un poco fuerte, porque no está acostumbrada, pero créame, Pat no se hubiera molestado si no fuera por usted. Por usted y por su trabajo. Sabe lo mucho que significa para usted.

—¿Puede llevarme a casa ahora, Willy? Tengo que coger el coche para ir a trabajar.

Asintió y volvió a llevar a Kate en silencio. Ahora el tráfico ya era muy denso y Kate notaba las miradas de los otros conductores que se preguntaban quién iría en aquel enorme Rolls Royce. Cuando se bajó a la entrada de la calle, le dio una palmada a Willy en el brazo.

—Eres un buen amigo de Patrick, ¿sabes?

—Le tengo adoración, Kate. Sé todo lo bueno que tiene. Y creo que usted también, porque si no, para empezar no se habría enrollado con él. No se tome demasiado a pecho lo que hizo anoche. La quiere, yo sé que sí, y que solo quería ayudarla. Solo que es un poco torpe en el modo de hacerlo, nada más.

Viniendo de Willy, aquello la hizo sonreír. Una sonrisa que no creía llevar dentro en aquel momento. Sin duda que era algo que había que rumiar.

Willy regresó a casa de Patrick con el corazón abatido. Lo había intentado. Si Pat se enteraba de adónde había ido, lo mataría más que muerto. Pero tenía que intentarlo.

Kate y Patrick eran buena cosa juntos.

George estaba sentado en el trabajo oyendo la voz de Peter Renshaw hablar y hablar de «salir una noche». Al final, habían decidido que sería el miércoles por la noche, dentro de solo dos días. George forzó una sonrisa ante las anécdotas con que Peter le regalaba de otros guateques de despedida pasados. Por lo que George pudo entender, a este iban a ir unas veinticinco personas, con la mayoría de las cuales no había hablado ni una palabra en su vida.

La señora Denham entró en el despacho.

—¿Puedo verlo un momento en mi despacho, señor Markham?

George la siguió y vio que Renshaw enarcaba groseramente las cejas. George agradeció el respiro frente a aquella simpatía casi frenética de Renshaw. Las anécdotas y los chistes lo aburrían hasta decir basta. Una vez en el despacho, la señora Denham ofreció un asiento a George y cerró la puerta tras ellos.

George se sentó y la miró ocupar su sillón, y el traje beis de seda que llevaba susurraba contra los muslos con el movimiento.

George sonrió receloso.

Josephine Denham le devolvió la sonrisa. Igual de recelosa. Se aclaró la garganta, nerviosa.

—Es sobre lo de su despido... Tengo aquí una nota con la cantidad que recibirá usted. —Pasó una hoja de papel por encima del escritorio y George la cogió y la miró—. Si deseara usted marcharse antes de lo estipulado, haríamos todo lo necesario para acomodarnos a sus deseos. Jones se marcha a finales de esta semana... —dejó la frase en el aire mientras miraba el rostro atónito de George.

—¿Doce mil libras? Pensé que sería bastante más.

La mente de George era un torbellino. Elaine se cogería un cabreo. Le había dicho que serían sobre veinte o veinticinco mil libras, lo que habría suavizado el golpe de cara a ella. Doce mil libras. Eso no servía para nada, para nada.

Josephine Denham vio la confusión en el rostro de George y sintió un momento de compasión. Nunca le había gustado aquel hombre. Como la mayor parte de las mujeres de la empresa, se sentía incómoda cerca de él. No es que le hubiera hecho nunca nada, desde luego. Era solo aquel modo de mirarte. De mirarte por debajo de aquellos párpados medio caídos. Y ahora notó una sensación de hormigueo en la nuca mientras observaba cómo su expresión pasaba de la confusión a la furia.

—¡Necesito más que esto! Mucho más que esto.

—Mire, señor Markham, todo está calculado sobre su salario. Usted es...

George la interrumpió.

—Todo eso ya lo sé. Trabajo en contabilidad, ¿recuerda? Solo es que pensé que sería más. ¡Mucho más! Necesito más que esto, por Dios santo. ¿Es que no lo entiende, zorra estúpida?

A Josephine Denham los ojos se le abrieron al máximo y se puso de pie con toda la dignidad de que pudo hacer acopio.

—Ya comprendo que está usted molesto, señor Markham, pero hablarme de ese modo no le será de mucha ayuda. Me parece que será mejor que ahora se marche de aquí y que hablemos del asunto otro día. Cuando se encuentre...

George respiraba con dificultad. Doce mil libras. Las palabras revoloteaban por su cabeza y chocaban y rebotaban contra el cráneo. Doce mil libras de mierda. Era como una salmodia.

Permaneció en su asiento. Josephine Denham había desaparecido de su vista. Lo único que veía eran las tres mil libras del pasaporte y a Tony Jones ocupando su sitio

en los análisis.

La mujer salió de la habitación y se dirigió a la sección de contabilidad. Apartó a Peter Renshaw a un lado, y tras unas pocas palabras precipitadas, lo llevó con ella a su oficina.

Estaba vacía. George se había ido.

—¡Creí que me iba a pegar!

Por una vez en su vida, Peter Renshaw miró a una mujer atractiva sin ver sus pechos, ojos, pelo, piernas. Sabía cuál era el problema de George. Aquel sitio era su vida. Su refugio.

—¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez ese hombre sepa que está acabado? ¿Que nunca más volverá a trabajar? ¿Qué hay docenas de hombres y mujeres más jóvenes esperando para ocupar cualquier puesto de trabajo que él podría ocupar? ¿Qué tiene una esposa y un hogar? Por supuesto que no, señora Denham —siguió—, porque usted nunca piensa en nadie que no sea usted misma o esta maldita empresa. Bueno, pues cuando le llegue el turno a usted, que le llegará, monada, que no le quepa duda, espero que quien le dé el hachazo se lo dé con un poco más de tacto.

Con esto, salió del despacho y dejó a Josephine Denham con la boca abierta.

Sobre la mesa estaba el papel que le había entregado a George. Lo cogió y lo miró. Doce mil libras. No era mucho por quince años.

Elaine estaba harta de estar en la cama y había decidido levantarse. Tras prepararse una taza de té y leer el periódico en la cocina, sintió que necesitaba algo que le distrajese el pensamiento. Miró al jardín mientras lavaba la taza y se le ocurrió una idea. Podía poner a germinar las semillas de tomate. Cada año por esa época, George las metía en el armario de secado preparadas para llevarlas al invernadero. Luego tenían unos buenos tomates grandes, rojos y jugosos todo el verano.

Subió al cuarto y se vistió. Después de un par de aspirinas, el dolor de cabeza había mejorado mucho. Se pasó con cuidado un jersey viejo por la cabeza y se puso unos pantalones de chándal. Elaine era una mujer que necesitaba hacer siempre algo. Por eso la casa estaba tan impecablemente limpia. Si tenía cinco minutos libres, los pensamientos se le ponían a dar vueltas sobre su modo de vivir y aquello la deprimía.

Bajó y fue a la caseta del jardín. Olía a moho, como tienen que oler las casetas, y echó una mirada por toda ella. La verdad es que George la tenía de lo más comfortable. Era su pequeño reino. Su refugio. Allí se pasaba un montón de tiempo.

De repente, Elaine se sintió una intrusa. Se encogió de hombros. Aquella caseta era tan suya como de George. Él se ocupaba de arreglar el jardín igual que ella la casa. Lo de él y lo de ella.

Entonces, ¿dónde estarían las semillas? Empezó por mirar en los pequeños estantes que había hecho George. Había bulbos de gladiolo en espera de ser plantados en la tierra. Ese año haría que le pusiera unos cuantos junto a la puerta de entrada, para dar vida a la fachada de la casa con un bonito toque de color. Se estaba animando al pensarlo. Planear el jardín le daría una cosa nueva en que pensar. Una

vez que George se quedase sin empleo, seguro que pasaba un montón de tiempo en el jardín. Podría reorganizarlo todo. Comprar unos cuantos rosales bonitos. A ella le gustaban las rosas y George era un buen jardinero. Paciente y concienzudo. Nunca había malas hierbas por ninguna parte.

Empezó a limpiar la mesa vieja de escritorio de restos de jardín, y luego la abrió y encontró las revistas de jardinería. Las hojearía un poco para que le dieran ideas. Incluso podían tener un estanque más grande, con una bonita rocalla.

Sacó las revistas y se quedó helada. Las miraba como si no estuviera del todo segura de lo que estaba viendo.

Una chica, una chica china, la estaba mirando casi desnuda y con una cadena al cuello.

Y sonreía.

Elaine cogió la revista y la miró sintiendo que la bilis se le revolvía en el estómago.

Debajo de esa había otra. En esta, la portada blasonaba: «Torturadores nazis». Y había dos mujeres con uniformes de las SS que arrastraban a una chica escasamente vestida.

Elaine cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo. No sirvió de nada, allí seguían.

Fue sacando poco a poco todas las revistas. Tenía el corazón encogido. Debajo de las revistas había unos cuantos álbumes de recortes y los sacó. Se sentó cómodamente en la butaca de George y abrió uno. Estaba lleno de recortes de prensa sobre el Destripador de Yorkshire, ya amarillentos por el tiempo y con aspecto quebradizo.

Había fotografías de sus víctimas. Titulares que le gritaban: «FUI ELEGIDO PARA MATAR». «SUS OJOS ME VOLVIERON LOCO». «EL DESTRIPIADOR EN EL ESTRADO DE LOS TESTIGOS».

Cerró el álbum y abrió otro.

Esta vez los recortes eran más recientes, todos trataban del Destripador de Grantley, y de repente, Elaine supo qué había pasado. Estaba claro como el agua.

Era George quien había asesinado a todas aquellas mujeres.

Era un enfermo.

¡Y la había atacado!

Elaine empezó a meter de nuevo a toda prisa los álbumes y las revistas en el mismo sitio de donde los había sacado. Tenía que ir a la policía. Con las prisas, andaba a tumbos y apenas se dio cuenta de que una sombra pasaba por la ventana de la caseta. Ni siquiera oyó abrirse la puerta. Cuando se volvió, quedó cara a cara con George. Tan grande era su terror que en vez de gritar gimió, y se agarró a la mesa para apoyarse y no desvanecerse por completo.

George la miraba. Y sonreía. Aquella pequeña sonrisa que apenas mostraba los dientes.

—Ven a tomar un té, querida, estás más blanca que un papel. Me parece que has

sufrido un *shock*.

Kate estaba almorzando en la cantina cuando le dijeron que tenía una llamada. Fue al teléfono que había en la pared junto a la puerta y lo cogió.

—Inspectora Burrows.

—¿Kate? Soy yo, Dan.

Sintió una oleada de aprensión al oír el tono desolado de su voz. Se pegó contra la pared para intentar poner sordina a la conversación.

—Mira, Dan. Sobre eso que pasó, te juro que no tenía ni idea...

La cortó en seco.

—Eso ya lo sé. Admitámoslo, Kate, yo me lo busqué. Bueno, puedes decir a... tu amigo, que ya está hecho. Que ya no tienes encima a los de la Oficina de Investigación. He pasado a ver a Lizzy y le he dicho que vuelvo con Anthea.

—¿Y es verdad?

—Sí. La llamé esta mañana. Vamos a intentarlo otra vez.

Era mentira. Lo que iba a hacer Dan era irse lo más lejos de Grantley que pudiera. No quería nada que le recordase a Patrick Kelly.

—Espero que esta vez te funcione, Dan, lo digo de verdad.

La línea hizo un ruido, Dan había musitado algo inaudible y Kate dijo su nombre por el teléfono un par de veces antes de colgar. Volvió a su mesa y encendió un cigarrillo. La cantina se iba llenando, pero ni se enteraba del runrún de las voces y las risas.

Pensaba en Patrick y en lo que había hecho. Después de que Willy la dejara en casa, había pensado largo y profundo en Patrick, en lo mucho que lo quería, y había tenido que admitir que le había dado miedo.

Lo peor de todo era que, aunque estuviera molesta con él, asustada de él, o cualesquiera que fuesen sus sentimientos, lo deseaba por encima de todo. Desesperadamente. Y eso era lo que más miedo le daba.

—Un penique por lo que piensas.

La voz de Caitlin tenía un tono cordial.

—No acepto dinero de los viejos.

Caitlin se rio con sorpresa.

—¿Todo bien en el otro asunto?

Kate asintió y Caitlin sonrió.

—Seguro que ese Danny es un idiota. ¡Imagínate tú, hacer eso! Aparte, los análisis de sangre marchan bien, así que por lo menos ya es algo.

—La verdad es que están yendo mejor de lo que nadie esperaba, eso seguro.

—¿Has oído lo de Spencer?

Kate negó con la cabeza.

—Bueno, pues le mandaron la carta, como a todos los varones del cuerpo, igual que a todos. ¡Pues está que muerde! Cree que es un ataque deliberado a su persona.

Caitlin se rio a grandes carcajadas atrayendo sobre él y Kate las miradas de los

presentes.

—Pero lo que de verdad organizó el lío fue lo que le dijo Amanda.

Kate se sintió intrigada. Le sonrió.

—Venga, vamos, cuenta.

Caitlin se inclinó sobre la mesa y susurró:

—Dijo que había leído el informe secreto de un psicólogo que señalaba que el Destripador de Grantley era un policía de veintimuchos años con un historial de paranoia y conductas violentas y conflictivas.

Kate soltó una risita.

—Bueno, ya sabes, el que se pica...

—¡Justo lo que yo opino! —Caitlin seguía riéndose fuerte—. Esa chica tiene talento cómico, desde luego. Entonces, Kelly vio a tu exmarido, ¿no?

Cambió de tema tan deprisa que la cogió con la guardia baja.

—Sí. Todo en orden.

—Ese Patrick Kelly es un tipo muy astuto, sabes. Debieras dejar que él lo arregle todo. Tienes suerte de tener un amigo tan bueno.

Kate bajó los ojos.

—Vamos, Kate, todavía nos queda una buena media hora. Te invito a beber algo en el *pub*. Tengo la garganta como papel de lija.

Kate cerró los ojos.

—Usas unas frases bastante pintorescas, sabes.

—Es que mi parienta, pobre mujer, siempre decía eso. Dios tenga piedad de su alma rezongona.

—Se ve que la echas de menos, ¿eh?

—Pues sí, Katie, y más todavía. Tenía una lengua de víbora, pero era mi parienta. Anda, vamos a beber algo, nena. Este sitio me da vomitera. Tanta gente joven me revuelve el estómago.

Kate se levantó y salió con él de la cantina. También a ella le vendría bien una copa.

Elaine estaba sentada frente a George en la mesa de la cocina. Él le había preparado un café que tenía todavía delante, pero ya frío, con una gruesa capa de nata flotando encima. George no había dicho nada, solo le sonreía de vez en cuando mientras se bebía su café.

—Elaine —el tono era tan bajo que apenas podía oírlo, pero aun así, pegó un salto en la silla—. No tengas miedo, Elaine. ¿Iba a hacerte daño yo? ¿Te lo haría?

Ella se mordió el labio.

—Yo no pretendía matar a nadie, créeme, amor mío. Simplemente, pasó. —Abrió las manos delante de él en un gesto de impotencia—. No sé lo que es. Solo con verlas... Son todas unas putas, todas, hasta la última.

Iba asintiendo con la cabeza y Elaine sintió que se estaba clavando las uñas en la carne de las manos.

—Hasta esa zorra de O’Leary, con los niños. Están mucho mejor sin ella, puedes creerme. Tú no la viste como la vi yo, Elaine. Toda despatarrada en el suelo. No llevaba medias, sabes, y hacía un tiempo helador. Era una furcia..., una furcia guarra y apestosa.

Elaine se llevó las manos a los oídos para tapar su voz. George se puso de pie. Por miedo a que la agrediese, Elaine corrió hacia la puerta de la cocina. En plena carrera, George la agarró del pelo. Chilló al sentir el dolor que la desgarraba. Empezó a brotar sangre de la cabeza herida y a teñir los rizos naranja subido. George la derribó de un puñetazo calculando y controlando hasta el último movimiento. Se quedó de pie junto a ella y meneó la cabeza.

—Has sido una verdadera prueba para mí, Elaine, ¿lo sabes?

Ella ya tenía los labios hinchados por los golpes y notaba el sabor de la sangre en la boca.

—¿Por qué no te divorciaste de mí, sencillamente? ¿Por qué has tenido que estar ahí sentada todos estos años para recordarme en silencio lo que hice?

Le dio una patada alevosa en la barriga que la dejó boqueando.

—Y ahora tengo que matarte. Eso lo comprendes, ¿verdad? Me es imposible dejarte viva ahora que conoces mi secretito.

Chasqueó la lengua un par de veces, irritado. Elaine miraba a su marido con los ojos húmedos.

Comprendió entonces que George estaba más loco que una cabra y que nunca más volvería a ver a Hector, ni a sus amigas ni a nadie. Era igual que si ya estuviera muerta.

George pasó por encima del obstáculo del cuerpo y se fue al vestíbulo. Elaine lo oía silbar entre dientes, una costumbre que llevaba años irritándole los nervios. Desde su privilegiado observatorio, lo vio abrir el armario de los abrigos del vestíbulo y levantar unas tablas del suelo. Con esfuerzo consiguió ponerse de rodillas. Se agarró a la pared y trastabilló hasta quedar de pie. El suelo estaba cubierto de sangre y mientras se esforzaba para intentar enderezarse, notaba que le corrían gotas por la barbilla y se le metían en los pliegues del cuello.

George sacó el cuchillo del ejército suizo y fue hacia ella con toda intención. Venía otra vez chasqueando la lengua, como si ella fuese un niño desobediente.

Elaine lo oyó suspirar, y cuando intentaba correr hacia la puerta de atrás, sintió el corte agudo del cuchillo atravesando, la lana del jersey y clavándose contra la paletilla. Trató de reunir todas sus fuerzas para zafarse dando vueltas en torno a la mesa de la cocina. El filo de sierra de la navaja quedó atrapado en la lana del jersey y George miraba fascinado cómo se apartaba dando tumbos, soltando borbotones de sangre, con el cuchillo clavado en mitad de la espalda.

Meneó la cabeza. Elaine siempre había sido tan difícil...

La miró dar unos cuantos tumbos más antes de caer de rodillas boqueando con un jadeo rápido y doloroso.

Fue hasta ella, sacó con cuidado el cuchillo del jersey y lo alzó sobre su cabeza. Al hacerlo, Elaine volvió la cabeza y lo miró a la cara.

—¡George! ¡Por favor... por favor, George...!

Le dio la tos y se le escapó un chorrito de sangre por la comisura del labio. George clavó limpiamente el cuchillo en medio de la paletilla, hundiendo la hoja hasta el mango.

Elaine cayó hacia delante, y George vio cómo sus brazos y piernas se estremecían con los últimos estertores de la muerte. Y finalmente, suspiró de nuevo.

Elaine estaba inmóvil, tenía la mejilla aplastada sobre las baldosas blancas y sus ojos verdes miraban vacíos el rodapié de madera.

George se arrodilló junto al cuerpo y le arregló los cabellos naranja empujándolos en torno a la cara inmóvil. Elaine siempre había sido una mujer muy difícil, pero ahora estaba en paz.

Se preparó otra taza de café y se sentó a beberlo en silencio, contemplando el cuerpo.

Un ratito después, empezó a silbar de nuevo entre dientes. Ahora tenía que planear las cosas. Tenía que arreglar todo aquello.

Por lo menos de esa manera le había ahorrado enterarse de la miseria que le habían ofrecido. Algo que nunca le hubiera permitido olvidar.

Echó una mirada al reloj. Las tres y cuarto. Ahora ya no le daba tiempo de hacer nada. Se preparó un sándwich y se lo llevó a la sala. Vería una de sus películas y se relajaría. Había sido un día agotador.

Tony Jones miró al hombre que estaba sentado junto a él. Larry Steinberg podía conseguir lo que fuera para quien fuese. Entre el hampa se le apodaba «Harrod's» precisamente por eso. Si querías un yak del Nepal, Larry te encontraba uno y a un precio razonable. Tony vio cómo el hombrecito se empujaba para arriba las gafas en el puente de la nariz y se las ajustaba justo debajo del bulto grande que tenía.

—Con este he tenido algún problemilla, Tony, pero me las arreglé para tenértelo lo más deprisa que pude. Hay que avivarse cuando el diablo aprieta, ¿eh? ¿Para qué me dijiste que lo querías?

—No te lo dije.

—Ah, bueno, es evidente que tendrás tus razones. Mis amigos de la oficina de pasaportes se están poniendo muy caros estos días. Pero para ti, que eres un buen amigo, te lo doy por el precio de antes.

Tony se sacó un sobre marrón del bolsillo interior y lo dejó sobre la mesa. Larry lo abrió y contó el dinero meticulosamente. Mil libras exactas. No estaba mal para un día de trabajo. Abrió un cajón y empujó un pequeño pasaporte de color granate sobre la mesa.

—Hasta te he conseguido uno de los nuevos, de los europeos.

Tony lo abrió y miró su fotografía en medio de la página.

—Gracias, Larry. Te debo una, creo.

Se levantó y se metió el pasaporte en el bolsillo de arriba. Larry lo miró salir del despacho y después se dirigió a la ventana. Desde allí vio a Tony cruzar la calle y parar un taxi negro.

Larry estaba intrigado.

Los detalles del pasaporte se referían a un tal George Markham, de Grantley, en Essex. El tipo ya tenía un pasaporte de turista por un año, además de otro de diez años al que le quedaban dieciocho meses. Larry estaba seguro de que allí había algo no demasiado limpio, pero no tenía ni idea de lo que podría ser.

Algo le hacía sonar campanas en la cabeza, pero no conseguía saber de qué ni dónde.

Volvió a su mesa de trabajo y se metió las mil libras del sobre en la cartera. Por lo menos le habían pagado de prisa. En estos tiempos eso ya era algo.

Tony Jones entró en Sexplosion y se sirvió un *whisky* largo. Se lo bebió de un trago, el alcohol le mordió en la garganta y el estómago, le hizo arder la úlcera.

La enormidad de lo que sabía de George Markham le agobiaba. Se sentía fatal cada vez que pensaba en ello. Tony había vivido toda su vida entre hampones, rufianes y prostitutas. Había tratado con la mayoría de los llamados jefes de bandas de su tiempo. En su negocio era inevitable tropezarse con ellos en un momento u otro.

Siempre se había enorgullecido de su capacidad para trabajar hombro con hombro junto a los tipos más violentos, manteniendo su negocio en marcha y su cabeza a flote. No es que lo tuvieran en su agenda para felicitarle la Navidad, pero le habían concedido un mínimo de respeto.

Su tienda era una de las más antiguas del West End. Había sido de su padre durante años, hasta que luego se la pasó a su único hijo. Tony también quería pasársela a su hijo algún día. Era un negocio lucrativo ahora que la pornografía estaba más aceptada socialmente. Había tratado con prostitutas que hubieran hecho pensárselo mucho a Frank Bruno antes de ponerse a boxear con ellas, y con chulos y rufianes que te desollarían en cuanto te tuviesen delante. Y sin embargo, ninguno de todos ellos lo había asustado nunca tanto como George Markham, aquel hombrecito de la sonrisa rara.

Se sirvió otra copa abundante cuando Emmanuel entró dando saltitos en la trastienda aleteando con sus pestañas cargadas de rímel.

—Necesito que me eches una mano ahí fuera, Tony, si no te importa. Estoy totalmente desbordado.

Tony miró fijo al muchacho.

—Emmanuel, saca el culo de aquí y no vuelvas a entrar en todo el día a menos que nos vengán a detener los maderos o que Joan Collins entre a comprarse un vibrador. ¿Está claro?

El muchacho frunció los labios rojo cereza y salió de allí a toda prisa. Ese Tony Jones podía ser de lo más insoportable. Se fijó que había un cliente nuevo que llevaba

un traje marrón bien cortado y se animó de inmediato. Le gustaban las novedades.

Sonrió a aquel hombre con su mejor sonrisa. Tenía todo el día. Por lo que parecía, Tony pensaba beber hasta quedarse tonto. Él ya lo haría un montón más tarde.

—¿Qué deseaba usted?

El hombre del traje marrón puso una sonrisilla de oveja.

Emmanuel le respondió con una gran sonrisa. A aquel le sacaba por lo menos cincuenta.

George ya había visto la película y ahora se encontraba relajado y contento. Apagó el vídeo y se sentó sonriente. Se acabó Elaine. Se acabó tener que ser amable.

Se le oscureció la expresión. Se acabó la coartada.

Pero entonces se animó. Su cabeza trabajaba horas extras. Si lo planeaba justo como debía, todo le saldría bien.

Si se marchaba una temporada, cuando volviera podría decir que Elaine lo había abandonado. Si iba a Florida a casa de Edith, podía decir que eso le había pasado en Inglaterra. Y ahora que lo habían despedido, podía vender la casa y ser libre. Cuanto más pensaba, más viable le parecía todo.

Se sintió absolutamente fantástico. ¡Qué listo era! Se dio unas palmaditas en la espalda. Más listo que una camada de monos.

Pero ¿qué iba a hacer con Elaine? Tendría que esconderla en algún sitio. Pensó en enterrarla en el jardín, pero desechó la idea al instante.

La pondría en algún sitio delante de las narices de todos, y aun así no la encontrarían. Lo único que tenía que hacer era tener una buena...

Sonó el teléfono y pegó un salto en la butaca. El ruido estridente resonó por toda la casa en silencio y alteró a George. Se fue al pasillo y descolgó aquel aparato ofensivo.

—Hola, George. Soy Margaret. ¿Cómo está Elaine?

Notó que el corazón se le empezaba a acelerar.

—Ah, Margaret, está bien, se encuentra un poco mejor... Dudo que esta semana pueda ir, de todos modos.

—¿Puedo hablar un momento con ella?

—Ahora está durmiendo, pero le diré que has llamado, Margaret, sentirá mucho no haber hablado contigo.

—Vale, vale, entonces ya llamaré más adelante, esta semana. Adiós.

George colgó el auricular.

Toda la conversación no había llevado ni dos minutos, pero a él le habían parecido quince días.

Se precipitó en la cocina con el genio encendido. Elaine seguía despatarrada en el suelo y sus ojos ciegos contemplando el rodapié.

—Era tu amiga Margaret. Para controlarte, como de costumbre. ¿Me estás escuchando?

George se arrodilló y le levantó la cabeza tirando del pelo color fuego. La miró a

la cara con ferocidad.

—Solo causas problemas, Elaine. Eso es lo único que has hecho en tu vida.

Pero entonces, como si la realidad de los acontecimientos se le hubiera presentado de repente, acunó la cabeza entre sus brazos y se puso a llorar.

Evelyn oyó el aldabón de la puerta y fue al recibidor para abrir. Oía la música fuerte que venía del cuarto de Lizzy y sonrió mientras se limpiaba las manos en el mandil. La niña era ahora tal como debe ser una jovencita, y ese pensamiento la animó.

Abrió la puerta de la calle. Allí estaba de pie Patrick Kelly.

—Ah, hola. Kate no está, pero pase de todos modos. Estaba a punto de tomarme un café.

Kelly entró en el recibidor y oyó la música fuerte que venía de arriba de las escaleras. Evelyn se rio.

—Esa es Lizzy. Le perdono que piense que debe estar un poco sorda.

Fueron a la cocina y Patrick se desabrochó el abrigo y se sentó en la mesa.

—Estoy haciendo un estupendo guiso de cordero para cenar.

—Huele que alimenta.

Evelyn sirvió dos cafés.

—Me gusta cocinar, me relaja.

Patrick tomó la taza de su mano y le dio un trago.

Evelyn, sentada frente a él, encendió un cigarrillo y expulsó el humo sonoramente.

—¿Qué puedo hacer por usted, o es una visita de cumplido?

Patrick sonrió levemente. Aquella mujer era gallina vieja.

—La verdad es que es un poco de las dos cosas. Se trata de su viaje a Australia.

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, la verdad es que no creo que Kate pueda permitírselo realmente, ¿o sí?

Evelyn dio otra calada al cigarrillo. Sabía que en realidad Kate no podía permitírselo, que estaba tratando de conseguir un préstamo en el banco para pagarlo. Pero como le había dicho a Lizzy que iba a ir, no pensaba de ningún modo dejarla en la estacada, aunque eso supusiera vender el coche y hasta la última joya que tenía.

Patrick se dio cuenta de lo que pensaba Evelyn. Y suspiró. Sacó un sobre del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Esto, señora O'Dowd, son dos billetes de primera clase a Sydney, con una escala de cuatro días en Singapur. El viaje a Oz es muy largo, sabe, y agradecerán ustedes la pausa, créame. Quisiera que usted aceptara estos billetes y le dijera a Kate que tenía un poco de dinero ahorrado de... bueno, de lo que a usted le parezca. Que piense que es usted quien los paga.

Evelyn tomó entre sus dedos el grueso sobre marrón y miró a Patrick a los ojos.

—Ha pasado algo entre ustedes dos, ¿no es así?

Él asintió. Mentir no tenía objeto. Le contó lo de Dan. Evelyn no movió ni una pestaña en todo el tiempo que él estuvo hablando.

—Eso va contra la sustancia de Kate. Para ser sincera, también contra la mía. Pero yo soy un poco más realista que mi hija. Y sé que las ocasiones desesperadas exigen medidas desesperadas. Si me lo permite, le daré un consejo respecto a Kate. Recuerde siempre que para ella el trabajo es lo más importante de su vida. Luchó duro para llegar a donde ha llegado y creo que el hecho de que se haya permitido esta relación con usted, conociendo su reputación, habla por sí solo. Solo ha tenido un hombre en toda su vida, Danny Burrows. Y ahora lo tiene a usted. ¿O tal vez debería decir lo tenía? No lo sé. Eso solo lo sabe Kate. Si a usted le importa mi hija —siguió—, y creo que es así, entonces recuerde bien estas cosas. Le servirán para el futuro. Kate es honrada hasta decir basta.

Patrick tuvo al menos el detalle de apartar la vista de ella, y Evelyn lo admiró por ello. Sabía que estaba enamorado de su hija, lo notaba en la manera en que pronunciaba su nombre, lo veía en la manera en que trataba de hacer las cosas para ella, a su modo. Como los billetes para Australia. Una forma cara de hacer las paces, pero Evelyn sabía que eso era lo que trataba de hacer. Y abrió el sobre.

Los billetes eran para el 4 de marzo de 1990, desde Heathrow. Lo miró y frunció el ceño.

Él extendió la mano y tomó el sobre. Lo volvió a meter en el bolsillo.

—Nunca he dicho que no iba a aceptarlos, ¿o sí?

La voz era más suave. Tendió la mano y Patrick le devolvió el sobre. Se marchó pocos minutos después, con el corazón más alegre.

Evelyn lo acompañó a la puerta, y al cerrarla, miró a lo alto de las escaleras. El chunda-chunda de la música de Lizzy seguía siendo audible.

Mucho mejor que la niña no tuviera ni idea de que Kelly había estado allí. Kate era lo bastante lista como para sumar dos y dos. Evelyn confió en que se tragara su historia de un dinero que le quedaba del seguro de la muerte de su padre.

Fue a la cocina y puso el sobre en el bolsillo del delantal. Saber que estaba allí le producía un sentimiento reconfortante. Podría ir a ver a sus otros nietos y eso sería gracias a Patrick Kelly.

Los demás podían pensar lo que quisieran, a ella le gustaba ese hombre. Era producto del mundo en el que vivían, y su estilo de vida a ella no le producía ni una pizca de mala conciencia.

Y en cuanto a lo que le había hecho a Dan..., se encogió de hombros. Llevaba años pidiéndolo a gritos. Lo único que lamentaba era no haber estado delante para verlo con sus propios ojos.

Capítulo Veinticuatro

George miró el reloj. Eran las cinco y treinta y cinco y todavía estaba oscuro. Se frotó los ojos. Los tenía irritados y notó un curioso olor en las manos. Se inclinó hacia fuera de la cama y encendió la lamparita de noche. El resplandor de la luz se le metió en los ojos e hizo una mueca.

Tenía unas manchas de color óxido en las manos. Las extendió delante de él como si nunca las hubiera visto antes y se sentó en la cama. Estaba completamente vestido. Frunció el ceño.

Apartó las mantas, salió de entre las sábanas y se puso de pie sobre la alfombra, no muy seguro.

Tenía la boca seca y pastosa y tragaba con dificultad. Lo que necesitaba era un café. Bajó a la planta baja tarareando en voz baja. Entró en la cocina y encendió la luz fluorescente. Hizo unos cuantos destellos e iluminó el cuerpo de Elaine. Sin hacerle caso, fue hasta el fregadero y llenó el hervidor. Pasó por encima de aquella forma silenciosa y se preparó un café fuerte y dulce que se lo llevó a la mesa. Luego se fue a la sala y se llevó sus puros de Navidad. Encendió uno, lo chupó durante unos instantes para que se encendiera plenamente.

Suspiró de felicidad. Café y puros. Puros y café.

Sonrió. Ahora era completamente libre.

Y finalmente, miró a Elaine.

Hoy desaparecería para siempre. Sabía bien lo que tenía que hacer. Pero primero, necesitaba una ducha.

Una vez duchado, George estaba ocupado en el proceso de meter a Elaine en dos bolsas negras grandes. Primero le tapó la cabeza y los hombros. Aquellos ojos ciegos le atacaban los nervios. La cabeza se le había pegado al suelo en un charco de sangre que al coagularse tenía un color marrón rojizo. Seguía habiendo pegados largos mechones de pelo naranja pálido. Tendría que raspar bien las baldosas. Finalmente, puesta ya la bolsa sobre la cabeza, la ató alrededor del cuello con una cuerda. Luego miró la parte baja del cuerpo. Le había dado la vuelta para que le resultara más fácil y ahora estaba con las piernas completamente abiertas. Se la imaginó sin aquel pantalón de chándal y se sonrió para sus adentros al sentir aquella excitación tan conocida. La sangre por todas partes lo estaba estimulando.

Le gustaba la sangre. Le gustaba la sensación pringosa que tenía, como un semen carmesí. Le quitó las zapatillas y los pantalones de chándal, y se quedó mirando el blanco lechoso de las piernas como fascinado. Llevaba unas bragas blancas y el pelo púbico espeso y rojo asomaba por los costados con un descaro que a George le producía un inmenso placer. Así, Elaine era su mujer perfecta. Sin rostro, sin exigir y completamente a su disposición.

Apoyó un dedo sobre el pubis, evaluando su blandura. Metió el dedo por dentro de la tela de seda de las bragas y lo pasó por el vello púbico.

Se lamió los labios y notó el sudor que ahora le perlaba la cara. Enganchó las bragas con los dedos y tiró de ellas para sacarlas lentamente por las piernas, suavemente, dejando al aire sus partes más íntimas.

Se bajó la cremallera de los pantalones, encerrado en las sensaciones casi sublimes de su mundo de fantasía. Empezó a recorrerle los muslos, sintiendo su dureza fría. Intentó separar más aún las piernas para quitarle las bragas, ¡pero no se movían! Tiró con más fuerza intentando abrirlas como fuera.

George no había calculado el *rigor mortis*.

La respiración se le había vuelto trabajosa con tanto ejercicio y tanta fantasía.

Frunció el ceño. Elaine siempre había sido igual: difícil. Hasta muerta seguía siendo inaccesible.

Se pasó una mano pegajosa por la cara. De repente, se percató del caos que le rodeaba. Más valdría que se pusiera a limpiar. Ya tendría tiempo más que de sobra para divertirse.

Divertirse de verdad, con mejores mujeres que Elaine.

Empezó a introducirla en la otra bolsa negra, ahora ya con movimientos más apremiantes. Finalmente, se sentó sobre los talones y se quedó mirando el trabajo hecho. Elaine estaba empaquetada como un pollo.

Se puso de pie, se subió la cremallera de los pantalones metiéndose con cuidado la camisa por dentro. Se tomaría una buena taza de té y después empezaría con la segunda fase de su operación.

Kelly estaba esperando fuera del *pub* al que Kate y Caitlin habían ido a almorzar. Cuando ella vio el BMW negro sintió una sacudida en el pecho. Caitlin le sonrió y le dijo:

—Me parece que tienes compañía, Kate. Ya te veré más tarde.

Entró en el *pub* dando un saltito y la dejó plantada sola en la acera. Veía la cara de Patrick a través del parabrisas y vio que, muy a su pesar, fue hasta el coche y se metió dentro.

—Hola, Kate —la voz de Patrick tenía un tono normal y ella tragó saliva.

—Patrick...

Lo dejó conducir. Tenerlo tan cerca le dificultaba la respiración. Olía la loción de afeitar. A pesar de todo, estaba contenta de verlo. Admitir y aceptar ese hecho, le fastidiaba.

Patrick fue hasta su casa y allí Kate salió del coche y lo siguió al interior. Apenas se habían dicho una palabra. En el comedor, la mesa estaba puesta para dos y hasta ellos llegó el delicioso aroma de un asado.

Patrick le retiró la silla y Kate se sentó.

—Perdóname, Kate. Ya sé que lo que le hice a Dan fue un error. Pero te juro que solo intentaba ayudarte, nada más. Quería quitarte a la Oficina de Investigación de encima y no había otra manera. No tenía intención de hacerle daño, solo de asustarlo.

Kate percibió el tono desesperado de su voz. Y vio la total sinceridad de su rostro.

Pero también notó el tirón que aquel hombre ejercía sobre ella. Contempló aquel hermoso salón: la alfombra mullida, las acuarelas de las paredes, la mantelería y la cubertería tan caras, y comprendió que había echado de menos todo aquello pero que sobre todo había echado de menos al hombre. Lo había echado de menos con todo su ser, sin importarle lo que había hecho. Era para ella como el aliento de la vida, y lo necesitaba. Fuera cual fuese la atracción entre ellos, tenía la fuerza suficiente como para hacerle admitir que lo que le había hecho a Dan carecía de importancia cuando estaba con ella, cuando estaba cerca de ella, donde ella podía alargar la mano y tocarle la cara.

Miró a Patrick y él la miró a ella. Era algo más que un intercambio de miradas: era como una fuerza tangible, allí, entre ellos. Los dos conocían al otro íntimamente, los dos sentían la atracción que los había llevado allí ese día. Los dos querían que se colmase la grieta que se había formado entre ellos y poder continuar con sus vidas.

Los ojos de Kate eran como estanques oscuros de luz líquida. Patrick buscó en ellos alguna señal de que transigía. De que le había perdonado. Cuando la vio coger el vaso de vino y sonreírle se sintió como si alguien le hubiera puesto una inyección de pura felicidad.

—Salud, Pat.

Dio un trago al denso líquido rojo y al hacerlo comprendió que ya no había vuelta atrás. Que había aceptado su modo de vivir al ciento por ciento. Que Dan quedaría olvidado, que todo quedaría olvidado excepto aquel imperioso deseo de los dos.

Patrick descubrió la bandeja que Willy había puesto sobre la mesa en el mismo momento en que llegaron y sirvió unas lonchas de carne en el plato de Kate.

Cuando ella tomó el plato de sus manos, sus dedos se tocaron y la chispa que saltó entre ellos fue como un dolor físico.

—¿Cómo está Willy?

Patrick se sirvió su plato y sonrió.

—Está muy bien.

—Estupendo. Me gusta mucho Willy.

Y así era. Sabía que Patrick se pondría furioso si sabía que Willy había ido a verla, pero fue la charla que habían tenido lo que la había ayudado a organizarse la mente.

—¿Puedo verte esta noche, Kate?

Kate sonrió, se tomó un bocado de la jugosa carne y se limpió los labios con la servilleta.

—No veo por qué no.

Patrick dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, la rodeó y fue a cogerla en sus brazos. No se besaron, pero cuando él rozó con su cara la suavidad de su pelo, se sintió como si por fin, en efecto, hubiera llegado a casa.

Para ella era un hombre peligroso. Lo sabía. Pero estaba decidida a que fuera suyo.

Una hora más tarde, había vuelto al trabajo, con el corazón más alegre que hacía días, y con ansias de seguir. Tenía un aspecto estupendo, y se sentía estupenda, algo de lo que se dieron cuenta prácticamente todos en la sala de incidencias.

El sargento detective Spencer, todavía escocido por la broma de Amanda Dawkins, susurró al oído de Willis:

—Eso de tirarse a un hampón parece que le alegra el ánimo sin parar.

Willis lo miró cortante. Spencer le atacaba los nervios. De hecho, Spencer atacaba los nervios a todo el mundo.

—¿Por qué no te vas a tomar por el culo, Spencer?

Willis se apartó de su lado. Cotejar todos los análisis de sangre era mucho más trabajoso de lo que nadie pensaba, pero les había dado un ímpetu suplementario. Era un nuevo camino. Era su gran oportunidad para atrapar al Destripador de Grantley.

Cuando a un sujeto le sacaban la sangre, le tomaban también las huellas dactilares. Si estaba fichado, se cotejaban las huellas dactilares. Era un modo más de confirmar sus coartadas. Quienes no tenían antecedentes penales, tenían que aportar un pasaporte o alguna otra forma de identificación. Servía el permiso de conducir, pero preferían siempre documentos que llevaran fotografía. Y eso les llevaba muchísimo tiempo. No tenían hombres suficientes para dar abasto con aquella cantidad de nombres. Aun así, era mejor que nada, y mucho mejor que lo que tenían hasta entonces.

Willis cogió otra carpeta. Él se ocupaba de los delincuentes sexuales conocidos. A causa de un retraso en el sistema informático, hasta entonces no habían recibido la lista con los nombres de los delincuentes sexuales residentes en la zona que hubieran sido juzgados y condenados en otras partes del país; a estos se los conocía como «flotadores», porque solo pasaban por allí camino de otra condena de cárcel. Eran la escoria, los detritos del mundo criminal, odiados tanto por la policía como por el hampa. La pila iba por orden alfabético y Willis cogió la primera ficha.

Nombre: Desmond Addamson.

Willis ojeó la ficha: violación, incendio y exhibicionismo, además de robo con violencia. Había aparecido en Grantley a mediados de enero. Demasiado tarde para los primeros asesinatos. Descolgó el teléfono. De todos modos, sería mejor controlarlo. Empezaría con su vigilante de la condicional. Al descolgar el teléfono, dio un golpe a la pila de carpetas que tenía en la mesa. Soltó el teléfono e intentó atraparlas. Demasiado tarde.

Las carpetas aterrizaron con un ruido sordo y los papeles de dentro se desperdigaron alrededor. Se oyeron gritos de cachondeo por parte de los otros que estaban en la sala y Willis sonrió con bonhomía al agacharse para recuperar los papeles. Tendría que pasarse siglos para volver a poner todos los papeles en sus carpetas correspondientes. Puso sobre la mesa el último montón y allí, mirándole a la cara, estaba el rostro de George Markham. Un George Markham más joven, con pelo más espeso y más oscuro, pero inconfundible.

Willis miró la foto sin verla.

George se había tomado una buena taza de té y ahora estaba en el proceso de pensar cómo trasladar a Elaine al desván. Había estado pensando en serio largo rato dónde meterla, hasta que por fin le surgió la inspiración. Solo había un problema: Elaine era muy grande. ¿Cómo iba a subirla hasta allí?

La respuesta que se le ocurrió fue tan ingeniosa que sonrió de satisfacción. Era la mar de listo.

Se puso de pie y contempló el cuerpo de Elaine envuelto en aquellas incongruentes bolsas de plástico.

—Salgo un rato, querida, no tardo mucho.

Fue al recibidor y se puso el abrigo bueno. Después, cerró con cuidado y se fue al centro comercial de Grantley, aparcó el coche en el aparcamiento de la zona multitiendas y cruzó el centro hasta un pequeño almacén de alquiler de herramientas.

Stellman's Plant Hire llevaba en Grantley veinte años. Pero era la primera vez que George había ido allí y se quedó sin saber qué hacer en medio de los restos de segadoras y disolventes para papel pintado. Apareció un joven que le sonrió.

—¿Qué puedo hacerle?

—¿Cómo dice? —dijo George con voz tímida de nuevo.

—Era un chiste, colega. —El chico se quedó mirando a George y se encogió de hombros—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor? —subrayó el «señor» al final de la frase.

—Pues... esto... Tengo que levantar el motor de un coche. Un amigo me va a poner un motor nuevo en el coche, ¿sabe? —la voz se quedó en suspenso. Tenía que haber preparado lo que iba a decir.

El chico ahora era todo profesionalidad.

—Entiendo. Quiere una Haltrac. —Al ver la confusión de George, sonrió—. Una polea de palanca pequeña. Levanta como una tonelada, pero es muy ligera. No como las antiguas de hace años. En cuanto la instale, está chupado. Todo el rollo se hace a mano. ¿Y por cuánto tiempo la quiere?

George sonrió entonces. Era más fácil de lo que se pensaba.

—Ah, un par de días como mucho.

—Muy bien. Le pongo que la tiene una semana, mejor. Porque si se pone a llover, no podrá hacer gran cosa. Y además así es más barato. Sale a ocho libras el día, pero solo dieciséis la semana. Más el IVA, claro. No hay que olvidarse la tela de Thatcher, ¿a qué no?

George estaba abrumado. El chico sabía vender, eso era evidente. Pero en aquel momento George hubiera pagado la cantidad que fuera por la herramienta en cuestión, y en realidad le sorprendió que fuera tan barata.

—Lo que a usted le parezca mejor. ¿Puedo llevármela ahora?

—Pues claro que puede.

El chico empezó a rellenar los papeles y George le pagó en efectivo. Se marchó

con la Haltrac bien sujeta entre los brazos. Cogió el coche y se fue a casa sintiéndose de lo más contento.

Una vez dentro, empezó en serio con la faena del día. Primero fue a abrir la trampilla del desván y después de dejarla bien limpia, la colocó sobre su cama. No había ninguna necesidad de ensuciarlo todo. No soportaba el desorden de ningún tipo. Luego llevó la grúa arriba de las escaleras. Subió los escalones metálicos con pasos bien calculados y seguros hasta llegar al agujero cuadrado del techo del rellano e inició la fase dos de la operación.

Trepó al desván y miró a su alrededor con mirada crítica. El tejado se inclinaba hacia arriba y a cada lado corrían paralelos tres juegos de travesaños, tablones grandes de madera que sujetaban las vigas del tejado. Volvió a bajar la escalera de mano y regresó con un buen trozo de cuerda de poliéster de más de un centímetro de grueso de un precioso color azul intenso. La ató a uno de los travesaños de la izquierda, la anudó con fuerza e hizo lo mismo en el lado derecho; después le dio un buen tirón a la sogá para asegurarse de que estaba sujeta. Los travesaños estaban a dos metros y medio del suelo y trepó en equilibrio precario sobre un cajón grande que había para asegurar la cuerda.

Saltó del cajón para arriba y se agarró al centro de la sogá para asegurarse de que estaba firme. Se aguantó allí durante un momento, columpiándose sin tocar con los pies en el suelo. Todo estaba perfecto.

Se soltó de la sogá y aterrizó ligero sobre los talones. Se sentía completamente feliz. Era como cuando de niño jugaba a columpiarse en los balancines colgando en precario sobre el suelo y luego aquella maravillosa sensación de caer en tierra firme. Sonrió para sus adentros y repitió el proceso de nuevo, esta vez columpiándose unos cuantos segundos más y balanceándose de lado a lado.

Entonces, su cerebro compendió el significado de lo que estaba haciendo y volvió a ponerse manos a la obra. Bajó la escalera de mano y subió todo el aparejo de la polea. Colgó en la sogá el gancho de lo alto de la polea y dejó que la cuerda pasara a través de la trampilla del desván. Estaba listo.

Notó un estremecimiento de emoción anticipada cruzar todo su cuerpo. Volvió a la cocina. Agarró el cuerpo de Elaine a través del plástico, por debajo de los brazos, y empezó a arrastrarlo por el recibidor y escaleras arriba. El peso muerto de Elaine era mayor de lo que sospechaba y tuvo que dejarla aparcada en mitad de los escalones mientras iba a beber algo fresco. Sudaba como un cerdo. La euforia se le iba diluyendo ya y no se sentía nada contento. Elaine siempre lo había puesto todo muy difícil. Siempre que él planeaba algo, iba y se lo estropeaba.

Apretó los labios hasta formar una línea dura, tan absorto que se olvidó del agua que tenía delante.

Media hora más tarde le sobresaltó el timbre estridente del teléfono que rompió el silencio de la casa. Probablemente fuera otra vez aquella zorra entrometida, esa que decía que era amiga de Elaine. Se levantó del asiento para contestar al teléfono. La

cocina salpicada de sangre todavía no se había impuesto en su conciencia.

—Diga —había vuelto a tener aquella voz humilde y sumisa.

—¿George? —Se le cayó el alma a los pies: era Renshaw—. ¿Estás ahí, Georgie, muchacho?

—Sí. Hola, Peter.

—Mal asunto lo de ayer, pero yo bien le dije lo que pensaba a esa perra de Denham. Pero supongo que seguirás dispuesto a lo de mañana por la noche, ¿no? Que les den por el saco a todos, tenemos que pasar una noche que no se olvide, ¿eh?

—¿Mañana por la noche? —George quedó desconcertado.

—Pues claro, al guateque de despedida.

—Oh... ah, sí. Sí, allí estaré.

—Bien. Te veré en el Fox Revived a las ocho y media, ¿OK?

—Sí. Será estupendo.

—No reprocho que te pusieses a pontificar allí, ¿sabes, George? Esa zorra necesitaba que la pusieran de una vez en su sitio. Es lo que necesitan todas.

—Desde luego.

—¿Entonces te veré mañana?

—Sí.

Se cortó la comunicación y George colgó el auricular. Peter Renshaw tenía razón. ¡Todas ellas necesitaban que las pusieran en su sitio, y él era el hombre capaz de hacerlo!

Subió los escalones y contempló el bulto grotesco de Elaine. Otra más. Rasgó la parte de arriba de la bolsa y contempló fascinado el pelo naranja de Elaine que aparecía a la vista. Luego, agarró los largos cabellos a mechones, se envolvió las manos con ellos y arrastró el cuerpo para subir los escalones que faltaban. Aquella acción hizo que la cabeza se saliera de la bolsa y el ver aquellos ojos lechosos lo hizo reír. Ahora estaban secos y vidriosos, y lo miraban con pasividad.

La dejó sobre el rellano con un último tirón. Después tiró del gancho de la polea para abajo y lo enganchó en la cuerda que ataba las bolsas negras. Satisfecho, subió la escalera de mano y luego, tirando de los peldaños, agarró la cuerda que estaba sujeta a la que pasaba por lo alto de la roldana y fue subiendo poco a poco a Elaine hasta el desván.

Fue más fácil de lo que se esperaba. La subía tan fácil como si fuera una pluma y según iba colgando, con la cabeza al aire balanceándose a los lados, mirándolo como con sorpresa, ató la cuerda a uno de los travesaños más bajos y supervisó el trabajo. Otra vez se sintió casi pletórico.

El cuerpo de Elaine se columpiaba suavemente de un lado a otro y él la observaba divertido y fascinado. Su piel estaba ahora de un color gris verdoso y pensó que parecía muy enferma. Se encogió de hombros. Cuanto antes la quitase de en medio, mejor.

Pero primero tenía que hacer otras cosas. Puso otra vez la escalera de mano, bajó

por ella y recogió la trampilla del desván de la cama. Luego la colocó con cuidado y dejó a Elaine colgada en medio de la oscuridad del desván. Cogió los peldaños y los metió de nuevo en su alojamiento. Después, muy decidido, se fue a la cocina. Observó todo aquel caos, hizo unos cuantos chasquidos con la lengua antes de subirse las mangas y llenó el fregadero de agua caliente.

¡La verdad es que hoy tenía un trabajo bien duro por delante!

Le llevó tres horas enteras limpiar la cocina. No había modo de que las baldosas blancas impolutas del suelo recuperaran su limpieza habitual. La sangre había dejado unas marcas de color óxido y al final tuvo que sacar un bote de Domestos y rociar abundantemente las baldosas. Luego extender bien el espeso líquido cuyo amoníaco hacía arder las manos y ojos de George. Por fin logró terminar y que el suelo tuviera un mejor aspecto. Mucho mejor. Pero las manchas seguían siendo visibles. Chasquéo la lengua de nuevo y se encogió de hombros. Había hecho lo que había podido.

Pulió toda la casa y pasó el aspirador a fondo. Cambió las sábanas de su cama, y la colcha, y luego se hizo una tortilla. Miró el reloj. Las siete y cuarto. Lavó el plato y lo dejó en el escurridor. Se fue a la sala, cerró las cortinas y encendió la lámpara. Puso el canal 3 de la televisión y luego la página 251 del teletexto. Se estudió primero las vacaciones, se imaginó a sí mismo en Tailandia con alguna mujercita oriental. En algún lado había leído que podías llevarte una chica de un bar por cosa de dos dólares la noche. Algún día se regalaría eso. Era una lástima que Elaine no hubiera sufrido un ataque al corazón o algo así. Habría podido reclamar el dinero del seguro.

Pasó a la página de los vuelos baratos. Vio inmediatamente lo que buscaba: «ORLANDO VUELO + AUTO 21 NOCHES 23 FEB».

Viernes.

Aparecería por casa de Edith, le contaría que Elaine lo había abandonado por otro hombre. Y con lo contenta que estaría de verlo tan inesperadamente, se olvidaría enseguida de por qué había llegado allí. Sin embargo, tendría que hilar fino con las amigas de Elaine; pero bueno, ya cruzaría ese puente cuando llegara el momento. Era una lástima que ya hubieran muerto sus padres. Habría podido contar que se había ido a vivir con ellos.

Cogió el teléfono que tenía al lado y marcó el número de la pantalla. Había personal respondiendo las llamadas hasta las nueve y media. En cinco minutos tenía un vuelo reservado, había pagado con su tarjeta de crédito y concertado que recogería los billetes y el visado en el aeropuerto de Gatwick.

Colgó el teléfono y se sentó de nuevo en la butaca. Mañana por la noche tenía la fiesta de despedida. Iría. Eso le dejaba libre mañana y el jueves para arreglar los últimos detalles. Suspiró satisfecho.

Tanto que hacer, tanto que hacer. Así estaba. Por primera vez en su vida era el centro de todo y le encantaba. Tenía control absoluto.

George telefoneó a su trabajo el miércoles por la mañana a las diez. Preguntó por la señora Denham muy educadamente y esperó nervioso hasta que oyó resonar la voz

en el auricular.

—Diga.

—Señora Denham, aquí George Markham —el aparato quedó en silencio y él se precipitó a hablar—. Quisiera disculparme por lo del otro día. Me temo que es que aquello no me lo esperaba y claro...

Su tono de voz era dulce como la miel.

—Lo comprendo. Creo que en algún punto se nos produjo una ruptura en la comunicación —George podía oír la sonrisa en la voz—. Si prefiere usted no volver al trabajo, puedo arreglárselo —volvía a haber vacilación en la voz.

—¿De verdad, es posible? Es que como mi mujer está gravemente enferma...

—Por supuesto, se lo arreglaré inmediatamente.

George notó que la mujer se alegraba de librarse de él y se le puso una sonrisa en la boca.

—En cuanto al dinero...

—Ah, eso se le ingresará en su cuenta bancaria dentro de unas tres semanas. Me temo que es lo más pronto que le puedo conseguir.

—Así está bien. Estupendo. Muchísimas gracias.

—No se merecen. Y buena suerte.

—Gracias, adiós.

Josephine Denham colgó el teléfono y sintió un instante de exquisito placer. Lo que estaba haciendo por George Markham no estaba permitido en sentido estricto, pero haría lo que fuera por librarse de aquel individuo. Le daba escalofríos. Lo único que quería era que le dieran el finiquito y desapareciera lo antes posible.

Tony Jones estaba nervioso. Llevaba en Grantley desde las diez y media de la mañana para aclimatarse al lugar. ¡Vaya mierda! A juicio de Tony, Londres era el único sitio donde se podía estar. Tanto campo verde le perturbaba. Probablemente, todo estuviera lleno de boñigas de vaca.

Estaba sentado en un Wimpy bar del centro y observaba a la gente ir y venir camino de los análisis de sangre. Volvió a pasarse la lengua por los labios y a palpase nervioso el bolsillo de la chaqueta donde tenía el pasaporte. Había pagado una buena tajada de tela por él, y a ver si conseguía que George Markham le devolviera el dinero. Sentía un impulso insano de ir corriendo al vehículo de policía más próximo y contarles que sabía quién era el Destripador de Grantley. Sabía que eso era lo más decente que podía hacer. Pero Tony Jones amaba el dinero más que ninguna otra cosa.

Quería las tres mil libras de George y después ir a ver a Kelly y llegar a algún arreglo con él. Conocía a Pat Kelly lo suficiente como para saber que si descubría que Tony estaba al tanto del nombre del Destripador y no se lo había comunicado de inmediato, Tony Jones podía darse por muerto. Además, estaba el dinero que ofrecía Kelly...

Lo primero era quitarse de encima lo de la prueba de sangre y luego ya procuraría

ver a Kelly.

Era la hora de almorzar y Tony se fijó en que la cola de hombres que esperaban para hacerse las pruebas se alargaba. ¿A la hora de comer? Tony meneó la cabeza sorprendido. Él era de los que hubiera usado el tema como excusa para escaquearse una tarde o una mañana.

La gente le asombraba, de verdad que sí. No sabían echar el ojo a las mejores oportunidades.

Pidió otro café y siguió mirando. Iba a ser un día muy largo.

George se había bañado y se sentía rosita y suave. Eso es lo que siempre decía su madre. Rosita y suave después de un buen baño caliente. Se puso un pijama que había conocido mejores tiempos, se calzó las zapatillas y fue a buscar la escalera de mano para poder subir una vez más al desván.

Elaine seguía allí colgada y George le sonrió. ¡Pobrecilla! Debe de estar helada. Luego fue a una esquina del desván, se frotó las manos y se quedó mirando el depósito de agua.

El lugar de reposo definitivo de Elaine.

Las casas de la calle de George habían sido construidas antes de la guerra y todavía disponían de los antiguos depósitos de agua de doscientos cincuenta litros. La mayoría de las casas de la calle las habían modernizado, pero Elaine y George nunca se preocuparon demasiado por la suya. Los tanques de agua eran tan grandes que los habían colocado antes de poner el techo de las casas. Y en consecuencia, cuando los vecinos la modernizaban, tenían que dejar el viejo depósito galvanizado en el desván porque no había manera de quitarlo de allí. En el caso de Elaine y George, seguía suministrando el agua para la bañera y el retrete, y en la cocina tenían un pequeño calentador en el suelo para alimentar la calefacción central. George levantó la tapa del depósito y contempló el agua. Un ratón muerto flotaba en la superficie. Lo cogió por la cola y lo tiró a un rincón, con un repelús.

El tanque tenía un metro veinte por noventa centímetros y otros noventa de profundidad. George sintió un momento de pánico. ¿Y si no cabía?

Volvió a colocar la tapa en su sitio para poder moverse con más libertad, encendió las luces y empezó el trabajo de bajar el cuerpo de Elaine del gancho de la polea. Cayó sobre el polvo del suelo con un golpazo sordo e inició la difícil tarea de arrastrarla hasta el tanque.

El desván estaba forrado de madera y por los laterales había cajas de fotografías viejas y de ropa, cortinas antiguas, hasta el armazón de una cama de hierro, desarmado y apoyado cuidadosamente contra las viguetas del techo.

George arrastró el cuerpo hasta el depósito; el pijama ya estaba salpicado de sudor y cubierto de polvo. Al llegar, de un tirón poderoso lo levantó del suelo y lo empujó de cabeza adentro. El agua se desbordó inmediatamente y George soltó un taco. La impresión del frío helador le dejó sin aliento. Alzó las piernas de Elaine e intentó empujarla dentro del tanque. Trató de doblarla en dos, pero la barriga era tan

gorda que no lo permitía y además el agua seguía vertiéndose por todas partes. Tenía las zapatillas tan mojadas como el pijama. El agua se colaba en las bolsas negras y le hacían aún más difícil poder agarrar bien a Elaine.

Al final, completamente indignado, la arrastró fuera del tanque y la dejó caer sin ceremonias sobre el suelo empapado. El corazón le aporreaba en el pecho y se puso la mano encima para notar satisfecho el latir de la vida.

Entonces oyó un borboteo suave y el corazón se le paró en el pecho. Inclino la cabeza hacia el cuerpo de Elaine. Tenía la cara sobre el suelo, la piel toda deformada en arrugas grises y le corría agua por una de las comisuras de la boca. Todos los gases que tenía dentro y el aire atrapado se habían removido al tragar agua y ahora sonaba como si gruñese.

Por un momento, George sintió una aprensión enfermiza, pero luego se le hizo la luz sobre lo que estaba pasando.

Le dio un empujón con la zapatilla y volvió a gruñir, esta vez soltando también una ventosidad estruendosa.

Sonrió porque todo el miedo había desaparecido.

¡Se había creído que todavía estaba viva!

Sabía que lo mataría por haberla dejado allí colgada como un pollo toda la noche.

Se echó a reír, con unas carcajadas agudas y entrecortadas casi de histeria. Volvió a sonar el borboteo de agua y tuvo que sentarse en el borde del tanque porque las lágrimas le anegaban la cara. ¡Oh, hacía siglos que no se divertía tanto!

Se enjugó los ojos con las manos y se rio a mandíbula batiente. Hasta que, finalmente, se calmó.

Fue un cambio muy rápido. De aquel ruidoso buen humor, su cara pasó a ensombrecerse y a mostrar una expresión fría y calculadora.

Ya sabía en qué se había equivocado: no había vaciado el agua.

Cogió el flotador del depósito, lo ató con un trozo de alambre para mantenerlo contra la pared lateral del tanque. Luego abrió la trampilla del desván y bajó al cuarto de baño, y abrió los grifos del lavabo y la bañera. Hizo lo mismo en la cocina. Puso el hervidor al fuego y se preparó un café. El pijama mojado le estaba dando frío y se echó el abrigo por encima para mantener el calor.

Se bebió agradecido el café caliente y luego volvió a la faena. El depósito se había quedado vacío. Arrastró a Elaine por el costado arriba y la empujó con la cabeza por delante. Luego se fue al otro lado y, arrastrándola por los sobacos, la sentó con la espalda apoyada y forzó las piernas para que cupiesen. Luego le metió la cabeza entre las rodillas y empujó todo lo que pudo. Pero siguió como estaba.

En el proceso de introducir el cuerpo allí dentro, el flotador del agua se había movido de donde él lo había atado a la vigueta, de modo que ahora lo metió bajo los riñones de Elaine. Eso estaba suficientemente alejado de la línea del nivel del agua. Finalmente, George cogió la tapa y la echó sobre el tanque. Otra vez se sentía feliz.

Aseó el desván lo mejor que pudo y luego se dejó caer al descansillo. Sería mejor

que se lavase bien. Esa noche iba a salir.

Volvió a dar el agua y se preparó otro baño. Estaba pensando en la noche que le esperaba.

Elaine ya estaba olvidada ahora que el depósito de agua empezaba a llenarse despacio, muy despacio, porque el flotador del grifo estaba atrapado bajo sus riñones.

Tony Jones estaba sentado en la pequeña cabina portátil repasando nervioso las respuestas a las preguntas que sabía que le iban a hacer.

Estaba tan nervioso que cuando le preguntaron cómo se llamaba casi dice «Tony Jones». Ahora llamaban ya a George Markham y él estaba allí sentado preguntándose por qué no contestaba nadie. Se puso en pie no muy seguro.

—Perdone, estaba distraído —sonrió a los dos agentes.

—Por aquí, señor.

Los siguió a una oficina minúscula que estaba al lado y se sentó.

—Soy la doctora Halliday y voy a extraerle un poco de sangre. ¿Le importaría quitarse la chaqueta, por favor?

Tony sonrió abiertamente.

No estaba nada mal. Un pelín demasiado flaca, pero en fin, las mujeres con estudios siempre lo están. O por lo menos eso le parecía a él.

Se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa, arrepintiéndose de no haberse puesto una más limpia. Se daba cuenta de que los sobacos le olían a sudor rancio. Vio que la doctora arrugaba la nariz y sintió que se ruborizaba. El mayor de los dos policías le sonrió y se sentó a la mesa sin preocuparse. Tony pensó que estaba disfrutando de su incomodidad y frunció el ceño.

Puñetera bofia, todos eran iguales. Se concentró en lo que tenía que hacer.

—Bien, señor Markham, ¿dónde trabaja?

Tony respiró fuerte e hizo una mueca al notar que la aguja se le clavaba en la vena.

—Trabajo en Conjuntos Kortone.

—¿Dirección?

—Módulos 16 a 38, polígono industrial de Grantley.

—¿Teléfono?

—04022 795670.

Tony notó que la médico le liberaba el brazo y le colocaba una tirita redonda. Empezó a bajarse la manga, contento de poder ponerse otra vez la chaqueta. El otro policía entró en el cuartito. Sonrió a la doctora, saludó con la cabeza a Tony y se dirigió a su colega.

—Este es el último. Ya podemos cerrar la tienda.

—Gracias a Dios. ¿Vas a ir al *pub*?

—Sí. ¿Te pido una pinta?

—De acuerdo, estaré allí en cosa de diez minutos.

Tony estaba asombrado de lo fácil que había sido. El otro agente se marchó y el

policía se dirigió de nuevo a Tony:

—¿Tiene usted algún documento de identidad, por favor?

Sacó el pasaporte del bolsillo y el hombre lo miró y luego apuntó el número.

—Si es tan amable de firmar aquí, señor, ya puede usted irse.

Tony firmó la declaración y a los treinta segundos estaba fuera de la cabina.

¡No podía ni creerlo! No era raro que no lograsen pillar al Destripador de Grantley. Después de lo que acababa de ser testigo, ¡sería sorprendente que pudiesen pillar el autobús!

Meneó la cabeza y se dirigió al coche. Tenía que ver a George a las ocho y media. Miró el reloj. Eran poco más de las siete. Le daba tiempo a atizarse unos lingotazos. Los necesitaba.

George estaba preparado. Se miró una vez más en el espejo y sonrió.

Nada mal. Nada mal en absoluto. Se alisó el pelo escaso con las palmas de las manos y volvió a sonreír. Ahora ya estaba en forma para salir. Pasado mañana se marchaba de vacaciones y esa idea le animó. Elaine había desaparecido de sus pensamientos.

Se imaginó la cara de Edith cuando lo viese en la puerta. Sintió en el pecho un temblorcillo de excitación. Iban a ser unas vacaciones maravillosas.

Cerró la casa con cuidado antes de marcharse y tomó el coche para ir a The Lyon Rampant. Llegó un poquito después de las siete y media y entró en el bar desierto. Tony Jones estaba sentado medio oculto en un rincón. George se acercó a él y se sentó enfrente.

—Llegas pronto.

—Yo soy así. ¿Quieres otra copa?

Tony asintió, estupefacto ante la jovialidad del tono de George.

—Me tomaré un *whisky* doble.

George fue a la barra y volvió con las bebidas. Una vez instalados, sonrió a Tony.

—¿Tienes el pasaporte?

—¿Y tú tienes el dinero? —la voz de Tony sonó dura y George apretó los labios.

—Lo tengo en el coche.

—Bueno, pues vas y lo traes.

—No seas bobo, el barman nos vigila como un halcón. La gente se acuerda de las cosas, sabes. Recordará habernos visto intercambiando sobres. No, el negocio lo hacemos fuera.

Tony se frotó los ojos y dio un trago a su bebida. Bien pensado.

—De acuerdo. Me hice la prueba. Y te digo que fue difícil. Me preguntaron un montón de cuestiones complicadas...

George se alarmó inmediatamente.

—Supongo que no te habrás ido de la lengua.

Tony notó la amenaza velada de su voz.

—Tienen que ir a mi empresa mañana. No quiero ninguna clase de

complicaciones, Tony.

Tony se dio cuenta de su error. Había intentado que George tuviera la impresión de que se había ganado su dinero y lo único que había conseguido era ponerlo nervioso. Y George nervioso ponía a Tony nervioso.

—No te preocupes, lo hice muy bien, te lo juro. No sospecharon lo más mínimo, de veras.

George se relajó visiblemente y Tony también.

Se olvidaba constantemente de que George era un asesino. Un tipo peligroso. Aunque no tuviera la menor pinta. Todos los asesinos de los que había leído u oído algo, y en sus tiempos había conocido unos cuantos, tenían pinta de faltarles unos cuantos tornillos. Pero este tipo de aquí, ¡si parecía un vulgar exhibicionista! Un perversillo de fin de semana. Parecía cualquier cosa, menos desde luego un asesino. No parecía nada peligroso. Pero lo era.

—Bébetelo y vámonos. Tengo una cita.

Tony se metió el *whisky* de un trago y salieron al aire frío. Siguió a George hasta su coche.

—¿Dónde está el dinero?

George abrió la puerta y le hizo entrar en el coche. Tony se sentó delante. Volvía a estar nervioso.

—Enséñame el pasaporte, por favor.

Tony se lo sacó del bolsillo y George lo miró bajo la escasa luz interior del coche.

—¿Dónde está el otro que te di, el temporal?

Tony se lo sacó del bolsillo y George metió los dos documentos en la guantera y luego se volvió de cara a Tony.

—No voy a pagarte ni un penique.

—¿Que no qué?

—Lo que he dicho: no voy a pagarte, Tony. —George sonrió—. ¡Oh, vamos! ¿No te habrás pensado que te iba a pagar, o sí? Pensé que eras un hombre de mundo.

George soltó una risita. Estaba disfrutando.

Tony sintió que le daba vueltas la cabeza. Miró a George a los ojos y se dio cuenta de que antes se había equivocado. Así, con aquella horrible risita gangosa y aquellos ojos enfebrecidos, George sí que parecía un asesino. Diabólico.

Tony vio que la boca se abría aún más y que la caverna oscura que alojaba la lengua rosa parecía arrastrarlo. Vio que no solo el dinero del pasaporte se marchaba por la alcantarilla, sino también el dinero del chantaje esperado.

Todas las cartas estaban en la mano de George, porque sabía que Tony le tenía miedo.

—Vamos a decir que simplemente ha habido un pequeño malentendido respecto del dinero, ¿te parece, Tony?

Tony bajó la mirada y asintió.

George sonrió.

—Buen chico. Y ahora, si no te importa, tengo un compromiso importante.

Tony se bajó del coche y miró alejarse a George. Luego volvió al *pub* y pidió otro *whisky* doble.

El barman lo miró con curiosidad y Tony cogió el vaso y se volvió a la mesa del rincón.

Solo le quedaba un camino que seguir: Patrick Kelly.

Pero ahora no era solo cuestión de dinero. Quería ver a George llevarse su merecido.

Solo había una nube en el horizonte. Cómo darle el nombre a Kelly sin que se descubriera su propia implicación. Si Kelly descubría que sabía quién era el asesino de su hija y no se lo había dicho... si descubría que él, Tony Jones, se había hecho el análisis de sangre en lugar del responsable... Solo con pensarlo Tony sintió que se desmayaba de miedo. ¿Cómo coño se había enredado tanto?

Una vocecita en el fondo de su cabeza le dijo: «Porque eres muy codicioso, Tony, por eso».

Se terminó la copa y se quedó sentado en el bar. Había un modo de ver a Kelly y lo haría funcionar, pero necesitaría pensárselo un poco.

Iba a devolvérsela a George Markham multiplicada por cien, y al mismo tiempo salvaría el pellejo.

George entró en el calor y el humo del Fox Revived y allí estaba Peter Renshaw con un montón de otros colegas de pie en la barra. Peter lo vio y gritó:

—¡Aquí está, el hombre del momento!

George sonrió. Todos los demás sonrieron también. Le metieron una copa en la mano y volvió a sonreír. Ahora no le importaba ver allí al almacenista. En su eufórico estado mental, todos eran sus camaradas del alma. Estaba encantado de la asistencia. Si Elaine pudiera verlo ahora... ¡Caramba, si allí debía de haber veinticinco personas! Para su despedida. Por él.

Renshaw le dio una palmada en la espalda y acercó su cara roja cervecera.

—Nos tomaremos unas cuantas más aquí y luego nos largamos a un *night-club*. Conozco el sitio justo. Venga, bebe, hombre. ¡Te llevamos unas cuantas de ventaja!

Uno de los almacenistas, un tipo ancho y grandote que se llamaba Pearson guiñó un ojo a George y luego le gritó a la camarera:

—¡Pon otra ronda aquí, guapa!

Soltó un ruidoso eructo y George sintió aquel asco habitual, pero esa noche lo rechazó.

Estaba dispuesto a divertirse o morir en el intento.

Se bebió su coñac de un trago y notó que le ponían otro en la mano casi de inmediato. El *pub* se estaba llenando y el ruido era cada vez más fuerte. La gente iba y venía. El grupo de George había tomado posesión de la parte derecha de la barra. Él estaba en medio del grupo. Por primera vez en su vida, tuvo la sensación de formar parte de él. Los hombres del almacén hacían que se sintiera bienvenido. Le daban

palmas en la espalda y le deseaban buena suerte. Hacían comentarios obscenos sobre las tetas de la señora Denham y George se sentía parte de todo. Cuando se marcharon una hora después en dos minibuses, iba entusiasmado.

Desde luego, Renshaw sabía cómo divertirse, vive Dios. George lamentó no haber asistido a todas las otras despedidas que Renshaw había organizado.

Los minibuses se pararon ante un club de la zona de mala fama de Grantley. Se bajaron todos en bloque y se quedaron apiñados sobre la acera sucia; Renshaw sacó un taco de entradas y todos ellos pasaron alborotando por delante de los porteros de traje oscuro. George había oído hablar del Flamingo Club, y desde luego que en cierta ocasión había querido apuntarse, pero el miedo a que Elaine lo descubriera le hizo desistir. Pero ahora allí estaba, sentado en una mesa con sus amigos y esperando a que aquellas chicas guapas de indumentaria más que escasa les sirvieran las copas.

Las luces se atenuaron y se encendió un foco que iluminó la minúscula pista de baile. Todos los hombres se pusieron a vitorear a una mujer que se colocó bajo la luz brillante. Llevaba uniforme de colegiala y el pelo recogido en dos trenzas largas que de algún modo salían disparadas de su cabeza como las de una niña bien mala de *Supercañeras*. Se había pintado unas grandes pecas en la nariz y los pechos se le apretaban contra la blusa.

Los ojos de George brillaban de excitación.

Los compases de *Papi va a comprarme un guau-guau* crepitaban en los altavoces.

La mujer hizo una reverencia, dejó al aire unas bragas azul marino de colegiala y luego se las apartó del cuerpo. Todos los hombres bramaron de satisfacción al quedar al aire la hendidura de color rosa. George miró a su alrededor lleno de asombro. Se quedó sorprendido al ver otra copa delante de él y bebió con ansia haciendo chasquear los labios tal como había visto hacer a los almacenistas.

Ahora sus ojos no abandonaban el escenario porque la mujer empezaba a desvestirse y los hombres a soltar silbidos y maullidos. La chica se acercó a sus mesas y, sonriente, se sentó en las rodillas de uno de los almacenistas con las piernas separadas. Se frotó suavemente arriba y abajo con las piernas. Luego, se desabrochó los botones del costado y dejó que la blusa cayera al suelo. Los grandes pechos caídos quedaron libres y los empujó contra el rostro del hombre. George estaba arrebatado.

Se levantó, se estiró las bragas azules hasta la barriga de manera que los labios de la vagina asomasen por ambos lados y luego volvió a bajarlas lentamente mientras recorría con la mirada a los hombres como si aquello que hacía fuera un espectáculo dedicado personalmente a cada uno de ellos.

Entonces, la música se paró, las luces se apagaron y la chica se fue en medio de silbidos, aplausos y pateos.

El siguiente fue un imitador de estrellas. Unas pocas mesas más allá había un grupo de hombres jóvenes de despedida de soltero. Les habían servido pollo con patatas fritas en unas cestitas y el hombre del escenario, con la cara embadurnada de

maquillaje debajo de una peluca rojo oscuro, se acercó a uno de los jóvenes y le dijo:
—Oye, amor, ¿sabes cuál es la diferencia entre una polla grande y una pata de polla?

El chico se puso rojo y negó con la cabeza mientras sus amigos se partían de risa. El hombre le pasó el brazo por los hombros y le dijo:

—¿Quieres venir de merienda conmigo?

George se rio tan fuerte como todos los demás. Se quedó asombrado al descubrir que ahora tenía tres copas distintas delante.

Peter le buscó con la mirada y le guiñó un ojo y George sintió un súbito afecto por él, olvidado el fastidio habitual. Peter había organizado aquello y George lo recordaría hasta el día de su muerte. Estaba donde debía estar. Entre hombres a los que les gustaba lo que le gustaba a él. Que veían a las mujeres como lo que realmente eran.

El imitador había terminado y apareció otra chica a hacer *striptease*. Peter Renshaw llamó al imitador que fue hasta su mesa parodiando el contoneo de una mujer.

—Hola, Peter, ¿cómo estás?

—Muy bien, Davey. Estamos de despedida. ¿Cuánto nos sube un *show* en vivo?

El imitador sonrió.

—Lo de costumbre, Peter. Tú pasas la cesta y yo organizo a las chicas. Y no te olvides de añadir una copa para mí, ¿vale?

Renshaw sonrió.

—Eres un buen tío.

El imitador se rio.

—¿Estás seguro?

—Venga, mozos, moved el culo, que nos van a hacer un *show* en vivo.

Se volvió a George.

—¿Has estado alguna vez en uno? —le preguntó.

George negó con la cabeza, sorprendido.

—Pues te va a encantar, Georgie, muchacho. Es fabuloso.

Se levantó de la mesa y fue a decírselo a los otros. Todos se apresuraron a sacar el dinero. En el centro de su propia mesa había ya una buena pila de dinero, así que George sacó la cartera y puso veinte libras en el bote. Era la cantidad media que ponían los demás.

Al cabo de unos minutos, Peter lo tenía todo arreglado. George estaba impresionado. A los gorilas de la puerta les dieron cincuenta a cada uno para que echasen el cierre mientras durase el numerito, y a las chicas también les habían pagado. Ahora, en el club había expectación en el aire.

George se quitó la chaqueta. Se lamió una capita de sudor de los labios.

Habían vuelto a encender el foco y había dos mujeres de pie semidesnudas, que charlaban y fumaban cigarrillos mientras colocaban la escena. El joven futuro novio y

uno de los almacenistas habían sido elegidos por unanimidad para ser las estrellas del espectáculo, y todos los otros esperaban conteniendo el aliento a que empezara el número.

El imitador de estrellas apareció con un micrófono y anunció que él haría de maestro de ceremonias. Desnudaron completamente al futuro novio y al almacenista, las mujeres apagaron sus cigarrillos y, enarbolando unas sonrisas muy profesionales en sus rostros, entraron en la zona del escenario muy sonrientes y saludando al público con la mano.

George estaba hipnotizado. Las dos mujeres se arrodillaron y tomaron los miembros de los hombres en sus bocas. Se hicieron apuestas sobre quién iba a eyacular primero. El almacenista tenía agarrada a la mujer del pelo y hacía fuerza con el pene en su boca. Sus amigos gritaban muy excitados.

—¡Sigue, hijo!

—¡Déjala sin aire a esa puta zorra!

El almacenista ponía cara de lubricidad y meneaba las caderas encantado de ser el centro de atención.

El joven novio no lograba siquiera tener una erección. Se reía a carcajadas y al mismo tiempo estaba completamente avergonzado. Finalmente, uno de los otros chicos de su mesa se levantó, se quitó los pantalones y arremetió contra la chica.

—¡Aquí tienes, esto es para ti!

Se oyó una gran ovación.

George miraba, casi en trance, cómo aquellos hombres usaban a las mujeres. Finalmente, el imitador de estrellas decretó el final de todo el asunto y los protagonistas regresaron a sus mesas como conquistadores heroicos.

Las dos mujeres abandonaron el escenario agotadas. Sus complicados peinados se les caían en mechones sueltos y el maquillaje corporal formaba manchones y se corría con el sudor.

Todos los hombres aclamaban al almacenista que ahora se iba vistiendo entre gritos y exclamaciones.

George estaba sentado entre ellos. El espectáculo le había excitado. Sus ojos estaban febriles y orlados de rojo. Había gritado hasta quedarse ronco junto a todos los demás.

Nunca, ni en sus sueños más enloquecidos había siquiera imaginado una cosa como aquella. Por primera vez en su vida, George compartía sus entretenimientos con otros. Con otros que disfrutaban junto con él.

Tuvo una absurda sensación de felicidad que le dio ganas de llorar. Notó el pinchazo de las lágrimas y parpadeó para alejarlas a toda prisa. Peter Renshaw se dio cuenta y le pasó un brazo por el hombro.

—Alegra esa cara, Georgie, muchacho, que es tu fiesta de despedida.

George miró a Peter de frente y dijo:

—Esta ha sido la mejor noche de mi vida, Peter. Gracias. Muchísimas,

muchísimas gracias.

Peter Renshaw se sintió contento de que George lo hubiera pasado bien. Siempre notaba en George una cierta tristeza, una extrañeza que algunas veces le incomodaba. Pero ahora, le sonrió. Decidió que la bebida era lo que les hacía ponerse llorones.

—Tómate otra, Georgie, muchacho, sale otra tía dentro de un minuto.

George asintió y cogió la copa.

Alguien propuso un brindis en honor de George, que, rojo de felicidad, miró cómo todos alzaban sus copas. Llevaron una nueva ronda de bebidas a la mesa y todos empezaron a beber en serio.

Un poquito más tarde, las dos mujeres que habían llevado a cabo el espectáculo se presentaron en la mesa completamente vestidas a buscar su dinero. La mayor de las dos, una rubia de rasgos duros, alargó la mano a Peter Renshaw.

—Queremos nuestro dinero ahora, amigo.

La voz sonaba a cansancio.

—Entonces, ¿qué me dices de un favorcito, vieja zorra?

Eso lo dijo el almacenista que había tomado parte en los acontecimientos anteriores. La mujer se volvió hacia él.

—¿Por qué no cierras esa boca y te vas a tomar por el saco que es lo que te gusta?

Ante aquello todos se echaron a reír. El almacenista cogió una pinta de cerveza e hizo un gesto a los demás ocupantes de la mesa. Todos lo imitaron. Luego, como puestos de acuerdo, todos lanzaron la bebida sobre las dos mujeres y las dejaron empapadas.

A George le brillaban los ojos y gritó:

—¡Esto te enseñará a tener modales, cacho basura!

Todos se rieron, la mayoría sorprendidos.

—Muy bien, Georgie, diles lo que se merecen.

—¡Dale en la boca!

George oyó las exclamaciones y se pavoneó.

La mayor de las dos se limpió la cara y volvió a extender la mano.

—Quiero el dinero, por favor.

Peter, al que ahora le daban pena, se lo entregó. Se volvieron a sus camerinos abatidas. Siempre pasaba lo mismo después de un *show* en vivo. Los hombres la tomaban contigo porque en el fondo sentían vergüenza de lo que habían hecho. Una vez pasada la excitación, te echaban a ti la culpa de su perversión. Porque ahora volverían a sus casas, con sus mujeres o sus novias, galleando muy ufanos. Y mañana en el *pub* no se hablaría de otra cosa. Pero en su interior, en lo más profundo, estaban avergonzados de sí mismos. Avergonzados de lo que habían hecho o presenciado.

La chica más joven estaba llorando y la mayor le pasó un brazo por los hombros.

—Son todos unos mamones, cariño, no dejes que te afecte. Nos hemos llevado unos buenos billetes, eso es lo importante. Mi chico mayor quiere una bici de

montaña, ¿tú en qué te lo vas a gastar?

Intentaba llevar una brizna de normalidad a la conversación. Era la única forma de sobrevivir.

Capítulo Veinticinco

Tony Jones se había pasado la noche despierto. Tanto dar vueltas y sacudidas acabó por molestar a Jeanette, su mujer, que a las tres y media se levantó y se fue al antiguo cuarto de su hija, que ahora estaba libre. Tony sonrió sin querer. A su Jeanette le gustaban las cosas tranquilas.

Finalmente, tras muchas horas de inquietud, tenía ya el esbozo de un plan. La cosa más importante a tener presente era que Patrick Kelly no era un tipo al que incomodar. Después de la jugada con los chaperos, no tenía la menor sombra de duda de que no estaría en la lista de felicitaciones navideñas de Kelly. Se encogió de hombros mentalmente. De todos modos, nunca lo había estado. Pero aun así, Kelly no se olvidaría en mucho tiempo de la parte que había tenido en el negocio de los chaperos. Si iba a ver al gran jefe y le contaba cualquier cuento chino, Kelly se aseguraría de que no viviera lo suficiente para cobrar la recompensa. Si Kelly llegara a sospechar alguna vez que sabía quién era el asesino de su hija... Tony tragó saliva con fuerza.

Pero, porque siempre hay un pero, si pretendía que se había puesto a repasar las listas de sus clientes y que por casualidad se había fijado en que había un George Markham de Grantley... O mejor aún, en sus listas de envío por correo. Sí, eso sonaba mucho mejor. Como si nunca hubiera visto a aquel tipo en persona.

Dio vueltas en la cabeza a esas ideas durante un rato y acabó convencido de que si jugaba bien sus cartas, saldría del asunto con el cuello intacto y unos cuantos buenos billetes más. Lo del cuello era lo más importante.

Lo primero que haría por la mañana sería poner el plan en marcha.

George se despertó, vio que hacía un buen día, fresquito, y sonrió. Los acontecimientos de la noche anterior se apelotonaban en la cabeza y la inundaban de imágenes eróticas. Se arrebujo en el calorcito de la cama. Toda su vida había querido formar parte del mundo de los hombres, y siempre había tenido que quedarse justo en la frontera. Mirando como un extraño. La noche antes era como si se le hubiera abierto una puerta y la hubiera cruzado para entrar en el mundo mágico de los hombres juntos. Se había embriagado de ese misterio. En cierto momento, había experimentado un éxtasis tan intenso que las lágrimas le apuntaban en los ojos.

Abandonó el calor de la cama y se fue al cuarto de baño. Se dio un baño largo, placentero, recreándose en los recuerdos de la noche anterior.

A las nueve ya había terminado de hacer la maleta y había marcado cada una de las cosas apuntadas en la lista preparada con cuidado. Lo tenía todo, desde ropa ligera a gafas de sol.

Las gafas las había comprado unos años antes. Eran de espejo. Podía mirar y observar sin que nadie supiera qué miraba. George las guardaba con amor en un estuche de cuero.

Se permitió el lujo de imaginarse en las playas doradas de Florida, mirando a las

jóvenes y a las mujeres. Había estado viendo programas de viajes, sabía qué encontraría. Sintió un estremecimiento de anticipación. El vuelo salía a las siete y media de la mañana siguiente y había decidido pasar la noche en el hotel del aeropuerto. Empezar sus vacaciones como es debido. Tenía que facturar el vuelo a las cinco y media, así que necesitaba descansar bien por la noche, tomar una buena comida y luego entrar en el avión y relajarse.

Comprobó su pasaporte y luego el que Tony Jones le había facilitado. Los metió en el bolsillo de la chaqueta. Pobre Tony Jones, cómo le había desplumado. Pero, reflexionó, el pornógrafo se lo merecía.

La casa empezaba a hacerle claustrofóbica. George inclinó la cabeza hacia un lado con expresión de concentración en el rostro. Escuchó ávidamente. Nada. Seguía pensando que igual oía llamar a Elaine.

Se encogió de hombros. Que llamase, que ni la escucharía. Se llevó las maletas al coche y entonces se le ocurrió una idea. Ir a visitar a su madre. Le gustaría verla antes de ver a Edith. Darle una bonita sorpresa.

Sonrió. Si supiera que iba a ver a Edith, se moriría. Quizás se lo comentase. Pero entonces querría saber a dónde iba. Frunció el ceño. Ya vería cómo iban las cosas. Contento ahora que ya tenía un plan en la cabeza, empezó a prepararse con seriedad. Pensó que era agradable estar ocupado. Solicitado. Ser... ¿cómo lo llamaba ahora la juventud? Un independiente, eso. Se sonrió satisfecho: eso era precisamente lo que era él. En lo más alto de la casa, el cuerpo de Elaine se deslizaba ligeramente con la presión del depósito que se llenaba a toda velocidad. El flotador que había quedado atrapado bajo sus posaderas intercambió la posición con la de ella y el tanque empezó a llenarse más deprisa.

Patrick Kelly había dicho adiós a Kate con un beso a las seis y media e iba camino de visitar a un individuo que tenía noticias para él. Noticias importantes según todos los indicios. Apretó los puños de impaciencia. Sería mejor que fuera algo concreto porque si no iba a reventar.

El tráfico de entrada a Londres era intenso y el Rolls Royce de Patrick era observado y comentado debidamente. En cada semáforo había alguien que intentaba ver el interior, pensando que sería alguien famoso. Patrick Kelly sonrió. En cierto modo era famoso, solo que no como pensaba aquella gente. El Rolls alcanzó por detrás a un cortejo funerario y Patrick frunció el ceño. Sintió, más que vio, que Willy cambiaba la marcha, dio un golpe en el cristal de separación y le gritó cortante:

—¡Como te atrevas, Willy, por mis cojones que te mato!

Willy volvió a cambiar de marcha y suspiró. Ahora iban a seguir allí atascados siglos enteros. En los últimos tiempos, Pat parecía una viejecita. Kelly meneó la cabeza, maravillado. Se imaginaba perfectamente las caras de los del entierro si un Rolls Royce se escapaba a toda pastilla del cortejo. A veces Willy era un animal.

—Tómalo con calma, llegaremos con tiempo de sobra.

—Vale, Pat —Kelly notó el tono hosco de la voz de Willy y le dijo:

—Un poco de respeto, Willy. Que es un entierro, por Dios santo.

Willy se guardó su opinión, pero en lo más profundo deseó que algún día Porsche fabricara un coche fúnebre para poder asistir a su propio funeral como Dios manda, con la velocidad y la elegancia necesarias. ¡El primer cadáver que iba a doscientos!

Pero no le comentó nada a Pat. Tenía la extraña sensación de que no se hubiera reído.

Kate entró con sigilo en su casa a las siete, contenta de que nadie estuviera levantado. Mientras se duchaba, oyó levantarse a su madre y los traqueteos lejanos del desayuno en marcha. Se fue al dormitorio, deshizo la cama y sonrió al hacerlo. A su edad, no debería tener que preocuparse por haber pasado la noche con un hombre, pero en realidad solo era respeto. Respeto a su madre y a su hija. Sintió el halo que todavía le rodeaba el cuerpo. Había sido una larga noche. Con Patrick, el sexo era un trabajo de amor, y lo había echado de menos. ¡Oh, cómo lo había echado de menos! Revivió en su cabeza aquella sesión de amor ¡lenta y deliberada! Sabía que estaba deshecha y no le importó.

Su madre había salido con novedades en lo del asunto de Australia. Era de lo más notable que hubiera podido guardar aquel dinero en secreto tanto tiempo. Kate sintió una oleada de afecto por su madre, porque sabía que lo único que Evelyn pretendía era quitarle el peso de encima a ella. Ante la idea del viaje, Lizzy estaba como un perro con seis farolas para él solo. Era como si después de todos los problemas por los que habían pasado, por fin todo se arreglase. Lo único que Kate quería ahora era cazar al Destripador de Grantley, y lo cazaría. Y cuando lo hiciera, se encargaría de que lo quitasen de en medio para siempre. Y entonces podría concentrarse de nuevo en su familia y en Patrick. Estaba deseando poder concentrarse en él.

Lizzy llamó a la puerta del dormitorio y entró.

—¡Oh, mami, acabo de despertarme y lo primero en que pensé fue que a esta hora, el mes que viene estaré en Australia! ¡No me lo puedo creer! ¡Seis semanas enteras de vacaciones en Oz! Estoy que no puedo esperar.

Kate sonrió a su hija con verdadera felicidad.

—Ven aquí, nenita. —Abrió los brazos y Lizzy se refugió en ellos.

—¿Estuviste con ese hombre esta noche, mami? ¿Con ese Patrick Kelly?

Kate miró la cara de su hija, tan parecida a la suya, y suspiró suavemente. Asintió.

—Creo que deberías seguir con él, es la mar de *sexy*.

Kate sonrió.

—Así que eso es lo que piensas, ¿eh?

—Mmmm. La verdad es que sí. —Besó a su madre en la mejilla y se levantó; tenía un aspecto muy joven e inocente con su camisón largo y blanco que parecía ocultar sus curvas femeninas—. ¡A mí no me importaría salir con él! —y se escabulló de la habitación riendo. Kate se rio también, pero incómoda. Sabiendo lo que sabía de la vida sexual de su hija, aquel comentario escocía. No a causa de Patrick, sino porque era otro recordatorio del hecho de que su hija fuera más experimentada

sexualmente que ella. Kate apartó aquella idea de la cabeza. Lizzy era casi una mujer adulta y había tenido problemas... Problemas de los que Kate se sentía culpable.

Tuvo que admitir que se alegraría, en cierto modo, cuando la despidiese en el aeropuerto. Necesitaba espacio libre de Lizzy, tanto como Lizzy necesitaba espacio libre de ella. Y ese pensamiento la puso triste.

Se consoló a sí misma. Estaba deseando poder despertarse con Patrick por las mañanas. Pero, más que ninguna otra cosa, lo que estaba deseando era pasar las noches con él.

Larry Steinberg hizo entrar a Patrick a su despacho y los dos hombres se estrecharon la mano. Ya había estado allí antes otra vez. Larry Steinberg se ocupaba de leyes, del lado inaceptable de las leyes. También arreglaba muchas cuestiones, y en nombre de Patrick se había ocupado de algunas que él ya creía imposibles de arreglar. A Patrick no le caía nada bien, pero, a pesar de eso, lo respetaba. Y para Patrick, en los negocios el respeto solía ser preferible a las afinidades.

Unos años antes, había acudido a Larry para que defendiera a un par de hombres suyos. Habían ido a casa de un tipo para recuperar un coche y los había recibido con una barra de hierro y una escopeta recortada. Eso no era raro en su negocio, a menudo la gente no estaba nada contenta si veían aparecer a los cobradores. Uno de sus hombres, sin embargo, le había quitado la barra de las manos a aquel panoli y luego se la había hundido en el cráneo y lo había dejado lleno de cicatrices, medio paralizado y con ataques de epilepsia.

Larry se las había arreglado para que retiraran la acusación de homicidio frustrado, y mediante un difícil arreglo al margen de los tribunales, aseguró una salida que satisfizo a todos los implicados. La escopeta recortada desapareció misteriosamente del depósito de armas de la policía metropolitana y desde entonces había sido utilizada en dos robos distintos, pero eso no era asunto de Patrick. Una cosa que sí sabía seguro es que el tipo al que le habían dado con la barra de hierro era el hombre que estaba detrás de los robos. Era un ratero de poca monta que ahora iba a lo grande y que con lo que le pagó el seguro de Patrick, y con su historial médico, estaba completamente a salvo de lo que fuera.

Larry se sonó la nariz y sorbió con fuerza. Tenía los ojos saltones medio llorosos y se los enjugó con los dedos. Patrick disimuló su desagrado lo mejor que pudo.

—Bien, bueno, Larry, vayamos directamente al grano, ¿qué tienes para mí?

—Tiene que ver con Tony Jones. Vino a verme hace unos días para un pasaporte.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—El pasaporte no era para él, era para otra persona, un tipo de Grantley.

Patrick aguzó su atención.

—Sigue.

Larry Steinberg volvió a limpiarse la nariz con un pañuelo mugriento. Sabía que cuando empezabas anunciando tu historia, todo el mundo se ponía impaciente y escuchaba con más atención.

—No me pagó gran cosa, señor Kelly —la voz había cobrado un tono de lamento. Patrick cerró los ojos.

—Escucha, Larry, te llevarás el dinero que hay por la cabeza de ese hijoputa en cuanto le haya puesto cara. ¡Así que ahora dame el puto nombre de ese maricón! No estoy de humor para juegos.

Larry obedeció a toda prisa.

—Un tal Markham. George Markham.

—¿Tony te dijo para qué quería el pasaporte ese menda?

Guarda lo mejor para el final, era el lema de Larry.

—Eso era lo más curioso de todo, que el pasaporte tenía que tener la foto de Tony Jones. —Observó la expresión de Kelly y siguió adelante—: Seamos justos, vaya, señor Kelly, yo solo soy un intermediario. Si me pagan lo suficiente, arreglo lo que sea, pero en aquella historia supe enseguida que algo no iba bien, y por eso se lo cuento a usted. Al principio no pensé nada, ya sabe cómo son las cosas. Pero luego leí lo de los análisis de sangre de Grantley y como que me vino... bueno, me vino como una visión de Dios... —Meneó la cabeza en busca del máximo efecto—. He tratado con ladrones de bancos que querían retirarse en el extranjero, con la escoria del mundo del hampa. Pero por mi vida, señor Kelly, que no estoy dispuesto a encubrir a un asesino sádico. He oído por ahí que anda usted buscando al hombre que le quitó la vida a su pobre hija, y pensé que tenía el deber de informarle de lo que sabía.

En aquel momento Larry Steinberg se creía de verdad todo aquello, tan buen actor era.

Patrick asintió.

—Confío en haberle sido de cierta ayuda...

—Te llevarás el dinero, Larry, si ese es nuestro hombre, te lo prometo.

Le tendió la mano y Larry se la estrechó. Al notar la fuerza animal de Patrick, sintió un escalofrío interior.

Pobre Tony Jones. De todos modos, razonó, Kelly y él se habían estrechado la mano, y para él, eso valía tanto como un contrato firmado. Steinberg tuvo que controlarse para no frotarse las manos de contento.

Eso hubiera sido de mal gusto, incluso para él.

Patrick se marchó de la oficina. Al llegar al Rolls Royce, le gritó a Willy:

—¡Al tugurio de Tony Jones, deprisa!

Willy arrancó el coche y Patrick le fue contando lo que había pasado mientras circulaban. Cuando llegaron al *sex-shop*, los dos iban dispuestos a asesinar a alguien.

Emmanuel había estado solo toda la mañana y estaba agotado. Tony ni siquiera se había molestado en llamarle para decirle cuándo llegaría. El único momento álgido había sido cuando consiguió dos citas definitivas para esa noche con dos caballeros de la City más que bien vestidos. Tony no soportaba verlo putear allí en la tienda, a pesar de que eso aportaba negocio. Oyó más que vio entrar a Kelly y Willy. La puerta se abrió de golpe e hizo salir volando un expositor de la revista *El mensual del*

masoquista, que cayó al suelo.

—¿Dónde está? —la voz de Patrick Kelly sonó grave y Emmanuel pudo notar su furia.

—¿Quién? —chilló el muchacho con voz aguda.

—El hijoputa de Tony Jones, ¿quién va a ser? ¿A quién más íbamos a buscar aquí? ¿A la princesa Diana?

—No sé dónde está, hoy no ha venido a trabajar.

Willy agarró a Emmanuel por el pescuezo y le dio un meneo.

—¿Y dónde vive? Dame su dirección ahora mismo.

Un hombre grandote con mono de trabajo entró en la tienda y Patrick lo cogió por el peto del mono y lo lanzó de vuelta a la acera con tanta fuerza que chocó contra los que pasaban. Para entonces, los otros tenderos ya se habían dado cuenta de que algo pasaba y presenciaban la acción desde puntos estratégicos.

Emmanuel escribió la dirección con mano temblorosa. El rímel se le estaba metiendo en los ojos haciendo que le picasen.

Patrick cogió el papel que le tendía e hizo una señal a Willy con la cabeza, y este se puso inmediatamente a destrozar la tienda. Emmanuel lo miraba aterrado.

Lo que Tony había hecho debía ser bastante malo. Se preguntó por un instante si no tendría que empezar a buscarse otro trabajo.

Cuando Willy terminó, se fueron los dos. Emmanuel contempló la ruina que le rodeaba y empezó a llorar de nuevo. Los de las tiendas vecinas entraron cuando dejó de haber moros en la costa, y fingiendo ayudar a Emmanuel a tranquilizarse, trataron de sacarle algún cotilleo. Les dijo que pensaba que tenía que ver con aquella vez que Kelly vino en busca de los chaperos. Pero era evidente que en realidad no sabía demasiado de nada.

Al cabo de una hora, todo el Soho estaba enterado de todo, era la comidilla del día.

La gente asentía con la cabeza, sabiamente. Tony Jones siempre había coqueteado con los problemas y ahora se le habían presentado en casa.

El propio Tony supo la noticia diez minutos antes de que Kelly y Willy llegaran a su casa. Mientras los dos aporreaban su puerta, Tony y una Jeanette muy asustada estaban ya de camino a casa de su hija mayor en Brighton.

Nancy Markowitz, como ahora le gustaba que la llamasen, estaba sentada tomándose una taza de té humeante. Su nuera Lilian hacía las camas. Nancy rezongaba para sus adentros. Lavado de gato, eso es lo más que Lily hace en la casa. Cuando ella era más joven, la casa relucía como los chorros del oro, y era un faro para mostrar a todo el vecindario cómo se limpiaba una casa. Pasó un ojo malevolente por los zócalos de madera del cuarto de estar. Les vendría muy bien una buena limpieza. ¡Lo que ella hubiera dado entonces por una casa tan buena como aquella!

Meneó la cabeza. Lily siempre había sido una descuidada; ni siquiera sus hijos

habían ido rectos. Unos mariconcetes remilgados, eso eran. Y seguían siéndolo, en realidad. Nancy sorbió el té. Como meados de gato: esa Lilian ni siquiera sabía preparar una taza de té decente. Lo más probable es que echara el agua encima de unas bolsas. Usar auténticas hojas de té sería demasiada tarea para ella...

Se estaba tomando su tiempo para hacer las camas. Nancy miró el reloj. Eran casi las doce. Volvió a menear la cabeza. ¡Imagínate, las camas sin hacer casi a mediodía! Vaga de mierda.

Siguió sentada, tomándose el té, reconstruyendo en su cabeza hasta el último detalle en contra de Lily; todas las cosas que había hecho o dejado de hacer, reales o imaginarias.

Nancy Markham tenía un don para hacer sentirse culpables a los demás. Toda su vida había sido uno de sus mayores activos. Tenía ese poder y lo utilizaba, además de acosar y engatusar a todo el mundo en su beneficio propio.

En realidad Lily estaba tumbada en la cama leyendo una revista y tomándose un té y unas galletas. Saboreando la media hora alejada de su suegra. Era la única hora del día que tenía para ella sola, la única en que la voz de su madre política no se inmiscuía en sus pensamientos, que su campanilla no le interrumpía en el trabajo ni su presencia acechaba como una fuerza maligna. Lily pensaba a veces que Nancy era bruja. Por disparatado que pareciera, era la única razón lógica para que todo el mundo la odiase tanto. Incluidos sus hijos. ¿Cuántas veces le había prometido Joseph, bajo la protección de la oscuridad y el edredón, que iba a meterla en una residencia? ¿Y cuántas veces se había visto con ella cara a cara y se había echado atrás? Demasiadas veces.

Aunque Lily tenía que admitir que tampoco ella hubiera podido completar a gusto la tarea. Nancy la asustaba. Asustaba a sus nietos. Asustaba a su hijo. Su hijo, al que Lily había amado una vez con todo su corazón y al que ahora despreciaba por su debilidad, una debilidad que también había aprovechado ella tras aprender todos los trucos de su suegra. Hasta Elaine y el soso de George se habían negado en redondo a que Nancy fuera a vivir con ellos.

Lilian intentó concentrarse en su revista. No había que refocilarse con las cosas de esa casa. Ya era lo bastante opresiva. Aun así, mañana esperaban al rabino. A pesar de que a Lily le irritaba que Nancy practicara su religión judía, eso también le otorgaba una tarde libre a la semana en la que podía salir de casa en paz, sabiendo que el joven rabino estaba demasiado asustado para dejar a Nancy sola antes de que ella volviera. Contuvo una sonrisa. La cara del pobre muchacho cuando ella llegaba por fin era todo un poema. Nancy, cuando se mostraba cordial de verdad y convencida de sus razones, daba todavía más miedo que cuando dejaba suelto su temperamento posesivo y malvado.

Lily se obligó a concentrarse en la revista cuando justamente sonó el timbre de la puerta. Se incorporó en la cama. ¿Quién podía ser? Se levantó de un salto y se sacudió la ropa a toda prisa para quitarse cualquier miga de galleta delatora. El timbre

sonó otra vez y salió corriendo de la habitación.

Para entonces la campanilla de su suegra sonaba también. Era una campana de escuela antigua y Lily imaginaba algunas veces que doblaba a muerto por ella. Fue corriendo a la puerta de la calle.

—Hola, Lily. —En la puerta estaba George con una sonrisa.

—Oh... ¡qué sorpresa!

George entró en el amplio vestíbulo.

—¿Dónde está Elaine?

Que George viniera de visita era un *shock*, pero George sin Elaine era todavía mayor.

—Ah, está trabajando, yo tenía un poco de tiempo y pensé, ya sé, iré a hacer una visita a la pobre mamá.

A Lily se le heló la expresión de la cara. ¿Es que alguien en su sano juicio podía ir a visitar a Nancy Markham, quiero decir, Markowitz, si no tenía la obligación?

La voz de Nancy atronó desde la sala de estar.

—¿Quién es, Lily? ¿Quién coño está aporreando la puerta?

Deseó que la visita fuera el joven rabino; le hubiera encantado ver cómo Nancy bajaba la guardia delante de él.

La campanilla empezó a sonar furiosa y George señaló con la cabeza la puerta de su derecha.

—Me imagino que está ahí dentro.

Entró en la sala.

—Hola, madre —la voz volvía a sonar medrosa. Su madre siempre le había producido ese efecto.

Nancy recuperó la calma rápidamente.

—¡Oh! ¿Así que eres tú?

George la besó en la mejilla como era debido. Notó el perfume a lavanda y a polvos faciales.

—Pensé en hacerte una visitita, para ver cómo te encuentras.

Nancy soltó un bufido despectivo.

—Todavía no estoy a punto para la cama de pino, muchachito, si eso era lo que pensabas.

Volvió a hacer sonar con furia la campanilla. George miró cómo agarraba con su mano grande el mango de madera y lo alzaba más arriba del hombro y luego lo sacudía hacia el suelo.

—¡Lily, trae una tetera nueva! —La oyeron arrastrar los pies por el pasillo volviendo a la cocina—. ¡Y asegúrate de que es más fuerte que esos meaos que me hiciste antes! —dijo Nancy bien alto.

Se aposentó una vez más en la butaca. Así que su hijo había decidido venir a verle, ¿eh? En sus labios se dibujó una sonrisa maligna.

—¿Y dónde tenemos hoy a *Madame* Diez Toneladas?

George puso una sonrisita de suficiencia. Desde luego, su madre sabía ser cruel.

—Elaine está trabajando, madre.

Se sentó en el sofá y paseó la vista por la habitación. La verdad es que era estupenda: de techo alto que todavía conservaba las molduras decorativas originales y las rosas.

—De todas maneras no hubiera venido.

George apartó los ojos del techo.

—¿Quién?

—Pues Elaine, naturalmente. ¿Quién te pensabas? —Nancy se acarició el pelo naranja chillón—. ¿Y qué te trae por aquí?

—He venido solo a saludarte, madre.

—Paparruchas. Si nunca has venido a visitarme antes. Eso es que tienes algún problema.

—¿Qué clase de problema iba a tener? —dijo George con voz baja.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —dijo Nancy tras encogerse de hombros—. ¿Has hecho algo malo, Georgie, muchacho? Ya sabes que a mí puedes decírmelo —puso voz confidencial y persuasiva.

George la observó y se sorprendió al descubrir que el miedo que siempre le daba parecía que hoy había disminuido. Normalmente, aquella voz agresiva lo dejaba hecho un manojo de nervios, y su expresión malévola hacía que se le disparara el corazón en el pecho, pero hoy, todo lo que conseguía era que le entraran ganas de reírse de ella.

—¿Has vuelto a saber algo de Edith, madre? —notó que la temperatura de la sala bajaba por debajo del punto de congelación—. Yo sé de ella de vez en cuando. Le va todo fantásticamente, ¿sabes?

Vio que en la boca de su madre se asentaba una línea amarga. Estaba disfrutando.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —era una acusación.

—Me jubilo.

—¡Bah! Más bien será que te despiden. Elaine se lo dijo a la Boca Todopoderosa y ella me lo contó. —Se dio unos golpecitos en el pecho con un dedo gordezuelo.

La confianza de George se desvaneció.

—Ya no te querían mantener más, esa es la verdad. ¿Cuántos años tienes ahora? Cincuenta y uno... cincuenta y dos... Ya vas cuesta abajo, muchachito.

George se estaba enfadando. ¿Para qué había ido allí? Sabía lo que iba a pasar, lo que pasaba siempre. Apretó los puños. Nancy se iba animando con su cantinela.

—Nunca has tenido lo que hay que tener, Georgie. Si ni siquiera has tenido amigos nunca...

—Tengo amigos. Montones de amigos, madre. Anoche mismo salí con mis amigos. Me gustaría que no estuvieras siempre intentando ponerme de malhumor. Eres como una píldora amarga, madre, no me extraña que nadie venga a visitarte. Lo que no sé es cómo demonios Joseph y Lily te aguantan.

Su cuñada entraba en el cuarto con la bandeja del té justo cuando decía la última parte de la frase y casi se le cayó al suelo del susto.

—¿Qué has dicho? —la voz de Nancy parecía de granito.

Pero George ya no podía detenerse.

—Ya me has oído, madre, que tienes las orejas como un elefante. Siempre moviéndolas por ahí, siempre escuchándolo todo. —Miró de reojo la cara blanca de Lilian con su bandeja y forzó una sonrisa.

—Espera, déjame que te ayude con eso, Lily.

—Ponla en la mesita de café, por favor —le dijo sin aliento en la voz.

Nancy observaba a su hijo entrecerrando los ojos. Era lo bastante astuta como para imaginar que si continuaba en aquella línea, George se marcharía, y no quería que se marchase. Era el primero de sus hijos que la visitaba voluntariamente, así de pronto, sin que lo hubiera convocado.

—¿Quieres que lo sirva? —la voz de George volvía a sonar fuerte.

El único ruido que se oía en la sala era el tintineo de las tazas y las cucharillas y el fuerte tictac del alto reloj de pared.

Lily observó a las dos personas que tenía delante. Era como si bailasen una danza secreta ante sus ojos. Su suegra estaba ahora subyugada y vigilaba a su hijo con los párpados bajados. La piel amarillenta tenía un matiz gris que antes no estaba presente.

A George, por su parte, se le veía bien. Magnífico, en realidad. No recordaba haberle visto nunca con mejor aspecto. Mostraba una seguridad que cuadraba con su apariencia. George solía vestirse incluso con humildad. Era una cosa extraña, y si Lily no lo hubiera visto con sus propios ojos, habría jurado que era imposible: ¿cómo puede vestirse alguien de manera humilde? Bueno, pues George podía. Pero hoy la camisa blanca, la corbata gris y el chaleco de punto azul marino resultaban casi ostentosos. Tomó su té en silencio.

Había allí un sutil cambio de posiciones y Lily no estaba muy segura de si le gustaba o no. Si George hacía enfadar a su madre, en cuanto se marchase, Lily sería quien sufriese el malhumor de Nancy.

—Me llevaré mi té a la cocina, si no os importa, tengo que terminar de hacer unas cosas —tartamudeó. Se fue torpemente de la habitación. Fuera lo que fuese, no quería tomar parte en la tormenta. Pero dejó la puerta de la cocina abierta de par en par.

—A ver, madre, eso no está nada bien, ¿sabes? —dijo George con determinación.

Entonces Nancy sonrió con una sonrisa auténtica, cosa rara, como si la sonrisa le suavizara las líneas duras de la cara. George sintió un nudo en la garganta. Durante unos instantes le pareció verla joven otra vez. Vio la blandura que algunas veces mostraba, la que de vez en cuando permitía que aflorara tras su barniz de dureza. Era la sonrisa de la jovencita que había sido una vez, hacía mucho mucho tiempo, antes de casarse y de tener hijos y de tener otra vida.

Antes de los hombres.

George deseó fervientemente haberla conocido por entonces.

Tenía sus ilusiones sobre su madre, y las necesitaba. No podía aceptar que hubiera sido una fuerza maligna desde la infancia. Que hubiera utilizado a los hombres para su beneficio desde que inició la adolescencia. Que Nancy Markham se hubiera pasado toda la vida usando y abusando de las personas, y de ningunas tanto como de sus propios hijos.

—Allí en el aparador están mis álbumes de fotos. Tráemelos, Georgie.

Recogió los voluminosos álbumes y los dejó en el regazo de su madre.

—Siéntate aquí junto a mis pies y recordaremos cosas.

George hizo lo que le decía, como en los viejos tiempos cuando la palabra de su madre era ley.

Nancy empezó a ir pasando páginas, con los ojos ablandados por la nostalgia.

—Eh, mira esta, Georgie. ¿Te acuerdas?

George se levantó y miró la foto. Era una foto suya, sobre los cinco años, con su madre. Nancy llevaba un traje de baño de dos piezas, que en aquellos tiempos hacía furor, y miraba a la cámara con mirada sensual. Tenía el pelo perfecto y sus largas piernas bien formadas quedaban parcialmente oscurecidas por un niño con un gran algodón de azúcar en la mano. George vio aquellos pantalones cortos con bolsas y las piernas como palillos que surgían de ellos, y el pelo cortado al rape y la cara seria de duendecillo.

Ese día estaba guardado en su memoria porque había sido un día bueno. Un día feliz. Un día poco frecuente. El instante atrapado en su pecho como un pájaro encerrado que aletea contra los alambres de la jaula. Todavía olía el calor y la arena y la gente. Los burros, el algodón de azúcar y el aroma de la margarina fundida en los sándwiches de mermelada. Casi podía saborear aquella mermelada de fresa, llena de arena de los dedos pringosos. Casi podía tocar de nuevo el salitre del mar azul. Había sido un día tan bueno, desde el viaje en tren por la mañana temprano hasta el agotamiento y el sueño al tumbarse en las sábanas frías y planchadas dispuestas para soñar el sueño de los muertos. Recordaba a Nancy dándole un beso de buenas noches. Sonriéndole con su cara suave de melocotón.

—Esto era en Camber Sands, Georgie, muchacho. Fueron unos días estupendos. Yo entonces era como una modelo. Qué tiempos, todo el mundo me miraba.

—Sigues estando maravillosa, madre.

Era una mentira amable, lo que ella quería, esperaba oír.

—Bueno, puede que no tan bien como estaba entonces, pero nada mal para mis años, ¿eh?

Lo decía con voz más suave, casi jovial. Cuando hablaba de sí misma, estaba animada y feliz.

Volvió la página. Esta vez la foto era de ella sola. Un encuadre de cabeza y hombros. Los labios un poco separados para mostrar los dientes blancos perfectos. El pelo de color cobre oscuro enmarcaba el rostro y llevaba un lápiz de labios naranja

vivo. El fotógrafo había coloreado a mano la foto y había captado el tono exacto de sus cabellos y su piel.

Nancy pasó los dedos arrugados por la página para acariciar la fotografía.

—Me acuerdo de esto como si fuera ayer. El hombre que sacó la foto dijo que yo tendría que haber sido modelo. Dijo que yo tenía una estructura de huesos perfecta.

«Y tenía que saberlo —pensó George—. Estuvo viviendo con nosotros una temporadita, si recuerdo bien». Cerró los ojos apretándolos fuerte. Pudo ver aquel día con toda claridad. Les sacaron fotos a todos y luego su madre los mandó a casa. En su cabeza evocó la imagen de Edith conduciéndolos al autobús y luego ya en casa haciéndoles algo de comer. Su madre había vuelto más tarde con el hombre, un tipo grande y corriente con un bigotillo fino y un traje de cuadros príncipe de Gales. Había llegado trayendo a su madre, bastante borracha, y una bolsa de pescado con patatas fritas que lo había hecho simpático inmediatamente para Joseph y George, puesto que no se había olvidado de ellos. Les trajo también una botella grande de limonada, y luego los hizo reír a todos contando historias de cuando estuvo en el ejército. Contaba a los dos niños de ojos ávidos cómo disparaba contra los boches.

Entonces esa noche, más tarde, mucho más tarde, George se había despertado con dolor de barriga por culpa del pescado con patatas y el Tizer. Cuando iba al retrete, oyó gemidos que salían del cuarto de su madre. Abrió la puerta sin hacer ruido e investigó. Vio a su madre de rodillas en la cama con aquel hombre. Las manos de él estaban en los largos y espesos cabellos de ella y se los movía en torno a la cabeza y tiraba de ellos. Y gemía.

—Así, Nance. Cómetelo todo, Nance.

Vio el cuerpo desnudo de su madre a la luz tenue de la lumbre, vio cómo movía la cabeza y la boca arriba y abajo sobre el hombre. Y entonces, el hombre lo descubrió. Tiró de Nancy para arriba y se pasó una sábana por encima para ocultar su desnudez. George vio demasiado tarde la ira en el rostro de su madre.

—¡Largo de aquí, puñetero entrometido!

Y entonces saltó de la cama con la cara retorcida de rabia y la barbilla pintarrajeada de lápiz de labios. Se lanzaba hacia él con el amplio paso de sus largas piernas y la boca abierta como una gruta. George solo tenía tres años.

—Esta, Georgie, mira esta.

George se vio devuelto al presente.

—Mira mi vestido. Me acuerdo de haber estado siglos ahorrando para este vestido.

George se obligó a mirar la fotografía. Notó cómo se calmaban los rápidos latidos de su corazón.

—¿Quién es la chica que está contigo?

—Esta, Georgie, muchacho, es Ruth Ellis.

George miró detenidamente la foto.

—Yo trabajaba en su club. Se llamaba El Pequeño Club, fíjate tú. En

Knightsbridge —dijo Nancy, y miró a su hijo con una media sonrisa en la cara y disfrutando del impacto que estaba produciendo.

George observó de nuevo la fotografía.

—Llevaba un burdel —dijo.

—No era propiamente un burdel, Georgie, muchacho. Era más bien un club para caballeros.

George la miró a la cara y vio un brillo en sus ojos. Se había puesto a utilizar su pasado, un pasado que no habría mencionado ni a un alma viviente, para tratar de socavarle a él, de intimidarlo. De abuela religiosa, epítome de la decencia, regresaba a los días de su puterío para rebajarlo a él. Pero la conocía muy bien. Sabía lo gazmoña que podía ser. Se acordó de cómo reprendió a Edith aquella vez, cuando se quedó embarazada; se acordó de la falsa impresión de pobreza digna que gustaba transmitir a sus vecinos. Recordaba cómo había contado a todo bicho viviente la caída de Edith en el pecado. Ahora su auténtica vida le servía para hacer daño a uno de sus hijos, para herir, y la utilizaba sin el menor escrúpulo. Sintió impulsos de golpearla.

Nancy observó la cara de su hijo y se imaginó lo que pensaba. Así que regresó a la malicia de siempre.

—Una vez alguien me dijo: «Nancy, tienes ahí una mina de oro». Y qué razón tenía. ¿Sabes quién fue el que lo dijo? El hermano de tu padre. Me escapé con él. Tu padre no se había muerto, Georgie. Yo lo dejé tirado.

—¡Pero dijiste que había muerto! Yo creía...

Nancy volvió a reírse.

—Ahora ya está muerto. Murió hará cosa de diez años. La policía me localizó y me lo dijo. Murió en un cuarto amueblado por el sur de Londres. Cuando lo encontraron, llevaba diez días muerto. ¡Y aquellos maricones tenían la desfachatez de pretender que yo pagase el funeral! Les dije a dónde se podían ir, y de todo. Era un inútil, Georgie, un maldito inútil. Ni siquiera pudo morir como hay que morir. Solo hasta el final.

Se sintió levantarse del suelo, tuvo conciencia de que sus piernas se le habían entumecido en algún momento de tanto estar de rodillas. Y entonces le soltó un bofetón. Supo que la había abofeteado porque oyó el ruido de la palma de su mano chocar contra la carne blandengue, y notó la fuerza con que la cabeza volvía a su sitio y la oyó gritar ultrajada.

Lily, al otro lado de la puerta, daba saltitos de un pie al otro muy agitada.

—¡Furcia malvada! ¡Guarra, furcia de mierda! —a George le salían burbujas de saliva por las comisuras de los labios—. Mi padre estaba vivo. Podría haberme salvado de ti. Podría habernos salvado a todos de tus putos amigos y tus maldades. Tú dejaste que los hombres me tocasen por dinero... ¡que me tocasen y abusasen de mí!

La mente se le había puesto como una úlcera reventada que supurase todo su

odio. Estaba peligrosamente al borde de las lágrimas y procuró tragárselas.

—¡Jodida puta de mierda! ¡Ramera apestosa!

Ella se había pasado la vida disfrutando de hacerle daño, mientras a otros les daba placer pagado. Notó que la bilis le subía a la garganta, que le ardía. Apretó los labios para impedir arrojarla sobre la mujer que tenía sentada delante con aquella sonrisa burlona de siempre.

—Ninguno de mis hijos tuvo un poco de coraje. Todos erais como él, débiles y enfermizos. Os odiaba a todos.

La voz estaba llena de maldad y de algo más. De miedo.

Ahora tenía miedo de él, de lo que había originado. De cuál pudiera ser el resultado.

George se dejó caer en un asiento. De pronto, estaba agotado. Ir allí había sido una equivocación. Tenía que haberlo sabido. Aquella mujer le había robado su infancia, su inocencia y a su padre.

Lo último nunca se lo podría perdonar.

La cantidad de veces que se había escapado de casa, solo para que lo llevaran de vuelta, y todo ese tiempo tenía un padre al que hubiera podido acudir. Un hombre que se pudiera ocupar de él como era debido.

Miró a su madre como si fuera la primera vez. Por fin la odiaba al ciento por ciento. Le daba asco. Era una puta. Eran todas unas putas, hasta la última.

De repente se echó a reír, una risa aguda al borde de la histeria, y aquel sonido terrible fue lo que hizo que Lily irrumpiera en la habitación.

¡La vieja zorra! Tantos años de aguantar sus desvaríos de mojigata, de oír a Joseph consentírsele todo, de ser el segundo para aquel dechado de virtudes que hacía sonar su campanilla como una maestra de escuela demente y gritaba «¡Tráeme esto, tráeme lo otro!». ¡Y en realidad había sido una vulgar prostituta!

—¡Perra mentirosa! —todo el refinamiento duramente adquirido de Lily había desaparecido—. ¡Andabas en la puta vida alegre!

Nancy se quedó mirando a su nuera con ojos que eran como pedernales.

—¡Nos has tenido a todos contra la pared! Pues bueno, se acabó, señora. Te vas a una residencia. No me importa lo que cueste. ¡Espera a que llegue Joseph! ¡Ya te daré yo Ruth Ellis! ¡Es una lástima que no te colgaran como es debido, so vieja zorra!

George se enjugó los ojos con el pañuelo y con una última mirada a su ahora aterrorizada madre, salió de la sala y se fue por la puerta de la calle. Los gritos de Lily fueron tras él.

Arrancó el coche. Tenía la maleta en el asiento de atrás, lista y preparada para las vacaciones. Espera a que se lo cuente a Edith. George sabía que nunca volvería a ver a su madre.

Patrick Kelly había llegado a Brighton. No le costó mucho tiempo encontrar las direcciones de la familia de Tony Jones. Si fuera necesario, se llevaría de rehén a la hija mayor hasta que Jones apareciera. Patrick sabía que no haría falta mucho para

que el rumor de la calle llegase hasta él.

El Rolls Royce se detuvo delante de una dirección de Steyning. Kelly hizo un gesto a Willy y los dos se bajaron del coche. Dentro del pequeño *bungalow*, Tony Jones se bebía un *whisky* mientras su mujer lo miraba. Tenía sobre las rodillas a su nieta Melanie.

Adoraba a su abuelo y se arrebujaba contra su corpachón fofo. Fue la hija de Tony quien abrió la puerta y se quedó allí en silencio al ver que entraban sin más.

Patrick hizo un gesto con la cabeza a la joven. Ella no tenía que ver con el tema, lo sabía.

—¿Dónde está, guapa?

La joven señaló la puerta que estaba al final del pasillo.

—Allí dentro. Escuche, señor Kelly, mi hija está allí...

No le hizo caso y entró en la habitación.

—Hola, Tony, tiempo sin verte. He venido para llevarte a dar un paseíto. A charlar un poco, digamos.

Tony Jones se puso blanco. La niña de su regazo notó el miedo y lo abrazó más fuerte.

Kelly miró la larga melena rubia y los enormes ojos azules. Podría haber sido su Mandy de pequeña. Alargó una mano y le tocó la suave cabecita.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas?

La cría levantó la vista y sonrió dejando ver unos dientecillos como perlas.

—Melanie Daniels y tengo tres años.

—Eres una chica muy mayor para tu edad, ¿verdad que sí? Deja que el abuelo vaya a buscar la chaqueta, cariño, mientras tú y yo charlamos un poco.

La niña miró a su abuelo y se alegró cuando le dijo que sí con la cabeza. Decidió que le gustaba aquel hombre grande con el abrigo grande. Willy miraba fascinado a Patrick coger la manita minúscula de la niña. Fue a acompañar a Tony Jones a buscar la chaqueta. Tony abrió la boca para decir algo y Willy le hizo callar.

—Tienes que estar muy para allá si te pensabas que ibas a poder colarle un gol a Pat en lo que concierne al mierda ese.

Tony agachó la cabeza.

Melanie estaba ahora sentada en las rodillas de Patrick entreteniéndolo con historias de su vida infantil.

—Tengo un gatito que se llama Hollín. ¿Tú tienes un gato?

Patrick meneó la cabeza.

—¿Y un perrito? ¿Tienes un perrito?

Patrick le sonrió con auténtico buen humor. Era una niña encantadora.

—¿Puedo hacerle un café, señor Kelly? —dijo Jeanette con voz plana. Sabía lo suficiente de Patrick Kelly para saber que su nieta estaba a salvo. Había conocido a Renée muchos años antes. Y sabía que Patrick lo recordaría.

—¿Por qué no? —Patrick la miró a los ojos—. Siento mucho todo esto, Jeanette,

pero ya sabes cómo son las cosas.

Ella no pudo sostener su mirada; se levantó y se fue a la cocina. Willy y Tony volvieron a la habitación.

—Y voy a jugar al colegio —Melanie seguía parlotando y Patrick disfrutaba de la conversación.

—¿De veras? ¿Y qué haces allí?

Melanie se mordió el labio de arriba consternada mientras pensaba.

—Pues cantamos y pintamos algunas veces. Yo sé cantar *The wheels on the bus* todo entero —esa última información la acompañó con una sacudida de su melena rubia y Kelly se echó a reír.

—Eres una niña muy lista, Melanie.

—Mi abuelo dice que soy tan guapa como un cuadro. Y me canta canciones. A que sí, abuelo.

Tony asintió en silencio contemplando la escena que tenía delante. Patrick lo miró antes de hablar.

—¿Y qué canciones te canta? —preguntó.

—¿Puedo cantar una, abuelo? Por favor.

Tony volvió a asentir y la niña empezó a cantar.

Patrick dejó que Tony Jones siguiera sentado cociéndose en su propia salsa veinte minutos más hasta que decidió que se fueran. Para entonces Melanie se había enamorado tanto de él que se puso a dar gritos como una loca porque quería marcharse con ellos. Sus gritos les perseguían desde la casa.

La niña había insistido en que cada uno de los tres hombres le diera un beso, y Willy tuvo que ser reconvenido severamente por Patrick para que lo hiciera. Patrick, por su parte, le había acariciado el pelo y confortado antes de irse disfrutando de la inocencia infantil de la criatura; una inocencia que le había recordado a otra vida, la vida en la que tenía una esposa y una hija.

Ya en el coche se volvió hacia Tony.

—Una niña encantadora. Debes estar orgulloso de ella. —Tony asintió, no lograba contestar—. ¿No es una cosita encantadora, Willy?

Willy se volvió a medias desde su asiento.

—Oh, sí.

Patrick seguía hablando despreocupado.

—Imagínate cómo te sentirías si alguien la cogiera, la sodomizara y luego la dejara por muerta en el puto suelo. Con la mitad del cráneo machacado y el pelo pegado a la tierra en un charco de sangre. Si hubieras tenido que verla morir, lenta y dolorosamente, en un hospital. Verla luchar por su vida después de varias operaciones que le iban cortando el cráneo trocito a trocito porque tenía el cerebro tan hinchado que no le cabía en la cabeza. A que te pones malo solo de pensarlo, ¿verdad?

Tony meneó la cabeza de un modo apenas perceptible.

—Bueno, pues ahora puede que entiendas por qué te vas a llevar la paliza de tu

puta vida, ¿a que sí? Pero primero quiero que me des la dirección de ese hijoputa, el número de teléfono, el código postal. Quiero saber todo lo que sepas de él. ¿Está claro?

Tony asintió de nuevo.

Por lo menos, Kelly no había dicho que iba a matarlo. Por lo que a Tony concernía, aquello ya era un buen resultado.

LIBRO SEGUNDO

La horca es demasiado buena para él, dijo el señor Crueldad.

JOHN BUNYAN 1628-88

*¡Violación! ¡Violación!
Sí, has forzado a la justicia.
La has obligado a actuar a tu placer.*

JOHN WEBSTER 1580-1625

*Vida por vida,
Ojo por ojo, diente por diente,
mano por mano, pie por pie.
Quemadura por quemadura, herida por herida,
golpe por golpe.*

Éxodo, 21, XXIII

Capítulo Veintiséis

George tomó una habitación en el hotel Hilton de Gatwick. Se encontraba nervioso. Sabía que no iba a poder dormir.

Abrió la maleta. Había metido una de sus revistas favoritas y esa noche la necesitaba. Necesitaba que lo liberasen del mundo real. Abrió la revista por las páginas centrales. Una chica le miraba. Tenía el pelo color caoba de verdad. George sabía que era de verdad porque era igual arriba y abajo.

Se quitó la ropa y la colgó con cuidado en el armario, y luego se relajó sobre la cama en calzoncillos. Mañana a esa hora estaría en los Estados Unidos. Se permitió una sonrisa. Estaría en Florida, empezando una nueva vida.

Asomaba la lengua justo por la comisura de la boca, concentrando sus energías y pensando en diferentes entretenimientos y situaciones con la chica de la página.

Empezaba a sentirse mejor.

Patrick sonrió a Tony Jones.

—Así que lo que me estás diciendo, Tony, ¿es que te hiciste el análisis de sangre en vez de ese tipejo?

Tony asintió con los ojos clavados en el suelo.

—¿Fuiste sin más y te hiciste el análisis de sangre, un análisis de sangre que estoy pagando yo, para que ese cacho de mierda se vaya sin más?

—No fue así, señor Kelly. Me tenía cogido por las pelotas...

—Yo sí que te voy a tener cogido ahora mismo, tronco —dijo Willy con voz baja y amenazadora.

Tony miró a Patrick angustiado.

—He estado vendiendo películas *snuff*. Y él las compraba. Y dijo que me enredaría en el asunto... —había desesperación en su voz.

Hubo un ratito de silencio. Kelly y Willy miraron ambos al hombre que tenían delante con ojos entrecerrados, como intentando comprender qué era exactamente lo que tenían delante.

—¿Películas *snuff*? Así que vendes esas películas. Negocias con esa basura que comercia con niños, vendes muerte, ¿y quieres que yo sea indulgente contigo? Pretendes que te diga: «Oh, no te preocupes, Tony, mientras saques una buena tajada...».

Patrick echó atrás el puño y empezó a dar golpes a Tony Jones en la cara y la cabeza. Notaba que se le raspaban los nudillos cuando entraban en contacto con el cráneo de aquel hombre, sintió el primer chorrito de sangre cuando reventó la ceja de Jones, pero no pudo detenerse. Su cabeza estaba llena de rabia, rabia que alimentaba las imágenes del rostro y el cuerpo rotos de Mandy. El saber que había sido sodomizada, violada y humillada por un sádico que no le había dedicado más pensamientos de los que podía dedicarle a un perro rabioso.

¡Y todo era culpa de este tipo! Satisfacía sus caprichos, facilitaba el medio con el

que el tal George Markham alimentaba sus fantasías de enfermo. Finalmente, exhausto, se acercó a la esquina de la cochera cerrada. Fuera oyó los arañazos del rottweiler que pertenecía a uno de sus cobradores. Olfateaba por debajo de la puerta emitiendo pequeños gemidos. Cada poco, oía a Jimmy Danks tranquilizar al animal. Patrick pensó que Tony podía estar muerto muy pronto.

Se encogió de hombros. En aquel momento, no le importaba nada. Apartó unas lágrimas, no estaba seguro de si de rabia o de dolor. No podía pensar en otra cosa que en su niña. Eso tenía preferencia sobre todo lo demás. Y no podía hacer nada para recuperar a Mandy. Eso lo aceptaba, pero iba a encontrar a ese George Markham y hacerle pagar caro lo que había hecho. No solo a Mandy, sino a todas ellas.

Oyó un gemido y se volvió, y vio que Tony Jones recuperaba el conocimiento. Patrick lo miró levantarse del suelo sucio y sentarse en la silla desvencijada. Abrió el cerrojo de la puerta e hizo una seña con la cabeza al hombre del rottweiler. Luego lanzó una última mirada a Tony Jones, indicó con un gesto a Willy que lo siguiera, y salió de la cochera.

El perro tiraba ahora con fuerza de la correa, olfateando el aire. Abría y cerraba las enormes mandíbulas lanzando bocados. Kelly se quedó de pie junto al coche en el terreno desierto y miró cómo su hombre soltaba la correa y dejaba que el perro entrara corriendo en el garaje y cerraba la puerta detrás de él.

Cuando Tony Jones se dio cuenta de lo que sucedía, sesenta kilos de músculo se habían lanzado ya sobre él.

Kelly y Willy se fueron en el coche acompañados por el sonido de sus gritos desesperados. El dueño del perro se liaba un cigarrillo. Les dijo adiós alegremente con la mano al verlos marchar.

George se había vestido y salió del hotel a las ocho y treinta y siete. Esa noche no lograba relajarse. Ni siquiera la revista había servido de mucho para que se sintiera mejor. Su madre lo había puesto demasiado nervioso. Paseó un rato sin rumbo en el coche, con las cosas que ella le había dicho dando vueltas como un tornado en su cabeza.

Su padre no había muerto. Lo único que recordaba de él era a un hombre alto y delgado de pelo rubio oscuro que olía a tabaco. George se acordaba de estar sentado con aquel hombre en una gran mecedora. Y que después un día había desaparecido. Su recuerdo más antiguo de su madre era que lo cogía en brazos y lo besaba en la boca, apretándolo con fuerza a pesar de que él quería escaparse. Los brazos de ella eran como cintas de acero que lo sujetaban.

Se estremeció.

Un coche hizo sonar la bocina y lo sacó de su ensoñación, y descubrió que estaba metido en una rotonda. Se despabiló y cogió el primer giro. Buscó las señales de la carretera y vio que estaba en la A-26 en dirección a Maidstone. Así estaba de nervioso. Había estado conduciendo sin saber siquiera a dónde iba.

Solo su madre le podía descontrolar de ese modo.

Salió por la carretera que llevaba a Neettlestead. Eran las nueve y media. Condujo despacio, intentando aclarar sus pensamientos.

Entonces vio a una mujer unos treinta metros delante de él. Estaba junto a un gran Range Rover haciéndole señales para que se detuviera.

George paró detrás del Rover y bajó la ventanilla. Cynthia Redcar se precipitó hacia él; la amplia parka de hombre que llevaba se le abría al correr. Llevaba allí atascada treinta minutos.

—Oiga, siento muchísimo molestarlo, pero se me ha averiado el coche.

George vio dientes blancos y cabellos negros abundantes. Tenía la barbilla larga y cualquiera que la mirase diría que tenía una cara del tipo caballuno.

—¿Podría usted llevarme a buscar ayuda, por favor? Debo telefonar a mi marido, estará muerto de preocupación. —Y volvió a sonreírle.

—¿Cuál cree que es el problema?

Se cerró la parka sobre su cuerpo delgado e hizo una mueca.

—No sé ni una palabra de coches. Simplemente, se paró y no anduvo más. Oh, Dios, ya estamos otra vez. —Volvió corriendo al Range Rover al oír lloriquear a un niño.

George se bajó del coche y fue andando tras ella.

La mujer sujetaba contra el pecho a un niño de unos dieciocho meses, le acariciaba suavemente la cabeza morena y le consolaba como solo las madres saben hacerlo. Alzó las cejas mirando a George.

—La pobre criatura tiene frío y hambre. —Recogió el bolso del asiento de atrás y se puso a cerrar el Range Rover. Luego se quedó delante de George ya dispuesta y esperando y con las cejas alzadas interrogativamente.

La verdad es que era un hombrecito raro, pensó. Apenas decía ni una palabra. Echó a andar hacia el Orion muy decidida. Abrió la puerta de atrás, colocó al niño ya callado tumbado sobre el asiento y se deslizó ella a su lado hablándole con dulzura y acariciándole las piernas. George vio que el niño cerraba los ojos y se relajaba. Estaba transido ante aquella hermosa imagen.

La mujer lo vio mirar y sonrió.

—Tengo otros tres como este en casa. ¡Espero que Dicky se acuerde de darles de comer! A veces no puede uno fiarse de él. Aunque apostarí a que a los caballos sí les dio de comer, ¡de esos nunca se olvida! —Se rio jovialmente. George se la quedó mirando y ella sintió el primer pellizco de inquietud.

—Oiga, no me gusta meter prisa, pero si pudiera llevarme hasta el pueblo... —Volvió a alzar las cejas, esta vez de esperanza.

George miraba a su alrededor. La carretera estaba desierta. Si la mujer llevaba allí más de media hora, era evidente que apenas se usaba. A la derecha había un bosque, a la izquierda un maizal. Empezó a notar que aquella excitación tan familiar iba creciendo. Rebuscó en el bolsillo del abrigo y la mano tropezó con el mango del cuchillo. Frío al tacto. La carretera tenía farolas, pero con luz amortiguada, como si

los ingenieros que la proyectaron supieran que no se usaría con mucha frecuencia.

—¿Vive usted lejos?

—No, como a doce kilómetros por la carretera. El problema es que las luces se acababan como a un kilómetro y medio más allá y no me apetecía ir caminando por allí a oscuras.

Tenía una voz tan llena de vida... George se imaginó que debía ser muy divertido vivir con ella. Podía verla jugando con sus hijos, cocinando su propio pan. Parecía del estilo de las que se preocupan por la capa de ozono y los bosques tropicales. Montando a caballo.

Soltó una risita.

—¿Está usted bien? Si le causo algún problema... —ahora su voz parecía incluso más insegura y George vio que sus ojos escrutaban la carretera en busca de algún otro vehículo. Puso una máscara de sonrisas en la cara. El niño empezó a roncar suavemente y George sonrió a la mujer.

—Sal del coche.

—¿Cómo? ¿Perdone?

George le tiró del brazo.

—Digo que salgas del coche.

La mujer fue a coger al niño y George sacó el cuchillo.

—Déjalo ahí.

Cynthia Redcar se quedó mirándolo. En sus ojos oscuros la confusión era visible. George casi podía oler su miedo. Se bajó del coche a tropezones.

—Quítate la parka y tápalo con ella. Me parece que tiene frío.

Cynthia siguió allí atontada, mirándolo.

George volvió los ojos al cielo. ¿Por qué eran siempre tan difíciles las mujeres?

Le cruzó la cara de un bofetón, fuerte.

—No me hagas enfadar, te lo aviso. Haz solo lo que te digo, y todo irá perfecto.

Cynthia se quitó la parka. El viento le dio un mordisco de frío. Tapó con cuidado al niño.

—Ahora cierra la puerta, que vamos a dar un paseíto.

Al cabo de un minuto estaban en medio del bosque. En la penumbra, Cynthia notó la mano de él en sus pechos e instintivamente se la apartó.

—¿Cómo se llama el niño? —la voz de George era baja y amenazadora y Cynthia sintió el miedo como si fuera un puñetazo.

—Por favor... por favor, no haga daño a James. Haré lo que quiera, pero no toque a mi niño.

Eso ya estaba mejor.

—Quítate la ropa.

George la miró forcejear con los botones de los vaqueros. Sacarse el jersey por la cabeza. Y sin dejar de mirarlo. Veía cómo le temblaban las manos al moverse.

Tenía unos pechos grandes y caídos. George se imaginó que tendrían marcas,

visualizó las venas moradas de amamantar a los niños. ¿Cuatro niños había dicho que tenía? Otra vez se le nublabla la mente. Era por la excitación ante su miedo. Adoraba el miedo. Le encantaba estar al mando. Ahora la tenía de pie con las manos cruzadas sobre los pechos, descalza, intentando ocultar su desnudez.

—Túmbate.

—Por favor... quienquiera que sea, no lo haga —tenía la voz inundada de lágrimas.

—Túmbate. —Dio un paso hacia ella, que se echó atrás al ver la hoja de la navaja junto a su cara.

Se tendió sobre el suelo húmedo y frío con las manos entre las piernas. George la observó durante unos instantes antes de desprenderse del abrigo y arrodillarse delante de ella, obligándola a abrir las piernas con la rodilla.

—Vas a hacerme unas cuantas cositas, querida. Y si las haces muy muy bien, pero solo si las haces muy bien, te dejaré irte a casa.

Se bajó la cremallera del pantalón.

Cynthia sintió que la recorría una oleada de náuseas.

George volvía a ser feliz. Después de todo, el día no había sido tan malo.

Kate llamó a la puerta de Patrick a las nueve y media. Abrió él mismo.

—Recibí tu mensaje, Pat, ¿todo está bien?

—Sí. Tuve que ocuparme de algunos asuntos, nada más.

Pasaron al salón, donde Patrick sirvió una copa para cada uno. Kate se quitó el abrigo y lo dejó en una silla. Observó la habitación ya familiar y notó que la envolvía una cálida sensación de bienestar. Le gustaba la casa de Patrick, le gustaba mucho.

—¿Sigue haciendo frío fuera, Kate?

—Sí, va a llover más tarde, por lo que parece.

Se sentó en el sofá y dio un trago a su copa.

—¿Seguro que estás bien, Pat?

Kelly tuvo un sobresalto. Estaba pensando en más adelante, cuando por fin pudiera ponerle las manos encima a George Markham.

—Claro que sí —la voz sonó cortante e intentó calmarse—. He tenido un poco de bronca con uno de mis cobradores, y ya está. Eso me pasa continuamente.

Debería haberle dejado un mensaje a su madre diciéndole que ya la vería al día siguiente. No tendría que haber arreglado las cosas para verla esa noche. Se suponía que tenían que verse a las ocho y él había llamado y le había dicho a su madre que le dijese a Kate que en vez de eso fuese a las nueve y media. Había sido un error. Si se enteraba de lo que iba a hacer esa noche...

—¿Qué clase de problema? —había preocupación en su voz. Kelly la miró y sintió que la quería tanto que tuvo ganas de llorar.

—Nada de lo que preocuparse, Kate. ¿Cómo te han ido a ti las cosas?

Ahora la voz sonaba más blanda. Lo miró encender un cigarrillo. Le temblaban las manos.

—Perfectamente. Los análisis de sangre van a las mil maravillas.

—Estoy seguro —la voz sonó dura de nuevo.

Tuvo ganas de decirle que era todo una pérdida de tiempo, que George Markham, el Destripador de Grantley, había pagado a otro hombre para que se hiciera las pruebas por él. Todo aquello era una puñetera burla.

—Hacemos todo lo que podemos, ¿sabes? —dijo Kate con voz suave, y por un instante Patrick sintió un fugaz remordimiento. Luego, lo sustituyó la aprensión. Si ella se enterara de lo que iba a hacer... Sería el final de todo entre ellos. Lo mal que le pareció lo que le había hecho a Danny Burrows no sería nada comparado con lo que opinaría cuando Markham apareciera asesinado. A Patrick no le importaba si lo pillaban, mientras aquel hombre pagara sus culpas.

Kate estaba preocupada. Lo veía tan tenso como la cuerda de un violín. Era como si supiera algún secreto tremendo y no se lo pudiese contar a nadie.

—¿Has comido, Pat?

Patrick no pudo evitar una sonrisa. Le pareció oír a su madre: siempre que había una crisis o un trastorno quería dar de comer a todo el mundo.

La comida era el modo femenino de curar heridas.

Como si las cosas fueran tan fáciles...

—Ven aquí —era una orden.

Kate dejó el vaso y se acercó a él. Se quedó delante de él con las manos en las caderas.

—No estoy muy segura de que me guste tu tono.

Lo dijo riendo y Patrick tuvo una sensación en las tripas como si una mano le apretase las entrañas. Comprendió lo que ella intentaba hacer. Pensaba que había tenido un día malo a cuenta de Mandy y trataba de levantarle el ánimo.

Era buena. Kate era una mujer buena.

Tiró de ella para sentarla en las rodillas y le metió la mano por debajo del jersey y acarició la piel suave de sus pechos.

—Oh, Kate... —era un grito del corazón, y ella lo sintió como un puñetazo.

—Patrick, dime qué anda mal. Quiero ver si puedo ayudarte. ¿Estás metido en algún problema?

—No. No es nada de eso, te lo juro.

—Entonces, ¿por qué estás así? ¿Es por Mandy? Es como si anduvieras sobre ascuas por alguna razón —bajó la voz—. Es por Mandy, ¿verdad que sí?

Puestos así, sí que le decía la verdad, de todos modos.

—Sí..., se trata de Mandy.

—¿La echas de menos? Es perfectamente natural, ¿sabes? A mucha gente esas cosas le afectan de golpe. Ya lo he visto otras veces.

Lo miró con cara seria y él notó que se le aceleraba el corazón.

Quería decirle que la había echado de menos hasta el último instante del día; que la tenía dentro de él cuando abría los ojos por la mañana y cuando los cerraba por la

noche. Que ni siquiera en sueños escapaba de aquella sensación de inutilidad. Pero que ahora tenía a su alcance al que había perpetrado aquello y esa noche iba a cometer un asesinato. ¡Y no veía el momento!

Pero sabía que Kate no comprendería esa necesidad. La necesidad de destruir al hombre que había destrozado la única cosa decente que tenía. Eso lo dejaría limpio. Sabía que podía mentirse a sí mismo, decir que iba a librar al mundo de un cacho de mierda. Así lo había calificado Willy. Pero en lo más profundo de su interior sabía que eso era apenas una parte pequeña del asunto. Lo que quería era venganza. Venganza, y la sensación de tener su sangre entre las manos.

Kate observó cómo las emociones cruzaban su rostro y sintió una gran pena por él.

Y entonces, de repente, estaban en el suelo.

Le arrancaba la ropa de encima y ya lo tuvo dentro de ella apretando como si su vida dependiera de aquello. Nunca había experimentado un acto de amor tan brutal y tan hermoso. Se corrieron juntos en un orgasmo estremecedor y luego permanecieron yaciendo allí estrechamente abrazados el uno al otro.

Patrick contempló sus ojos oscuros y deseó no tener que hacer lo que iba a hacer. Porque si aquella criatura exquisita llegaba a descubrirlo, perdería una vez más todo lo que tenía.

Pero ni siquiera el amor de Kate era suficiente. La venganza tenía ya un sabor amargo, pero no había vuelta atrás.

George iba canturreando en voz baja. Cynthia había resultado callada y acomodaticia. Volvió a colocarle las extremidades a su gusto. Tenía los muslos musculosos. De tanto ir a caballo, supuso. Había perdido el conocimiento de miedo, y eso le molestó. Porque esa noche quería, necesitaba, una mujer que le suplicase.

Su madre hubiera suplicado de verdad. Le habría suplicado que la perdonase. Pero esta no. Sintió que volvía a acometerle la cólera y entonces oyó el ruido. El llanto de un niño. James estaba despierto.

Cynthia se removi6 debajo de él. El llanto de su hijo penetró de algún modo en su inconsciente. Abrió los ojos y, recordando lo sucedido, miró a George aterrorizada.

El llanto se hacía más fuerte. Los sollozos entrecortados eran como cuchillas que se le clavaban en el corazón.

¿Cuánto tiempo había estado sin sentido? ¿Habría hecho daño a James aquel hombre? Intentó incorporarse.

George chasqueó la lengua. Sintió las manos de la mujer en el pecho y la fuerza con que intentaba apartarlo de ella. Una fuerza animal parecía inundar su cuerpo. Su hijo la necesitaba. Su hijo estaba en peligro.

Todas eran iguales.

Cynthia le lanzó un rodillazo. El pánico por su hijo la galvanizó, la puso en acción. Alcanzó a George en la ingle y le hizo soltar un gemido con el agudo dolor que se disparó ardiente en sus testículos. Le lanzó una cuchillada que tajó la garganta

seccionando la piel y las venas tan limpiamente como un cirujano.

Cynthia se llevó las manos a la garganta con sorpresa. Luego las apartó cubiertas de sangre. Abrió la boca, pero solo se le escapó un borboteo ahogado.

George miró cómo la cabeza se le caía para atrás con un estremecimiento que era el último sueño, con aquella herida abierta escupiendo sangre.

Luego se quedó inmóvil, con los ojos clavados en él.

George limpió la hoja en la tierra que tenía al lado, se levantó y se arregló la ropa. Recogió el abrigo, se quitó los guantes blancos de algodón y se los metió en el bolsillo. Fue hasta el coche.

James lloraba fuerte. Se había despertado en un coche desconocido que olía raro y su madre no estaba. Se arrebujaba en el abrigo de ella intentando aspirar el perfume materno.

George abrió la puerta y lo cogió en brazos. Luego volvió al lado de Cynthia con el niño.

El niño se debatía y George lo sujetó más fuerte.

—¡Estate quieto!

James tragó una buena provisión de aire y gritó más. George lo depositó en la tierra cubierta de hojas. El crío pataleaba y lloraba y George contempló fascinado la fuerza de aquel pequeño cuerpo. La determinación por conseguir lo que quería, fuera lo que fuese.

Lo miró ir dando tumbos sobre sus piernecitas gruesas, tratando de encontrar alguna cosa conocida. El miedo y el pánico lo volvían patoso. George trató entonces de cogerle de la mano, pero el niño no se lo permitió.

Le apartaba los brazos, gritando más y más fuerte hasta que finalmente George se puso a pegarle. En el camino de vuelta al hotel, George empezó a canturrear.

Patrick y Willy llegaron a Bychester Terrace a las dos y cuarto. Mientras subía el camino, Patrick notó que se le aflojaban las tripas. Casi en un instante se enfrentaría al asesino de su hija. Sintió un fuerte calor dentro de él al pensarlo. Las pocas horas pasadas con Kate habían estado teñidas de desesperación. Ahora, ella había desaparecido de su pensamiento. Solo podía prever, solo podía pensar en el futuro sin Mandy. Su niña.

Cuando caminaba hacia la puerta de entrada supo que la casa estaba vacía. Tenía ese aire de lo abandonado. Llamó de todos modos y esperó.

Había vuelto la rabia. La rabia ardiente que se le iniciaba en el pecho e iba abriéndose camino reptando por todo el cuerpo, metiéndosele en los huesos y los nervios. Encolerizándolo.

Quería coger a George Markham. Quería extirparle la vida estrangulándolo lentamente. Quería castrarlo. Quería hacerle daño más de lo que había querido cualquier otra cosa en toda su vida.

Aquel hombre había utilizado a su hija como si fuera un puñado de basura, y Patrick Kelly se ocuparía de que se administrara justicia.

Dio la vuelta hasta la parte trasera de la casa con Willy a sus espaldas. Al pasar por la tubería que desbordaba, les salpicó un poco de agua.

—¡Cojones! ¡Esta puta agua está helada! —la voz de Willy era un susurro.

Se sacó un cortador de vidrio del bolsillo e hizo un agujero en la puerta de atrás. A los pocos segundos estaban dentro de la casa.

Por supuesto que estaba vacía.

Patrick maldijo por lo bajo.

Encendieron las linternas y empezaron a buscar alguna pista de dónde pudiera estar su hombre. A la noche siguiente a más tardar, tendrían conocimiento de todos los movimientos que hubiera hecho. Patrick Kelly ya había hecho los arreglos necesarios por si la visita de esa noche acababa en nada.

El bolso de Elaine estaba en el armario del vestíbulo y Willy lo revisó. Sacó una agenda de direcciones marrón toda gastada y volvió a dejar el bolso donde lo había encontrado. Patrick le hizo ademán de que se iban.

Se sentía tan alto como una cometa. La adrenalina le recorría todo el cuerpo. No había llegado tan cerca de aquel tipo para que ahora se le escabullera.

Lo encontraría aunque eso le llevase el resto de su vida. Sobre todo ahora que sabía su nombre.

Nancy rememoraba los sucesos de la tarde tumbada en la cama. Sabía que a Lily nunca le había gustado, y que el sentimiento siempre había sido mutuo. Pero hasta esa noche, nunca se había dado cuenta del todo de hasta qué punto la disgustaba.

Por primera vez en su vida Nancy Markham tenía miedo. Se daba cuenta de que a los ochenta y un años su vida estaba a punto de acabarse y que si llegaban a cumplirse las amenazas que le habían hecho esa noche, terminaría en un asilo.

¡En un asilo!

¿Cómo se atrevía esa furcia apestosa a amenazarla con el asilo?

Pues lo había hecho.

Y Joseph se mostró de acuerdo. Ah, no en voz alta, no con esas palabras. Su hijo era demasiado cobarde para algo así. Pero había mostrado su acuerdo con la mirada. Con unos ojos que eran tan grises y sin vida como los de su padre.

Apretó los puños enfadada. ¡Cuando pensaba en cómo había luchado para darles una vida decente! Y Nancy pensaba que era verdad que lo había hecho.

Cuando pensaba en los sacrificios que había hecho por ellos...

Una de las cosas que George había heredado de su madre era su gran capacidad para la fantasía.

La voz de Lily sonaba a toda marcha en la habitación de al lado.

—Esta vez se larga, Joseph. Tendríamos que habérmola quitado de en medio hace años. Tú lo sabes tan bien como yo.

Joseph se quedó mirando al techo.

—Está como una cabra. Pero es lista —dijo.

Lily agitó el dedo dirigiéndose a él:

—Ah, ya lo creo que es lista. Pues bueno, a ti te lo digo, Joseph Markham, ya he tenido bastante. He tenido que aguantármela todos estos años. Para ti era estupendo, estás todo el santo día fuera. ¿Tienes la menor idea de lo que es tener que estar oyendo esa puñetera campanilla un día sí y otro también? ¡A ver! ¿La tienes?

Joseph cerró los ojos con fuerza.

—Si hasta los niños la odian. Ya no los veo nunca. Los ha hecho huir de esta casa.

De repente, todo aquello fue demasiado para ella y la voz se le quebró. Pero se tragó las lágrimas. Joseph se volvió hacia ella y la cogió entre sus brazos, no muy seguro. Aquella manifestación de afecto fue demasiado para ella y el dique reventó. Los sollozos le estremecían el cuerpo entero y Joseph la apretó contra él, y en su mente creyó ver a la muchacha de otros tiempos.

—Tranquila, Lily. No llores. Todo se va a arreglar. Mañana mismo encontraré un sitio para meterla.

Lily se apartó un poco de él.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Ahora que realmente lo había dicho, y lo había dicho en voz alta, era verdad. Lo primero que haría por la mañana sería visitar al doctor. Si podía, la haría ingresar a cargo del municipio. Y si no podía, lo pagaría él. Había llegado la hora de terminar. Había hecho por ella cuanto había podido. Todo lo que le debía se lo había reembolsado con creces. Una y otra vez.

Era curioso, pero después de todo lo que había oído aquella noche, ya no le tenía el menor miedo.

Era tal y como su esposa le había dicho: había acabado por ensuciar su propio nido.

Joseph acarició el pelo de Lily y sonrió. Sería estupendo poder ver a los niños con más frecuencia.

En el hospital Mile End, dos enfermeras estaban junto a Tony Jones. Fuertemente sedado. Jeanette se había marchado del hospital diez minutos antes.

—¡Pobre hombre! Tendrá cicatrices toda la vida.

—Habría que sacrificar a todos esos malditos perros. A todos. ¡Pensar que pueden andar rondando todavía por ahí! ¡Imagínate que atacasen a un niño!

—Sí... ¿No te parece que la mujer era un tanto rara?

—¿En qué sentido?

—Bueno... —la otra enfermera bajó la voz y puso tono confidencial—. Como si supiera que la cosa sería grave. Cuando lo vio no parecía estar sorprendida ni asustada.

—La verdad es que no me fijé.

—Oh, bueno, puede que sea solo cosa mía.

—Vamos a tomarnos un té antes de empezar la ronda.

Tony lanzó un gemido en su sueño inducido por los medicamentos y ambas

mujeres lo miraron por un instante. Se tranquilizó de nuevo.

—Pobrecito. Se enterará de lo que le va a pasar cuando los puntos de la cara empiecen a tirar.

—Vamos a tomarnos ese té mientras estamos a tiempo.

Capítulo Veintisiete

En el avión, George acababa de tomarse su comida y ahora veía un episodio muy gracioso de *Los hay que nacen estrellados*. Fred Spencer era mensajero de una empresa llamada Demon King, e iba en su moto repartiendo sin saberlo fotos pornográficas en vez de cartas y paquetes. En el avión todo el mundo lanzaba grandes carcajadas y se ajustaba los auriculares. George se reía más que cualquiera de ellos. Se lo estaba pasando realmente bien.

Había dejado el plato limpio, porque descubrió que tenía un apetito atroz al ver el filete Stroganoff con patatas duquesa y guisantes. Se tomó también una botellita de vino tinto.

Ocupaba un asiento de ventanilla y veía bajo él las nubes de algodón. Sintió un momento de euforia. Estaba camino de Florida, iba a ver a Edith. A su Edith. Iba a disfrutar de veras.

Pensó en la noche anterior y su expresión feliz se ensombreció un segundo.

El recuerdo del niño le perturbaba.

Pero se encogió de hombros. A todos los niños les pegaban en algún momento, los padres o los maestros. Eso era indiscutible. Satisfecho de nuevo de no haber hecho nada realmente malo, saboreó una vez más las delicias del cuerpo femenino. Notó que empezaba a excitarse, y apartó aquellos pensamientos de su cabeza para concentrarse en las nubes y en el azul del mar que asomaba de vez en cuando entre la blancura y le recordaba que estaba dejando atrás Inglaterra. Inglaterra, Elaine, su madre... No tenía que olvidar a su madre... Y todos sus problemas.

Empezaría de nuevo en Florida, eso había decidido. Vendería la casa. Ahora era solo suya. Experimentó una breve sensación de fastidio, un simple destello, porque Elaine hubiera muerto de aquel modo. No porque sintiese arrepentimiento alguno, sino porque le había impedido reclamar el dinero del seguro.

Lo tenía todo planeado. Cuando volviera para vender la casa, diría que Elaine se había escapado con alguien. Pondría una sonrisilla. Y con eso se ganaría de inmediato cierta simpatía. Pondría la casa a la venta y luego volvería a Florida con Edith.

Sacaría a Elaine de su tumba acuática y la enterraría en alguna parte. La mezclaría con los desechos del jardín en las bolsas negras y luego las tiraría al basurero.

Le entraron otra vez ganas de reír. ¡Elaine en el basurero! Probablemente era más de lo que se merecía. Él cruzaría ese puente cuando lo tuviera delante. Y en cualquier caso, ella ya no estaba.

Tenía una niña pequeña sentada al lado. Estaba emparedada entre su madre y George. La madre seguía riéndose con Frank Spencer, y mostraba unos dientes blancos como perlas.

George decidió que la aprobaba. Tenía el aspecto que debe tener una madre. Pecho plano, aspecto limpio y saludable. Nada de maquillaje ni de joyas. Terminó el episodio y apareció en pantalla Desmond Lynam para hablar del siguiente programa.

George se quitó los auriculares y se relajó. La niña hizo lo mismo. Le sonreía con timidez. George le devolvió la sonrisa y olió el aroma dulce de aquel cuerpecito. Se fijó en que tenía una baraja de cartas y se inclinó hacia ella.

—¿Quieres que juguemos a parejas?

La niña echó para atrás con desdén sus largos cabellos rubios.

—Yo no juego a parejas. Juego al póquer, a las veintiuna o al descubierto. —Vio la desilusión en la cara de George y añadió precipitadamente—: También juego al *rummy* y a los triunfos.

George sonrió una vez más.

—Entonces, ¿qué me dices de una partida de *rummy*?

—Vale.

La niña empezó a barajar las cartas con mano experta y George suspiró. Nada ni nadie era nunca lo que parecía.

¡Póquer descubierto, en efecto!

Kate miró los dos cuerpos en el suelo y sintió que la invadían las náuseas. La mujer yacía en el suelo de tierra con todas las extremidades abiertas, y un cuello que era una herida boqueante. Hombros y pechos estaban cubiertos de sangre seca. La boca le formaba una O perfecta. Eso ya era bastante malo, pero lo que más la afectaba era el cuerpo del niño.

Tenía la cara completamente aplastada, la nariz y los pómulos hundidos en dirección al cerebro. Los deditos tiernos y minúsculos escondidos en las palmas. Yacía acurrucado contra el cuerpo de su madre.

El forense meneó la cabeza.

—Ella lleva más tiempo muerta que el niño. Lo que supongo es que el crío gateó hasta ella buscando consuelo y se ahogó con su propia sangre.

Señaló con el bolígrafo la cara del niño.

—¿Ves aquí y aquí? Bueno, pues el golpe hizo que la sangre fluyera hacia el fondo de la garganta. La nariz no podía evacuarla, de ningún modo. Se ahogó prácticamente en su propia sangre. Pobre cabroncete.

Kate tenía ganas de llorar. Quería llorar desesperadamente. Pero no allí. Se negaba a ello a pesar de que suponía con buen tino que más de uno de los hombres que había por allí tenía los mismos deseos.

Una persona asesinada ya era algo bastante malo, pero ¿niños asesinados? Eso era lo peor.

Cuando recibieron la llamada de que el Destripador de Grantley había decidido ampliar su zona de acción, todos tuvieron una sensación de vergüenza. No habían podido pararlo y el tipo continuaba en marcha.

Y este caso tenía una nueva dimensión. Ahora mataba niños pequeños. Solo Dios sabía dónde atacaría la próxima vez.

Kate oyó el sonido de unos sollozos y se giró a la izquierda. En un bosquejo de tejos estaba el sargento Willis con la cabeza inclinada. Caitlin le daba palmadas en el

hombro y le encendía un cigarrillo. Era el primer cadáver infantil que veía el muchacho. Kate sintió una oleada de afecto por aquel joven. Y por Caitlin. Por mucho que intentara poner la cara impávida del que todo lo sabe, Kate se daba cuenta de que en realidad era un hombre con el corazón muy tierno. Miró los dos cuerpos y se imaginó a aquel niño intentando refugiarse en el calor de su madre. Llorando, con agudos dolores, se había arrastrado hasta ella. Creyendo, como creen todos los niños, que lo protegería. Que le haría estar mejor. Solo que mamá ya estaba muerta y el tiempo de la criatura se acababa.

Dicky Redcar había avisado a la policía de la desaparición de su mujer a las once y quince.

Dos patrulleros encontraron el Range Rover a las once y cuarenta y nueve y supusieron que la mujer habría intentado echar a andar y tal vez llegar a casa de un amigo. No había razones para sospechar algo malo. A la una y veinticinco empezaron la búsqueda, y los cuerpos aparecieron justo pasadas las dos.

A las cinco treinta avisaron a Kate de que el Destripador de Grantley había decidido extender su campo de operaciones. El ADN encontrado en la mujer era tajante. Se trataba del mismo hombre y la única pista que tenían era la huella de los neumáticos.

Como había señalado Caitlin, a menos que supieran un modelo exacto del coche, las huellas de neumáticos eran como una meada en el océano. ¿Cuántas berlinas de color oscuro podría haber, por todos los santos?

Kate vio llegar a Frederick Flowers y lanzó un suspiro. Aquí tenían a los peces gordos. Eso quería decir que los periódicos ya estaban en ello.

Dicky Redcar había sufrido un *shock*. Sus parientes habían recogido a sus otros tres hijos. Su hermana había querido quedarse con él, pero tenía necesidad de estar solo.

Estaba sentado en su estudio con una fotografía de Cynthia y James en el regazo. Por la ventana oía relinchar a Major, uno de sus caballos.

En la fotografía se veía a Cynthia sujetando al pequeño James sobre un poni. Era un jinete innato. Como todos sus hijos. Rosie, con casi once años, tenía ya un nombre en el circuito de pruebas infantiles. Jeremy, de nueve, seguía sus pasos. Hasta a Sara le resultaba natural a los cinco. Era por lo que ambos vivían. Los caballos, los niños y ellos dos.

Desde que volviera de las Malvinas, había dejado la carrera militar y se habían aposentado para llevar su «verdadera vida», como ellos decían. Ya había visto suficientes muertes y carnicerías por allá. Nunca se hubiera esperado verlas en casa.

Sonó una llamada en la puerta y cerró los ojos.

Notó una sombra que cruzaba ante la ventana de su lado y levantó la vista. Había dos hombres allí plantados que le sonreían. ¿Quién coño serían?

Se levantó del asiento y abrió la ventana dejando la fotografía sobre el alféizar.

—¿Qué quieren?

—Hola. —El hombre era alto y delgado y tenía una sonrisa pronta—. Me preguntaba si podríamos charlar un poquito...

El segundo hombre sacó una cámara y el *flash* hizo titubear a Dicky Redcar.

¡Malditos periodistas!

—¡Váyanse! Déjenme solo. No tengo nada que decirles.

—Vamos, caballero ¡esto es noticia! Cinco minutos y nos vamos.

Dicky se apartó de ellos como si fueran una plaga. Dejó a un lado la butaca y salió en tromba de la habitación. Los periodistas lo vieron arrancar y se miraron encogiéndose de hombros mutuamente. El alto metió la mano por la ventana abierta y cogió la fotografía.

—Mira lo que he encontrado —alzó las cejas encantado—. Un ejemplar de buen ver. Un poco plana, pero no se puede tener todo. Lástima del crío. La cara está un poco borrosa. Venga, vámonos a hablar con los vecinos, a ver qué nos cuentan. Espero que fuera héroe de guerra; eso siempre resulta muy bien impreso.

Los dos hombres se alejaron a toda prisa.

Major relinchó de nuevo preguntándose dónde estaba su ama y su zanahoria matutina.

Patrick estaba como colocado. No había dormido desde que se marchase de casa de George Markham, toda su energía estaba puesta en descubrir lo que fuera sobre él.

Ahora estaba sentado delante de Conjuntos Kortone esperando a que la gente entrase a trabajar. La dirección y el número de teléfono estaban en la agenda de Elaine.

Un hombre grande, ligeramente calvo, entró en el aparcamiento en un Granada y Patrick salió del Rolls Royce. El frío de la mañana temprana le dio en la cara e hizo que su aliento saliera al aire como bocanadas de humo.

—Perdone. ¿Podemos hablar un momento?

Peter Renshaw se volvió para mirarlo. Alzó las cejas al ver el Rolls Royce. ¿Qué podía querer?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Trabaja usted aquí? —Patrick hizo un gesto con la cabeza en dirección a la fábrica de enfrente.

—¿Sí? —era una pregunta lanzada de un modo desconcertante.

—¿Conoce usted a alguien llamado George Markham? —el tono de Patrick era cordial, cordial pero neutral.

La expresión del hombre se relajó.

—¿El viejo Georgie? Lo conozco bien.

Patrick le dirigió una gran sonrisa. Abrió la puerta del Rolls, se metió dentro e hizo un gesto a Peter Renshaw de que lo imitara.

Peter entró sin rastro alguno de miedo. Podía oler el lujo puro de aquel coche y se relajó gozoso sobre la tapicería de cuero.

—Un auto precioso.

—Gracias. ¿Puedo ofrecerle una copa? —Patrick abrió el pequeño minibar. Nunca dejaba de impresionar a la gente, especialmente a los que tenían Fords Granada del ochenta y cinco.

—Es un poco temprano para mí, ¡solo son las ocho y veinte!

—Como usted quiera. —Patrick se sirvió un *brandy* para él y le hizo dar unas vueltecitas en torno al vidrio.

—Soy Patrick Kelly, no sé si ha oído usted hablar de mí. —Vio cómo al tipo se le cambiaba la cara—. No se preocupe, no tengo motivos de queja contra usted. El que me interesa es George Markham. «El viejo Georgie», como acaba usted de llamarlo, señor...

En ese momento, Peter Renshaw deseó haberse tomado la copa. Patrick Kelly significaba problemas serios. ¿Qué demonios podía querer de George?

—Renshaw. Peter Renshaw. La verdad es que no conozco a George tan bien como...

Farfullaba.

Patrick sirvió otro coñac y se lo tendió.

—Me parece que usted y yo debemos tener una pequeña conversación, Peter. ¿Puedo llamarlo Peter?

Renshaw asintió. ¡Por lo que a él respectaba, Patrick Kelly podía llamarlo como quisiera!

El motor del coche empezó a ronronear.

—¿Dónde... a dónde me lleva?

—Oh, solo es un paseíto. Ahora tranquilícese. Sé que es usted un hombre sensato. Creo que puedo fiarme de usted —la amenaza que implicaba la frase estaba clara como la luz del día—. Puedo, ¿no es así?

Peter se bebió el coñac de un solo trago.

—Sí, puede fiarse de mí, señor Kelly.

—Llámeme Pat. Todos mis amigos lo hacen y quiero que seamos amigos, Peter. Y ahora, empecemos por el principio, quiero que me cuentes todo lo que sabes de George Markham.

—Pero ¿para qué? —la frase se le escapó antes de darse cuenta de lo que decía.

—Porque yo te lo pregunto, Peter. Y en lo que a mí concierne, esa es suficiente razón. ¿De acuerdo?

Peter respiró hondo.

—Solo lo conozco como colega de trabajo. Es un hombrecito muy callado. Supongo que se podría decir que siempre le he tenido un poco de lástima.

Patrick enarcó las cejas.

¿Un hombrecito muy callado? No iba a estar tan callado cuando le pusiera las manos encima. Iba a desgañitarse de verdad.

Ya tenía el modelo y la matrícula del coche de Markham. Eso había sido lo más fácil. Lo difícil era descubrir dónde coño estaba aquel cabronazo. Pero si conseguía

localizar el coche, localizaría a George Markham.

Hasta ese momento, acosaría a cuantos pudiera. Y si era necesario, emplearía la fuerza.

Todos sus hombres tenían la descripción y los datos del coche de George Markham. Había acudido a unos amigos de la Metropolitana y también ellos se habían puesto a buscarlo. Algo acabaría saliendo.

Y entonces, lo tendría entre sus manos.

Veinte minutos después dejaba a Peter Renshaw delante de Conjuntos Kortone. Era evidente que no sabía nada de importancia. Salvo que George no iba a volver a trabajar.

Pero allí pasaba algo. ¿Dónde estaba la esposa? ¿Estaba con él? Si era así, buscaban una pareja.

Y en ese caso, Patrick tendría que deshacerse de ella o abducir a George en plena calle.

De cualquiera de las formas, lo atraparía.

Y entonces en la radio dieron la noticia de los asesinatos. Willy subió el volumen y la conectó al intercomunicador. Patrick escuchó la cantinela de la voz del locutor. Sintió frío en las tripas. Al oír lo del niño cruzó su mirada con la de Willy en el retrovisor.

¡Bastardo de mierda!

Aquello era un incentivo añadido.

Patrick notó que Willy pisaba a fondo y se acomodó mejor en el asiento. Miró pasar el paisaje y se sacó la agenda de direcciones del bolsillo.

—Creo que lo siguiente será la casa del hermano, Willy. Lo sacaremos a rastras si hace falta, y al carajo las consecuencias. Se acabó lo de andar con pies de plomo.

Willy asintió. Eso era exactamente lo que él pensaba.

Joseph había estado llamando por teléfono toda la mañana. En las Páginas Amarillas venían residencias para dar y tomar. Como cualquier buen hombre de negocios, fue averiguando las tarifas antes de comprometerse. Puede que su madre tuviera ochenta y un años, pero todavía podía vivir unos cuantos más. En el ayuntamiento le habían informado de que ella no era responsabilidad suya, y Joseph se preguntó por un instante si es que la conocían. En cuanto la gente la conocía, solía mantenerse a una buena distancia.

En aquel momento Nancy estaba gritándole a Lily y aquel sonido le perforaba el cerebro. Su mujer le había quitado la campanilla escolar y ahora Nancy le exigía que se la devolviera.

Lily había cambiado de un día para otro. Era como si enterarse del pasado de su suegra hubiera hecho desaparecer todo el miedo que le tenía.

Descolgó el teléfono y empezó a marcar el número del Crepúsculo Hogar de los

Mayores.

Entonces llamaron a la puerta.

—Yo iré, querida. —Colgó el teléfono, abrió la puerta de la calle y vio a dos hombres.

Uno era muy grande, con la cabeza calva y una sonrisa sin dientes. El otro era alto, de complexión atlética y muy bien vestido.

—¿Joseph Markham?

—Sí. ¿En qué puedo servirles?

—¿Podríamos hablar con usted en su casa, señor Markham? Se trata de George.

Sin detenerse a pensar, Joseph se hizo a un lado para que los dos hombres pudieran entrar.

—¿Quién coño está en la puerta? —la voz de Nancy mostraba un agudo ansioso. Estaba convencida de que en cualquier momento, llegarían unos individuos que se la llevarían.

—Mi madre. Está... no está muy bien.

Willy frunció el ceño.

—A mí me suena estupendamente.

A Patrick le costó controlarse.

—Mire, es sobre George. Nos preguntábamos si usted sabrá dónde puede estar. No está en su casa. Y la verdad es que necesitamos encontrarlo con toda urgencia.

Joseph frunció el ceño.

—¿No está en su casa? Pues ayer estuvo aquí. Vino a visitar a madre.

—¿Ah sí? ¿Y vino solo?

—Oh, sí, Elaine estaba trabajado. Oiga, ¿de qué va todo esto?

Patrick se dirigió hacia la voz. Empujó la puerta para abrirla y entró en la sala.

Nancy lo vio y se tranquilizó de inmediato.

Patrick la observó. Y fue como si a Nancy le hubiera crecido una piel nueva en cuestión de segundos. Las arrugas se le alisaron y la cara adquirió una expresión sublime.

—¿Cómo está usted? ¿No quiere sentarse? Lily, haz un poco de té.

Patrick sonrió a la mujer con una sonrisa amplia y cordial. Así que esta era la madre de ese hijoputa.

Lily miró a los dos hombres y sus cejas se alzaron interrogativas. En el hueco de la puerta, Joseph se encogió de hombros, perplejo. Pero en fin, si esos tipos conseguían cerrarle la boca a su madre, por él podían quedarse allí todo el día.

—Haz el té, Lily —dijo con voz grave.

Lily salió de la habitación. Patrick y Willy se sentaron.

—Somos amigos de George, señora Markham. Y nos preguntábamos si alguno de aquí sabe dónde podemos dar con él.

Nancy Markham se pasó la mano por su estrafalario peinado y puso una sonrisa de suficiencia.

—Me parece que tiene que haber algún error.

—¿Perdón? —dijo Patrick sonriendo otra vez.

El rostro de la mujer se endureció.

—Mi hijo no tiene ningún amigo.

Willy y Patrick cruzaron una mirada.

No era raro que aquel individuo fuera un chalado. A toda la familia parecía faltarle un tornillo, o dos.

Fuera, en la cocina, Lily y Joseph preparaban el té.

—¿Pero quién coño son? —susurró Lily.

—No lo sé.

—Bueno, ¿entonces no te parece que deberías averiguarlo? Después de todo, están instalados en nuestra sala de estar con tu madre.

Joseph se permitió una ligera sonrisa.

—Creo que ella sabe cuidarse sola, Lily, ¿no te parece?

Puso unas cuantas galletas en un plato y lo añadió a la bandeja. Pensaba sentarse allí y oír la conversación. Por alguna razón, no le apetecía enfrentarse a aquellos dos hombres. También tenían toda la pinta de saber cuidar de sí mismos.

George salió del avión y sonrió a la azafata. Bajó las escaleras y alzó la cara para recibir el luminoso sol de Florida. Estaba en América. Sin haberse enterado todavía de lo que pasaba, ya había recogido el equipaje, cambiado algo de dinero y subido al autobús de cortesía que le llevaba a Alquiler de Coches Lindo, en Sandlake Road.

El chófer del autobús era un hombre gordo que llevaba una gorra de béisbol de cuero con las palabras «Chicago Bulls» rotuladas en rojo sangre en el frente. La voz sonaba con un acento lento y arrastrado del sur y George disfrutaba oyéndolo. Era tan americano...

—El aeropuerto de Orlando tiene una de las tres pistas en las que puede aterrizar el trasbordador espacial en casos de emergencia. Como todos ustedes saben, el centro espacial Kennedy está a solo veinte minutos de aquí en coche, así que si alguna vez el trasbordador no puede ir a su destino, sí que puede aterrizar aquí sano y salvo —hizo una pausa para conseguir el máximo efecto y continuó—: Si miran ustedes por la ventanilla a la izquierda, verán un bombardero B-52. Fue utilizado en la guerra de Vietnam y ahora lo tienen aquí por motivos puramente ornamentales.

George contempló embobado el bombardero, igual que la mayoría de los niños que iban en el autobús.

—Tengo entendido que en Inglaterra se ven gatos y conejos muertos en las autopistas. Bueno, pues aquí en Florida, no se sorprendan si ven crías de caimán destripadas en medio de la carretera. Los caimanes son animales nocturnos por naturaleza y es muy raro que se les vea en horas diurnas. Ofrecen una seguridad natural al centro espacial, como ya se imaginan.

Hizo una nueva pausa y todos se rieron nerviosos.

—Pero si van ustedes a Gatorland, el parque de caimanes, se pueden hacer una foto con ellos y ver la «lucha libre». Allá sirven refrescos e incluso pueden comerse «hamburguesas de caimán».

George lo escuchaba extasiado. ¡Oh! ¿Por qué no habría venido aquí antes?

El viaje del aeropuerto de Orlando a Lindo's solo duró diez minutos y tanto él como los otros pasajeros se vieron muy pronto de pie en un solar vacío muy grande, con las maletas al lado y esperando a que les indicaran sus respectivos autos de alquiler. George dio sus papeles a un negro alto y delgado y abrió la boca de sorpresa cuando lo vio volver conduciendo un Chevrolet Caprice. En los Estados Unidos, aquel era un compacto pequeño; para George, estaba a la altura de un Porsche o un Ferrari.

El negro vestido con el mono de Lindo's le enseñó cómo abrir el maletero, o cajuela, como él lo llamó, cómo poner el coche en transmisión automática, cómo funcionaban las luces y dónde estaba el depósito de gasolina.

George lo escuchó embelesado, sonriendo sin cesar. El hombre metió la maleta en la cajuela y meneó la cabeza ante la obvia expresión de placer de George.

Dio las gracias al empleado e inmediatamente abrió la puerta y se sentó en el asiento del pasajero.

El negro le sonrió.

—Mejor si acostumbra a manejar desde la izquierda, chico. Que si no vas a acabar con un asidente.

George se bajó del coche con expresión ovejuna, lo rodeó y se fue al asiento del conductor. Deslizó un flamante billete de cinco dólares en la mano del negro.

Estaba exultante. Tenía el contrato de alquiler del coche bien a salvo en el bolsillo, un plano de Orlando que le había dado la compañía de alquiler y un fajo de dólares. Se sintió como un millonario.

Estudió el mapa para encontrar la dirección de Edith. Estaba en Apopka Vineland Road, Windermere, Orange County.

¡Solo estaba a unas pocas millas de allí!

Se relajó y arrancó el coche. Mientras conducía con cuidado para salir de allí, la niña del avión le saludó con la mano desde el Dodge de su madre. George le devolvió un tímido saludo. Ella había acabado por ganarle tres libras cincuenta.

Se dirigió a Sandlake Road e inició el viaje hacia casa de su hermana, lleno de emoción.

Las vistas y los sonidos que le rodeaban maravillaban sus ojos y sus oídos. Grandes vallas publicitarias proclamaban las delicias de Wet'n'Wild, Disneyworld, Universal Studios y el Gatorland del que ya había oído hablar.

George lo absorbía todo.

Pasó junto a grandes centros comerciales que harían avergonzarse a sus homónimos de Inglaterra. Veía a la gente bronceada de aspecto saludable circulando

por los aparcamientos y entrando o saliendo de los coches. En el avión alguien había dicho que allí nadie iba andando nunca a ningún sitio y ahora George entendía el porqué.

Todo era demasiado grande.

Encendió la radio y cogió las noticias del mediodía. Meneó la cabeza maravillado.

En Inglaterra eran ahora las cinco en punto. ¡Qué maravilla el avión! En ocho horas y media había viajado miles de kilómetros hasta otro uso horario.

Se metió en un gran aparcamiento para estudiar el mapa. Ya casi estaba allí. Al contrario que en Inglaterra, las carreteras norteamericanas tenían unos grandes carteles que iban de lado a lado con el nombre de cada sitio rotulado en letras negras. Era casi imposible perderse. Nada de forzar los ojos para encontrar el indicador de dirección cuando pasabas un cruce de carretera. ¡Ah, no! ¡El nombre de la vía estaba llamativamente rotulado encima de ella!

Solo le quedaban dos cruces de semáforos más y ya estaría allí. Salió del aparcamiento y reanudó el viaje. Los americanos que veían el cartel de «Dólar» en el coche lo disculpaban y le saludaban con la mano de buen talante.

George les sonreía encantado, lleno de camaradería. Le gustaban los americanos.

Entró en Apopka Vineland Road. Era claramente residencial, pero no lo que se había imaginado. Las casas eran grandes y hermosas. Edith vivía en el número 22620. George no podía ni imaginar un número de casa tan alto. Fue conduciendo despacio por la tranquila calle familiarizándose con el entorno.

Desde luego a Edith y a Joss tenía que haberles ido muy bien para poder permitirse vivir allí. Pensó en la gran casa de Joseph allá en Inglaterra. Comparada con las propiedades de aquí, parecía un cobertizo. Los números andaban ya por el 22600 y George notó cómo la emoción latía en su interior.

Entonces lo vio.

Detuvo el coche y se quedó mirando la casa de Edith. Era grande, como todas las demás, y asentada bastante lejos de la calle. Tenía un camino de entrada largo y sinuoso que llevaba a una casa de madera blanca realmente grande. Debía de tener por lo menos veintisiete metros de fachada. Tenía un tejado color rojo cereza oscuro en el centro del cual se alzaba una torreta con ventanas a todo su alrededor, como un observatorio. Las ventanas de toda la casa tenían contraventanas rojo cereza y la doble puerta de entrada también era rojo cereza. Los jardines de ambos lados del camino de entrada descendían hasta la carretera y eran un tumulto de árboles y arbustos. George vio un limonero que tenía un banco blanco debajo. El césped estaba cortado hasta la perfección y se oía a los aspersores que hacían un pequeño ruido al regar la tierra.

Deseó llevar a su madre sentada en el asiento de atrás para que viera lo bien que Edith se había montado las cosas. Pero solo durante un segundo. Si su madre hubiera estado allí, le habría arruinado el día.

Lo arruinaba todo.

Lo que haría sería mandarle una foto de la casa para fastidiarla. Metió el coche por el camino, subió con prudencia hasta la puerta y se detuvo. Y entonces se abrieron las puertas del infierno.

Dos grandes dobermann aparecieron como por arte de magia por un lado de la casa. George vio cuatro filas de dientes acercársele y cerró inmediatamente las ventanillas eléctricas, mientras los perros ladraban feroces y le producían escalofríos de miedo.

Entonces oyó una voz femenina.

—*Dante... Inferno...* aquí, chicos.

Los dos perros se pararon inmediatamente en donde estaban y luego corrieron hacia la voz, con sus mínimas colas rígidas agitándose como cepillos de cuero al acercarse a la mujer que apareció a un lado de la casa. Era Edith.

Una Edith cambiada.

Llevaba un vestido blanco con un grueso cinturón negro a la cintura y zapatos negros de tacón alto. Era esbelta y con curvas. George quedó asombrado. Edith nunca había tenido pecho. Pero ahora se la veía con mejor aspecto del que tenía veinte años antes. La miró alzar la mano para hacer visera sobre los ojos intentando ver quién estaba en el coche.

Abrió la puerta y se bajó.

El más grande de los dos perros hizo un amago de correr hacia él y Edith volvió a llamarlo.

—Hola, Edith. Cuánto tiempo sin vernos.

Observó feliz cómo los ojos se le abrían de par en par y la boca se curvaba en una sonrisa.

—¿George? —tenía la voz ronca de la emoción.

George asintió y entonces ella echó a correr hacia él y hacia sus brazos, con los perros detrás ya sabiendo que era amigo.

—¡Oh, George... George! ¡Qué estupendo verte! ¿Por qué no me llamaste para decirme que ibas a venir? ¿Dónde está Elaine? ¿Cómo está todo por allí?

Las palabras se le apelotonaban, tropezaban unas con otras mientras Edith lo conducía hacia la casa. El corazón le reventaba de felicidad. Había sufrido tanto con George, era su pariente más cercano. Su confidente de la infancia. La única parte de la vida en Inglaterra que había lamentado dejar. Y ahora estaba allí con ella y su felicidad no tenía límites.

George la cogió del brazo con fuerza cuando entraban en la preciosa casa, con un nudo de emoción en la garganta.

No había nada como la familia.

Patrick y Willy volvían en el coche a Grantley.

—Te lo digo, Pat, la vieja está como un cencerro. Y el otro tipo, el Joseph, no anda mucho mejor.

Patrick asintió, ausente. Había sido una pérdida de tiempo. No habían averiguado nada.

Pero aquel pájaro tenía que estar en algún sitio. Si utilizaba la tarjeta de crédito, Patrick lo tendría a tiro. Oh, sabía todas las cartas que podían ayudarle. No se dedicaba a cobrar morosos impunemente. Si le daban tiempo, era capaz de encontrar a quien fuera.

Pero tiempo era justo lo que no tenía.

Si Kate descubría quién era el Destripador, la policía se pondría a buscar también a Markham. Entonces solo podría llegar a él en la cárcel, y eso no tendría el toque personal. Y Pat quería hacer él mismo el trabajo.

Capítulo Veintiocho

Patrick contestó el teléfono. Una voz femenina le llegó por el auricular.

—¿El señor Kelly?

—Al habla —dijo tras un bostezo.

—Soy Louella Parker, de Créditos Colmby. Tengo cierta información respecto de un tal señor George Markham.

Patrick sintió una oleada de excitación.

—Diga.

—Sujeta a las condiciones habituales, naturalmente —la voz de la mujer sonaba crispada—. Personalmente, prefiero quedar al margen de estas cosas.

—Muy bien, muy bien, no haga un mundo de esto. Si me dice lo que quiero saber, se llevará usted la tela.

La mujer se aclaró la garganta con delicadeza y Patrick se alegró por un momento de que estuviera al otro lado de la línea telefónica, porque si no, le hubiera saltado a la garganta y le hubiera sacado la información a sacudidas.

—George Markham compró un vuelo a Orlando con tarjeta de crédito el día veinte de este mes. Tenía que salir el veintitrés. La compañía en que viajaba era Tropical Tours.

Patrick se quedó petrificado.

¡Aquel puto cabrón había sido más listo que él!

—¿Sigue usted ahí, señor Kelly?

—¿Qué? Ah, sí. Perdone.

—¿Supongo que esto es lo que quería usted saber?

—Ah... sí. Sí. Recibirá usted el dinero, señorita Parker, por el conducto habitual.

Mientras la mujer le daba las gracias, colgó el teléfono suavemente y se quedó mirando por la ventana de la biblioteca.

¿Se había ido a los Estados Unidos?

Patrick empezó a buscar en la guía telefónica el número de Tropical Tours. Una vez hubiera confirmado el número de vuelo y si George Markham había embarcado o no, planearía el movimiento siguiente.

Frederick Flowers recorrió el mar de rostros que tenía delante. Siempre se ponía nervioso cuando tenía que dirigirse a la prensa. Nunca sabía muy bien qué iban a preguntar.

—¿Esto es obra del Destripador de Grantley? —Un tipo con barba y desaliñado se quedó mirando a Flowers a la cara.

—La verdad es que no puedo divulgar esa clase de informaciones, como usted bien sabe. Por el momento, estamos en contacto con la prefectura de Kent para confirmar si se trata de la misma persona.

—¿Y entonces por qué está aquí la inspectora Kate Burrows? ¿Cree usted que una mujer oficial puede llevar el caso de modo diferente? ¿Mejor?

Flowers hizo un esfuerzo voluntario para no alzar los ojos al cielo de fastidio.

—La detective inspectora Burrows es una persona muy competente, a la que tanto yo como sus colegas respetamos. Su sexo no tiene nada que ver.

La periodista insistió, imperturbable.

—En cualquier caso, no es habitual que pongan a una inspectora en un caso de esta envergadura.

—¿Debo suponer que escribe usted para algún panfleto feminista, querida? Bueno, pues puede usted decir oficialmente que opino que estamos aquí para atrapar a un asesino curtido e implacable, y no para debatir sobre políticas de sexo. —Apartó la mirada de la mujer y miró en torno—. ¿A quién le toca?

Los periodistas se rieron.

—¿Tienen alguna idea de quién es ese hombre? ¿Algún indicio? —sonó desde el fondo una voz tronante.

—¿El niño sufrió algún abuso? —dijo otro.

Kate salió del edificio detrás de Caitlin y fueron al coche. Caitlin encendió uno de sus cigarros.

—Es muy curioso, Kate, sabes, pero ¿por qué vendría aquí nuestro hombre?

—Lo he pensado, Kenny. Me imagino si tal vez andaba de visita por el barrio. ¿Puede ser que trabajara aquí? ¿Tiene familia en la zona? Los asesinatos de Grantley fueron cometidos sin duda por alguien que conoce el territorio. Tal vez viva ahora por aquí, pero se haya criado en Grantley. ¿Y por qué matar al niño con tanta brutalidad?

Caitlin meneó la cabeza.

—Las pruebas de sangre van muy retrasadas, ¿te has enterado?

—Eso he oído —dijo Kate asintiendo—. Necesitamos más personal.

—Lo que nos lleva más tiempo son los resultados. De todos modos, seguimos con ello. Tiempo es lo único que no tenemos, pero al mismo tiempo es todo lo que tenemos, si entiendes lo que quiero decir.

Kate sonrió con tristeza.

—No dejo de pensar en ese niño. ¿Cómo puede ser que no tengamos nada para continuar? ¡Santo cielo!

—Mira, muchacha, llevó años descubrir a Peter Sutcliffe. Y luego también a Dennis Nilsen. Hasta cocinaba las cabezas de aquellos pobres jodidos, y nadie hubiera dado con él si no se le hubieran atascado las cañerías de carne humana. A los asesinos de este tipo solo les cogen rápidamente en los libros y en la tele. La vida real es una cosa completamente distinta. Nuestro hombre tal vez esté comentando los asesinatos con su familia, sus amigos o sus compañeros de trabajo, y fingiendo estar tan impresionado como ellos. Pero por detrás, se ríe de ellos y de nosotros. Ah, sí, sobre todo de nosotros. Leerá los periódicos y se le pondrá una sonrisa de oreja a oreja. Pero fíjate en lo que te digo —continuó—, hará algo equivocado, y en cuanto cometa un error, estaremos esperándolo. ¿Y sabes qué es lo primero que voy a hacer?

—¿Qué?

Caitlin se inclinó hacia ella y sonrió.

—Voy a darle una buena paliza por cada uno de los cadáveres que hemos encontrado con su marca encima, y el doble de fuerte y de grande por el niño. Eso es lo que me mantiene en marcha.

Kate apartó la vista de él. Antes de que pudiera responder, los periodistas empezaron a ir saliendo del cuartel general de la policía. Arrancó el coche. Lo último que quería era que la pillaran.

Sin embargo, las palabras de Caitlin la inquietaron. Más de lo que estaba dispuesta a admitir. Era consciente de que cualquier sospechoso que tuvieran ahora podía correr serio peligro. James Redcar había dado un vuelco completo a la investigación. Todo el mundo sabía que hasta los criminales tienen su propio código de conducta cuando están ante un asesino de niños. Tan pronto como el Destripador de Grantley fuera identificado, iba a haber alguien más que la policía dispuesto a cazarlo. Solo esperaba poder llegar primero.

Cuando conducía de regreso al túnel de Dartford vio un avión que despegaba de Gatwick y suspiró. ¡Cómo le gustaría ir en él!

Patrick volvió a repasar la agenda de Elaine y sonrió. Willy le devolvió la sonrisa.

—Ha ido a ver a su hermana. Bien, pues podremos ponerle punto y final pronto a su galope. Ponme con Shaun O’Grady por teléfono, acabo de tener una gran idea.

Mientras Willy marcaba, Patrick se sirvió una nueva taza de café. Ya tenía a su hombre. Estaba convencido de ello.

Pensó fugazmente en Kate. Si en algún momento se enteraba de lo que estaba a punto de hacer, nunca se lo perdonaría.

Se le endureció la expresión de la boca. Esto no tenía nada que ver con Kate, eran asuntos de familia.

Bebió el café caliente y encendió un cigarrillo. Willy le tendió el teléfono.

—¿Shaun? Soy yo, Patrick, ¿cómo estás?

Shaun O’Grady estaba en su lujosa casa de Miami y exclamó entusiasmado:

—¡Hei, Pat! ¿Cómo le van las cosas?

—Tengo ciertos problemas, Shaun, problemas de familia.

Shaun O’Grady apartó de un empujón a la mujer que tenía al lado. Se incorporó hasta alcanzar la posición de sentado y le indicó con un gesto que le encendiera un cigarrillo.

—¿Qué clase de problema de familia?

—Mandy. Mi Mandy. Ha muerto.

—¿Que ha muerto? —la voz rasposa de O’Grady sonaba incrédula—. ¿Qué pasó, pues? ¿Fue una enfermedad o qué?

Cogió el cigarrillo que le entregaban y aspiró profundamente, mientras sus ojos recorrían la amplia habitación sin ver nada. Llevaba más de quince años haciendo negocios con Patrick Kelly. Aunque solo se habían visto en persona dos veces, habían ido forjando una amistad y un respeto mutuo a base de conferencias telefónicas.

Shaun O'Grady era una versión norteamericana de Patrick Kelly. Excepto que Shaun O'Grady se había especializado en áreas que Kelly conocía de oídas. Una de ellas era un servicio que ofrecía escarmientos profesionales.

Mientras Kelly hablaba, la joven observaba el rostro de O'Grady. Lanzó un suspiro profundo, echó mano de una *negligée* y se marchó de la habitación. Encendió la televisión de 36 pulgadas que había en el dormitorio, se despatarró en la cama y se puso a ver *Yo amo a Lucy*.

Conocía bien a Shaun, y cuando se le ponía aquella expresión en la cara, era mejor apartarse de su camino.

—Pat, Pat, no sabes cuánto lo siento —O'Grady pensó en sus tres hijas instaladas cómodamente con su ex mujer en una gran casa de Palm Springs. Puede que no pasara mucho tiempo con ellas, era un hombre muy ocupado, pero eran sus hijas, carne de su carne. Se sintió culpable por un momento al recordar que no había visto a ninguna de ellas desde las fiestas de Navidad—. ¿Y entonces qué puedo hacer por ti? No tienes más que decírmelo.

—En estos momentos nuestro hombre está en Florida. Por eso te he llamado, Shaun. Quiero que desaparezca de la faz de la tierra. Lo quiero muerto.

—Pues eso está hecho, Pat. Dame los detalles y me ocuparé enseguidita.

—Te mandaré el dinero dentro de unos días...

—No hace falta dinero.

—Trato justo, Shaun, quiero pagarte. Dentro de un par de horas te llamo para darte los detalles.

Si hubiera sido una de sus hijas... O'Grady cerró los ojos. No podía soportar pensarlo. Se puso a apuntar la dirección de Edith y tras un breve intercambio de palabras colgaron ambos.

O'Grady siguió sentado en su sofá italiano de cuero blanco contemplando el Salvador Dalí colgado de la pared. Tenía cincuenta y ocho años, la cabeza calva, papada colgante y una gran barriga de la que no había manera de librarse. Tenía piernas y brazos rollizos y cortos.

Vio su reflejo en el espejo y se pasó la mano por la barba incipiente de la mandíbula.

Pensó en la casa de su exmujer, con sus cómodos muebles avejentados y sus tres hijas adolescentes. Oyó la voz de Lucille Ball que llegaba desde el dormitorio y torció el gesto.

Hubiera cambiado todo aquello por una rubia tonta y un pisito de soltero de dos millones de dólares.

El chiste era que Noreen, su exmujer, nunca había intentado interferir en sus negocios, de modo que ¿por qué coño la había dejado?

Descolgó otra vez el teléfono para llamarla. Su hija pequeña, Rosaleen, fue la que contestó.

—¡Hola, papi! —la oyó dejar el teléfono sobre la mesa con un golpe y llamar a su

madre—. ¡Mami, mami, papi al teléfono!

O'Grady trató de ignorar el tono de sorpresa en la voz de su hija.

El deje refinado de Nueva Inglaterra de Noreen le llegó por el auricular. Noreen tenía clase, eso había que admitirlo. Nunca hubiera debido divorciarse de ella.

—Hola, Shaun, menuda sorpresa.

Cuando empezaba a responder, la mujer salió del dormitorio. Seguía con la *negligée* puesta y a través de ella se veían sus piernas morenas de longitud imposible. Se echó para atrás la espesa melena negra y encendió un cigarrillo con gracia natural.

O'Grady la observó, fascinado, y luego habló por el teléfono.

—Este fin de semana iré a ver a las niñas. ¿OK?

—Estupendo. Avísame cuando vayas a recogerlas para asegurarme de que estén preparadas. Te echan de menos, ¿sabes?

—Volveré a telefonar para darte los detalles, Noreen.

—Estupendo. —Y colgó el teléfono.

Shaun empezó a marcar otro número inmediatamente, con los ojos clavados en las nalgas de la mujer, que se estremecían tras la fina seda. Le lanzó una sonrisa y ella se la devolvió a medias retirándose de nuevo hacia el dormitorio.

—Hola, Duane. Venga para acá ahora mismo. Tengo un trabajo para usted.

Colgó el teléfono y apagó el cigarrillo. Se oía la risa de Ricky Ricardo y supuso que el programa estaba llegando a su fin.

A Tasha le gustaban los programas antiguos, como *Yo amo a Lucy* o *Los tres chiflados*. Él le había regalado la colección de los Hermanos Marx. Tenía veinticinco años.

¿Qué edad tenía ahora Noreen? ¿Treinta y ocho? ¿Treinta y nueve?

Tenía que ver más a las niñas, estaba decidido. Dios, lo que Pat le había contado te hacía pensar... Quién dijo que todos los lunáticos estaban en América.

George era el centro de atención y disfrutaba de ello hasta el último segundo. Edith tenía un aspecto fantástico y no podía quitarle los ojos de encima. Llevaba el pelo perfectamente arreglado. Sabía que tenía que llevarlo teñido, pero estaba teñido de un color natural que le sentaba bien. No parecía una mujer de cincuenta años. Joss, por su parte, sí que representaba sus sesenta y cinco. Tenía la cara curtida y de un moreno oscuro. Los dos tenían un deje americano sureño que a George le resultaba fascinante y atractivo.

Edith hablaba que no podía parar.

—He hablado con los niños y los dos vendrán mañana. Joss Junior, que es como lo llamamos, vendrá en avión desde Denver... Eso está en Colorado. Trabaja en una gran empresa de medicamentos. Y Natalie vendrá en coche de Miami, trabaja allí, en una empresa de cosméticos. Es compradora, sabes. Espera a verlos, George. Son guapísimos.

—Ojalá Elaine y yo hubiéramos tenido la bendición de algún hijo, pero después de que muriera el niño... —dejó la frase en el aire y Edith lo miró con las lágrimas

agolpándose en los ojos.

¿Cómo podía Elaine haberlo abandonado? Y encima después de tanto tiempo. Aquella mujer era una perra sin corazón, y si alguna vez volvía a verla, lo que admitió que era poco probable, se lo diría a la cara. Pobre George. No tenía suerte con las mujeres. Primero aquella bruja de madre y ahora Elaine. Frunció aquellos labios perfectamente pintados de color coral.

La voz fuerte y poderosa de Joss interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué te parece si llevamos a Georgie a Orlando y nos damos una buena comilona? Podríamos ir al mercado de la avenida Internacional.

Edith puso una gran sonrisa que dejó ver toda su cara ortodoncia.

—¡Oh, sí, vamos! George, allí tienen filetes casi de un kilo.

George se preocupó.

—No creo que pueda comerme todo eso, Edith.

—¡Qué viejo tonto, lo compartiremos! Venga, vamos a arreglarnos.

Pensó para sus adentros que ojalá George hubiera traído un traje decente. Tenía una pinta espantosa de turista.

De todos modos, meditó, era estupendo verlo. Apartó el impulso de volver a estrecharlo. Estaba tan encantadísima de verlo que le pegaría un mordisco. Pero en vez de eso, le pasó el brazo por la cintura y le dio un beso suave en la mejilla.

—Qué bien verte de nuevo, George. Es estupendo, de veras.

—Y verte a ti, Edith, querida. Ha sido demasiado tiempo.

Edith lo acompañó a la espaciosa habitación de invitados. Estaba asombrada de que su hermano, al que pensaba sinceramente que nunca volvería a ver, estuviera de verdad en su casa. Su hermosa casa, que tenía la esperanza de que le describiese con detalle a su madre cuando volviera a verla. ¡A la vieja zorra, eso le sentaría como una bofetada!

—¿Cómo está madre, George? —Se sentó en la cama de él, ahora con el rostro turbado. Cada vez que pensaba en su madre, pensaba en su niño.

George se sentó a su lado y la cogió de la mano.

—Igual que siempre, Edith. Desagradable, malvada. No ha cambiado.

—Estoy segura —dijo con voz vehemente—. ¿Sabe lo de Elaine? Me refiero a lo de que te haya dejado.

George negó vigorosamente con la cabeza.

—No. Iba a decírselo, fui a visitarla justo antes de tomar el vuelo, pero nos metimos en una discusión.

Edith arqueó las cejas.

—¿Quieres decir que discutió contigo? —Había vuelto la expresión alegre.

—No. —George sonrió—. En realidad, le dije lo que pensaba de ella. Ojalá no hubiera dejado pasar tanto tiempo. —Se frotó los ojos con la mano—. Edith, ¿tú sabías que madre... era..., bueno, que fue una chica alegre? —le resultaba difícil componer las palabras. Y le resultó todavía más difícil entender la risa de Edith—.

¿Qué he dicho tan gracioso? —Ahora se sentía un poco molesto.

—Oh, George, siempre serás el eterno inocente. A veces pienso que por eso se metía tanto contigo. ¿No te acuerdas de todos los hombres que siempre tenía por allí? ¿No te acuerdas de las peleas con ellos y de sus andanzas de borracha?

—Por supuesto que sí, pero nunca pensé que..., bueno, que les cobrase.

Edith suspiró.

—Cámbiate, George, saldremos y nos tomaremos un bistec bien grande y jugoso y lo pasaremos realmente bien. Madre está a miles de kilómetros de aquí. Ahora, aunque quisiera, no podría hacernos daño.

George sonrió para asentir, pero dentro de su cabeza una vocecita le decía: «¿No podría?». Se hubiera quedado sorprendido de saber que Edith estaba pensando exactamente lo mismo.

Ya solo en la habitación, estuvo observando los azules y verdes de las cortinas y la tapicería. En puntos estratégicos del parqué de madera noble habían puesto unas esteras indias y la colcha de la cama hacía juego con ellas a la perfección. La verdad es que era una habitación preciosa y sin nada que ver con la casa en la que se habían criado.

Abrió la puerta del armario y quedó sorprendida al descubrir que allí había un cuarto de baño. Llenó la bañera y añadió unas pocas sales de baño que encontró en el alféizar de la ventana.

Estaba en los Estados Unidos, en Florida, con su Edith, y su madre no iba a poder estropeárselo. Se sumergió en el agua y dejó vagar su mente por otras cosas más relajantes.

Edith, más afectada de lo que estaba dispuesta a admitir, se fue a su cuarto, abrió su armario y bajó una cajita del último estante. La colocó sobre la gran cama ovalada, la abrió y sacó de ella unas viejas fotos en blanco y negro.

Allí estaba George, con pantalones cortos y calcetines grises largos de colegial. Allí estaban Joseph y ella. Estuvo largo rato mirando cada una de las fotos. En ninguna de ellas los niños sonreían.

Patrick estaba contentísimo. ¡Tenía a George Markham! Un poco decepcionado por no poder deshacerse de él personalmente, pero lo aceptaba. Estaba contento de haber hecho algo. Lo que le había tenido fuera de sí era la frustración de saber que el hombre estaba a salvo en algún lugar partiéndose de risa.

Pero ahora, sin embargo, ya lo tenía. Y Shaun O'Grady se ocuparía de que desapareciera para siempre. Solo de pensarlo, Patrick se estremeció de placer.

Si Kate supiera lo que había organizado hoy... Cerró los ojos. Kate era buena. Kate era toda justicia y decencia y la amaba por tener esas cualidades. Es decir, hasta que interfirieran en sus preocupaciones.

Sabía que si tuviera el más mínimo indicio de que él conocía el nombre y el lugar donde andaba el Destripador de Grantley, montaría un escándalo. Ella quería llevar a aquel tipo ante la justicia. La justicia de ella.

Pues bueno, el tipo tendría justicia al estilo de Patrick y en lo que a él concernía, eso tenía un sabor mucho más dulce.

Apretó los puños. George Markham estaría muerto muy pronto.

¡Muerto, muerto, muerto!

Miró la fotografía de Mandy que estaba sobre la repisa y se le puso la cara seria. Lo que daría por que pudiera tenerla otra vez con él.

Algunas veces, por la noche, ya tarde, cuando la casa estaba en silencio, imaginaba que oía su voz.

Se despertaba, cubierto de sudor, oyéndola llorar. Llamándolo en su desesperación. Tenía que ponerse las manos sobre los oídos para tapar aquel ruido.

Entonces era cuando imaginaba su terror.

El miedo absoluto que debía de haberla envuelto cuando aquel hombre empezó a aporrearle la cara con los puños. Pensar en ella yaciendo allí, en aquel suelo asqueroso, mientras el hijoputa la violaba...

Todavía veía la cara, irreconocible de tantos golpes, en la cama del hospital. Todavía oía el débil ronquido de la máquina que la aguantaba con vida cuando fallaba en su función. Veía su cuerpo magullado cuando se estremecía con las descargas eléctricas que empleaban para resucitarle el corazón.

Ah, a George Markham iba a llegarle una cuenta bien grande.

Sonó el teléfono. Pegó un salto.

—¿Diga?

—Hola, ¿Pat? Soy yo, Jerry. El combate es cerca de la vieja fábrica de sombreros cerca de la calzada romana. Te he mandado las instrucciones por fax, ¿OK? Empieza a las nueve y media.

Patrick cerró los ojos, se había olvidado del combate.

—Escucha, Jerry, no sé si voy a poder ir. Tengo mucho lío aquí.

—Vale, amigo. Pero va a ser de los buenos. Bueno, entonces, si te veo, te veo. Chau... Chau.

Colgó el teléfono y suspiró. Estaba deseando ver ese combate. Le gustaban las veladas de boxeo ilegales. Era como las peleas a la antigua de hacía años, con los nudillos al aire. Nadie sabía dónde se celebraban los combates hasta un par de horas antes. De ese modo la bofia, para cuando se descubría dónde se celebraba la reunión, llegaba demasiado tarde para hacer algo. El público y los boxeadores se habían marchado hacía rato.

Se sirvió otra generosa ración de *whisky* y miró el reloj. Deseó que O'Grady le llamase para darle los detalles y así poder relajarse de veras. Dio un largo trago a su bebida.

Poco después sonó de nuevo el teléfono y Kelly contestó. Se alegró al oír a lo lejos zumbidos y chasquidos de una conferencia intercontinental.

—Qué hay, Pat. ¿Me oyes bien?

—Sí te oigo, como si te tuviera al lado.

—Todo está arreglado. El hombre quedará fuera de circulación en los próximos tres días. Saldrá por cincuenta mil... o sea, dólares. Tengo a uno de mis mejores hombres trabajando en el tema. Ya lo está preparando todo.

—Tendrás el dinero ahí en veinticuatro horas. Gracias, Shaun, no olvidaré lo que has hecho por mí.

—¡Eh! ¿Para qué están los amigos? Ya te tendré al corriente, ¿de acuerdo? Límitate a recuperarte de la pérdida, Pat. De este lado, ya lo arreglo yo todo.

—Gracias, Shaun. Adiós.

—Sin problemas. Hablaremos pronto.

Se cortó la comunicación.

Tenía la dirección de George y ahora sabía cuándo iba a morir. Patrick sonrió para sus adentros. No era demasiado tarde para ir a la velada de boxeo, después de todo. Eso podía distraer sus pensamientos de todo lo otro durante un rato.

* * *

Willy se paró delante de la fábrica de sombreros y Patrick ayudó a Kate a bajar del coche. Había gente por todas partes. Kate se dio cuenta de que su llegada había originado un revuelo y por instinto se quedó pegada a Patrick, que se abrió paso hacia la entrada a empujones y saludaba a algunas personas aquí y allá. Luego, ya estaban dentro. Una nube de humo de cigarrillos les dio de lleno en la cara y un hombrecito de pelo entrecano llegó corriendo con una amplia sonrisa plantada en la cara.

—¡Pat! ¡Pat! Has podido venir. Hola, querido.

—Jerry, esta es Kate, una amiga muy especial. Kate, Jerry. Un viejo réprobo.

Kate sonrió y cogió la mano diminuta con la suya.

—¿Cómo está usted?

Jerry la evaluó con ojos de experto. Nada del culo y las tetas habituales con los que solía cabalgar Kelly, pero tampoco nada mal para su edad.

—Estoy estupendamente, querida. Venid, os he guardado unos asientos de primera fila.

Patrick se agarró del brazo de ella mientras atravesaban el gentío. En los altavoces sonaba fuerte música *soul* y todos gritaban para hacerse oír por encima de ella. El local estaba lleno hasta los topes, y Kate se encontraba asombrada con las cosas y los sonidos que la rodeaban. Los corredores aceptaban apuestas abiertamente, y cuando tuvieron a la vista el gran *ring* ella todavía se desconcertó más. ¿Era posible que la hubiese llevado a un combate de boxeo ilegal?

Jerry los guio hasta sus asientos. Kate miró a Patrick con severidad.

—¿Esto es lo que yo creo que es?

Patrick se rio.

—Sí. ¡Deprisa, Kate, mira allí!

Señaló con el dedo. Sentado del otro lado del *ring* estaba el jefe superior de policía Frederick Flowers y lo que a Kate le pareció la mitad de la Brigada de Delitos Importantes. Saludó tímidamente con la mano al ver que Flowers les silbaba llamando su atención, evidentemente cargadísimo de copas. Patrick se partía de risa y Kate se volvió hacia él.

—Me has traído aquí deliberadamente, ¿verdad?

Vio que había confusión en sus ojos y se arrepintió de haberse reído.

—No sabía que iban a estar aquí, Katie, te lo prometo —dijo—. Yo pensaba venir por mi cuenta y entonces se me ocurrió que a ti te podía gustar. Solo quería estar contigo —sonrió y se llevó la mano al corazón como un escolar—. Palabra de explorador.

—Bueno... dijiste que sería toda una experiencia.

—Y lo será. Así que, entonces, ¿cuánto apostamos?

Kate frunció el ceño.

—¿Te parece cinco? —dijo.

—Oye, querida, si aquí apuesto cinco libras, mi reputación se agotará más deprisa que el *whisky* Bushmill's gratis en un sarao de irlandeses. Voy a plantarle mil a Rankin Rasta Dave, cariño. Se lo meará.

Mientras hablaba empezó a sonar por los altavoces *2001. Una odisea del espacio* y un rastafari enorme avanzó desde los vestuarios improvisados. Kate abrió la boca de sorpresa. Era un individuo gigantesco, con brazos y piernas enormes. Llevaba el pelo atado atrás en una cola de caballo hecha con unos tirabuzones gruesos como salchichas. Tenía un rostro hermoso, orgulloso. El público le vitoreaba o abucheaba dependiendo de si habían apostado o no por él.

Pat se puso de pie y dijo:

—Tú sigue mirándolo con ese amor en los ojos mientras yo voy a hacer las apuestas, ¿de acuerdo?

Kate sonrió a su pesar. Nunca había visto un hombre tan grande. Se plantó en el *ring*, dando saltitos, haciendo sombra y flexionando sus músculos aceitados. Una mujer que estaba al lado dio unos golpecitos a Kate en el brazo y le gritó:

—Podría dejar sus botas debajo de mi cama el día que mejor le venga.

Kate se llevó la mano a la boca asombrada y luego se rio con ganas. Entonces cambió la música y oyó que Dana cantaba *All Kinds of Everything* y se alzó una gran ovación.

Subió al *ring* otro individuo enorme. Levantó sobre la cabeza sus brazos gigantesco en ademán arrogante. Tenía un rostro grande, finamente tallado, rodeado de un pelo rojo desgreñado. Ojos azules pequeños como piedras de mechero que evaluaban a su adversario y que, obviamente, para satisfacción de sus partidarios, encontraban que no llegaba. Tendió al Rasta una manopla enguantada y luego escupió en el suelo, desafiante.

Patrick llegó de vuelta a su localidad. Su voz sobresaltó a Kate.

—Ese es Big Bad Seamus, Katie. Y ha venido de Dublín especialmente para pelear con Rasta Dave, que es de Londres. Esta noche corre por aquí un buen montón de dinero.

Kate lo miró con ojos inquietos.

—No me puedo creer que esté aquí. No he visto nada como esto en toda mi vida. Van a machacarse los sesos el uno al otro, ¿verdad?

Kelly sonrió.

—Eso espero, coño, chica. Si no hacen eso, la gente se ocupará de machacarlos a ellos.

Un hombrecito vestido de esmoquin subió al *ring* y empezó a anunciar las reglas del combate que a Kate le parecieron significar solo una cosa: todo estaba permitido exceptuando escopetas recortadas y cuchillos. Luego, los dos hombres se sentaron en sus rincones respectivos y una joven medio desnuda se paseó alrededor del *ring* en medio de silbidos y maullidos mostrando un trozo de cartón que llevaba escrito «Round 1». Sonó una campana y los dos hombres se lanzaron uno contra el otro como los toros de una proverbial figurita de porcelana.

Kate miraba, atónita, el comienzo de la pelea. El rasta tomó la iniciativa desde el primer puñetazo. Lanzaba golpes que impactaban una y otra vez en la cabeza del irlandés. Kate miraba con fascinación morbosa. Ahora el irlandés se alzó. Se lanzó contra el rastafari y le golpeó con la cabeza de un modo espantoso justo debajo del ojo. Kate vio cómo se le empezaba a hinchar y se llevó la mano a la boca. Cerró los ojos con fuerza. Aquello era de bárbaros. Dos adultos arrancándose la vida a golpes el uno al otro. El ambiente del almacén estaba cargado y Kate miró a su alrededor. Vio mujeres que gritaban de pie a los dos hombres; y ahora que la pelea se había puesto realmente violenta, era como si hubieran estado esperando a que empezase la verdadera paliza. Los ojos de Kate se dirigieron a Frederick Flowers, que también había saltado de su asiento y les gritaba consejos a los del cuadrilátero.

—¡Devuélvesela a ese hijoputa! ¡No dejes que ese paquete de irlandés se salga con la suya!

Pareció que el negro del *ring* recibía el consejo y se ponía a machacar otra vez al irlandés para dejarlo tieso.

Kate miraba a Flowers y era como si nunca lo hubiera visto hasta entonces. Le había oído hacer declaraciones a la prensa sobre las veladas de boxeo ilegales, igual que sobre tantos otros temas a lo largo de los años. Se suponía que era una de las cosas que trataba de erradicar. Sin uniforme, y con demasiado alcohol en el cuerpo, tenía el aspecto de lo que era, un vulgar granuja. No quedaba nada de aquel aura de respetabilidad, de aquel comportamiento tan serio del que hacía gala como jefe superior todo el día. En su lugar, lo que había era otra máscara asumida. El personaje de «yo soy uno de vosotros, chicos». No había grandes cosas que lo distinguieran de Patrick.

Una mujer morena de veintitantos años llevó una copa a Flowers y él la tomó de

su mano sin darse cuenta de su presencia. La chica se sentó en su asiento vacío y se bajó la falda sin resultado. Desde luego que no era la señora Flowers. Kate había visto a la esposa de Flowers en dos ocasiones distintas. Era una mujer muy refinada que llevaba faldas escocesas discretas y zapatos cómodos.

De todos modos, ¿por qué Patrick la habría llevado allí?

En algún punto de su cerebro le sonaron campanas. Miró al cuadrilátero y vio que los boxeadores se volvían dando tumbos a sus respectivos rincones.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Patrick con voz preocupada. Kate lo miró. A pesar de todo el ruido y la confusión que le rodeaba, parecía que él intuía sus sentimientos—. ¿Katie? —Patrick alzó las cejas una fracción de segundo y Kate apartó la mirada. Flowers tenía ahora la mano a medio camino de la falda de la muñequita. Patrick siguió la mirada de ella. Kate lo vio sonreír y sintió que el corazón se le encogía. Él volvió a mirarla.

—Freddy es un viejo verde, ya lo creo. Pero esa palomita no es suya, Kate. Esa cobra cosa de unos dos mil la noche. Es profesional.

Volvió a mirar al cuadrilátero. Otra chica, esta vez negra, daba la vuelta al *ring* meneando las huesudas caderas mientras mostraba un cartón que llevaba escrito «Round 2». El irlandés la agarró cuando pasaba a su lado y se la echó al hombro, fingiendo morderle las nalgas. La chica lanzaba grititos de placer encantada con toda aquella atención suplementaria.

Kate miró al rasta que metía la cabeza entera en un cubo de agua, la sacaba y se sacudía el pelo como un perro de lanas y salpicaba gotas de agua por todas partes.

Patrick encendió dos pitillos y le pasó uno a Kate. Lo aceptó agradecida.

—Patrick...

Iba a decirle que quería marcharse, pero sonó otra vez la campana y era demasiado tarde. Patrick solo atendía al *ring*.

Kate siguió mirando, asqueada, los golpes y puñetazos que volvían a empezar, esta vez incluso más fuertes. Como a los dos minutos del asalto, volvió a cambiar el ambiente, que se cargó de mala voluntad. Ahora el negro parecía comportarse de otro modo. Los golpes caían con fuerza en la cara del irlandés. Kate vio cómo se le iban formando bultos en torno a los ojos y la boca. Y entonces, la multitud se inclinó hacia delante en sus butacas. El irlandés cayó sobre una rodilla. El boxeador negro vio su oportunidad y la aprovechó. Tomó impulso con su enorme brazo y empezó a aporrear el rostro y la cabeza del otro.

El público estaba entusiasmado. Hombres y mujeres les gritaban consejos a los dos boxeadores. Kate vio aterrorizada cómo el negro levantaba al irlandés del suelo, lo sujetaba y empezaba a machacarle la cara y el cuerpo. El irlandés estaba grogui de pie, y aun así los golpes continuaron sin piedad. Después de lo que le pareció todo un siglo, el rasta arrojó al otro sobre la lona y le lanzó una buena patada en la ingle como último golpe.

El irlandés yacía allí como crucificado, con los brazos extendidos uno a cada lado

del cuerpo.

La multitud enloquecía. En la parte de atrás, se producían pequeñas peleas entre hinchas rivales. En el *ring*, el rasta daba la vuelta al cuadrilátero con los brazos en alto como un héroe. Los bucles se le habían soltado y ahora volaban libres a un lado y otro de la cara cuando se movía. Una mujer blanca alta y guapa de unos treinta años subió al *ring* y se arrojó en sus brazos y le dio un beso apretado en aquellos labios hinchados y heridos.

Patrick se volvió a Kate.

—Esa es Verónica Campella, también llamada Verónica la Violenta... Es su mánager. Verónica tiene una de las mejores cuerdas de Inglaterra y sabe hacer muy bien su trabajo. Esta noche le ha conseguido una bolsa de veinte de los grandes. No está mal por dos asaltos, ¿eh? Lleva a sus chicos a boxear hasta China y los Estados Unidos —en la voz de Kelly había admiración.

Kate estaba callada y miraba cómo se llevaban al irlandés del cuadrilátero. El rasta se acercó a él y se abrazaron como viejos amigos. Era evidente que el irlandés sabía perder.

—¿Podemos marcharnos ya, Pat, por favor?

—Todavía quedan otro par de combates, Kate. —La miró de cerca—. ¿Qué sucede? —había auténtico desconcierto en su voz.

—Lo único que quiero es salir de aquí. Es horrible. Todo esto —y abrió los brazos para señalar— me revuelve el estómago.

Durante un mínimo segundo, vio que una sombra de fastidio cruzaba por la cara de Patrick. Luego, pareció recordar quién era ella, porque le sonrió con tristeza.

—Esto no ha sido muy buena idea, ¿verdad?

Kate recogió el bolso del suelo y meneó la cabeza.

—La verdad es que no. No me gusta el boxeo ilegal, Patrick. No puedo soportar ninguna clase de violencia.

—Entonces será mejor que nos marchemos, ¿no crees?

Comprendió que esa vez lo había molestado de verdad. Tenía un tono de voz plano y fue caminando delante de ella en medio de la multitud saludando con la cabeza y estrechando algunas manos al pasar. Cuando salieron del calor y la excitación del almacén y empezaron a andar en medio del aire frío, Willy apareció como por arte de magia.

—¿Cómo te ha ido, Pat?

—No tan bien como me esperaba, Willy. ¿Y tú?

Kate oyó el tono de voz y apretó los dientes.

—Me he llevado un grande por la cara. Sabía que el moreno se lo podía llevar, Pat. Es que lo sabía. ¡Ese chico sabe pelear!

Patrick le sonrió.

—Tú quédate a ver el resto del programa, Willy.

—¿Y qué pasa con vosotros dos?

—Soy perfectamente capaz de conducir mi coche, Willy —dijo Patrick con un suspiro.

Willy comprendió que algo pasaba. Kate parecía un fin de semana de lluvia en Brighton y Patrick no tenía mucho mejor aspecto. Le tendió las llaves.

—Bueno..., si estás seguro...

No le gustaba que Pat condujera el Rolls, era la niña de sus ojos.

—No le pises mucho, ¿vale?, que no está demasiado acostumbrado a que lo lleves tú. Hay que saber cómo manejarlo...

—¡Willy! —dijo Patrick con voz cortante.

—¿Qué?

Patrick acercó su cara hasta ponerla junto a la del otro y dijo:

—Adiós.

Y después, abrió la puerta del pasajero a Kate y dio la vuelta para sentarse al volante. Kate se sentó en el coche en silencio total. Willy no dejó de mirarlos atentamente, meneando la cabeza. Patrick puso en marcha el motor y aceleró de golpe para salir del aparcamiento lanzando una lluvia de piedras alrededor. Ya en la carretera principal, se puso a cien kilómetros por hora y Kate lo oyó reírse amargamente en la oscuridad.

—¿De qué te ríes tanto? —preguntó con voz inexpresiva.

—Ese jodido Willy, a veces me pregunto por qué sigo con él tanto tiempo. Parece más mi madre que mi gorila.

—Porque es un buen amigo tuyo, por eso —las críticas de Kelly incrementaron la incomodidad de Kate.

Patrick detuvo el coche en un área de descanso y paró el motor.

—Escucha, Kate, no me des tanto la vara. Desde el momento que viste a Frederick Flowers no has parado de incordiar...

Kate le interrumpió.

—¡Eso no es verdad! Has tenido el atrevimiento de llevarme a una velada ilegal de boxeo, Patrick. Solo porque estuviera allí mi jefe superior pasándoselo como nunca en su vida, no quiere decir que yo tuviera que ir. Me pareció una cosa de bárbaros, cruel y degradante. No solo por los dos hombres que se peleaban, sino por toda la gente que paga por verlo.

—A lo que esto nos lleva es a una cosa, Kate, y es esta: que venimos de mundos diferentes. No voy a pedir disculpas por llevarte allí, digas lo que digas. Yo soy lo que soy, Kate, así que o me tomas o me dejas.

—Pues lo mismo digo yo de mí, Pat, no pienso pedir disculpas.

Se miraron el uno al otro en la penumbra del coche; la atmósfera estaba espesa, ácida. Kate notaba los fuertes latidos de su corazón; le había hecho saber lo que sentía. Y de repente, ya no se trataba del boxeo, se trataba de ellos, de ellos dos como personas. De las diferencias entre ellos.

Patrick encendió otro cigarrillo para cada uno.

—¿Tú qué quieres de mí, Kate? —era una súplica.

Kate dejó una pausa.

—Quiero un poco de respeto. Quiero importarte. Pero por encima de todo, quiero saber que no me estoy metiendo en compromisos de ninguna clase por estar contigo. Ese... ese... espectáculo de esta noche me ha hecho sentir enferma físicamente. Cuando empezaron a machacarse de verdad el uno al otro, tuve hasta miedo.

Kate oyó el zumbido de la ventanilla eléctrica al bajarse.

Patrick miraba a la carretera. Pasaban coches a toda marcha y el ruido de los motores se colaba dentro de su mundo. Una brisa fresca los rodeó. Patrick suspiró. Era el suspiro de un hombre viejo.

—Lo siento, Kate. Tienes razón. ¿Qué más puedo decir? Sé que somos distintos, pero la mayor parte del tiempo estamos en la misma longitud de onda. En los últimos meses he tenido que volver a pensar un montón en mi vida. Como cuando vendí los salones de masaje... —hizo una pausa para dar una calada al cigarrillo—. Nunca hubiera debido llevarte esta noche allí, ahora lo veo. Aunque no hubieras sido de la bo..., quiero decir, aunque no hubieras sido una inspectora... Tú no estás programada para esta clase de cosas. Tampoco Renée lo estaba. Todo lo que puedo decir en mi defensa es... —se volvió hacia ella—. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve junto a una mujer que no se limitaba a plegarse a lo que yo quisiera hacer.

Kate buscó su rostro en la oscuridad, pudo descubrir sus facciones y las fue acariciando una por una con los ojos. Él le dio un suave beso en los labios que fue como si una descarga eléctrica le atravesara el cuerpo.

—No pido disculpas por ser lo que soy, Kate, eso dejémoslo bien claro ya. Pido disculpas por no haber pensado en ti y en lo que tú debías sentir. ¿Eso te parece lógico? —Kate asintió—. Bueno, pues entonces, démonos un beso como Dios manda.

Atrajo a Kate a sus brazos y la besó con fuerza en la boca.

Al separarse, Kate vio una cabeza que miraba por la ventanilla.

—¿Todo está en orden señor?

Ninguno de los dos se había dado cuenta de que un Panda se detenía detrás de ellos.

—Sí, gracias, agente, todo está perfecto. Ya nos íbamos.

Kate sonrió al policía, y cuando Patrick salía del área de descanso, puso la mano sobre la de él en el volante.

—No quiero que nos peleemos, Pat.

—Venga, vamos a olvidar todo esto. Bien, ¿qué me dices de ir a comer algo? ¿Qué te apetece? ¿Italiano, francés, español, chino o qué?

Kate se echó a reír.

—¿Qué me dices de un indio?

—¡Sabía que tenías que decir la única comida que me he olvidado! Te hago otra propuesta, ¿qué me dices si nos olvidamos de la comida y nos vamos directamente a

la cama?

—Ni hablar.

Patrick suspiró.

—Merecía la pena intentarlo.

Kate le apretó la mano cariñosamente.

—Nunca me voy a la cama con el estómago vacío.

Y de pronto, lo deseó con tanta intensidad que hasta notaba el sabor. Sintió cómo él pisaba a fondo el acelerador.

—Willy te dijo que no le dieras caña al coche.

Él la miró y sonrió.

—Willy no dijo nada de los casos de emergencia.

* * *

Mucho más tarde, tumbada junto a él, aspirando su olor y sumida en la flojera que sobreviene tras hacer el amor intensamente, se puso a meditar sobre la situación.

Aquel individuo cálido y amoroso que tenía a su lado liquidaría al Destripador de Grantley sin pestañear. Sabía que era capaz de matar. Nunca había pretendido ocultarlo.

Pero, aun así, seguía deseándolo.

Él defendía todas las cosas con las que ella no estaba de acuerdo. La cama en la que yacían se pagaba gracias a alguno de sus negocios al borde de lo permitido, y la había llevado a ver una velada de boxeo ilegal. Pero mirabas aquel rostro tan hermoso y le perdonabas cualquier cosa.

¿Cualquier cosa?, volvió a preguntarse, y no supo responderse.

Por lo menos, no con sinceridad.

Se acurrucó más profundamente entre sus brazos. Notó el pene flácido, húmedo y suave contra la pierna, y al instante sintió de nuevo la excitación. Él se despertó un segundo y la atrajo hacia sí como sorprendido de encontrársela allí. Ella lo besó en la boca, ávida, intentando desesperadamente dejar la mente en blanco. Él le rozó los pechos, brusco, y ella respondió besándolo más fuerte.

—Kate...

—Qué.

—Si quieres puedes negarlo, pero me parece que el rasta aquel te puso en marcha...

—¡Oh! Eres un...

La agarró con fuerza y la besó de nuevo, luego se deslizó encima de ella como si estuvieran hechos para encajar entre sí. Ella se alegró.

Ninguno había mencionado los asesinatos o el combate. Era como si tuviesen un acuerdo tácito para dejar de lado ese tema. Pero incluso entre los estertores del

orgasmo, seguía estando en el fondo de sus pensamientos.

Y todo acabaría volviendo a surgir. Sus diferencias, sus opiniones encontradas sobre el bien y el mal, todo eso les haría entrar en conflicto.

Y eso les haría sufrir.

Capítulo Veintinueve

Duane Portillo vigilaba el número 22620 de Apopka Vineland Road. Estaba sentado frente a la casa comiéndose un sándwich y esperando a que su presa apareciera. Le habían facilitado una descripción que encajaba perfectamente con el hombre que había visto un poco antes. Todo lo que necesitaba determinar ahora era que ese individuo fuera inglés. Dio un mordisco al sándwich, apreciando el sabor del pollo húmedo y la lechuga crujiente. Llevaba allí ya más de dos horas y los dos dobermann no dejaban de vigilarlo desde las verjas con sus ojos redondos y brillantes.

Duane aprobaba lo de tener perros. Si él tuviera una casa como aquella, habría tenido dos perros iguales. Sabía exactamente qué podía pasar si alguien decidía robarte. Lo sabía porque él había sido ladrón de casas una temporada. Ahora disfrutaba de la buena vida. Bastaba con soltar unos trocitos de plomo y te pagaban un quintal de dinero. Era un arreglo que le satisfacía. Le daría a aquel tipo otras treinta y seis horas antes de eliminarlo, eran órdenes del señor O'Grady.

Duane supuso con su astucia habitual que O'Grady estaba esperando a que llegara el dinero antes de meterse en harina. O'Grady era un tipo listo. Duane bendecía el día en que se había encontrado con él.

Duane acarició el estuche del arma que tenía en el asiento del pasajero. Dentro estaba su arma favorita, un rifle Ruger Mini 14. Tenía un alcance de precisión en torno a los cuatrocientos o quinientos metros y solía emplear munición Remington 223 como la que se había usado en Vietnam. Con aquello le reventabas los sesos a un individuo sin hacer más ruido que un suspiro.

Se terminó el sándwich y arrancó el coche. Bajó unos cientos de metros por la calle, dio la vuelta al coche y observó la casa desde un ángulo diferente.

En efecto, vio lo que estaba buscando ver.

Tomó los prismáticos y miró a su presa con ellos. No tenía pinta alguna de que dieran cincuenta mil dólares por su cabeza. Duane se encogió de hombros mentalmente. Bueno, daba igual la pinta que tuviera, eso no importaba. Lo que importaba era que había fastidiado a alguien en Inglaterra lo suficiente como para merecerse que le volaran la cabeza. Y eso es lo que Duane iba a hacer.

George se había levantado temprano y disfrutaba del sol en el jardín. No pudo evitar echar una mirada a la piscina. El agua brillaba azul y fresca y deseó tener agallas para tirarse. Pero George no sabía nadar.

Su sobrina y su sobrino tenían que llegar ese día, más tarde, y estaba emocionado ante la perspectiva de verlos. En especial a Natalie. Había visto fotografías suyas y la verdad es que era una chica muy guapa.

Edith le había informado de que nunca se levantaba antes de las diez, de manera que tenía toda la primera parte de la mañana para él. La asistenta de Edith, una bonita mexicana, le dijo que lo que tenía que hacer era ir a explorar por ahí, y pensó que muy bien podía seguir su consejo. Buscó las llaves de su coche y salió de la casa. Los

dos dobermann le gruñeron cuando pasó junto a ellos; George abrió las verjas a toda prisa y salió con el coche. A continuación, las cerró con cuidado e inició su marcha.

No se dio cuenta en absoluto de que un Buick grande le iba siguiendo. George se dirigió hacia la propia Orlando, disfrutando del claro sol de Florida. Se había subido las mangas de la camisa y ahora, con el techo abierto y una brisa suave jugueteándole en el pelo, se relajó. Al cabo de un rato encontró lo que estaba buscando: el Orange Blossom Trail.

Cenando la noche anterior, Edith y Joss le habían hablado del Orange Blossom Trail; decían que ese bonito nombre engañaba sobre su actividad. Estaba en el centro de Orlando, donde los turistas que acudían en manada a Disney solo aparecían por equivocación. Era la versión del Soho en Orlando y George no podía aguantar las ganas de estar allí.

Conducía como embobado. Estaba lleno de hoteles de mala pinta que anunciaban películas porno y camas de agua. Había mujeres de todas las pintas, colores y formas circulando por allí, vestidas con biquinis minúsculos y con cuerpos bronceados de color cuero caoba. Algunas de ellas se apoyaban en sus propios remolques, casas rodantes que utilizaban para ocuparse de sus clientes, ahorrándose así la factura del hotel. George iba absorbiendo todo aquello como un hombre muerto de sed. Sonrió a diversas mujeres y se quedó encantado al ver que le devolvían la sonrisa. Llegó a un lugar que se llamaba Casa de Muñecas y que prometía delicias tales como bailarinas en *topless* y acompañantes para beber.

George continuó en el coche hasta llegar al corazón mismo del Orange Blossom Trail. Allí ya no había ni los grandes hoteles de la avenida Internacional ni las galerías comerciales. Allí ya no había gente de cara amable deseándole «que pase usted un buen día». Lo que había aquí eran chamizos de mala muerte y gente en diversos estados de embriaguez o aletargada por las drogas derrumbada delante de ellos. Aquí había niños descalzos que miraban con miradas vacías un coche obviamente desconocido que pasaba. Aquí, hombres de aspecto sucio se apartaban de las paredes para abalanzarse sobre el coche de George, que se apresuraba a apretar el acelerador. Aquí era la última parada de los pobres, los adictos y los delincuentes.

George miró a su alrededor, ahora consternado. Dio la vuelta, regresó a la zona de la Casa de Muñecas y aparcó. En cosa de segundos, tenía hombres y mujeres haciéndole proposiciones. George se bajó del coche, lo cerró y empezó a caminar. Una jovencita le saludó con la mano y echó a andar perezosamente hacia él. George se detuvo para alegrar los ojos con su vista.

—Hei.

—Hola, querida.

—¡Vaya, inglés, eh! ¿Eres de Londres?

George sonrió.

—En principio sí. Pero ya no vivo allí.

La chica pareció decepcionada. Pensaba que Londres era lo mismo que Inglaterra.

—¿Y qué andas buscando? A lo mejor igual puedo ayudarte.

De pie en la calle sucia y polvorienta, bajo aquel sol caliente, George sintió el estremecimiento de la expectación.

—Ando buscando divertirme un poco.

La chica sonrió y dejó ver unos dientes mellados.

—Bueno, pues entonces viniste al sitio correcto. Me llamo Loretta.

—George.

—Bueno, George, ¿qué me dices si nos vamos a dar un paseíto juntos tú y yo? Tengo el remolque apenas un poquito más adelante.

George caminó a su lado oyéndola charlar. Saludaba a la gente con la que se cruzaban. Decidió que aquel deje sureño y blando le cautivaba. No tendría más de dieciocho años. George subió al remolque tras ella y ella cerró la puerta, se volvió y le sonrió.

—¿Te apetece beber algo? No tengo heladera, pero normalmente la cerveza está bastante fresquita.

George asintió con la cabeza y la muchacha se agachó para abrir el armarito que tenía debajo del minúsculo fregadero. George vio cómo la parte de abajo del biquini se le subía para encajarse en la hendidura de las nalgas. Cuando se levantó con la lata de cerveza y una sonrisita en la cara, vio que aquel hombre la miraba de un modo extraño.

Los ingleses eran tan fríos. Puede que fuera el clima. Le había dicho que allí llovía todo el tiempo.

—¿Estás bien?

George sonrió con aquella sonrisilla suya que apenas enseñaba los dientes.

—Perfectamente.

Duane vigilaba sentado en su Buick. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar a que el inglés acabara sus asuntos.

Jack Fenton era cabo retirado del ejército y vivía en Bychester Terrace desde hacía diez años. No era hombre que se mezclase mucho con sus vecinos, pero sí sabía de sus idas y venidas. Su mujer, Daisy, decía que era un meticón, pero por lo que a él respectaba, Jack se consideraba simplemente un observador.

Como la otra noche, cuando oyó que se paraba un coche ya muy tarde, nada menos que un Rolls Royce, y dos hombres entraban en la casa de los Markham, la de al lado de la suya. Aquello lo desconcertó, tenía que admitirlo. Los Markham nunca se metían en nada, y según las normas de Jack, así debían ser las cosas. Pero al mismo tiempo, le hubiera gustado saber quiénes eran aquellos hombres. Era un coche fantástico. Al final, había decidido que se trataba de parientes ricos.

Pero aquello de la tubería que perdía era otra cuestión. Cuando bajó para ir a buscar el periódico y unos cigarrillos, se fijó en que las pérdidas de la tubería empezaban a causar problemillas. Había un charco grandecito junto a un lateral de la casa. Había llamado a la puerta, pero no le había abierto nadie. Así que después de

tomarse un té bien fuerte informó a su esposa de que iba a ir a la casa de al lado en misión de reconocimiento. Seguía utilizando jerga militar para fastidio de Daisy, que odiaba a las fuerzas armadas con toda su alma.

Jack se puso sus botas de agua y fue al solar vecino. La mañana era buena, fresca; aspiró unas cuantas bocanadas profundas de aire y notó cómo le quemaba al bajarle por la garganta. Entonces empezó a toser peligrosamente, de modo que sacó la cajetilla de Woodbines, encendió uno y chupó hasta dominar el cosquilleo. Supervisó la fuga de la tubería pecadora con el pitillo firmemente sujeto entre los dientes.

Un atasco en algún punto, apostaría a que era eso. Abrió la verja de atrás y entró en el jardín sorteando el agua que caía. Si George y Elaine no iban con cuidado, acabarían teniendo humedad en las paredes.

Entonces vio la puerta trasera de los Markham.

Fue hacia ella con decisión y meneó la cabeza. Habían cortado un agujero perfectamente redondo en el cristal junto al pomo de la puerta.

En su puerta él todavía tenía el cristal reforzado de alambre original. Los Markham tenían una puerta trasera de madera maciza con cuatro paneles de vidrio en la parte de arriba.

A Jack no le sorprendió que la puerta se abriera. Entró en la cocina, con las ventanas de la nariz aleteando como las de un perro sabueso.

La habitación estaba immaculada.

Entró en la sala y la encontró igual. Nadie había tocado nada.

Pero allí había algo más que extraño o él no se llamaba Jack Fenton. Cogió el teléfono y llamó a la policía. Luego se sentó ante la mesa de la cocina y esperó pacientemente a que llegasen.

Cosa de una hora más tarde, llegó finalmente un Panda. Jack les abrió la puerta y les enseñó las pruebas en silencio. Los dos jóvenes guardias lo miraron todo como es debido y declararon que tenía razón. Allí había habido algún tipo de escalo.

—¿Sabe usted dónde están los ocupantes de la casa?

Jack los miró como si fueran imbéciles. Entre los dos no tenían tantos años como él.

—Están trabajando, naturalmente.

—¿Dónde trabajan? ¿Lo sabe usted?

—Pues claro que lo sé. Soy su vecino, ¿no?

El mayor de los dos policías respiró hondo.

—Bueno, ¿y será usted tan amable de decírnoslo?

—Ella, o sea, la esposa, Elaine, trabaja en un supermercado del centro. ¿Cómo se llama? Precios Bajos o algo así. En cuanto a George, trabaja en el polígono industrial, en Conjuntos Kortone.

—Gracias. ¿Y notó usted algo sospechoso antes de ver la ventana?

—Bien, no sé si esto quiere decir algo, pero la otra noche vi aquí un Rolls Royce. Se bajaron dos hombres y llamaron a la puerta.

—¿Está seguro de que era un Rolls Royce?

—Pues claro que estoy seguro. Acabo de decirlo, ¿no? —su voz estridente empezaba a atacar los nervios de los policías—. Deberíais llamar a un fontanero, chicos, esa fuga va a acabar por estropear algo, os lo digo yo. Bueno, me voy para casa. Vivo justo en la casa de al lado, si me necesitáis.

Salió meneando la cabeza con miserativo. Había esperado que al menos vinieran unos detectives.

El agente Dendy llamó por radio a la sala de información para comunicar el escalo. El oficial de servicio envió a un guardia al Precios Bajos para que hablase con la señora Markham y le dijeron que llevaba una semana de baja por enfermedad. El guardia se acercó luego a Conjuntos Kortone y allí le dijeron que el señor Markham se había jubilado hacía muy poco.

Desconcertado, envió ambas respuestas por radio y el sargento de guardia, que era un hombre suspicaz, fue a hablar con los detectives. Allí había algo más de lo que parecía a simple vista. ¿Rolls Royces que aparecen en mitad de la noche? ¿Agujeros bien cortados en las ventanas y el vídeo en marcha en la sala de estar? ¿Y no aparece ninguno de los habitantes de la casa? ¿Una enferma y el otro jubilado? Las cuentas no salían.

Le explicaron a Caitlin tan misterioso caso en la pausa para el café y se hubiera reído de no ser por una cosa: el Rolls Royce. Un Rolls Royce rojo oscuro: se trataba del coche de Kelly.

Apuntó la dirección que le dio el sargento de guardia y se fue en su coche a Bychester Road. Los guardias se quedaron sorprendidos al verle.

—¿Ha vuelto ya alguien?

—No, inspector jefe. Y no parece que se hayan llevado nada.

—Pues quiero que registren ustedes este sitio a fondo. La casa, la caseta del jardín y el garaje. Bien a fondo, no lo olviden.

—¿Y qué tenemos que buscar, señor?

Caitlin sonrió.

—Ahí está el quid, muchachos. La verdad es que no lo sé.

Se quedó fuera, en su coche, fumándose uno de sus cigarros, cuando salió uno de los guardias y llamó en la ventanilla.

—Creo que será mejor que eche usted una ojeada a esto, señor, no sé si significará algo.

Caitlin cruzó la casa tras él; salió al jardín y llegó a la caseta. Allí estaban todas las revistas y libros pornográficos de George.

Caitlin asintió para sus adentros. Su corazonada era correcta. Solo había una cosa que iba mal: al parecer Patrick Kelly había encontrado primero al Destripador de Grantley.

Volvió al coche y llamó por radio.

Kate estuvo allí con su patrulla antes de diez minutos. Se pusieron

sistemáticamente a registrar la casa de arriba abajo. Nadie estaba realmente seguro de qué buscaban hasta que el sargento Willis y el sargento Spencer subieron al desván.

—¡Carajo! ¿Qué es este puñetero olor? Es espantoso.

Spencer encendió la luz al decir la frase y Willis quitó la tapa del depósito de agua.

Spencer lo vio tambalearse hacia atrás con las manos sobre la boca hasta desaparecer de la vista por la entrada del desván.

El sargento Spencer se acercó al tanque tapándose la nariz con el pañuelo. Miró. Elaine yacía de costado con la cabeza en un ángulo imposible. Tenía los ojos bulbosos y de un blanco lechoso. La piel rellena de agua estaba hinchada y tenía un color gris púrpura.

Spencer se desmayó justo en el momento en que Kate y Caitlin trepaban al desván.

Kate gritó a través de la trampilla:

—¡Que alguien suba aquí y se lleve a Spencer, por favor, y que llamen al forense!

Kate y Caitlin echaron una mirada a Elaine y luego se miraron el uno al otro. No había duda de que estaban en casa del Destripador de Grantley, con esposa muerta incluida y todo.

La única cuestión era: ¿dónde estaba George Markham?

En la cabeza de Caitlin había una pregunta más: ¿dónde coño estaba Kelly?

Tomó nota mentalmente de hacer que en la declaración del vecino de al lado se omitiese la parte del Rolls Royce. En todo caso, hasta saber algo más.

Miró a Kate con expresión de tristeza en la cara. Ella apoyó la mano instintivamente en el brazo de él, dando por hecho que estaba triste por la pobre mujer que tenían delante.

Ni se le pasó por la cabeza pensar que su compasión estuviera dirigida a ella.

El ambiente en la sala de incidencias era de euforia pura. ¡Tenían al Destripador de Grantley!

Kate permitió a Caitlin ofrecerle un vaso de *whisky*. Todos se daban palmaditas en la espalda, reían y hacían bromas.

Kate contestó el teléfono que sonaba. Era Frederick Flowers y alzó los brazos para pedir silencio antes de conectar el teléfono a los altavoces.

—¡Bien hecho! ¡Enhorabuena! A usted y a todos los demás. Sabía que lo atraparíamos. Daré la noticia a la prensa dentro de un par de horas. Pueden estar todos muy orgullosos.

Colgó y de todos ellos brotaron vítores estruendosos. Caitlin dio un beso a Kate en la mejilla y ella le dio un abrazo. Se había acabado. Todo lo que les quedaba por hacer era encontrarlo, y ahora que tenían su nombre eso era una pura formalidad.

Entonces Amanda Dawkins dio unos golpecitos a Kate en el hombro. La expresión seria de la joven le hizo fruncir el ceño.

—¿Qué sucede?

—Creo que será mejor no seguir con la fiesta, inspectora. George Markham se hizo el análisis de sangre. Dio negativo.

—¿Qué?

El grito de Kate entró como un cuchillo en el ruido que la rodeaba y que fue muriendo gradualmente. Tomó el papel que Amanda le daba y leyó los resultados. Se quedó desalentada.

Los resultados de George Markham habían sido negativos.

Se habían puesto a celebrarlo demasiado pronto.

Le pasó el papel a Caitlin, que se quedó un buen rato mirándolo.

—Mierda... —la palabra le salió con dificultad entre los labios.

—No me lo creo. Es que no me lo puedo creer —dijo Kate con voz grave. Apretó el puño—. ¡Pensaba que ya lo teníamos!

Los policías, hombres y mujeres, empezaron a murmurar entre ellos según iban recibiendo la noticia. El ambiente de la sala se vino abajo en cuestión de segundos.

Kate dio un trago a su *whisky*, porque ahora lo necesitaba.

—De todos modos, si no es el Destripador, sí que ha asesinado a su mujer y salido por piernas. ¿Será un caso completamente distinto?

—Eso es lo que parece imponerse, sí —dijo Caitlin con voz grave—. Todos esos vídeos y revistas, no obstante... Jesús, hubiera apostado mi dinero a que era nuestro hombre...

Entonces se le ocurrió otra idea.

También Patrick Kelly pensaba que era su hombre.

Kate le observó salir a toda prisa de la sala. Si no hubiera estado tan perturbada por la noticia del análisis negativo de George, se hubiera preguntado qué problema tenía ahora.

Estaba más preocupada por que le había dejado a ella la tarea de darle la noticia a Flowers.

¿Cómo podían haberlo dado por sentado antes de tener confirmación? Se terminó el *whisky* de un trago y cogió el teléfono. Aquella tarea no le gustaba ni una pizca.

Patrick Kelly había hablado con Caitlin y le aseguró que no sabía nada de ningún George Markham. Lo más probable era que el vecino de al lado estuviera medio dormido y se equivocara. Escuchó a Caitlin que le dijo lo del análisis de sangre negativo e hizo los ruidos de desilusión adecuados ante su equivocación. Luego colgó el teléfono y sonrió. El pequeño plan George Markham había resultado.

Sabía, y Tony Jones también lo sabía, que la prueba de sangre de George había dado positivo. Pero ahora Tony Jones estaba en el hospital y George Markham a punto de encontrarse con su Creador. Entre una cosa y otra, aquel no había sido un mal día.

Kate llegó a su casa en taxi dos horas después.

—Hola, Patrick. He tenido un día terrible. ¡Págale a ese bobo de taxista antes de que lo detenga!

—¿Estás borracha? —preguntó Kelly con voz sorprendida.

—Un pelín. Y si sigo con lo que me apetece, más borracha estaré. —Él la cogió del brazo y la ayudó a cruzar el vestíbulo y subir las escaleras—. ¿Dónde vamos? —había surgido un tono agresivo en su voz.

—Te voy a meter debajo de la ducha, cariño. Así que ahora vamos a subir estas escaleras.

Willy se asomó al vestíbulo y Kelly le soltó:

—Está trompa. Paga el taxi y luego tráele un poco de café.

Willy asintió y miró a Patrick medio arrastrar, medio cargar escaleras arriba con una Kate borracha.

En el dormitorio, la soltó sobre la cama y empezó a quitarle la ropa. Ahora se dejaba. La agresividad se había convertido en la resignación de la fatiga.

—Creí que ya lo teníamos, Pat, pero no. No era así... Todo lo que teníamos era otro asesino. Uno que asesinó a su mujer...

—Está bien, está bien, cálmate.

La sacó desnuda de la cama y se la llevó al cuarto de baño *en suite*. Abrió el grifo del agua fría y la sujetó debajo de la ducha. El agua helada hizo que abriera la boca en busca de aire y que intentase escapar del plato. Patrick la sujetó allí debajo con ciertas dificultades; se estaba empapando la camisa blanca de seda que llevaba.

—Deja que el agua te corra por encima, Kate, eso hará que te sientas mejor.

—¡Maldito cabrón! ¡Déjame salir de esta ducha ahora mismo! ¡Está helaaada!

Kelly vio cómo se le iba poniendo toda la piel de carne de gallina como por arte de magia y ahogó una sonrisa. ¡Los pezones estaban enormes!

Cinco minutos después, todavía la estaba sujetando bajo el agua corriente cuando oyó que Willy llegaba a la alcoba con el café. Cerró la ducha y la envolvió en una gran toalla de baño.

—Vamos, vamos al dormitorio.

—Hoy Flowers me ha soltado una bronca con todas las de la ley. En cambio, a Kenneth Caitlin, no. Ya lo creo que no. Solo a mí.

Patrick le sirvió un café bien fuerte, pero cuando se lo llevó a la cama, ya estaba dormida.

Tenía los largos cabellos pegados al cuerpo. Gotitas de agua le perlaban la piel. La toalla de baño apenas si la tapaba. Nunca le había parecido tan vulnerable y deseable. Durante un segundo fugaz, contemplándola, se arrepintió de lo que había hecho. Él sabía sin sombra alguna de duda que George Markham era su hombre. Pero que nunca podría decírselo.

Sin embargo, había algo que sí podía hacer, y era poner a Frederick Flowers en su sitio. Esa idea le consoló durante un rato. Finalmente, Kate abrió los ojos tres horas después. Miró a su alrededor tratando de aclararse. Entonces vio a Patrick.

—Hola, guapa, ¿te encuentras mejor?

Kate se incorporó en la cama.

—La verdad es que me encuentro fatal.

—Llamaré para pedir café recién hecho.

Mientras llamaba a la cocina, Kate se enrolló en la toalla húmeda más estrechamente y se vio reflejada en el espejo frente a la cama. Frunció el ceño. Tenía un aspecto terrible. Patrick se sentó a su lado en la cama.

—Siento mucho lo del sujeto ese, el tal Markham.

—Oh, no me recuerdes eso, por favor.

Patrick la besó en el hombro desnudo.

—Si simplemente hubiéramos comprobado los análisis de sangre antes de señalarlo con el dedo, Patrick... Me siento como una maldita idiota, pero hubiera jurado sobre una pila de biblias que era nuestro hombre. Las películas porno, las revistas, todo encajaba. Si hasta había estado en la cárcel por violación frustrada y lesiones. Eso también lo descubrimos demasiado tarde.

—Bueno, pero asesinó a su mujer.

Kate le cortó en seco.

—Pero ¿lo hizo él? Por todo lo que sabemos, hubo alguien que asesinó a los dos, a ella y a Markham, y el cuerpo de él lo dejó en otro sitio. Hasta que lo encontremos a él o a su cuerpo no sabremos nada.

Willy llamó a la puerta con los nudillos y entró con el café.

—Llaman por teléfono de los Estados Unidos, Pat.

Kelly se levantó de la cama de un salto y salió de la habitación.

—¿Quiere que le sirva, señora?

—Sí, Willy, por favor. En este momento no tengo un pulso muy firme.

—Le pagué el taxi. Estaba muy borracha, ¿sabe?

—Lo sé.

Tomó la taza de manos de él.

—¡Parece que la hubieran seducido y abandonado!

Kate no pudo evitar una sonrisa.

—Pues así me siento, Willy.

Willy le apuntó con un dedo grueso y corto.

—Entonces que eso le sirva de lección. Nunca en la vida me ha gustado ver a una mujer bebida, es horrible.

—Lo tendré presente en el futuro.

Willy salió del cuarto y Kate se bebió el café. Solo Dios sabe cómo deben estar sintiéndose los otros, puede que incluso estuvieran más borrachos que ella. Una vez pasado el golpe inicial, todos se habían puesto a beber en serio. Lo último que recordaba era a Caitlin escurriéndose de la silla. Todos y cada uno estaban completamente beodos.

Pero ¿por qué no, por Cristo bendito? Después de las noticias recibidas, la puta verdad es que necesitaban tomar algo.

Cerró los ojos al sentir que la frustración le atacaba de nuevo. La fotografía del

cuerpo diminuto de James Redcar llevaba todo el día persiguiéndola.

Patrick volvió a la habitación; se sentó a su lado y retiró la toalla de sus pechos, acariciándolos.

—Me parece que a ti y a mí nos vendría bien animarnos un poco. Conozco un jueguito que igual te gusta. Te apartará de la cabeza los problemas durante un rato.

—¿Cómo es?

—Se llama camiones y garajes. No sé si lo habrás jugado ya alguna vez.

Kate lo miró con una ceja alzada.

—No puedo decir que sí. No.

—Bueno, ¿pues ves esto? —Y le llevó la mano a su miembro erecto—. Este es mi camión, ¿vale? Y ahora tengo que encontrar un sitio para aparcarlo. Bueno, tú ya me entiendes.

Kate soltó una gran carcajada.

—Oh, Patrick, esta noche te necesito. Te necesito tanto...

Él contempló sus ojos castaños. Unas lágrimas brillaban en las pestañas y sintió una tristeza avasalladora. Kate sufría y él podía detener aquel sufrimiento con unas pocas palabras. Para ella, resolver aquel caso lo era todo, y él podía explicarle todo lo que deseaba saber.

Pero en vez de eso, empezó a besarla, perdiéndose en aquel cuerpo de olor dulce al notar cómo respondía al suyo. Sintió su lengua deslizarse entre los labios. Las uñas recorrerle la espalda y pasar bajo su cuerpo para sostener sus testículos.

Y luego, empezó a estremecerse debajo de él. Contempló su cara al sentirla lanzar la pelvis contra él y entonces sintió que la amaba. Que la amaba a morir.

Pronto habría terminado todo y Kate nunca sabría nada.

Por lo menos, esa era su esperanza.

Amanda Dawkins había permanecido relativamente sobria. Estaba sentada en la sala de incidencias y cotejaba todo lo que tenía sobre George Markham. Se quedó mirando la foto de él que tenía en su carpeta. Había atacado a una jovencita en un tren dieciocho años antes. Había sido una agresión cruel, y lo habían mandado preso a Broadmoor. Había estado allí y salido al cabo de tres años. Su esposa había dado a luz un hijo muerto y eso había ayudado a que lo dejaran salir. Amanda meneó la cabeza al leer esta declaración: «Es que la chica lo estaba pidiendo, me sonreía. Me provocaba».

¿Cuántas veces oiría eso un policía?

Volvió a mirar la fotografía. Al hombre anodino que la miraba. Tenía unos ojos grises sin vida y una mandíbula escasa, casi inexistente. No parecía un perverso sexual en absoluto. Parecía más bien el tío de cualquiera.

Se sirvió otro *whisky* en el vaso de plástico que tenía al lado. Se habían creído realmente que lo tenían.

Sus ojos se trasladaron a las fotografías de la pared. Cynthia Redcar y su pequeño ya habían sido añadidos. La imagen del rostro machacado de la criatura estaba como

impresa en su mente. ¿Quién demonios podía herir de ese modo a un niño?

Volvió los ojos de nuevo a la carpeta que tenía delante. Ya había habido gresca sobre el asunto antes. Caitlin y Kate quisieron saber por qué nadie les había hecho reparar en George Markham. A Amanda le dio pena Willis en aquel momento. El hombre había tropezado con una gran pila de carpetas y se le quedaron todas mezcladas. Así que entonces las metió sin más en un archivador y se olvidó de ellas al momento. Solo cuando lo requirieron del ordenador central, descubrieron que ya habían mandado una copia de la carpeta de Markham junto con muchas otras. Los tacos de Caitlin se oían por todo el edificio.

Amanda dio un trago al *whisky* y volvió a mirar la declaración. La caligrafía de George Markham era retorcida, apenas legible. Pero entonces se echó hacia delante en su asiento sobresaltada. Al repasar los papeles que tenía allí el corazón le latió con fuerza.

Entonces encontró lo que andaba buscando: el informe del análisis de sangre de George Markham. Lo había firmado con una letra grande como infantil.

Sostuvo las dos firmas juntas delante de los ojos con manos temblorosas.

Luego, se acabó el *whisky* de un trago y cogió el teléfono. Le contestó la madre de Kate. Le dio el número de su casa y le dijo a Evelyn que Kate la llamase tan pronto como llegara.

Kate llegó a casa a la una y media; los acontecimientos del día eran un borrón, salvo lo de hacer el amor con Patrick. Entró y subió directamente las escaleras para ir al dormitorio. No se enteró de la nota que estaba en la mesita junto al teléfono.

El despertador sonó a las seis y la sacó de la cama. Tenía la boca seca, como si la tuviera llena de algodones. Se puso la bata y se fue al cuarto de baño. Necesitaba una buena ducha caliente y por lo menos una cafetera llena para ponerse en marcha de cara al día que la esperaba. Tras el fiasco del día anterior, sabía que este no iba a ser un buen día.

En la ducha, se enjabonó el cuerpo con la mente en otra parte. Patrick la había hecho sentirse bien. La había tenido abrazada y le había dicho que la amaba, y ella necesitaba tanto aquello...

Había sido tan comprensivo con ella que la hizo sentirse casi como si supiera perfectamente lo que estaba pasando, como si tuviera una especial afinidad con ella, un conocimiento especial.

¡Tenía tanta suerte de tenerlo!

Se envolvió en una toalla de baño grande, se puso las zapatillas y bajó las escaleras para hacerse el café. Eran las seis y cuarto.

Al pasar junto al teléfono, vio el papelito que había dejado su madre para ella y lo cogió y lo leyó a la luz del pasillo.

Marcó el número.

—Hola, ¿Amanda?

—¡Ah, Kate! ¡He estado más que preocupada! Escucha, mira, creo que George

Markham sí que es nuestro hombre...

—¿Qué? —dijo Kate alzando la voz.

—Volví a repasar su expediente. Las firmas de las declaraciones son distintas. Debe de haber conseguido que alguien se hiciera el análisis por él.

Según iba penetrando en su mente la enormidad de lo que Amanda le decía, Kate sintió una oleada de excitación.

—¿A quién más se lo has dicho?

—A nadie.

—¡Oh, Amanda, eres brillante! Te veo en cosa de veinte minutos, ¿vale?

—Vale.

—Y oye, Amanda... ¡un millón de gracias!

—No se merecen. Ah, y una última cosa. He vuelto a lanzar un aviso para buscar su coche. He dicho que se concentren en el área de Kent. Es evidente que es el último sitio en el que estuvo.

—Genial, Amanda. Llegarás a inspectora seguro, hijita.

Las dos se echaron a reír y se despidieron. Kate colgó el teléfono y dio unos pasos de baile. Estaba segura de que aquel era su hombre. Estaba segura en el fondo de su corazón. Era un tipo astuto. Debía de tener un amigo muy bueno si era capaz de hacerse los análisis de sangre en su lugar. Especialmente unos análisis para un caso de asesinato. A un hombre que era capaz de organizar una trampa como aquella no le faltaba imaginación, evidentemente. Se vistió a toda prisa, se puso el abrigo y cogió el bolso; dejó el café enfriarse junto al teléfono. Olvidado.

Encontraría a ese George Markham estuviera donde estuviese. Lo encontraría y lo encerraría.

La depresión anterior había desaparecido. Kate se sentía fantástica.

Capítulo Treinta

Ratchette y Caitlin la miraban expectantes.

—Tengo pruebas de que George Markham es nuestro hombre.

Vio cómo se les abrían los ojos de par en par.

—Anoche, Amanda Dawkins estuvo comprobando el expediente de George Markham. Al parecer, las firmas en la declaración de las pruebas de sangre y de su detención anterior difieren. Y solo puedo deducir que algún otro hizo el análisis en su lugar. No hay duda de que es nuestro hombre.

A Caitlin se le iluminó la cara.

—Sabía que era el maricón que buscábamos. Lo sabía hasta en las tripas.

—Bueno, tenemos que agradecerse a Amanda Dawkins. Fue ella la que vio lo que todos teníamos delante de las narices. Creo que merece que se le reconozca plenamente.

Ratchette sonrió cortésmente.

—Otra mujer notable que asciende de rango, ¿eh, Kate? Una excelente noticia. Me pondré al habla con Flowers inmediatamente.

—Asegúrese de que se entera de que fue Dawkins. Creo que ha hecho un trabajo excepcional.

—Se lo diré. Entonces, ¿por dónde seguirán ustedes ahora?

—Amanda Dawkins volvió a dar aviso del coche de Markham. Esta vez les pidió que se concentraran en el área de Kent. Porque es evidente que ahí fue su último puerto de escala. Lo que puedo suponer es que tenía encima a su mujer, que la asesinó y que ahora intenta desaparecer. En algún momento alguien habría querido saber dónde estaba ella. Ya llevaba muerta unos pocos días, de modo que nos lleva una cabeza de ventaja. Lo que yo supongo es que se encontró con Cynthia Redcar cuando estaba en Kent. Dios sabe dónde atacará la próxima vez.

—Bien, pues sigan todas las vías que tengan que seguir. Y dígame a Dawkins que muy bien hecho. Iré a verla más tarde en persona. Ahora creo que lo mejor es que se lo cuenten a todos los agentes que tengan en el caso. Hoy no estará de más subirles un poco la moral.

Caitlin salió del despacho con Kate y le pasó el brazo por los hombros.

—Desde luego a vosotras las mujeres os gusta hacer piña. Si hubiéramos sido Ratchette y yo, nos hubieras acusado de dejarte fuera.

Kate le sonrió.

—Kenny.

—¿Qué?

—Por aquí. Eso es lo que tú me hubieras contestado si te acuso de dejarme de lado.

Caitlin soltó una carcajada.

—Estás aprendiendo, Katie, y esa jovencita, Amanda, lo hizo bien. De todos

modos, a Spencer le sentará como un tiro.

Entraron en la sala de incidencias y Caitlin pidió silencio.

—Tengo que anunciarles a todos una noticia que creo que hará desaparecer esas expresiones amargas de sus caras.

Todo el mundo se quedó mirándole.

—Gracias a cierta joven dama —y señaló a Amanda Dawkins, que se puso roja de vergüenza— tenemos razones para creer que ese George Markham sí que es nuestro hombre.

Se produjo un murmullo de sorpresa.

—Al parecer, consiguió que alguien se hiciera los análisis de sangre en su lugar. Las firmas de sus declaraciones no se corresponden. Tenemos que concentrarnos en descubrir quién fue y seguir buscando a George Markham. Cada uno de ellos solo puede conducirnos al otro.

Sonó el teléfono y Amanda Dawkins lo contestó, contenta de tener algo que hacer. Todo el mundo la miraba sonriente.

—Hoy vamos a concentrarnos en la gente que conoció a los Markham: compañeros de trabajo, amigos, familiares. Todos los que tengamos. ¡Vamos allá!

La excitación volvía a estar en el aire. Se encendían cigarrillos con ostentación, el chasco de la noche anterior se había evaporado. Kate veía el cambio de su equipo y notó la adrenalina en sus propias venas.

Encontrarían a George Markham. De eso estaba convencida.

Patrick se tomó un desayuno sustancioso y se puso a trabajar. Se las había arreglado para quitarse de encima la sensación de desaliento respecto a Kate. Se había convencido de que a ella, lo que no sabía no podía hacerle daño. Una vez George Markham estuviera fuera de la circulación, podría volver a relajarse de nuevo. La deuda con su hija estaría completamente pagada. Podría vivir de nuevo.

Sonrió a la gente de su oficina, que le devolvieron la sonrisa preguntándose, para empezar, qué sería lo que había devuelto la sonrisa a su rostro.

—Caballeros —anunció—, queda oficialmente anulada la búsqueda del asesino de mi hija. El hombre que me dio la información recibirá su pago completo dentro de unos días.

Vio cómo todos se quedaban con la boca abierta.

—Y ahora, vamos, a la faena. Larry, quiero que hoy vayas a Colchester y recuperes un Jaguar. El dueño es un paqui que no ha pagado más que el primer plazo. En la financiera creen que puede habérselo pulido. Quiero que lo averigües. Hay también un almacén grande en Surrey —continuó— que hace falta vaciar, en su mayoría teles en color y equipos de vídeo. Hay que sacar todo el material de allí e incautárselo. Os lo diré solo una vez, de modo que escuchad bien. Solo puede perderse como mucho una tele o un vídeo por cabeza. Si me entero de que se vende bajo mano cualquier material de allí, habrá problemas. ¿Entendido, Jimmy?

Inclinó la cabeza. Pat lo tenía bien calado. Y todos se rieron.

—Además, hoy tenemos un montón de muebles que recuperar, ya sabéis el programa. Pisos de protección con tresillos de cuero y buenas mesas de comedor de roble macizo, en su mayoría de catálogos de colección, así que tratad bien el material. Fuera tenéis una lista cada uno, con el mapa de la ruta. Coged camionetas grandes de mudanza. Estamos en plena fiebre de después de Navidad, así que hay muchísimo trabajo. Y si no es necesario, nada de acosar a los ocupantes de los locales. He oído por ahí que la otra semana el equipo de Dinny Morris le atizó a una palomita, y no me gusta ese modo de comportarse. Vosotros también os cogeríais un buen rebote si alguien viniera a llevarse vuestros muebles, procurad recordarlo. Tened un poco de compasión con ellos.

Todos volvieron a mirar a Jimmy.

—¡No sé por qué todos tenéis que mirarme a mí! Yo nunca les pego a las pavas.

—Si acaso, solo cuando estás viviendo con ellas.

Ronald Baker lo dijo con voz fuerte y todos lo miraron incómodos. Jimmy vivía con la hermana pequeña de Ronald.

—Está bien, dejad vuestros pleitos de familia fuera de esta oficina y de esta empresa. Por último, quiero que expliquéis a vuestros equipos que cuando se trata de cobrar deudas, quiero que se me pague todo el dinero pronto. No dejo de oír que hay algunos que se guardan la recaudación del sábado en casa hasta el lunes por la mañana. En adelante, eso se ha acabado. Yo ya me sé bien todo el libro, y sé de un par de cobradores que como el lunes ya se habían fundido el dinero, juraban por sus muertos que no lo habían cobrado nunca. Más historias como esa y estáis en la calle, igual que el jefe del equipo, que es igual que los demás.

Encendió un cigarrillo pausadamente y dejó que sus palabras hicieran efecto.

—Aparte de esto, me parece que no tengo nada más que decir.

Los hombres se pusieron de pie y comenzaron a dirigirse a la puerta.

—¿Puedes quedarte aquí un minuto, Ronnie?

Volvió a sentarse y esperó a que la oficina quedase vacía.

—Tengo un trabajo especial para ti.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Ronnie con voz neutra.

—Un trabajo muy lucrativo. ¿Te interesa?

Ronnie asintió con la cabeza. Tenía un pitillo bien prieto encajado en la comisura de sus finos labios. Al hablar, se le movía para arriba y para abajo. Kelly no recordaba haberlo visto encendido jamás.

—Hay un expresidiario jubilado que está en España y que le debe a un amigo mío una cantidad considerable de dinero. Mi amigo quiere que cobremos la deuda esta semana.

Ronnie volvió a mover la cabeza.

—¿A mí cuánto me toca?

—Te llevarás el diez por ciento como es costumbre en estos casos. La cantidad que hay que cobrar son ochenta de los grandes.

Ronnie volvió a mover la cabeza.

—¿Quién es el interfecto?

Patrick respiró hondo.

—William Carlton.

La expresión taciturna de Ronnie no varió un ápice.

—Dile al menda que quiero el veinte por ciento y que él pone la herramienta. Volveré con el dinero en barco.

—Todo eso se puede arreglar. Tienes que salir mañana por la mañana.

—Perfecto.

Ronnie se puso de pie.

—Una cosa más, Pat. Dentro de poco, Jimmy estará de baja en el trabajo para unos cuantos meses. He creído que tenía que decírtelo para que puedas sustituirlo.

Patrick asintió.

—¿De qué va el tema?

—Le dio una somanta a mi hermana el sábado, se cree que nadie lo sabe, pero ella llamó a mi madre. Ya no se lo aguanto más, Pat. La chica solo tiene veintidós años y está de cinco meses. Y ese mierda ni siquiera quiere casarse.

—¿Y qué pasa con tu hermana, no puede dejarle?

—No quiere. Se piensa que su culo hace brillar el sol. Solo es una cría, Pat. Todavía no sabe lo que le conviene.

Patrick se puso de pie y estrechó la mano de su hombre.

—Gracias por hacérmelo saber. Y siento mucho lo que me cuentas de Clare, es una buena chica.

—Gracias, Pat. Estoy contento de que hayas encontrado al hijoputa que se cargó a tu Mandy. Real de cojones, ¿a qué sí? Toda esa mierda que repartió estos días. Nadie está a salvo.

Patrick lo acompañó hasta la puerta y volvió a sentarse ante su escritorio. Bueno, a ese trozo de basura que había matado a su Mandy le habían tomado bien la medida. Seguro. Sus días estaban contados.

Patrick se puso a revisar sus libros mientras silbaba entre dientes.

Hector Henderson estaba preocupado. Muy preocupado. Hacía más de una semana que no sabía nada de Elaine. Había ido a ver a Margaret Forrester a su casa y ella le había informado de que Elaine estaba de baja por enfermedad. Gripe o algo así. Pero el caso es que había tenido todo el día para llamarle por teléfono mientras George estaba en el trabajo, y nada. Nada de nada.

Se mordió la uña del pulgar con su gruesa cara brillando envuelta en una película de sudor. ¿Y si era que ya no quería verlo más? Mordió más fuerte al pensarlo haciendo que la dentadura mal encajada hiciese unos ruiditos como de burbujas al rozar contra las encías. Desde Año Nuevo se había encariñado con Elaine. Más que encariñado, en realidad. Podría llegar tan lejos como para decir que la amaba.

Sí, era inútil negarlo, la tenía en la mayor estima a la puñetera.

La buena de Elaine era muy divertida, sabía reírse, y era una mujer de lo más complaciente. Seguro que también sabía cocinar. Parecía lógico, visto su volumen. Ojalá no estuviera casada con el tal George.

Suspiró. Aunque Elaine podía dejarlo. La única cuestión era cómo iba a convencerla de que se deshiciese de su hombre. Echó una mirada por su pequeña habitación amueblada. Allí no podrían vivir los dos. Quizás, si Elaine vendiera su casa, podrían comprarse un bonito apartamento. Asintió para sus adentros. Eso sería la mejor solución. Después de todo, no querría ver a su marido sin nada. La última vez que la había visto estaba como una ciruela madura, a punto para ser recogida, y él lo había hecho sin dudar. Sonrió. Se había superado, en realidad. ¡A la Elaine le había gustado la culebra de un solo ojo! Ese era otro de sus atractivos.

Se acomodó otra vez en el sillón grande. Se estaba preocupando por nada. Elaine le había dicho sin ambigüedades que lo amaba. Probablemente en estos momentos yacería en la cama, medio muerta con la gripe y una fiebre abrasadora. Se representó la imagen en su mente. Por eso no se había comunicado con él, bendita sea. Se abroncó a sí mismo por aquellos pensamientos indignos de antes. Su Elaine era un brillante, un brillante de veinticuatro quilates. Por supuesto que lo vería. Y que lo sacaría de aquel vertedero.

Tenía que hacerlo. Contaba con ello.

Unos golpes en la puerta le sobresaltaron. Siguió sentado en silencio unos minutos. Si fuera esa vieja zorra que venía a por el dinero del alquiler, siempre daba una voz para avisarle. Y no oyó nada. El pánico remitió. ¿Sería Elaine, quizás?

Saltó de la butaca cuando empezaron a llamar de nuevo y echó una ojeada al caos de la habitación. Era para matarlo, tenía que haber arreglado las cosas un poco. Se miró en el trozo de espejo roto de la repisa. Se atusó el cabello a toda prisa y abrió la puerta con una gran sonrisa florida en la gruesa cara redonda.

—¿El señor Henderson?

Hector asintió con cautela, rebuscando en su cabeza si tenía alguna deuda pendiente.

—Soy la inspectora detective Burrows, y este es mi colega, el inspector jefe Caitlin. Nos gustaría hablar un momento con usted.

Hector se quedó mirando las minúsculas identificaciones que mostraban en la mano.

—¿De qué?

—De Elaine Markham. Margaret Forrester nos ha explicado que eran ustedes buenos amigos.

Hector se hizo a un lado para dejarlos entrar. Caitlin arrugó la nariz ante aquel olor agrio.

—Me temo que tenemos malas noticias para usted, señor Henderson. Elaine Markham ha sido asesinada.

Kate vio el golpe y la incredulidad reflejarse en la cara de aquel hombre y sintió

lástima.

—No... no, no puede ser verdad. Elaine no.

La voz se quedó en un susurro dolorido. Todos sus sueños se esfumaban delante de sus ojos. Un hogar como es debido, una esposa, una compañera para la vejez. Hector sabía tan seguro como dos y dos son cuatro que Elaine Markham era su última oportunidad.

—¿Asesinada, dice?

Caitlin asintió.

—Bueno, pues no fui yo. No la veo hace más de una semana.

Hector estaba ahora por salvar el pellejo. ¿Podían tal vez pensar que lo había hecho él?

—Tenemos una idea bastante clara de quién la asesinó, señor Henderson, usted no es sospechoso. Lo único que queremos es que nos cuente todo lo que sepa de Elaine Markham y cualquier cosa que le haya contado sobre su marido.

Hector Henderson asintió con la cabeza, lentamente. Recorrió con la vista el cuarto cochambroso y suspiró. Era todo demasiado hermoso para ser verdad. Su ropa de baile colgaba de las molduras para cuadros que había por la habitación, como burlándose de él, y tuvo ganas de echarse a llorar.

Elaine había sido un buen partido. Se habría ocupado perfectamente de él.

Dentro del remolque hacía calor. Loretta estaba tumbada en la cama y miraba al inglés. Cuando lo vio levantar el brazo para pasarse la mano por el pelo, se encogió.

—No te preocupes, cariño, no voy a hacerte daño.

Le sonrió mostrando sus dientes diminutos.

Loretta tragó saliva con fuerza. Se puso la mano entre las piernas para intentar suavizar el ardor.

—Deja que me beba mi cerveza y volveremos a darle al asunto.

Loretta cerró los ojos. Le dolía todo el cuerpo.

El inglés era frío, como pensara al principio. Frío e insensible. Nunca antes había tenido que aguantar las cosas que él pretendía de ella, y se las había hecho todas, había tenido que hacerlas. Aquel hombre daba miedo por su intensidad. Se tomaba el sexo muy seriamente. Se había tumbado encima de ella y la había ido golpeando como si supiera con exactitud lo que más daño hacía.

Por suerte para Loretta, ella se quedó pasiva, le dejó hacer lo que quería; alguna sabiduría innata le dijo que no era un hombre para pelear con él. Y hasta cuando le hundió los dedos fuerte y a mala idea en los genitales, se limitó a gimotear, aguantando el grito que quería escapársele.

No quería hacer enfadar a aquel tipo.

George miró aquella cara joven y fresca. Del labio hinchado se le escurría un hilillo de sangre.

La verdad es que era una cosita realmente preciosa.

—Ponte boca abajo, bonita.

Loretta hizo lo que le pedía y al sentirlo a horcajadas sobre ella se mordió de nuevo el labio de abajo. De los párpados cerrados se le escapaban unos gruesos lagrimones. Cuando notó el dolor agudo del pene de George al entrar por su conducto anal empezó a suplicarle que se detuviese, pero sus palabras se fueron haciendo más incoherentes según se sumía de nuevo en el dolor.

George contempló el largo cuerpo bronceado y sonrió.

Fuera, bajo el sol de Florida, Duane bostezó y se acomodó más confortablemente en el asiento.

La verdad es que a aquel tío le gustaba sacar rendimiento a su dinero.

Kate volvió a la comisaría a las dos y media. Acababa de hacerse con un café cuando Amanda se acercó a su mesa.

—Han encontrado el coche. En el aparcamiento del aeropuerto de Gatwick. Caitlin ya está bajando, la esperará afuera.

Kate cogió el bolso y salió a toda prisa de la habitación. Hicieron el recorrido hasta Gatwick en tiempo récord, sin apenas cruzar palabra.

A los dos les asediaba la misma idea: se había marchado del país. Eso o tal vez otra persona había llevado allí su coche. Sabían ya que se las veían con un tipo listo.

Se comprobaron todos los vuelos, igual que los *ferrys*. El hombre todavía desconocía que habían encontrado el cuerpo de su mujer. Por lo que sabía, George Markham aún llevaba ventaja. Esta vez la prensa ni siquiera se lo había oído.

En el aparcamiento, el coche de George estaba abierto. En la parte de atrás apareció la parka de Cynthia Redcar. Con un juguetito de plástico en el bolsillo. Al mirarlo, Kate sintió que le abrumaba la tristeza.

Más tarde, con el coche recién llegado al taller de los forenses, Kate y Caitlin miraban cómo quitaban el polvo en busca de huellas antes de desmontarlo. Entonces les llegó el aviso.

George Markham se había ido en un vuelo chárter a Orlando hacía tres días. Cynthia Redcar había sido su última travesurilla antes de embarcar. Tenía que volver el 16 de marzo. Se había ido con un paquete de vacaciones. Eso significaba que podía estar en cualquier parte.

Pero muy pronto se entrevistarían con su hermano. Tal vez él pudiera arrojar alguna luz sobre ese viaje. En la casa de los Markham no había ninguna agenda de direcciones. La de Joseph Markham la habían encontrado en una carta vieja.

Sin embargo, primero irían a Conjuntos Kortone.

George llegó de vuelta a casa de Edith feliz, relajado y rebosante de cordialidad y buen talante con el que abrazó a su sobrino Joss Junior.

—Natalie bajará ahora mismo, George. Está tan emocionada...

George oyó las pisadas en las escaleras y se volvió en esa dirección con una gran sonrisa en la cara. Cuando la vio entrar en la sala, se le congeló la expresión.

En carne y hueso, Natalie era la viva imagen de su madre. No se parecía nada a la fotografía que había visto el día antes. Tenía el pelo del mismo color rojo oscuro, los

ojos del mismo azul verdoso. George sintió que se le aceleraba el pulso. Casi se esperaba oírle decir algo cortante como hubiera hecho Nancy. Pero en vez de eso, fue corriendo hacia él y lo abrazó y lo envolvió en una nube de perfume Giorgio. George le pasó los brazos automáticamente por el esbelto talle. Olía el aroma ligeramente almizclado de su sudor. No era desagradable, decidió, sino femenino.

—¡Oh, tío George, he oído hablar tanto de ti! ¡Es como si ya te conociera de antes!

Tenía una voz puramente americana, igual que Joss, y eso evaporó toda reminiscencia de Nancy. George captó la mirada de Edith y se dio cuenta de lo que estaba pensando.

Joss Senior entró en la sala con una jarra de martinis.

—¿Quién quiere un trago? —dijo en voz muy alta.

Todos decidieron salir al sol y George se puso a escuchar el charloteo de la familia al completo. Joss Junior, al contrario de su tocayo, era de lo más apagado. La verdad es que a George le recordó a él mismo cuando era más joven. George le sonreía de vez en cuando y el muchacho se ruborizaba ligeramente y le respondía con un gesto de cabeza.

Edith creía que el corazón le iba a reventar.

Tenía a su alrededor a todas las personas importantes de su vida, una cosa que se había creído segura de que nunca más volvería a experimentar.

—¿Adónde fuiste hoy, George?

Se puso pálido.

—Oh, he ido en coche por ahí —dijo—. He echado un vistazo por los alrededores.

Natalie dio un gritito.

—¡Ya sé, mañana lo llevaremos a los estudios de la Metro! Oh, tío George, seguro que te encantarán los estudios...

George resplandecía. Le gustaba de verdad Florida. Realmente, le hacía salir de sí mismo. Una hora después, estaba escuchando a medias charlar a Joss, Joss Junior y a Edith mientras miraba a Natalie nadar en la piscina.

Y otra vez era exacta a Nancy Markham, la de los pechos grandes y los huesos de la cadera prominentes. George la miró atentamente y asintió para sus adentros. Tenía también el ansia de sexo de su abuela. Era algo evidente en cualquiera de los movimientos que hacía. Un destello de repugnancia cruzó por sus facciones. La miró salir de la piscina y secarse frotando con fuerza la piel con la toalla y haciendo que los pechos se bambolearan en el minúsculo sostén.

Todas eran iguales. Hasta la última de ellas. Se levantó de repente y se fue a su habitación.

Edith, Joss y sus hijos intercambiaron miradas de desconcierto.

—Supongo que probablemente el vuelo le pasa factura —dijo Edith. Pero aquello sonó a torpe incluso para sus oídos.

George se encerró en el cuarto de baño. Se sentó en la tapa del retrete con la cabeza llena de imágenes del cuerpo y la presencia de su sobrina. Visiones eróticas que discurrían ante sus ojos. Sintió crecer en su interior aquel impulso tan familiar. Ya les enseñaría él. Les enseñaría a todas ellas. ¡Eran todas unas puñeteras putas!

Su madre, Edith, Elaine... Se representó a todas las mujeres que había asesinado. Y entonces, en algún punto, encajada allá al final, estaba su sobrina Natalie. Con los ojos de su imaginación, la vio debajo de él, suplicándole que parase de hacerle daño, y sonrió.

Abajo, Natalie, sentada con su familia, se sentía a salvo y segura. Feliz de estar con ellos y formar parte de sus vidas.

George oía su risa cantarina, ascendía hasta él en el aire espeso de Florida, y algo hubo en su cabeza que decidió que se reía de él.

Bueno, pues le daría una lección que nunca olvidaría.

Edith contemplaba a sus hijos con orgullo. Se había pasado una vida entera protegiéndolos. Ni siquiera podía imaginar que la mayor amenaza a la que su hija se hubiera enfrentado jamás estaba sentada en el piso de arriba de su propia casa.

Peter Renshaw estaba nervioso. Kate notaba el sudor que le salía por los poros.

—Según tengo entendido, era usted muy amigo del señor Markham.

—Lo conocía como compañero de trabajo, eso es todo.

Kate frunció el ceño. Le ocultaba algo.

—Mire, señor Renshaw, sé que usted le organizó una fiesta de despedida. Y tengo la impresión de que era usted una de las muy pocas personas realmente próximas a George Markham.

—Oiga, ¿por qué de repente todo el mundo se interesa por George? ¿Qué se supone que ha hecho?

La voz de Renshaw tomó un tono agudo e incómodo.

—¿A qué se refiere con todo el mundo? ¿Quién más ha estado buscándolo?

—No, nadie. Nadie en absoluto. ¿Por qué iba a buscarlo alguien?

Kate vio que se mordía una uña.

—Escuche, señor Renshaw —y subrayó el «señor»—. Puede elegir entre charlar aquí conmigo o que me lo lleve a patadas a la comisaría. Usted decide. Pero le advierto: no me gusta la gente que me esconde las cosas. Bien, ¿quién más vino a buscar a George Markham?

—Si se lo digo, ¿me promete que no saldrá de usted? —había súplica en sus ojos saltones.

Kate asintió.

—Fue un tipo duro de por aquí... Patrick Kelly. Me abordó hace unos días. —Miró a Kate y se puso de pie—. Oiga, ¿se encuentra mal?

—¿Patrick Kelly? —dijo en un susurro.

Renshaw asintió. Y luego la vio salir hecha una furia del local. Meneó la cabeza. ¡Por Dios que esperaba que mantuviera su promesa!

Kate volvió a Grantley a velocidad récord. Patrick ya había visto a Renshaw. Ya sabía a quién andaban buscando. George Markham estaba en América y Patrick había contestado una llamada de los Estados Unidos... Sintió una garra de hielo en la nuca. ¿No le había dicho él que se cobraría la muerte de su hija? ¿No le había dicho eso?

Había sabido todo el tiempo dónde estaba George Markham. Le había hecho el amor sabiéndolo. Sabiendo que tenía un asesinato planeado.

Patrick debía de haber pensado que era la muñeca más estúpida que se había encontrado en la vida. Se había estado riendo de ella. Si sabía dónde estaba Markham, Markham era hombre muerto... A no ser que ella hiciera algo.

Condujo todo lo deprisa que pudo hasta la comisaría de policía de Grantley y fue a buscar a Caitlin. Para entonces tenía ya un cabreo tan importante que hasta temblaba y todo. Había que enseñarle una lección a Patrick Kelly: ¡no vuelvas a hacerle trampas nunca a Kate Burrows!

Caitlin estaba en la sala de incidencias con su cara curtida en medio de la espesa nube de humo gris de su cigarro. Nada más echar una mirada a la expresión de Kate, se la llevó a toda prisa de la sala para decepción de los otros policías presentes, que olían una rata antes de que estuviese muerta.

Spencer miró a Amanda Dawkins.

—Parecía lista para matar a alguien. Me pregunto qué estará pasando.

Amanda se encogió de hombros.

—¿Cómo coño voy a saberlo?

Caitlin se había llevado a Kate a una sala de interrogatorios vacía. Y ahora la tenía frente a él. Estaba todo tan claro como la luz del día. Hasta Caitlin sabía lo que estaba pasando. Hubiera podido ponerse a llorar de tan enfadada.

—Tú lo sabes, ¿a que sí?

Le contestó con languidez:

—¿Que sé qué, Katie?

—¡Deja de llamarme «Katie», Kenneth Caitlin, puñeta! Sabes muy bien lo que voy a decirte, ¿a que sí? Por Dios, que debo ser una especie de necia. Tendría que cambiarme el nombre y llamarme inspectora Zoquete.

Caitlin se sentó en la mesa y dio una calada al cigarro.

—Siéntate, mujer, y dime qué te pasa por la cabeza.

Kate apoyó las dos manos en el tablero y le miró a la cara.

—Anoche estaba en casa de Kelly cuando tuvo una llamada de los Estados Unidos. Y esta mañana descubro que ahí es donde se ha marchado George Markham. O sea, que no sé a ti, pero a mí eso me dice que George Markham es hombre muerto.

—Podría ser una coincidencia.

—¡Coincidencia por mis huevos! Cuando pienso en todo el esfuerzo que hemos puesto en este caso... Las pruebas de sangre, las horas de trabajo... ¡Y todo el tiempo estábamos trabajando para el cabrón de Patrick Kelly!

Caitlin abrió unos ojos como platos. Que Kate Burrows dijera dos tacos en una

frase era todo un indicativo de lo cabreada que estaba.

—Bueno, pero no se saldrá con la suya, colega —dijo—. Voy a ver a Flowers. ¡Quiero respuestas y las quiero ahora mismo!

Y salió de la sala de interrogatorios dando un portazo; Caitlin fue tras ella tan deprisa como pudo. Acabó alcanzándola en el aparcamiento, donde tuvo que dar un puñetazo en la ventanilla del coche e indicarle que le abriera la puerta del pasajero.

—¡Que te den por culo!

Caitlin se quedó mirando cómo se alejaba el coche y suspiró. Luego se fue al suyo y la siguió. Necesitaría toda la ayuda posible cuando estuviera con Frederick Flowers.

Quienes estaban en la sala de incidencias fueron testigos del episodio del aparcamiento.

Spencer meneó la cabeza.

—Esa es la razón por la que no deberían permitir a las mujeres entrar en las fuerzas del orden —dijo—. Son demasiado emotivas. Mira tú cómo iba esa.

Todos los otros dejaron vagar sus miradas por el techo.

Frederick Flowers estaba sentado en su despacho cuidando con mimo una gran resaca cuando los gorjeos de su secretaria le informaron de que la inspectora detective Kate Burrows solicitaba verle. Torció la cara. Aquella puñetera mujer le atacaba los nervios. Pero antes de que pudiera quitársela de en medio, tenía a Kate plantada delante de él tras lanzar la puerta del despacho contra la pared de un golpe. El ruido le retumbó en la cabeza dolorida. La puerta volvió a abrirse y Flowers se relajó un poquito al ver a Caitlin.

Kate estaba ya disparando con todas sus armas.

—¡Escúcheme usted bien! George Markham, haya hecho lo que haya hecho, está ahora en peligro de muerte y tenemos que hacer algo al respecto. Patrick Kelly ha jurado que lo matará y sé que lo hará. Sabe perfectamente por dónde anda George Markham y nosotros tenemos el deber de proteger a ese hombre para que comparezca en juicio.

El pecho le subía y le bajaba y Flowers le echó una mirada evaluadora antes de contestar. Viéndola así, con aquellas dos manchas rojas de enfado en las mejillas y la cara arrebolada, comprendía lo que Kelly veía en ella. Llevaba su pelo negro sedoso recogido a toda prisa en un moño y resplandecía bajo el débil sol de febrero.

—No tiene usted pruebas de eso, Burrows, son todo conjeturas por su parte. Según la información que yo he recibido, Markham ha tomado un vuelo de vacaciones para ir a ver a su hermana. El hallazgo del cuerpo de su mujer no va a salir en la prensa, así que Markham se vendrá de vuelta a Inglaterra sin tener ni idea de que se ha caído con todo el equipo. Y en cuanto baje del avión en suelo británico, lo detendremos.

—¡Pero si se trata de eso! ¡Si va a volver a Inglaterra en un puñetero ataúd! —Kate apretó los puños—. Tengo muchas razones para creer que Patrick Kelly ha

puesto precio a su cabeza.

Caitlin cerró los ojos. Oh, Katie pensó, qué idiota eres.

—Mire, Burrows, creo que está usted demasiado excitada. Me parece que debería irse a casa y pensar un buen rato en todo lo que acaba de decirme. Son acusaciones muy serias, y a no ser que tenga usted pruebas concretas, le aconsejo que se guarde sus opiniones para sí misma. Patrick Kelly podría muy bien demandarnos por difamación. Y he de añadir que después de oír sus desvaríos histéricos, no se lo reprocharía.

Kate abrió la boca para decir algo. Flowers levantó la mano pidiendo silencio, pero ella no le hizo caso.

—Están todos juntos en esto, ¿verdad? —la voz tenía un tono grave y amargo—. Oh, ya sé que en realidad nadie podrá poner sus caras en el marco, ni tampoco podrán poner la de Kelly. Pero todos se saben el guión, ¿no es cierto? Están todos de lo más dispuestos a dejarle cobrarse su deuda, ¿verdad?

En su voz sonaba el asco, y al menos Caitlin tuvo la cortesía de mirar para otra parte.

—Debo de haber estado viviendo en alguna especie de paraíso de los tontos. Creía sinceramente en mi trabajo. Todos ustedes deben pensar que soy una cretina —apuntó con el dedo a Flowers, que se encogió al verlo a dos centímetros de su cara—. Bueno, pues ya les sentaré las costuras a todos aunque sea lo último que haga.

Flowers recuperó la voz.

—¿Me está usted amenazando? Porque si es así, va usted a escucharme, y a escucharme bien, Burrows. Sé que usted, una inspectora detective, ha sido vista con Patrick Kelly en más de una ocasión. Y puedo decirle que eso constituye una mancha en su integridad, ¿no le parece?

Se quedó de piedra.

—Usted lo conoce hace mucho más tiempo que yo, Flowers —dijo finalmente.

Flowers sonrió.

—Pues claro que conozco a Kelly, es una figura muy conocida, pero piénselo bien pensado, Burrows. Yo no me acuesto con él, ¿o sí? Mi marido no ha hecho una declaración a la Oficina de Investigación Criminal a esos efectos.

Kate sintió que una ira nacida de la impotencia la anegaba.

—¡Maldito cabrón apestoso! —exclamó.

—De momento, Burrows, queda usted fuera del caso y suspendida del servicio. Caitlin, llévesela, por lo que más quiera.

Movió la mano con un gesto de despedida y Kate notó que los ojos se le llenaban de lágrimas de frustración.

—¿Puedo decirle una cosa, Flowers? Por primera vez en mi vida me doy cuenta exacta de quién es. Está perfectamente dispuesto a permitir que asesinen a un hombre a sangre fría, ¿verdad que sí? Para usted no significa nada, ¿eh? Está dispuesto incluso a sacrificar mi carrera para que su amigo Kelly pueda ajustarle las cuentas a

Markham.

Caitlin la tiró del brazo. Había permanecido callado durante todo el diálogo, pero ahora comprendió que tenía que llevársela a casa y tratar de meterle un poco de sentido dentro. Era lo menos que le debía.

—Vamos, Katie, antes de que digas algo más que puedas lamentar.

—¿Lamentar? —soltó una carcajada—. Lo único que lamento es haberme mezclado con todos vosotros.

Caitlin dijo con voz más firme:

—Cierra esa puta boca de una vez y dame las llaves, conduzco yo.

En el coche, ninguno de los dos habló hasta que Caitlin salió de la calzada de doble vía y bajó por un camino rural hasta detenerse delante de un pequeño *pub*.

—Venga, Kate, vamos a comer y beber algo, y a charlar.

Lo siguió con los hombros hundidos dentro de la chaqueta. Sabía que la habían derrotado. Nada en todos sus años de experiencia la había preparado para una cosa como aquella.

Sentados en aquel bar confortable, Caitlin pidió dos asados y una botella de chianti. Y luego añadió dos *whiskys* dobles.

Kate dijo, como ausente:

—Nos pasaremos del límite.

—De eso ya me preocuparé yo.

Finalmente, Caitlin empezó a hablarle, mientras ella tenía delante su copa sin tocarla.

—Mira, sé cómo te sientes. Créeme. Yo también he pasado por lo mismo. Pero lo que tú parece olvidar es que ese George Markham era un asesino de la peor especie. Se llevó siete vidas, Katie, y solo el mismo Dios sabe cuántas más se hubiera cobrado. Violó y asesinó a chicas y mujeres inocentes. Era un sádico.

Kate le interrumpió.

—Acabas de decir que era un asesino. Lo has dicho en pasado, Kenny. ¿Es que ya está muerto?

—Oh, no, no ha sido más que un lapsus, Kate. Lo que trato de decirte es que por muy nobles que sean tus sentimientos, el tipo no se los merece.

—Flowers me ha puesto en mi sitio como Dios manda, ¿no es eso? Y todos los demás. Tú, Flowers, y no nos olvidemos de Kelly, ¿no es eso?

—A Kelly le asesinaron a su hija brutalmente, Kate. Incluso aunque haga que quiten de en medio a Markham, piensa cuál es la alternativa. Todo el dinero que costará tenerlo encerrado el resto de su vida, porque eso es lo que pasará. Me decepcionas, Kate —continuó—. Siempre creí que eras una mujer sensata. Estás poniendo tu carrera en juego por un trozo de basura. Si lo metieran en la cárcel por la mañana, lo único que se podría esperar serían años de sufrir abusos de los otros presos y del personal. Hace años ya atacó a una jovencita en un tren y le dio una paliza de muerte. Su mujer dio a luz a una criatura muerta cuando eso ocurrió. Aquí

no nos enfrentamos a un vulgar atracador, Kate, aquí nos las vemos con un violador sádico.

—Pero eso es, justamente. Sé muy bien con quién nos las tenemos que ver; y no importa de qué lo disfracéis Flowers, Kelly o quien sea, porque ¡seguiréis consintiendo un asesinato!

Caitlin meneó la cabeza desgreñada. Tenía el pelo encrespado en todas direcciones de pasarse las manos por él.

—Kelly fue el que pagó los análisis de sangre, Kate. Él fue quien les dio el OK. Intentó ayudarnos a encontrar al asesino todo lo que pudo.

—Ya sé que pagó él los análisis de sangre —dijo con voz amarga—. ¡Mira qué bueno es! Así encontraría mejor al que lo hizo, como quería.

—Sigues sin saber seguro si ha puesto precio a la cabeza de ese hombre. Como dijo Flowers, todo eso son conjeturas por tu parte.

Kate soltó una risita despectiva.

—Oh, no seas crío, Kenny, por Dios santo. Tú sabes tan bien como yo que Markham es hombre muerto. Pero solo por estar bien segura, iré a ver yo misma a nuestro Chico de Oro.

Kate se levantó. Apartó los ojos de la mesa y salió enfadada del *pub*. Esta vez, Caitlin no intentó seguirla. En vez de eso, vació el vaso de ella en el suyo y canceló una de las cenas.

Él había cumplido. Ahora le tocaba a ella.

Kelly estaba sobre ascuas. Había arreglado el pago de los cincuenta mil dólares, una cantidad ridícula para lo que quería que hicieran. Ahora, lo único que esperaba era confirmación del golpe. Cada vez que sonaba el teléfono corría a contestarlo, con una sensación de ansia en el pecho. No iba a poder relajarse hasta que aquella basura estuviera muerto. Sus ojos se posaron automáticamente en la fotografía de Mandy. Notó en la garganta el nudo ya familiar.

La vio como la veía a los once años. Una masa de cabellos rubios alrededor de una carita en forma de corazón.

—Mamá ya no volverá nunca más a casa, princesa. —Sentir contra él los sollozos de aquel cuerpecito huesudo le ayudó a sobrellevar el dolor. Había tenido que rehacerse y arreglarse para ayudar a Mandy. La había consolado en tantas inevitables pesadillas y depresiones. Había tratado con todas sus fuerzas de ser un buen padre. De estar allí siempre a su disposición. De protegerla.

¿Y para qué? Para que aquel degenerado le machacara los sesos en un suelo lleno de basura mientras la violaba. Habría sido mejor que hubiera ido en el coche con su mujer. Por lo menos, así se habría muerto sin todo aquel miedo y aquella vergüenza. Todo habría acabado en unos cuantos segundos.

Willy llamó suavemente a la puerta y entró en el cuarto.

—¿Hay noticias ya, Pat?

Negó con la cabeza.

—No te preocupes, si no hay noticias, son buenas noticias. ¿Te traigo un café o algo?

Kelly contempló la gran cara de luna de Willy y sintió una oleada de afecto.

—Te quiero, Willy, ¿lo sabías? —pronunció las palabras tranquilamente y el guardaespaldas supo qué significaban. Juntos habían pasado por todo lo peor que la vida puede ofrecer.

Willy sonrió.

—Nunca te he considerado un tiralevistas, Pat.

Kelly se rio dolorido.

—Vaya, Willy, solo a ti te consentiría una cosa así.

—Tómame una buena taza de café, Pat, te asentará los nervios.

—Muy bien. Métele una gota de coñac, ¿quieres?

Willy abrió la puerta. Volvió la cabeza y dijo con su mejor voz de hombre a hombre:

—Mis sentimientos son enteramente recíprocos.

—Se dice recíprocos, Willy.

—¡Oh, y eso qué coño importa, Pat! Ya sabes lo que quiero decir.

Kelly sonrió. Kate tenía razón. Willy era el mejor amigo que tenía. A veces pensaba que era el único amigo que tenía. En todo caso, el único auténtico.

Como si sus pensamientos hubieran sido un conjuro, el coche de Kate se detuvo delante de la casa con un chirrido.

Una mirada a su expresión sombría se lo dijo todo y se preparó para la embestida que sabía que le iba a caer. Un picapleitos suyo le había dicho una vez: «Niégalo, niégalo y vuelve a negarlo». Bueno, ahora iba a tener que usar esa táctica.

Kate apartó a Willy y entró en el vestíbulo de la casa de Patrick.

—¿Dónde está?

Willy se quedó tan asombrado que solo pudo señalar la puerta de la biblioteca. Kate irrumpió allí y se encontró a Patrick sentado detrás de la mesa, fumando despreocupado un cigarrillo.

—Hola, Kate. —Se puso de pie con una amplia sonrisa.

—¡Déjate de holas y puñetas! Acabo de tener la Tercera Guerra Mundial con Frederick Flowers por tu culpa. Te he descubierto, Patrick Kelly.

—No sé de qué me hablas.

—¿Ah, no? Bueno, pues déjame que te ilustre un poco. Ayer, mientras yo estaba aquí, te llamaron de los Estados Unidos. Y George Markham, el hombre al que buscamos para nuestras investigaciones sobre los asesinatos del Destripador de Grantley, está en los Estados Unidos. En Florida, para ser exactos.

Patrick la interrumpió:

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Kate inclinó su cara hacia la de él.

—Tú me juraste que lo cogerías por lo que le hizo a Mandy.

—¿Y me lo reprochas? ¿Puedes reprochármelo? ¿Cómo te sentirías tú si eso le hubiera pasado a Lizzy? Dejando todo eso a un lado, Kate —continuó—, tengo muchos asuntos de negocios en América y en Europa. Así que no aparezcas por aquí a leerme la cartilla por culpa de una puta llamada de teléfono.

—Eres igual que Dan, ¿lo sabías? El ataque es la mejor defensa. Bueno, pues en cuanto me entere de que a George Markham le han hecho algo, iré a los periódicos, Pat. Lo digo en serio. Lo proclamaré a los cuatro vientos, lo juro.

Patrick meneó la cabeza con tristeza.

—No sé de qué me hablas, Kate —su voz suave traicionaba a sus ojos, que eran como de granito.

—Eres repugnante, ¿lo sabías? ¿Cómo he podido ver algo en ti? Puede que fuera compasión por culpa de lo de tu hija, no lo sé. Pero sí que sé una cosa, solo pensar en que puedas tocarme ahora, me revuelve el estómago.

Hablaba con los dientes apretados y la vehemencia de su voz le llegó a Patrick muy adentro.

—Creo que será mejor que te vayas, Kate. Antes de que los dos digamos cosas que podamos lamentar.

—Oh, no te preocupes, ya me voy. Solo verte me dan ganas de vomitar. Pero acuérdate de lo que te digo, Pat. En cuanto sepa que Markham está muerto, abriré la boca. Puedes decirle a Flowers esto y lo otro cuando hables con él. Yo llegaré hasta lo más alto, a la Fiscalía General o al presidente del Supremo. Llegaré hasta la maldita reina si hace falta.

Sonó el agudo timbre del teléfono de la mesa y Patrick lo miró un momento antes de contestar. El acento americano de O'Grady resonaba en la distancia.

—Un momento, por favor. —Kelly tapó el micrófono con la mano y miró a Kate a los ojos—. Creo que será mejor que te marches, antes de que te eche yo.

Le lanzó una última mirada y salió de la habitación. Patrick esperó hasta que hubiera dado un buen portazo y luego habló con el hombre que estaba al otro lado de la línea.

—Perdona la espera. ¿Qué hay de nuevo?

Miró por la ventana a Kate que se metía en el coche y se marchaba. Sintió como si una parte fundamental de él mismo se hubiera ido con ella.

—Todo dispuesto para mañana por la mañana. En cuanto esté listo el encargo, me pondré en contacto.

—¿No puede hacerse hoy?

—No hay modo, Pat. Deja de preocuparte. Mañana el tipo habrá dejado de darle a la chola. Un trabajo profesional como este tiene que planearse. Eso es lo que se paga.

—Mañana, entonces.

Colgó el auricular y Willy entró con la bandeja de café.

—Será mañana, Willy.

Asintió y sirvió el café añadiéndole una porción generosa de *brandy*. Luego, con

un suspiro, dijo:

—¿Entonces debo entender que ya no seguirás viendo a Kate?

Kate llegó a casa en el coche y se metió dentro. Estaba tranquila. Demasiado tranquila. Fue a la cocina y se preparó un té. Se sentó a la mesa para tomárselo, todavía con el abrigo puesto. No podía digerir lo sucedido en las últimas horas. Todo le había salido mal. Terriblemente mal.

Su trabajo pendía de un hilo, había acabado con Patrick; todo en lo que creía lo acababan de pisotear. Extendió los brazos sobre la mesa de la cocina y se puso a llorar.

La noche anterior había dormido con un asesino. Un hombre capaz de pagar dinero para terminar con la vida de otro hombre. La parte lógica de su cerebro le decía que Patrick saldaba las cuentas por la muerte de su hija del único modo que sabía hacerlo. Para él, no había más que blanco o negro. Si tú destruyes algo mío, yo destruyo algo tuyo.

Pero en su interior, Kate sabía que aquellas ideas iban contra la sustancia de su profesión, de sus creencias. Patrick Kelly seguía viviendo según el antiguo adagio: «Ojo por ojo». Y eso era un error. Tenía que ser un error. Porque de otra manera, todo lo que ella había imbuido a su propia hija, todo aquello por lo que había vivido y trabajado, no valía para nada.

Aun así, una minúscula duda incómoda la carcomía. ¿Y si él tenía razón?

¿Y si asesinaban a su hija, podría decir sinceramente que perdonaría? ¿Podría ser feliz sabiendo que quien había perpetrado la muerte seguía vivo, encerrado tal vez, pero vivo, mientras su niña estaba muerta? Incluso se acordó de haber leído en algún sitio que la madre de una de las víctimas de Myra Hindley se enteró de que la madre de Hindley se había muerto y se presentó en el funeral a soltarle la bronca.

Como madre, comprendía perfectamente aquel sentimiento de odio.

Pero ¿un asesinato?

Se pasó la lengua para limpiarse las lágrimas saladas de la boca.

Flowers estaba bien dispuesto a utilizar la relación de ella con Patrick Kelly para sus propios fines. La había apartado del caso, y a pesar de todos sus gritos sobre la Fiscalía del Estado y el presidente del Supremo, sabía que estaba acabada. Si acudía a los periódicos, se formaría un escándalo que duraría unos pocos días, pero no habría más. Porque Patrick Kelly aparecería como un héroe a los ojos de todos. Un ciudadano justiciero que había tomado la ley en sus manos. ¿Habría muchas personas que no simpatizaran con él?

Él aparecería como un Robin Hood moderno mientras que ella resultaría ser la amante amargada que había sido abandonada e intentaba tomarse la revancha.

Entre ellos, Kelly, Flowers y Caitlin la tenían justo donde querían tenerla. Pero lo peor del asunto era que, a pesar de todo lo que Patrick había hecho e iba a hacer, seguía deseándolo.

Capítulo Treinta y uno

Edith estaba preocupada... aunque no estaba muy segura de qué. Desde que vio la extraña reacción de George ante Natalie, cada vez que estaban juntos, le recorría un escalofrío de aprensión. Era una tontería, por supuesto. George era su más querido pariente vivo. Su hija era como una hija de él.

Se encogió de hombros. Simplemente se había visto desbordado, y nada más. El vuelo, las emociones, todo eso le había pasado factura.

Durante el almuerzo, le pareció que estaba un poco más relajado. Edith lo observó al verlo mirar a su hija desde el otro lado de la mesa. Y le pareció, de todas formas, que miraba a Natalie demasiado rato. Tuvo que obligarse a apartar la vista de George y concentrarse en Joss, que no paraba de hablar.

Evidentemente, George, igual que ella, se había percatado del sorprendente parecido de Natalie con su abuela. También a ella la había inquietado a lo largo de los años, de modo que suponía muy bien lo que George sentía. Pero por dentro, Natalie era la antítesis de la abuela. Era amable, considerada, cariñosa; tenía cantidad de amigos y amigas, amigos de verdad, que lo certificaban. Era una persona maravillosa por dentro y por fuera. Y si había que dar crédito a las conversaciones que mantenían, seguía siendo virgen.

No, Natalie no tenía nada de aquella licenciosidad de su abuela. Era una chica profundamente religiosa, y llevaba una vida sana, limpia y buena. Con Natalie nunca habían tenido que preocuparse.

Sin imaginar el revuelo que estaba creando, Natalie escuchaba a su padre contar una de sus largas y aburridas historias de golf. Era una buena hija que se reía donde había que reírse, y George la adoraba ya solo por eso. El hijo, por su parte, parecía aburrido, igual que George y Edith. Dio un final prematuro a la historia y se concentró en su bistec.

George seguía mirando atentamente a Natalie, sin darse cuenta de que Edith lo miraba a él. Cada movimiento que hacía la muchacha era como el de su abuela, incluso la manera de apartarse el pelo de la cara. Los hombros tapados con el vestido ligero eran iguales a los de su abuela. Parecían demasiado frágiles para sujetar los enormes pechos.

George cortó con tanta fuerza el filete que hizo patinar el cuchillo sobre el plato, logrando que más de una dentadura se apretase de dentera.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar, tío George? —a Joss Junior no le interesaba demasiado, pero pensó que se esperaba que formulase la pregunta.

—Un par de semanas. Si me gusta, puede que venda las cosas y me traslade aquí. En casa ya no me queda nada.

Edith sintió que su corazón se desbordaba de compasión. Pobrecito George. No era raro que se comportase de un modo tan extraño. Que Elaine lo abandonase debía de haber sido un golpe muy amargo.

—Bueno, aquí eres bienvenido y puedes quedarte tanto como quieras, hasta que encuentres un sitio para instalarte.

George sonrió agradecido a su hermana y Joss Senior masticó más fuerte el filete.

El hermano de Edith le inquietaba. Era demasiado apacible y sumiso, demonios. Volvió la mirada hacia su hijo y tragó saliva con fuerza. Se había preguntado muchas veces a quién habría salido el muchacho: ahora lo sabía. Por más que lo intentara, nunca había podido querer de verdad a su único hijo. Había algo en él que le perturbaba. Y George Markham le producía la misma sensación. Pero como era el hermano de Edith, y su pariente más próximo, le ofrecería su hospitalidad.

Había algo curioso en la familia de Edith. En todo el conjunto. La madre estaba más loca que una cabra, y los otros hijos eran como ratones asustados. Joseph, el mayor, le había parecido más el amante que el hijo de su madre. Por los datos y cosas sueltas que Edith había ido soltando con los años, sabía que todos habían tenido una infancia terrible. Recordó cuando había ido a decirle a Nancy Markham que pensaba casarse con Edith. La maldad con que ella le había contado lo del hijo ilegítimo de su hija le dejó atónito.

Nancy Markham estaba mal de la cabeza. No era raro que todos los hijos hubieran salido extraños. Excepto Edith. Ella era la muchacha más dulce que había conocido jamás, e incluso a pesar de que durante años y años la había engañado sistemáticamente con unas y con otras, seguía amándola. Seguía viéndola como la misma muchacha dulce con la que se casó. Pero a Edith le disgustaba el sexo, el contacto, incluso los besos. Oh, claro que había intentado ocultarlo, pero él lo sabía. Siempre sabes cuándo tus atenciones son bienvenidas y cuándo no. Pero sí que fue una esposa y madre condenadamente buena, y eso era lo importante.

Natalie miró comer a su tío y le sonrió. Toda su vida había oído historias sobre el tío George. Era el pariente más querido de su madre. Sabía que su abuela todavía vivía. Tenían noticias suyas solo muy de vez en cuando, y después de cualquier comunicación, su madre se pasaba varias semanas muy nerviosa.

Sus ojos azul verdoso contemplaron la habitación que tenía a su alrededor. Le encantaba aquella casa. Le encantaba estar en ella con su familia. Algún día, cuando encontrase el hombre adecuado, tendrían una casa igual que aquella y la llenaría de niños y de risas. Sonrió para sus adentros al pensarlo.

Hasta entonces, lo que tenía era su trabajo y sus perros. Natalie era quien había bautizado a los dobermann. Como había leído el *Infierno* de Dante, y le había causado una gran impresión, los dobermann para ella eran perros infernales. Pero los quería, como quería a todos los animales.

George miraba a su sobrina. Cuando la chica le sonrió, se había quedado convencido de que quien se sentaba frente a él era su madre. George notó aquella cosa extraña que se apoderaba de él algunas veces. Como si fuera de la mano con la realidad en un momento y al siguiente la dejara fuera, flotando en el limbo. Aquella habitación tenía ahora contornos difusos. Ya nada tenía aspecto sólido. Su mente se

había llenado de pensamientos, la sentía atiborrada de ellos, como sin sitio suficiente para maniobrar. Imágenes intermitentes que iban colmando en aquella ciénaga rebosante. Vio a Geraldine O’Leary con sus largos y hermosos cabellos yaciendo debajo de él. Vio a Mandy Kelly y vio a Elaine. Todas ellas entraban y salían revoloteando de su cerebro, y después de cada visión, seguía teniendo delante a aquella chica. Sintió el impulso de agarrar el cuchillo de la carne y metérselo por la garganta. Dejar que la sangre saliera a borbotones de la herida y ahogar la voz de su madre. Porque ahora la estaba oyendo: «¿Quién es el soldadito de mami, Georgie?».

Le llegaba el olor de las sábanas de la cama, perfumadas con copos de Lux. Le llegaba el sonido amenazador del tac-tac de fuego antiaéreo. Las bombas iban a aterrizar sobre la casa y madre los obligaba a estar en la cama mientras se tomaba un té y fumaba. Sentía el dolor en las tripas y el ardor rojo de su recto donde habían forzado el paso del enema más allá del esfínter. El sudor le corría por la frente. Notaba cómo fluía sobre las almohadas junto con sus lágrimas de miedo. ¿Por qué no venía? ¿Por qué no iba a consolarlo? ¿Acaso no era él el soldadito de mami?

—George... George. Joss te está hablando, querido.

Fue arrastrado de vuelta al presente y miró en torno a la mesa desconcertado.

—¿Te encuentras mal, George? —preguntó Edith con voz preocupada.

Joss Junior miró el reloj.

—Realmente tengo que irme enseguida, mamá, si no, voy a perder el avión.

Edith se preocupó de inmediato. George aprovechó la oportunidad para tratar de recomponerse.

—La empresa de Natalie le dio toda la semana libre para ver a su tío. Ojalá en la tuya hubiesen hecho lo mismo.

Joss Junior sonrió.

—Bueno, ma, yo tengo un trabajo importante. No pueden permitirse que me tome demasiados días libres.

Edith asintió reconfortada al oír aquello.

—Tu padre y yo te llevaremos al aeropuerto. Termina de comer.

Natalie se estiró en la silla y se pasó sus largos dedos delgados por el cabello en un gesto absolutamente femenino. Edith y Joss Senior la contemplaron con orgullo. George la miró con odio. Joss Junior no se fijó en ella en absoluto.

—¿Quieres venir hasta el aeropuerto con nosotros, George?

—No. Creo que me quedaré a descansar, Edith. Me encuentro tan cansado...

—¿Quieres que me quede aquí con el tío George? —dijo Natalie con voz preocupada.

—No. Deja a tu tío, déjalo que descanse, Natalie. Vente con nosotros a despedir a tu hermano en el aeropuerto.

Por alguna razón, Edith no quería que George y su hija se quedaran solos.

George les sonrió y les despidió agitando la mano poco después. Luego, se subió a su coche y se fue camino del Orange Blossom Trail.

Duane Portillo observó a la pequeña familia subirse al gran Lincoln Continental. Pocos minutos después fue siguiendo a George Markham camino del Orange Blossom Trail.

Linette Du Bouverie era lo que en el Trail se conocía como una puta «con malas pulgas». Era pequeñita y pelirroja natural, pero desde luego que tenía «malas pulgas». Todos la conocían como la mujer más chillona, más discutidora y malhablada del Trail. Tenía una lengua tan viperina que las otras putas, los chulos y la policía la odiaban, y por ese orden. Era adicta a la heroína y necesitaba sus picos diarios con desesperación. Si le hacía mucha falta, Linette aceptaría a un hombre por unos miserables cinco dólares.

Ahora, estaba aporreando la puerta del pequeño apartamento de una habitación de Elvis Carmody.

Elvis era un camello de difícil catalogación. Tenía el pelo negro y crespo y un color de piel rojizo, como de mexicano. Su madre era una buscona que solía hacer el chiste de decir que el chico era su ketchup Heinz, pero que nunca llegó a saber quién era su padre. Elvis se había montado un negociete particular. Vendía heroína, *crack*, droga, estimulantes, tranquilizantes... de hecho, cualquier cosa a la que pudiera echar mano. Abrió la puerta del apartamento a Linette y lanzó un silbido entre dientes.

—¡Tienes una pinta terrible, nena!

Linette entró en el cuarto con sus tacones altos. Tenía dificultades para enfocar bien la vista en aquella luz atenuada. Oyó en algún punto de la habitación el frufrú de la ropa de cama y, atisbando entre la penumbra, logró ver la forma y el rostro de una busconcita portorriqueña que se llamaba Marigold. Soltó un taco en voz baja. Si Elvis acababa de follarse a alguien, no iba a estar muy dispuesto a darle un poquito a cuenta.

—¿Qué puedo hacer por ti, Linette? —Elvis ya quería librarse de ella.

—Necesito un pico. Te pagaré dentro de una hora, hermano, es que justo ahora no hay nada de nada por la calle. En cuanto se haga de noche estará todo lleno.

Elvis encendió un Marlboro y soltó el humo con ruido.

—Ni hablar, muñeca, todavía me debes veinte billetes de ayer.

Linette notó que su famoso genio se despertaba. Se fue hasta la cama y agarró a Marigold del pelo.

—¿Y a esta sí que le has dado, eh, verdad que sí, hijoputa maricón? Ya te pagaré el jodido dinero, pero antes necesito que me des un poco a cuenta.

Elvis se acercó a ella y le arrancó los dedos del pelo de la otra chica. Marigold ni había pestañado.

Elvis agarró a Linette por detrás del cuello, la arrastró hasta la puerta y la echó fuera lanzándola sobre el suelo sucio.

—¿Por qué no dejas de joder a la gente de una vez, Linette? Si no tuvieras siempre tan mala actitud, puede que la gente estuviese mejor dispuesta a ayudarte.

Le cerró la puerta en las narices. Linette se levantó, se lanzó contra la puerta y se

puso a darle patadas y puñetazos. Sus ojos verde oscuro estaban llenos de lágrimas de frustración.

—¡Te cortaré ese puto pescuezo, hijo de puta, mierda apestosa!

No hubo respuesta alguna de dentro de la habitación. Linette sintió lástima de sí misma y salió del edificio para quedar bajo el brillante sol del exterior.

George vio una chica pequeñita y delgada como de veinticinco años apoyada contra una pared. Su pelo rojo captaba los rayos del sol e iba vestida con un traje de pantalón muy corto de ante verde. Los pechos abundantes desbordaban prácticamente la tela y George le dirigió una sonrisa. La sonrisa secreta que apenas enseñaba los dientes.

Linette, que descubría a un cabrito en cuanto lo veía, le devolvió la sonrisa. Con su sonrisa más dulce. George bajó la ventanilla del coche. Linette fue contoneándose hasta él.

—Hola, oye.

George volvió a sonreír, esta vez más abiertamente.

—Hola, cariño.

—¿Qué tal si te doy un poco de compañía?

—Entra.

Linette rodeó el coche y entró.

—Vete hasta el Lazy Q. Allí hay habitaciones, películas y lo que quieras.

George ya estaba de camino. Linette encendió un cigarrillo y sonrió al verse ya cerca del hotel. El tipo sabía a dónde iba, de modo que no era tan pardillo. Se preguntó cuánto podría sacarle. Ya empezaba a notar el sudor que le decía que necesitaba un chute. Y pronto.

El hombre que les dio la llave estaba viendo un episodio de *Matrimonio con hijos*. George se preguntó por un instante si alguna vez dejaría de ver la televisión. Arriba, en la habitación, Linette cogió el teléfono y pidió una botella de *bourbon*. Le calmaría los nervios hasta que pudiera pillar algo de caballo.

Mientras esperaba que llegara la bebida, se despojó de la ropa. George la miraba fascinado. Era como si la chica no se diera cuenta siquiera de que él estaba allí. No había ni intentado entablar conversación. Se sentó en la cama y sacó unas pocas monedas. Metió dos dólares con cincuenta en la ranura de la televisión, giró el mando y en la pantalla se animó una película porno. Linette fue a abrir la puerta al chico que traía el *bourbon*. Abrió desnuda, salvo por los zapatos. Linette nunca se quitaba los zapatos. Jamás. Miró a George.

—Necesito diez dólares.

George desprendió con calma un billete de diez de un rollo grande y se lo dio. Totalmente fascinado, el joven negro la miraba avanzar hacia él cimbreado completamente desnuda excepto por aquellos altos tacones.

—Aquí tienes, chico. Mira todo lo que quieras. Y cuando te paguen, ven a ver a Linette, mi niño.

—Sí, señora —dijo con toda la hombría que fue capaz de reunir a sus catorce años.

Linette cerró la puerta y se rio. Rompió el tapón y bebió el *whisky* a gollete.

—Llevas ahí un montón de guita, amorcito.

George se quitó la ropa y la dejó cuidadosamente doblada sobre una silla.

—¿Cuánto quieres?

A ella le gustó su timidez.

—Cobro sesenta dólares, pero será el mejor polvo de tu vida.

George le tendió tres billetes de veinte dólares.

Se quedó un momento mirando la película. Salían una mujer, un perro y un negro muy grande.

Linette se sentó a su lado en la cama. Le apoyó los pechos contra el brazo y le acarició el pene flácido. Quería acabar con aquello lo más pronto posible.

—Vamos, pequeño, Linette no tiene toda la noche.

A George le llegó su olor a sudor. Tenía el pelo sobre su brazo y a la vista los pezones de color rosa. La mano sobre su pene tenía las uñas pintadas de rojo oscuro. Le pareció justo igual que su madre. Incluso olía igual que su madre. Le apartó la mano con impaciencia.

—No me toques así.

El tono de George era duro. Linette cayó para atrás por la fuerza del empujón.

—¿A quién carajo te crees que empujas, trozo de mierda? —su naturaleza belicosa salía a la superficie.

George la miró de frente. La tenía allí de pie, y seguía teniendo la botella de *whisky* en la mano. Piernas largas y bien formadas sobre los altos zapatos de tacón verdes. Dio otro buen viaje al Jim Beam. George se puso de pie frente a ella.

Era justo igual que su madre. Justo igual que Natalie. Todas eran unas putas, todas hasta la última. Se entregaban a cualquiera que les soltara un par de libras. Todas las mujeres eran iguales. Unas putas. Bueno, pues él sabía qué había que hacer con las putas, ¿verdad que sí? ¿No se lo había demostrado en Grantley? La agarró del pelo y le dio un puñetazo en la cara metiendo todo su peso en el golpe. Se quedó mirando con una sonrisa en la cara al ver a Linette trastabillar hacia atrás y chocar contra la pared. El puñetazo le había dado en la boca y se quedó apoyada contra la pared con los pechos agitándose. Asomó un trozo de lengua rosa por la boca y degustó la sangre que le brotaba del labio. Miró medio mareada cómo George se dirigía hacia ella. Estaba desnudo y el estómago se le bamboleaba al andar.

Cuando levantó el puño de nuevo, Linette soltó una patada. George notó una sensación punzante y cuando bajó la vista, vio un largo corte cruzándole la barriga.

Linette Du Bouverie escondía una cuchilla en la punta de cada zapato, un truco que aprendió en la cárcel.

Por eso Linette nunca se quitaba los zapatos. George se quedó mirando la sangre que empezaba a correr y miró a la mujer, atónito. Se lanzó sobre ella, levantando las

manos para agarrarla del pelo, pero lo que agarró fue el aire.

Linette volvió a lanzarle otra patada. Esta vez le dio en la espalda. Un intenso dolor punzante lo envolvió. Le había desgarrado la piel justo encima de los riñones. Era un corte profundo, de más de un centímetro. Cayó de rodillas y Linette dio otro largo trago al *whisky* y luego rompió la botella contra la cómoda de al lado de la cama. La espalda de George sangraba ya profusamente.

Haciendo uso de toda la fuerza que logró reunir, George lanzó el puño y la alcanzó en el plexo solar. Linette se dobló intentando respirar. George logró ponerse de pie con las manos cubiertas de sangre.

En la pantalla, el negro, la mujer y el perro seguían actuando, ajenos a lo que sucedía.

—¡Jodido gusano, a mí no me pega nadie, nadie! Ni tú ni nadie.

La boca de la chica era como una herida retorcida. Esa vez, la cuchilla le hirió en los muslos y la sangre brotó a gotas carmesíes mientras la piel se iba abriendo lentamente, como avergonzándose de dejar a la vista la carne de debajo. George cayó de rodillas otra vez, comprendiendo por primera vez que estaba ante una voluntad mucho más fuerte que la suya. Aquella mujer era del mismo calibre que su madre. Linette le echó la cabeza atrás tirándole del pelo y le sonrió al tiempo que le cruzaba la garganta con los filos quebrados de la botella rota de Jim Beam.

George cayó al suelo con el rostro girado hacia la televisión. Lo último que vio fue a aquella mujer que gemía cuando el negro empujaba dentro de ella con fuerza aquel miembro de tamaño imposible, mientras el perrito ladraba y corría alrededor de sus cuerpos.

Linette se sentó en la cama y dejó caer la botella sobre la alfombra. Se llevó al pecho una mano ensangrentada para contener los latidos de su corazón. Miró a George, allí en el suelo, y tensó los labios descubriendo los dientes de puro asco.

De Linette habían abusado física y mentalmente durante toda su corta vida. El principal agresor había sido su padre, y sus hermanos habían seguido el ejemplo. La madre hacía como que no veía. Cuando Linette se marchó de casa a los quince años, se vio arrojada a un mundo en el que su presencia y su sexo eran las únicas gracias que la podían salvar. Se tomó su primera dosis y se hizo su primer cabrito antes de llevar treinta y seis horas en la calle. Vender su cuerpo era lo único que podía hacer. Conceder a los hombres plena libertad con él era todo lo que había conocido. Pero una vez que se marchó de casa, Linette nunca permitió que la golpeasen. Eso era lo que más aborrecía. Sexualmente, haría lo que fuera por dinero. Lo que fuera. Pero que un hombre o una mujer le pegasen era como admitir el fracaso. Si lograba mantenerse protegida, todavía le quedaba una cierta cantidad de respeto por sí misma. Para ella eso era importante. Su reputación de violenta le había resultado muy útil en los últimos años. Ningún chulo quería una puta violenta; a una puta violenta no la robaba ninguna otra puta. La ley de la calle era la fuerza, y a pesar de ser tan pequeña, era fuerte y sabía cuidar de sí misma. Para Linette, aquel hombre que estaba

en el suelo no era nada, era un cabrón, un pagano, un medio para un fin. Sin volver a mirarlo siquiera, se levantó de la cama y se fue a la ducha. Se limpió la sangre del cuerpo y luego se vistió con calma, se cepilló el pelo y se arregló el maquillaje, notando ya una ligera hinchazón en torno a un ojo. Le cogió todo el dinero y los cheques de viaje que llevaba George. Dejó las tarjetas de crédito: se convertiría rápidamente en sospechosa si intentaba utilizarlas. Se dio una última ojeada en el espejo y salió de la habitación cerrando la puerta sin ruido tras ella. Diez minutos después, estaba en casa de Elvis, porque los ochocientos dólares de George le garantizaban una bienvenida más que cálida. Al meterse la aguja en el brazo, sintió las primeras oleadas de euforia inundarle el cerebro; aspiró el aire profundamente y dejó que fluyeran las buenas sensaciones.

George Markham ya había desaparecido de sus pensamientos.

Duane Portillo vio salir del hotel a Linette. Siguió sentado en su asiento esperando a que apareciera George. Pero George no salía.

George continuaba yaciendo en el suelo de la habitación del motel, sin dejar de mirar con ojos vacíos la película pornográfica. Hacía rato que la sangre había dejado de bombear. La chica de la película parecía que le devolviese la mirada con una máscara de placer fingido en el rostro.

Pero George no podía verla. Realmente era una lástima. Le hubiera encantado.

Edith empezaba a preocuparse. Habían vuelto del aeropuerto y George no aparecía por ninguna parte. Cada vez que oía un coche se precipitaba a la ventana para ver si era él.

—¡Oh, por Cristo bendito, Edith, que ya es mayorcito! —le dijo Joss—. Probablemente haya salido a tomarse una cerveza y se haya puesto a hablar con alguien.

Edith no se molestó en contestar. Chasqueó la lengua. Imagínate, pensar que George iba a hablar con alguien. A veces pensaba que Joss no se enteraba de lo que pasaba a su alrededor. ¡George hablando con desconocidos, fíjate tú!

Natalie les dio un beso de buenas noches y subió a acostarse. Edith la miró subiendo las escaleras y sintió el orgullo que siempre sentía por sus hijos.

Lo había hecho bien con ellos. Siempre los había cuidado y protegido.

La policía contestó la llamada a las once treinta. El encargado del hotel había apartado los ojos de la televisión a las once y veinte para ir a desalojar la habitación número 14. Llevaban allí más de cinco horas. Ahora tenía a otra pareja que quería el cuarto. Les pidió que esperasen y subió y llamó a la puerta.

Silencio absoluto.

Abrió la habitación con la llave maestra. No se asombró demasiado ante lo que se encontró. Dijo a la pareja que volvieran en otro momento y escondió las tarjetas de crédito de George antes de telefonar a la policía.

Edith fue informada exactamente a las doce y diez.

Duane Portillo estuvo observando los acontecimientos antes de marcharse de la

escena del crimen. Fue directamente a contar la historia a Shaun O'Grady. Shaun se rascó la cabeza atónito.

—¿Quieres decir que al tipo al que tenías que matar lo mataron? ¿Que lo mató una maldita puta? ¡Por Cristo bendito!

Duane asintió. Tampoco él podía creérselo del todo.

Shaun O'Grady lo miró por el lado divertido.

—Bueno, ¿y quién carajo va a creerse eso?

Duane Portillo se rio también. Desde luego que había sido un día bien raro.

Kate ayudaba a Lizzy a elegir la ropa que se iba a llevar. Desde que la habían apartado del caso del Destripador de Grantley, había intentado adoptar un aire lánguido que se le había ido desvaneciendo poco a poco.

—Mami.

—¿Qué, cariño?

Lizzy volvió la cara de su madre hacia ella.

—¿Qué es lo que va mal de verdad? ¿Has tenido una trifulca con Patrick?

Kate sintió ganas de llorar y reír al mismo tiempo. ¿Una trifulca? Lizzy estaba sentada en la cama y miraba a su madre.

—Cuéntame qué es lo que te va mal, mami, por favor. No puedo soportar verte tan disgustada.

Kate miró aquellos ojos oscuros tan parecidos a los suyos y sintió una oleada de amor por su hija.

Intentó hablar, pero se le quebró la voz y Lizzy la cogió entre sus brazos. Kate liberó su corazón sollozando sobre el hombro de su hija.

En algún lugar sonaba una vocecita que le decía que aquello no estaba bien. Que tendría que ser ella la que estuviera consolando a su hija. Pero era tan estupendo tener a alguien que la abrazase, que le besase el pelo y que le dijese que todo iba a estar perfectamente... A pesar de que en el fondo de su corazón sabía que nunca nada volvería a estar perfecto. Que todo lo que quería y amaba se había destruido. Que había sido utilizada por el hombre al que amaba tan desesperadamente que lo acogería de nuevo ahora mismo, si volviera con ella.

Lizzy acarició el pelo de su madre y suspiró suavemente. Era estupendo sentirse capaz de ayudarla para variar; sentir que era ella quien controlaba la situación. Que su madre era capaz de bajar sus defensas y admitir que no era la Supermujer, que también ella tenía problemas.

Eso la hacía parecer más humana en cierta manera.

Lizzy sabía, por la conciencia de ser mujer también, que ayudaba a su madre abrazándola y queriéndola. Por primera vez en la vida eran iguales. Habían curado una herida que se alargaba quince años. Y a pesar de todo su dolor de corazón, eso hacía sentir bien a Kate. La hacía sentirse muy bien.

Más tarde, ya en la sala con su madre y con Lizzy, Kate oyó un sorprendente comunicado en *Noticias a las 10*. Se estaba tomando un Bacardi con coca-cola recién

salida de la bañera. Lizzy se la había preparado colmándola de fragancias de lavanda para que se sintiera más tranquila.

Necesitó de toda su tranquilidad cuando Sandy Gall, la presentadora, empezó a hablar:

Un turista británico ha sido asesinado hoy en Florida por una prostituta. George Markham fue apuñalado y degollado salvajemente hasta morir. Según los informes que tenemos hasta el momento, el señor Markham, que tenía cincuenta y un años, era buscado por la policía británica en relación con los asesinatos de seis mujeres y un niño. Se cree que era el llamado Violador de Grantley. La policía nos ha confirmado aquí que querían interrogarlo a su regreso de Florida.

En Líbano, hoy...

—¡Por los clavos de Cristo! —la voz de Evelyn sonó asombrada y grave.

Kate se quedó un momento mirando la cara de Sandy Gall. Luego, se levantó de un salto y fue al vestíbulo y telefoneó a Caitlin a su casa. Le contestó al segundo timbrado.

—Doy por hecho que has oído las noticias, Katie.

—¿Entonces es verdad?

—Ah, sí, verdad de la buena. Parece que le han pagado con su propia moneda. Fue asesinado por una prostituta conocida que se llama Linette no sé qué o no sé cuántos. Le dijo a la policía que él la había atacado y que fue en defensa propia.

Kate asintió con la cabeza olvidándose de que Caitlin no la veía.

—¿Sigues ahí, Katie?

—Sí. Oh, Kenny, me siento como una idiota...

Oyó la sonrisa de su voz cuando le respondió:

—Te dije que no te tiraras al pozo, pero no quisiste escucharme, ¿verdad?

—Verdad.

—Escucha, Katie, tómate otros cuantos días libres. Yo hablaré con Flowers. Eres una buena policía y sé que no querrá perderte. Ahora que se ha acabado lo del Destripador, creo que todos podemos relajarnos.

Kate dijo adiós y colgó.

Se sentía una tonta de remate. Había acusado a Patrick Kelly de tratar de asesinar a aquel hombre. Había ido a verlo a su casa y le había gritado de todo. Todavía oía todo lo que le había dicho y la cara le ardía de humillación.

Patrick tenía que sentirse asqueado de ella. ¿Y quién que estuviera en su sano juicio podría reprochárselo?

Apoyó la cabeza contra el frío de la pared y suspiró. Todo había salido mal y era así por su culpa. La habían suspendido en el trabajo, pero más importante para ella era que había reventado la única oportunidad que había tenido de conseguir la auténtica felicidad.

Como hubiera dicho Patrick, era una mema de veinticuatro quilates.

Su cabeza estaba llena de los recuerdos de las noches que había pasado con él. La excitación. La cercanía. El amor compartido.

Él le había dicho que la amaba, ¿y cómo le había pagado ella?

Patrick contestó la llamada a las siete y cuarto. Willy lo miraba mientras exclamaba:

—¡Estás de broma!

La voz de O'Grady resonaba por el aparato.

—No, Pat, un golpe clásico, ya digo. He esperado a tener todos los detalles antes de llamar. El hombre recogió a una prostituta en el Orange Blossom Trail. Es como el Soho de Florida, ¿sabes? Bueno, pues al parecer las cosas se le fueron un poco de madre y el tipo la atacó. Las putas siempre dicen eso como defensa, por supuesto: el hombre me atacó, así que saqué un cuchillo, una pistola, lo que sea.

»Según parece —siguió O'Grady—, dijo que no lo denunció a la policía porque estaba segura de que no la creerían. Pero hoy, cuando oyó en la CNN que al hombre lo buscaban en Inglaterra por asesino en serie, todos se volvieron locos. Y ahora esa mujer es una jodida heroína nacional, ¡por Cristo bendito!

—¡Jesús! ¡No puedo creerme lo que me cuentas! Markham asesinó a mi hija. Lo hubiera perseguido hasta el fin del mundo. Pero que le haya pasado eso..., o sea, quiero decir, que es increíble.

O'Grady añadió con voz calma:

—Pues créelo, compadre: está muerto. Así que ya puede seguir con su vida. Me ocuparé de que te devuelvan el dinero mañana. Aunque tendré que darle algo a mi hombre. Lo estuvo siguiendo todo el tiempo, ¿sabes?

—Lo que tú digas, Shaun.

Kelly colgó el teléfono y se quedó mirándolo un momento como si no estuviera seguro de haber tenido aquella llamada. Miró a Willy:

—No te lo vas a creer —dijo.

—Inténtalo.

Edith contempló el cuerpo de George y sintió la punzada de las lágrimas.

—¿Es este su hermano, señora? —la voz del policía era grave y tranquilizadora.

Asintió con la cabeza.

Miró al hombre que indicaba con un gesto al asistente del depósito para que volviera a cubrir la cara de George. De pronto se sintió muy vieja y asustada.

—Tengo algunas noticias desagradables más para usted, señora.

—¿Qué? ¿Qué puede ser peor que esto?

—La policía británica nos ha notificado que su hermano había asesinado a siete personas, incluyendo su esposa y un niño pequeño. Parece ser que los policías ingleses estaban esperando que volviese a Inglaterra para detenerlo.

Edith se dio cuenta de que eso era algo que había sabido en su interior desde el principio. Seguía leyendo periódicos ingleses y lo sabía todo sobre el Destripador de Grantley. En lo más hondo de su corazón supo siempre que era su hermano. Miró la cara de simpatía del guardia.

—Joss, llévame a casa, por favor.

Joss se levantó titubeante de su asiento y tomó a su esposa del brazo. Ya en el coche, Edith habló:

—Sé que lo que hizo George era fatal y lamentaré que haya venido aquí durante el resto de mi vida. Pero, Joss, solo yo sé por qué era como era. Y sabiendo lo que sé, lo único que puedo es compadecerme de él.

Su marido no dijo nada.

Si la puta que lo había hecho aparecía por allí, Joss le hubiera dado un buen apretón de manos.

Joseph Markham y su esposa veían las noticias en medio de un silencio petrificado. Ambos miraron a Nancy y vieron que tenía la cara gris y macilenta.

Lily fue la primera de los tres que se recuperó.

—¿Cómo vamos a poder vivir con esto encima? —chilló—. ¡Tu hermano es el Destripador de Grantley!

—Oh, cállate, Lily. ¡George siempre fue un estúpido y un tonto! Ninguno de mis hijos sirvió para nada —soltó Nancy—. Míralo —señaló a Joseph con la cabeza—. Míralo ahí sentado como un pasmarote. Su hermano es un violador asesino y ahí lo tienes sentado tal cual. Por lo menos George tenía un poco de vida dentro.

—Tendremos que vender la casa, no podemos seguir viviendo aquí. Los vecinos se mofarán de nosotros hasta cansarse. Cada vez que salgamos de casa todo el mundo nos señalará con el dedo y hablará de nosotros.

—Estaba segura de que algo no iba bien con George —dijo Nancy—, el otro día se lo dije al policía. Mis hijos son unos inútiles sin redaños. Todos mis niños son iguales. Ni uno solo heredó nada de mí. Todos son iguales que su padre. El padre era exactamente igual.

Joseph Markham escuchó la voz chillona de su esposa y el discurso con voz profunda de su madre, y por fin, después de treinta años, levantó la voz:

—¡CERRAD LA BOCA LAS DOS!

Nancy y Lily se quedaron las dos mirándolo atónitas.

—Tú —y señaló con el dedo a su madre— te vas a ir a esa residencia mañana lo primero de todo. No puedo esperar otra semana para quitarte de encima.

Nancy abrió la boca para hablar y Joseph alzó la mano amenazadoramente.

—¡Te he dicho que te calles!

Su esposa lo miraba con la boca abierta.

—Vamos a vender esta casa, Lily, y tú te llevarás la mitad del dinero. Yo me compraré un piso para mí y no os daré la dirección a ninguna de las dos. Me he pasado toda la vida escuchando; primero a ti, madre, después a Lily, y finalmente a las dos a la vez. ¡La leche! Debo ser el único hombre en toda la cristiandad al que lo abroncan en estéreo. Bueno, pues hasta aquí hemos llegado. George asesinó a toda esa gente, Elaine incluida, y a ninguna de vosotras le ha importado siquiera —continuó—. Lo que os preocupa son los vecinos. ¡Los vecinos que se jodan! ¡Me importan un carajo! Mi hermano está muerto, y ha asesinado a seis mujeres y un niño.

Así que, ¿por qué no cerráis las dos esas bocazas de estúpidas y pensáis un poco en los demás para variar?

Se dirigió a la puerta para salir de la habitación.

—¿Adónde vas? —preguntó Lily con voz asustada.

—¿Adónde coño crees? Voy a llamar por teléfono a la pobre Edith. Tiene que estar en un estado terrible. Luego cogeré el abrigo y me iré a un hotel. Volveré mañana por la mañana para arreglar lo necesario para que se la lleven a ella, y lo más lejos posible, tengo que añadir... Y para arreglar este tema. —Hizo un gesto a su alrededor con ambas manos.

Diez minutos después oían cobrar vida al motor de su coche y alejarse.

—¡Es todo por tu culpa! —Lily se volvió hacia su suegra.

—¿Por qué no te vas a cagar? —dijo Nancy con una voz que sonaba a aburrida.

Lily frunció los labios. Ya había habido demasiados tacos aquella noche para su gusto. Justo ahora que Joseph y ella parecían ir por el buen camino, ¡tenía que pasar aquello!

Mientras se alejaba de allí, Joseph intentó recomponer en su mente los acontecimientos de la noche.

Al final George había acabado reventando. ¿Cómo es que nadie se dio cuenta? Lo habían dejado demasiado solo con sus manías, supuso Joseph. Raramente se visitaban; solo en Navidad. Él era el hermano mayor de George y tendría que haber cuidado de él un poco más.

Bueno, esta vez su madre sí que había ido demasiado lejos. Tenía que haber estado loco para haberla aguantado durante todos aquellos años. La amenaza que le había hecho a Lily no era seria, no iba a abandonarla, pero tenía la furtiva sensación de que dejar que se lo creyera sería un buen augurio para el futuro.

Edith estaba en un estado terrible, apenas era coherente. Y en lo más profundo, Edith sabía, igual que él, que todo era culpa de su madre. Se acordó avergonzado de cómo se despreocupaban de George cuando solo era un niño. Cómo la madre había ido ahogando poco a poco hasta el último instinto natural que tenían.

Joseph detuvo el coche y se quedó sentado unos minutos. Las manos le temblaban sobre el volante.

Le vino a la cabeza una imagen de George cuando era pequeño, con sus gafas de la seguridad social y sus medias de deporte grises. Habían estado jugando al escondite mientras su madre había salido a trabajar y George se reía a carcajadas. Una risa de niño auténtica, firme. Joseph la recordaba claramente porque era algo que sucedía muy raramente. Los niños Markowitz no tenían nada de lo que reírse la mayor parte del tiempo.

Joseph empezó a llorar.

Lloró por el George que había conocido. Aquel niño al que tendría que haber protegido más. El niño que lloraba casi todas las noches, que tenía miedo de su madre y que sin embargo la quería tanto. Sin importarle lo que le hiciera.

Aquella noche, Patrick durmió profundamente, un sueño largo y feliz, el primero desde el asesinato de su hija.

Su último pensamiento antes de sumergirse en él fue para Kate. Deseó tenerla a su lado, pero después de lo que le había dicho, sabía que el abismo que había entre ellos era demasiado ancho.

Kate Burrows era un lujo que no podía permitirse. Mañana sacaría su libretita negra. Volvería con las mujeres que le comprendían. Que no querían nada más de él que pasar un buen rato.

No necesitaba a Kate Burrows. Era una mujer de cuarenta años y él podía tener la jovencita más llamativa que quisiera. Y por supuesto que las tendría. Volvería a convertirse en un *play-boy*.

Sonrió al pensarlo. Eso le gustaría a Willy. Siempre había disfrutado observando los asuntos del jefe.

Kate Burrows podía irse a cagar.

Feliz de haber organizado de nuevo su vida, Patrick se durmió.

* * *

Kate continuaba despierta dándole vueltas a la cabeza y con el cuerpo anhelante por sentirse tocado. Sentirse confortado por la sabiduría amorosa de Patrick Kelly.

Capítulo Treinta y dos

4 de marzo de 1990

Kate estaba en la sala del aeropuerto viendo a su madre y a Lizzy facturar el vuelo. Siguió mirando cómo etiquetaban el equipaje y se lo llevaban. Le asaltó un sentimiento de desolación. Iba a estar seis semanas sola.

Todo lo que tenía ahora era su trabajo, y no estaba muy contenta con él, tuvo que admitir. Deseó irse en el avión con ellas. Irse a algún lugar donde pudiera olvidarse de los últimos meses.

Lizzy y Evelyn se acercaron a ella. Kate observó a la joven alta y delgada, que atraía la mirada de más de un macho, y la mujercita encorvada que iba a su lado.

¿Cuándo había empezado a encorvarse así su madre? ¿Cuándo se había hecho vieja?

Las acompañó en dirección al control de pasaportes, charlando de nada en especial. Le daba miedo el adiós, pero sabía que tenían que irse. Su madre podría ver a su otro hijo y a sus nietos, a los que solo había visto en fotos y con los que había hablado raramente, solo cuando la economía familiar lo permitía. Conservaba todas sus cartas e iba haciendo la crónica de su edad a base de fotografías escolares conservadas con amor.

«Querida abuela...». Y ahora los vería con sus propios ojos. La verdad es que Kate se alegraba por ella. Solo el egoísmo le hacía desear que se quedase en casa.

Estaban ya ante el control de pasaportes. Kate cogió a su madre entre sus brazos y la besó fuerte.

—Que lo pases muy bien, mamá. Y cuida de mi niña por mí.

Evelyn miró a Kate a la cara y le dijo muy seria:

—¿No lo he hecho siempre? Cuídate tú de ti.

Lizzy estaba llorando y Kate le sonrió con una lágrima solitaria escapándosele por el rabillo del ojo.

—Adiós, nena.

Lizzy se arrojó en brazos de su madre y se estrechó contra ella.

—Oh, mami, ojalá vinieras con nosotras. ¿Estarás bien tú, así tan sola?

Kate la besó otra vez.

—Hale, idos y pasároslo bien. Disfrutad. Antes de que os deis cuenta, estaréis de vuelta.

Evelyn acarició a Kate en la cara.

—Llama a ese Patrick Kelly, ¿me oyes?

—¡Oh, mamá! Venga, pasad y mandadme una postal de Singapur.

—Esto lo pagó él, ¿sabes? Yo no tenía nada de dinero guardado. Si lo hubiera

tenido, hace años que me lo habría gastado. Lo sabes muy bien. ¿Sabías que vamos en primera? Hizo esto para intentar ayudarte cuando Lizzy estaba mal.

Kate se quedó mirando a su madre por un instante y luego Evelyn cogió a Lizzy del brazo y entraron en la sala de espera de salidas.

La cabeza de Kate era un torbellino. ¡Patrick había pagado aquellas vacaciones!

Era la humillación definitiva. Lo había acusado de todo lo más deleznable bajo el sol y él se había gastado una fortuna en billetes de avión y en hoteles para su madre y su hija.

Ah, sí, sí era generoso. Y se preocupaba por ella. Y ella había cogido lo que él le ofrecía y se lo había tirado a la cara.

Siguió mirándolas hasta que se perdieron de vista y luego cogió el coche y se fue a la casa vacía. Al meter la llave en la cerradura, tuvo la sensación de que se burlaba de ella.

A las cinco y cincuenta y cinco se sirvió la primera copa. A las siete estaba durmiendo la borrachera.

Oprah Winfrey miró a cámara y sonrió. El público del estudio terminaba sus aplausos y ya habían pasado los créditos iniciales.

—Gracias —contempló al público—. Hace cinco semanas, en Windermere, Florida, un hombre atacó a una prostituta. La mujer, la señorita Linette Du Bouverie, respondió a la agresión y lo mató. Huyó de la escena del crimen porque tuvo miedo de las consecuencias. Fue identificada más tarde por un joven que trabajaba en el hotel y que había llevado una botella de Jim Beam a la habitación. Y resultó que a quien había matado la señorita Du Bouverie era de hecho un cruel asesino en serie venido de Inglaterra. Esta noche oiremos a mujeres que han matado a los hombres que las atacaron. Vamos a empezar dándole un gran aplauso a Linette Du Bouverie.

El público enloqueció.

Linette salió al plató y sonrió. Era guapa y pequeña y parecía en realidad la vecinita de al lado de cualquiera.

Elvis la miró sonreír a la cámara y se rio en voz alta. Esa Linette era una pájara de cuenta.

Kate volvió a casa del trabajo y se preparó un café. Durante el mes que Lizzy y su madre llevaban fuera, su rutina no había cambiado en absoluto. La casa vacía parecía que se burlaba de ella y encendió la radio como hacía cada noche para llenar el vacío con algún sonido. ¡Qué no daría ahora por oír el estrépito de la música de Lizzy!

Sonó el teléfono y contestó. Era Amanda Dawkins.

—Hola, guapa.

—¿Te parece bien que Phil y yo aparezcamos por ahí esta noche, Kate? Tenemos un vídeo fantástico y una botella de vino.

Sonrió al teléfono.

Amanda hacía aquello muy a menudo, aparecía con su novio como si supiera que Kate se sentía sola y necesitaba un poco de compañía.

—Sería estupendo, Amanda, siempre y cuando estés segura de que no tenéis nada mejor que hacer, ¿eh?

—Pues te veremos sobre las ocho y media.

—¿Qué vídeo es?

—*Eternamente amigas*, con Bette Midler.

—¡Esa seguro que no la escogió Phil!

—¡Has dado en el clavo! Si la hubiera escogido él, tendríamos que ver *Pesadilla en Elm Street* o *Halloween*.

—Entonces nos vemos luego.

Se tomó un sándwich y subió a bañarse.

Patrick Kelly echó una mirada a la chica que tenía al lado. Leona tenía los ojos azules más grandes que había visto en su vida, y los pechos más grandes aún. Ella lo miró y sonrió enseñando unos dientes muy blancos.

—¿Quieres otro vaso de vino? —preguntó.

—Sí, gracias.

Tenía un ligero ceceo que cuando la conoció le había resultado encantador. Pero ahora empezaba a atacarle los nervios.

Leona era una de la serie de mujeres con las que había salido desde que rompiera con Kate. Patrick tenía la esperanza contra toda esperanza de que alguna de aquel ramillete de bellezas acapararía su pensamiento de una vez por todas. Había esperado que Leona fuera la que lograra sacarlo de su ensimismamiento.

Le sirvió una copa de blanco del Rin. Un Liebfraumilch barato. No tenía intención alguna de darle vinos caros. Se lo bebió de dos tragos. La miró bebérselo y dejar una gruesa línea roja en el borde de la copa.

—¿Cuántos años tienes, Leona?

—Veintiuno, ¿por qué?

—Me lo preguntaba, eso es todo.

Kelly dio un trago a su propio vino y rebuscó por su cerebro alguna cosa de la que hablar.

Leona miraba su cara preocupada. Era su tercera cita y no lo había intentado ni una vez. Para ella, eso era una novedad, pero no estaba muy segura de si se alegraba o no. Era puñeteramente más guapo que la mayoría de los hombres con los que salía.

Tenía una regla de oro: ir a sitios donde la clientela fueran hombres ricos, entraditos en años y no demasiado quisquillosos. Era lo bastante astuta como para saber que con su aspecto y su cuerpo podía elegir al que quisiera.

Circulaba en un Golf GTI flamante, tenía piso propio, comprado y pagado, y confiaba plenamente en hombres como Patrick Kelly para complementar su estilo de vida. Había dejado el colegio sin graduarse y no tenía nada que ofrecer, salvo una cara bonita y una talla Doble D de sujetador, pero se había asegurado rápidamente una posición y había hecho caja con esos activos.

De momento, además del piso y del coche, eso la había llevado por todo el

mundo. Pero aquel Kelly podría gustarle. Era un hombre guapo y tenía un aire que le gustaba. Estaba deseando firmemente irse a la cama con él. Además, parecía un hombre muy generoso, lo que para Leona era lo más importante de todo.

Lo miraba luchar por encontrar algún tema del que hablar.

—Cuéntame cosas de ti, Patrick —le dijo.

Se relajó en la butaca. Alguien le había dicho una vez que el secreto para tener a un hombre feliz era hacer que empezase a hablar de su tema favorito: él mismo. Eso había resultado ser cierto una y otra vez, los tenía ocupados horas enteras. Lo que permitía que Leona pudiera pensar sobre su tema favorito: ella misma.

Patrick seguía peleando mientras le contaba cosas de aquí y de allá. No quería compartir ni un ápice de sus asuntos personales con ella. La verdad es que no la quería tener allí para nada.

No lograba molestarse en hacer el esfuerzo de echarla. Así que cogió el toro por los cuernos.

—¿Quieres que nos vayamos a la cama?

Leona se encogió de hombros.

—Vale.

Lo siguió escaleras arriba, calculando el precio de todo lo que veía al pasar.

Desde luego era rico.

Phil observaba a Kate y Amanda mientras veían la película. Sonrió. A las mujeres nada les gustaba más en una película que una buena muerte. Era algo que le asombraba. Había aguantado *La fuerza del cariño* y *¿Quién cuidará de mis hijos?* A Amanda le habían encantado esas dos películas y a él le habían horrorizado. Los lechos de muerte no eran su tema favorito. Prefería con mucho ver *Depredador*, que también estaba llena de muertes, pero no lo bastante lentas y morbosas para Amanda. Ni para Kate, ya puestos. A las mujeres les gustaba un buen cáncer o que alguien perdiese un pulmón tosiendo. Eso las atraía.

Phil abrió otra cerveza y les sirvió más vino a las dos mujeres. Kate y Amanda tenían una caja de *kleenex* entre ellas sobre el sofá y de tanto en cuanto se oían unos hipidos.

Kate miraba la pantalla y sorbía por la nariz. Le encantaba un buen llanto, era agradable llorar en compañía. Bette Midler estaba en la playa con la hija de su mejor amiga e intentaba hacerse amiga suya antes de que muriera la madre.

Dio un trago al vino y se enjugó otra vez los ojos. Se sentía tan sola. Tan tan sola.

Se levantó del sofá y fue a la cocina. Un rato antes había hecho unos sándwiches, así que ahora les quitó la envoltura de film transparente y los llevó a la sala.

Phil, con el pelo de color cobre brillante que destellaba con las luces de la pantalla del televisor, le sonrió, tomó el plato y empezó a comer.

Kate confió en que esa noche no se quedaran hasta muy tarde. Le gustaba irse a la cama y leer un rato hasta quedarse dormida. La verdad es que Amanda se había portado muy bien con ella desde la investigación del Destripador de Grantley, y le

estaba agradecida. Pero hay veces que uno se encuentra solo aunque esté en medio de una multitud, y así era exactamente como se sentía Kate. Por primera vez en su vida había tenido tiempo más que suficiente para dedicárselo a sí misma, y cada segundo de ese tiempo era una forma de tortura.

Sabía lo que no funcionaba dentro de ella y sabía quién podía curárselo. Pero no se decidía a marcar su número de teléfono o ir hasta su casa.

Patrick estaba tumbado en la cama, desnudo, y fumaba un cigarrillo. Leona todavía estaba desvistiendo. Se fijó en que la chica iba colgando la ropa en su armario y sonrió arrepentido para sus adentros. Era evidente que se creía instalada para unos cuantos meses. La miró y vio que se volvía hacia él con sus pechos increíbles, media sonrisa en la cara esperando a ver el efecto que causaban siempre en los hombres.

Especialmente en los más mayores.

Patrick le echó una mirada y el alma se le cayó a los pies.

¿Qué trataba de demostrar?

Al igual que las otras que había tenido en las últimas semanas, Leona no le decía absolutamente nada. Vio que se le ponía en la boca una mueca de desencanto y sintió un golpe de simpatía por ella. La chica dio unos tímidos pasos hacia él.

—¿No te gusto? —dijo con la voz pequeña.

—Desde luego que me gustas, eres preciosa.

La chica hizo un mohín sensual y le frotó el pene flácido.

—¡Leona quiere jugar!

Patrick suspiró. ¡Lo que daría por una baraja de naipes o un tablero de damas!

Leona le apartó el prepucio lentamente, con mano experta y Patrick notó en su interior una primera excitación. Cerró los ojos. Cuando sintió que le envolvía la mucosa húmeda de su boca, soltó un gemido.

Leona fue chupando como si su vida dependiera de ello. Por primera vez, en su vida había tenido que tomar la iniciativa, y no le gustaba ni lo más mínimo. Una sola mirada a sus tetas solía ponerlos en marcha de inmediato. Notó cómo se le iba endureciendo dentro de la boca y luchó contra las arcadas que venían.

Leona aborrecía el sexo oral. Solía reservarlo para cuando el hombre empezaba a cansarse de ella. Normalmente, así sacaba ventaja.

Los cabellos rubios le caían sobre la cara y le recogió los testículos con toda la suavidad que pudo. Luego, satisfecha con la erección conseguida, se subió encima de él.

Estaba más seca que un bacalao, pero de todos modos lo forzó a entrar en ella. Y cuando empezó a moverse arriba y abajo, con los senos acariciándole el pecho, Patrick abrió los ojos.

En vez de unos cabellos largos, sedosos y morenos, había un pelo rubio y tupido. En vez de los pechos pequeños y apuntados de Kate, con sus pezones rojo cereza, había un par gigantesco que le colgaba sobre la cara. En vez de unos ojos castaño

oscuro que se miraban en los suyos, había un par azul con expresión de sorpresa.

A Patrick Kelly se le esfumó la erección en tiempo récord.

Leona lo sintió desinflarse dentro de ella y se apartó de un salto enfadada. ¿Cómo se atrevía? ¡Después de todo lo que le había hecho!

Se sentó a un lado de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho y malhumor en su cara bonita.

—Perdóname, cariño, pero estoy cansado, eso es todo.

Leona lo miró. De una cosa estaba segura: su cuerpo era lo mejor que ese inútil había visto en toda su vida. Puede que fuera homosexual o algo. Se estremeció y en ese momento deseó haberle hecho utilizar un Durex.

Lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Es usted mariquita, señor Kelly?

Patrick se quedó mirando a la chica al percatarse de las palabras. Y después, para asombro de los dos, se echó a reír. Se rio con tanta fuerza que Willy, que estaba abajo en la biblioteca disfrutando de un coñac mientras leía el boletín de las carreras, levantó la vista al techo contento de que Patrick se lo estuviera pasando tan bien.

Se rio tanto que le corrían por la cara unos gruesos lagrimones.

Por lo que a Leona respectaba, ya estaba bien de aquello. Se vistió tan aprisa como pudo. Y plantada frente a la cama, recuperada la dignidad junto con la ropa, le dio unos golpecitos en el pecho con una uña perfectamente arreglada.

—Ya he oído hablar de hombres como usted. Tendría que salir a la luz. Eso ahora ya no es delito. Lo llaman salir del armario. Por la mañana, le pasaré la factura por mi tiempo.

Y con eso bajó las escaleras para llamar un taxi. Patrick se quedó tumbado sobre las almohadas. Todavía podía oler su perfume.

Las palabras de la chica le hicieron volver a reírse. Luego, de golpe, dejó de reír.

En realidad, hubiera podido ser su Mandy. Mandy tenía muchísima más sustancia, ya lo sabía, pero eran de la misma edad. ¿Qué hubiera pensado si descubre que su hija se acostaba con un hombre veinte años mayor que ella? Y además no por amor, sino por unos pocos billetes y un buen rato.

Cerró los ojos y se los frotó con los dedos intentando borrar la imagen de aquellos pechos. Sintió la soledad que manaba de dentro. Tendría que tener a Kate a su lado. Pero ¿después de lo que había pasado entre ellos? Sabía que ella pensaba de él lo peor y admitió que ahora se alegraba de que Markham hubiera muerto por otras manos. Se alegraba de no ser él el causante de la muerte de aquel hombre.

Ojalá, contra toda esperanza, Kate le hubiera llamado al oír las noticias para decirle que la perdonase. Luego hubieran podido volver a los viejos momentos. Pero nada. Ni una palabra. Y siendo el hombre que era, su orgullo no le dejaba ponerse en contacto con ella.

Lo que ella le había dicho le dolió porque era cierto. Lo tenía perfectamente calado. Solo después de saber que Markham estaba muerto, cuando la euforia ya

había disminuido, comprendió que la venganza no es algo tan dulce como te imaginas al principio. En todos los periódicos había salido lo de la infancia terrible de aquel hombre. Su hermana, la de América, lo había soltado todo y más. Porque quería poner las cosas en su sitio, dijo.

Kelly había leído esas historias y sintió una curiosa especie de piedad por aquel tipo. Estaba enfermo de la cabeza. Pero eso ya lo sabía de antes, ¿no? Cuando hacía planes para matarlo.

Se dio la vuelta en la cama, incómodo. Kate tenía razón. Aquel hombre necesitaba ayuda. Deseó tenerla allí junto a él. Había querido tener a Kate junto a él desde el primer momento que la vio. Y ahora lo admitía.

¿Cómo era lo que siempre decía su madre?:

«Dios cobra las deudas sin necesidad de dinero».

Bueno, pues tanto él como George Markham habían más que pagado el precio.

Kate y Amanda se miraron al terminar la película y ambas se echaron a reír entre las lágrimas. Phil se levantó y encendió la luz del techo.

—Las mujeres me asombráis. ¡Imagínate, que te guste ver cosas que te ponen triste!

—¡Oh, Phil! ¡Si era una película preciosa!

Phil salió al vestíbulo y cuando estaba justo al pie de las escaleras camino al cuarto de baño, sonó el teléfono. Lo descolgó sin pensar.

—¿Diga?

La línea permaneció en silencio y habló de nuevo.

—Diga, ¿quién es? —Oyó el ruido que hizo la conexión al cortarse.

Kate salió al vestíbulo.

—¿Quién era?

Phil se encogió de hombros.

—Se habían equivocado.

Echó a andar escaleras arriba camino del cuarto de baño y Kate se dio la vuelta para ir a hacer un café.

Patrick Kelly se quedó tumbado en la cama con el teléfono en una mano y los dedos en la horquilla del receptor.

Estaba indignado. ¡No le había llevado mucho tiempo cambiarlo por otro!

Miró el reloj. Justo pasadas las once y cuarto. Probablemente, los había interrumpido cuando hacían el amor. ¡Qué vil ramera! ¡Pensar que había echado de su casa a una mujer perfectamente buena por su causa! Porque era lo bastante necio como para imaginarse enamorado de ella.

Bueno, pues por su parte, eso se había acabado. Con eso aprendería que jamás podría pensar en sustituir a Renée.

Acéptalo, muchacho, se dijo a sí mismo, te han llegado las rebajas, estás solo y cuanto antes te enteres, mejor.

En la planta baja, Willy se estaba tomando otro coñac. La chica se había marchado y Patrick había probado a llamar por teléfono. Willy había oído el timbre cuando lo descolgó y lo había vuelto a oír al colgarlo.

Movió la cabeza, comprendiendo.

El problema de Patrick Kelly era que no sabía cuándo estaba en su punto. Y estaba más que en su punto con esa buena pieza, la Burrows. A Willy también le había gustado. No es que estuviera demasiado maciza, pero tenía clase.

Bebió un poquito más del coñac de su jefe y volvió a leer su periódico.

Kate trabajaba en una serie de robos que habían ido sucediendo a lo largo de un período de dos años. Todos seguían el mismo *modus operandi*. El hombre actuaba solo, entraba en casa de una mujer mientras dormía y atacaba sexualmente a su víctima antes de destrozar el dormitorio y llevarse el dinero y las joyas. Lo que le preocupaban eran los ataques. El tipo empleaba el robo de tapadera. Lo que se proponía eran violaciones a gran escala, apostaría dinero a que era así.

Sonó el teléfono.

—Burrows.

—Hola, Kate.

Apartó el teléfono de la oreja y se quedó mirando el micrófono antes de contestar.

—¿Eres tú, Willy?

—Sí.

Siguió un silencio.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por ti?

—Me preguntaba como que si podríamos vernos, o sea.

—¿Para qué?

—Bueno, no me gusta hablar de esto por teléfono. ¿Podríamos vernos, por favor?

Kate se pasó la lengua por los labios secos.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—¿Qué tal el restaurante Cartella? ¿Esta noche a las ocho y media?

—¿Esto tiene algo que ver con Patrick?

Willy tragó saliva con tanta fuerza que Kate oyó el ruido por teléfono.

—Oh, no. Si se entera que he llamado, me mata.

A Kate se le vino el alma a los pies. Así que ni siquiera quería que se mencionara su nombre. Bueno, no podía reprochárselo.

—Nos vemos a las ocho y media entonces —y antes de que Kate pudiera responder, la comunicación se cortó.

¿Encontrarse con Willy para cenar? Apartó el pensamiento de la cabeza y volvió a los papeles que tenía delante. Más tarde decidiría lo que iba a hacer.

Patrick entró en el salón con una sonrisa.

—¿Dónde vas tan emperifollado?

Willy iba de gala y olía a perfume que tiraba para atrás.

—Resulta que tengo una cita.

—¿Una qué? ¡Si hace años que no has tenido una cita para salir!

—Bueno, siempre hay una primera vez, ¿no es cierto? Para esta noche me he ligado a una palomita de primera y con clase.

Patrick soltó una carcajada.

—Pues que tengas mucha suerte con todo. ¿Cuánto te va a sacar?

Willy pareció molestarse.

—Si no te importa, Pat, solo porque te pases la mayor parte del tiempo con putillas de esas, no significa que todos tengamos que hacerlo. La mía es una mujer de lo más respetable. Tiene un trabajo y todo eso. La verdad es que si la vieras, también te gustaría.

Patrick le miró y sonrió.

Willy solía salir con mujeres que hacían que un tosa japonés pareciera amable. Pero se guardó su opinión.

—Bueno, pues llévate el Rolls, Willy, eso la impresionará.

—Gracias, Pat. ¿A qué hora tienes reservada tu mesa?

—A las ocho menos cuarto. Pero no te preocupes por llevarme, soy perfectamente capaz de manejar cualquiera de los coches.

—Vale entonces, Pat.

Willy miró a Patrick salir de casa y luego volvió a sentarse un momento. Confió en que Kate apareciera.

Kate decidió que vería a Willy. Si no había más, por lo menos averiguaría cómo estaba Patrick. No obstante, la idea de que la vieran en público con él le preocupaba. El viejo Willy parecía realmente un pecado, aunque fuera encantador por dentro.

Se había comprado un traje nuevo de chaqueta y pantalón. Era rojo oscuro y hacía destacar perfectamente su pelo moreno. Se lo puso con una camisola blanca debajo y luego se separó un poco del espejo para admirarse.

No estaba mal.

Llegó al aparcamiento del Cartella a las ocho y veinte, y allí estaba Willy esperándola en el Rolls Royce de Patrick. Cuando estaba cerrando el coche, Willy se le acercó.

—Qué pinta más estupenda, Kate.

Kate le sonrió, pero el potente perfume de su loción de afeitado la hizo toser. Con su traje estaba casi presentable, y sintió una fuerte oleada de afecto por él. Lo cogió del brazo para entrar en el restaurante. Él le dio una palmadita en la mano y le sonrió.

Patrick sonrió a la chica que tenía enfrente. La verdad es que era preciosa. Desde aquella noche que había telefoneado a casa de Kate y le contestó un hombre, no había dejado de salir para pasárselo bien.

Había conocido a Michelle tres días antes. Era arrebatadora, y no dejaba de observar que todos los ojos masculinos que los veían avanzar hacia su mesa la evaluaban. Medía uno setenta y ocho, era esbelta, y como sus predecesoras, tenía unos pechos enormes. Con el vestido blanco ajustado que llevaba, sus pechos, aunque

ostensiblemente cubiertos, quedaban prácticamente a la vista de todos por la manera en que la tela moldeaba su cuerpo bronceado y deportivo. Tenía pelo rubio largo y ojos violeta.

Por primera vez desde hacía meses Patrick tuvo la sensación de que una chica podría llegar a gustarle de verdad. Michelle tenía además un trabajo serio. Era la secretaria personal del director gerente de una firma exportadora y Patrick la había conocido por casualidad en el despacho de ese hombre. Al contrario que sus predecesoras, tenía un cerebro dentro de la cabeza y una conversación estimulante.

La chica eligió sus platos y Patrick agradeció su apetito. Aborrecía a las mujeres que picoteaban en la cena preocupadas de que cada uno de los bocados supusiera medio kilo más de peso. Y especialmente cuando la comida costaba una pequeña fortuna.

Pero Michelle era el tipo de mujer que vivía la vida plenamente.

—Nunca había estado aquí. ¿Vienes mucho a este restaurante? El *maître* parecía conocerte.

Patrick tuvo el detalle de ruborizarse.

El *maître* también sabía a cuántas mujeres había llevado allí. Hubo una época en la que en la cocina se hacían apuestas sobre cuánto tiempo le duraría una chica en particular. Michelle merecía algo mejor que eso. Era la razón por la que nunca había llevado a Kate allí.

—Está cerca, sabes. No siempre me apetece conducir hasta el Smoke.

La chica siguió charlando y Patrick la miraba fascinado. La verdad es que era una chica encantadora.

Cuando Willy y Kate entraron del brazo en el restaurante, el *maître* se dirigió hacia ellos con una sonrisa de felicidad en la cara. Era viernes por la noche, el local estaba atestado, y en sus oídos sonaban los timbrazos de la caja registradora. Pierre, Albert Diggings de nombre verdadero, era propietario de una parte del Cartella, y ahora que estaba recogiendo beneficios reales, se sentía un hombre feliz. Se acercó a Kate y Willy preguntándose por un instante qué podía estar haciendo una mujer tan atractiva con un hombre tan feo.

—¿Nombre, señor?

—Gabney. William Gabney. Reservé una mesa para dos.

—Ah, la mesa especial. Recuerdo la reserva, la tomé yo mismo.

Puso una sonrisa lo bastante amplia como para que los abarcase a ellos dos y a cualquiera de los desconocidos que estaban cerca. La de Gabney era la mesa con champán que ya le estaba costando cien libras al pobre hombre.

—Sígueme, por favor.

Hizo un gesto con el brazo. Kate, ahogando una sonrisa, lo siguió con Willy. Todavía lo llevaba cogido del brazo cuando Patrick Kelly levantó la vista de su filete y los vio. Casi se atraganta.

Kate le miró a la cara y vio su propio susto reflejado en ella. Observó a la diosa

rubia que estaba sentada frente a él levantarse de su silla y darle unas palmaditas juguetonas en la espalda mientras tosía. La acción hizo que los pechos de la chica resplandecieran de tal modo que atrajeron la vista no solo de Willy y de todos los otros comensales varones del local, sino también de Pierre, que tropezó con una silla y se hizo bastante daño.

Kate no supo cómo había logrado mantener la cabeza. Willy la cogió del brazo con más fuerza y siguió a Pierre, que ahora era puro contoneo, hasta la mesa. No estaba a más de dos metros de la de Patrick y el champán ya les esperaba entre hielo.

Pierre hizo un gran teatro para abrirlo con la esperanza de animar a algún otro cliente a pedir una botella igual. Era un Roederer Cristal y Kate dio unos tragos nerviosos al líquido burbujeante. Estaba sentada frente a Patrick e iban mirándose subrepticamente el uno al otro.

Michelle se dio cuenta de que pasaba algo y miró a sus espaldas.

—¿Conoces a esa mujer?

Patrick se puso rojo.

—La conozco un poquito.

Michelle se rio.

—Creo que la conoces algo más que un poquito, ¿verdad?

Patrick asintió.

Willy bebió su champán y observó la cara de Kate. Ahora se arrepentía de haberla llevado allí. Kate lo miró y meneó la cabeza.

—Lo siento mucho, Willy, tengo que marcharme.

Se levantó y salió del comedor. En el vestíbulo, se fue directamente al tocador de señoras. Se apoyó contra el lavabo con la cara arrebatada de humillación. Se miró en el espejo.

Estaba guapa, lo sabía, pero nadie podía competir con la chica sentada enfrente de Patrick. Pobre Willy. Lo había dejado plantado delante de todo el mundo.

¿Por qué demonios había decidido ir?

Se echó un poco de agua fría por la cara para intentar tranquilizarse. Se repintó los labios de rojo y salió del tocador.

Patrick la esperaba. Lo miró directamente a los ojos.

—Hola, Kate.

—Patrick.

Sintió como si una bruma caliente le fuera llenando gradualmente la cabeza. La proximidad de Patrick la estaba haciendo sentirse físicamente mal. Necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no alargar la mano y tocarle los cabellos, las arrugas de la cara.

Bajó la vista al suelo, incapaz de mirarlo.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Kate se maravilló de lo normal que le sonaba su propia voz.

—Mucho mejor al verte.

Los ojos de Kate se movieron solos para mirarlo a la cara.

—Te he echado de menos, Kate.

Patrick estaba haciendo lo que había jurado que no haría nunca. Si ahora Kate se marchaba, se sentiría rebajado y humillado para el resto de su vida.

Kate lo miró a la cara.

—¿De verdad?

—De verdad. Te quiero, Kate.

—Y entonces, ¿qué me dices de esa Tetalina de ahí dentro? —hizo un gesto con la cabeza en dirección al comedor—. ¿A esa también la quieres?

Patrick sintió un momento de euforia.

Estaba celosa.

Kate vio su sonrisa y lamentó de inmediato sus palabras.

—No, Kate, la verdad es que no. Te quiero a ti. No puedo comer, no puedo dormir, ni siquiera puedo follar desde que rompimos, si quieres saberlo.

Kate se rio. Patrick sabía ser tan cómico... Ahí lo tenía, suplicándole que lo admitiese de nuevo a su lado cuando, en primer lugar, ¡habían roto por culpa de ella!

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a largarnos de este restaurante para irnos a casa. A mi casa, Kate.

—Pero... ¿qué hacemos con Willy y con esa... chica?

—Ya arreglaré yo lo de Willy. Y Michelle..., fue ella la que me dijo que saliera aquí. Es una chica lista, llegará lejos.

Kate se asomó al azul profundo de los ojos de Patrick y admitió la verdad en su interior. Necesitaba a aquel hombre. Cuando lo tenía con ella, se sentía viva, viva de verdad, y quería conservar aquella sensación el resto de su vida.

—Te he echado de menos, Patrick.

Mientras estaban allí de pie, Willy salió en su busca.

—Dejaré a Michelle en su casa con el Rolls.

—Gracias, Willy. —Patrick y su hombre se estrecharon la mano tomándose el uno al otro de las muñecas.

Willy se puso colorado.

—Sabía que si los dos os veáis todo iría de perlas —dijo.

Kate le sonrió y él volvió a entrar en el comedor.

—Venga, pues, ¿nos vamos a casa?

Kate se agarró del brazo que se le ofrecía.

—Sí, vámonos a casa, Pat.

En el aparcamiento se detuvieron junto al BMW de Kelly, que la tomó entre sus brazos y la besó.

Willy los miraba desde la ventana del restaurante. Encajaban juntos a la perfección, igual que dos piezas de un rompecabezas. Alzó su copa para lanzar un brindis sin palabras: «Por Pat y Kate».



MARTINA COLE (Essex, Reino Unido, 1959) es una escritora británica, mujer de negocios y, ocasionalmente, presentadora de televisión.

Es uno de los grandes fenómenos literarios británicos de los últimos tiempos. Con más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, sus novelas han sido traducidas a más de treinta idiomas y algunas se han convertido en series televisivas de éxito.

Ha cosechado numerosos galardones entre los que cabe destacar el Premio al Mejor Libro Británico de Novela Negra por *The take*.

En España se han publicado: *El asesino de mujeres* (*The Ladykiller*, 1993); *Secretos de una asesina* (*Two Women*, 1999); *Más cerca* (*Close*, 2006); *El jefe* (*Faces*, 2007); *Chicas malas* (*Hard Girls*, 2009); y *Traición* (*The faithless*, 2011).